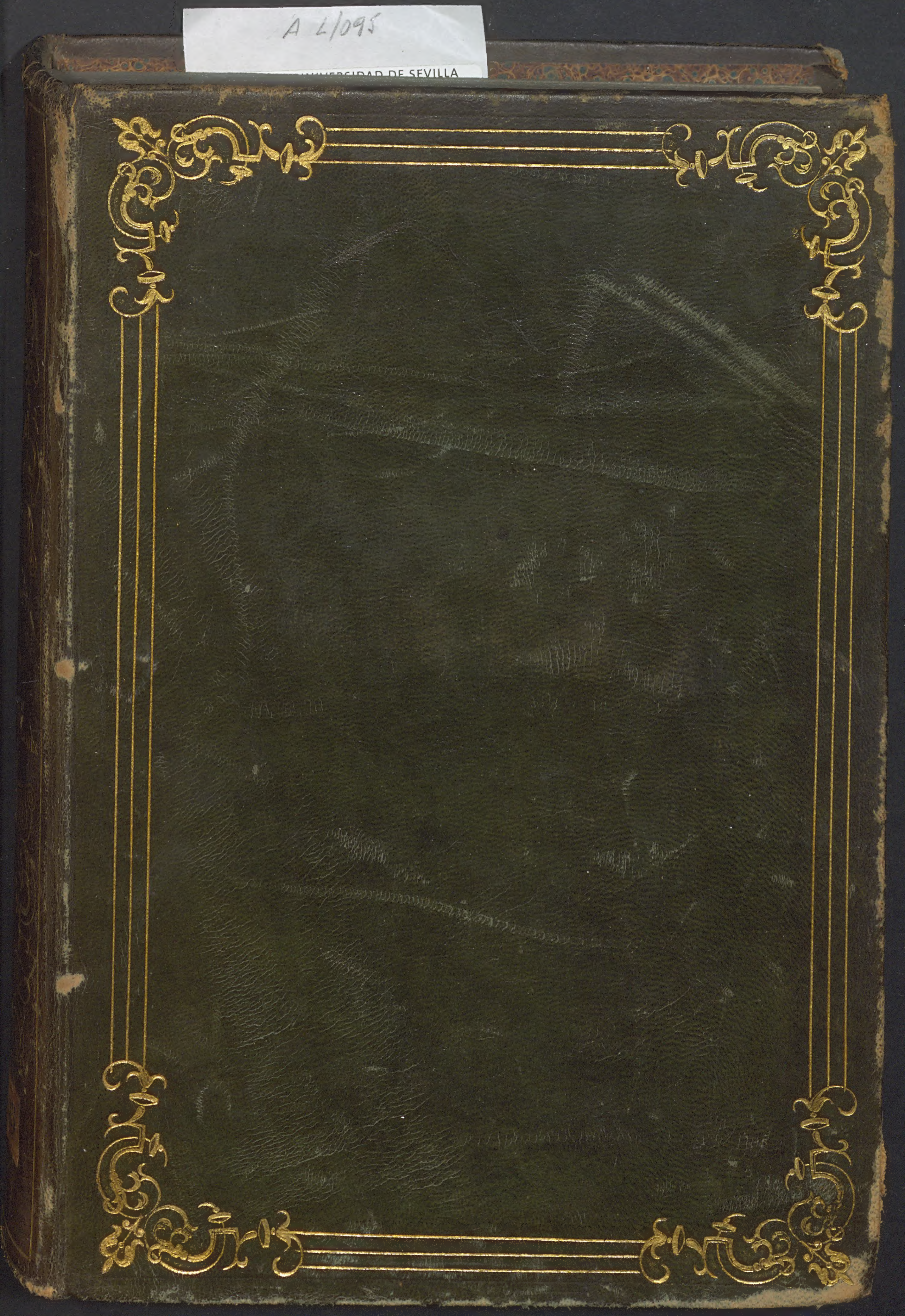
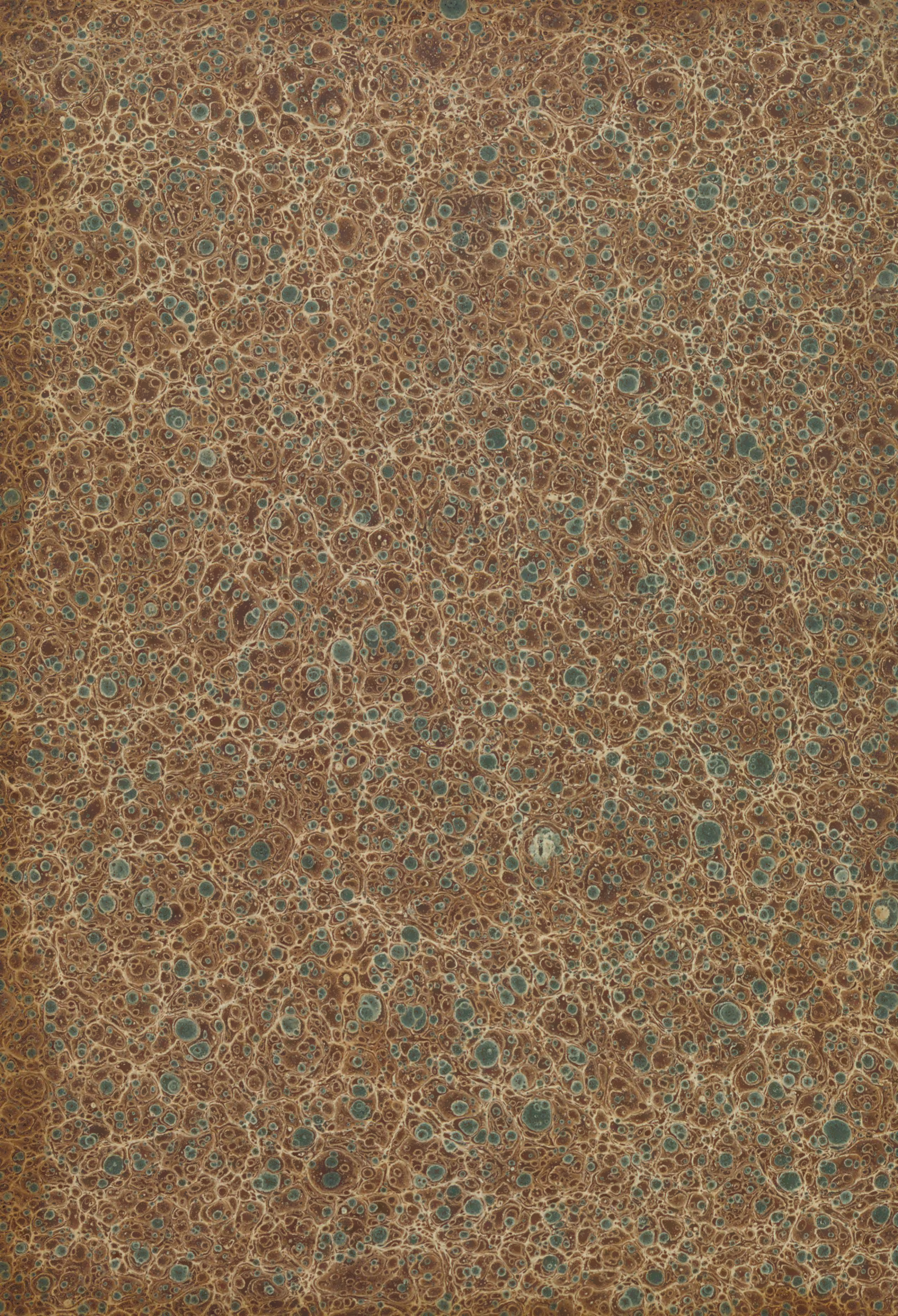
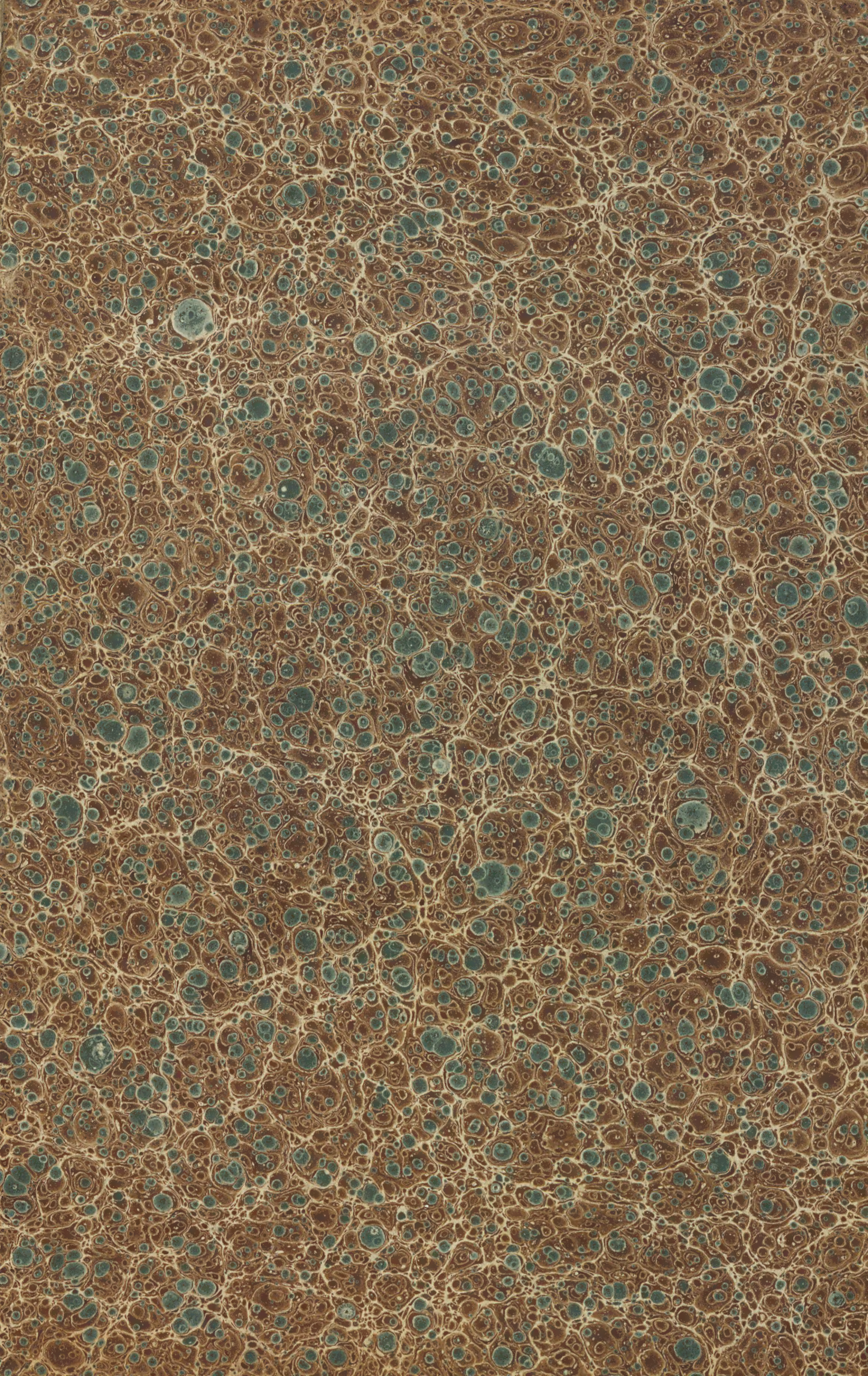






LIBRO

DE

LOS ORADORES.

IMPRENTA
DE LA VIUDA DE JORDAN É HIJOS.
Madrid, 1844.



Publié par Pagnerre

Livre des Orateurs

LIBRO
DE LOS
ORADORES

POR

TIMON,

TRADUCIDO DE LA EDICION [illegible],

POR

DON PEDRO DE MADRAZO.

MADRID.
MIGUEL JORD[illegible], EDITOR,
CALLE DE CARRETAS, NUMERO 1[illegible].
1845.



Livre des Orateurs

LIBRO

DE LOS

ORADORES

POR

TIMON,

Luis María [illegible]

TRADUCIDO DE LA EDICION DECIMOTERCERA

POR

DON PEDRO DE MADRAZO.



MADRID.
MIGUEL JORDAN, EDITOR,
CALLE DE CARRETAS, NUMERO 19.
1845.

PRÓLOGO

DE LA EDICION DÉCIMOTERCIA.

Al público solamente soy deudor del grande éxito que ha alcanzado mi obra. Merced á él me es dado hoy leer en su portada este renglon que tan agradablemente suena al oido de un escritor: EDICION DÉCIMOTERCIA.

Y en verdad que no hubiera yo abierto trece veces al público las puertas de mi estudio, si no se me mostrára este recreado viendo y repasando mis retratos, y si no los encontrára parecidos

No son mis retratos parto de la imaginacion y fantasía, como los que con harta frecuencia la posteridad pinta; que los tomé de la misma naturaleza.

De dos partes se compone mi libro: preceptos, y modelos.

Hubieran algunos querido que en mis preceptos observára el método de las divisiones y silogismos al uso de los pedantes. Mas yo he preferido ser festivo en lo sério, y sério en lo festivo, segun la índole de mi nacion. Si dije la verdad fué porque reproduje fielmente lo que ví, y del modo como lo ví: si me hallaron divertido fué porque escribí para lectores franceses que huyen del fastidio; y si en algo mezclé la tinta de la ironía y de la sátira dando preceptos de elocuencia parlamentaria, fué solo porque llevo el nombre de TIMON.[1]

1 Timon, llamado el *Silógrafo* para diferenciarle de otro Timon á quien se dió el nombre de *Misántropo*, era un poeta y filósofo que floreció en Macedonia hácia el año 300 antes de J. C. Fué autor de unas sátiras muy célebres contra los filósofos de su tiempo, cuyos fragmentos se conservan en el *Analectos* de Brunk.—*N. del T.*

Pasando ahora de los preceptos á los ejemplos, si se me pregunta: ¿No ha lisonjeado V. á unos haciendo disfavor á otros? O lo que es lo mismo: ¿Es V. tan imparcial con sus amigos como con sus contrarios? responderé que sí, y añadiré que he sabido llevar mi independencia hasta el estremo de quedarme solo en mi banco, único partidario de mi consejo.[1]

Pero si me preguntan: ¿Es V. imparcial con los oradores políticos de su época? entonces diré francamente que nó, y preguntaré á mi vez: ¿Entre esos mismos oradores hay uno solo que sea imparcial? ¿hay uno solo imparcial entre sus amigos ó panegiristas? Lo mismo que ellos, aun cuando hubiera querido, no hubiera podido serlo, y aunque pudiese no lo sería; porque fuera dar á entender que el bien y el mal me son indiferentes; que los gobiernos pueden indistintamente guiarse por toda especie de reglas; que todos los sistemas, aun los mas opuestos, son igualmente buenos si el éxito los corona; que en negocios de Estado no hay verdad y mentira, ni vicios y virtudes en los hombres que componen ministerio y parlamento, ni flaqueza y poder en la constitucion de los imperios; y finalmente, que no hay enseñanzas en la historia, ni esperiencia en los hechos, ni fidelidad en los instintos, ni moralidad en las acciones, ni consecuencia en los principios.

Nó, no soy imparcial, ó por mejor decir ecléctico de esa manera, y creo en Dios lo mismo en política que en todas las demas cosas.

Permítaseme ahora, pues así me cumple, ponerme á cubierto de las arterías del amor propio, de las ocultas recriminaciones, y sugestiones interesadas de los señores oradores que pudieran alegar que al examinarlos y contemplarlos cegaba mis ojos la pasion, el despecho, la cólera, ó cualquiera otra turbacion del ánimo, y que los presento disfrazados, solo porque no los haya alabado con ridícula desmesura. Por otra parte, aunque siempre es desairado hablar de sí propio, debo decir al público que visita mi coleccion, cuáles eran el estado de mi ánimo y mi condicion cuando emprendí los retratos de nuestros oradores.

Queria entonces, como querré siempre, seguir la voluntad de mi pais, cuando esta me fuere conocida. Combatí entonces, y combatiré siempre y donde quiera, contra toda tiranía, sea oligárquica, sea republicana. Orden, libertad, son nombres para mí insignificantes sin la esencia de la cosa. Tanto se me dá del despotismo como de la anar-

1 Así fué en la célebre sesion de 7 de agosto de 1830.

quia: ambos me son indiferentes. Tampoco soy de los que solo anhelan derrocar al poder para ponerse en su lugar, y para conseguir el bien, segun ellos dicen, escitan al mal, y dan su voto á leyes perniciosas para hacer al gobierno aun mas odioso, y hacen á sus adversarios espantables y horrorosos para que la gente los reciba con grita y con silbidos.

Tomé mis pinceles sin rencor y sin intento lisonjero. ¿He tenido algun beneficio que agradecer? No. ¿He tenido alguna injuria que vengar? Tampoco.

Por deber y por principios rehusé los honores de la magistratura, del consejo de Estado, y del ministerio hace ya trece años, en la edad de la ambicion. Esta edad pasó para mí. Solo deseo permanecer en la condicion oscura y solitaria donde voluntariamente me retraje. Y aun me contentaria con ser menos todavía de lo que soy, porque ¿qué puesto, por encumbrado que sea, merece hoy la envidia? Y ademas es tan corta la vida! Y ademas en el manejo de los negocios se pone hoy dia en riesgo la conciencia, que es el único bien que tiene para mí algun precio.

¿Es por ventura culpa mia el no tener ya fé en los hombres de nuestra época, y buscar en vano entre el lodazal de los partidos uno solo que represente alguna cosa? Lo diré, aunque tema herir la vanidad de mis mas ilustres contemporáneos: no he conocido nunca á un hombre solo que me haya parecido enteramente digno de estar á la cabeza del gobierno de mi patria; unas veces por falta de genio; las mas por falta de virtud.

He reconocido entre todos los personajes que examiné dos especies de hombres, el orador y el político; he pintado al orador con mi estilo artístico, que tal vez no será, lo confieso, del gusto de todos, y mucho menos de los mismos oradores, raza orgullosa entre todas las razas. He juzgado al político por sus mismas opiniones, cuando no carecia de ellas.

Diez años hace que coloqué mi lienzo en el caballete, y que estoy nutriendo mi paleta, y pintando sin descanso.

La política interior y esterna de las naciones libres no está ya en las intrigas de las córtes, sino en los debates de los parlamentos: pintar á los oradores es hoy escribir la historia.

Me he propuesto escribir una obra de fundamento y de larga vida, que se ligase con el estudio de nuestras revoluciones, y con el conocimiento exacto y genuino de las cosas de mi tiempo. ¿Habré logrado

mi intento? Si tal creyese pudiera engañarme, y de ningun modo me corresponderia á mí decirlo.

Pero sí puedo decir que para observar á mis modelos me he hallado en la posicion mas favorable en que pudo hallarse jamás pintor alguno.

He visto y he oido al general Foy, á Benjamin Constant, á Manuel, á Royer Collard, á Martignac, á Casimiro Périer, á Villèle, á de Serre, y ademas he llevado á cabo lo que tal vez jamás intentó ningun hombre en Francia, ni volverá jamás á hacerse, que fué mandarme traer en un carro la inmensa carga de sus discursos, é irlos leyendo y releyendo todos uno por uno.

Entre tantos espectadores estraños, yo solo he visto vestirse y despojarse entre bastidores á los actores de nuestros dramas políticos. Soy el único pintor que ha presenciado el mudo ejercicio de su pantomima: sus solapadas confianzas: su mútuo cambio de gestos, miradas y sonrisas: sus imperceptibles movimientos de despecho, de confusion, de vergüenza, de cólera: sus idas y venidas de edecanes del ministerio: sus partes comunicados bajo mano y por debajo de la mesa: el sordo murmullo de sus avisos y consignas: las alteraciones de sus frentes: sus rebiradas repentinas: sus tiros ocultos: sus embrollos de guerra y de comedia, que esplicando mucho mejor una situacion ó á un orador que todos los discursos de aparato, no llegan siempre á los oidos ni á los ojos de los espectadores, de las tribunas y de los taquígrafos.

Bien conocidos me son dichos oradores, pues mas que otro alguno en Francia he intimado con ellos en la vida pública. Pero en el dintel de su vida privada puse un muro por puerta, donde puedo decir con verdad que jamás quise mirar ni aun por el ojo de la cerradura.

Los que conmigo están no se me mostraron ni con mucho tan satisfechos de sus retratos como aquellos con quienes no me acompaño. Porque no es seguramente la lisonja del amigo la que mas nos halaga, sino la del contrario; y mas obligados le quedamos cuando por ir mezclada de crítica y reproche, reviste las apariencias de la sinceridad. Pues la sinceridad es el don que mas encarecemos, y que mas nos gusta ver en los otros, aunque no tengamos comercio alguno con ella.

Bien saben nuestros oradores, y ademas por instinto la conocen, que sus improvisaciones se desvanecen como el sonido de la voz, y que despues de lucir con la pompa del sol á mediodia, tendrán que ir á sepultarse al fin de la jornada tras el horizonte, en una noche sin au-

rora y sin nuevo dia; por lo cual se sostienen y perseveran cuanto pueden agarrados con ánsia á esa vida de recuerdos y de nombradía, que tan rápida se sacude de ellos y los abandona.

¿Qué les valdria al general Foy, á Casimiro Périer, á Benjamin Constant y á tantos otros, ver la lujosa edicion que una benevolencia póstuma ha hecho de sus discursos, cuando no hay quien á estos llegue? Aquellos oradores no son leidos en sus obras muertas; solo ya se leen en mis retratos.

Cierto que vivir en pedazos y fragmentos, casi reducidos á su mero nombre, sin sus obras, sin su palabra, apenas es vivir para oradores que tanto vivieron y tanto hablaron, y tan gran ruido hicieron en la prensa y en la tribuna con sus ostentosos discursos y personas. Mas todavía fué con ellos generosa la muerte, y deben agradecer que una mano compasiva remueva la piedra de su tumba para que un rayo de luz bañe su frente.

Los aun vivos á quienes he retratado confróntense consigo mismos: mírense en su espejo, y luego en mi lienzo, y digan con la mano puesta en el pecho si se reconocen parecidos. Esto principalmente previne, y juzgo que á ser yo orador hubiera deseado que Timon me retratára, aun á riesgo de quedar malparado.

DIVISION DE LA MATERIA.

La Elocuencia es el arte de mover y convencer. Esta definicion es aplicable á todos los géneros de la Elocuencia.

Mi primera tarea era investigar las causas que constituyen en cada pais la Elocuencia parlamentaria, segun el carácter de la nacion, la índole de la lengua, las necesidades sociales y políticas de la época, y la fisonomía del auditorio.

He hablado despues de los modos de improvisacion, lectura y recitacion que usan los oradores;

De las profesiones que predisponen á la Elocuencia parlamentaria;

De las varias clasificaciones de oradores segun las cualidades especiales de su ingenio, temperamento, gustos y antecedentes;

Del poder de la improvisacion;

De los auxiliares del orador, como el taquígrafo y el periodista;

De la táctica general, y de lo relativo á las costumbres y á la polémica de la oposicion, de la mayoría y de los ministros;

De la táctica general de los ministros de cada ramo;

De la diccion y continente;

De los preceptos generales del arte.

Quise tambien comparar con la Elocuencia parlamentaria que constituye la base de mi libro los demas géneros de Elocuencia, á saber: la Elocuencia de la prensa, la Elocuencia del púlpito, la Elocuencia forense, la Elocuencia deliberativa de los consejos de Estado, la Elocuencia oficial, la Elocuencia al raso, y la Elocuencia militar.

Las diversas formas que toma la Elocuencia recojen y proyectan toda su ley sobre la Elocuencia parlamentaria que he retratado, y cuyo curso examiné por espacio de cincuenta años: primero en la Asamblea Constituyente, personificada en Mirabeau; luego en la Convencion, personificada en Danton; luego en el Directorio, en el Consulado y en el Imperio, donde la sustituyó la

Elocuencia militar personificada en Napoleon; luego en la Restauracion, donde recobró su brillo en los lábios de Manuel, B. Constant, Villéle, Royer Collard, de Serre, Foy y Martignac; y por último en la revolucion de julio, donde con lumbre no menos viva luce en la poderosa y animada dialéctica de los Berryer, Thiers, Guizot, Dupin, Odilon Barrot y Lamartine.

Preceptos y retratos: estas dos cosas me ha parecido necesario reunir para hácer comprender bien la Elocuencia, sean cuáles fueren el lugar y el pais donde aparezca, diríjase á quien quiera, y sea cualquiera su asunto.

Este es el órden lógico que he seguido en la composicion del Libro de los Oradores.

PARTE PRIMERA.

PRECEPTOS.

LIBRO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA TRIBUNA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS CAUSAS QUE EN CADA PAIS CONSTITUYEN UN GÉNERO PARTICULAR DE ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

Cuatro cosas hay que considerar en la Elocuencia parlamentaria; el carácter de la nacion, la índole de la lengua, las necesidades políticas y sociales de la época, y la fisonomía del auditorio.

Si el carácter de la nacion es taciturno y frio como el de los americanos, será difícil conmoverlos: dotados de paciencia, no se fatigarán mas en hablar que en oir: se instalarán en derredor de una mesa para escuchar á un orador durante horas enteras, lo mismo que para fumar ó para beber.

Si, por el contrario, el carácter de la nacion es irritable y movedizo como el de los franceses, bastará tocarlos para que se crean heridos, y darles ligeramente sobre el hombro para que vuelvan la cara. Los discursos largos nos fastidian, y el francés, cuando se fastidia, deja el puesto y se vá á otra parte; sino puede irse, se queda y traba conversacion con el vecino; sino puede trabarla bosteza y se duerme.

En segundo lugar hay que tomar en cuenta la índole de la lengua.

Si la lengua es estrídula, dura, y poco descontentadiza como la lengua inglesa, el estilo debe ser lo menos, las cosas lo mas; ni las inversiones ni las formaciones de voces nuevas ofenderán al auditorio. Si la índole peculiar de la lengua permite suspender el sentido del discurso y trasladar al fin el verbo que rige toda la frase, se logrará sostener mas la atencion de los oyentes, podrá el orador servirse de figuras vulgares, de máximas proverbiales, de términos bajos y triviales, con tal que sean espresivos, y de esta suerte ganará el discurso en franqueza y energía lo que pierda en punto á sobriedad y decoro.

Si la lengua es pomposa y suave como el español ó el italiano, la sonoridad de la espresion y la armonía de las desinencias serán lo primero. Los pueblos dotados de una organizacion música, tanta necesidad tienen de que se les halague el oido como de que se les hable al entendimiento.

Pero si la lengua es noble, elegante, culta, correcta, filosófica, si está castigada como la lengua francesa, se necesitarán para hablarla públicamente ejercicios preparatorios y una larga costumbre; una diccion demasiado lenta pecaria de monótona; sobrado rápida degeneraria en farfulla. Evítense las palabras redundantes, los epítetos ociosos que atajan la efusion del pensamiento y traban la marcha del discurso; téngase siempre presente que la percepcion de una asamblea francesa es tan lista, que penetra el sentido de una frase antes que el orador haya acabado de articularla, y que adivina la intencion aun antes que esté del todo concebida; tan delicada, que le disgustan las repeticiones, sea cual fuere la habilidad de las sinonimias; y tan pura, que el menor neologismo la ofende, á menos que esté, digámoslo así, primorosamente engarzado, ó que emane, en virtud de una irresistible necesidad, de la fuerza de la misma situacion.

Lo tercero á que muy particularmente debe atenderse es la época en que se habla.

Cuando se trata de demoler un órden de cosas caduco y ya ruinoso; cuando la opinion clamorea y amenaza en derredor del congreso nacional; cuando la patria, la libertad y la constitucion peligran, entonces el discurso se levanta, la espresion crece, se anima, se encoleriza, y el apasionado desórden de los sentimientos y de las ideas es la mas persuasiva y poderosa de todas las elocuencias. El auditorio se une al orador, se indigna y se lastima, se exalta y se serena con él para enfurecerse y calmarse de nuevo; la violencia de los términos, la hinchazon de las prosopopeyas, la cólera y el brio de los movimientos oratorios se perdonan y se borran ante la peligrosa y fatal grandeza de la situacion. Entonces los partidos, trabados entre sí, escuchan poco y hacen mucho; pelean mas que discuten; entonces se prefiere herir recio á herir con tino; y cuando la cabeza de un hombre pende de un discurso, nadie se entretiene en lamer una frase ni hace estudio de caer con garbo, como los gladiadores del circo, bajo la espada de sus enemigos.

Tal fué nuestra elocuencia revolucionaria, que no se deberia juzgar considerándola desde lejos, con arreglo á los preceptos del buen gusto, ó pesar con una fria razon, y sin tomar en cuenta ni lo revuelto de aquella época, ni las singulares rebiradas de la opinion, ni los mortales enconos de los partidos, ni las reacciones de fuera, ni la exaltacion de las almas, ni la novedad y la grandeza de los sucesos, ni los inminentes peligros de la patria.

Pero cuando está sereno el horizonte, cuando el enemigo se ha retirado de las fronteras, cuando la abundancia y la alegría reinan en las ciudades, cuando los partidos no se diezman ya entre sí para arrancarse el imperio y la victoria, cuando no se solicita la diputacion como un peligro, sino como un rico minero de honores y riquezas, y no existe ya la lucha mas que en el sólido terreno de los principios y del derecho, entonces sería ridículo, por innecesario y afectado, el empleo teatral de aquellos medios y de aquellas figuras declamatorias, y solo hallaría hielo donde antes encontraba fuego, risa donde arrancaba llanto. Cada época reclama su elocuencia propia.

Cuarta é importantísima condicion del discurso es considerar bien delante de quien se pronuncia.

En efecto, no se debe hablar delante de una cámara como se hablaría delante de un pueblo. Este gusta de los ademanes espresivos que se ven de lejos y por encima de las cabezas; quiere voces apasionadas y vibrantes; — mucha naturalidad y poco de comedia. Si sientes que se asoman las lágrimas á tus ojos, orador popular, no las reprimas. Si late en tu pecho algun rapto de indignacion, dale salida, déjale que cunda. Sé verdadero, penetrante, patético: pregunta y responde, y vuelve á preguntar. No busques la trabazon de las palabras, sino la de las ideas, ó mas bien, no la busques si quieres encontrarla, porque la pasion tiene su lógica mas severa, mas arrebatadora que el raciocinio. Figuras vivas al alcance de todos, emociones rápidas, interpoladas con descansos;—tal es la elocuencia que conviene en todos los paises para hablar al pueblo. En Francia, pais burlon, hay que añadirle un poco de ironía amarga ó delicada.

Si el raciocinio es ó muy descarnado ó muy metafísico, el pueblo no le comprenderá. No fatigue el advertido orador la mente del pueblo haciéndole descubrir las relaciones abstractas de dos silogismos; no queden sus pensamientos en estado de esqueleto, de tal suerte que se le puedan contar los músculos, los tendones y los huesos; antes cúbrasele de carne, y que ande, se despliegue, se colore, y se vean en él los latidos de la vida!

¡Es tanto lo que halagan las figuras la imaginacion del pueblo! Los movimientos apasionados cuadran tan bien con su alma! Hablémosle de patria, de justicia y de libertad, si queremos que nos oiga, que vuele á nuestros brazos, y que su corazon sea nuestro. La patria! á veces es el único bien que posee. La justicia! la quiere para los otros, porque la quiere para sí. La libertad! la libertad es su necesidad, su derecho, su fuerza, y por ella obtendrá algun dia el dominio de la tierra. Sí, el pueblo vale mas que los que le calumnian. Si se estravía y corre á los abismos, se le sigue, se le pone el freno en la boca, y se le hace volver

atrás: si se le dice: No murmures, se calla; No tienes razon, responde: Es verdad; No debes escuchar mas que la voz de la sensatez, y la escucha; No debes vengarte, y envaina al punto su espada; Pelea y muere por tu patria, y pelea y muere!

Pero no sucede lo mismo con una asamblea de hombres ricos, desencantados ya de las emociones del alma no menos que de los goces del espíritu y de los sentidos. Los mas de ellos han servido á varios gobiernos, prestado muchos juramentos, pasado por diferentes fortunas,—verdaderos desgraciados, que han perdido las ilusiones de la juventud, de la virtud y de la libertad! Su corazon está marchito, su vida se ha desgastado. A los que poseen grandes bienes y mucho oro, mas que el deseo de ganar los aqueja el temor de perder; los que tienen empleos quieren conservarlos; los que no los tienen quieren que se los den. En esta disposicion de ánimo los ministros no tienen mas que tres resortes que tocar; el egoismo, la codicia y el miedo, y con estos tres resortes ponen en movimiento los brazos y las piernas de tantos pobres títeres. En su comedia parlamentaria todos los papeles están concertados y distribuidos, y el apuntador se halla en su puesto; se sabe de antemano quién subirá al tablado, y lo que se dirá, y lo que se omitirá, y lo que se eludirá, y aun lo que se decidirá. Están ya empeñadas las palabras de honor, asentados los votos en el registro de caja, y el ministro contratista de la funcion hace el escrutinio mucho antes de que boten en la urna las bolas blancas y se baje el telon.

Fuerza es decirlo; las posturas académicas de los retóricos, y la sonora y ampulosa belleza de sus periodos, solo sirven para lisonjear la vanidad literaria de nuestros ojos y de nuestros oidos. Sin duda un bello discurso que nada absolutamente influye sobre opiniones sólidamente arraigadas, puede á veces cautivar las estremidades indecisas de un partido que solo ligan á él los cabos de un hilo; pero no es cosa probada que un argumento sutil, un chiste, un guarismo inesperado, no producirían el mismo efecto. Los dialécticos y los calculadores hábiles tienen mas influjo sobre nuestras asambleas que los oradores á quienes se escucha con desconfianza, tomando cada cual contra ellos sus precauciones, como contra verdaderos encantadores.

La elocuencia no ejerce toda su accion, su accion profunda, simpática, agitadora, sino sobre el pueblo; testigo O'Connell, el mas grande, el único orador tal vez de los tiempos modernos! ¡Qué coloso! ¡A qué altura no se levanta sobre todos! ¡En qué términos su voz de trueno subyuga y rige las oleadas de la multitud! Ni soy irlandés, ni he visto á O'Connell en mi vida, ni conozco su lengua, ni le comprendería aunque le escuchase; pues ¿por qué me conmueven mas sus discursos, mal vertidos en nuestro idioma, privados de su colorido, truncados, des-

pojados de los prestigios del estilo, del ademan y de la entonacion, que todo cuanto he visto en mi pais? ¿Por qué? porque no se parecen á nuestra retórica trabajada por la perífrasis; porque la pasion, la pasion verdadera es la que los inspira, la pasion que puede decirlo todo y que todo lo dice; porque me arranca de la orilla, y me impele y me arrastra consigo á su torrente; porque se estremece y me estremezco; porque se exalta y siento hervir la sangre en mis venas; porque lanza gritos del alma que electrizan la mia; porque me levanta sobre sus alas y me sostiene en los sublimes delirios de la libertad! Bajo la impresion de su inmensa elocuencia, maldigo y detesto con furioso rencor á los tiranos de aquella desventurada nacion, como si fuera conciudadano de O'Connell, y amo á la verde Irlanda casi tanto como á mi patria!

Pero ¿qué podria hacer el mismo O'Connell en nuestras asambleas de monopolio? En el momento de ir á dejarse conmover, nuestros representantes empleados se sentirían tirar por el faldon de la casaca, y verian á sus esposas atribuladas acudir con los protocolos de sus modistas; á los patronos de sus posadas con el recibo del alquiler; á los fondistas con la cuenta; á los directores de sus hijos con el trimestre del colegio. ¡Vaya V. á andarse en elocuencias con hombres que tienen ya la pluma levantada sobre la nómina, y eche V. los bofes para enternecer á esos diputados sanguijuelas que lanzan de lo mas hondo de sus pulmones este heróico grito: «No nos arrancarán nuestros sueldos sino con la vida!»

CAPITULO II.

HAY MUCHOS MODOS DE DISCURRIR.

Pueden establecerse tres grandes divisiones de oradores: los que improvisan sin estar muy seguros de lo que van á decir, los que recitan lo que de antemano aprendieron, y los que leen lo que llevan escrito.

Los improvisadores son muy diestros en los exordios. Saben perfectamente comenzar, pero es su apuro el saber donde han de concluir. Déjanse elevar por el hilo de sus oraciones, visitando de pasada praderas, bosques, ciudades y montañas, y no saben echar el ancla en la orilla y tomar tierra. Hacinan peroraciones sobre peroraciones, y tejen siempre tres ó cuatro de seguida; mas, oratoriamente hablando, ¿en cuál de sus finales está el fin? Por miedo de caer se van asiendo al bajar á cada barra de la tribuna, y suele faltarles el pie al llegar al último escalon.

Cuando el soplo de la improvisacion los tiene henchidos, se asemejan sus discursos á pelotas de viento, tersas, sonoras, rebotadoras, que bajan unas veces, y otras se pierden en la altura reflejando los iris del sol. Mas faltándoles el aire no son mas que un cuero desinflado que se arroja á un rincon, arrugado y sin forma.

El recitador nunca mira á la asamblea. Retírase y reconcéntrase en sí mismo: se esconde en las cavidades de su cerebro, donde halla cada una de sus frases convenientemente puesta en su lugar; las convoca con la mente, y en seguida las vá dando á luz una tras otra, y por su órden.

A veces el recitador ataja y precipita su trabajo temeroso de que se corran y deshilen las cuentas de su especie de rosario. Otras por el contrario se detiene como distraido para hacer creer que está en busca de palabras, y que su parto le es trabajoso, aunque quizá lleve mas de ocho dias de vida. Pero la lima de sus periodos, la eleccion de los giros, lo acabado del estilo, la trama entera de su discurso, revelan á su pesar el penoso esfuerzo de su memoria.

No se le diga al recitador: mire V. que se le sale el pañuelo del bolsillo, porque con solo volverse puede romper el hilo de su oracion, y

no hay modo de anudarlo. En semejante caso solo á la casualidad podrá deber una imperfecta compostura. Los que entre sus compañeros son de temperamento nervioso están en contínuo sobresalto previendo el momento en que el recitador vá á tropezar en lo mas llano de su camino, y padecen por simpatía. El taquígrafo, al pie de la tribuna, con la pluma en vilo, no sabe si esperar la benévola entrega del discurso escrito, ó lanzarse en pos del disparado orador.

El recitador tiene la pupila apagada, el cuello tieso, y la espresion falsa; nunca está en consonancia con su auditorio; nunca interrumpe, por miedo de que se le replique; tampoco replica, por miedo de interrumpirse; no siente aquel númen interior de la Pitonisa que agita y oprime; su elocuencia es de recuerdo, no de invencion; vive siempre en la víspera, mientras el verdadero orador vive en el momento de la actualidad; sigue al arte, y nó á la naturaleza; es un comediante que no quiere parecerlo, siendo su propio apuntador. Finje la verdad, falsifica la turbacion, y engaña al público, á la cámara, al apuntador, y á sí mismo.

Los lectores proceden con calma y parsimonia, tosen, escupen, estornudan, depositan sus gafas sobre el mármol de la tribuna, y limpian los espejuelos con la punta del pañuelo. Son tambien taimados en su oficio; llenan su papel de renglones sumamente metidos por ambas caras para hacerse los chiquitos, y dar á entender que llevan poca cosa. Traidores! y se están eternamente leyendo sin volver nunca la página, que es como un reló con el minutero parado.

Los lectores se colocan el papel pegado á la boca, y la repercusion impide que las palabras lleguen al auditorio. Aquel cuya voz no es sonora se hace completamente ininteligible. Si es nacido en la Alsacia habla con lo hondo del gargüero; si gascon con el borde de los labios; si parisiense es tartajoso; si normando largo y frio.

Cuando es muy difuso causa fastidio; cuando muy conciso no hay aliento para seguirle. Cierto desaliño en la persona cuadra bien, y tiene su donaire en la tribuna. Es menester que el orador no aparezca nimiamente compuesto y atusado, ó como si dijéramos á modo de pollo en rifa. ¡Qué cómodo es ser elocuente teniendo de antemano marcadas en un gran pliego de vitela todas las admiraciones y esclamaciones del discurso! Y sobre todo ¡qué natural es mostrarse apasionado, tronar, indignarse, y derramar una lágrima de heróico despecho, sabiendo con anticipacion que ha de ser precisamente al llegar á la quinta palabra de la línea tercera del párrafo sesto de la décima hoja!

Finalmente, asi que el lector comienza á rezar su escrito, cada oyente dice para su sayo: todo eso será muy bello! pero no vale la pena oirlo pudiendo mañana leerlo en el *Monitor*.

Siempre que veo á los lectores de la oposicion y á los lectores ministeriales subir por derecha é izquierda á la tarima de la tribuna, con sendos cuadernos de elocuencia en mano, se me figura ver dos divisiones militares que van marchando con su artillería por ambas márgenes de un rio sin poder jamás encontrarse. Fatíganse en rechazar argumentos que nadie les dirije, y no preveen los que se les pueden dirigir. Ignoran que desde la víspera el combate mudó de escena, y se empeñan en emboscadas y desfiladeros, donde el mas despreciable bisoño del ejército enemigo pudiera hacerlos prisioneros. Basta para desarmarlos un solo bote de lanza de un improvisador de ojo certero, y aseméjanse no poco á los antiguos ginetes que iban agarrotados sobre sus palafrenes, los cuales daban con su magnificencia en tierra apenas á un maligno page se le antojaba dar al caballo un disimulado tiron de las crines haciendo encabritarse al noble bruto.

CAPITULO III.

DEL PODER DE LA IMPROVISACION.

Continuacion del mismo asunto.

El poder de la improvisacion consiste esencialmente en su oportunidad. Un discurso escrito puede recitarse indiferentemente en el parlamento como en un salon, en una Academia ó en un banquete. Pero la improvisacion no sirve sino para el momento en que se pronuncia, y para los que entonces la escuchan. Si el orador es desaliñado, mayor naturalidad representa, y gustan sus oyentes de que hable como ellos mismos hablarian sin haberse preparado para ocasionar admiracion. Gesticulará con violencia; sus ojos encendidos vibrarán rayos; su espresion crecerá como la llama y el torbellino, porque su auditorio le inspiró el fuego de su cólera. En unos puntos será prolijo y difuso, en otros rápido y conciso, porque asi al parecer lo habrán querido sus oyentes. No hay que juzgarle pues por las reglas y métodos del discurso escrito y premeditado: no se debe leer la improvisacion, sino oirla.

Pongámonos en los bancos del auditorio, pues para este y no para sí subió el orador á la tribuna: los pensamientos, las pasiones, la voluntad de este, es lo que allí espresa, lo que allí respira, lo que allí declara. Tienen vida sus palabras porque hay realidad: tienen energía porque se la inspira todo lo que le rodea: tienen oportunidad porque habla de hombres que viven y obran, delante de hombres que viven y obran tambien. No aparecerá lánguido si sus oyentes están en exaltacion, ni vehemente si ellos permanecen en calma. No alzará su vuelo desplegando sus alas en la cima de la montaña si su auditorio camina lentamente por la llanura. El improvisador se ajusta á él y sigue su paso, y parece que le vá siguiendo hasta que, dueño de su voluntad, le subyuga y encadena, y pasando de la espalda al frente le arrastra y le precipita por la via del propio antojo.

El alma del improvisador corresponde con el alma del oyente, y las dos se unen, se comunican, se mezclan y confunden. Remóntase aquel ó rastrea, y tiende la mano al auditorio para atraérsele, y el auditorio le tiende la suya, le auxilia, le ayuda maquinalmente en cierto modo, le

suministra voces que no se le ocurren, le aguijonea, le incita y le anima con su aliento, como un domador inclinado sobre la cerviz de su caballo que bota jadeando. Unidos corren, y unidos llegan á la meta. Cada parada, cada avance descubre un nuevo punto de vista, un efecto inesperado, una emocion, una agitacion súbita, una rápida belleza.

Nunca sabe el improvisador todo lo que vá á decir, ni de qué manera vá á espresarlo. Lleno de confianza abandona la orilla, lánzase á las ondas, despliega en ellas su vela de púrpura, y mientras vá conducido en brazos de su auditorio palpitan por él en la ribera todos los corazones.

No diré otro tanto de esos otros supuestos oradores de tribuna, de esos razonadores por escrito que carecen á la vez de espontaneidad, de memoria, de pulmones y de entrañas; de esos que no sabiendo conmover á sus oyentes solo procuran agradarlos, y que para encarecer y hacer que se trate á sus discursos con el respetuoso apartamiento de etiqueta usado con personages, se presentan galanos, y aun mas que galanos, acicalados, peripuestos, perfumados y repulidos, con su rubí en el dedo.—Pretenden ofuscar los ojos de los espectadores con las reverberaciones del antítesis; hínchanse de gases, se sobrecargan de pinturas, como temiendo venderse por la sencillez del pensamiento y las gracias naturales de la alocucion; tortúranse para poner un rasgo en cada desinencia, y un axioma en cada reflexion.

Yo por mi parte contemplo impasible y mudo semejantes ramilletes de fuegos artificiales, que despues de disparar haces y mangas de cohetes voladores, que eclipsan la luz de las estrellas, se apagan y desvanecen en las altas tinieblas de la noche.

CAPITULO IV.

DE LAS PROFESIONES QUE PREDISPONEN Á LA ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

En ese auditorio parlamentario, tan vasto y heterogéneo, hay profesiones que predisponen particularmente á la oratoria.

No creo que se me acuse de azuzar criminalmente á las clases unas contra otras, diciendo que los diputados cuyas lenguas vibran con mas continuidad y fluidez son los Abogados, los Catedráticos y los Militares.

Los Abogados hablan para todo el que quiere, cuanto se quiere, y sobre lo que se quiere. Tienen el oido sutil y siempre alerta, y el que los interrumpe no hace mas que darles pie para replicar. La costumbre de defender alternativamente el pro y el contra, lo falso y lo verdadero, adultera su criterio; despues de haber cogido á un ministro á brazo partido, le derriban, le golpean y le magullan á patadas: luego, cuando pasan por delante del banco de aquel hombre todo acardenalado todavía de resultas de su porrazo y de sus golpes, los vemos menear la cabeza con la sonrisa en los labios, y alárgale la mano; ¿quién no diria que son dos amigos íntimos? Estos singulares procederes no dejan de causar cierta estupefaccion á los novicios, encaramados en los escaños mas altos del congreso, que se preguntan entre sí ¿cómo se puede levantar del suelo con tanta urbanidad á un ministro á quien se acaba de revolcar en el fango, y si todo aquello no es una purísima comedia?

Los grandes oradores, semejantes á las águilas que se ciernen encima de las nubes, rara vez descienden de la alta region de los principios; pero los Abogados vulgares vuelan ras con ras de la tierra, como la golondrina; dan mil vueltas, y pasan y vuelven sin tregua por delante de nuestros ojos, atolondrándonos con el zumbido de sus alas.

Los Abogados son calientes de boca y frios de corazon, tozudos, quisquillosos y grandes ensartadores de palabras; enemigos de la lógica, porque la lógica va derecha á su fin, al paso que á ellos no les acomoda llegar tan pronto. Muy despavilados á la salida, su elocucion arranca á escape tendido, vuela como el rayo, pierde el resuello y cae.

Los Catedráticos se apoderan de la palabra con autoridad, no la piden; regentan la cámara como una aula de estudiantes. Empiezan por dejar sobre el mármol de la tribuna su birrete de doctor, y aun ha llegado el caso de sorprender los secretarios del Congreso á algunos, y entre otros á M. Guizot, sacando de debajo de su balandran de pedagogo la palmeta y las disciplinas. Estos tales oradores son vanos, sutiles, arrogantes, desabridos, estirados, mandones, escabrosos, dogmáticos, relamidos, muy pagados de sí; nunca se ocupan en lo que se les opone ó se les responde, sino en lo que dicen; no quieren convencer, sino subyugar; no persuaden la verdad, la imponen. Tienen la sequedad de los métodos y el despotismo de los axiomas; pero como no se los elige para diputados sino á causa de su reputacion, son generalmente hombres de una inteligencia superior, doctos, profundos, ingeniosos, á veces muy gratos de oir, á veces muy fastidiosos.

El predominio de los Abogados y de los Catedráticos ha derramado sobre la elocuencia parlamentaria el beleño de una solemne monotonía, con lo que ha ganado tal vez en punto á pompa, á dignidad, á correccion, á método; pero de cierto ha perdido mucho en nervio, en gracia, en calor, en naturalidad, en franqueza, en colorido, en originalidad. Los Abogados y los Catedráticos, esclavizados por ciertas formas de convencion y de estado, pierden su fisonomía propia; todos sus discursos parecen sacados del mismo molde. Sea cual fuere el asunto dado, breve ó largo, no hablarán menos de una hora, porque los Catedráticos creen que están disertando delante de sus escolares, cuya clase dura una hora, y porque los Abogados se hacen ilusion de que se están zarandeando delante de sus clientes, que no quieren que se perore menos de una hora por un negocio de dos minutos, y que pondrian el grito en el cielo sino resultasen las palabras en proporcion numérica del dinero que cuestan; por consiguiente llenan la clépsidra hasta los bordes, y mientras anda, andan tambien sus lenguas para pararse de repente con el último grano de arena, porque ya han hablado su hora.

Los Militares arremeten á la tribuna con arrojo, impaciencia y brio, como si fuera una batería. Llevan la cabeza erguida, tienen el ademan imperioso, y miran á las gentes cara á cara. De ellos se tiene menos desconfianza, porque suponemos que si pueden engañarse á lo menos no tratan de engañarnos. A los oradores militares se les tolera el desprecio á la gramática, la amargura grosera de los cargos, el abuso de las figuras de retórica, y el desbarajuste de los discursos; pueden echarse de sopeton á divagar, sin que se los llame á su tema; pueden decir en el lenguaje que se les antoja, trivial ó correcto, llano ó montuoso, todo lo que se les pasa por el magin sin que se los llame al órden. Me acuerdo de haber visto al general Foy dar puñetazos y patadas en la

tribuna, colgarse de ella, gesticular y retorcerse como un energúmeno; la cólera le brotaba en espumarajos de ambos lados de la boca,— y se le dejaba hablar, al paso que se hubiera impuesto silencio á un doctor porta-borla. Por mi parte, aunque me critiquen este gusto, prefiero esos militares brutales, que desenvainan su tizona y se le echan á uno encima, á esos retóricos melosos que nos asesinan á alfilerazos.

CAPITULO V.

DE LA CLASIFICACION DE LOS ORADORES POR SUS DOTES Y CARACTER.

Es preciso considerar las cualidades principales que dominan en el orador segun su temperamento, carácter y costumbres. La imaginacion, la lógica, la elocuencia y la malicia, presentan escollos que es preciso evitar.

A veces el que se distingue en la esposicion de los hechos, y la presenta clara y lúcida, sin sobrecargarla de incidentes, con buen órden y buena deduccion, flojea y se turba cuando se trata de razonar. Otros que se apoderan del asunto y de la atencion de los oyentes así que comienzan á animarse, y á estender, coordinar y clasificar sus ideas, entran con dificultad en materia. Otros por fin pierden la pista y se descarrian, sueltan palabras al viento, se aturden y se acongojan. Dan una huida de caballo y abandonan el campo.

Los Imaginativos fascinan con la riqueza y profusion de sus metáforas; pero el abuso de las figuras hace que solo llenen los oidos de tropos amontonados y quebradas cadencias. El estilo parlamentario no debe ser escesivamente repleto; es preciso que descubra los músculos y nervios como cuerpo sano y vigoroso. El estilo floreado y galano es pura iluminacion. Los Imaginativos están sujetos á caer en las amplificaciones.

Los Lógicos oradores, que no deben confundirse con los Lógicos escritores, deben ser mas bien abundantes que concisos, mas bien apremiantes que contenidos. No deben olvidar que la atencion de una cámara es siempre versátil y ligera. Resumiendo demasiado es fácil no ser comprendido: desleyendo mucho se causa fatiga. Si se aguza demasiado el cabo del argumento se dá en la sutileza; si se insiste demasiado en las cuatro patas del silogismo se incurre en la pesadez. Si solo se enseñan los tendones y las fibras de una proposicion descarnada y sin colorido, se peca por aridez y repugnancia. Si no se deja deslizar algun filamento de luz sobre la tersa desnudez del raciocinio, se produce confusion y oscuridad. Los Lógicos están espuestos á caer en las tinieblas.

Los Patéticos deben remontar y recojer convenientemente el vuelo,

olvidarse de sí mismos, ó aparentarlo por lo menos; manifestar que los arrastra á su pesar la fuerza de la situacion, ó algun movimiento interior que los domina y avasalla; cortar el discurso como si perdieran el aliento; hacer vibrar solamente las cuerdas mas sensibles del alma, y mantener á la asamblea como en estado de transpiracion y angustia. Mas si tal estado se prolonga con esceso, el enfriamiento sucederá á la emocion, y al llanto la risa. Los Patéticos están sujetos á caer en el sentimentalismo plañidero.

Los Malignos están sin cesar ocupados en afilar sus flechas y sacarlas punta, y en armarlas por ambos lados con leves plumas para que vuelen mejor hácia el blanco. Escalan de un salto un corpulento raciocinio trabajosamente erigido, y á veces el golpe disparado al flaco por un enano de estos dá con el coloso en tierra. Cuando las alusiones son ingeniosas y sutiles sorprenden agradablemente el ánimo, y el que las escucha se encuentra por el placer de adivinarlas convertido mal de su grado en fautor del que las aventura. Cuando son enérgicas y ponzoñosas suelen dejar el aguijon clavado en la herida, y con él se muere; pero por lo comun producen irritacion, mas en los que las temen que en aquellos á quienes realmente van dirigidas, y entonces quedan frustradas. Los Malignos van siempre rozándose con el precipicio de la personalidad.

Tenemos ademas á los Economistas, á los Juristas, á los Especialistas, á los Socialistas, á los Reglamentarios, á los Generalizadores, á los Fraseólogos y á los Interruptores, de quienes me habia olvidado.

Hay Economistas que proyectan las cosas en grande, capaces de arrebañar ochocientos millones en un millar á riesgo de dejar al pais sin justicia, sin ejército, sin caminos, sin canales, sin administracion y sin servicio público. Otros hay que proyectan las cosas en pequeño, y que de grado consentirán que se escatimen siete francos y cincuenta céntimos de un sueldo de veinte mil francos. Hay Economistas mariscales de campo que opinan que los primeros presidentes [1] son retribuidos con esceso, y Economistas primeros presidentes que reputan desmedido el sueldo de los mariscales de campo. Economistas hay que amontonan los números de un modo tan ingenioso, que habiendo déficit parece hallarse el pais sobrado, y hacen creer que se paga la deuda cuando se pide prestado, y que hay prosperidad cuando amenaza la ruina. Hay Economistas cosecheros que pintan como intolerable el impuesto sobre los vinos, y como llevadero y de fácil recaudacion el impuesto sobre la sal; y Economistas salinos que claman por ver abolido este, alegando que en todo caso mas fácilmente que sin sal se puede vivir sin vino. Hay Economistas á

1 *Premier président*, que equivale entre nosotros á regente de audiencia.—*N. del T.*

quienes por no tener haciendas poco se les importa que aumente la contribucion territorial, con tal que no se reduzcan las rentas, por tener ellos rentas. Y Economistas hay que se dejarian hacer trizas antes que votar un solo cuarto para la conservacion de una calzada que no sea de su uso, y que sin embargo llenos de patriótico celo presentarán una proposicion para el ensanche y empedrado del camino que atraviesa su heredad. Finalmente, hay Economistas, y estos son los buenos, que sostienen que los impuestos que pesan sobre el rico son preferibles á los que agravan la condicion del pobre, y los gastos productivos á los gastos que nada producen, y el interés general al particular, y el concejo al distrito, y el departamento al concejo, y la Francia entera al departamento.

Los Juristas deciden por el derecho civil lo que es de derecho político. Encuentran nulidades en las medidas de gobierno mas saludables y perentorias sino fueron redactadas y formuladas segun todas las reglas de los procedimientos. Por absurda, por incomprensible, por bárbara que parezca una pena, opinarán que se aplique con todo rigor, y basta que se halle escrita, aunque sea el palo ó el tormento. Son pues esclavos de la ley y del poder, mas bien que sus vasallos, é inclínase hasta el suelo ante el imperio del testo; no ven mas que la letra, ni reconocen mas que lo escrito. Con una interpretacion sutil de palabras deducen su competencia de su incompetencia misma. Descubren un sentido oculto donde no hay mas que lo patente, incompatibilidades donde solo hay concordancias, y paridades en las antinomias. Dirán que la Carta de 1830, que establece la libertad de la prensa, está en consonancia con las leyes de la Restauracion que imponian la censura, y capaces serán de probarlo con muy selectos argumentos sacados de la ley de Apio el decenviro. Economicemos con ellos cuestiones sino queremos que nos demuestren de un modo perentorio que el código griego de Teodosio justifica la revolucion de julio. Son ingenios áridos, secos y desabridos, encanijados con la letra muerta, que temen elevarse hasta la inteligencia, que no saben escuchar la voz de la conciencia, y sacrifican el concepto á la espresion, la legislacion al procedimiento, y la humanidad á un axioma.

Los Especialistas son la buena dote de la cámara, y la mayor parte de las veces son los únicos que saben lo que dicen, y que lo dicen como cumple; pero esto sucede siempre y cuando, llevados del deseo de lucir, no quieran decir mas de lo preciso, ó mas de lo que saben: y cuando, por efecto de orgullo, no dén en creer que los demás lo ignoran todo porque no sepan aquello de que se trata: y cuando, por afectacion, no usen de voces técnicas en vez de las comunes y corrientes, y por sistema no sustituyan á los principios de la ciencia recibidos y comprobados las fantasías y sombras de su cerebro.

Los Socialistas, hombres regalones, sensuales y voluptuosos, habitan,

con la imaginacion se entiende, muy encima de las nubes, y con su óptica especial y sublime solo entreveen una sociedad risueña, pomposa, sonrosada, inocente y buena, rebosando bienes y júbilo y virtudes, con vestidura de fiesta, y palabras llenas de ternura y de poesía; sociedad encantadora, y muy fácil de fundar, no curándose de saber en qué grado de latitud habrá de vivir, siéndole por lo visto de todo punto indiferente el frio y el calor, ni bajo qué forma de gobierno habrá de medrar, por hallarse el Gran Mogol tan bien dispuesto al parecer en favor de los caprichos humanitarios de los Socialistas, como el presidente de los Estados-Unidos.

Por mi parte, dispuesto estoy á abrazar el sistema de los Socialistas asi que se dignen esplicármelo, y decirme con qué medios cuentan para realizarlo, y si piensan valerse de criaturas de la raza humana; mas porque desde tan alto no nos podrán dar estas noticias cómodamente, amonestémosles que desciendan de sus nubes y vengan, siquiera por algun tiempo, á habitar la tierra.

Los Reglamentarios invocan como leyes, y aun sobreponiéndolos á las leyes y al comun sexo, los caprichosos antecedentes de las comisiones y de la sala de conferencias, y porque la cámara dispuso ya una, dos, tres ó cuatro necedades, sostendrán que tiene obligacion estricta de cometer la quinta. Recordarán, con toda la satisfaccion de una memoria afortunada, que en tal dia de tal año el presidente tal, en la tal sesion, se puso el sombrero de tal ó cual modo, ó que al pasar lista comenzó por la letra *a* y no por la *z*; cosa verdaderamente maravillosa. Rómpanse los diques de la Carta, invadan los ministros el santuario de la legalidad, ¿qué importa? ¿Fueron ellos constituidos en guardianes suyos? Pero conceda á uno la palabra distraido el presidente, despues de habérsela prometido á otro; al punto los Reglamentarios empezarán á desazonarse en sus bancos, furiosos, y fuera de sus casillas. Le interpelarán, con el puño cerrado y bufando de cólera, denunciando el escándalo con todo el poder de sus pulmones, sin pensar que son ellos los escandalosos. Ergotizarán horas enteras con increible pujanza sobre la grande importancia de una sílaba, de menos que una sílaba, de un punto, de un acento, de una coma, y volverán despues á ocupar sus asientos sin resuello, reventados y chorreando sudor, sin haber dado un solo paso en la discusion, y sin haberse entendido á sí mismos.

Los Frascólogos solo son sensibles á la música del discurso. Florean en todos los temas el canto de su prosa; la hacen retumbante para que imite el redoble del tambor; la lanzan á vuelo para que suene como una campana de catedral; la desmenuzan y desparejan para que todas sus notas se choquen como campanillas. Recortan sus palabras como los lapidarios los brillantes, y asidos á cada una de las puntas de sus facetas se

contemplan en sus iris. Brincan y revolotean de una en otra antítesis; se estasian ante la menor figura de retórica; se abisman en la inmensa pompa de un periodo.

Al Frascólogo le es indiferente ser ó no razonador. Está vacío de ideas, pero bien nutrido de palabras, y ha profundizado su orígen, sus sinonimias y derivaciones en las veinticuatro letras del alfabeto. Tiene en la punta de los dedos el supino y el gerundio de cada verbo; posee la regla de los participios y de la supresion del *que*. Su estilo aparece siempre de punta en blanco, pulido, dorado, vestido á la última moda. Es la fatuidad gramatical personificada.

Apenas acaba de oscurecer, el Frascólogo se despide misteriosamente de sus amigos, dá las buenas noches á su mujer y á sus hijos, se encierra en su despacho y echa el cerrojo. Allí, á la luz de dos bujías cuya dudosa claridad redobla el silencio del aposento, consuma el ensayo general de su discurso; dispone sus frases con simetria, como forma un general sus columnas, y de modo que el frente de la una no avance sobre el de la otra, y marchen todas juntas con paso uniforme y á compás. A medida que van pasando por delante de él, se quita el sombrero y las saluda; cada una tiene su nombre, su fila, su efecto propio, su relumbron, su retintin: las agrupa ó las separa, las suspende ó las precipita, y les hace describir mil linages de evoluciones. De miedo de perder la cuenta, las numera con tinta encarnada; todas las lleva en el oido, y mientras va paseando de arriba abajo la muelle y discreta alfombra de su cuarto, les pasa lista una y muchas veces para la revista del dia siguiente. Por la noche le están zumbando en los sesos; las repite entre dientes con amor; y su mujer, junto á la cual está acostado, cree que se ha vuelto loco, ó que se vende entre sueños y nombra á una querida.

El Frascólogo desconoce las leyes y los negocios; en su vida ha abierto los presupuestos; desdeña los guarismos, la lógica, los hechos de todos conocidos, y la marcha vulgar de las cosas. Tiene por muy indigno de él estudiar la administracion, la hacienda, la economía política; pero es doctísimo en la melopea; sabe qué es onomatopeya, pleonasmo, eufonia, metonimia, hipérbole, prosopopeya, prótasis, catácresis, y otras figuras de retórica al uso de los griegos: pule, lame, redondea su frase en lo menudo como en lo grande, y la hace relucir en resalto; todo se le vuelve floreos, ornatos, filigranas y arabescos de estilo. En vez de ajustar su lenguaje al asunto, doblegará el asunto á su lenguaje, y discurrirá sobre el impuesto de la harina en el mismo tono en que proclamaria la invasion del territorio y los peligros de la patria. Fuera una ilusion imaginarse que habla para persuadir, para conmover, para ayudar á los suyos, para ganar su causa; habla únicamente para tener el placer de hablar y de oirse hablar. A veces entorna los ojos como para con-

centrarse dentro de sí mismo; se inclina, y presta ansiosamente el oido á los acentos que emanan de su labio; parece que su boca los acaricia al paso, y cualquiera diria que está embebecido en la contemplacion del instrumento de su palabra. Con el pie lleva el compás; con la garganta se arrulla tiernamente, se mece, se baña en la blanda armonia de sus desinencias, se embriaga de sí propio, y en su inefable deliquio el mundo esterior no existe para él. Ni las voces chillonas de los porteros, ni las conversaciones de la asamblea, ni las impaciencias del orador post-opinante, ni las paternales exortaciones del presidente, logran sacarle de su éstasis: y necesita que uno de los secretarios vaya á tirarle del faldon del frac para avisarle que los mozos están apagando los quinqués, y que se levantó hace rato la sesion.

Los Generalizadores no se paran en las fracciones de un millon, aunque esas fracciones asciendan á un tercio de dicha suma; no calculan mas que por cantidades alzadas. Al sentar una regla, prescinden de si tendrá ó no tantas escepciones que deje de serlo, y al establecer un principio absoluto de si son ó no aplicables sus consecuencias. No toman en cuenta para nada ni los lugares, ni los tiempos, ni los hombres, ni los medios, ni las necesidades, ni las circunstancias, y no consideran que los negocios humanos se rigen mas bien por los pormenores, los hábitos, la esperiencia y la infinita variedad de los incidentes de cada dia, que por el inflexible rigor de las teorías: son grandes constructores de frases, que se columpian como volatineros entre lo verdadero y lo falso, en la vertiente de las tésis constitucionales; que dirán en qué peca un sistema, mas bien que lo que debería ponerse en su lugar; lo difícil para ellos no es tanto nunca generalizar como practicar, discurrir como sacar consecuencias.

Los Interruptores son de dos especies:

La de los que no hablan, y la de los que hablan.

Los Interruptores que no hablan meten mucho mas ruido que los que hablan, porque imitan con un acierto en la semejanza y una verdad en la ejecucion que nada dejan que apetecer, los gritos de todos los animales domésticos ó silvestres que ha colocado el Criador sobre la tierra: cantan, pian, ladran, maullan, graznan, berrean, balan, ahullan y rugen absolutamente como ellos. Cuando todos aquellos pies patean; cuando todas aquellas manos castañetean; cuando todas aquellas cabezas se empinan, y vibran todas aquellas lenguas, entonces se forma un murmullo de rumores tan confusos, tan diversos, tan chillones, tan desentonados, tan penetrantes, que la voz del orador se pierde en él, como el canto de un pájaro entre los rugidos de la tempestad.

Los Interruptores que hablan usan y abusan de los monosílabos y de la interjecion: *Eh?—oh!—ah!—uf!—qué?—cómo?—Jesus!—Ya!—Pues!—* Llaman á esto no poder reprimir el grito de la pasion; sostienen que

la elocuencia no necesita tan largos discursos, y dicen que ellos no han menester mas que de una palabra, una sola palabra para cautivar ó para conmover. Hacen seña al taquígrafo del *Monitor* de que les traiga las pruebas de la sesion para corregirlas, y apenas el periódico oficial ha tomado acta de su *uf!* ó de su *oh!* escriben á sus comitentes: «Muy señor mio: »en el *Monitor* de hoy verá V. que he desempeñado dignamente mi mi»sion legislativa, y que no he querido dejar pasar la sesion sin que se »oyese hablar de mí.»

CAPITULO VI.

DEL TAQUÍGRAFO.

Cuatro personas poseen el secreto de las flaquezas del orador parlamentario, que son su médico, su confesor, su querida y su Taquígrafo.

El Taquígrafo es ni mas ni menos que el Sancho, el escudero del Don Quijote oratorio; él le viste y le desnuda, prepara sus arreos, su manto de púrpura, sus dientes postizos y su bisoñé: le aguarda entre bastidores, cuando el orador sale de la escena, chorreando sudor, despues de haber hecho el papel de Demóstenes; calienta las tohallas y le restriega de la cabeza á los pies; lava sus discursos con pasta de almendra, los acicala, los perfuma y los bruñe. Asi como no hay héroes para sus camareros, tampoco hay oradores para el Taquígrafo.

A este fiel Acates es á quien el batallador de tribuna entrega todas las piezas de su armadura, el yelmo, la cota de malla, los brazales y la espada. El Taquígrafo le sirve de padrino; lleva sus carteles y sus cartas de amor, y sabe perfectamente lo que valen sus bravatas y sus conquistas.

El es el cronista de las campañas parlamentarias, y en su calidad de gefe de la plana mayor, redacta, dictándoselos el general, los boletines de cada cuerpo de ejército: él es quien, en sus historias, relata *de como* Aristodemo debeló al mónstruo de la anarquía, y *de como* Rodomonte hendió de un mandoble los gigantes y los encantadores.

Yo conozco las flaquezas de los oradores mis contemporáneos. La irritacion del temperamento, la cólera de la contradiccion, la pasion política, la lucha á brazo partido les dan temblores nerviosos y fiebres de vanidad: todos quieren ser ensalzados, señaladamente por los dotes de que carecen. El envidioso no se cree bien felicitado si no se vitupera á sus compañeros; el patético quiere que se diga que arguye lógicamente; el lógico, que agrada sobre todo por sus donaires; el poeta, que brilla menos por su imaginacion que por la solidez de su cálculo; el

inconstante, que nunca varía; el economista, que al escucharle todos los corazones enternecidos se derriten de pura compasion; el que pronuncia discursos que parecen madrigales, no queda satisfecho si no se asegura que nadie como él sabe disecar un presupuesto.

El Taquígrafo es el confidente oficial y discreto de sus saladísimas comunicaciones, y de los ardides de su orgullo.

Al subir á la tribuna, se le codea al paso sin dignarse siquiera saludarle; al bajar, qué diferencia! el orador vá derecho á su banco, se quita el sombrero, le habla con cariño, le echa mil flores, le mima, le *camela*, y el bueno del Taquígrafo endosa, con una complacencia sin igual, todas esas letras de cambio que giran los diputados de provincia contra la credulidad de sus comitentes.

El orador se parece á aquellos gusanos de luz, diamantes de la noche, que relucen sobre la yerba, como las estrellas en el cielo; pero acerquemos una vela, y al punto pierden su fosfórico brillo.

Apenas han fluido las perlas de la improvisacion, cuando las engasta un Taquígrafo en similor, y las despacha en público, en su azafate.

El Taquígrafo es el sepulturero del parlamento. Esos soberbios Alcides que tendian sus músculos y postraban con su maza á la espantosa hidra de la anarquía, esos Joves Tonantes, esos Adonis de tribuna, cuya cabellera está tan tersa y bien rizada, pasan por las manos del inexorable Taquígrafo que los aguarda al pie del tablado, y á quien se los abandonan como cadáveres. El los entierra, á su antojo, en sarcófagos de mármol, sobre los cuales se lee: «Aquí yace el muy alto y muy poderoso señor!» ó bien, los clava entre cuatro tablas de pino, y los hecha en el hoyo comun, sin dignarse barbotar sobre ellos el mas mínimo *De profundis*.

El Taquígrafo presenta al público, por el agujero de su linterna mágica, toda la sarta de los oradores de cada sesion, haciendo aparecer blanco al que era negro, y colorado al que era amarillo. Segun que aleja ó acerca los vidrios, convierte en gigante á un enano, y hace de un elefante un mosquito.

Es cosa de ver como ataraza el Taquígrafo á nuestros Procustos parlamentarios! como les estira ó les cercena los miembros, dejándolos mas grandes ó mas chicos de lo que la naturaleza exije!

El mezcla y revuelve las cuartillas como una baraja; trastorna todos los pisos del discurso; empieza por la vuelta y acaba por la cara, pone una cabeza enorme y melenuda sobre un cuerpecillo raquítico, dá un paso adelante y dos atrás, principia por la peroracion, concluye por el exordio. ¡Mísero diputado! Sus lectores saben cuál es su respuesta, pero ignoran cuál fué su pregunta. El Taquígrafo espone prolijamente la consecuencia que sacó, pero no dice de qué principio; pone en relieve pe-

sadas oraciones que nadie ha escuchado, y suprime de cercen oraciones magníficas.

¿Y cómo se reclama?—Señor Taquígrafo, V. me cuelga un argumento que arguye un disparate.—Me hace V. no ver mas que con un ojo, y tengo dos; míreme V. bien.—Ha desfigurado V. mi mas feliz inspiracion.—Ah! me hace V. decir lo que V. piensa; si quisiera V. hacerme decir algo de lo que pienso yo!—Bien hubiera V. podido advertir que mi elocuencia ha producido mucho efecto, y que he arrancado grandes aplausos.—¿Por qué dice V. que troné como un sochantre cuando he gritado en falsete?—Ha puesto V. un *oh!* donde yo puse un *ah!* y una interrogacion donde se necesitaba una exclamacion!—¿Cómo se reclama? repito. Hacerlo, seria ponerse en ridículo.

Infeliz, infeliz del diputado que tiene por enemigo al Taquígrafo! Bien puede renunciar á ser reelegido, bien puede renunciar á que lean en su pueblo sus discursos, tales cuales él los pronunció en la cámara.

Si el Taquígrafo es amigo, se le aprieta el brazo y se le dice al oido al entregarle el discursillo que acaba uno de tartamudear: conque, no vaya V. á olvidarse de poner el *muy bien* donde V. sabe.

Si es enemigo político, escribirá ¿y quién se lo impide? que se han oido murmullos donde resonaron alabanzas, y hará decir tal vez á un orador lo contrario de lo que dijo.

Hay lectores bonachones, y sin opinion formada, que no comprenden palabra de esas sesiones interrumpidas, impresas en carácter diminuto y casi ilisible en un periódico de una vara en cuadro:—¿qué hacen entonces? saltan por encima del orador y de sus frases, corren á la terminacion del periodo, solo para ver si pone al fin *muy bien!* ó *muy mal!* y repiten con ciega fé en el Taquígrafo, y sin haber leido una sílaba del discurso:—¡Qué elocuencia! ó bien: ¡Miserable orador!

Pero todavia hay lectores que se ven mas apurados, cuales son los lectores de varios periódicos de varios colores, porque donde el Taquígrafo del ministerio puso *muy bien*, el Taquígrafo de la oposicion pone *muy mal!* ¿A quién de los dos se ha de dar crédito? Verdad es que por poca fé política que se tenga, queda el recurso de creerlos alternativamente á uno despues de otro.

Si el Taquígrafo es un majadero, insertará el discurso de cabo á rabo, sin olvidar que el orador estornudó tres veces antes de principiar, y que tuvo, al concluir, la precaucion de derramar un vaso de agua con azúcar sobre las narices del portero, y ya puede estar seguro de que, de todo su discurso, no se le quedarán en la memoria al lector mas que este desgraciado fin y aquel desgraciado principio.

Si el Taquígrafo tiene talento, le arreglará á V. una arenguita de su cosecha, muy cuca, muy iluminada y ascadita, y le hará á V. pasar

por un hombre de gusto y finura á los ojos de sus comitentes, que seguramente no le han elejido para eso.

Al cabo de dos años de ejercicio, todo Taquígrafo puede ser un excelente diputado; pero no apostaria mi cabeza, ni aun mi dedo meñique, á que todos los diputados pueden ser Taquígrafos.

CAPITULO VII.

DEL ARTÍCULO DE LA SESION.

La diferencia que media entre el Taquígrafo y el artículo de la sesion, es que el primero tiene la pretension de reproducir los discursos de los oradores, y el segundo tiene la de juzgarlos.

El artículo de la sesion y yo nos conocemos á fondo; unos diez años hará que le saqué á la plaza del mundo, y cuando ya le ví grandecito, le dejé campear por su respeto. Desde entonces ha crecido, se ha instalado, ya se hombrea en el mundo político, ya vá corriendo por esas tierras á manera de oráculo.

Si el orador es el señor de hoy, el artículo de la sesion es el señor de mañana. Si el orador es lo que quiere dentro de su iglesita parlamentaria, no es fuera de ella y para toda la Francia, mas que lo que el artículo de la sesion consiente que sea.

El juicio de los muertos no se hace esperar para el orador. Apenas está encerrado en su atahud de papel, cuando se acercan al cuerpo dos periodistas, ambos se ponen á sus lados, como su ángel bueno y su ángel malo: le cantan el *gori gori* en fa-bordon, y le rocian, á guisa de agua bendita, el uno con un panegírico, el otro con una sátira.

Me acuerdo, á lo que puedo recordar, por supuesto, al cabo de tanto tiempo, me acuerdo de que en mis artículos de la sesion habia mucho de pasion, pero tambien solia haber justicia, y no siempre desollaba á mis adversarios, siempre y siempre! Parece ser que desde entonces el género del artículo de la sesion se ha perfeccionado singularmente, y aun mas de lo justo, si hemos de juzgar por las siguientes muestras.

ORADORES ABOGADOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

La misma sesion, el mismo asunto, el mismo orador, el mismo discurso.

Gorgias, nuestro grande orador, ha estado, desde el principio hasta el fin, cáustico, robusto, contundente; en su sublime vuelo casi se remontaba hasta los cielos. Ha luchado contra los ministros con una flexibilidad, una gracia, una fuerza, una osadía sin iguales; sucesivamente ha agotado todos los raptos de la elocuencia, toda la armonía de la palabra humana, todo el vigor del raciocinio, lo mas profundo y elevado que hay en la política. Los centros bramaban de impaciencia y de cólera; los ministros, clavados en sus bancos, se sonrojaban de vergüenza, y se ocultaban el rostro con las manos. Verdaderamente daba compasion! Despues de este golpe terrible, puede decirse que acabó el ministerio, y podemos asegurar á nuestros lectores que está tan enfermo que no volverá á levantar cabeza. ¡Pobre ministerio!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

La misma sesion, el mismo asunto, el mismo orador, el mismo discurso.

Gorgias, el abogado, ha estado, desde el principio hasta el fin de su discurso, flojo, insustancial, sin color, enervado, rastrero hasta dejarlo de sobra; esa águila de la oposicion rasaba la tierra con el mas pesado vuelo; el infeliz se arrastraba tardamente, sucumbia bajo el peso de su fraseológia, la asamblea se reia á carcajadas, mientras que la oposicion confusa refunfuñaba entre dientes y se mordia los labios de despecho. ¡Qué dia de victoria para el ministerio! Ya puede contar por seguro el apoyo de la mayoría; ya puede manifestarse en todo el esplendor de su triunfo á sus amigos como á sus enemigos. ¡Pobre Gorgias!

ORADORES HOMBRES DE NEGOCIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¿No es cosa original ver al ministerio abrir la boca y clamar á voz en grito, presentándonos á Démades: Aquí teneis, aquí teneis un hombre de negocios!

¡Un hombre de negocios! digan un procurador hambriento, un ergotista de escuela que sabe en qué se contradicen dos sentidos, pero no en qué concuerdan; un indagador de sutilezas que no puede elevarse á la mente de la ley, y vive encenagado en la mas miserable rutina. Démades tiene siempre la pluma detrás de la oreja, y el código de procedimientos abierto de-

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Sí, burlones, sí, Démades es un hombre de negocios. Dice pocas palabras, pero ninguna inútil; cada raciocinio suyo se encaja en el raciocinio precedente, y sus discursos se parecen á aquellas flexibles y robustas mallas de acero que defendian el pecho de los paladines, sin quitarles el vigor y la gracia de sus movimientos. Démades no hace retumbar el aire con sus frases vacías y sonoras; no busca el Océano en la Propóntide; sabe encerrarse en su asunto, y no hay cuidado de que le saquen de él.

lante, cortado, dividido por una multitud de señalitas azules, amarillas, rojas, moradas. Si le dicen: «Claro está.—Dispense V., responderá: distingo!» Si le añaden. «Limítese V. á la cuestion: pues no está V. viendo que se trata del ejército *naval?*—«Es cierto, replica Démades, pero hay en el código de procedimientos civil, un artículo 330, que combinado con el artículo 287 y modificado por el art. 518, presenta una doble significacion, y bien conocerá V., siendo asi, que me es lícito distinguir y distingo! *distinguo!* Si la coma estuviera puesta despues de la palabra *naval*, se podria sostener que no hay interrupcion en el sentido, pero hay un punto y una coma, lo cual es muy diferente, y suspende el sentido y desbarata todas las proporciones de la justicia, del procedimiento, de la gramática, de la ley, y aun de la misma constitucion. Sí, señores, lo digo sin rebozo, la mayor parte de los imperios no han perecido porque los han acribillado á balazos, ni porque los han rodeado de fortificaciones, ni porque los han tirado pedradas á la cabeza [1], sino porque no ha sabido el legislador poner en su sitio una coma, sí señores, una coma!» Y si se le replica, rearguye Démades: «Distingo, y sé muy bien que Rebufo, en la página dos mil quinientas noventa y siete de sus Apotegmas, y Bártulo, en el paratitlas cuarenta y nueve de su Glosa pandectaria, edicion de Amsterdam, *Amstelodami*, aseguran que seria tal vez cosa bastante dura perder un imperio por una coma. Pero, por otra parte, el licenciado Chicosneau, en la primera edicion de sus argumentaciones *pro forma*, y Alberto el erudito, *Albertus eruditissimus* en su *Suma*, título veinte, capítulo cuarenta, párrafo setenta y siete, nota catorce, sostienen que es preciso atenerse estrictamente á la coma, sin lo cual no habria nada sagrado en la nacion, y que entonces valdria mas, sin comparacion, ver trastornado el mundo.—¿Cómo, prosigue Démades, cómo puede un hombre, cuando ama á su rey y á su patria, en vista de tantos sapientísimos glosadores, conciliar estas violentas antinomías? Esto es

[1] Alude esto al gran papel que han hecho las *piedras* de la calle, empleadas como proyectiles ó para barricadas, en todas las insurrecciones populares de Paris.—*N. del T.*

El ase con vigoroso brazo á vuestros parlanchines de la oposicion, á vuestros retóricos exaltados, que expiden mas humo que llama, y los aprieta entre los redoblados círculos de su lógica, como el herrero que, cogiendo el hierro candente entre sus dos tenazas, os le bate y os le retuerce bajo el yunque, hasta que le aplana y le dá la forma que quiere.

A veces levanta con prodigiosos esfuerzos los vastos depósitos de su memoria, de donde se derraman torrentes de luz y tesoros de erudicion; á veces, como delante de una pared, para de pronto á sus adversarios delante de una cita, de un testo, de un hecho, de un guarismo, de una fecha.

Démades es el repertorio universal del ministerio que le tiene junto á sí en su pupitre y le hojea.

Enciclopedia viva, anda, se para, se abre, se cierra, se llena, se vacía, habla, calla cuando es preciso que haga todas estas cosas. Utilidades tan concienzudas, tan positivas, tan temibles, valen algo mas, para el despacho de los negocios, que vuestros genios mas ó menos trascendentales, que se sustentan de pura ambrosía en las regiones etéreas.

Mientras que los chillones aguiluchos de la izquierda [1] van picoteando como atontados todas las vidrieras, Démades los corta las alas con sus tijeras, y los infelices dan consigo en tierra.

Démades sabe, y los repite, como si los leyese á libro abierto, los antecedentes de la Cámara, las aplicaciones delicadas del reglamento, la concordancia de los decretos y de las leyes, la jurisprudencia de los fallos, las interpretaciones de la doctrina, las paridades y las antinonias, los orígenes del derecho, la conferencia de los artículos, las evoluciones de un procedimiento, el sentido aparente y el sentido íntimo de una circular, las excepciones, desusos y nulidades.

Nunca le hallareis desprevenido, por-

[1] Casi nos parece escusado decir que en la Cámara francesa las opiniones se distinguen por el lado que ocupan en ella; asi la *derecha* significa la opinion *conservadora*, mas ó menos exajerada, segun se aleja ó se acerca mas ó menos del ó al *extremo* de dicho lado; la *izquierda* es la *oposicion*, que se formula en republicanismo cuando se halla en el extremo opuesto á *los centros*, cuya fé política consiste en no tener ninguna mas que la del ministerio, sea el que fuere, con tal que pague. Los centros son el plantel, el gran depósito de los empleados, pensionados, y agraciados de todos géneros.—*N. del T.*

lo difícil, sí, Señores, lo difícil, y distingo!»

Y como para sustraerse á estas distinciones cada cual toma un rodeo y se marcha mas que á paso, Démades sujeta por el ojal al portero de servicio que se escapaba el último, y que, forcejeando por desasirse, le deja en las manos la solapa de su casaca, mientras que Démades continúa: «Distingo y argüiré. *Distinguo et argumentabor*!»

Pues aquí tienen VV. al hombre de negocios del ministerio!

que ronda noche y dia, con su código debajo del brazo, al rededor del campamento; y guay no caigais vosotros en las celadas y trampas que os tiene siempre tendidas!

Si queda en el fondo del debate alguna razon oculta, él la descubre; alguna fuente olvidada, él la agota; algun punto oscuro, él le ilumina. Al fin, todos sus argumentos se agolpan, se estrechan unos contra otros, y anonada á la oposicion con su impenetrable y victorioso empuje.

ORADORES MILITARES.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¿Han oido VV. al general Crisipo? Por cierto que era cosa de oir! qué facha de hombre bebido; qué ojos, qué voz! decididamente ese señor no debia perorar mas que en un cuerpo de guardia. Estravagante, grotesco, chavacano, chocarrero, destroza la gramática, chilla, ahulla, se desgañita; pierde los estribos, se sale de la cuestion; se nos descuelga al paso con historias allá del otro mundo; descarga sobre el mármol de la tribuna tajos y reveses, y, Dios nos perdone, hemos creido ver colgar á su espalda la contera de su tremebundo sable. Vengan, vengan los porteros, y llévense á ese camorrista al calabozo!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Crisipo es valiente en la tribuna como en las batallas; hombre lleno de entereza, de instruccion y de sensatez; áspero, pero sincero: audaz, pero no temerario. Es posible que su estilo no sea de los mas floridos; y que sus periodos no sean muy rotundos y armoniosos, pero dice verdades útiles, y sus discursos cortan como una hacha. Mucho nos importan ahora por cierto las cuestiones de ortografía, y saber si debe ponerse una *s* ó una *t* de mas ó de menos despues de tal ó cual palabra! Lo que importa es salvar la patria, y Crisipo, con su elocuencia como con su valor, sabrá salvarla!

ORADORES POETAS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Cresifonte decae visiblemente; hoy se ha ahogado en una fraseológia vacía y descolorida; su estilo de tribuna no tiene ni el número de la poesía, ni la firme y noble contestura de la prosa. Ademas, no nos vengan VV. á hablar de esos poetas

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Qué grande orador! qué magnífico poeta! qué reguero de luz deja Cresifonte en pos de sí! con una sola mirada abarca los confines del horizonte europeo; se lanza, y en tres pasos recorre el orbe. Desdeña lo presente y lee en el porvenir; se parece

oradores, que siempre se nos echan á volar con sus alas de cisne á cien leguas de la cuestion. Sabido es que la discusion tenia lisa y llanamente por objeto si se habia de echar ó no un nuevo impuesto sobre las puertas y ventanas, y cátatele que se nos interna en las arenas de la Libia, y que se vá nada menos que á consultar los oráculos del Dios Memnon! Dejemos la poesía para los apasionados á los sonidos y á las imágenes; en los negocios es preciso hablar el lenguaje de los negocios. Los sacerdotes de Memfis, los habitantes del mar Caspio, y los romanos del Coliseo, y los libios, y el dios Memnon no pagarán, á lo que entiendo, nuestras contribuciones. Cresifonte se entretiene en tocar en su flauta toda casta de sonatas, pero desgraciadamente no se alivia al pueblo ni se defiende la libertad con sonatas. Nosotros seremos los primeros en aplaudir á Cresifonte, cuando represente en el teatro los furores de Orestes, ó cuando precediendo á los coros de los músicos, cante delante de los jóvenes esposos: Himeneo! Himeneo!

á la antigua Sibila, cuando, henchida de su Dios interno, se agitaba sobre su trípode; ó mas bien, es Moisés coronado en el monte Sinaí, con los rayos del Dios vivo! ¡Qué periodos tan cadenciosos! ¡qué alientos del alma! ¡qué torrentes de armonía! Parece que sus palabras fluyen sobre arenas de oro, en medio de una florida pradera. Entra, se infiltra con irresistible dulzura: atrae, avasalla los ánimos mas rebeldes, y los flotantes murmullos de las pasiones políticas van á espirar á sus pies. Cresifonte ha conseguido el mas brillante triunfo, y ya hacia largo rato que habia bajado de la tribuna, cuando todavia estaban sus oyentes sumergidos en el éxtasis de un santo recogimiento; todavia se volvian hácia la tribuna que ya habia abandonado, y no parecia sino que les era imposible desprender sus oidos de los encantos de su elocuencia.

ORADORES FILOSOFOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Eudámidas, ese aguileño de la filosofía, á su primera volada se ha perdido entre las nubes. La asamblea bostezaba, bostezaba el presidente, bostezaban los porteros, nosotros mismos bostezamos todavia solo de pensar en su discurso, y acaso haremos bostezar á nuestros lectores solo con hablarles de él. La filosofía es el arte de conocerse á sí propio, y si Eudámidas es filósofo, ¿cómo no se conoce bastante para saber que es imposible que se haga comprender de los demas, no comprendiéndose él á sí mismo? Si quiere V. creerme, Eudámidas, quédese, quédese allá rebozado entre las nubes, en la inaccesible esfera de sus divagaciones metafísicas: el miserable mundo de las cosas humanas

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Oh filosofía, hija de la idea, ciencia del alma, sabiduría de las naciones, ¿no fuiste por ventura reina en Grecia y en Roma? No eres el sublime coronamiento de la política? ¿No eres tú quien acerca el hombre á Dios? ¿No presides á nuestras acciones y á nuestras palabras? Oh filosofía! tú consuelas á los empleadillos cuando no les alcanzan sus sueldos; tú enseñas á los contribuyentes á contentarse con lo poco que les dejan; á los ministros á prometer mas de lo que pueden cumplir; á las naciones á quienes ya no les queda gloria, á gozar de los deliciosos encantos de una paz armada, y á los mismos reyes á economizar en los buenos dias, para abdicar, con las manos llenas, en los ma-

no se hizo para V.; para manejarle no se necesita mas que buen juicio: un poco de buen juicio, ¿está V., Eudámidas? ¿Entiende V. lo que le digo?

los.... ¡Honor, pues, á la filosofía! pero sobre todo, ¡honor á Eudámidas el filósofo! magnífico, soberbio estuvo en la sesion de ayer! Qué tesoro de imaginacion y de saber en aquella cabeza calva que se inclinaba bajo el peso del pensamiento! qué misterioso poder en aquella elocucion lenta y solemne, como el nocturno rumor de una gran cascada! Nunca Platon, bajo las enramadas de la academia, hizo hablar con mas magnificencia á la lengua de los dioses! nadie penetró mas profundamente en los tenebrosos abismos del corazon humano; y si Eudámidas no ha hecho adelantar mucho la cuestion, si la ha dejado muy á sus espaldas resolverse y rastrear en el mundo vulgar de las realidades, culpa es de la cuestion, y no seguramente de la ciencia de ese gran filósofo!

ORADORES EPIGRAMATICOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Lisis ha apuntado hoy al banco de los ministros con un tino y una certeria increibles; les daba en la cabeza, en las piernas, en los riñones, los pasaba de parte á parte, cada tiro era una herida. Los ministros irritados se revolvian como aquellos toros acribillados de banderillas, que se sacuden, bramando, en la arena, pierden su sangre, y caen. ¡Qué talento el de Lisis! riyendo desarma á sus adversarios; juega con todas las dificultades, y ya las tiene resueltas, cuando se cree que no ha hecho mas que tocarlas. Lisis prefiere las estocadas á los golpes de maza; con una palabrita corta una cuestion; con un dardo sutil, delicado, imperceptible, taladra armaduras de hierro reforzadas, y el gigante á quien envasa cae patas arriba, sin que se sepa de donde partió el golpe mortal. Lo que no puede decir lo deja adivinar, y cualquiera lo adivina: sus argumentos tienen la trasparencia de una gasa. Trabaja como la abeja, en cierto modo, bajo vidrio, pero no se le puede asir ni aun por la punta del ala. ¿Dónde cojerle, en efecto, y por dónde se le ha de asir? se sustrae, se escapa, revolotea, se desliza, desaparece. Dios mio ¡qué talento tiene Lisis!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Lisis es el Liliputiense de la tribuna; tiene almacenados montones de epígramas afilados por la punta; todos rotulados y todos iguales. Cuando vá á la guerra, arma su arquito y enarbola sus flechitas, la mayor parte de las cuales giran en el vacio y caen á sus pies. Luego se esconde ya detrás de una matita, ya debajo de una hoja de un árbol; vá y viene, y se despliega y se multiplica, y revolotea, y se desparrama, y se desgañita y ya no puede mas; pero es el caso que con alfilerazos se logra cuando mas irritar, pero no rendir á los gigantes del ministerio: no se cazan los leones con redes de telarañas. ¿Es posible que no eche Lisis de ver que se puede llegar á ser monótono á fuerza de ingenio como á fuerza de sandez; que es preciso tratar sériamente los negocios sérios; que no siempre se debe proponer su solucion á la sagacidad de nuestros Edipos parlamentarios, bajo la forma de un logogrifo ó de una charada; que el que se parapeta sin peligro detrás de un equívoco triunfa sin gloria, y que primero que hacer traicion á su propia opinion, disfrazándola, debe un hombre honrado encerrarse con ella en la dignidad del silencio?

Cuando no hay cosa mejor que hacer, cuando queda todavia alguna página blanca que embadurnar, y les es amigo ú enemigo, el Artículo de la sesion se apodera de los oradores secundarios, y los despacha por el primer ordinario á los silbidos ó á las ridículas alabanzas de los patanes de su pueblo.

ORADORES UTILITARIOS.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

¡Viva Neodemo, que no nos ha hablado en todo el dia mas que de carbon de piedra y de remolacha! ¿Qué le hemos hecho á Neodemo para que asi nos trate? ¿Qué necesidad teníamos de saber cómo, desde antes del Diluvio, las fibrillas de los árboles carbonizados se han depositado y acumulado unas sobre otras en el seno de la tierra, ni cuántas partículas azucaradas contiene en sus pulpas la remolacha colorada?

Neodemo es físico, geólogo, metalúrgico, químico, alquimista, agricultor, literato, orador, y ademas fabricante. El les dirá á VV. todo lo que sabe, y sabe muchísimo; pero, por amor de Dios! está en posesion de la tribuna, le ha llegado su turno, la ocasion es buena y usará de ella. Compasion! No, Neodemo no tendrá compasion de nosotros; no nos hará merced de un solo pormenor; nos hará ver las raices con sus hojas, el vapor que sube, las ollas que ahuman, los rodillos, las hachetas y los secaderos; raspará delante de nosotros el precioso tubérculo, le estraerá el jugo, le hará hervir en las calderas de cobre; nos llevará de operacion en operacion hasta el último resíduo: pondrá en el molde los azúcares blanqueados y los refinados; cubrirá los panes con papel de estraza, y mandará traer los pesos. ¡Compasion, compasion, Neodemo, no pasemos adelante! ya sabemos bastante, ya sabemos demasiado de ese asunto; díganos usted cuanto antes la cuota fija ó proporcional que quiere V. que se establezca, y acabemos de una vez. ¿No está V. viendo, santo varon, que se cansa el auditorio, y que cada cual coge su sombrero y vá tomando soleta *pian pianino*? ¡Si á lo menos hablase V. en francés!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Ciertamente podemos confesar, con aquella imparcialidad que siempre será nuestra norma de conducta, que el ilustre manufacturero de quien se trata, no está muy versado en los primores de la lengua, que no posee á fondo las reglas de la sintáxis: mas aun, que su elocucion es indigesta y rastrera; pero es un hombre especial, un hombre esencial, un hombre positivo, un hombre sólido, un hombre que disfruta de la mayor consideracion en su provincia y en otras partes, un hombre que ha meditado profundamente sobre el mineral y sobre las raices, sobre los abonos de la agricultura, sobre los procedimientos de la fabricacion, y sobre el empleo mas lucrativo de sus capitales. Neodemo ha pronunciado un discurso como deberian ser todos ó casi todos, discurso lleno de saber, sostenido con hechos, erizado de cálculos, técnico y usual, económico, práctico, político, patriótico, y que ha cautivado por espacio de dos horas la atencion de la cámara, que le escuchaba con el mas religioso silencio.

Pero ¿acaso en el juicio moral de los caracteres manifiesta el Artículo de la sesion mas equidad? Veamos.

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

Difilo ha fracasado, y no podia menos de fracasar porque los grandes pensamientos emanan del corazon, y Difilo no tiene corazon, no tiene entrañas, no tiene sentimientos elevados ni verdadero amor de la justicia y de la patria. Adulador juramentado de todos los poderes, Difilo ha llevado á todos los campamentos las apostasías de su fé política y los colorines sin fin de su bandera: ha vendido al gobierno á quien ha servido por el gobierno á quien sirve, y á quien venderá por el gobierno á quien está á punto de servir. Peligroso enemigo de la libertad, á la que hiere por la espalda; naturaleza muelle y fangosa y de la peor especie; defensor del órden por darse tono, de la paz por miedo, aristócrata por vanidad; sutil cortesano, sensual y codicioso, corrompido y corruptor, bajo é insolente, y sobre todo ambicioso; siempre pronto á tomar todas las máscaras, á empujar al abismo á los que caen, á levantar en sus hombros á las usurpaciones triunfantes, á comprar á los otros ó á venderse á sí propio: este es Difilo!

PERIÓDICO MINISTERIAL.

Difilo! oh! todo cede, todo se doblega bajo este rayo de la elocuencia; y añádase á esto el mas noble carácter, un ingenio varonil, una elocucion austera:—hombre sencillo en sus costumbres, desinteresado, virtuoso, religioso, perseverante, gran patriota.—¡Allá soliciten otros los favores de una mentida popularidad! Difilo arrostra el furor de las facciones con alma firme, con frente serena: ahoga en su cuna las serpientes de la sedicion; pelea intrépido por el órden, por la religion, por las leyes, por la paz. A su lado tiene por compañeros á todos los hombres honrados; dentro de sí tiene por testimonio su conciencia; delante de sí, por juez, la posteridad.

Si es V. ministerial, el periódico ministerial, y lo mismo digo del periódico liberal para los liberales, le confiará su trompeta y le permitirá soplar en ella con toda la fuerza de sus pulmones.

Hasta el análisis del Artículo de la sesion será ó demasiado largo para tal fruslería, ó demasiado corto y frio para cual obra maestra, y al dia siguiente leeremos en los periódicos lo que sigue:

PERIÓDICO DE LA OPOSICION.

La arenga del señor Ergasto ha sido todavia mas insoportable de lo acostumbrado, y creemos hacer un favor á nuestros

PERIÓDICO MINISTERIAL.

El discurso del ilustre Ergasto ha sido tan magnífico, tan patético, tan lógico, tan completo en un todo, que no hay posi-

lectores evitándoles su lectura. Basta y sobra con que tanto haya hecho bostezar á la Cámara.

bilidad de analizarle, y le publicamos íntegro para ofrecerle á la admiracion de nuestros lectores.

¡ Vaya V. ahora á buscar una pintura verídica del talento, del carácter y de la influencia de cada orador, en el pro y el contra de los artículos de la sesion! El mismo hombre es allí un orador incomparable, y aquí un zurcidor de palabras; allí un héroe, aquí casi un cobarde; acullá un santo, acá un impío; allí un gran ciudadano, aquí un sedicioso; allí un realista, aquí un revolucionario. Allí la asamblea ha palmoteado, se ha estremecido de entusiasmo, ha llorado de admiracion; aquí se ha reido de lástima, ha bostezado, ha echado á correr. Allí el orador es un gigante, aquí es un enano; allí se imprime su discurso en seis columnas del periódico, aquí no se le menta siquiera. En fin, allí, por su elocuencia, su virtud y su valor, se le lleva en triunfo al ministerio; aquí por ridículo, inmoral y villano, se pide que se le imprima un sello de infamia y se le consagra al escarnio y al ódio de los electores.

No se olvide, vuelvo á decir, que en estos juicios tan contradictorios, siempre se trata del mismo personage, y sáquese la consecuencia!

Más diría si no temiera malquistarme con los señores periodistas de todas las opiniones, á quienes honro y respeto infinito, que han dicho de mí demasiadas pestes para que no desee que no vuelvan á decir tantas, y que tambien me han echado demasiadas flores para que no desee que todavia me echen algunas mas. ¿ No son ellos ademas quienes distribuyen ese pan cuotidiano, ese ligero y hojaldrado [1] pastelillo que se llama la gloria, de que somos tan golosos nosotros los hacedores de retratos ó de acrósticos? y ya se harán VV. cargo de que por nada en el mundo iría yo á sostener que todos los periodistas, que muchos de ellos, y ni aun uno solo, son bastante absolutos, bastante contundentes, bastante parciales, para no ver en un orador mas que una ocasion de perpétua alabanza ó de perpétuo vituperio.

Ademas, la culpa es mia, y hasta cierto punto yo soy causa de los pecados de sátira exagerada y de alabanza esclusiva que se cometen en la prensa todos los dias con este motivo.

Permítanme VV. pues, carísimos lectores, que recite en su presencia mi acto de contricion.

1 En esta espresion hay un equívoco cuya gracia no puede conservarse en la traduccion. *Feuilleté* (que hemos traducido *hojaldrado*) viene de *feuille*, hoja, y su aplicacion á la forma de los periódicos es mucho mas natural que en la espresion española, *hojaldre* ú *hojuela*, que tambien esto significa *feuille*, hablándose de pastelillos.—*N. del T.*

Acúsome en lo mas hondo de mi alma, y pido perdon á Dios y á los hombres, de haber inventado el Artículo de la sesion, cosa tan buena sin embargo! Cuando digo *inventado*, me esplico tal vez con sobrada arrogancia, porque pertenezco á un siglo y á una nacion en que no se inventa, y hoy mas que nunca estamos en el caso de decir que no hay nada nuevo debajo del sol.

CAPITULO VIII.

DE LA TÁCTICA GENERAL DE LA OPOSICION, DE LA MAYORIA Y DEL MINISTERIO.

Entre las condiciones de la elocuencia parlamentaria, el estudio de la Táctica es de suma importancia, ó por mejor decir es casi el todo.

Si la Oposicion entiende su oficio, sabrá suplir con el arte al número, y con la habilidad de la estratejia á la fuerza brutal de los cerrados batallones. Es preciso distribuir y variar los papeles, y saber en qué terreno y por quién ha de empeñarse el combate; como se moverán los ejércitos; si se romperá el fuego ó se esperará á que lo rompa el enemigo; qué puntos será preciso sostener, y cuáles se habrán de abandonar. Los Contemporizadores, los Preguntones, los Lógicos, los Patéticos é Incisivos, deben colocarse en batalla y maniobrar á su vez, sin romper las filas y sin descomponer las líneas. Las baterías ocultas deben manifestarse á tiempo; y para plantar la bandera y contar el número de muertos, no hay que esperar siempre al dia siguiente. Si se conoce que faltan fuerzas se forma escala sobre las alas del centro, se emprende el tiroteo, se carga de costado, se fingen ataques, se disminuyen los frentes, y se vá haciendo la defensa de puesto en puesto, unas veces ocultándose, otras al descubierto, hasta que llegando la noche quede la victoria indecisa. Pero reconociéndose con superioridad, lo que debe hacerse es atacar al enemigo por ambos flancos, apretarle, pisotearle y obligarle á confesarse vencido.

Desgraciadamente la Oposicion ha sido siempre indisciplinable. Cuando ha triunfado ha sido únicamente por efecto de una coalicion accidental con las fracciones separadas del centro, las cuales la han enseñado á marchar de acuerdo, y el modo de atacar y votar con uniformidad.

Nuestros hombres de la oposicion no saben imitar en sus batallas, ni el triángulo agudo de la falange griega que traspasaba las hileras enemigas, ni el órden profundo de los romanos, ni el batallon cuadrado de Napoleon que vomitaba fuego por sus cuatro flancos; sino que corren, se lanzan, se atropellan, se desparraman, repliéganse en desórden á mo-

do de guerrillas. Nunca han podido reunirse bajo una sola bandera, ni tener un solo caudillo. Dicen que son independientes y que no obedecen mas que á su conciencia; bello y arrogante es el propósito, pero esa supuesta conciencia es puro orgullo! esa supuesta independencia no es mas que anarquía! Entre ellos hay tantas opiniones como cabezas; tantos capitanes como soldados. Hay combatientes, pero no hay ejército; hay opositores, pero no oposicion. Una oposicion que no está sistematizada, no tiene carácter, ni principios, ni influencia, ni objeto, ni aun siquiera nombre. No es útil para la nacion, no para sí propia; no es mas que una mescolanza de colores encarnados, azules, amarillos, blancos, verdes, embadurnados y mas ó menos subidos.—¡Soberbio cuadro por cierto!

Se prometió hablar y ser elocuente; hay sin embargo coyunturas en que mas valdria no hablar y no ser elocuente. Pero ¿qué remedio hay? Ya se tomó el dia, se dieron los billetes, está inscrito el orador, aprendido el papel, y los espectadores esperan en las tribunas. Se echa pecho al agua, se perora, y el fogoso opositor pierde su causa; y no solo su causa, sino la del pais entero! Pero al dia siguiente le dicen los convidados: estuvo V. magnífico! Y los periódicos del partido repiten: ¡estuvo magnífico!

Habla Aristo con fluxiones de palabras, gesticulando como un telégrafo, y con inesplicables contracciones de boca. Suda á chorros, se pone ronco, padece estertor, y sus piernas flaquean. Tienen que conducirle á su casa, donde desde muy temprano un baño aromático le espera. Pero no le pregunten VV. en qué vino á parar la cuestion; ¿qué le importa á él eso? Su objeto no era otro que el de estar hablando una hora entera de reló.

Una hora! Timantes entonces se muere de envidia. Ya está resuelto á pasar toda la noche en vela, compulsando el *Monitor* y las glosas. No se dirá que Timantes se pasa discurriendo menos de dos horas, una vez que Aristo, despreciable oradorcillo, se mantuvo en la tribuna una hora entera! Aunque la materia esté agotada y el punto suficientemente discutido, nada importa! su objeto no es ganar la votacion, sino defender la causa, y la defenderá, vive Dios!

Con este propósito, toma la cuestion desde donde á nadie se le ocurrió tomarla, y la lleva mucho mas allá de donde la han dejado. Empieza por una esposicion de los hechos primordiales, y en seguida, sin ahorrar nada, vá enjaretando su argumentacion en forma, variadas y amenas descripciones, comentario doctrinal, citas de autores, lectura de documentos, chistes y anecdotillas festivas para desarrugar las frentes mas ceñudas, raciocinos bien hilados y nutridos para cautivarse la benevolencia de los lógicos, movimientos oratorios para conmover las pasiones,

digresiones entreveradas con discursos, y por último el refuerzo de primera, segunda, tercera, cuarta y quinta peroracion. Ni los murmullos de sus adversarios, ni los bostezos reprimidos de sus amigos, ni su voz desfallecida, ni la araña que se apaga, ni el salon que se vá quedando vacío, son dique suficiente para él mientras no pase el último minuto de su segunda hora. Y sin embargo, tres palabras solamente hubieran bastado para terminar el debate.

La Mayoría tiene otro estilo. Es fama que los quintos franceses son excelentes soldados al cabo de cuatro meses de escuela en peloton; pues menos tiempo se necesita aun para llegar á ser un buen ministerial. Los diputados novicios, los bozales é inocentones, no han menester mas que tener constantemente clavados los ojos en el banco de los ministros, y recordar, cuando llegue el momento de la votacion, la voz de mando de Casimiro Périer: « Señores, atencion, arriba! »

Los Ministros deben emplear muchas especies de táctica con esas ondulantes mayorías que la fortuna pone en sus manos. Si se les dirigen raciocinios ¿cuántos serán los que tengan suficiente lógica para comprenderlos? Si se les habla con elocuencia, abundan tan poco en imaginacion! Si de religion, solo los religiosos se dejarán conmover! Si de interés personal, solo los interesados lo entienden! No hay como imponerles miedo: entonces se rinden á discrecion.—Yo os digo en verdad: que cuando la Mayoría, despues de haber agotado con ella todos los demas medios, se os muestra sorda, inerta, rebelde y aun murmuradora, no teneis mas que imponerla miedo, mucho miedo, y al punto será vuestra!

Hay en nuestras Cámaras mucha mas gente de la que se cree, que en algunas ocasiones se esconderia de muy buena gana detras de los pupitres. Lo que ellos particularmente desean es que se les tienda la mano. Tal es su placer, su mas vehemente capricho: que les tiendan la mano y los pongan en salvo: á eso están ya tan acostumbrados! Si el ministro no concluyera su arenga diciendo que, cueste lo que cueste, se consagra á ellos y vá á salvarlos, todos se creerían perdidos; y el ministro que omitiera ese estribillo, infaliblemente caería en tierra de coronilla desde el pináculo de aquella tranquila estimacion.

Dígase cuanto se quiera que estos son nuevos resortes de melodrama. ¿Acaso el patio del Palacio-Borbon es de otra pasta que el patio de los demas teatros? Desengañémonos; no hay palanca mas poderosa que el miedo: el miedo, y solo el miedo, para las Cámaras del dia; el miedo, elevado al grado de terror, para las Convenciones de marras!

Nuestras cámaras, compuestas de gente de las provincias, están muy lejos de ser corporaciones de letras. La elocuencia se asemeja á las manzanas de oro del jardin de las Hespérides; no á todos es dado poseerla. Se ne-

cesita gusto para ser entendido en ella, y para gozarla un ingenio sensible y delicado. Empleando un signo material y visible, por ejemplo un pingajo blanco ó tricolor en la punta de un palo, ó un grito segun la sazon, como viva el Rey! viva el Emperador! ó viva la República! etc., es muy fácil conducir, asi á una mayoría como á un gran tropel de pueblo ó de soldados.

Por lo que ella quisiera que fuesen, juzga la Oposicion de lo que los ministros deben ser. Echales en cara que no tienen un sistema, un plan, una voluntad fija, una mayoría compacta, ardiente, generosa, que les siga por los riscos, despeñaderos y precipicios. Pero los Ministros se valen de lo que encuentran á la mano: cuando las Mayorías no cuentan apenas mas que flojos y medrosos, quieren apoyarse sobre los fuertes. No quieren que se las humille, mas no les disgusta que se las tenga á raya, y aun que se las violente la mano; con lo cual se creen libres de toda responsabilidad personal. Agradecen que se les ahorre la fatiga de pensar y el embarazo de elegir. Si por el contrario se las abandona, dejándoles la brida suelta, al punto se inquietan, miran recelosas á uno y otro lado, y temen estraviarse. Ajústenles bien el bocado, pónganles antojeras para que no se espanten, y déjenlas seguir adelante su camino.

El que dirija á la Oposicion es preciso que lo haga sin aparentarlo, porque tiene que habérselas con gente gárrula y orgullosa. Pero con respecto á la Mayoría, el que dirige el gabinete no tiene mas que colocarse con osadía á su frente, porque solo ha de habérselas con meticulosos y espantadizos.

Por lo general, mejor es tratarla á latigazos que hacerse con ella el humilde, el suplicante y el enternecido. Si los carneros pudieran escoger, no tomarían para guardianes suyos otros carneros, sino perros vigilantes y labradores; lo mismo exactamente sucede con las Mayorías.

Por escepcion sin embargo, cuando la Mayoría se compone de hombres menos tímidos que indecisos, no hay que mostrarse con ella demasiado turbulento y despótico, porque suele llamar prudencia á su timidez, é independencia á su irresolucion; y si se la insta demasiado á abrazar un partido, dirá que se la violenta. En semejante caso mejor es seguirla, y dirigirla ocultando las riendas, que ponérsele delante y tirarle de la brida.

Lanzarse de los bastiones, abrir la poterna y precipitarse al campo de la Oposicion, es á veces un golpe que puede acreditar de hábil estratégico; pero para eso es preciso estar seguro de la victoria, porque si la Mayoría descubre en el que lo intenta debilidad ó cobardía, al momento pone pies en polvorosa y le deja solo.

Proponer á la Mayoría un solemne *ultimatum* cuando está vacilan-

te y se necesita su apoyo, es tambien un remedio de que pueden valerse los ministros en ciertas crísis parlamentarias.

En tales ocasiones, suele verse á los individuos de la Mayoría sobrecogidos, horripilados, formando conciliábulos, y dirigiéndose poco mas ó menos estas reflexiones: «Voto vá, en que apuro nos meten esos hombres con su desesperada resolucion! Y dónde tenemos nosotros fuerza ni voluntad para escoger otros ministros?..... Si al menos tuviéramos algunos dias de tiempo! Pero así, de sopeton ¿de quién vamos á echar mano? de quién?..... Si aun no sabemos á quien tendremos que sostener!.... Jesus! Jesus! qué responsabilidad! La cosa es muy séria; ¿qué será de nuestros destinos, y de nosotros mismos?.... Y bien mirado, puesto que tanto han de valer unos como otros, ¿á qué indisponerse por una friolera?»

Este suele ser el efecto de tan heróico remedio. Pero tambien algunas veces se coge la palabra, y entonces el remedio mata, no al enfermo, sino al médico.

Apuntemos algunas otras máximas generales:

Puede un ministro decir que contestará mas tarde, porque eso supone prudencia; pero no debe quedar cortado, porque eso supone ignorancia.

Si un ministro está siempre hablando de su probidad, dá á entender que es un tunante; si de su vigilancia, que es un indolente; si de su agradecimiento, que es un ingrato; y si de su valor, que es un gallina.

Un ministro no debe echarla de maton ante la tribuna de los diplomáticos estrangeros; tampoco debe mendigar notas de aprobacion para la estafeta de la noche; cuide ademas de no herir el amor propio de sus adversarios, si bien puede atacar impunemente sus opiniones.—Teson contra las objeciones, moderacion contra las injurias: hé aquí su papel.

Los ministros de carácter violento provocan la cólera de la oposicion, como los vientos recios traen las tempestades.—Los ministros corteses desarman los enojos, asi como las auras frescas y serenas amansan las olas embravecidas.

Para la defensa de los ministros, mejores son las obras que las protestas, mejores son los hechos que las teorías, mejores los precedentes que las hipótesis, mejores los ejemplos de la historia que las inducciones de la filosofía.—Las tésis universitarias no les cuadran; el lenguaje abotagado los hace ridículos.

Es preciso que sean sencillos, pero exactos, para que no se diga que mienten; concisos, pero completos, para que no se crea que les falta el aliento.

Si generalizan demasiado podrá suponerse que esquivan las objeciones; si se entretienen con esceso en los pormenores se dirá que desconocen el espíritu de los negocios.

Lo que comunmente se llama elocuencia ministerial, no suele ser mas que una falsa elocuencia compuesta de vulgaridades sobre la moral y el órden público, de vana fraseologia, de declamaciones vagas, de cansadas repeticiones y de temas redichos y trillados.

Solo la vehemencia de la pasion, la inspiracion, los arrebatos del ánimo y la espontaneidad, engendran la elocuencia. Pero para el hombre de Estado no hay nada mas peligroso que la fascinadora facultad de repentizar. Porque es preciso que este prevea todo lo que vá á hacer, que atienda mas á lo que debe callar que á lo que vá á decir, que conserve todo su imperio sobre las pasiones propias y las agenas, que desconfie del entusiasmo, y se detenga si es preciso en medio de su mismo triunfo para asegurarle mejor, y no se le escapen nunca esas palabras luminosas y trasparentes que la prensa recoge y comenta á su modo.

Pero si la independencia nacional se vé amenazada, si se trata de vengar la libertad ofendida, si es preciso vencer y arrollar la tenaz resistencia del interés material, entonces bien pueden los ministros mostrarse elocuentes, haciéndolo con sencillez noble y concisa.

Desgraciadamente, suelen los caprichos de la Mayoría dejar burlados sin empacho ni pizca de cumplimiento estos bellos preceptos de la retórica ministerial. He visto á algunos ministros, en desdoro de la especie parlamentaria, producir en los centros voçeando como arrieros mas efecto del que hubieran podido producir aquellos dos rayos de la elocuencia, Demóstenes y Mirabeau. Los Centristas, con la boca abierta, sin pestañear y alargando la geta, estaban pendientes de sus labios y parecian decirles: «no te pares, comediante, sigue, sigue! Métenos mucho miedo para darnos un buen rato!»

CAPITULO IX.

DE LA TÁCTICA PARTICULAR DE LOS MINISTROS DE CADA RAMO.

Fuera de los deberes generales, tienen los ministros de cada ramo deberes particulares que cumplir.

Asi por ejemplo, un presidente del Consejo debe mas bien conducir la discusion que tomar parte en ella, semejante á un buen director de orquesta que con el baston en alto dirige el movimiento de los arcos y precave las desentonaciones. No debe hablar cuando el negocio no vale la pena, ni cuando haría mejor en callarse, ni cuando se le interpela fuera de propósito; ni debe tampoco hacer noche en la tribuna como abogado que defiende un pleito añejo, aun cuando el negocio sea importante y la materia abunde. A él le toca empeñar el combate, establecer con tal ó cual tropa la línea de vanguardia, disponer los cuerpos de reserva, y si es preciso, tocar retirada. Finalmente, es de su incumbencia castigar con severidad las infracciones de disciplina, y no permitir, por el honor de su pabellon, que haya en su ejército mas de un gefe, mas de una voz que mande, y mas de un plan de batalla.

Un ministro de Negocios Estrángeros debe ser mas sensible que otro alguno al cosquilleo del orgullo nacional; no ha de decir sin embargo mas de lo preciso, y eso con templada energía, y quedándose mas bien corto. Debe oponer á las interpelaciones un inalterable silencio si lo exige la salud del Estado; recordar constantemente que los representantes de las demas naciones están ocupando su tribuna, al acecho de sus mas pequeñas palabras, con la piadosa intencion de comunicárselas á sus Córtes respectivas, adulteradas y llenas de ponzoña, con sus comentarios y glosas; ser sóbrios en las teorías; esponer los hechos con sencillez y dejar sacar las consecuencias; no desencadenar inconsideradamente las tempestades políticas; escribir sus discursos, mesurar sus improvisaciones, y guarecerse en los límites de su ramo.

Un ministro de la Guerra ó de Marina debe mostrarse mas celoso que otro cualquiera de la buena reputacion, del valor, y del patriotismo del ejército de mar y tierra. Llevan en la Cámara el uno el estandarte, y el otro el pabellon francés. No deben hablar otro lenguaje que el del honor, del cual son representantes; mas no sean fanfarrones en sus maneras, ni se oiga el rumor de sus sables arrastrando sobre las losas. Un poco de valentía en sus palabras no deja de agradar en ciertas ocasiones; tampoco les sienta mal cierto tono de franqueza y de naturalidad, y alguna que otra sofrenada á lo rudo é incivil. Basta con que hablen un poco mejor que en campaña ó estando á bordo. Todo se les disimula: faltas de lenguaje, faltas de ortografía, barbarismos, cacofonías, y algunas veces hasta votos y dicharachos. Si se entrometiesen en las polémicas de los otros ministros, ó pretendieran echarla de oradores, parecerían fuera de su lugar, y se creería que por aprender el oficio ageno habian olvidado el suyo, que es manejar la espada. Un ministro de la Guerra ó de Marina debe hallarse siempre dispuesto á dar las esplicaciones mas estensas y exactas sobre los hechos, las cantidades y gastos de su ramo, y con tanta mas razon cuanto que no se le piden disertaciones, sino que cuente de sus negocios. Pero es menester que el cuento no degenere en divagaciones, ó en chismes y pura charla. Asi en la tribuna como en la guerra de lo que se trata es de llegar al fin.

El ministro de Justicia debe ser lúcido y sencillo en sus esposiciones, profundo en la interpretacion de las leyes, decoroso en sus refutaciones, grave en su continente, en su accion, en su voz, en sus hábitos y maneras. Pero como casi siempre suele salir de la clase de los Abogados, lleva á la Cámara con harta frecuencia el descaro escribanil, el descomedimiento de los gestos, la verbosidad del lenguaje y toda la hinchazon del foro. Por eso salta, bulle y se zarandea sobre el trípode de la Pitonisa: invoca con gritos descompasados los dioses del Olimpo y las diosas del Ténaro; los ojos le saltan de sus órbitas, se le pone tirante el corbatin, se le abultan las venas, y el portero de servicio se apura al verle, dudando si irá ó no á buscar al cirujano para que le saque una taza de sangre. Cae el telon, y en el entreacto los espectadores de la tribuna alta, paseantes del *boulevard*, se dicen unos á otros: cáspita con el tio ese, y qué bien representaría el melodrama! ha estado casi tan feliz como Frédérik-Lemaître en el *Auberge des adrets*. [1] Fuera! fuera esos declamadores de torva mirada, esos L'Hospital de nuevo cuño!

1 El *Auberge des adrets* es una pieza chistosísima, que se representa en París con estraordinario éxito, y cuyo héroe, que es, por decirlo así, *el prototipo del caballero de industria en grande y en pequeño*, es una verdadera creacion ya popular en toda Francia.—*Nota del Traductor.*

Al ministro de Instruccion pública se le exige generalmente que sepa hablar el francés.

Algo mas se pide al ministro de lo Interior.—Debe saber lo siguiente: asalariar á los delatores para calumniar á los hombres honrados; pervertir las costumbres para enervar los corazones; hacer oidos de mercader á toda cancion obscena, y la vista gorda á toda estampucha libertina y á toda novela infame; urdir tramas para que caigan en ellas los débiles; paralizar la prensa de las provincias persiguiendo á los impresores; arruinar la prensa de París con multas y encarceramientos; organizar talleres de injurias en las sentinas de la Policía; pagar públicamente las libranzas de los prefectos por la compra y entrega de votos; intimidar á los pusilánimes con el amago de las destituciones; ganarse á los fátuos y ambiciosos con promesas de destinos, de cruces, de gracias personales ó locales; no favorecer sino á los artistas, á los sábios, y á los poetas que venden su alma por un puñado de oro; prostituirse á los Tigelinos de la córte [1]; abandonar la administracion por la policía, los intereses de los departamentos por el interés de la capital, y el cuidado de la nacion por el cuidado de un solo hombre; hacer traicion á la verdad, faltar á su conciencia, y mentir á su patria! Y despues, presentarse con candor en la tribuna, hablar de su inocencia original y sin mancha, de su amor á la Carta, á la virtud, á la libertad, de su respeto á la prensa, de su admiracion hácia la independencia y sinceridad de las elecciones, de su vigilancia, de su celo, y de su talento para gobernar la Francia; hé aquí la obra que han consumado algunos malos ministros de lo Interior para condenacion suya y ruina nuestra.

Ea! deje V. por su vida de darse golpes de pecho bajando los ojos como compungido! ¿A qué cubrir el vacío de las cosas con el aderezo de la frase? Purifíquese la urna emponzoñada de las elecciones; foméntense las artes, y no los compadrazgos; dése proteccion á las letras independientes, y no á las letras serviles.

Disponga V. de los fondos secretos solamente para que haya ojos que vigilen en las tinieblas sobre la seguridad del Estado, y no para servir á sus pasiones y dar incienso á su orgullo. Antes que poner un freno á la prensa formal que discute y razona, reprima V. la prensa licenciosa que pervierte y corrompe. Sea V. mas bien ciudadano que palaciego, y no olvide la administracion en grande por su aficion á la policía. Tenga V. siempre á la vista, cuando hable y cuando funcio-

1 Tigelino era un hombre de baja estirpe, favorito y ministro de Neron, que hizo perecer á Sila y á Plaucio, y fué el agente de los amores del emperador con Popea.—*N. del T.*

ne, los derechos de la libertad, las necesidades de los pobres, la pureza de las costumbres y la gloria de la patria: y V. será un buen ministro de lo Interior.

No son menos estensos ni menos trascendentales los deberes de la Secretaría y el oficio parlamentario de un ministro de Trabajos públicos y del Comercio.

Precaverse de todo espíritu de sistema, tanto mas terco cuanto mas limitado; equilibrar la distribucion de los fondos; no sacrificar el medio dia al norte, ni la agricultura al comercio, ni los caminos á los canales, y reciprocamente; no sofocar con miras fiscales á las industrias nacientes; no empeñarse tenazmente en vanos gastos y en trabajos improductivos; estudiar las legislaciones comparadas de los pueblos estraños; formar estadísticas exactas; comprobar con los hechos y la esperiencia la certeza de las teorías; abrir al comercio de esportacion vias nuevas, abundantes y seguras; allanar las dificultades de las vias interiores; preferir los consumidores á los monopolizadores, y la utilidad general á la local; resistir á los empeños del interés personal y del interés colectivo; usar de sencillez, buena fé, conciencia, claridad y órden en sus informes y en sus discusiones: hé aquí los deberes de este ministro.

Llegamos por fin al recaudador de las contribuciones, al cajero del Estado, á la llave de oro de las Cámaras mejor muradas, al rey del Presupuesto, en una palabra, al ministro de Hacienda.

Segun los buenos discípulos de la corrompida escuela de Walpole [1], para llegar á ser un escelente ministro de Hacienda es preciso tener la mano diestra en saber esquilar al rape el lomo á los contribuyentes de buen año, sin rozarles la piel. Es preciso ademas, saber plantar sobre dos patas desiguales un cartelon normal en que los gastos figuren bien alineados al pie de las rentas, aunque siempre las escedan; poseer á fondo todas las sinonimias del vocabulario de los impuestos, los ordinarios y estraordinarios, los adicionales y complementarios, los suplementarios y variables, los facultativos, y sobre todo los aumentativos. —¡Cuán noble y magnífico es el lenguaje de los impuestos! lenguaje antiguo y siempre al uso, que nunca los que pagan, gente de cabeza dura, han podido entender, y que los que reciben no cesan de enriquecer con idiomas ingeniosos, todos compuestos de giros de su fábrica y de guarismos artísticamente agrupados, y del mas lindo efecto! Por último, un buen ministro de Hacienda debe saber tagaratear un

1 El célebre ministro de Hacienda inglés Roberto Walpole, no ha tenido quizá superior en el arte de corromper y sobornar. Diciéndole uno en cierta ocasion que todos los votos del parlamento eran venales: «Lo sé perfectamente, le respondió; yo mismo he establecido su tarifa.» —*N. del T.*

Presupuesto en que los considerandos, las referencias, los títulos, los capítulos, los artículos, los números y los ceros, las divisiones y subdivisiones, las distinciones y subdistinciones, vayan mezclados y entremezclados con tanto tino y sabiduría, que solo los entendidos y duchos en materia de contabilidad puedan descifrarlos, y que se queden enteramente *in albis* los mártires y paganos.

Todo se contiene en el Presupuesto, todo tiene en él su entrada y salida, París y los departamentos, las letras y las ciencias, la agricultura y la industria, los gobiernos, las cámaras, los ejércitos, las religiones, las dinastías, la policía, y las buenas y malas costumbres. El Presupuesto es un pequeño compendio de todas las maravillas del mundo. La tierra y el mar, el aire y el fuego, la luz misma; todo lo que devora y es devorado; todo lo que se mueve y se está quieto; cuanto existe dentro y fuera del suelo; el hombre, las plantas, los animales, toda vida, toda materia, todo está sujeto á impuesto. El impuesto progresa con mas rapidez que la civilizacion, y para él no es una quimera la perfectibilidad indefinida. Lo que hoy paga uno, mañana pagará dos: lo que aun no paga, pagará. Cada nueva remolacha que brota, cada nueva brizna de morera, cada nueva mata de tabaco, es para el insaciable impuesto una rama de oro que despunta y que escita su codicia. Si el impuesto no pega, se abrirá un empréstito, y si el empréstito no responde, se declara la bancarrota. Tal es la conclusion digna y moral que usan esos señores!

Pero otros consejos daré yo al ministro de Hacienda.

Haga V. libres de contribucion á las industrias nacionales que empiezan á medrar, y no ciegue la fuente antes que mane.

Estirpe V. sin piedad la verruga de empleos acumulados y beneficios simples.

Reduzca V. el interés de los fondos públicos, para que encuentre quien le preste á mas módico interés.

Pague V. sus deudas con sus capitales, para enriquecerse con el saldo.

No prodigue V. á funcionarios de alta categoría, y para que hagan vida regalona, el dinero de las contribuciones que pagan el artesano y el labriego quitándoselo del pan de su mesa.

No establezca V. compensacion de lo que la lista civil debe al tesoro, con lo que el tesoro no la debe.

No dé V. como patrimonio á príncipes altísimos y riquísimos los bosques del Estado, que son la hacienda de los pobres.

Reduzca V. las contribuciones que gravitan sobre los consumidores, para que puedan consumir mas.

Deje V. á la agricultura, que es la vaca que nos alimenta, la suficiente leche para criar á su ternero.

No erija V. casas de mármoles para que las ocupen estátuas y pinturas, y embajadores, y ministros, y reyes, cuando la lluvia y la tramontana entran por las rendijas de nuestros techos de paja.

No lleve V. encajes mientras nosotros estamos sin camisa; ni cuelgue V. de su pechera botones de esmeralda, cuando nosotros andamos con zuecos.

No es fácil que pueda V. igualar los gastos con las rentas, siendo aquellos fijos y estas inseguras, y poniéndolos en el presupuesto en igual línea.

Pero calcule V. mejor, haga que la suma de sus gastos no llegue ni con mucho á la de sus rentas, y podrá con el escedente satisfacer á sus acreedores, descargar los impuestos escesivos, aliviar á los miserables, fomentar la produccion, hacer frente á los casos de guerra, de peste, de carestía, etc., y hacer lo que hace todo buen padre de familias, y lo que debe hacer en todas ocasiones un ministro leal, amante de su patria y de sus conciudadanos los contribuyentes.

CAPITULO X.

DE LA LOCUCION Y EL CONTINENTE.

Si la Locucion es descuidada, pasa el orador por hombre demasiado franco; si es teatral pasa por afectado y presuntuoso.

Silbar demasiado la *s*, marcar con esceso el acento agudo y la *e* muda, es ofender á la gramática é incomodar al oido. Es preciso que al oir al orador no se sepa que acaba de llegar con el pelo de la dehesa, como decirse suele, ya sea de Falaire, ó de Quimper-Corentin, ó de Pezenas, ó de Brives-la-Gaillarde [1].

Mala cosa es que se le rian á uno las verduleras al oirle hablar con el dejo pesado de la Alsacia, ó con el son rastrero y tardo de Normandía, ó con el tonillo punzante del Langüedoc. No se debe gritar sacando un falsete chillon; tampoco conviene hablar como si se entonára un canto llano al facistol. Déjese la gerga provincial y el patué de Mr. Pourceaugnac á la puerta de nuestras barreras, y recuérdese que al ser recibido en la nueva Atenas es preciso hablar su lengua elegante y culta.

El Continente comprende el trage y la postura.—El orador no debe descuidar lo esterior de su persona.

Hay orador que piensa que su auditorio se está riyendo á carcajadas de las chistosas ocurrencias que vá ensartando; y no hay nada de eso, pues de lo que se rie es de una mosca importuna que se ha instalado en la punta de su nariz, y que él no puede ahuyentar.

Los guantes amarillos del general Sebastiani, viejo adamado, llamaban mucho mas la atencion de la Cámara que sus graves disertaciones sobre la deuda americana.

Pongan VV. al mismo Demóstenes una casaca encarnada y un peluquin atravesado, y verán si se rien de ganas nuestros Atenienses, aun en el momento mas patético y cuando el sublime orador esclame lleno de entusiasmo: «Lo juro por los manes de los héroes muertos en Maraton!»

1 Que es como si en España dijéramos de Carabanchel, ó de Peralejos, etc.— *N. del T.*

Oh! Atenienses, Atenienses! Preciso es haber vivido entre vosotros para conoceros.

No hay duda de que es menester tomar en consideracion la edad, el estado, la clase, y el carácter; pues los preceptos se modifican segun las personas. Pero hay cosas que á nadie convienen, como por ejemplo: el ponerse en jarras á lo maton; rizarse la estremidad del tupé para parecerse al Apolo de Belvedere; estar jugando distraido con la cadena de su anteojo; hacer jirar con mirada sañuda las órbitas de los ojos; gesticular como un titiritero; apretarse los dientes postizos en las mandíbulas; calarse la peluca sobre las cejas; presentarse con el cabello arremolinado, como un gato rabioso que eriza el lomo; hacer reverberar un gran rubí en su dedo meñique; dejar caidas las largas puntas de su corbata; echarse atrás el cuello del frac; arremangarse para estar fresco; enseñar la camisa por entre el chaleco y la pretina; balancear la cabeza á derecha é izquierda como los osos del Jardin de Plantas; beberse las sobras de un vaso de agua azucarada que dejó el preopinante; tirar al suelo, en la torpe enagenacion de su perorata, sus libros, sus papeles, sus antiparras, y la misma urna de las votaciones; escalar la tribuna con la petulancia de un bailarin en cuerda floja, ó acercarse á ella como el que en un funeral se llega cabizbajo á rociar el túmulo con su hisopo [1]; hablar haciendo el molinete con la caja de tabaco entre los dedos pulgar é índice; apoyarse en ambos codos para platicar sin ceremonia con la asamblea; interrumpirse para introducir alusiones á la sala de conferencias, á las conversaciones de las galerías, y á los ergotistas del Congreso; entornar los párpados en el éxtasis de un recogimiento afectado, ó tener clavada la vista en la bóveda como esperando la bajada de la inspiracion; amenazar con gestos á sus adversarios ó lanzarles injurias con la voz y la mirada; infringir con la ostentosa y relumbrante cascarilla de sus placas y condecoraciones la igualdad de la representacion nacional; y por último, presentarse en trage de baile ó de corte, ó de trapillo, ó con ropa de camino.—Es preciso ser decente sin pretension, y natural sin abandono; es preciso, en una palabra, que un diputado que sube á la tribuna no declame ni como abogado, ni como trágico, ni como fraile; sino como orador, y que ademas vista como visten todos.

1 Es costumbre en Francia que los que asisten á las exéquias de un difunto se acerquen al catafalco, acabados los responsos, á rociarle con el hisopo, todos por su turno.—*N. del T.*

CAPITULO XI.

AFORISMOS DE ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

No se debe, á todas horas y por cualquier motivo, ocupar la tribuna, y discurrir, y prodigarse. Cansado estoy, dirian nuestros Atenienses, de estar siempre oyendo hablar á Demóstenes.

Un argumento demasiado repetido es como una comida recalentada.

Despues que un orador gefe acaba de descargar una cuchillada, parece impertinente que un orador soldado se ponga á dar cintarazos sobre la misma parte.

Si un ministerial se descuelga con un solemne rebuzno, mal hará en repetirlo un antiministerial mas menguado todavia.

Si la asamblea se muestra enternecida, déjesela con su emocion, y no se pretenda hacerla reir.

Si se advierte que se le cierran los ojos de cansancio, y que tiene gana de dormir, no hay que tocar la gaita para que sea su sueño mas profundo.

Si se ganó la partida en una cuestion de importancia, no hay que arriesgarse á perderla en otra de poca monta.

No debe la Elocuencia parlamentaria abandonarse sin freno á sus delirios, como loca y descompuesta. Para agradar, persuadir y conmover, necesita de cierta guia, de reglas y de esperiencia; por lo cual diré á todo orador:

« Entra en materia con sencillez, y saca naturalmente tu exordio del asunto.

» No afectes modestia, ni finjas orgulloso desden.

» No te muestres humilde, ni altanero; sé ingénuo.

»Sobre todo, no te sumerjas en la fastidiosa palabrería de las precauciones oratorias.

»Sea tu esposicion clara, variada, interesante, y véase desde luego en el órden ingenioso con que dispusieres los hechos apuntar y manifestarse el órden de tus medios oratorios.

»No hagas abuso de los ademanes, no sea que en vez de oir como hablas, solo atiendan á ver como gesticulas.

»No sean los sonidos de tu voz ni lánguidos, ni precipitados, ni apagados, ni chillones, para que no llame mas la atencion el ruido que la idea.

»No recites de memoria, como un escolarino aplicado, y para darte tono de improvisador, el discurso que con gran trabajo dispusiste la víspera, y que quizás entregaste ya en amistosa confianza al taquígrafo del *Monitor*.

»Si eres militar, no cuentes historias de vivanderas, echando votos y con la pipa en la boca. No te retuerzas el bigote como erizo, ni chapurres el francés como soldado húngaro, añadiendo *ss* donde no hacen falta, y quitando *tt* donde son menester.

»Si fueres abogado, no alces dolorosamente los ojos y los brazos hácia Júpiter Tonante por una coma mas ó menos. No hables con lenguaje y fórmulas de pedimento [1]. No deslías una necia y única idea en un océano de palabras; pero sobre todo procura no olvidarte de concluir despues que hubieres comenzado.

»Si eres sábio, no uses de voces técnicas aparentando que tienes de ellas mas caudal que nosotros, y que no somos dignos de oirlas sonar. Que los ignorantes que te escuchan se lisonjeen mas bien á sí mismos de que alcanzan á comprenderte, aun cuando seas tú el que te abajes á su limitada comprension. No te dejes arrastrar á digresiones prolongadas hasta lo infinito, y ten presente que la Cámara no es una Academia, que el discurso no es una leccion, y que las leyes no se deben redactar en estilo de escuela.

»Entre los medios que están á tu disposicion, elige con penetracion rápida y segura el medio oportuno que, sin ser acaso el mas sólido, es ciertamente por la disposicion particular de los ánimos, por la naturaleza del negocio, y por la singularidad de las circunstancias, el mas adecuado para producir impresion en la asamblea.

»Cautiva con firmeza su atencion. Procura escitar su compasion ó su enojo, sus simpatías, su repugnancia, su orgullo. Aparenta que te anima su aliento y que recibes sus inspiraciones, aunque en realidad seas tú el que se las comuniques á ella. Y cuando hayas, digámoslo así, arrancado todas aquellas almas de sus cuerpos, cuando las veas agruparse espontánea é irresistiblemente al pie de tu tribuna, cuando las tengas su-

1 El testo no admite traduccion en este lugar. *Ne parle pas le patois des assignations à personne ou domicile*, nada significaría, en cuanto al espíritu de la obra que traducimos, vertido al castellano: como tampoco tendría significacion, y gracia mucho menos, traducida al francés, cualquiera de esas locuciones jurídicas nuestras que se apartan del lenguaje comun gramatical.—*N. del T.*

jetas bajo el poder magnético de tu mirada; entonces, no guardes con ellas atenciones, porque ya te pertenecen, y pudiera decirse en verdad que todas aquellas almas se amalgamaron y confundieron con la tuya. Por eso las ves obedientes seguir las ondulaciones y marejadas que las imprimes! por eso se elevan y descienden á tu capricho! por eso se avanzan y retroceden, y quieren lo que tu quieres, y hacen lo que tu haces! Continúa, no te detengas, no les des paz ni descanso; sigue con vigor tu discurso, pronto verás aquellos pechos anhelantes como el tuyo, encendidos aquellos ojos porque los tuyos arrojan llamas, henchidos de lágrimas aquellos párpados, porque tu te has enternecido. Sí, verás á todos tus oyentes suspensos de tu labio por los encantos de la persuasion; ó quizá no verás nada, porque tu propia emocion te tendrá subyugado, y cederás á ella, y sucumbirás bajo tu genio, y habrás conseguido ser tanto mas elocuente cuanto menos te hayas esforzado en parecerlo!

»Anuda tus transiciones sin embargo, y sea la discusion la que las suscite.

»Sé en tus informes claro, exacto, preciso é imparcial.

»No te empeñes en decirlo todo, sino en decir bien.

»Si la Cámara está distraida, hazla que recuerde, ya sea con la importancia del negocio, ya con el sentimiento de su propio deber. Si se muestra tumultuosa, sofoca su murmullo con el tronante rayo de tu voz.

»Cuando ya veintinueve oradores hayan agotado una materia, no te empeñes en discutirla por la trigésima vez. No te remontes al ordenar tus pruebas hasta nuestro padre Adan; no digas que Dios hizo el cielo y la tierra, y que el mundo habrá de acabar un dia; sino acaba tu cuanto antes.

»Toma la cuestion por algun lado nuevo, para que dure la atencion estando el ánimo entretenido, y pasarás por ingenioso.

»Pero si se agota la atencion de la Cámara no ocupes la tribunna; que nadie te escuchará, y no hay para un orador mas dolorosa herida que el desprecio.

»Solo los objetos grandes, como las casas, los árboles y las montañas, se ven de lejos; asimismo, solo las razones de gran bulto hacen impresion en la masa de un auditorio; deja pues las menudencias.

»Una razon poderosa que haya conmovido ayer á la Cámara entera, puede hoy ser acogida con glacial indiferiencia; si pues tal razon entró en tu discurso escrito, bórrala al punto; omítela ya que te propones improvisar.

»Si antes que tú habla otro en tono festivo, cambia de estilo y muéstrate grave; si aquel fué grave, se tú festivo. No olvides que el oido gusta variar de sones, y que hablas ante una asamblea francesa, que es la mas distraida, la mas caprichosa, y la mas hembra de todas las asambleas del universo.

»Si quieres que te escuchen, y solo para eso discurres, evita el hablar en tu propia causa y el pedir para tu santo, por alto que sea el campanario de su ermita! No digas nunca: «Rouen que me vió nacer», ni «Nantes que aquí me ha enviado», ni «la ciudad de Leon á quien tengo el honor de representar». Y cuidado con estos errores, señor mio, porque no es á Rouen, ni á Nantes, ni á Leon á quien representas; sino á la Francia entera.

»Tampoco has de decir: yo soy Gascon, yo soy Picardo. ¿Qué nos importa que seas de Tebas ó de Argos, con tal que hables en griego?

»No la eches continuamente de gracioso, porque se dirá de tí: no es mas que un hombre de chispa. Ni la eches siempre de razonador, porque dirán: no sabe salir de su rezo.

»Si quieres estar perpétuamente interesando, procura ser perpétuamente variado y ameno.

»Una medicina ablanda la piel mientras solo produce traspiracion; pero la enfria si el efecto se prolonga. Lo mismo sucede con el discurso.

»Lo difícil para un orador ejercitado no es tanto el hallar palabras, como saber cuándo es preciso callarlas.

»Si temes que, llevado por el torrente de tu improvisacion, no sabrás concluir á tiempo, átate al pie un hilo, y asi que sientas que un amigo complaciente te dá el mas leve tiron, párate al punto, y desocupa la tribuna.

»Otra advertencia: cuando veas que tus saetas están ya embotadas, que vuelven á empezar los cuchicheos antes suspendidos, que giran á uno y otro lado las cabezas, que se levantan en todos los bancos murmullos que revelan la distraccion y el cansancio, que el enemigo bosteza, empieza á contraer los labios de tus oyentes á su despecho, y que sus párpados se van entornando, ya puedes temer con razon que al fin de tu discurso te encontrarás á toda la Cámara durmiendo á pierna suelta: entonces puedes dejarlo sin ceremonia.

»No pegues puñetazos sobre el mármol de la tribuna, no sea que asustes á las graciosas cariátides que lo sostienen, y que tu auditorio, en vez de tomar parte en tu pasion, solo esté poseido del temor de que te despachurres los nudillos de la mano.

»No te dejes arrebatar en el calor del discurso concesiones de que mas tarde habrás de arrepentirte, ni admitas el combate en terreno que te sea desconocido; porque la simulada generosidad de tu enemigo puede muy bien llevarte á la celada.

»Sé mas atento á lo que te callen que á lo que te digan, y mas á lo que te oculten que á lo que te descubran.

»No hables sino para decir alguna cosa; y no solamente para que digan que hablaste.

»Si posees algun documento nuevo y decisivo, tenle reservado, y no le produzcas en la discusion sino cuando hayas preparado bien los ánimos á recibirle, y cuando en cierto modo solo se espere su manifestacion para abrazar un partido.

»No ridiculices solo por el placer de ridiculizar, y para que luzca tu ingenio, sino para acusar la estrañeza ó falsedad de un argumento. Que si tu adversario te lanza una personalidad, bien harás entonces en derribarle, si puedes, de una estocada!

»Domina tus pasiones para poder dirigir las de los otros. No te encolerices sino contra la arbitrariedad, ni ames mas que á tu patria y á la libertad, ni admires mas que el desinterés y la virtud.

»En teoría, lleva las consecuencias de tus principios tan lejos cuanto puedan racionalmente ir; pero en la práctica no pidas mas de lo que puedas obtener.

»Por último, nunca olvides que tus leyes harán la felicidad ó la desgracia de tu pueblo: que de ellas pende su proteccion ó su envilecimiento, su moralidad ó su corrupcion. Habla, pues, como si él te escuchára! Habla como si te viera! Ten siempre á la vista su grande y venerable imágen!»

LIBRO SEGUNDO.

DE LOS OTROS GENEROS DE LA ELOCUENCIA.

CAPITULO PRIMERO.

DE LA ELOCUENCIA DE LA PRENSA.

¿Es la Prensa el primero, ó el cuarto poder del Estado? Esta cuestion es muy controvertida.

Bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales, la Prensa no es ni siquiera un poder; mas bajo el aspecto de la verdad práctica, la Prensa es el primero de todos los poderes.

En efecto, el que no cesa de hablar concluye por recibir parias del que no habla siempre.

El que dispone de la publicidad, al fin y al cabo se hace dueño del que recibe esa publicidad misma.

Solo un poder que está en accion incesantemente, es decir el Gobierno, puede luchar con armas iguales contra ese otro poder que está en incesante parla.

Por eso el Gobierno procura introducir en las Cámaras el mayor número que puede de funcionarios, al paso que la Prensa procura introducir en ellas el mayor número posible de opositores.

De aquí el flujo y reflujo político que arrastra al pueblo, unas veces hácia el esceso del órden, ó despotismo, otras hácia el esceso de libertad, ó anarquía.

Todo bien considerado, al Poder ejecutivo y á las dos Cámaras, la una toda de funcionarios, y la otra casi toda de funcionarios tambien, y guarnecidos los tres por la Prensa ministerial, les cuesta muy buen trabajo defenderse de la Prensa de la oposicion.

¿Y se podrá, visto esto, preguntar si la Prensa es el cuarto poder del Estado, ó si es ó no un poder? Vana cuestion de palabras.

Sí, la Prensa es un poder, pero con mas fuerza colectiva que individual; en otros términos, hay mas oradores que escritores sobresalientes, —en Francia por lo menos.

Y sin embargo, no es orador todo el que quiere; por el contrario, quien quiera será escritor, bueno ó malo.

No es orador parlamentario todo el que quiere, porque para serlo hay que pagar quinientos francos de contribucion, por razon de alguna buena propiedad rústica ó urbana. No hay duda que Demóstenes y Ciceron, con un jubon roto por los codos, con sandalias en los pies y la bolsa vacía, cautivarian aún con su elocuencia la admiracion del pueblo; pero si osáran presentarse en un colegio electoral con intencion de ganarse los votos de los electores, el presidente los arrojaria á empellones por la escalera abajo; porque podrian muy bien Demóstenes ó Ciceron no tener con que pagar el censo electoral. A todo francés le está prohibido ser orador y servir á su patria en la tribuna, si ante todas cosas no presenta un recibo del recaudador, competentemente legalizado, que acredite que el aspirante puede, si se le antoja, pasar su vida con nobleza y decoro; es decir, en el ocio. Tal es la ley, y ¿no es verdad que es una ley preciosa y digna?

A pesar de eso, no bajan de una docena los oradores en la Cámara de diputados. Demos que la Cámara se renueve en su totalidad, y sin que uno solo de aquellos doce oradores pueda ser reelegido; fácilmente podremos reclutar entre todos los tribunales de Francia otra nueva docena de oradores de igual laya que los primeros, con corta diferencia. Por último, supongamos que la admision en la Cámara venga á ser libre por la abolicion del censo de elegibilidad; al punto veremos surgir de entre las varias clases de la sociedad una tercera, y aun una cuarta docena de nuevos oradores.

Cuenta con que en este cálculo de cinco ó seis docenas de celebridades parlantes, no incluimos á los oradores eventuales de veinte á treinta años, de aquella edad afortunada en que la imaginacion desarrolla sus mas galanas facultades, en que la accion conserva todas sus gracias, en que la voz del hombre vibra con toda su sonoridad. El número de los oradores franceses, asi en el parlamento como fuera de él, es pues considerable.

¿Sucede lo mismo con los grandes escritores políticos? no por cierto. Y sin embargo, para escribir no se exije, como para hablar, una contribucion de quinientos, ni aun de doscientos francos. La tribuna del escritor está abierta durante los trescientos sesenta y cinco dias del año. Cualquiera puede subir á ella, sea mayor ó menor de edad, rico

ó pobre; enfermo, sordo, y aun ciego. Nadie le pregunta cuánto paga, ni en qué se ocupa, ni de donde viene. No se verá á los gendarmas hacer irrupcion en su domicilio, con sable en mano, y espulsarle de él por indigno, como aferraron á Manuel en las mismas gradas de la tribuna. No se hace coaccion á su conciencia electoral ó parlamentaria exijiéndole un juramento absurdo. No se le obliga á atrincherarse en las formas oratorias que sirven de máscara al pensamiento, y que privan á la diccion humana de su pujante libertad y de su caprichoso vuelo. Ya sea con gruesos libros, ya con ligeros folletos, ya con periódicos, con revistas, con folletines ó de cualquier otro modo, puede hablar toda especie de lenguaje y revestir todas las formas. Ya se manifieste lacónico ó prolijo, sencillo ó pomposo, grave ó satírico, lógico ó poeta, moderado ó vehemente, flexible ó rígido, donoso ú amargo, nadie le pide cuenta de la originalidad de su colorido, con tal que fascine las miradas, y represente la realidad.

¿En qué consiste pues que son tan pocos los buenos escritores, y tantos los oradores sobresalientes?

En que el arte de escribir es un arte muy grande, un arte que exije gran trabajo, grandes estudios, paciencia y constancia maravillosas! Se necesita tambien mucho mas valor para escribir que para hablar; porque sobre los deslices del escritor está siempre pendiente el rayo de la acusacion fiscal, al paso que el orador puede ponerse al abrigo de su indemnidad parlamentaria.

No importa que la diccion del orador tenga su remusguillo de aldea; ni que por escesiva sencillez sea rastrera y plebeya, ó hinchada por escesiva pretension; ni que le falte precision, nervio y gracia:— todos estos defectos aparecen con la animacion y brillo del discurso. El que oye es siempre indulgente; el lector es severo. El oyente se deja sorprender por el encanto de una voz agradable y sonora, ó de un continente noble, ó de una fisonomía espresiva; él mismo vá, por decirlo asi, anticipándose á su ilusion; siente sus nervios conmoverse, se inspira, se apasiona, se indigna, se estremece; se lanza á la escena, se introduce en el drama; se humilla y exulta bajo el poder del orador; le entrega sin reflexionar todas las facultades de su alma; se vende sin pensarlo, y se queda ante él descubierto y desarmado; le ofrece el pecho sin defensa; él mismo se clava las saetas que le dispara, y cuando un orador encuentra á su auditorio con vena, puede producir muy grandes sensaciones con palabras que, aunque no formen hilacion, estén bien dichas y colocadas con destreza.

Pero analicémoslas despues, leamos á sangre fria aquellos discursos que tanto nos entusiasmaron, que nos arrancaron rasgos de simpatía y gritos de admiracion; ya no encontraremos en ellos ni órden, ni

método, ni elegancia, ni pureza de lenguaje, ni profundidad de pensamiento, ni fuerza de raciocinio; y entonces nos parece que no fué aquello lo que oimos, que han alterado las ideas y las frases, y que nos han dado una cosa por otra. Pero no; no nos han engañado, porque á los oradores es preciso oirlos, y no leerlos. ¿Acaso la taquigrafía, por muy fiel que sea, podrá nunca reproducir el sonido armonioso de la voz, el fuego de la mirada, la pasion, la accion, la postura y el gesto? Pues sin embargo, ellos son los que principalmente constituyen al orador!

Los oradores no deben vivir sino en los recuerdos: examinarlos con lente es matarlos. Tanto Demóstenes como Ciceron tuvieron que rehacer, á fuerza de largas y prodigiosas tareas, y apesar de la incomparable riqueza de sus idiomas, esas admirables arengas que de ellos conservamos; pues leidas tales como las pronunciaron, aparecerían plagadas de defectos. ¿Quién compra hoy dia, quién hojea ya los tan ponderados discursos del general Foy? Y ¿existe acaso, desde la Revolucion de julio, un solo discurso de nuestros mejores improvisadores que pueda someterse á la prueba de la lectura?

Lo cual no obsta ciertamente para que en nuestros dias sean los mas vanos entre todos los mortales los comediantes de la tribuna; mas vanos que los comediantes de profesion, y mas aun que los poetas.

Por lo demas, todos los grandes asuntos de que pudiera surgir la elocuencia están hoy desterrados de la discusion parlamentaria. No es ya permitido hablar ni de la soberanía del pueblo, ni de la igualdad política, ni de la libertad de la Prensa, ni de la cargazon de los impuestos, ni de la inmoralidad del poder, ni de la arbitrariedad de los ministros. Estamos reducidos á parafrasear los testos mas vulgares, á dar mil vueltas á todas las proposiciones, y á estar horas enteras gesticulando y haciendo visajes para no decir cosa alguna. Por eso hay tan poca verdad y sustancia en los discursos mas aplaudidos y encomiados, y causa sorpresa el no encontrar en ellos ni forma ni concepto asi que los vemos despojados del prestigio de las inflexiones y de la recitacion. No hallamos forma, porque la belleza y la gracia que animaban la voz y la accion del orador no pasaron al estilo; no hallamos concepto, porque ni hay ni puede haber en todos sus discursos ni principios fecundos, ni pensamientos elevados. Vistos de cerca, no queda de ellos mas que la sombra vaga é indecisa de una columna sin proporciones y sin gallardía, que de pronto parecia llegar arrogante hasta las nubes.

Otras desemejanzas entre la Prensa y el Discurso:

Se oye al orador con entusiasmo; se lee al escritor con reflexion. Aquel obra principalmente sobre los sentidos esteriores y las pasiones del auditorio; este sobre el espíritu y la razon de los lectores.

La voz de los oradores, como humana que es, no se estiende, por sonora que se la quiera suponer, á mas de un hemiciclo reducido; la voz intelectual de los escritores es tan rápida, que traspone en su vuelo los montes y los mares, y tan penetrante, que atraviesa los muros de los alcázares y se introduce por las rendijas de las cabañas.

Los coloristas de la Tribuna no suelen hacer mas que enbadurnar, iluminándolos, los dibujos de la Prensa, sin añadir cosa alguna á la pureza del contorno, ni á la composicion del asunto, ni á la belleza de las formas.

La Tribuna ofrece mas movimiento; pero la Prensa mas ideas.

La Tribuna tiene mas autoridad obligatoria; la Prensa una iniciativa mas fecunda.

Votado un presupuesto para varias legislaturas, formados los códigos, completas las leyes, pudiera en rigor una nacion, aunque no constitucionalmente, tener cerrada la Tribuna por espacio de muchos años; al paso que no podria en manera alguna estar un solo dia sin Prensa.

En otros puntos difieren ademas los oradores y escritores.

El orador muestra la fisonomía de su persona entera.

El escritor no muestra mas fisonomía que la de su estilo.

El orador compone los pliegues de su manto para presentarse vestido á la romana.

El escritor deja aparecer sus músculos y nervios sobre el desnudo de su discurso.

Vive el uno en el mundo de la vista y del oido; el otro en el mundo de las ideas.

Pero siendo mas fácil tener ojos y orejas que tener ideas, es mas fácil tambien ser original en la persona que serlo en el estilo.

Las ventajas ó defectos personales, aprovechan ó perjudican al orador; no asi al escritor, cuya persona es invisible.

Si sube Hortensio á arengar desde la tribuna rostrada [1] con la barba desgreñada y sucia, y una gran verruga debajo de un ojo, el pueblo romano soltará la carcajada; pero si Ciceron se pone á escribir ¿qué importa que lleve el ceñidor suelto y un garbanzo en la nariz?

La Tribuna es un teatro, la elocuencia una comedia, el orador un comediante. Cae el telon, y el pueblo le sigue, y le acompaña entre palmoteos; aclama su nombre con gritería; le saluda en las calles y plazas de la ciudad, y lleva á los labios respetuoso la orla de su túnica. Es un hombre forjado para estar espuesto al público, vaciado en yeso, fundido en bronce, colocado en los frontispicios de los templos y museos. Si muere,

1 Era costumbre entre los romanos arengar al pueblo desde una tribuna que estaba adornada con los espolones ó rostros de las galeras y navíos tomados á los anciates. La llamamos *tribuna rostrada*, por analogía con la columna rostrada, que toma este adjetivo de la misma especie de adorno.—*N. del T.*

va su atahud en hombros, entre dos largas hileras de gente, y alumbrado con hachas mil. Despues se graba su nombre en un rico mausoleo; y bien puede decirse que eso es cuanto queda de él la mayor parte de las veces.

Pero ¿quién es aquel hombre de frente calva y encorvado, que se desliza por entre el gentío sin reparar en él, y sin ser visto? Es Chateaubriand. ¿Quién es aquel otro, envuelto en su capa oscura, que pasa á su lado y le toca con el codo? Lamennais, que va parpadeando, y rozándose con las paredes, con las manos estendidas para no tropezar. ¡Oh cuán pequeños y mezquinos son ambos en la calle, mientras en sus obras tienen cada uno diez pies de altura!

El arte de hablar y de escribir no es ya, como la retórica de nuestros padres, un arte sublime, pero frívolo, inventado únicamente para recreo de nobles ingenios; sino que ha llegado á la altura de una verdadera mision social.

La civilizacion ha cambiado de corriente. La espada dejó de ser la soberana y única dueña de los imperios. La elocuencia y la Prensa van sojuzgando paso á paso todos los pueblos de Europa. Los oradores y escritores son los reyes de la inteligencia, y esta es la que por fin gobernará al mundo.

CAPITULO II.

Continuacion del mismo asunto.

BOSQUEJO DE ALGUNOS FOLLETISTAS.—SIEYES.—BENJAMIN CONSTANT.—PABLO LUIS COURIER.—ARMANDO CARREL.—CHATEAUBRIAND.—COBBETT.—ENRIQUE FONFRÈDE.—LAMENNAIS.

Prosigo la comparacion entre los oradores y los escritores políticos. Nuevo es el asunto, no seré yo quien le agote.

La escritura, lo mismo que la oracion, no es sino una forma de la elocuencia; discursos y folletos, con medios diferentes conspiran al mismo fin.

¿Qué es pues un folleto? Bien la voz lo significa. Es un mero opúsculo sobre un asunto dado, político ó literario. Es el arte de animar el pensamiento, de reflejarle con los vivos colores del prisma, de revestirle de fuerza, de armarle con flechas y rayos, y de arrojarle al combate.

Es folleto todo lo que honra á la virtud, y denigra al crímen, y castiga á los tiranos, y canta la gloria, la patria y la libertad.

¿No trazó Tácito con hondo buril el tipo del folleto histórico, al pintar con su toque varonil las sombrías facciones de Tiberio, Calígula y Neron? No armaron al folleo satírico con versos de sangre Arquíloco, Horacio, Persio, Juvenal, Boileau, Swift y Gilbert? Bossuet, Bourdaloue y Massillon ¿no hacian folletos sagrados cuando tronaban desde el púlpito contra los pomposos adulterios de Luis XIV? No era un folletista Fénélon, cuando en su *Telémaco* desarrollaba el cuadro de los terrores nocturnos del tirano de Sidon? No era un folletista el apasionado Racine cuando por defender la causa de los proletarios abrumados con contribuciones hacia esclamar á Luis XIV: «¿por qué se mete á procurador de pobres ese poeta?» Y no fué tambien Sócrates un folletista sublime cuando bebió la cicuta por haber injuriado á los dioses del Olimpo?

Estudiando bien á Demóstenes y á Ciceron se verá que fueron tan folletistas como oradores. Las Olintias, las Verrinas, las Catilinarias, escritas y divulgadas por el imperio griego y romano, tuvieron mucho mas

eco que las alocuciones de aquellos dos eminentes oradores desvanecidas en el estrecho ámbito de la Agora y del Foro [1]. No fué menos elocuente Mirabeau en su folleto contra la nobleza de la Provenza, que en los bancos de la asamblea constituyente. Aristófanes, Luciano, Teofrasto, Abelardo, Pascal, Molière, Voltaire, Beaumarchais, Sieyes, Franklin, la Bruyère, folletistas admirables en religion, en filosofía, en moral, en política y literatura, han trabajado mas para la gloria y el bien de la humanidad que todos los parafrastes de la Tribuna.

Agrádame este asunto, y porque me complazco y solazo en él como en cosa mia, quiero dejar aquí bosquejados los retratos de algunos libelistas célebres, vivos unos, muertos otros poco tiempo há, pero todos mas ó menos participantes del embolismo de la vida política.

Comenzaré por el abate Sieyes, el folletista de la gente llana.

I.

SIEYÈS.

En el momento en que está á punto de estallar una gran revolucion, el medio seguro de acreditarse es decir lo que nadie ha dicho ó no se ha atrevido á decir, aunque todos lo piensan: entonces, no hacer mas que plantear la cuestion es ya resolverla.

En estos términos la planteó Sieyes: ¿Qué es el Estado llano? *Todo.*

Lo restante del folleto era ya inútil: sentada la cuestion, la prueba estaba hecha.

El abate Sieyes fué el promotor liberal del gobierno de la clase media, del que Mr. Guizot no ha sido mas que el continuador doctrinario.

1 *Agora* y *Forum* son una cosa misma en su orígen:

Agora es voz griega que significa plaza ó mercado, donde arengaban al pueblo Demóstenes y todos los demas oradores. El *Forum* de los latinos era tambien la plaza ó mercado; pero la gran publicidad que daban los antiguos á todos sus actos civiles, hizo que en las mismas plazas se celebrasen los contratos, las elecciones, los juicios, etc., haciendo el *Forum* unas veces de congreso, otras de mero mercado, y otras de tribunal, para el cual únicamente conservamos los modernos la verdadera voz etimológica *foro*. En Roma eran tres las principales plazas destinadas á la administracion de justicia.—*N. del T.*

Aquel sistema de preponderancia del estado llano, que prevaleció aun bajo la Convencion, que el Imperio absorbió en el poder de uno solo, que la Restauracion no logró querer modificar siquiera sin dar consigo al traste, y que la Revolucion de julio ha establecido plenamente árbitro de la cosa pública, ¿hasta qué punto es compatible con el principio de la soberanía del pueblo? Cosa es esta que nadie nos ha dicho todavía, ni Sieyes ni los demas.

Sieyes no se distinguia ni por el giro y galas del estilo, ni por la fuerza y sublimidad de los pensamientos, ni por la vehemencia oratoria, ni por el vigor del raciocinio; pero, teórico absoluto, dialéctico ejercitado, como lo eran los abates de aquella época, unia á la sutileza de la escolástica la osadía de los filósofos. Veia las cosas desde un punto de vista abstracto, sin acepcion de personas, de intereses positivos, de antecedentes ni de instituciones; seguia un principio que queria reconocer y poner en claro, como un tenaz minero sigue con la zapa la veta de una mina. Trataba una cuestion, y nada dejaba que decir en ella: tan á fondo la agotaba; iba sentando al paso axiomas, hoy ya vulgares, entonces desconocidos y casi tremebundos por su novedad; poseia sobre todo el arte de coordinar un plan, de enjaretar una constitucion, y de ajustar todas sus partes con bastante simetría y magestad: especie de pensador muy apto por la fecundidad, la sabiduría, y la profundidad de su método para reasumir los hechos generales de una situacion, las exigencias dominantes de la opinion, las deducciones completas de un principio, y por consiguiente, para formular un evangelio político, una ley orgánica, una Carta, una Declaracion de derechos: por eso el impetuoso Mirabeau, en su impaciencia por fundar un gobierno nuevo, interpelaba á Sieyes, y se lastimaba de su silencio como de una calamidad pública.

Pero Sieyes, siendo como era una de las grandes inteligencias de la Asamblea constituyente, no gustaba sin embargo de las luchas de la tribuna. Ensimismado y sumergido en sus meditaciones, proseguía, entre el estruendo de la multitud, la solitaria organizacion de sus utopias.

Verdad es que cuando tuvo que derribar el antiguo régimen, no le faltaron entereza ni precision, lo que no es estraño en quien se hallaba sostenido é impulsado por las circunstancias y por el irresistible empuje de la opinion; pero cuando llegó el momento de reedificar, y le dejaron solo, cayó de nuevo en las nebulosidades de su metafísica, con frecuencia mas sutil que profunda, siempre mas ingeniosa que realizable.

Esta casta de ingenios, cuando se dedican á la política, estudian su mecanismo material con una curiosidad interior obstinada; van desmontando una á una todas las piezas, y luego las restablecen en su

círculo de rotacion; pero no toman en cuenta el sesgo de los hechos, el insensible cambio de las costumbres y de los mil accidentes de la sociedad, y harian pedazos el reló mas perfecto solo por adelantar ó atrasar una centésima parte de segundo.

Sieyes arreglaba allá dentro de su cabeza su república de miniatura, con instituciones equilibradas y un mecanismo muy complicado y muy sábio, como otros ilusos se construyen á parte una religion, una sociedad, una literatura.

Gran controversista de pluma, disparaba estocadas á diestro y siniestro sobre una tésis política; pero si esta tésis se encarnaba en la asamblea y se hacia hombre, turbábase de súbito delante de ella. Dominador del derecho, se dejaba arrastrar por el hecho, y mas sabia prever los sucesos que subyugarlos, por la sencilla razon de que tenia mas talento que carácter, y mas osadía de imaginacion que verdadero valor. Como tantos otros fué terrorista por miedo, y ¿qué sé yo? tal vez ateo, y tan pronto y tan bien se ocultó en la *Llanura* [1] Convencional que, aunque presente y vivo, se hizo pasar por ausente ó muerto.

Lo curioso y singularísimo es que luego tuvo la donosa ocurrencia de condenar á la inmobilidad del reposo constitucional, á un hombre á quien no le venian bastante holgadas para moverse la Francia y la Europa, y cuya vida, azotada por todos los vientos, fué una contínua tempestad. Bonaparte envió á nuestro utopista á alinear sus ideológias en los dorados solaces de una senatoria.

Pero esto no impide que el abate Sieyes dijese en su tiempo y sazon á la monarquía, al clero y á la nobleza: Sois nada; y al Estado llano: Lo eres todo!

Si el Estado llano fuera agradecido, levantaría estátuas en sus museos, en sus palacios, y en sus cámaras al folletista de 1789 que, revelándole su fuerza, le dió tal vez el imperio.

II.

BENJAMIN CONSTANT.

No es tan grande como se cree la distancia que media entre Sieyes y Benjamin Constant. Ambos recibieron la misma educacion, la edu-

1 Por contraposicion con la *Montaña*, que era el lado de la asamblea donde se sentaban los exaltados. Correspondia á la que ahora se llama la *izquierda*; y la *Llanura* (la *Plaine*) correspondia á la actual *derecha* y á los *centros*.—*N. del T.*

cacion del siglo XVIII; ambos observan, arguyen, deducen por el mismo método; ambos tienen la misma escuela de filosofía y de política.

Sieyes ve las cosas desde mas alto; Benjamin Constant las analiza con mas paciencia y sagacidad.

El uno se ocupa mas en el fondo; el otro, en la forma.

El uno es mas generalizador; el otro, mas ingenioso.

El uno es mas osado, porque tiene la fé de los que empiezan; el otro es mas cauto, porque tiene las dudas de la esperiencia.

Sieyes habia declarado que el Estado llano debia ser *Todo*, y Benjamin Constant porqué y cómo el Estado llano habia llegado á ser *Todo.*

El uno allanó las sendas á la gran revolucion de 1789, y el otro á la pequeña revolucion de 1830.

Ambos, á mayor abundamiento, como la mayor parte de las cabezas que abrigan miras muy estensas, carecian algun tanto de constancia en las opiniones y de resolucion en el momento de obrar.

Benjamin Constant era mas elegante que vehemente, mas flexible que fuerte: gustábale revolverse en medio de ficciones sutiles y de una Carta otorgada. Entre todos aquellos volatineros liberales ó doctrinarios de la Restauracion, la gran porfia era ver quién se tenia mejor en equilibrio sobre la punta de una aguja, y para esto, hacian habilidades inauditas, se martirizaban los riñones de un modo increible. Era imposible tocar con la punta del dedo á aquella Carta de fábrica inglesa, á aquel edificio que, asentado en un terreno harto movedizo, se bamboleaba por los cimientos como por la cúspide: si no una pedrada, de cierto le hubiera derribado un abanicazo.

Benjamin Constant gastó muchísimo ingenio en sus librotes de metafísica constitucional [1], que ya no comprendería la actual generacion, y que nadie lee.

Benjamin Constant era mas dialéctico que lógico, lo que no es lo mismo; porque la lógica es el arte de sacar las consecuencias necesarias de un hecho verdadero, y la dialéctica no es con harta frecuencia mas que el arte de sacar las consecuencias aparentes de un principio falso.

Como quiera que sea, el publicista de quien vamos hablando esplayó en la prensa, con una ciencia de análisis superior, los principios del gobierno restaurativo, y el móvil y variado juego de sus combinaciones. Hábil esperimentador, puso en evidencia el organismo de la nueva so-

1 Estos son su *Curso de política constitucional* y la gran *coleccion* de sus discursos. El periódico en que principalmente escribió durante la revolucion, fué la *Minerva*. Sus demas obras son la célebre novela *Adolfo* en que se cree que pintó bajo el velo muy trasparente de una alegoría sus amores con Madama de Stael; su tratado de *La Religion considerada en su orígen y en sus formas*, 5 tomos, y una obra póstuma titulada *Del Politeismo romano*, 2 tomos.—*N. del T.*

ciedad; metió el escalpelo en todas las enfermedades del poder; sondeó las llagas é indicó el remedio. Si las ficciones de ese régimen de tres resortes, vistas muy de cerca, no satisfacen completamente ni á la práctica ni á la teoría, este no impide que, acabado el Imperio, Benjamin Constant hiciese en efecto dar un paso inmenso á la libertad, y seria injusticia reconvenirle por haber pertenecido demasiado á su época. Solo estos hombres influyen poderosamente sobre la opinion.

III.

PABLO LUIS COURIER.

Por entonces escarnecia Pablo Luis Courier las ridiculeces de la corte y las necedades del ministerio en sus folletos, modelos inimitables de razon festiva y de delicadísima sátira. Llenos de cultura, de ingenio, de gracia y á veces de elocuencia, esos preciosos opúsculos exhalan como un perfume de antigüedad clásica. Tan sarcástico como Luciano [1], tan puro como La Bruyère, lima todas las partes de su estilo con singular esmero, como pulía Canova con sus dedos amorosamente el venoso mármol de Paros. Courier desatiende á las generalidades para entretenerse en los pormenores con ingenioso arte, y la indolencia de su gusto literario teme ó desdeña tocar las grandes tésis de la política; pero embistiendo á la gente palaciega, haciendo befa de sus vanos oropeles, Pablo Luis Courier divertia y lisonjeaba á la nacion francesa, tan prendada de la igualdad. Courier era el Béranger de la prosa.

1 El célebre autor de los *Diálogos de los Dioses*, de los *Diálogos de los muertos*, del *Timon* y de otra multitud de obras satíricas muy bellas, aunque con frecuencia deslucidas por el mas descarado cinismo. Fué griego de nacion, y floreció en tiempo de los Antoninos por los años 120 de nuestra era. La Bruyère es el autor de los *Caractéres* y uno de los mas grandes escritores del siglo de Luis XIV.— *N. del T.*

IV.

ARMANDO CARREL.

Casi en el momento en que decia adios á la vida Benjamin Constant, Armando Carrel recogia su pluma de publicista y entraba gloriosamente en la liza [1]. Mas afortunado que su antecesor, pisaba un terreno desembarazado de la broza de las ficciones constitucionales; pero era preciso abrirse un camino por entre aquellos escombros, por miedo de que reconstruyesen con ellos el edificio, y no habia tiempo que perder. Armando Carrel entró de lleno y sin titubear en las nuevas tésis políticas, con una vivacidad verdaderamente militar, y las empujó hácia adelante con espada en mano.

Armando Carrel, como todos los hombres de su temperamento, era desigual en su humor y en su polémica. A veces, cuando se le cargaba el hígado de bilis, se dejaba desanimar hasta el abatimiento; luego, cuando se animaban sus ojos y hacia la indignacion hervir la sangre en sus venas, era impetuoso hasta la exaltacion.

Armando Carrel tenia una memoria extraordinaria, un gusto puro y delicado, un saber profundo, una elocucion sencilla y varonil.

Por lo general, su estilo fluia con una abundancia límpida y matizada, cual si reflejára las llamas del sol: á veces se contraia, se armaba de aguijones, adquiria la rígida tirantez de un arco tendido, y su sarcasmo partia con la explosion del rayo que brilla y mata.

En vez de rondar al rededor de una cuestion, la asentaba clara y positivamente, y decia á sus adversarios: Ahí está el punto de ataque: ea! empecemos.

Asi como por el ardor de las tropas, por el arte de los movimientos, por el modo con que está abierta la trinchera, reconocen pronto los sitiados si quien manda es el general ó sus lugartenientes; de la misma suerte era fácil ver en su periódico [2] si era Armando Carrel en persona quien rompia el fuego de la polémica. En estos casos se observaba otro órden de batalla, se veian estratajemas inesperadas, espresiones origina-

1 Benjamin Constant murió en París el 8 de diciembre de 1830.—*N. del T.*

2 *El Nacional.—N. del T.*

les y nuevas, cierta virilidad de lenguaje, y un estilo soberbio y denodado que parecia que tocaba el clarin y trepaba al asalto.

Armando Carrel habia comprendido admirablemente que todos los problemas del gobierno representativo estaban pendientes, y que la revolucion de julio no habia concluido nada porque nada habia resuelto; que el antagonismo organizado de los poderes y de las condiciones, no constituia ni un estado social, ni un estado político, razonable y duradero; que estaba por empezar de nuevo la lucha entre la aristocrácia y la democrácia, hasta que una ú otra quedase decididamente vencida; que si las generaciones actuales eran bastante flojas y serviles para dejarse oprimir, las generaciones siguientes no imitarian la cobardía de sus padres, y que el hombre de talento y de corazon, aunque sepa que le han de dejar solo en la lid, no es dueño ni de sus acciones ni de su pensamiento, de que tiene que dar cuenta á la patria.

Armando Carrel amaba la libertad con reflexion, y la gloria con entusiasmo. Era un hombre intrépido, justo, desinteresado, caballeroso; pueblo por el corazon, gran señor por sus modales; unia á la alta razon de un hombre de Estado la temeridad de un alferez; habia en él no se qué arrogante lozanía de vencedor, no sé qué irradiacion espansiva; quisquilloso en puntos de honra, era tan pronto en vengarse como fácil en olvidar las injurias.

Armando Carrel parecia nacido para el mando. Reprimia con fuerte mano los arranques de su partido; disciplinaba sus impaciencias, y merced á la superioridad de su carácter y de su talento, ejercia sobre todos sus amigos una dictadura tanto mas incontestada, cuanto era de parte de ellos mas voluntaria.

¡Qué grande orador perdió en él la tribuna! [1] orador que no se hubiera parecido á ningun otro, que hubiera bebido en la generosa pureza de sus principios y en el calor de su alma las mas hermosas inspiraciones, y que hubiera desesperado á sus adversarios con la súbita vehemencia de sus apóstrofes.

En manos de Armando Carrel, la prensa periódica fué un verdadero poder; él fué el hombre mas ilustre y completo de la Revolucion de julio. Antes nadie se le asemejó; despues ninguno le ha reemplazado.

1 Pocos entre nuestros lectores ignorarán que Armando Carrel fué muerto en un desafío por el actual director de la *Presse*, M. Emile de Girardin.—*N. del T.*

V.

CHATEAUBRIAND.

De Carrel á Chateaubriand la distancia es mínima. En el carácter, en el porte, y en el estilo de Carrel habia una rara hidalguía como sucede en M. de Chateaubriand; este punto de contacto tenian, sin sospecharlo tal vez, el jóven republicano y el viejo realista.

M. de Chateaubriand ha sido par de Francia, embajador, ministro, por la casualidad de su nacimiento y de su fortuna literaria, mas que por la tendencia y naturales disposiciones de su ingenio.

En la asamblea de los Griegos hubiera cantado como Homero; no hubiera deliberado como Nestor.

M. de Chateaubriand ha sido siempre mucho menos hombre de Estado que Caballero francés, y es el caso que los caballeros franceses son poco idóneos para la política, constitucional ó no.

Su *Miscelánea* se compone una mitad de odio á M. de Villèle, y otra de amor á los Borbones.

Dicha obra es un combate perpétuo entre el escritor y el paladin, entre los afectos de su corazon y las luces de su entendimiento, entre su razon y sus preocupaciones.

En ella quiere inconsecuentemente cosas contradictorias, como por ejemplo, la libertad de imprenta en principio y en realidad, y sin embargo, para ministros, hombres ultra-monárquicos que no querian que hubiese libertad de imprenta ni en realidad ni en principio.

No se comprende en virtud de qué singular idea se pudo reunir y amalgamar en un mismo gabinete á dos hombres tan opuestos en todo.

Por una parte, M. de Villèle, seco y exacto como un cálculo matemático, que en su vida ha sabido qué cosa son una figura de retórica, un capricho de la imaginacion, un movimiento de sensibilidad, una palabra del alma, un rapto de elocuencia: frio aritmético, lógico, positivo, hábil en conocer á los hombres y penetrar sus estratagemas, en halagar sus flaquezas, en moderar sus pasiones, en ligar un sistema, en regir una asamblea; que no se dejaba adivinar por la astucia, ni dominar por el miedo, ni seducir por la vanidad, que es peor que la corrupcion;

grande y previsor en la concepcion de sus planes, firme, seguro, vigilante y paciente en la ejecucion; mas atento á lo que valen las cosas que á lo que prometen; reservado, receloso, flemático, inaccesible á la burla; superior á la vanagloria del triunfo y al abatimiento de la derrota.

Y por otra M. de Chateaubriand, cabeza aventurera y algun tanto novelesca, desigual en su humor, siempre pronto á lanzarse con impetuosidad en las empresas grandes, sin hacer alto en las resistencias ni calcular los medios de vencerlas; fácil de arrastrar por el corazon, por la inteligencia, por la imaginacion, por el lado brillante de las cosas; sensible á lo bello mas que á lo útil, á lo grande mas que á lo posible; muy capaz de describir porqué, en tal situacion estraordinaria, fracasó tal ministro, y muy incapaz de salir airoso, siendo ministro, de una situacion ordinaria; dotado mas bien del sentido propio ya para descubrir las causas de lo pasado, ya para preveer hasta lo futuro, que del sentido propio para dirijir las cosas de lo presente.

Embebecido en su personalidad, como los literatos á quienes han embriagado los vapores de la gloria, y que tienen una corte al rededor de su genio, como tienen una los reyes al rededor de su trono; hombres irascibles cuando se los contradice en vez de incensarlos; incómodos en un consejo de ministros por lo destemplado de sus caprichos y por los arranques de su imaginacion; buenos como agentes para caminar en la direccion y bajo la mano que los guia; impotentes para conducir por largo tiempo su ramo ministerial sin comprometerle, impotentes sobre todo para conducir todos los ramos á la vez por una senda constante y segura.

M. de Chateaubriand es mas bien publicista que polemista, y mas bien polemista que libelista. Hay en su estilo gravedad, melancolía, y á veces amargura; pero le faltan aquellos felices y delicados chispazos que cortan el discurso y descansan al lector divirtiéndole. Se acerca á las masas por los grandes sentimientos, se aleja de ellas por el lenguaje; no es estirado, pero tampoco es flexible, variado, seductor. Fuerza es desengañarse; los folletos del pueblo son los únicos que tienen originalidad, gracia y vida. No parece sino que M. de Chateaubriand, al arrojar al viento las leves hojas del folleto, sintió pasar sobre sus manos el soplo helado de la aristocrácia; por seguirla, abandona sus vivaces y desenvueltos giros; hasta en su misma llaneza hay no sé qué aticismo, no sé qué flor de delicada y alta sociedad: se vé en él un caballero que conserva hasta en su trage de trapillo alguna pieza de su armadura, por miedo de que se le confunda con los pecheros.

Cuanto es elegante, animado, sublime, fecundo en sus poemas de *Atala*, de *Renato* y de los *Mártires*, tanto es correcto, gramatical y severo en su polémica; nada de frases dramáticas, de contornos salien-

tes, de movimientos bruscos, nada de vehemencia:—solo una discusion sesuda y templada. Cosa singular! este poeta nos esplicará mejor que muchos economistas la teoría de las rentas y de la amortizacion: este hombre de imaginacion sondeará mas profundamente que un jurisconsulto la mente y los pormenores de una ley civil. A veces, como suelen los grandes escritores, realza la vulgaridad de la idea con la osadía de la espresion; á veces, nos hace descender de las alturas de la discusion con la familíaridad de las palabras, ó bien, corta el curso llano de la narracion con una imágen espléndida, con una alusion histórica, con un giro inesperado, con un rasgo, una fecha, una palabra como sabe decirlas Chateaubriand.

Ningun escritor imperialista ha hablado de Napoleon en términos mas magníficos; solo el genio puede comprender tan bien la gloria.

Ningun publicista constitucional ha peleado en todo tiempo por la santa causa de la libertad de la prensa, con mas entusiasmo, con mas perseverante fidelidad, y, en cierto modo, con mas heroismo.

Ningun patriota, en Francia, cree mas firmemente que M. de Chateaubriand en el advenimiento de la democrácia. Realista por sentimiento, es republicano por presentimiento.

Prendado, perdido de amor por la legitimidad, engalana á esta imaginaria querida con los encantos que le forja su fantasía, y como Pigmalion, no vé que la Venus labrada por sus manos es mas hermosa que la Venus misma.

Gran poeta, el mas grande de todos desde Shakespeare y Corneille, incluso Byron; noble y brillante ingenio á quien toda tiranía hace estremecerse, y á quien todo infortunio hace llorar! hombre estraordinario, á quien es preciso amar largo tiempo y mucho, despues de haberle admirado mucho y por largo tiempo!

VI.

COBBETT.

De Chateaubriand á Cobbett, ¡qué diferencia! Qué diferencia en el fondo, en el carácter, en el estilo, en las opiniones, en las personas!

Las ciencias, el álgebra, la geometría, la física, la química, per-

tenecen á todos los paises, y se enuncian en una lengua de convencion y universal. La filosofía no espresa mas que ideas generales, la moral mas que sentimientos comunes, la historia, la epopeya y la trajedia, mas que las pasiones del corazon humano; pero la comedia en las letras, la caricatura en las artes, el folleto en la política, son productos particulares de cada suelo que siempre revelan, mas ó menos, el sabor del terruño.

Esto supuesto, es indudable que las alusiones delicadas, los raciocinios puros, resbalarian sobre la epidermis de nuestros vecinos de ultramar. El folleto británico se empapa profundamente de las costumbres del pais; es áspero, agresivo, grosero, brutal; no conoce la sonrisa, sino solo la carcajada; es estrepitoso, incoherente, desordenado, y su cólera tiene cierto olorcillo á alcohol. Llama á las cosas sin perífrasis y por su nombre; hace la caricatura de las personas, y las espone ó en cueros ó grotescamente vestidas á la pública befa; toca la trompeta en torno de ellas y reune á los transeuntes; se quita, en cierto modo, la camisa, se pone en jarras, y con los pelos revueltos, los ojos desencajados, enarbola el puño y boxea: hiere á su adversario en el rostro, en el cuello, en el corazon, en los riñones, le tritura los miembros, le tira al suelo y le patea.

Cobbett solia dictar sus folletos. El folleto dictado, que declaro imposible con una lengua tan trabajada, tan correcta, tan severa como la nuestra, se aviene mejor con las negligencias y la llaneza de la lengua inglesa: el folleto dictado compensa la pureza y la correccion del estilo con la abundancia, la inspiracion, el fuego; coge su argumento al rebote; nunca se retrasa ni un cuarto de hora; es el arma del dia para el combate del dia; se mezcla al suceso, se pega á la prensa, y no se aparta de ellos ni un punto; exalta á la muchedumbre; la apasiona, la embriaga, es menos duradero que el folleto elaborado, pero mas eficaz; raciocina menos, pero persuade mas y mejor; se lee mas pronto; imita mejor el desorden, los gritos, los arranques, las repeticiones, las intermitencias de la pasion.

Cobbett empleaba las formas del estilo epistolar, porque sabia muy bien que solo se hace popular lo que es natural; esta forma ademas se adecuaba mejor á la variedad y á la inagotable facundia de su pluma.

Hay en los folletos de Cobbett una excentricidad de costumbres, de estilo, de figuras, de burlas que los haria incomprensibles é intolerables para los otros pueblos; pero por lo mismo gustan mas al pueblo inglés.

Cobbett estaba lleno de su personalidad, de su *yo* como todos los hombres que viven apartados de los demas, que han bebido hasta hartarse en la copa de la popularidad, que han trabajado con afan sobre

sí mismos, y que de sí mismos tambien se han hecho su propio centro, y, en cierto modo, su único ídolo.

Primeramente *tory*, luego *radical*, siempre enérgico en sus odios, siempre apasionado en sus convicciones; condenado, perseguido, herido en su persona y en sus bienes, forzado á espatriarse, bamboleado sin cesar por los vientos contrarios entre la próspera y la adversa fortuna, se sirvió del folleto como de un arma terrible.

Apoyado en las enormes masas del pueblo, luchó contra una aristocrácia arraigada en el suelo, altanera é inteligente, codiciosa y sufrida, dueña del territorio y de los capitales, del ejército, del ministerio y del parlamento.

Agrónomo, militar, gramático, periodista, moralista, publicista, escritor, fundó un periódico que tuvo cien mil suscritores; ahora bien, en cualquier pais del mundo, un periódico con cien mil suscritores es un gran poder, y Cobbett tuvo este poder.

Era Cobbett un vigoroso aborrecedor de hombres: en la fogosa esplosion de sus sarcasmos, no perdonaba ni á sus adversarios ni á sus propios amigos.

Tenaz, estrafalario, amargo, injusto, cínico hasta el ultrage, sin compasion y casi feroz con sus enemigos vencidos, á quienes zurraba y pateaba cuando los tenia postrados en el suelo, hasta arrancarles el último suspiro, ni daba cuartel ni lo pedia:—libelista brutal y como los necesita aquel pueblo taciturno, cuyas opiniones son tanto mas absolutas cuanto no las comunica, y cuyas iras son tanto mas profundas cuanto están mas comprimidas.

Aquel gran folletista interpolaba con su polémica moralidades filosóficas y revelaciones sobre el corazon humano, retratos, sátiras personales, anécdotas del dia, pláticas familiares, comparaciones y pinturas animadas de la vida campestre. Solo en estos contrastes tan *picantes* é imprevistos, y en los impetuosos arranques de su ingenio, debe buscarse el secreto de sus triunfos y de su popularidad.

Debíamos el homenage de un recuerdo á aquel hombre que atacó tan denodadamente el orgullo y las preocupaciones de la oligarquía, las acumulaciones de empleos y las prebendas, la monstruosa opulencia del clero anglicano, la bárbara flagelacion del soldado, y tantos otros abusos, y que amó y defendió la causa sagrada de la reforma, y la causa no menos sagrada de la libertad francesa.

VII.

ENRIQUE FONFREDE.

Todavia es mas brusco el salto de Cobbett á Enrique Fonfrède, que de M. de Chateaubriand á Cobbett.

Entre ambos media toda la distancia del nebuloso cielo de Inglaterra al espléndido firmamento de los Pirineos.

Desde que murió Armando Carrel, no conozco polemista comparable con Enrique Fonfrède.

Voy á juzgarle como si no fuera su contemporáneo, y como si no hubiera sido mi enemigo, aunque yo no lo era suyo seguramente.

Sus buenas prendas eran suyas, y sus defectos eran de su pais. Enrique Fonfrède era un hombre del mediodia, una de esas naturalezas de fuego que lanzan la espuma de su hervor hasta los bordes del vaso, despues de lo cual se desvanece y cae.

Cosa singular! En un abrir y cerrar de ojos, toda la poblacion de esas ciudades meridionales se levanta, se desparrama, le rodea á uno y le sigue con aclamaciones de amor y júbilo, y luego cuando uno cree que le van rodeando y sigue adelante, ya se han retirado con tambores y trompetas.

Los hombres del Mediodia no andan, corren; no meditan, improvisan; no entonan su oracion, la precipitan; siempre están impacientes por concluir como por empezar, por llegar como por partir. Su genio gusta de la prontitud, del ruido, del brillo; nunca deja la region de las tempestades.

Exagerados en todo, dirán de un hombre, si tiene poco seso, que es insensato; si tiene poco talento, que es estúpido; si tiene algun talento, que es un genio; si es valiente, que es un héroe; si ha cometido algun pecado venial, que es preciso condenarle á las llamas eternas. Para ellos, todo es infierno ó gloria; no admiten el purgatorio.

No debe por consiguiente tomarse muy al pie de la letra el arrebato de sus clamores y de su lengua, porque esa es su elocucion ordinaria; y mas malicia suele haber en un Normando que nos dice una amabilidad, que en un Gascon que nos lanza una injuria. El primero no nos pincha

mas que con un alfiler, pero hace sangre y queda la señal; el segundo hierve de pura cólera y nos echa sus espumarajos á la cara, pero basta limpiarse con un pañuelo para que no quede nada.

Todo, en los meridionales, está en relieve, en salida, en juego: la mirada, el ademan, la palabra, hasta el estilo. Fonfrède no sabia escribir, ó mas bien no escribia con el Diccionario de la Academia; inventaba, creaba los términos de que tenia necesidad, sin curarse en lo mas mínimo de su neologismo. ¿No era por ventura folletista? y ¿qué es el folleto mas que un combate, un combate vivo, precipitado, decisivo, pie contra pie, pecho contra pecho, sin tregua ni misericordia? Los dos atletas se miden con la vista, se acercan, se agarran á brazo partido, forcejean, se sacuden, se tumban. Mirad á ese folletista del Mediodia, á ese impetuoso gladiador lanzarse á la arena y asir por el cuello á su adversario! Con tal que le derribe á sus pies ¿qué le importa el cómo? Mal hora para las reglas de la esgrima y del pugilado! es preciso vencer ó morir, al instante, vencer con cualesquiera armas!

¿Tenia tiempo acaso Fonfrède para coordinar un plan? Nada de eso; le concebia, le devanaba, le tejia á escape, se exaltaba con su idea, la ahondaba, la agotaba; nada se le importaba que la peroracion no correspondiese al exordio, que su discurso cojease, y que sus paradojas matasen la verdad. Su pluma volaba sobre el papel, y su pensamiento iba aun mas rápido que su pluma. Tenia demasiada prisa para volverse, era preciso que llegase, y llegaba! Poco gusto en el estilo, poco órden en el plan, poca solidez en la argumentacion, poca seguridad en los principios, tales son los defectos de Fonfrède; grandes son, y todavia tiene otros; pero este publicista tiene un lenguaje tan original, una facundia tan inagotable, una especie de inspiracion y un no sé qué de tan imprevisto, de tan seductor en su manera de escribir, que cualquiera le reconoceria entre mil; y ¿no es este el signo de los hombres superiores?

Fonfrède no se curaba ni de las precauciones oratorias, ni de los miramientos con las personas, ni de las gerarquías, ni de las dignidades, ni de las reputaciones. Para él, nada era demasiado alto, ni nada demasiado bajo; nada era sagrado, nada profano: disparaba á diestro y siniestro como un borracho que, con su garrote, se abriese paso por entre el gentío. Se replegaba, se enlazaba al rededor de su adversario; le acosaba, le impelía, le cercaba, le retorcía, le ahogaba entre los mil nudos de su dialéctica, y le forzaba á gritar, á suplicar, á implorar perdon.

Fonfrède amaba con esceso la autoridad por miedo á la anarquía, como otros aman con esceso la libertad por miedo al despotismo.

Fonfrède era mas bien polemista que publicista. Tenia demasiada im-

petuosidad y le faltaba aliento; toda la fuerza de su espíritu se le iba en el primer arranque; por eso era poco idóneo para componer un libro sábio, un libro muy trabajado, pero en cambio agotaba en un solo artículo el fondo de una cuestion que otro no hubiera logrado desentrañar en un tomo en folio. No le habia formado Dios para hojear con paciencia los librotes de una biblioteca, para meditar en el fondo de un despacho, sino para la pelea. Audaz luchador, cubierto con sus brillantes armas ¡cuán hermoso estaba en un dia de batalla!

Fonfrède agrupaba en su polémica con un arte tanto mas maravilloso, cuanto parecia mas natural, todas las pruebas directas, todas las inducciones analógicas, todas las citas históricas, judiciales ó legistivas de su argumento, y con ellas abrumaba á sus adversarios sin darles un punto de respiro, sin compasion, sin tregua, sin cuartel.

Fonfrède llevaba en sus manos un prisma de mil facetas, y este prisma, á los rayos del sol del Mediodia, reflejaba irresistibles resplandores. Descubria, desnudaba una situacion ó una reputacion desde la cabeza hasta los pies; de un zarpazo de su garra de leon, despojaba de sus dorados relumbrones de etiqueta y ponia en cueros vivos á esos reyes de un dia, á esos soberbios ministros que truenan en su banco parlamentario; y cuando los habia atado á sus cordelillos, los llamaba hácia sí y se los enseñaba al público por el agujero de Polichinela.

Temerario en sus tésis, era inexorable en sus consecuencias. Estigmatizaba lo presente con un amargo sarcasmo, y hacia sobre lo futuro pasmosos vaticinios.

Su imaginacion tan vivaz, tan pintoresca, tan osada, le arrastraba con frecuencia, á pesar suyo, mas allá de la verdad, segun la costumbre de casi todos los hombres de su pais. Se apasionaba y alborotaba como ellos se apasionan y alborotan, y escribia como ellos hablan.

Estaba sujeto á arrepentimientos como suelen los hombres inconsecuentes que no tienen principios, ó que los han tenido opuestos, ó que tienen todavia muchos á la vez, y á quienes su imaginacion, semejante al indómito caballo de Mazeppa, trabaja y arrastra sin tregua de uno á otro horizonte, por valles, breñas, senderos y malezas.

Asi, quería una monarquía elegida, sin la condicion de esta monarquía, que es la eleccion. Quería una monarquía no elegida, sin la condicion de esta monarquía que es la legitimidad; quería un gobierno personal, sin la condicion de este gobierno, que es el despotismo; quería la libertad, sin la condicion de la libertad, que es la soberanía del pueblo; quería un parlamento sin la condicion del parlamento, que es la independencia; quería la felicidad del pueblo, sin la condicion de esa felicidad, que es la economía; de esta suerte flotaba, como un buque que ha

roto sus áncoras, entre dos riberas, eternamente batido por las borrascas de su pensamiento.

Metíase en su rincon, muy acurrucado, muy recogidito en sí mismo y como para guarecerse de la anarquía. ¿Era por ventura legitimista Fonfrède? Nada de eso. ¿Radical? Menos. ¿Y parlamentario? Que disparate! ¿Y constitucional? ¡Cá! ¿Y liberal? eso fué allá en otros tiempos. ¿Y absolutista? si señor, absolutista neto, decidido, sin condiciones y sin límites, absolutista absoluto. Ahora bien: ¿por qué es absolutista? ¿Segun la Carta, y cómo? ¿Sin la Carta, y de qué manera? ¿Absolutista con quién? ¿Con Enrique V? No. ¿Con Luis Felipe? ¡Pues ya! ¿Pues con quién? ¿Con Dios tal vez? porque, segun Fonfrède, la monarquía personal procedía por línea recta de Dios. Pero ¿qué cosa no procede de Dios? ¿Por ventura la República, la Heptarquia, la Monarquía constitucional, la Oligarquía y todas las formas existentes de gobierno no pueden blasonar cada una á su vez, lo mismo que Enrique Fonfrède y su forma, de su providencial y celeste orígen? y ¿á qué se reduciría entonces ese famoso argumento de Fonfrède, ese argumento del derecho divino llevado al estremo, á lo escesivo, á lo absurdo?

Verdaderamente siento no poder dar á esa fisonomía algunas pinceladas mas, pues merecia una pintura muy acabada. Creo que hubiera hecho de Enrique Fonfrède un estudio original, un buen cuadro; pero el tiempo, el espacio, todo me falta.

Acabemos pues; pero séame lícito decir antes de acabar, que Enrique Fonfrède fué, ¡cosa rara aun en Burdeos! adorador y no cortesano del poder; que no se revolcó, como tantos otros, en el fango de la corrupcion, y que aquel hombre de bien, aquel hombre de fé, se mantuvo siempre apartado para conservarse independiente, puro y fuerte.

Creo haber esplicado de dónde provenian la destemplanza de sus paradojas y la estraordinaria violencia de su lenguaje; asi es que no puedo guardar mucho rencor á ese Escita, á ese bárbaro que me arrojó como una presa á las garras y á los dientes de los tigres de Macedonia [1], por haber dicho algun mal del rey Felipe y de su asignacion anual, yo, Timon de Atenas, buen hombre y sin malicia alguna, y que ni siquiera me he enfadado de lo que van VV. á leer, á pesar de no ser cosa muy floja.

«Declaro, que uno de los mayores crímenes políticos que se han cometido jamás contra la existencia del pueblo, contra la prosperidad del »pueblo, y contra la subsistencia del pueblo, son las cartas de Timon so-

1 Por espacio de un mes, y todas las mañanas, Fonfrède pidió en su periódico bordelés que se formase causa á Timon.—*N. del Autor.*

»bre la lista civil y las asignaciones hechas al rey Felipe. Con ellas ha »sembrado en los hogares del pobre pueblo mas ruinas, mas miserias, »mas sufrimientos, y mas hambre, que hubieran podido ocasionarle »diez años contínuos de guerras y calamidades. A falta de justicia huma»na, por haberle permitido llevar á cabo impunemente semejante obra de »iniquidad, yo le predigo que algun dia se despertará en su alma un »gran remordimiento de su estravío, y deplorará con amargura todo el »mal que ha causado.

»Firmado y rubricado, FONFREDE.»

Y yo, lector, juro por Júpiter que me hubiera sido muy fácil afilar mi bien templada hoja, dar una estocada á ese Escita, á ese bárbaro, y volverle herida por herida!

Pero nosotros los Griegos Atenienses, aunque llevamos la sal en los labios, no tenemos hiel en el corazon, y pongo á Minerva por testigo de que si Enrique Fonfrède hubiese venido á anclar en el Pireo, yo mismo le hubiera salido al encuentro, y llevándole de la mano le habria conducido á oir al divino Platon en la umbría de la Academia; hubiérale servido en su cena un plato abundante de nuestra esquisita miel del monte Himeto, y despues de coronarle de flores le hubiera plantado en los confines de la República.

VIII.

LAMENNAIS.

¿Qué diré yo de M. de Lamennais, como folletista? De Lamennais, uno de los mas profundos pensadores de nuestro siglo, el mas ilustre eclesiástico de la cristiandad? Qué constancia en el trabajo! qué estension de conocimientos! qué fecundidad de imaginacion! qué fuerza de razon! Qué filósofo! qué dialéctico! qué poeta! qué prosador!

Cuán admirablemente maneja el folleto religioso, ese folleto que patentiza el hombre al hombre, que enternece nuestra naturaleza rebelde para subyugarla mas fácilmente, y hace vibrar todas las cuerdas de nuestra alma! Lamennais ama al pueblo con la sencillez propia de toda mente elevada. Le ama con corazon y fé de cristiano. Si le recuer-

da sus derechos, tambien le enseña sus deberes. Si le humilla con el cuadro de sus llagas y miserias, tambien le hace exultar al simpático acento de la fraternidad. Si le hace llorar de compasion sobre sí mismo, tambien le enciende en amor y ternura para con sus semejantes. Si, como todo corazon noble, le dice que deteste con sus entrañas la tiranía, no por eso deja de exhortarle á sobrellevar con paciencia la dura servidumbre. Por último, si lleva la mano á sus cadenas para aliviarle de su peso, tambien despliega ante sus ojos atónitos celestiales horizontes coronados de luz y flores, morada de abundancia y de bienaventuranza eterna.

Jamás escritor alguno, desde Bossuet acá, habló con mas animado y sublime lenguaje. El es quizá el único que conserva hoy dia los periodos, la armonía, las imágines, las divisiones y el estilo grandioso de la literatura. No reviste sus conceptos con falsos oropeles: no emplea palabras nuevas, ni locuciones estrañas y desusadas. El lenguaje comun es siempre suficiente para su genio, ya cante con voz profética los himnos del pueblo en las *Palabras de un Creyente*; ya nos revele en su *Bosquejo de una Filosofía* los misterios de la Creacion y de la inteligencia humana; ya nos pinte en sus *Negocios de Roma* con tonos vívidos y puros las hermosas campiñas de Italia; ya por fin, armado de una lógica pujante y despiadada, acometa en sus folletos al enemigo á quien se propone derribar.

Pero bien se concibe que á M. de Lamennais no le cuadre por completo el folleto político, en el cual hay que plegarse y amoldarse á cierto modo vulgar de combatir contra sistemas gastados y ministros trashumantes. No fué él nacido para andar rastreando con esas alas sublimes que naturalmente le levantan al cielo, y le arrebatan hácia las encumbradas regiones de Dios y de la eternidad.

CAPITULO III.

TEORÍA DEL FOLLETO.

El Folleto tiene su arte como el Discurso.

El orador habla con los diputados, el publicista con los estadistas, el Periódico con sus suscritores, y el Folleto con todos los ciudadanos.

Pronúnciase en un Congreso el Discurso parlamentario ante un auditorio misto de aristocrácia y vulgo. Allí, con uniforme de Embajador ó de Par, con sus atavíos de marquesa, y con sus guantes amarillos y sus gemelos, se instala la aristocracia en su tribuna con gesto de bondadosa complacencia como si ocupara un palco de proscenio. Al mismo tiempo, el vulgo ocioso, que desde muy temprano está esperando al raso, sacudiéndose la lluvia y la escarcha á la entrada del vestíbulo del Palacio-Borbon, se amontona en las puertas, se empuja, se atropella, se codea, se precipita adentro, llena en tropel los corredores, y asoma como colgado en el último piso. Pero allí la gente rebosa, y el salon, estrecho para ella, aparece como una susurrante corona de cabezas plebeyas.

El Folleto, por el contrario, tiene por auditorio á un pueblo entero, á un pueblo inmenso de trabajadores que emplean la razon, el ingenio y las manos.

Donde el libro no llega suele llegar el periódico; donde no llega el periódico suele circular el Folleto. El Folleto corre y se difunde; sube la escalinata palatina; gatea hasta los tejados por la escalera de la guardilla; entra sin tropezar por la humilde puerta de la cabaña y de la mugrienta choza: en todas partes se le encuentra, en los tenduchos, en los talleres, en el césped de los jardines, en los fogones, en los veladores, en los banquillos. Todos lo leen: los soldados, los paisanos, los ricos, los pobres, los señores, los artesanos, los eruditos é iliteratos, viejos y jóvenes, hombres y mujeres de toda opinion y estado, todos se lo pasan de mano en mano y lo devoran. En menos de una semana, hojeado, rasgado, ennegrecido, manchado, roto, agujereado con el roce de miles de dedos pulgares, completa él, como buen artesano fiel á su gremio [1], la vuelta entera de la Francia.

*

Para calarse el capacete de folletista no se necesita ser precisamente hijo de familia ó mayor de edad, ni echarse al coleto botellas de Champagne y comer en una elegante fonda; ni tener que presentar título de maestro en artes ó doctor en derecho; ni haber acompañado al estrado á ningun señor fiscal; ni vivir en casa propia; ni pagar contribucion territorial ó mobiliaria; ni derecho fijo ó proporcional; ni cien escudos de impuesto; ni un solo escudo; ni cinco céntimos siquiera. Basta ser propietario de una pluma de acero ó de ganso, pero bien afilada de punta, y tener diez francos para comprar una resma de papel, con otros treinta para costear un pliego de impresion. ¿Por qué, pues, no se

1 *Il fait comme un bon ouvrier son tour de France.* Alude á la costumbre ya tradicional que tienen los artesanos en Francia de reunirse en una especie de confraternidad ó gremio para protegerse mútuamente, antes de recibir el título de maestros en su oficio. Los artesanos filiados de este modo por el estilo de las antiguas compañías de albañiles (*franc-maçons*), van de una en otra provincia cuando les falta el trabajo, recurriendo á la proteccion de sus cofrades, y estos siempre les proporcionan ocupacion. En la novela de J. Sand titulada, *les Compagnons du tour de France*, se dá la mas completa idea de la admirable constitucion de esa especie de franmasonería tan útil como antigua.—*N. del T.*

advierte mayor entusiasmo para lanzarse hácia una senda que tan rápidamente conduce, si no á la fortuna, á la celebridad cuando menos? Pero bien conocerás, lector amigo, que no me corresponde á mí decirte el porqué; prefiero, si estás reñido con tu reposo, que te proporciones tú mismo el placer de adivinarlo; y ya puedes echarte á discurrir.

*

Suele preguntarse en qué consiste la universalidad de la lengua francesa. Consiste en su claridad. No hay cosa mas universal que la luz.

El Folleto entre los Modernos es eminentemente francés; entre los Griegos era eminentemente ateniense.

El Folleto si pretende agradar, debe tener riqueza en su colorido, llaneza en su atavío, brillantez en su claridad, exactitud en sus cálculos, osadía en sus raciocinios, variedad en su tono; y no hay duda alguna de que lo pretende, puesto que es Francés. Habla á cada cual en su lenguaje, porque posee muchas clases de lenguaje. Arguye con el lógico; demuestra con el matemático; con el publicista enseña; con el poeta canta, y platica con el pueblo.

Siendo el pueblo francés de suyo imaginativo, exije que, sin ocultársela enteramente, se le disfrace á veces la verdad bajo el velo de alguna sutil alegoría; que la argumentacion esqueletada y desabrida del lógico se revista de carnes y se anime, y que tome el fuego y el color de la poesía.

Como amante de la dialéctica, quiere el Francés otras veces que se le muestre la verdad enteramente desnuda, sin ambages de palabras, sin mas tegido que el del raciocinio, y se incomoda si se le hacen falsos silogismos, y lo dice como lo siente.

Como es el Francés rápido de comprension, y concluye las frases apenas otro las empieza, y saca al punto la consecuencia, es preciso á veces no decirle mas que la mitad de las cosas, y dejarle el placer de decir el resto.

Como el Francés es jovial, vivo, ardiente é impetuoso, le gusta que marche uno á saltos, que se precipite, que se mezcle á sus pasiones, que se arroje en medio de sus iras, que celebre sus alegrias, que entone himnos á la gloria y á la libertad, y que lance con él imprecaciones contra los tiranos.

Todas estas cosas reune en su carácter el Francés, y debe reunirlas tambien, con su mezcla de luz y sombras, de arte y de descuido, de razon y de pasion, de formal y de picaresco, de estro y de frialdad, de

lógico y de figurado, de accesos resueltos y de conclusiones bruscas é imprevistas, de apóstrofe y epílogo, el Folleto que para él se escriba. El Folleto pues deberá ser sucesivamente serio, burlon, positivo, alegórico, sencillo, figurado, agresivo y defensivo, y en todos sus puntos ajustado á la índole de nuestra nacion, la cual no gusta ni de lo oscuro, ni de lo prolijo, ni de lo pesado, ni de lo dogmático sin pruebas, ni de lo que pretende probar, esplicar, ó decir demasiado.

*

El buen Folletista está constantemente al acecho tras de la mampara del consejo de ministros, y tras la cortina del Congreso; y así que siente cojear un abuso, cae sobre él con las alas desplegadas, le aferra con sus formidables garras, y llevándosele por el espacio le despedaza, y vá sembrando con sus despojos las poblaciones y las campiñas.

Como verdadero Proteo, y leon, y águila, y serpiente, y hacha, y llama, y torrente; devora, y vuela, y se arrastra, y hiende, y abrasa, é inunda.

Traspasa los Alpes, el Rin, los mares; se adelanta al tiempo; llama á juicio á la historia; revuelve los archivos del ministerio y de la corte; ronda de noche, y vá buscando su presa con ojos de lince y garras de buitre. Si topa con esas sanguijuelas que se prenden á los ijares y á los riñones del pueblo, derrama sobre ellas sal á puñados para que se desangren. Si algun encumbrado personage se desliza á favor de las tinieblas por junto á las tapias del Tesoro, y ceba en él sus bolsillos, se le pone delante con su farol, junta testigos, y le obliga á soltar el robo. Si vé amontonarse los abusos y rodar á su alrededor, como esas formidables columnas de arena que se levantan en los desiertos de la Libia, oscureciendo el sol y borrando el rastro del camino, toma su pala y azadon, y lo deja limpio y barrido. El Folletista no sacrifica al Moloch de la corte, y solo pone por ofrenda en las aras del Dios vivo algunos granos de incienso puro. A nadie manda; á nadie obedece. No lleva uniforme, ni placas esmaltadas, ni cintas de aguas. No entiende de cosas secretas ni de conciliábulos; júntase consigo mismo. Como soldado de la prensa militante, no tiene mas oficio, ni mas deber, ni mas vida que combatir sin descanso!

Poco le importa ser dragon, ó granadero, ó cazador, ó artillero, ó gastador, capitan ó cabo, ni ir á la cabeza ó al flanco, ni batirse bajo tal ó cual colgajo, con tal que quede vencedor! Sable, mosquete, lanza, todo le es igual para andar á balazos y á cuchilladas.

Por lo demas, como buen voluntario, entra y sale en su tienda á su placer. Elije el terreno, el arma, la hora de sus escaramuzas; tan pronto se lanza á la refriega, como dispara el cañonazo de alarma: tan pronto ronda vigilante el campamento para poner alerta á los centinelas dormidos, como se coloca á retaguardia de la division para azuzar á los perezosos y rehacios con la punta de su bayoneta.

Escribe sobre la rodilla, á la luz del vivac, con un palo ó con un tizon; y sus hojas volantes, impregnadas de azufre y de salitre, estallan de repente y llueven sobre los batallones enemigos, sembrando en ellos el destrozo y el espanto.

Tal vez se le ocurrirá el capricho de batirse solo, como escaramuceador fuera de las filas. No desperdicia pólvora y balas en acribillar á soldados rasos; apunta siempre á la cabeza de los generales, y no marra tiro.

Otra vez se emboscará en las avenidas del Palacio Borbon, y armado como Sanson con una quijada de jumento, se divertirá en derribar á sus pies á unos trescientos Filisteos; ó bien arrancará con sus robustos hombros las columnas del templo, y aplastará bajo su desquiciada mole á los ministros con sus proyectos, aunque tenga él que perecer entre los escombros!

Mientras el orador se fatiga y se estravía en el laberinto de sus propios exordios, el folletista parte recto como una flecha, tiende el ala, sigue adelante, y llega á su fin.

*

El Folletista puede decir todo cuanto dice el orador; pero el orador no puede decir, ni con mucho, tanto como el Folletista. No reconoce este límites como el orador, ni en el asunto, ni en los circunloquios, ni en un auditorio que le mira, le escucha y le juzga; ni en el despotismo de los partidos, ni en los convenios de los consocios, ni en los caprichos de la opinion, ni en las preocupaciones razonadas de los suscritores, como el periodista; ni como el publicista en la solemnidad del tono y en la gravedad de la materia.

No está obligado, bajo multa, á emparedar su indignacion en una hoja de cuatro decímetros de largo, y seis y medio de ancho, y del sello de cinco céntimos [1].

1 Ningun periódico puede correr en Francia sin llevarlo antes al sello real; esta formalidad produce sus derechos determinados, que se calculan á 5 céntimos por pliego.—*N. del T.*

No tiene precision de porrear y fastidiar á sus lectores repitiéndoles lo que ya veinte veces se les ha repetido, ni hablar con los espectadores solo porque se levantó el telon, y se anunció su nombre en el cartel, y porque es absolutamente preciso que hable, aunque nada tenga que decir.

*

Duerme si se le antoja hasta medio dia, ó se levanta antes que cante el gallo. Echase á volar, ya desde la llanura, ya desde la alta roca, y cruza por encima de toda senda trillada. Llégase á los abusos, no con cortés saludo, sino asiéndolos de los cabezones y estirándoles las orejas, y les dice arrancándoles la máscara: bien te conozco, pillo!

*

El Folleto es la artillería volante de la Prensa; al girar sobre sus ejes de bronce, truena como una batería haciendo retemblar los cimientos de las ciudades, y su estampido se propaga de eco en eco por las gargantas de los valles y los topes de las montañas.

Ya vuela al ras de la tierra apagándose en el humo, ya serpentea en los aires como manga de cohetes, é iluminando con sus resplandores el cielo, la tierra y el agua.

Unas veces el pueblo le arroja con desprecio; otras le comunica, con solo tocarle, su aliento y forma de gigante, su voz de trueno, y el misterioso ímpetu de su fuerza y de su universalidad.

Los publicistas y los oradores soplan en sus flautillas para armar á su alrededor todo el ruido y alharaca que pueden. Pero solo al Folletista confia su trompeta la Fama, permitiéndole henchirla con el aliento poderoso del pueblo por sus trescintas mil embocaduras.

*

El Folletista logra á veces la ventaja de ser el hombre mas conocido en la corte, aunque ella no le haya nunca visto, y de conocerla mejor que otro alguno, aunque jamás haya puesto en ella los pies. Aborrécesele allí hasta llamarle malvado; pero tambien allí se le estima hasta el punto de no atreverse á sobornarle. Tiene él en efecto sus razones de de-

licadeza para no admitir oro; tiene sus razones de independencia para no querer servir á ninguno; tiene ademas sus razones de lógica para declarar guerra abierta á los sofismas, y sus razones de sinceridad para no faltar á la verdad nunca, siempre que su deber le llame á decirla y proclamarla con voz firme. Siendo esto así, no hay mas remedio que tratar con el Folletista como con una potencia, cuando llevado en brazos de cien periódicos se adelanta imperturbable, confiado en la propia y en la agena fuerza. Y ¿no habrá algun medio para conjurar estas tempestades desconocidas, cuyo soplo bramador amaga derribar los torreones del despotismo? ¿No habrá arte ó maña, ya que no sea posible domesticar á esos terribles Folletistas, para romperles al menos entre sus dedos su acerada pluma? Lo mas espedito sería matarlos; pero en mi concepto mejor fuera todavía gobernar como se debe, segun los intereses del pais.

Si el Folletista consigue, como suele decirse, matar dos pájaros de un tiro, y derribar á un mismo tiempo una mala ley y un mal ministerio, lo que sucederá es, que el ministro saliente le volverá la espalda, cosa muy natural, y el ministro entrante ni siquiera le dará las gracias por cortesía. Porque se imagina que todo lo debe á haberse dignado presentarse con su cartera bajo el brazo, y decir su nombre al portero. ¡Ah fátuo!

*

El poder del Discurso parlamentario está en la unidad de su plan y de su lenguaje. El poder del Folleto está en la variedad de su tono y en la elasticidad de sus formas.

El Discurso parlamentario tiene sus arranques por intervalos, y se asemeja al torrente de la montaña que se hincha, salta, se remolina, y estrella sus espumas contra las rocas de su escarpada orilla, y al cabo pasa.

La Prensa habla todas las mañanas, y es semejante á la gotera que cae, y vuelve á caer, y está sin cesar cayendo; y labra, y desgasta, y taladra por fin el pórfido mas duro.

¡Vean VV. lo que es la Prensa!—Tú, miembro del parlamento, representante de Brives ó de Landernau, individuo de la comision de presupuestos, trabajas el dia entero, y te pasas la noche en claro para estender un luminoso, concienzudo y estenso informe, que ningun periódico reproduce, y que apenas ningun diputado lee. Yo, que quiero favorecerte, tomo de tu informe un dato, un dato cualquiera, una notita

arrinconada al pie de una de tus cien páginas : la hago insertar en un periódico ; los diarios de París y de las provincias la copian, y héte ya que tu dato y tu nombre empiezan á correr y á propagarse por toda la Francia. ¿ Qué es pues la Cámara, qué son los trabajos legislativos, qué los oradores sin la Prensa? Nosotros sacamos los brillantes de su estuche, nos los ponemos en los dedos, y entonces empiezan á lucir.

*

Si el Folleto está al alcance de todos es porque habla como todos. Si apoya con números sus raciocinios, es porque tiene que habérselas con gentes que prefieren á toda prueba el ver muchos ceros en hilera.

Si se esfuerza en probar la exactitud de sus números, es porque otros tienen cierto arte, diverso del suyo, para aglomerar cantidades, y demostrar muy matemáticamente que dos y dos son cinco.

Si usa de dibujos y colores, es porque el pueblo gusta de figuras, y porque lo que bien comprende el filósofo por medio de argumentos, solo lo comprende el pueblo por medio de imágenes.

Si se muestra conciso, es porque este es el único medio de decirlo todo á los que no tienen tiempo de oir mucho.

Si afecta malignidad irónica, es porque el pueblo francés es el mas racionalmente ingenioso de todos los pueblos, y porque en Francia todos tienen ingenio, escepto los tontos, — y en Francia no hay tontos.

Si es atrevido, es porque se vé precisado á echar al abuso la mano al cuello, á sacudirle, á agarrotarle, y á hacerle vomitar hasta los bofes.

Finalmente, sino deja nada que decir despues que él ha hablado, es porque hablaría mal si no lo digera todo.

*

El Discurso cubre la verdad con pomposa vestidura, y le pone en la cabeza flores y diamantes. El Folleto la presenta á nuestros ojos enteramente desnuda.

El uno barbota plegarias y hace hermosas oraciones al borde del pozo donde la verdad se ahoga. El otro baja á él y la saca afuera.

El Discurso produce su efecto en los diputados; el Folleto en la opinion, la cual influye en los diputados mismos. Cada cual tiene su accion, igualmente decisiva : directa el uno, indirecta el otro.

*

El Folletista y el Orador son dos amigos regañones que disputan y se encelan, pero que no pueden menos de vivir juntos. Moriria el uno de la herida que matáse al otro, y perecerian juntos; hasta tal punto son indivisibles la Tribuna y la Prensa, órganos vivos de todo gobierno libre.

Las abejas de la Tribuna hacen su miel con los jugos que las abejas de la Prensa van amontonando entre las flores.

Son la Tribuna y la Prensa rivales eternas, hermanas inseparables, nacidas, despues de un parto trabajoso, de las entrañas de la Revolucion; son dos gemelas hijas de la misma madre, dos rayos de una misma luz, dos brotones de un mismo tronco, dos cañones de un mismo órgano, dos cuerdas de una misma lira, dos flechas de una misma aljaba, dos ramos de la soberanía, dos acentos de la gran voz, y dos suspiros de la grande alma del pueblo!

*

Resumamos:

Para que dure el Folleto mas de un dia, para que se repita de eco en eco, es preciso que agrade á todos, sin parecerse sin embargo á ninguno; que sea incisivo sin injuria, familiar sin trivialidad, original sin estravagancia, natural y lleno de arte á un tiempo mismo, fácil y trabajado; escrito para la Academia, leido por el pueblo.

Pero no debe estar siempre parloteando, y repitiendo sin cesar los mismos estribillos á nuestros frívolos Atenienses: porque pudieran cansarse de estar oyendo todas las noches el arrullo de Filomena bajo los sauces del Iliso, ó de estar viendo á la preciosa ave de Juno hacer su rueda matizada de esmeralda, zafiro y oro.

Tampoco conviene que despues de acabadas las batallas de la Prensa y de la Tribuna, se llene el Folletista de viento, y se atribuya personalmente todo el honor de la victoria. Porque siendo el mero reflejo de la opinion pública, el órgano de sus sentimientos, el lápiz de su mano, la bocina de su voluntad, y nada mas, debe contentarse con el honor que de su condicion le resulta. Pero todo el que escribe, todo el que habla, se pone, por un exagerado amor de sí mismo, muy encima de los demas hombres; y el orgullo del pensamiento sobrepuja con mucho al mismo

orgullo del poder. Nos persuadimos de que nuestra voz es una espada, y nuestra pluma nada menos que un cetro. Nos imaginamos que las cosas de la sociedad no podrian subsistir si no nos dignáramos entender en ellas, y, mas ambiciosos que cualquier rey constitucional, tenemos la pretension de reinar y gobernar á un tiempo. Por veinticinco ediciones de un opusculillo [1], que, segun la ley comun de toda reaccion humana, cuanto mas ruido haga mas pronto morirá en el olvido, perdemos el seso y nos hinchamos como grajos; y á fé que no conozco yo nada mas vano que un folletista, á no ser un orador.

Mas el Orador siembra en buen terreno, y bien abonado; en terreno de presupuesto.

El Folletista se clava y se ensangrienta las manos en los abrojos del camino; y esa suele ser toda su cosecha.

El Discurso conduce á obtener honores, hacienda, academias, embajadas, magistraturas y ministerio.

El Folleto conduce á los desprecios y rechifla de la gente mofadora, al encono furioso y pestífero de los cortesanos, á una reputacion contrastada y amarga, al tribunal criminal y á la cárcel, al hospital ó á quedar asesinado á la vuelta de una esquina, y á los caprichos de la popularidad mas repentinos, mas violentos, mas variables que las veletas de nuestros tejados, mas agitados que las tormentosas ondas del Océano cuando la tempestad revuelve sus profundos senos.

Pero ¡qué importa! Si tal es tu destino, Folletista, sigue impávido y no te detengas! Hay una cosa superior á todas las recompensas y á todos los sacrificios: y es la verdad!

1 V. gr. *Cartas de Timon sobre la lista civil.*

CAPITULO IV.

DE LA ELOCUENCIA DEL PULPITO.

Apenas hay punto de contacto entre la Elocuencia sagrada y la Elocuencia profana. Pudiera en rigor decirse que en todo son distintas: en la persona, en el lugar, en el asunto, en el auditorio.

El Orador recibe su mision de su talento; el Predicador de su carácter.

El uno, á los ojos de los partidos, es muchas veces menos que un hombre; el otro, á los ojos de todos los fieles, es mas que un hombre.

Siendo el uno diputado, habla cuando puede; siendo el otro eclesiástico, habla cuando quiere. Nadie pregunta si el Predicador es jóven ó viejo, si tiene el cabello largo ó ensortijado, si anda derecho ó corcobado, si tiene el gesto noble ó vulgar, ni tampoco si su voz sonora y acentuada llena agradablemente el oido. El oyente del templo no hace nunca estas observaciones mundanas. Sus pensamientos están en otra parte.

El Predicador habla en nombre de Dios; el Orador en su propio nombre. Por eso, mientras el Predicador se esconde y anonada lleno de respeto bajo la tremenda majestad del santuario, el Orador se pavonea en la tribuna, se estira, y se pone espancido en toda la magnitud del ente humano.

El Predicador dobla la rodilla y se postra bajo la mano de Dios; el Orador levanta la cabeza; se asegura en su propia fuerza, y desafía á sus adversarios con la accion y la mirada.

El Predicador se compara al mas humilde de sus oyentes, á menos todavia, al polvo de los caminos, á la arista seca de los campos, al imperceptible gusanillo. Se golpea compunjido el pecho, se acusa de sus pecados, los confiesa en alta voz, y se arrepiente de ellos.

El Orador se envanece de la constancia de sus opiniones y de la austeridad de su vida; solo se juzga á sí mismo para absolverse; no se pone henchido sino para exaltarse; no hace arder los inciensos del triunfo sino para respirarlos solo y sin rivales, ni desciende de las regiones

de su apoteósis sino para precipitarse al encuentro de los apretones de mano y de los abrazos de sus amigos.

El Predicador habla en el silencio, el Orador en la confusion y el ruido. Aquel, con una voz débil y apagada, se hace oir en la inmensa nave de la iglesia, desde el altar mayor hasta la estremidad del pórtico; este, en un salon ahogado y lleno hasta la cornisa, hiere en vano con las sacudidas de su garganta una atmósfera viciada que todo lo absorbe, y que no trasmite sonido alguno. Entonces grita y se enronquece; ó se le deja de oir, ó se le oye demasiado.

Bossuet, Fléchier, Bourdaloue, Massillon, sin voz apenas, lograban conmover y agitar á un numeroso auditorio de cortesanos y de vulgo, reunido en las espaciosas naves de nuestras catedrales, y le hacian tener el cuello estirado, el oido alerta, la respiracion ahogada, y el corazon y los labios en movimiento murmurando oraciones.

Demóstenes, Ciceron, Mirabeau, O'Connell, Berryer, no hubieran dominado á nuestras tumultuosas asambleas, si á la sensibilidad, á la ciencia, á la vehemencia oratoria y á los dones del genio, no hubiesen reunido la magnitud de los pulmones y los estampidos de una voz poderosa.

El Predicador solo encuentra corazones benévolos; el Orador solo oposiciones tercas y sin oidos.

El Predicador tiene en su favor á todo su auditorio; el Orador suele ser disgustoso á la mitad, á la tercera parte, ó á la cuarta cuando menos, del suyo.

El Predicador los aproxima y une á todos dulcemente unos con otros, impeliendo la masa hácia el individuo, y al individuo hácia la masa; y su triunfo consiste en conciliar é identificar los corazones. El Orador conduce al combate, y á un combate á muerte, á una parte de la asamblea contra la otra parte; y su triunfo es dividirlos á todos, y dejar hundidos á sus adversarios.

El Predicador, acompañado del silencio, sigue pacíficamente el hilo de sus ideas, como un rio magestuoso que estiende su corriente límpida y serena. El Orador vá precipitando su sonoro torrente por entre las rocas de un cauce quebrado, y los diques de sus orillas.

Una concurrencia numerosa de damas ricamente compuestas y ataviadas, y de estranjeros cubiertos de galas y cruces y relumbrones, le dirige con avidez sus gemelos. Esto le obliga á tener que atender á todo, á su declamacion, á sus miradas, á sus actitudes; á las cintas de los zapatos por si se le ha soltado alguna; á las puntas de su corbata para que no presenten una disparidad chocante; á su cabello para que no esté ridículamente erizado; á los pliegues de su toga para que no caigan sin gracia; á sus piernas por si inadvertido se está contó-

neando á lo tonto, ó por si se echa demasiado adelante ó demasiado atrás; á sus brazos para no parecer danzante si los agita con esceso, ni filósofo si los tiene en completa inmovilidad; y por último, tiene que atender á no emitir por su boca un desentonado falsete, ni una voz que se pierda en los sonidos roncos y cavernosos del piporro.

A su espalda se halla el presidente, que se pone á agitar su campanilla en el momento crítico de estar él redondeando los miembros de un periodo, cuando no se le ocurre cortar el vuelo á nuestro orador al punto de lanzarse hácia los confines de un bello y poético desórden, calculado artísticamente para producir efecto. El ugier que está á su lado grita: Silencio, señores! Delante de él sus contrarios de los centros, de la derecha y de la izquierda, golpean en sus pupitres con sus plegaderas de boj, patalean, hablan entre sí, silban, gruñen, murmuran, hacen esclamaciones y le interrumpen. A su misma presencia se le hace la caricatura de su grotesca fisonomía, poniéndole á la vista su perfil rayado en la caoba. Se remeda su acento pesado y su voz aflautada. Se repiten con risas sus palabras, torciendo su sentido. Se le interpela para dejarle apeado en medio de un silogismo. Sus contrarios con el propósito firme y deliberado de no dejarse mover ni convencer por él, se cierran inexorables á todas sus demostraciones, á toda su elocuencia, á todos sus datos. Amenázanle con el puño, le contestan con injurias si llega á decir una verdad notoria, y no le avergüenzan menos sus mismos amigos cuando se les ocurre aplaudirle en el fatal momento en que acaba de escapársele una necedad.

El auditorio del Púlpito se diferencia del auditorio de la Tribuna, tanto como la persona y el lugar.

Compónese aquel auditorio de unos cuantos hombres fervorosos, y de muchísimas mujeres piadosas y resignadas, sencillas de espíritu y corazon, que no osan jamás alzar los ojos; de personas que en el Predicador no ven al hombre sino á un ministro del mismo Dios; que se someten humildemente á su doctrina; que siguen dóciles todos los movimientos que aquel les imprime; que se indignan si él se indigna; que aman lo que les dice que amen; que aborrecen lo que él quiere que aborrezcan; que creen lo que él les manda creer; que se suspenden de su palabra con los fervientes anhelos de la fé; que ahuyentan como una mala tentacion, las sugestiones de la duda y las nubes de sus pensamientos; que tienden con esfuerzo su inteligencia para comprenderle, y se lanzan en seguimiento de sus pisadas, ora se sumerja en la eterna noche de los muertos, ora se remonte á las fuentes del dia y de la luz.

A su voz la conciencia se estremece, un frio mortal circula de vena en vena, el crímen se prosterna, el remordimiento se despierta:

entonces el Predicador, venciendo el cuerpo fuera del Púlpito, abarca todas aquellas almas entre sus manos; las aterra y las tranquiliza; las precipita y las levanta; las vá arrastrando sucesivamente del temor á la esperanza, y de la vida á la muerte; y despues de haberlas agrupado y confundido, las suspende todas, como misteriosos eslabones de esa cadena de oro que une á la tierra con el cielo.

Los temas de elocuencia faltan al orador de Tribuna, la Prensa se los desflora, y las mas de las veces solo le deja un cadáver que engalanar.

Por el contrario, mil sermones sobre un tema moral ó religioso, dejan todavía mucho que decir, tanto es grande el destino del hombre! tanto se estienden los horizontes de la Providencia! tantos espacios cubre el alma humana! tantos recónditos arcanos tiene el corazon! En vez de que, ¿cuál es el tema de paz ó de guerra, de sistema ministerial, de libertad, de contribucion ó de prensa, que no queda agotado despues de dos discursos, y á veces despues de uno solo?

El Predicador habla solo, sin cólegas y sin rivales. El Orador habla antes y despues de otros oradores; tiene que luchar contra la monotonía de las repeticiones, y el cansancio del auditorio, y el agotamiento de los argumentos, y las redes de la insinuacion y los choques de las contradiciones; tiene que improvisar sobre cuantas materias trae á la superficie el calor de los debates, que esplicarse sobre las interpelaciones incidentales, y que replicar á todas las réplicas de su discurso.

A veces, aun antes de que haya desplegado sus labios, ya la asamblea impaciente empieza á bostezar. Si quiere profundizar su argumento, dicen que es prolijo y esclaman: Basta! Basta! Si se estiende libremente en su exordio: Al grano! le dicen. Si se detiene y entra en esplicaciones, todos claman: Adelante! veamos la consecuencia! Si usa un estilo pintoresco: Poeta tenemos! Si arguye: Qué sequedad! Si espone hechos: Razones! razones! Si habla el lenguaje técnico, cada cual pregunta á su vecino: Le entiende V.? Si habla el lenguaje comun: Qué ignorante! Si es vehemente: Qué afectacion! Si es natural: Qué trivialidad! Si es elevado: Qué gerigonza!

Ademas, cada diputado, en su oligarquia parlamentaria, se cree un reyezuelo, y tiene la pretension habitual en los reyes, que consiste principalmente en que se le trate como á rey en quererlo, saberlo y poderlo todo, en mandar y no obedecer, en exijir y que no le exijan, en contradecir á los demas y que nadie le contradiga. Asi es que las asambleas no son nada sufridas; es preciso hacerles la rueda, adularlas de mil maneras antes de ponerles la cabeza debajo del ala; es preciso pasarles suavemente la mano por el lomo antes de deslizarles el tiro por debajo de la epidermis.

El Predicador elije su asunto; le dispone y le azucara, le dá y le quita la sustancia á su arbitrio, le estira, le suspende, le prolonga ó le acaba donde y como quiere; sigue sin freno y sin responsabilidad los caprichos de su fantasía; no camina mas que á su paso, breve ó largo. Si es lógico, demuestra; si es narrador, espone; si es patético conmueve; si es sábio, enseña; si es poeta, canta; no pone mas que una cuerda al arpa de David y su arco no espide mas que un sonido.

El Orador no elije su asunto, tiene que estar pronto sobre todo, pronto á cada instante, al fin, en el medio, al principio de una discusion. Si el auditorio quiere que se le instruya antes de conmoverse, es preciso que el Orador empiece por hablarle el lenguaje de los negocios, que asiente los hechos, que diga la cuestion, que indique la solucion, que repita las cosas, que aclare lo que todavia aparece nebuloso, que disipe las dudas, que complete lo incompleto, que llene los claros, que fije las fechas, y que deje á los ánimos penetrarse, imbuirse de sus enseñanzas, y dirijirse por sí mismos hácia el fin que les ha señalado. Si el auditorio está cansado de prestar atencion, es preciso por el contrario, que el Orador entre rápidamente en la tésis, que reasuma en pocas palabras, que no dé mas que la razon perentoria y que tome por el atajo. Mil peligros erizan su camino, mil enemigos siguen de tropel sus pisadas, y para combatirlos necesita á cada momento mudar de armas y de táctica.

Cuando Bourdaloue, inflamado de una santa cólera, se exalta, se indigna, truena, estalla contra los vicios de los reyes, de los grandes y del pueblo; los reyes, los grandes y el pueblo humillan la cabeza y se inclinan bajo el azote de su palabra; pero si el Orador se dejase arrebatar á reprensiones harto vivas, los diputados reprendidos, se alborotarían en sus bancos, clamando: Al órden! al órden! y las plegaderas de boj y los tinteros de plomo irian revoloteando por los aires á estrellarse en la cabeza del malhadado orador. La tribuna se vería tomada por asalto como una fortaleza, y la asamblea se convertiría en un palenque.

Pero tambien lo que constituye los apuros y tribulaciones del Orador, constituye su poder. Su elocuencia fecundiza la esterilidad del asunto; los ejercicios de la contradiccion robustecen su temperamento oratorio. Esa vigilante atencion sobre su persona, sobre sus ademanes, su continente, su voz, su mirada, su argumentacion, sus movimientos, sus estratagemas, sus adversarios, sus amigos, sus rivales, exaltan y desarrollan todas las facultades de la inteligencia: asi Demóstenes lucha contra los opresores de su amada patria, y defiende palmo á palmo el terreno de la libertad moribunda, minado por

el oro de Filipo. Ciceron, en una república corrompida que propende al despotismo, aboga la antigua causa de las buenas costumbres contra los descarados sostenedores de Verres y de Catilina. Mirabeau subyuga con los estampidos de su tronante voz las rebeliones de la aristocrácia, y Berryer, con una admirable flexibilidad, pasa por entre las banderas de los reales enemigos y esquiva sus proposiciones, siguiendo las evoluciones de sus propias tropas. Donde quiera, en Atenas, en Roma, en Lóndres, en Madrid, en Washington, en París, el triunfo parlamentario es la recompensa de la dificultad vencida.

El Predicador es dueño de su asunto, y este asunto es magnífico como la creacion, sublime como Dios, infinito como el tiempo: no le limitan ni las montañas ni los mares: desciende á las profundidades del Océano para sondear en ellas la oscura vegetacion de la mas diminuta conchilla; se remonta encima de las nubes á los alcázares del Cielo, resplandecientes de luz y poblados de armoniosos serafines; huella con sus plantas el polvo de los siglos y de los mundos, y con su vara profética hace marchar delante de sí las generaciones que todavía no han visto la luz del dia. Una florecilla silvestre que el viento arranca de su tallo en un valle solitario, un volcan que se precipita en lavas de llama sobre las techumbres de una ciudad, un niño que se muere, un trono que se desploma, nada es ageno de la elocuencia sagrada.

Pero lo que, para el Predicador, es mas inagotable que la naturaleza, es los misterios de la religion y los secretos, acaso mas incomprensibles todavía, del corazon humano. ¡Qué tesoros! ¡qué grandezas! ¡qué asuntos! Ya sea que, armado de la palabra de Dios, mande á los orgullosos la humildad, á los rencorosos el perdon de las injurias, á los egoistas el amor de sus hermanos; ya arrastre á las almas despavoridas al borde de los abismos sin márgenes y sin fondo de la eternidad, las suspenda y las sumerja en ellos; ya sea que las retire de la noche de los sepulcros, que las arrebate sobre las alas de la elocuencia y les abra las espléndidas galerías del firmamento; ya dé tormento á las conciencias malas y las hiera con el aguijon del remordimiento; ora diga á los desgraciados: Esperad! y á los tiernos niños: Amaos unos á otros!

Sin embargo, la misma inmensidad del asunto rinde y postra á la mayor parte de los predicadores; su lengua no tiene bastantes palabras, su pecho bastante aliento, su elocuencia bastantes figuras para tamaña empresa: solo el águila de Meaux [1] puede sostenerse en lo alto de los aires, y mirar de hito en hito al sol que vibra torrentes de fuego en la inmensidad de las esferas eternales. Ellos bajan los ojos, se doblegan, sucumben bajo el esplendor de sus rayos. Estas solas palabras, Dios, la Nada,

1 Bossuet.—*N. del T.*

la Eternidad, lanzadas á la aventura, sin hilacion, sin ninguna otra palabra, sobre las losas de la iglesia, van girando del órgano al santuario, como un maravilloso eco, y resuenan profundamente en las almas. Decir *Dios* es decirlo todo, y lo mismo la *Muerte* y la *Eternidad* tambien; y despues de esto ¿qué se puede añadir? ¿Cuál voz agena suplirá para nosotros el comentario íntimo de nuestra conciencia? ¿Quién podrá jamás alcanzar, con el ademan ó con la espresion, á la sublimidad del pensamiento humano? ¿Quién nos hablará mejor que nosotros de nosotros mismos?

El orador de la Tribuna desgarra el odre de las pasiones para hacer salir de él los vientos y las tempestades; ya tremolará, delante del pueblo y de los soldados, la túnica ensangrentada de César; ya evocará la sombra de Napoleon; ora impelirá á los pueblos contra los pueblos; ora descubrirá el seno desnudo de su pátria, y sondeará sus llagas palpitantes, y su triunfo será completo si se levantan brazos tendidos, si le interrumpen clamores de guerra, si de repente se inflaman los rostros, si brillan los aceros desenvainados, y si, cuando grita venganza, un eco estrepitoso, inmenso, indefinible retumba en el espacio repitiendo: venganza! venganza!...

El orador Cristiano abrasa en su amor á todo el linage inmenso: se abaja para lavar los pies á los pobres, para levantar del suelo á los suplicantes, para tocar con la mano las asquerosas llagas de los enfermos; calienta en su hogar á los proscritos arrojados á la playa por la tempestad de las revoluciones; se despoja de su vestido para cubrirlos; se precipita en medio de los guerreros para separarlos, porque tiene horror á la sangre; no considera las diferencias de los intereses, las alianzas, las lenguas, los climas, los colores del estandarte, los matices de la piel, ni aun lo que la vanidad llama la gloria; no vé en todos los desgraciados mas que humanos; en los estranjeros como en sus conciudadanos mas que hijos igualmente caros á Dios, y en el Cielo mas que la patria comun de todos los nombres. Y mientras que el entusiasmo y las aclamaciones del pueblo decretan palmas al orador de la Tribuna, por haber tal vez provocado el incendio de los pueblos, la esplosion de las naves y de las ciudadelas, la matanza de las mujeres, de los ancianos y de los niños, el pillage de las arcas públicas, el trastorno de las instituciones y de las leyes, las contribuciones de guerra, las represalias de aduanas, las confiscaciones directas ó solapadas; el orador Cristiano, pacífico apóstol, baja de su púlpito y se retira, dejando á sus oyentes, por última exhortacion, estas palabras: Amaos, pagad el mal con el bien, é implorad al Padre celestial!

La Elocuencia sagrada tiene sus habladores vulgares, lo mismo que la Elocuencia profana.

Unos están pálidos como el yeso, otros inflados como vegigas: es-

tos ostentan una elegancia mundana, aquellos son desaliñados hasta rayar en la indecencia. Unos ahullan siempre con el infierno, otros sonrien siempre con el Cielo. Unos lanzan á vuelo el repiqueteo de su improvisacion, otros tartamudean y van encuadernando árduamente en su memoria las descosidas hojas de su homilia; á cada paso tropiezan entre un adjetivo y un verbo. Estos tienen una furiosa destemplanza de ademanes y de lenguaje; hacen temblar las vidrieras del pórtico; parécele á uno que oye á los ángeles del juicio final tocando sus trompetas en los cuatro horizontes para resucitar á los muertos; la espuma les sale de la boca; sus narices van á arrojar dos caños de sangre; en la cátedra de la paz arman una tempestad horrorosa. Aquellos, tímidos y cautelosos, bordean en las aguas bajas de la logomáquia.

Los defectos propios de los Predicadores son: la monotonia, la hinchazon de las metáforas ó la grosería de las espresiones, la analogía forzada de las citas bíblicas, el tono declamatorio, y en fin la vulgaridad.

Los Predicadores son mas hábiles en punto á la esplicacion de los misterios, á la enseñanza del dogma, á la moralidad de los ejemplos, á la hilacion de las pruebas históricas, á la sublimidad de las imágenes, y á las insinuaciones de la caridad, que no en cuanto al vigor de la argumentacion lógica. Porque ¿qué es una argumentacion sin argumentadores? ¿qué es un triunfo sin combate? La polémica, que es la palabra animada, la palabra viva, les falta.

El gusto del siglo ha maleado á los mas célebres oradores del Púlpito; el amor de las alabanzas y de la vanagloria se ha deslizado, como una serpiente, alrededor de sus corazones. Ya no ocultan su vida y su semblante en la sombra del santuario; los litografian entre orlas y viñetas; los labran y los modelan en carton pintado; los vacían en yeso; los esponen en las vidrieras de las tiendas, mezclados con las cantatrices y las cómicas. El taquígrafo va á sentarse al pie del Púlpito para reproducir sus discursos, cual si los inspirase el génio de los tiempos antiguos! Escriba de la palabra, huye de aquí! tus pálidas copias no hallarán lectores. Ya pasó el tiempo de los Massillon y de los Bourdalone.

CAPITULO V.

DE LA ELOCUENCIA DEL FORO.

El Abogado es el tipo mas comun del orador parlamentario.

Hay varias clases de Abogados: — el abogado de las causas civiles, el abogado de los juzgados criminales *(Cours d'assises)*, y el fiscal *(Procureur du Roi)* otra especie de abogado, — y en fin el abogado en la Tribuna.

I.

Si quisiéramos en el dia asimilar la Elocuencia judicial y la Elocuencia parlamentaria, nos faltarían hasta los términos de la comparacion, porque nada queda ya de aquella elocuencia Forense que tenia antiguamente una forma, un carácter, una fisonomía propia. Costumbres, estudios, legislacion, gerarquías, lenguaje, y hasta el gusto del público, todo ha cambiado.

La multitud ociosa y literata que busca las emociones escénicas y hace las celebridades, iba á escuchar defensas y sermones, y frecuentaba los teatros, los juzgados y las iglesias, cuando la Prensa era esclava.

Pero desde que el público tiene las emociones juntamente violentas y positivas de la Tribuna y de la Prensa, se ha desertado de las iglesias, de los teatros y del foro.

Si todavía vamos al teatro de la Grande Opera es por ver los lindos pies de las bailarinas, y para oir las tocatas de Rossini, y eso únicamente porque la indefinida perfectibilidad de nuestras costumbres no ha traido todavía el uso de los gorgoritos y de las piruetas á la escena del Palacio-Borbon [1].

El arte de cebar los procesos y de alargar los pedimentos y las escri-

1 El Palacio de la Cámara de los Diputados. — *N. del T.*

turas ha decaido de su antiguo esplendor; mas se gana arreglando pleitos que defendiéndolos. El procurador de estos tiempos es una especie de juez de paz oficioso que concilia á las partes, dinero en mano.

Antiguamente se necesitaban estantes de diez codos de alto para hospedar decorosamente al Digesto y á las Novelas [1], á los Edictos Reales y á las Prácticas, con sus escolios y sus derivados. ¡Gracias á Dios, ahora yacen todos dormidos, sin que nadie los moleste, en su respetable polvo!

Un tomazo en folio de mil páginas, con gran refuerzo de manecillas de cobre, no contenia mas que un solo tratado sobre las vinculaciones ó sobre las tutorías: en el dia, un tomito en dieziseisavo contiene todos los Códigos del imperio francés, á saber, el civil y el criminal, el mercantil y el militar, el correccional y el rural, y el de aguas y bosques *(forestier)*, y lo que es mas, con notas y comentarios. No hay estudiante que, al ir al baile campestre del Ranelagh ó de Romainville [2], no pueda llevarse en el bolsillo toda la ley y los profetas.

Y ¡si dijese que el Código civil es todavía dos dedos mas abultado de lo que debiera! Si dijese que se le podrian, sin perjuicio de lo sobrante, quitar lienzos de pared enteros, acaso una cuarta parte! Ya casi no se hacen testamentos y menos aun donaciones; todas las tesis sobre la divisibilidad y la indivisibilidad de las Obligaciones no son ya mas que sutilezas de escuela. Una Sucesion se divide en tantas partes iguales como herederos hay; cada uno, por su tercia ó su sesta, entierra á su difunto, llora ó no llora, da su recibo, toma su parte y se va. Ya no se habla de cuestiones de Estado, mina tan fecunda de escándalo y de elocuencia; y á decir verdad ¿quién ha de tener interés en entroncar con grandes familias desde que no hay grandes familias, ni grandes caudales, ni títulos, ni privilegios hereditarios? La igualdad ha sitiado por todas partes á la gente de golilla.

Tambien desde que la sabiduría se ha puesto al alcance de todo el mundo hay tantos sábios, que ya no hay sábios; porque no se retiene bien sino lo que se aprende difícilmente. Cujacio [3], tendido sobre sus libros, desgastaba con sus rodillas el piso de su cuarto. Pothier [4] pasaba las noches en vela, y se enclaustraba como un cartujo en el solitario

1 Sabido es que se llaman así las nuevas constituciones de Justiniano, Leon y otros emperadores, posteriores á la formacion del Código Justinianéo. — *N. del T.*

2 Bailes estudiantiles en las cercanías de París. — *Id.*

3 El mas famoso jurisconsulto del siglo XVI. Nació en Tolosa de Francia: sus obras consisten principalmente en *Comentarios sobre el corpus juris.* — *Id.*

4 Otro jurisconsulto famoso, pero del siglo pasado, á quien se debe la mejor edicion que existe de las *Pandectas,* en un vol. en fol. Nació en Orleans. — *Id.*

estudio del derecho; en el dia acaso no hallaríamos un solo abogado que supiese redactar una consulta, presentar una tesis, argüir en forma, hacer un libro. Un abogado es un hombre amable, de finísimos modales, que maneja un elegante wiski tirado por cuatro caballos, que doma un fogoso potro, que se peina los bigotes, que tiene buena lumbre en su chimenea, buena sociedad, y juega á la *bouillotte*.

II.

¿Y quién hoy se resignaria á hacer parada por un solo dia en su lugar, en su profesion, en sus placeres y en su ambicion? No se sube el primer escalon de la escala mas que para llegar á la segunda que conduce á la tercera, y así sucesivamente: el magistrado no es hombre para juzgar como un Dandin[1] inamovible, sino para avanzar, abrirse camino, encaramarse y ganar terreno mientras le haya. Es inamovible en su título, pero no en su persona, y atrás los demas!

El sustituto[2] aspira á ser juez de audiencia[3], y cuando sea juez de audiencia aspirará á ser juez de instruccion[4], y cuando sea juez de instruccion aspirará á ser vice-presidente en una capital de distrito, y cuando sea vice-presidente querrá ser presidente[5]; y en siendo pre-

1 Alusion al célebre cuanto ridículo juez Jorge Dandin, de la comedia de Racine titulada, *Les Plaideurs* (Los Litigantes).—*N. del T.*

2 En Francia, tanto en los tribunales inferiores como en los superiores, los Fiscales tienen sus *sustitutos*, establecidos para ayudarlos en sus funciones. La introduccion de esos *oficiales* judiciales en las Audiencias de aquel pais *(Cours royales)* solo puede fijarse de una manera positiva en el siglo XIV. Consta por los *Registros del Parlamento*, que entonces equivalia á la *Audiencia*, que en 14 de noviembre de 1390, habiendo solicitado el Fiscal M. Sureau permiso para ausentarse, el Tribunal al concedérselo le mandó que dejase un *sustituto*.—*Id.*

3 *Juez de audiencia* equivale entre nosotros á juez de primera instancia, con la diferencia de que en Francia en cada juzgado ó tribunal inferior hay varios jueces de audiencia, los cuales *juzgan* reunidos, notificando el presidente la sentencia.—*Id.*

4 En España no tenemos *jueces de instruccion*: llena este oficio el mismo promotor fiscal en union con el juez de primera instancia. La intervencion del juez de instruccion, limitada á las causas criminales, cesa asi que queda competentemente instruido el sumario.—*Id.*

5 V. la nota 3. Ya hemos dicho en ella que los juzgados ó tribunales inferiores, que residen en las capitales de distrito, se componen de varios jueces de audiencia; y tienen ademas su presidente y vice-presidente.—*Id.*

sidente pedirá que le nombren ministro de Audiencia (*Cour Royale*), y en lográndolo querrá que le nombren presidente de sala, y luego primer presidente [1], y luego consejero en el Tribunal de Casacion, y cuando sea consejero en el Tribunal de Casacion habrá que nombrarle presidente de seccion, y en seguida primer presidente, y cuando sea primer presidente, Par de Francia, y en siendo Par de Francia, Canciller. ¡Asi me gusta! ¿No es muy natural que un juez inamovible de Pontoise ó de Quimper lleve en su morralillo la toga de d'Aguesseau? [2] Siguiendo esta escala, el abogado á su vez, pico de oro, aspira de sopeton al ministerio, no de Gracia y Justicia, ¡bueno estaria! sino de la Marina ó de Estado. Un hombre como él no puede rozarse mas que con embajadores ó con Príncipes. Vengan VV. acá, señores de la golilla y del armiño; ¿por qué, teniendo esa vanidad desmesurada, esa petulante *ubiquidad* [3], esa ambicion sin límites y sin tregua, por qué no aman VV. su profesion, ó son independientes, estudian y meditan santamente en los lares de la justicia? Seguramente ¿y quién no lo sabe como yo? seguramente que hay todavia jueces, escribanos, alguaciles, un estrado, un ambigú [4]; pero lo que es costumbres judiciales, eso no.

III.

La magistratura y el foro no son ya profesiones, sino oficios; se ejercen sin apego, como se abrazaron sin vocacion.

Abogados hay que litigan con botas y espuelas, los ojos y el cerebro sumergidos todavia en la muelle embriaguez del Champaña, y que hubieran acuchillado á las mil maravillas á los beduinos de Argel.

Teotimo el promotor, despues de baber pedido por la mañana con lú-

1 Ya queda dicho en otro lugar que el cargo de *primer presidente* equivale al de Regente entre nosotros.—*N. del T.*

2 Fué un célebre canciller de Francia; nació en Limoges en 1668. La espresion que antecede alude á aquel dicho de Napoleon: «Cada soldado mio lleva en su mochila el baston de mariscal de Francia.»—*Id.*

3 Aventuramos este espresivo neologismo para traducir exactamente el del testo (*ubiquité*) que significa *la cualidad de estar en todas partes.*—*Id.*

4 *Buvette.* Llámase asi la pieza adonde salen los jueces, cuando la audiencia es larga, á tomar algun refrigerio. Por no tener nombre especial (á lo menos que nosotros sepamos) tales piezas en nuestros tribunales, hemos empleado la voz que nos parece mas análoga á la del testo.—*Id.*

gubre acento mas de cuatro condenas á presidio, talarea alegremente por la noche un tema de Bellini entre los bastidores de la Opera.

El litigante que ha visto al abogado de su causa y al fiscal tratarse mútuamente á la baqueta, y casi casi darse de mojicones, se queda estupefacto al hallarlos un momento despues, á dos pasos del Tribunal, encendiendo sus cigarros en la misma mecha, y echándose uno á otro á los hocicos por broma bocanadas de humo. Qué cómicos! pero ¿quién no es cómico en el dia?

¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que los jueces, en pie á las cuatro de la madrugada, en la cama á las ocho de la noche, iban al tribunal caballeros en sus mulas por las fangosas calles de la ciudad? No salian de su casa mas que para juzgar ó para ir á misa. En el dia no se halla en los barcos de vapor y en los carruages públicos mas que magistrados pretendientes, en trato familiar con orteras y mercachifles. Antiguamente un juez encanecia y moria bajo los mismos arreos; hoy un juez no hace mas que viajar y pedir: muda de juzgados, como un oficial de guarniciones. No les metan VV. prisa para que les dicte un fallo en forma, mientras van desempedrando los caminos reales, ni los molesten VV. por tan poca cosa, yo se lo ruego; ¿no ven VV. que están ocupados en escribir, en estilo romántico, sus *Impresiones de viajes*?

Ademas, ¡vaya V. á ser elocuente, es decir, breve con un cliente que le mide las palabras por horas, y con jueces que necesitan que no se cierre la audiencia! Porque no seria regular que un candoroso abogado dijese á los jueces, despues de dos horas de alegacion: «Se»ñores, si abreviase un poco!—¿Cómo se entiende abreviar? Adelan»te, adelante! Fuerza es que parezca que todos ganamos, V. sus hono»rarios, y nosotros nuestros sueldos.

Para colmo de infortunio, la Revolucion,—¡maldita Revolucion! no ha conservado del abogado antiguo mas que el trage. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! ¡oh venerando tesoro de los sagrados é incomprensibles adagios! ¡Oh lengua de nuestros padres, lengua del antiguo foro, lengua sabia y mezclada de griego y de latin, y á veces de francés! Todo ha cambiado, todo está perdido! ¿Pues no exigen ahora que el abogado hable poco, y que hable como todo el mundo?

En efecto, no pareceria bien que se citase en el dia, en una defensa, á los Padres de la Iglesia, á S. Basilio y S. Crisóstomo, ó los fragmentos recien descubiertos de Gayo [1], ó los Apotegmas del gran

1 Tacio Gayo ó Cayo, jurisconsulto romano, que á lo que se cree floreció en tiempo de Adriano y Marco Aurelio. El descubrimiento de que habla el testo se verificó en 1816; le hizo el célebre romanista Niebühr en un palimpsesto de Verona. *N. del T.*

Papiniano: ya no se podria jurar con la mano levantada sobre la palabra de Aristóteles: solamente tiene el letrado en su despacho, entre cristales, encuadernados en tafilete superfino con filetes dorados, á Cujacio, Dumoulin, d'Aguesseau, Pothier, Merlin, como tendria figurillas de bronce, y monotes de la China; pero no los lee, y se contenta con saludarlos cuando pasa por delante de ellos como para suplicarles que tengan la bondad de no molestarse. A un abogado que espectorase latin, y del puro,—latin de Ulpiano—, no le entenderian ni sus clientes ni acaso sus jueces, y nada probaria sino que acababa de ser recibido maestro en artes, y que podia manifestarlo!

En el dia, decir el hecho, es decirlo todo; una palabra acerca de la ley, y gracias! gracias que no sea demasiado! Pero sin embargo, por lo que respecta á la jurisprudencia de los fallos, eso es cosa que suena agradablemente en los oidos del juez. Hácesele presente que sus predecesores, de gloriosa memoria, fallaron en un caso semejante al presente, de tal manera, y entonces el juez, por espíritu de corporacion ó por pereza, se inclina y responde: Amen! El que conoce al dedillo á Sirey [1] ó á Dalloz [2], es un jurisconsulto consumado, un Bayardo con golilla, un abogado sin miedo y sin tacha [3].

En tales términos se han reducido y achicado las causas, que unos cuantos procuradores dotados de una elocucion sencilla, clara y breve, que se limitasen á esponer el hecho, á leer los autos y las piezas sustanciales y decisivas, á poner el dedo en el artículo del código y á citar las sentencias conformes, bastarían para despachar las tres cuartas partes de los pleitos civiles. Por todas partes se les escapa el Foro á los abogados: ya llegaron los dias de la desolacion y de la abominacion. ¡Oh dolor ¡oh dolor! los dioses, los reyes y los pleitos se van!

No hay por consiguiente comparacion posible entre la Elocuencia de la Tribuna y la Elocuencia del Foro, pues que ya no hay ni puede haber elocuencia Forense.

No hay ya Elocuencia mas que en materias criminales; pero, por vida de Júpiter ¡qué Elocuencia!

1 Autor de una juiciosa exposicion de los *cinco códigos* franceses.—*N. del T.*

2 Autor de un *Diccionario general y razonado de legislacion, de doctrina y de jurisprudencia; en 9 tomos.—Id.*

3 Alusion al dictado que se daba al célebre caballero Bayardo, *le chevalier sans peur et sans reproche.—Id.*

IV.

Moscardon del folleto, zumba en los oidos de los abogados y de la magistratura, que ya has picado bastante á los ministros y á los reyes!

Si otro Corneille hiciese, en su decrepitud, representar el *Agesilao* [1], le gritarían: *Solve senescentem!*

Si el armonioso Rossini viniese á desgarrarnos los oidos con desentonados acordes, se le respondería con un acompañamiento forzado de pitos.

Si la sílfide de la Opera, la divina Taglioni, en vez de volar por los aires, no bajase á las tablas del teatro mas que para cojear y dar trompicones, los espectadores tendrían la descortesía de tirarle manzanas asadas [2].

Si los marqueses y los vizcondes del inimitable Molière tuviesen la ocurrencia de escupir en un pozo para hacer redondelitos en el agua, nos reiríamos á carcajada tendida de los vizcondes y de los marqueses.

Se hace mofa de los reyes, se silba al genio, á la gloria, á la elocuencia, á los músicos, á los vizcondes y á las bailarinas; y no alcanzo por qué razon no se ha de silbar á los magistrados silbables.

V.

Hay dos especies de Magistraturas, la amovible y la inamovible, la que está sentada y la que está de pie, la que perora y la que juzga, la que requiere y la que sentencia.

1 Tragedia muy floja, escrita por Corneille siendo ya muy viejo. Sobre ella compuso Boileau aquel celebrado y conciso epígrama;

«J' ai vu l' *Agésilas*,
«hélas!
«mais j' ai vu l' *Attila*,
«hola!»

2 Proyectiles favoritos de los públicos enojados, en Francia. En España diríamos *cáscaras de naranja*.—*Id*.

No conozco cargo mas augusto, mas formidable, ni mas sagrado que el de un Presidente de un juzgado criminal *(cour d' assisses);* en el conjunto de sus funciones representa la fuerza, la religion y la justicia; reune la triple autoridad del rey, del sacerdote y del juez.

¿Qué idea no debe tener de sí mismo, es decir, de sus deberes, para desempeñarlos dignamente, un magistrado colocado en un puesto tan eminente? ¿Con qué sagacidad no debe anudar el hilo de los debates, cien veces roto en los tortuosos rodeos de la defensa? Dar á los testigos atónitos, turbados en vista del solemne y nuevo espectáculo de un estrado, de su aislamiento enmedio de los jueces y del jurado, del testimonio que van á dar y de las consecuencias de su juramento, darles, digo, tiempo para reponerse, recapacitar y asegurar su memoria y luces, hablarles con entereza, consideracion y bondad, presentar claramente las preguntas que les dirige, y si es preciso, repetirlas; hacer salir la verdad de entre sus contradicciones; oponer las deposiciones orales á las escritas; esplicar las ambigüedades; agrupar las analogías; decidir las dudas; notar una circunstancia, un hecho, una carta, una confesion espontánea, un grito, una palabra, un ademan, una mirada, un acento para que de él ó de ella brote la luz; examinar al acusado con blandura y firmeza; abrir con exhortaciones su alma á la confesion y al arrepentimiento; animarle cuando está abatido; avisarle cuando se descarria, dirijirle cuando se vuelve á poner en camino; retener en los límites del decoro á la defensa y á la acusacion sin coartar su libertad!

Tales son los deberes del Presidente. ¡Feliz el que sabe practicarlos!

Pero donde se estravian muchos magistrados es en el resúmen de los debates.

¿Qué es resumir un debate? Esponer el hecho con claridad, recordar sumariamente los testimonios en pro y en contra, analizar lo que se ha dicho en apoyo de la acusacion y en apoyo de la defensa, y nada mas de lo que se ha dicho, y presentar en un órden sencillo y lógico, las cuestiones que tiene que resolver el jurado. Todo resúmen debe ser claro, seguro, completo, imparcial y breve.

Pero hay Presidentes que se arrellanan en su sillon como para pasar un buen rato; los hay que dibujan con la pluma caricaturas en la mesa; los hay que se pasan distraidamente la mano por los rizos de su cabellera; los hay que van echando el lente de una á otra buena moza del auditorio; los hay que intimidan al acusado con el imperioso y duro laconismo de sus interrogaciones, que atropellan y aturrullan á los testigos, amonestan á los abogados é indisponen al jurado. Los unos son ridículos, los otros son petulantes.

Los hay tambien que hacen cosas peores: que se abandonan sin freno á la ciega impetuosidad de sus pasiones de hombre ó de partido, que se

lanzan con cuerpo y alma á la batalla política, cojen un fusil y andan á tiros; que descubren á los ojos del jurado todas las baterías de la acusacion, y ponen en la sombra á la defensa; que hacinan confusamente los hechos en vez de ponerlos en limpio; que se pierden en divagaciones de localidades, de tiempos, de caracteres, de opiniones, totalmente agenos de la causa; que quieren complacer al poder, á una pandilla, á una persona; que insinúan que lo que para el jurado no es todavia mas que una sospecha, es ya para ellos un crímen probado, cuya evidencia, gravedad y peligrosas resultas hacen resaltar con rara fruicion. Disertan sobre el derecho, se aturden á fuerza de retórica; suplen, con nuevos medios que ellos inventan, los medios que ha omitido el fiscal, y creen disculparse esclamando: Hé aquí lo que arroja de sí la acusacion! que no arroja de sí tal cosa, y de esta suerte añaden la mentira al escándalo.

¡Figurémonos ahora la posicion del acusado sostenido, confortado por la animosa y persuasiva palabra de su defensor, y que se inclina de nuevo y sucumbe bajo el terror de semejante Resúmen! pintémonos sus angustias, su sonrojo, y los estremecimientos convulsivos de su cuerpo y de su alma!

Pues ¡y el jurado! el jurado pudo muy bien ponerse en guardia contra la vehemencia del acusador que hace su oficio, y del defensor que defiende á su cliente, porque sabe el caso que debe hacerse de las palabras de uno y otro; pero ¿cómo desconfiar del Presidente que tiene en sus manos la balanza imparcial de la justicia, del Presidente que no es mas que el relator de la causa, del Presidente que nunca debe dejar que transpire su opinion, que aparezca el hombre bajo la toga del magistrado?

Los cabellos se erizan cuando se considera que, en las provincias especialmente, con un jurado rústico, un jurado sencillote, iliterato, asustadizo, el artificioso y apasionado Resúmen de un Presidente puede determinar solo, él solo, un fallo de muerte.

La ley ha querido que el último que use siempre de la palabra sea el acusado, cuya inocencia presume en virtud de una ficcion caritativa. Ahora bien ¿no se conculcan la humanidad y el derecho cuando en lugar de hacer un Resúmen, el Presidente fulmina una acusacion? ¿Ha de tener el acusado delante de sí y contra sí dos adversarios en vez de uno, el Fiscal y el Presidente? Si levanta sus miradas suplicantes al tribunal, si se refugia en él como en un asilo sagrado, ¿ha de encontrar una espada vuelta contra su pecho, en vez de un broquel para protegerle?

VI.

Tambien el Fiscal tiene grandes deberes que cumplir.

¡Qué papel tan magnífico el suyo en el drama de la Justicia! Órgano de la sociedad ¿porqué no es siempre impasible como ella? La sociedad no se venga; la sociedad se defiende. No persigue al culpable; le busca, y despues de haberle hallado, le designa á los ejecutores de la ley; presume inocente al acusado, y compadece al criminal al condenarle; la única elocuencia que le agrada es la de la verdad; la única fuerza que quiere es la de la justicia. Cuando un hombre es preso, conducido por dos soldados, atado á un banco delante de doce ciudadanos que van á juzgarle, de un tribunal que le interroga, de un acusador que le acrimina, y de un público curioso que le mira, ese hombre, aunque haya ceñido la púrpura ó empuñado el cetro, no es mas que un objeto digno de compasion. Su hacienda, su libertad, su vida, su honor mas precioso que la vida, están en vuestras manos: Ministros de la justicia ¿no os sentís conmovidos?

Conmovidos! ah! Con harta frecuencia, la frente erguida y encendido el semblante, de pie sobre su estrado, aturden al jurado con sus contorsiones y sus alaridos: á muchos jurados he visto cerrar los ojos y taparse los oidos al acercarse esas borrascas de retóricos.

Los jurados, en efecto, no van al Tribunal para asistir á las peripecias de un drama imaginario. Cuando van al teatro es muy diferente; entonces es para saborear el placer de las emociones escénicas: quieren que les metan mucho miedo ó que los estremezcan; no llevan el pañuelo mas que para volverle á su casa todo empapado de lágrimas; saben que los criminales del melodrama y los traidores tiranos que recitan sus acusaciones en prosa descoyuntada, son en resumidas cuentas hombres muy de bien, y que los inocentes á quienes han dado sangrienta muerte, entre bastidores disfrutan de escelente salud, y van á continuar con sus asesinos, en el café de abajo, su partida de dominó, interrumpida por la funcion. Y luego, cuando el actor lo hace mal, les queda el recurso de silbarle, sin perjuicio del autor.

Pero cuando la realidad reemplaza á la ficcion, cuando aquellos mismos espectadores, convertidos en jurados, toman asiento en el Palacio de Justicia[1], cuando su fallo va á condenar ó á absolver, se abstraen

1 *Le Palais de Justice*, antiguo y grandioso edificio donde están los tribunales de París.—*N. del T.*

en sí mismos; ahuyentan de su presencia, con una especie de terror, á la imaginacion, que es la loca de la casa; no escuchan mas que la voz de la fria razon, no examinan mas que el hecho, escudriñan los pensamientos del acusado, examinan su semblante, estudian con ansiedad, sus respuestas, sus ademanes, sus esclamaciones, sus sustos y sus alegrías, su palidez y sus temblores; se consideran cara á cara con Dios, cara á cara con los hombres, cara á cara con la santa verdad que buscan con las manos y con los ojos, que llaman, que imploran. Ah! no los aparteis de esa religiosa meditacion! Toda la elocuencia de los retóricos no vale tanto como la conciencia de un hombre de bien.

No, no comprenden su oficio, no lo conocen los que, de magistrados se hacen hombres, hombres de partido, hombres de teatro: entonces no demandan, no; abogan, se arrebatan, se crispan, hacen cien mil maneras de contorsiones. Ora les sale el fuego de la cólera por los ojos y la espuma por la boca; ora se embozan magestuosamente con la negra toga para acusar con elegancia, como se componian los gladiadores romanos para caer bajo el acero y morir con garbo; ora imitan torpemente la postura, la voz, los aspavientos de los tiranos de melodrama, y se imaginan que producen efecto cuando no producen mas que bulla.

No, no comprenden su oficio los que manotean y dilatan las ligaduras de ambas sus mandíbulas, para encaramar un gran crímen sobre los hombros de un pequeño delito.

No, no comprenden su oficio los que revisten de oropel y de poesía las vulgaridades de su moral.

No, no comprenden su oficio los que apostrofan á los acusados, denuestan á los abogados, y hablan con aspereza á los testigos.

No, no comprenden su oficio los que, convencidos por los debates de la inocencia de los acusados, no abandonan francamente la acusacion, antes bien la dejan subsistir, salvo las circunstancias atenuantes.

No, no comprenden su oficio los que mezclan sus pasiones á la causa; los que, con tremendas figuras, apelando con gritos de energúmeno á las excitaciones políticas, revolviendo los ojos y haciendo aspavientos, agitan y levantan en alto al jurado, al tribunal y al auditorio, solo para proporcionarse la triste satisfaccion de que digan de ellos: ¡Qué magnífico, qué elocuente ha estado!

Cosa soberbia es seguramente la retórica, pero no se debe hacer abuso de ella en hinchadas filípicas, abuso en enfáticos pedimentos, abuso en arrebatadas réplicas, abuso en todo y por todo. Porque un hombre ébrio, en el calor de una disputa, mató á otro, no hay necesidad de que venga el Fiscal á gritarnos con desaforados alaridos que la sociedad se estremece hasta sus cimientos, que horrorizados los rios re-

troceden hácia sus fuentes, que el sol se para de espanto, y que las estrellas van á desprenderse del cielo.

VII.

¿No se le alcanza á V. que el Abogado, por natural emulacion, no querrá quedarse atrás en punto á elocuencia? A su vez, hará zumbar el aire con sus palabras; se subirá en zancos de diez pies de alto, y por salvar la vida ó la libertad de un solo hombre, envenenará á toda la sociedad con sus falsas y peligrosas teorías.

Si el reo ha cometido un robo en despoblado, eso no prueba mas, dirá su abogado, sino que tenia hambre y que quiso poner en práctica la máxima filosófica de que los goces de la sociedad deben repartirse igualmente entre todos los hombres.

Si el reo ha premeditado su crímen, que á mayor abundamiento no niega, es señal de que sucumbió, como Orestes, al peso de una invencible fatalidad.

Si mató á su madre y á su padre, fué porque se le subió la sangre á la cabeza, tanto que en aquel momento hubiera necesitado una sangría.

Si ha violado casadas ó doncellas, ha pecado por esceso de amor, cosa seguramente muy perdonable.

Si ha pegado fuego á alguna casa, ya se harán VV. cargo de que no lo ha hecho mas que por mera curiosidad, y para ver el efecto de un fuego artificial.

En fin, hay abogados que no parece sino que están muy dispuestos á disculpar, vista la buena intencion, á ciertos acusados que dicen que si en efecto han quitado el resuello á un hombre, ha sido únicamente para que disfrutase mas pronto de la celestial bienaventuranza, en una palabra, que le han matado por su bien!

Acusado hay que recien salido de manos del Fiscal, hecho á fuerza de crímenes el mas negro de los mónstruos, pasa á manos de su abogado que le ciñe la blanca túnica de la inocencia, y orna su frente pura y virginal con una corona de virtudes, á tal punto que no falta mas, al salir de la audiencia, que llevarle á Roma en una urna y canonizarle.

Sobre este tema, y si le dan barro á mano, el abogado se echa á sollozar y llora tan amarga, tan naturalmente que el mismo reo está casi tentado de creerse inocente, y los jurados á su vez se enternecen de veras por aquel pobre malvado, hasta que despues de haberse enjugado bien los ojos, expiden un fallo para que le corten el pescuezo.

Una reforma hay que hacer, mas urgente todavía que la de la ley electoral, y es la de la elocuencia criminal que echa los bofes y se pavonea en las acusaciones y en las defensas. Entretenerse, cuando se arrastra á un hombre por los pelos al cadalso, en redondear, pulir, acicalar la frase, en hacer contoneos como un bufon, y en declamar como Orestes atarazado por las serpientes de las Euménides, es no tener entrañas, es ser culpable, es hacerse acreedor á ser enviado de promotor fiscal á Quimper-Corentin por toda la vida [1]! Considerado bajo el punto de vista del buen gusto, no me cansaré de decirlo, todas esas declamaciones son malas, malísimas, archimalas. ¿Ignorais por ventura, abogados, que ese admirable instrumento de la palabra, la elocuencia, es unas veces el arte de pintar, otras el de conmover, ora el de referir, ora el de probar? En las causas, ser sencillo es mostrarse elocuente; aspirar á lo sublime, es ser ridículo. Verdad, abogados, verdad! esto es lo único que se os pide, lo único, y basta.

Muchas veces me he preguntado á mí mismo, qué iban á hacer en el templo de la justicia todos esos vengadores oficiales de la sociedad, y todos esos vengadores benévolos de la inocencia, y en beneficio de quién representaban comedias. Paréceme que en el drama de los tribunales criminales los únicos personajes necesarios son el juez para instruir la causa, el presidente para examinar al reo, el reo para explicarse, los testigos para deponer en justicia, el escribano para ir escribiendo, y el jurado para ver, oir y juzgar. Todo lo demas lo suprimiría yo, salvo los gendarmas.

Réstanos el Auditorio, y para él reservo mi última pincelada.

VIII.

Los tribunales criminales tienen su especie de público que no se parece á otro ninguno. Algunos jornaleros sin trabajo, mujeres de mala vida, tabernarios de profesion, chulos, ladrones jubilados ó aprendices, presidarios fugados, pillastrones, vagamundos, aficionados, se apiñan en las escaleras que conducen á la Sala de vistas. No bien se abre,

1 Como ya en otra ocasion indicamos, esta es una de aquellas expresiones cuyo chiste es imposible trasladar á otra lengua. Quimper-Corentin, pueblo marítimo del departamento del Finisterre, lleva envuelta en su nombre cierta idea ridícula en Francia, como Pontoise, Pezenas, Brives-la-Gaillarde. ¿Por qué? Ni aun los mismos franceses podrian explicarlo.—*N. del T.*

la inundan, se están de pie, se aprietan, se codean, se ponen de puntillas, se agitan en todos sentidos, y presentan de lejos como una mole negra y movediza de donde se desprenden violentos ademanes, quejas sofocadas, contracciones enérgicas, y confusos rumores de pudor, de juramentos, de lengua vulgar y de caló. El ratero *a* ó el asesino *b* vá allí á aprender cómo se debe desconcertar á un testigo, eludir una pregunta, probar una coartada, ocultar un hecho, interpretar una pena; algunos hay que van solo por curiosidad y salen de allí con peligrosas tentaciones, con un gérmen de crimen ya formado y próximo á nacer. Mayor es el número de los criminales que forma la manía de la imitacion que el de los que aterra el aparato del juicio y el temor de los suplicios. Un tribunal criminal es una detestable escuela de inmoralidad.

Tal es el primer término, el término del fondo, el auditorio. El pueblo (no profanemos esta palabra), el populacho está de pie digámoslo así en el patio; las señoras ocupan los escaños reservados, ó las lunetas; compuestas, ceñidas, tocadas con plumas ó flores, van allí á instalarse para ver ó para ser vistas.

El juzgado criminal es el punto de reunion de la gente de alto tono; á veces hay tropel de lores ingleses, de magnates húngaros y de bayardos rusos, y el crímen *hace furor*.

Hay quien surca los borrascosos mares del Norte, quien abandona la risueña Italia por proporcionarse el horrible placer de ver sufrir á un desgraciado. Mujeres delicadas y sensibles, que iban á buscar en los baños las distracciones de un temperamento estragado por el juego y por el amor, se apartan de su camino por tales espectáculos; ellas, para quienes no tenia la primavera bastante frescura de colores, ni las rosas bastantes perfumes, estan ahí aspirando con toda su alma, en esa pestilente atmósfera, miasmas mortíferos de cementerio y de sangre! ¡Ahí están, ahí, y desde su asiento, prestando el oido, pueden oir como cuecen y chisporrotean á la lumbre de un laboratorio entrañas humanas [1]! y con el mismo continente, y acto contínuo, van á ir á la iglesia á dar gracias á Dios por haber permitido que una casta y piadosa crianza cultivase secretamente en su corazon las semillas de las virtudes cristianas, y por haber derramado en toda su persona las gracias de la mas dulce sensibilidad!

¿Por ventura se diferencia en algo un tribunal criminal de un espectáculo del *Boulevard*? ¿No menudean en él para la gente de buen tono las representaciones mas interesantes en materia de desmayos y de crispaturas de nervios? Allí se apuesta, allí se juega á la alza ó á la baja sobre la

1 Alude aqui á los horribles esperimentos y análisis químicos á que dió ocasion la célebre causa de Madame Laffarge.—*N. del T.*

vida del acusado, y fórmanse allí votos impíos y criminales así para su absolucion como para su condena. Se apiña á su entrada el público, esactamente lo mismo que á las puertas de los teatros. Para que la orquesta esté completa y bien nutrida solo faltan las trompas y las cornetas de piston; y en verdad me admira que los espectadores impacientes no hayan hasta ahora gritado nunca: la música! la música! Pero ya van mostrándose cada vez mas exijentes. Ya prorrumpen en quejas, ya murmuran si el acusado baja los ojos, si trata de ocultar su congoja ó su palidez, y si presenta de perfil y no de frente al público curioso y bárbaro su cabeza que amaga la cuchilla!

Insisto en este punto por ser de alta moralidad.

IX.

La mujer elegante no es mala, pero es la mas curiosa de todas las criaturas de la creacion. Tiene resaltos marcados, precipitados, involuntarios, contínuos. Vive de emociones, y se muere por tener emociones á cada paso, en cada minuto. Tiene un amante por causa de sus vértigos, y tiene vértigos por causa de su amante. Busca penas para mejor gozar; busca goces para mejor sufrir. Nada teme tanto como las horas arregladas, la somnolencia de la vida, y la tibieza del retrete y de la blanda pluma. A medio dia, á media noche, en el teatro, en la cámara, en el sermon, en el paseo, en el sarao, está perpétuamente al acecho de todo cuanto puede interesar, conmover, divertir, agitar, sacudir, destruir, estragar y desordenar su pobre alma y su pobre cuerpo. Multiplícase en cada uno de los objetos donde pone su mano. Pone toda su vida, todo su ser en cada una de las sensaciones nerviosas que esperimenta, y diríase que dejó de existir para todo lo demas. No hay para ella obstáculo; si se propuso ver á alguno ó alguna cosa, no hay qüien se lo impida. Si le asalta hoy el capricho de ir al tribunal criminal, al punto escribirá al Presidente diez billetitos, uno despues de otro, arrasados y perfumados de ámbar, para que la permita entrar é instalarse en un sillon, ó en una silla, ó en una banqueta, ó aunque sea en un pico de escalon. Entonces salta al alba de su tranquilo y caliente lecho, y vá á hacer cola [1] á la

1 Para evitar los atropellos de la concurrencia á la entrada de los teatros y otros parages públicos, ponen en Francia una especie de barreras de madera formando una calle larga y estrecha, por donde solo pueden entrar las personas una á una. A este modo de entrar se llama *hacer cola (faire la queue)*.—*N. del T.*

puerta del Palacio de Justicia. Allí se estará, si es menester, las horas muertas, respirando la tramontana, y con los pies metidos en el lodo, cubriéndose en vano con su mantilla, tiritando con todos sus miembros, y lívido el delicado rostro. Abrese por fin la puerta, y héla ya que se desliza, y se ingiere, y codea, y empuja, y se estruja, y se abaja, y arremete, y penetra por fin entre gendarmas y porteros, y abogados que arrastran sus negras togas. Cuélgase y se prende á los faldones del agente de policía (*sergent de ville*), le habla al oido, le hace una deprecacion con voz melosa, y no le suelta hasta verse colocada, encajonada y sentada, con los codos libres y sus gemelos en la nariz, á boca de jarro del acusado y de los jueces.

Mírenla VV. como vá siguiendo escena por escena el drama vivo que se está representando, y como, agitado el pecho por una respiracion afanosa, vá pasando de emocion en emocion. Si el reo tiene la barba erizada y los ojos espantados, esperimenta al contemplarle el placer de temor. Si tiene las mejillas sonrosadas y el cabello artísticamente compuesto: Qué buen mozo! esclama ella para sus adentros, ¿no es un dolor? Si los testigos se presentan con los brazos colgando, y empiezan á ensartar frases enmarañadas ó repulidas, se rie por lo bajo tapándose con el pañuelo. Si el acusado solloza, ella llora á lágrima viva por simpatía. Si alguna jovencita se desmaya, ella acude, se precipita, la afloja el corsé y la hace respirar sales espiritosas. Para que la intrépida aficionada á causas dejase su asiento, era preciso que el suelo del tribunal empezase á rechinar bajo sus anchos pilares [1]. Pasan las horas, avánzase la noche, el jurado delibera; y ella clavada esperando! Porque necesita que sus ojos se ceben con avidez en los ojos del reo, y estar suspendida de aquellos labios trémulos, y dar á su alma el pasto de los indefinibles terrores de otra alma! Necesita recoger, uno por uno, todos los sobresaltos y convulsiones de aquella conciencia martirizada y carcomida. Necesita oir el campanillazo que anuncia el último fallo, y la sentencia de muerte, y el estertor de aquel hombre cuyo semblante se descompone, y cuya vida interior se desgarra y despedaza! Entonces ¡con qué ánsia clava en él los ojos y aplica el oido á sus inarticuladas esclamaciones, y á sus ahogados suspiros! Y le sigue con la mirada, sin pestañear, hasta que las puertas del calabozo se cierran para siempre á la esperanza! Despues cae sobre su asiento anonadada, absorta en la contemplacion de su drama. El portero de estrado tiene que ad-

1 La sala de vistas en el Tribunal Criminal de París (cour d'assises) es una de las que mas conservan el aspecto severo del antiguo palacio de Justicia. Su techo, suntuosamente decorado y repartido, está sostenido por los gruesos pilares á que alude el autor.—*N. del T.*

vertirla que la gente ha desocupado ya el tribunal, y dispónese á empujarla por la espalda. Márchase por fin, cruza cabizbaja los sombríos corredores del Palacio de Justicia, y entra en su casa espiritada, rendida y destrozada de cansancio, con los nervios crispados y el alma anegada en lágrimas, y se mete en la cama sin pensar que su anciano padre no ha comido, y que desde la madrugada está su niña llorando y llamándola en vano. Echadas las colgaduras, vuelve su imaginacion á inflamarse. Entonces palidece, se enciende, se estremece y tirita, y vuela otra vez á la vista. Desvia y rechaza con su mano al reo ajusticiado que le trae su cabeza; cree ver la cárcel, la capilla, las cadenas, los jueces, el acusador, el verdugo y sus auxiliares, y el cesto [1] lleno de sangre coagulada y carnes palpitantes, y por último lanza un grito de horror. ¡Oh digna hembra!

¿Qué significan esos broches de oro, esas sartas de perlas, esas flores, esas gasas, esas ligeras plumas entre el lúgubre aparato de las causas criminales? Por ventura está alli para divertir presente el reo, ó no es el pretorio hoy dia mas que un salon de teatro? Quién nos asegura que ante el espléndido cortejo de tanto curioso, no se turbará el reo al verse cubierto con el rústico sayo de las prisiones, y que algun testigo no perderá la memoria, y que algun jurado distraido no atenderá mas á las emociones de cualquiera mujer bonita que se ponga pálida ó colorada, que á las congojas y agonías del acusado?

Si yo tuviera el honor de ser Presidente del Tribunal, no admitiria en su recinto mas que á los parientes del reo, y diria á todas las aficionadas: «Señoras mias (las que están de pie y las sentadas), tengan VV. la bon»dad de oir lo que voy á decirles: VV. las de este lado, váyanse á con»cluir las medias de sus hijos, que aquellos señoritos están descalzos; ó »vayan á almidonar las coleretas de las señoritas. VV. las de mas allá, vá»yanse á cuidar de que no se queme el asado. VV. las de este lado, cui»den que no falte el aceite á sus lámparas, ni la sal á la sopa. VV. las »de aquí, vayan á bordar con flores sus paises de cañamazo. VV. las de »acullá, dejen para el coquetismo del palco de la Opera el teje maneje »del abanico: y VV. márchense á hacer escalas y cabriolas. Ea! Señoras, »ya están VV. demas: los curiales no tienen nada que ver con las Gra»cias, y una sala de vistas no es el sitio destinado á la mas bella mi»tad del género humano.

»Alguaciles! ejecutad las órdenes del Tribunal!» Tales serian en efecto mis órdenes, y creo que merecerian la aprobacion de toda persona sensata.

1 El cesto en que se recoge la cabeza del ajusticiado.—*N. del T.*

X.

Poca es la ganancia del Abogado de Causas; escasa es tambien su gloria. Pero cuán distinta la Tribuna! en ella todo es honra y provecho. ¿Qué mucho, pues, si para llegar y pegarse allí como una lapa, le vemos trabajar tanto con los pies y con las manos?

¡En nuestra hermosa tierra de Francia por cuántos reinados vamos pasando! Principió el reinado de los cortesanos; siguió el de los cardenales; luego el de las mancebas; luego el de los militares; y estamos ahora en el de los Abogados. Estos marchan sin comparacion infinitamente mas de prisa á su negocio que todos los otros. En tiempos de antaño, los cortesanos y los cardenales preparaban la cosa de muy lejos, é iban insinuándose poco á poco, por vias ocultas y subterráneas. Las mancebas no se apoderaban ciertamente al primer flechazo del monarca y de los negocios. Los militares solo ganaban sus grados con la punta de la espada y tambor batiente.

Pero la prosperidad de los Abogados raya en lo increible y fabuloso. Al comenzar la campaña, y antes casi de haber disparado el primer tiro, ya se planta el Abogado sus charreteras. A la primera batalla asciende de un salto á capitan general. Deja las filas y se pone á mandar. Atencion! el Abogado habla, y ¡cómo habla! qué pico de oro! Nómbrasele diputado ¡á fé mia que habla como un Ciceron! Hácenle Fiscal togado: claro está! Si habla tan bien! Y nómbranle por fin ministro. Todo esto en menos tiempo del que yo gasto en escribirlo.

Ese hombre estraordinario habrá estudiado indudablemente el derecho, la filosofia y la política; habrá sondeado los abismos del corazon humano, esplorado la historia, manejado los negocios! Puede ser, pero ¿qué importa que no sea? basta que hable! Y no insistan VV., sino quieren que les vuelva á repetir: basta que hable!

El Abogado habla en la tribuna de todas las materias: de caminos de hierro, de guerra, de marina, de pintura, escultura y arquitectura, agricultura, música, baile, moral, cultos, presupuestos, negocios estrangeros. Todo lo que sabe lo aprendió ayer; mas no por eso deja de saberlo todo. El hace de diestro piloto cuando la nave boga entre sirtes y escollos, y sea cual fuere el viento, siempre dirije su rumbo hácia el ministerio. Planta su bonete sobre la Tribuna, como los navegantes que plantan sus pilares con una inscripcion en las riberas donde abordan, y al saltar á tierra dicen: Esto es mio!

Ejercitado en las sutilezas de la farándula, se cuela por las apretadas mallas del raciocinio, opone á los golpes de ariete con que le sitian los blandos vellones de su defensa; huye, de rodeo en rodeo, y se refugia, como en un lugar inaccesible, en un vasto monton de frases estancadas.

Apenas se apea de la diligencia, pregunta el Abogado al entrar en la Cámara con resuelto ademan: Qué hay? — Se habla del azúcar. — Hablaré del azúcar. — No, se está discutiendo sobre el Oriente. — Pues hablaré del Oriente. — Me equivoqué; se trata de caminos de hierro. — ¿Y qué me importa que se hable del azúcar, del Oriente ó de los caminos de hierro? Estoy yo para algo desprevenido?—Pero todavia no se ha mudado V. de botas.—Aguarde V., voy al vestuario.—¿Y el juramento?—Ah! se me olvidaba. Válgame Dios y qué de afanes se necesitan en esta tierra para vestirse, jurar y hablar! Mas aprisa vamos en Brives-la-Gaillarde!

No hace seis semanas que nuestro Abogado recibia en su empolvado despacho patanes con abarcas, y que alargaba cordialmente la mano á todos los alguaciles del distrito. En el dia, elevado á Ministro por la gracia de Dios y del Parlamento, tiene gran tren de casa, servidumbre, carruajes, palco en la ópera y todo lo demas; dá audiencia á los primeros Presidentes que se apiñan en sus antesalas: arrastra soberbio la rozagante toga; se ostenta, se arrellana, se dilata en el sillon del Canciller de L'Hospital [1]. Ministro de la Marina, lanza al Mediterráneo ó al Océano velas ó torbellinos de vapor; Ministro del comercio, preside á la agricultura, dá reglamentos á la industria; Ministro de lo Interior, manipula la policía y los fondos secretos; no reina, pero gobierna, mientras que su mujer, recien convertida en gran señora, relumbra con pedrerías, dá la mano á las princesas, y se digna admitir en su corte matinal á la aristocrácia femenina.

Los Abogados hacen hoy el triunfo de las revoluciones, y las revoluciones hacen el triunfo de los Abogados.

1 Fué primero Canciller de Margarita de Valois, hermana de Enrique II, y luego Canciller de Francia bajo los reinados de Francisco II y Cárlos IX. Su integridad es proverbial en aquella nacion: era ademas hombre muy docto, y dejó varias obras de importancia, señaladamente un *Tratado de la reforma de la justicia.* Murió pobre en 1573.—*N. del T.*

CAPITULO VI.

DE LA ELOCUENCIA DELIBERATIVA.

En las pequeñas Democrácias, la Elocuencia se agita en la plaza pública: en los estados Constitucionales, toma asiento en la Tribuna; en las Monarquías templadas, delibera con el príncipe.

Allí mas arrebatada, aquí mas grave. Allí vive de agitaciones y de figuras; aquí habla el lenguaje de los negocios. Allí pide á la publicidad su movimiento; aquí saca del secreto su fuerza y su prudencia. Allí se mezcla á la accion del gobierno; aquí á la teoría de las leyes. Allí dirige las pasiones de la multitud; aquí el poder de uno solo. Allí su frialdad helaría los ánimos; aquí su vehemencia embarazaría la discusion.

De esta suerte no se apaga jamás el fuego sagrado de la Elocuencia, y cuando no brilla á los ojos del pueblo, se conserva bajo las cenizas de otro hogar.

Impaciente del yugo revolucionario y de las licencias del Foro, Bonaparte se ciñó por sus propias manos el acero de dos filos de la espada y de la palabra; no quiso que hubiese mas tribuna que su silla de Cónsul, mas publicidad que la de sus leyes y sus decretos, mas prensa que su prensa oficial, ni mas eco, en Francia, que el de su propia voz.

Envió al Senado los gloriosos veteranos de nuestros ejércitos, menos para consagrar la preeminencia de la espada en un gobierno militar que para asegurarse dóciles votos; porque sabia que el hábito de la obediencia pasiva y del mando dispone al despotismo con los inferiores y al servilismo con los amos.

Encerró en vestiduras espléndidas de oro á los mudos de su Divan Legislativo.

Apriscó en el Tribunado los restos de aquellos hombres inquietos, cuyos pedazos se agitaban todavia, y que en breve iba á aplastar bajo su planta de Emperador.

Puso en el Consejo de Estado jurisconsultos, generales, marinos, publicistas, administradores, restos casi todos de nuestras Asambleas.

Los mas fogosos revolucionarios habian, ó perecido en la tormenta, ó sido arrojados á las playas del destierro: ademas, los hombres de accion no responden mas que al llamamiento de las revoluciones: los hombres de organizacion convienen mas á los fundadores de dinastías. Diéronse á los paises que habíamos conquistado nuestras instituciones, nuestro gobierno y nuestras leyes; quitáronseles sus juristas, sus sábios, sus hacendistas y sus diplomáticos; tomósele á Génova, Corvetto; á Florencia, Corsini; á Turin, Saint Marsan; á Roma, Bartolucci; á la Holanda, Appelius.

Cuando el estranjero, atraido por la hermosura de sus columnas jaspeadas, de sus cuadros y de sus artesonados, vé en las salas del muelle de Orsay [1] á algunos personages llenos de bordados y plumages, decidir sobre la formacion de causa de un guarda bosques, ó sobre la limpia de un simple arroyo, se pregunta si es ese aquel Consejo de Estado cuyo nombre resonaba en toda Europa, y cuyos Códigos inmortales rigen todavía muchos reinos desprendidos de la Francia.

No, el actual Consejo de Estado, mezquina *juzgaduría*, competencia disputada, guarida de prebendas, establecimiento sin forma y sin importancia, no es ya aquella poderosa corporacion que, bajo Napoleon, preparaba los decretos, reglamentaba las provincias, vigilaba á los ministros, organizaba las provincias reunidas, interpretaba las leyes y gobernaba el Imperio.

En el gran salon de las Tullerías contiguo á la Capilla, fué donde se elaboraron nuestros Códigos, cuya concepcion es tan magnífica, cuyo órden es tan sencillo, y cuya claridad es tan rigorosa que han sobrevivido á las fastuosas glorias del Imperio, y serán mas duraderas que el bronce. Ahí fué donde se organizó aquella vigorosa administracion de lo interior, á cuyas ruedas, de miedo de caerse, se agarran todavía nuestros raquíticos hombres de Estado.

El Consejo de Estado era el centro del gobierno, la palabra de la Francia, la antorcha de las leyes, y el alma del Emperador.

Sus Oidores, bajo el nombre de intendentes, avezaban al freno á los paises subyugados. Sus ministros de Estado, bajo el nombre de presidentes de seccion, inspeccionaban los actos de los ministros con cartera. Sus Consejeros en servicio ordinario, bajo el nombre de oradores del gobierno, sostenian las discusiones de las leyes en el Tribunado, en el Senado y en el Cuerpo Legislativo. Sus Consejeros en servicio extraordinario, bajo el nombre de directores generales, administraban las ren-

1 El actual Consejo de Estado ocupa un magnífico palacio recien acabado de construir, situado en el muelle (quai) d' Orsey, en frente del Louvre, á la orilla izquierda del Sena.—*N. del T.*

tas de las Aduanas, del Patrimonio, de los Derechos reunidos [1], de los Puentes y Calzadas, de la Amortizacion, de los Bosques y del Tesoro, establecian impuestos sobre las provincias de la Iliria, de Holanda y de España, dictaban nuestros Códigos á Turin, á Roma, á Nápoles, á Hamburgo, é iban á montar á la francesa principados, ducados y reinos.

Aquellas reliquias del borrascoso partido convencional que llevaban la república en el fondo de sus recuerdos, cedian, gruñendo, á la atraccion del Emperador. Napoleon los habia deslumbrado con sus victorias y como absorbido con su fuerza. Sus ánimos, cansados de las tormentas de la libertad, no aspiraban mas que á esplayarse en el seno de un reposo lleno de esplendor y de grandeza. El Consejo de Estado reproducia á sus ojos las animadas luchas de la tribuna, en aquellas graves sesiones en que no carecian de movimiento los debates, ni de independencia y autoridad la palabra. Allí era donde, á la voz de Napoleon, parecia que se habian concentrado de comun acuerdo todas las notabilidades civiles y militares de la Revolucion. Allí brillaban Cambacérès, el mas didáctico de los legisladores y el mas hábil de los presidentes; Tronchet, el mas grande magistrado de nuestra edad; Merlin, el mas sabio jurisconsulto de Europa; Treilhard, el mas robusto dialéctico del consejo; Portalis, célebre por su elocuencia; Segur, por las galas de su ingenio; Zangiacomi, por la decisiva concision de su palabra; Réal, por la originalidad de sus réplicas; Fourcroy, por su lucidez; Defermon, por su esperiencia; Pelet de la Lozère, por su talento clarísimo; Dudon, por su erudicion administrativa; Chauvelin, felicísimo en sus salidas; Fréville, economista liberal; Portal, hacendista exacto; Henrion de Pansey, jurisconsulto eminente; Cuvier, vasta y universal inteligencia; Mounier, tan cáustico; Pasquier, tan fluido; Boulay, tan sesudo; Thibeaudeau, tan firme y tan independiente; Fiévée, tan sutil; Molé, tan grave; Bérenger, tan conciso, tan incisivo, tan ingenioso; Berlier, tan profundo y tan abundante; Degérando, tan versado en la ciencia del derecho administrativo; Andréossi, en el arte del ingeniero, y Saint-Cyr en la estratégia militar; Regnauld de Saint-Jean-d'Angély, orador brillante, publicista consumado, trabajador infatigable; Bernadotte, hoy rey de Suecia, y Jourdan, el vencedor de Fleurus.

Napoleon, que devoraba los hombres y las cosas, no queria mas que obreros que trabajasen bajo su direccion, aprisa y bien. Regnauld de Saint-Jeand'Angély, de un temperamento robusto, de ingenio vivo, de elocucion elegante y fácil, hábil redactor de Proyectos de leyes y

1 *Droits réunis.* Llámase así cierta contribucion de puertas sobre los líquidos.—*N. del T.*

de Preámbulos, aprendia y espresaba en pocas horas todos los pensamientos de su maestro.

Los consejeros de origen plebeyo se distinguian de los de origen noble; entre ambos formaban como dos rios corriendo en el mismo cauce, sin mezclar sus aguas. Los primeros afectaban la sencillez de los convencionales, y parecia que se les despegaba el trage de corte que los otros llevaban con gracia. Estos eran mas finos en sus modales y en su lenguaje; aquellos mas ásperos y, en el comercio familiar, cínicos á veces.

Pero, cosa notable! entre los mas hábiles del Consejo ninguno era noble. Ni los Portalis, los Treilhard, los Tronchet, los Boulay, los Maleville lo eran; ni los Regnauld de Saint-Jean-d'Angély, los Defermon, los Mounier, los Berlier, los Henrion, los Cuvier, los Zangiacomi, los Réal, los Régnier, los Allent, los Merlin tampoco: todos estos hombres superiores se elevaron del Estado Llano por la fuerza de su carácter y de su talento, y esto esplica históricamente cómo el dominio de los negocios públicos ha venido á caer en manos de la clase media.

Y no solo fundó Napoleon, asistido por sus consejeros, monumentos eternos de legislacion, mas legó tambien á sus sucesores una multitud de hombres de Estado ilustres, que luego han sido ministros, como los Señores Portal, Gouvion de Saint Cyr, Pasquier, Portalis, de Broglie, Molé, Beugnot, Pelet de la Lozère, Siméon, Saint-Cricq y Chabrol.

Tampoco olvidemos á tres personages que llevaron á los Consejos de Estado de la Restauracion las grandes tradiciones del Consejo imperial, y la ordenada economía de sus debates: hablo de los señores Bérenger, Cuvier y Allent.

M. Bérenger, mas listo que sólido, sutil á fuerza de ingenio, empleado por accidente, pero de la oposicion por hábito, por carácter y casi por temperamento; valeroso defensor de los intereses nacionales, nutrido de ideas y de costumbres republicanas, consejero de Estado por su mérito, par de Francia solamente por haber sido consejero de Estado; sepultado, perdido en los trabajos secundarios y en los oscuros honores de una comision; y sin embargo, nacido para pelear en la tribuna del pais, para pelear en ella perpétuamente, y labrarse por este camino una celebridad.

Jamás he hallado en nuestros círculos parlamentarios orador mas penetrante ni luchador mas atrevido. Por agotada que estuviese una tésis, siempre hallaba en ella un aspecto nuevo; por sólida que pareciese sobre sus pies una argumentacion, él sabia con algun rebote hacerla cojear; no dudaba en ciertas ocasiones sino para asegurar mejor, ó

no aseguraba mas que para mejor dudar. Sembraba con tanta maña bajo los pies de su adversario los artificios y las trampas, que era muy difícil no caer en ellos: su dialéctica en efecto estaba llena de mil facetas, de ambages imprevistos y de redes de mil mallas: era como un surco que él se abria en el campo de la discusion mas árida ó mas oscura, y que siempre dejaba en pos de sí un luminoso rastro.

M. Cuvier gustaba de los negocios por los negocios mismos, y si no hubiera sido naturalista, hubiera sido procurador. Siempre el primero en los juzgados, hojeaba los espedientes con una especie de pasion: veíasele mas asíduo á las audiencias judiciales del Consejo de Estado, que á las sesiones del Instituto. Su inteligencia se elevaba á los mas sublimes descubrimientos de la ciencia, y se rebajaba á las fórmulas vulgares y estereotipadas de una aceptacion de legado ó de una autorizacion de molinos y de fraguas. Grande juntamente y sutil; hábil en anudar los rotos hilos de las antiguas edades; en descender á las profundidades de la tierra, y en recomponer, con el esfuerzo creador de su genio, las generaciones estinguidas de los enormes animales antidiluvianos, y en sondear, con la misma penetracion, las estrechas y capciosas circunvoluciones de un procedimiento; admirable en lo pequeño y en lo grande, en la esposicion administrativa de los intereses reales y vivos, y en la anatomía de la naturaleza muerta; investigando en todo la razon de las cosas con la paciencia de la observacion y las luces del análisis.

En todas las grandes épocas de la historia se ha visto siempre al genio que organiza los imperios, encontrar como por adivinacion al genio que sirve y que obedece; parece que, por una especie de instinto simpático, ambos se acercan uno á otro para confundirse. Asi Napoleon, en los últimos momentos de su reinado, descubrió á M. Allent. Bajo sus auspicios, M. Allent trazó el plan de campaña al rededor de París, y sin la caida del Emperador, hubiera ascendido rápidamente á los supremos honores del ejército. La paz y la Restauracion le clavaron en los bancos del Consejo de Estado.

Versado en la literatura antigua, nacional y estranjera, ingeniero militar y civil, estratéjico, artista, administrador, hacendista y aun jurisconsulto, era un hombre de una erudicion inmensa y de un mérito prodigioso.

Versado en la práctica cuanto sabio en la teoría; capaz de abarcar el conjunto y de percibir al mismo tiempo todos los pormenores de las cosas, M. Allent era apto para todo, y hubiera sido tan buen ministro de Gracia y Justicia como de Hacienda, de lo Interior como de la Guerra. Era el alma y la antorcha de todas las comisiones, y su talento gubernamental igualaba en capacidad, y superaba en uni-

versalidad al de todos los ministros de la Restauracion y del tiempo presente.

Lo súbito y oportuno de sus arbitrios eran cosas proverbiales en el Consejo, y cuando él opinaba, la Asamblea, por lo comun, se adheria á su dictámen.

Trabajado por una dolorosa enfermedad, generalmente no oia mas que el principio ó el fin de un informe; pero era tan viva su penetracion y tan vasto su saber, que con la simple lectura de los autos comprendia el negocio y redactaba la resolucion sobre la marcha, con tanta concision como claridad, verdaderos prodigios que nos dejaban pasmados.

No solo descubria, á primera vista, todo el horizonte de una tésis, mas la atacaba con espada en mano con ímpetu y fuego: la dividia, la despojaba de su fraseologia y de sus incidentes, y no dejaba aparecer mas que el punto culminante, objeto del litigio.

Siempre la fortuna le fué contraria: lo mismo á los ejércitos de la República, que á los Consejos del Imperio, y á la Tribuna, llegó algunos años demasiado tarde.

Hombre de una modestia singular y de un desinterés romano; que no veia en las cosas mas que los deberes á ellas anejos; que huia de los honores que iban á solicitarle; sencillo en sus costumbres y en sus modales como los hombres superiores, y á quien no faltó mas que querer ser para ser, y otro teatro para dejar una nombradía; hombre extraordinario á quien yo quisiera hacer revivir en estas líneas, si un hombre como él pudiera morir; hombre irreparable para el Consejo de Estado, querido de todos sus amigos y digno de ser llorado por cuantos aman todavía el saber y la virtud.

Pero estoy impaciente por llegar al que los domina y los eclipsa á todos, á Napoleon. Donde quiera que se muestra esta gran figura, ¿cabe por ventura ninguna otra?

Cuando el general Bonaparte fué á ocupar en el Consejo de Estado su sillon de primer Cónsul, todavia era el mismo hombre que apareció en los campos de batalla de Italia; pálido, de rostro pronunciado, proeminente ceja, ojo meditabundo y hundido en su órbita; ya llevaba en su frente, como en el fondo de su alma, los destinos de legislador, de monarca y de conquistador.

Abríase la sesion, y Bonaparte preguntaba los asuntos del órden del dia. Muchas veces, mientras se enumeraban, caia él sin advertirlo en una profunda meditacion, y perseguia su idea como un ardiente cazador persigue su presa; hablábase á sí mismo, en alta voz, con esclamaciones, con sonidos cortados é interrumpidos, y á veces con lágrimas. Luego se lanzaba rápidamente sobre la cuestion, para alejarse de ella un momento despues, y volver á ella en seguida.

En el Consejo de Estado era donde urdia los hilos de centralizacion gubernamental y administrativa, y donde, teniéndolos todos reunidos en su mano, sentia la menor sacudida de su centro y de sus estremidades: allí era donde los estendia sobre toda la nacion, izando en ellos, como en una altura fortificada, el pabellon de su poderosa unidad.

Napoleon amaba á su Consejo de Estado, y estaba en él como en su casa, á todas sus anchas; allí hablaba confidencialmente, como se habla á hermanos, á amigos; allí reposaba de sus grandezas oficiales; allí exhalaba sus resentimientos; allí revelaba, como impelido por una fuerza superior, el estado de su alma, y claramente podia leerse en una sonrisa de sus labios, en una arruga de su frente, el secreto de sus profundos designios.

El órden del dia no era para él el que estaba ya consignado; sino lo que premeditaba en la hirviente agitacion de sus ideas, ya las tuviese preparadas con anticipacion, ya se le ocurriesen de repente. Por eso se le veia tan amenudo salirse bruscamente de la cuestion, dejar los caminos trillados, y acometer toda especie de asuntos. Trataba de todo, de la paz, de la guerra, de sus sistemas administrativos ó filosóficos, de su diplomacia, de su política. Descendia familiarmente hasta las mas insignificantes menudencias de etiqueta sobre las ceremonias de la consagracion, sobre la metrópoli arzobispal donde habia de verificarse la coronacion, sobre el emblema imperial que habia de adoptarse, el gallo, el águila ó el elefante.

Admitia en el seno del Consejo de Estado diputaciones de la Universidad, del Instituto, del Comercio. Concedia la palabra é instaba á que se pidiese. Resumia las cuestiones, y le agradaba sobre todo el proponerlas; esto cuadraba mas á su carácter impaciente.

Dictaba sus resoluciones con tal verbosidad y rapidez, que apenas podia la pluma seguirle. Siempre que se le ocurria encargar un proyecto de ley, un informe, un considerando, un discurso bien razonado, bien meditado, bien profundo y luminoso para el Senado ó para el cuerpo Legislativo, lo habia de hacer á la misma víspera de necesitarlo, ó en el mismo dia, ó solo algunas horas antes.

Cuando la redaccion que le presentaban no le convenia, solia encargarse él mismo de correjirla. No gustaba ni de reglamentos prolijos y redundantes, ni de largos preámbulos de decretos. Temia que la opinion tomase la cosa al revés de lo que se quería. Así que, todos los decretos imperiales ajustados al génio de Napoleon, participan de su laconismo imperioso, de sus prontas y violentas decisiones, de su aire listo y militar.

Finjia algunas veces dejarse penetrar, para penetrar mejor á los de-

mas, y para internarse mejor en los pliegues recónditos de sus intenciones. Lo que no conseguia con la fuerza lo alcanzaba con la astucia. Lo mismo hicieron siempre casi todos los hombres nacidos para gobernar los imperios: Aníbal, Sila, Cromwell, Federico, Richelieu. «Yo soy leon, decia Bonaparte, pero tambien sé volverme zorro.» Esta espresion revela la doble faz de su génio.

Acercábase mas á lo íntimo de los corazones por la via disimulada de una plática amistosa, que por medio de las escitaciones premeditadas de un debate, porque entonces no hallaba los ánimos prevenidos con la desconfianza. El orígen y la esplicacion de los negocios mas importantes de su reinado, no deben buscarse sino en las conversaciones familiares de su Consejo de Estado.

Desgraciadamente, la prensa de entonces no tenia voz. Los actores de aquellos dramas íntimos no se han curado de ser sus historiadores. Un secretario que escribia sentado al lado de Napoleon no podia jamás atreverse, sin su mandato espreso, á anotar en un acta sus arrebatos, sus iras, sus momentos de ternura, sus paradas, sus esclamaciones confidenciales y sus digresiones oratorias. Así es que aquellas minutas son un seco y frio esqueleto falto de nervio, de colorido, de animacion y de vida.

Hoy dia solo los recuerdos pueden servir para reconstruir las opiniones de aquel varon estraordinario sobre varios asuntos de constitucion, de política, de religion, de legislacion, de gobierno, de administracion y de policía.

Cuando, siendo ya Cónsul perpétuo, ascendia por caminos tortuosos hácia el Imperio, se le vió proponer en Consejo de Estado la cuestion de sucesion, absolutamente como si fuera un republicano neto.

«La herencia de la corona, decia con afectacion, es absurda, porque »la herencia deriva del derecho civil. La herencia supone propiedad; su »orígen fué asegurar la transmision. Ahora bien ¿cómo conciliar la he»rencia de la corona con el principio de la soberanía del pueblo?»

Y en verdad ¿cómo conciliarla? Pero nadie se atrevió á decirle: es cierto, mi general; no puede ser.

En tales ocasiones, los papeles mas solemnes que se representaban en Consejo de Estado, y cuyas frases dejaba traslucir por defuera valiéndose de las indiscreciones oficiosas de la policía, habian sido ya arreglados y ensayados cien veces á telon corrido entre él y sus autores.

Algunas veces solo dejaba trasporar su secreto gota á gota; decia una palabrita suelta, ó se espresaba con una simple mirada, y era preciso adivinarle y obrar en el sentido de aquella mirada ó de aquella palabra.

Era, en todas las cosas, de una destreza singular, y sabia convertir en pro de su ambicion las alternativas de temor ó de esperanza con que agitaba los corazones.

No era cruel por naturaleza ni por carácter; mas no tenia ni una alta filosofía ni una gran moralidad.

Fuerza es decir sin embargo en disculpa suya, que halló cómplices eficaces y serviciales entre aquellos hombres que las oleadas de la revolucion habian pulido y redondeado, revolcándolos sobre las arenas de la ribera, y que en la espuma de la agena fortuna subian á los mas altos honores. Consagráronse en verdad á Napoleon, pero siempre con la condicion de no quedar ellos olvidados. El Senado, metido en carril y tentado en su codicia, estipuló descaradamente la herencia de sus títulos, sueldos y funciones. El Tribunal y el Cuerpo Legislativo solicitaron como sirvientes el aumento de sus salarios. La bajeza de los criados escedió á la usurpacion del dueño. Los estados-mayores, las prefecturas, las administraciones, las municipalidades, las academias, las magistraturas y la misma prensa, se precipitaron en la servidumbre con rivalidad y emulacion vergonzosa. Impelieron á Napoleon, lleváronle entre mil brazos al Imperio, y la corrupcion de la gangrena se estendió de tal manera por todo el cuerpo de la nacion oficial, que aun no ha podido salir este de su degradacion, y que el virtuoso Pablo Luis Courier, en su noble indignacion, no ha sabido darnos otro nombre que el de pueblo de lacayos.

Digamos sin embargo para ser justos, que entonces mismo, en medio del general silencio, no dejaron algunas voces mas enérgicas, algunos pocos ciudadanos, algunos tribunos, de levantarse contra el César.

Carnot, cuya rara temperancia se escandalizaba con el lujo y las galas de una corte, fué uno de ellos. Carnot, que con la espada de los republicanos venció á los ejércitos coligados de Europa; que con dolor violento veia á la libertad sucumbir y espirar; que, para no hacer traicion á sus convicciones, quiso sepultar en la soledad y en el retiro las esperanzas de una brillante fortuna, y que despues, en los dias de luto y de ruina del Imperio, habia de presentarse lleno de patriotismo á ofrecer su brazo, no al emperador, sino al representante armado de la independencia nacional.

Acompañábanle:

Lanjuinais, Breton de los antiguos tiempos, que tascaba impaciente el freno y respingaba bajo el peso de la dictadura, protestando contra ella con las vigorosas exhalaciones de su alma ardiente.

Daunou, enemigo no menor de la tiranía; mente sólida y recta; elegante sin afeites, erudito sin pedantería, elocuente sin gritos y aspavientos, inaccesible á la seduccion, inflexible contra las amenazas, filósofo amable y tolerante, sencillo en sus costumbres, profundo y abstraido en sus estudios, ciudadano al par de los mejores ciudadanos de la Grecia y de Roma, sabio al modo de los sabios de la grave y modesta antigüedad.

Benjamin Constant, jóven á la sazon, lleno de imaginacion y de fuego, destinado á llevar adelante en los espléndidos salones de madama de Stael, la oposicion del talento contra el ingenio, del exámen contra el entusiasmo, del derecho contra la usurpacion, de la paz contra la guerra, de la libertad contra el despotismo, y de la justicia eterna contra las estravagancias de la arbitrariedad.

Algunos otros, menos notables, lanzaban clamores mal reprimidos y mordian rabiosos el freno de la servidumbre imperial; pero la gran masa de la nacion enmudecía.

Asi por temperamento como por sistema, profesaba Napoleon las máximas del poder absoluto. Asi por instinto como por necesidad, queria un gobierno fuerte, y leyes severas y obedecidas. Despreciaba al populacho; idolatraba al ejército como la mas completa significacion de la nacionalidad, como la fórmula mas homogénea del poder, como el instrumento mas activo, mas dócil, mas compacto del gobierno.

Pero no gustaba ni de la prensa, ni de los abogados, ni de los salones de París; porque en verdad, la prensa, los salones de París y los abogados han sido y serán siempre en sumo grado impertinentes para el despotismo. Conocia, y no dejaba de decirlo, que las Constituciones imperiales no ofrecian la menor garantía de duracion, y que un cabo con unos cuantos soldados podria, como por poco llega despues á demostrárselo Mallet [1], apoderarse del trono cayendo sobre él de golpe en ocasion oportuna. No confiaba sino en sí mismo; por eso fortificaba su trono á espensas de la libertad.

Ademas ¡raro contraste! ese mismo hombre que decia que á los funcionarios se les habia de conducir por medio del temor, del interés, ó de la vanidad, no tenia fé íntima mas que en el desinterés y virtud de ellos! Ese hombre que solo queria esclavos, se indignaba de la bajeza de los esclavos! El que desdeñaba la opinion, temia sobre todas las cosas á la opinion! Fundaba para una eternidad, y apenas creia que llegase á ser vitalicio su poder! Por último, aquel mismo que tanto des-

1 El autor hace sin duda referencia en este pasaje á la tentativa que en la noche del 23 al 24 de octubre de 1812 hizo el célebre general republicano Cárlos Francisco Mallet, para despojar á Napoleon del trono durante su permanencia en Rusia. Evadiéndose en la noche referida de un hospital del arrabal de St-Antoine, donde se hallaba arrestado por sus opiniones y proyectos revolucionarios, intentó un golpe de mano definitivo, y segundado por una parte de la guarnicion de París, se apoderó del Ministro y del Prefecto de la Policía, sublevó la poblacion, y puso de un pistoletazo fuera de combate al general Hullin que mandaba la plaza. Cuando el éxito de la conspiracion parecia ya seguro, fué Mallet prendido y desarmado por el coronel Laborde, quien en recompensa de aquel eminente servicio recibió luego de Napoleon el título de Baron.—*N. del T.*

preciaba á los hombres, deliraba por las glorias que los hombres distribuyen!

Queria que el Cuerpo Legislativo no fuese, ni tan débil que le sirviese mal, ni tan rico de patrimonio que pudiera mostrársele independiente, ni tan pobre que anduviese siempre con él exigente y pedigüeño.

Como hombre de genio, no temia á los hombres superiores. Consideraba á todos los talentos notables como cosa suya, como destinados á su uso. Tendia sobre ellos su mano; sacábalos de entre el vulgo, y se los atraía con aquella especie de fascinacion magnética que le era peculiar, y á la cual el mismo Carnot, Benjamin Constant, Macdonald, Lecourbe, y otros muchos no pudieron resistir.

Napoleon tenia en la materia civil ideas mucho mas ámplias que los jurisconsultos de la Basoche [1] y del Chatelet [2]. Todas sus observaciones eran profundas, y dejaban asombrados á los legistas por su originalidad y exactitud.

Trabajó él mismo en el Código que lleva su nombre; muchas de sus disposiciones emanan de él esclusivamente. «Donde está la bandera, decia, alli está la Francia.»

Cuando se trató la cuestion de la deportacion tuvo movimientos oratorios llenos de sensibilidad. «Si no ha de ser lícito á la mujer de un »deportado acompañar á su marido, mejor es matar al reo. Entonces po»drá al menos la infeliz viuda alzarle una tumba en su jardin, para »regarla de lágrimas todos los dias.»

Él fué quien fijó la edad núbil, quien dispuso que en el acto de la celebracion del matrimonio jurase la mujer obediencia al marido; y añadió en tono festivo: «Conviene mucho que la palabra obediencia »quede consignada, sobre todo para París, donde las mujeres se creen »autorizadas para hacer todo lo que se les antoja.»

Todos los conquistadores y fundadores de imperios han pensado con preferencia en la educacion de sus súbditos, ya por instinto, ya por prevision. . . . .

1 Jurisdicion y tribunal de los pasantes que tenian los procuradores en el Parlamento de París.—*N. del T.*

2 El Châtelet era el tribunal mas antiguo de París, de jurisdicion real ordinaria, que comprendia en sus cuatro principales secciones la Prebostía, el Vizcondado, la Bailía y la Senescalía. A fines del siglo pasado componian el *Châtelet* el Fiscal general del Parlamento de París, un preboste, seis lugartenientes, civiles, criminales y de policía, sesenta y cuatro consejeros, un juez auditor, cuatro fiscales civiles, un promotor fiscal, ocho sustitutos, y un caballero de honor. Tenia ademas una vastísima dependencia de escribanos cartularios, notarios, guarda-sellos, procuradores, alguaciles, ugieres de á pié y á caballo, pregoneros y trompeteros, etc. *Id.*

Queria Napoleon que no tuviese un cualquiera la libertad de abrir una tienda ó despacho de enseñanza, como se abre un almacen de paños; que la unidad despótica del gobierno se infiltrase en los Liceos [1]; que una corporacion de jesuitas seculares diese educacion moral y política al pueblo, enseñándole á mirar en todo al Emperador como su providencia; que los pies de aquel gran cuerpo estuviesen en los bancos del colegio y su cabeza en el Senado; que empezase desde la cuna la enseñanza de la religion napoleónica; que al pueblo se le cebase la memoria con la historia de las antiguas Galias; que los profesores al tomar su borla se desposasen con la Universidad como se desposaban los frailes con la Iglesia.

En la muerte, que arrebata cada año en París de quince á veinte mil personas, no veía él mas que «Una hermosa batalla.»

Solo apreciaba el fanatismo militar. «Es necesario, decia, para de»jarse matar.»

Solo en algunos arranques y humoradas le gustaba agitar cuestiones religiosas.

Enojábase contra los eclesiásticos que querian reservarse la accion sobre la inteligencia, y reducirle á él á la mera accion sobre el cuerpo. «Quédanse con el alma, y me dejan el cadáver!»

Consideraba la religion como institucion política, lo mismo que todas las demas cosas. «La religion enseña á descubrir en el Cielo una idea »de igualdad que impide que el rico sea asesinado por el pobre.»

Queria convertir á todos los misioneros en otros tantos agentes diplomáticos, para llevar á cabo sus lejanos designios.

Decia: «En el culto, todo debe ser gratuito y para el pueblo. La »obligacion de pagar á la puerta del templo, y de pagar las sillas, es cosa »repugnante. No se debe privar á los pobres, solo por ser pobres, de »lo que les consuela en su miseria.»

Sin remordimiento y sin gran deliberacion sacrificaba á la razon de Estado los intereses particulares. No obstante, en muchos casos manifestó grande y delicada solicitud en favor del derecho privado.

1 Habiéndose generalizado tanto en España esas reuniones de diversion y galanteo, fundadas con el pretesto de protejer y fomentar las artes y la bella literatura, con el nombre de Liceos; es ya necesario advertir al lector español, que los Liceos de que habla el autor no son esas asociaciones susodichas que habrá visto en Madrid, en las ciudades de provincia, y hasta en pueblos de último órden, y donde se representa y se canta, y se toca y se baila, y hasta se juega al villar y se fuma. Los verdaderos *Liceos* son una especie de públicas academias donde, á imitacion del que fundó Aristóteles cerca de Atenas, se reunen los profesores y gente estudiosa para enseñar, ó disertar sobre filosofía ó literatura.—*N. del T.*

Quejábase de no ser mas que una rúbrica para la firma de los decretos imperiales, y organizó por su propia idea la bella institucion de la Comision de lo contencioso. Cosa singular! queria justicia en la arbitrariedad!

«¿Quién creerá, decia, que mi mueblista pretende hacerme pagar »cien mil francos un mal trono y seis sillones?» Pues esa fué en realidad la única causa de la competencia del Consejo de Estado en los suministros de la lista civil.

Hé aquí algunas de sus máximas en materia de impuestos: «mas va»le dejar el dinero en manos de los ciudadanos, que meterle y guardar»le bajo tierra.

»Para tomar es preciso saber dar.

»Seiscientos millones de renta deben bastar á la Francia en tiempo »de paz.

»No se debe cargar al burro por todas partes.

»Plaza y agua deben tenerse de balde; basta con pagar la sal!»

Hé aquí otro axioma suyo de inmoral moralidad: «á los hombres de »dinero es preciso obligarlos con dinero.»

En todas ocasiones se mostró benigno con los emigrados; les restituyó sus bienes no enagenados, y su política se inclinaba á concederles una indemnizacion.

Por favorecer al pueblo quiso bajar los precios de las localidades en los teatros.

Solia decir muchas veces: «no hay por lo general cosa mas tirá»nica que un gobierno que tenga la pretension de ser paternal.»

Tales eran sus palabras y máximas de Cónsul. Cuando llegó al Imperio ya fué mas dueño de sus secretos, mas cuidadoso de sus destinos, cuyo fin hubiérase dicho que presagiaba, y mas reservado en sus momentos de espansion.

Pero donde con mas frecuencia mostraba el corazon en los labios, donde mas comunmente buscaban un eco sus pensamientos, era en el seno del Consejo de Estado, al cual le ligaba un antiguo afecto.

Apenas se descalzaba Napoleon de sus espuelas al volver de cualquiera de sus grandes batallas, oíase á la entrada del Consejo rumor de armas, y un triple redoble de tambor. Abríanse las puertas de par en par, y un ugier decia en alta voz: «Señores, el Emperador!» Napoleon se adelantaba con paso franco y militar hácia su sillon, saludaba, tomaba asiento, y se cubria la cabeza, mientras que sus oficiales, y á veces varios príncipes estranjeros, cuadrados á su espalda y con el sombrero quitado, permanecian en profundo silencio.

Era yo entonces muy jóven, y confieso que no podia contemplar

sin emocion aquella frente calva, sobre la cual parecia reflejarse desde la alta techumbre toda la gloria de Austerlitz [1].

Asistí á la famosa sesion que tuvo lugar el dia siguiente de su vuelta de la batalla de Hanau.

Rendido y destrozado aun de las fatigas del viaje, pálido y pensativo, hízonos el Emperador pasar á su gabinete. Allí, de pie y sin la menor preparacion, interpeló enérgicamente á M. Jaubert, gobernador del banco de Francia, por haber cometido, segun él decia, la imprudencia de hacer con demasiada precipitacion el descuento de los billetes. Esplicó Napoleon los estatutos del Banco, y desentrañó su mecanismo con toda la precision y claridad de un censor ó de un regente. Chocábame naturalmente oir á un militar discurrir sobre la organizacion de los bancos, y sobre la teoría del descuento. M. Jaubert, hombre de natural tímido y sencillo, balbucia algunas disculpas que apenas pudimos oir. Volviéronse á abrir las puertas del salon principal; todos se sentaron, y celebróse el Consejo.

Primeramente hizo el Emperador una larga pausa. Veíase claramente que estaba absorto en sus pensamientos; tenia sin advertirlo la cabeza inclinada sobre el pecho, y con un cortaplumas se puso á acuchillar maquinalmente plumas, tapete y papel. Por último, como saliendo de un sueño esclamó: «Esos Bávaros! esos Bávaros! he pasado por enci- »ma de sus cuerpos; he muerto á Wrède [2]! la invasion se propaga rá- »pidamente, el tiempo urge; ea, Señores ¿qué piensan VV. hacer? Qué »tienen VV. que decirme?

—»Señor, respondió Regnauld de Saint-Jean d'Angély, contad con el valor de los Holandeses.

—»Los Holandeses! no es sangre, sino agua teñida la que corre por sus venas.

—»Ved, sin embargo, Señor, que llegan felicitaciones de todas par- »tes, y que todas las corporaciones del Imperio os protestan fidelidad »y sumision.

—»¿Qué dice V., M. Regnauld? acaso no se yo como se fabrican esas »felicitaciones, y qué significan? creo yo en ellas por ventura? Dinero, »hombres es lo que se necesita, y no frases; y VV. Señores, son ciu- »dadanos eminentes, padres de familia, padres del Estado; á VV. cor- »responde reanimar el espíritu público con la elocuencia de sus exhor-

1 Ocupaba el techo de la sala del consejo el cuadro de la batalla de Austerlitz pintado por Gérard.

2 Asi lo creia. El príncipe Cárlos Felipe de Wrède que mandaba las tropas bávaras, habia sido en efecto gravemente herido en la sangrienta batalla de Hanau, y aun los diarios franceses llegaron á anunciar su muerte; pero al año siguiente (en 1814) volvió á tomar el mando de las tropas, é hizo la campaña de Francia.—*N. del T.*

»taciones; atiendan, pues, á precaver la vergüenza y las miserias de la »invasion que amenaza al Imperio.»

Palabras tardías! el Imperio se iba desmoronando por horas, y cuando están marcados los tiempos, es preciso que los gobiernos y los pueblos, apesar de su poder y de sus talentos, sean arrastrados hácia la tumba por la fatalidad del destino, que, bien considerado, no es otra cosa mas que el encadenamiento lógico de sus errores.

Napoleon acabó tan completamente porque en él solo se contenia toda su gloria, toda su dinastía, todo su imperio. ¿Quién no se hubiera humillado ante una superioridad tan natural? Quién no ha esperimentado, al acercarse á él, el encanto de su seduccion omnipotente? En la obediencia que se le prestaba no habia servilismo, porque era voluntaria; mezclábase á ella la inclinacion, y aun algunas veces la pasion que inspiraba su persona. No habia nunca saciedad en contemplar aquella frente espaciosa y pensadora que encerraba los destinos del porvenir. No era posible clavar mucho tiempo la mirada en aquella mirada irresistible que le penetraba y escudriñaba á uno sus pensamientos hasta en el fondo mismo del alma. Todos los demas hombres, emperadores, reyes, generales, ministros, parecian á su presencia seres de una raza inferior y comun. Habia cierto imperio en su voz, y á veces cierta dulzura, una especie de insinuacion italiana, que penetraba hasta las fibras. Con una mezcla inconcebible de gracia y de fortaleza, de sencillez y de gala, de candor y de dignidad, de astucia y de franqueza, conseguia dominar los ánimos mas rebeldes, y arrastrar en pos de su consejo á los mas prevenidos en contra suya. Puede en verdad decirse que tanto conquistó con la lengua como con las armas.

Habia en su genio pompa oriental y precision matemática á un mismo tiempo.

Su elocuencia, que no era para él una flor de estudio, sino un instrumento de mando, se amoldaba á todas las épocas y circunstancias. Con los soldados, que son hombres del pueblo, hablaba el lenguaje del pueblo que gusta de grandes figuras, de recuerdos y de emociones; trazaba con sus mariscales sus planes de campaña; con sus ministros y secretarios componia y redactaba notas diplomáticas, y artículos para el *Monitor*. Pasaba sin el menor esfuerzo, de la elevada discusion de las leyes civiles y políticas, á los mas minuciosos requisitos de un decreto de vestuario de la marina, ó de un reglamento sobre el oficio de panadero. Presidia sin descansar, y una despues de otra, á la junta de trabajos públicos, á la de la guerra, y á los consejos de administracion. Disertaba sobre literatura y ciencias con los miembros del Instituto. Con los auxiliares de oficina revisaba y corregia los cuadros intrincados de la estadística y de los cálculos. En el

Consejo, confeccionaba leyes con Tronchet, Treilhard, Merlin, Bérenger, Cambacérès y Portalis.

Cuando los consejeros de Estado, cansados y rendidos, se dejaban vencer por el sueño, él se divertia maliciosamente en prolongar la sesion hasta la noche. No tenia nunca hambre, ni necesidades, ni fatiga. Diríase que su indomable voluntad le hacia dueño de su constitucion como de todas las demas cosas.

Se recreaba con los consejeros de Estado en enzarzarlos á unos contra otros; lisonjeábalos en cierto modo para que entrasen en disputas, ya porque sus polémicas le representasen la imágen de la guerra, ya porque se propusiera hacer brotar la verdad del choque de la discusion. El mismo se batia algunas veces con Theilhard, lógico adusto, intrépido atleta, que no perdonaba á su adversario imperial: y decia en sus conversaciones familiares que le costaba mas vencer á Theilhard que ganar una batalla.

Su argumentacion era animada, rápida, interesante; sin trabazon, sin método, pero llena de naturalidad, de genio y de inspiracion. Cuando discutía lanzaba torbellinos de humo y llamaradas.

Habia nacido Napoleon aun mas para gobernar que para conquistar, mas para fundar Estados que para derruirlos. Veamos sino ¿qué ha quedado en lo esterior de tantas victorias regadas con nuestra sangre? No hemos dejado en las tierras estrañas, y eso en algunos lugares tan solo, mas que las vívidas incrustaciones de nuestros Códigos, de nuestro jurado y de nuestra organizacion judiciaria. En lo interior ¿qué seria de nuestra justicia civil, criminal y comercial, sin la unidad de nuestra legislacion, sin la concordancia de nuestra jurisprudencia y la institucion del Tribunal de Casacion? ¿Qué serian las garantías, la conformidad y la responsabilidad de la administracion, sin la unidad de la division territorial, de las prefecturas, del ministerio y Consejo de Estado? ¿Quién, sin la unidad del impuesto, de la contabilidad por partida doble y del Tribunal de Cuentas, pondria coto á las esquilmas, vejaciones y dilapidaciones fiscales? Desde el imperio de Napoleon, marchamos por los carriles que nos abrió su carro administrativo, y á pesar de tantos sacudimientos políticos no han salido aun fuera de aquellos surcos sus poderosas y volantes ruedas. Napoleon en el Consejo de Estado, era la centralizacion encarnada, la centralizacion en consubstancialidad con el Imperio, la supremacia del mando, la tenacidad de una voluntad única, y la vida contínua de una misma accion. Con la centralizacion de la Francia, nuestra nacion pesará siempre en la balanza Europea con el poder homogéneo de treinta y tres millones de habitantes. Con la centralizacion de la Europa, la civilizacion del mundo marchará y prosperará como dispuso Dios que prosperára, y Napoleon se-

rá mas admirado de la posteridad por sus glorias de precursor del porvenir, de político, de legislador y de organizador, que por sus timbres de asolador de naciones, de guerrero, de conquistador y de triunfador.

CAPITULO VII.

DE CUATRO GENEROS DE ELOCUENCIA COMPARADOS.

I.

DE LA ELOCUENCIA ACADEMICA.

Cada género de elocuencia tiene su tiempo, su lugar, su fisonomía, su proceder y su manera.

La Elocuencia Académica, se entona y pavonea delante de los espejos de sus salones. Se mira en ellos y se contempla, como una coqueta, de pies á cabeza.

Entra en el palacio del Instituto saludando é inclinándose respetuosamente; acaricia con halagüeña mirada la vanidad agena, para que tributen incienso á la suya propia; mas bien que andar, se desliza sobre el encerado piso del vestuario; lleva erguida la cabeza para aspirar mejor el incienso que ella misma exhala, y el oido alerta para recojer los dichos lisonjeros con que le retribuyen sus encomios; no es aficionada ni al mucho ruido, ni al mucho andar, ni al mucho hablar, ni á muchas ideas; mécese blandamente en un término medio de conveniencias estudiadas, de delicadezas impalpables y de sutiles alusiones.

Todos los inmortales que reciben el honor de ser admitidos á su banquete, reciben su invitacion en billetitos arrasados y perfumados. Como dama de fino trato, se adelanta á dar á sus convidados la mano asi que los anuncian; les indica con discreto gesto el sillon que han de ocupar, y en lenguaje de los dioses regala con toda especie de dulzuras los oidos de cada uno de aquellos grandes hombres. El gran tono, durante el

festin, está en no apretar demasiado las mandíbulas para comer, en no hacer chocarse las copas, en no embriagarse con Champaña sino con adulaciones, y en no desquitarse del fastidio de los cumplimientos y de las apoteosis dando pisotones por debajo de la mesa á los que están al lado. Al fin del banquete, la Elocuencia Académica se levanta; echa en honor de los inmortales un brindis, tan delicado y ligero que se evapora antes de percibirse su sonido. Despues tañe la lira de oro, de donde se desprenden algunas notas indecisas, y se corona por último de rosas blancas, nacidas al calor del carbon de piedra en las estufas del Instituto.

II.

DE LA ELOCUENCIA PARLAMENTARIA.

La Elocuencia Parlamentaria no lleva, como su hermana, guantes de ambar ni coturnos de terciopelo. No dirijen siempre sus ojos dulces miradas, ni dilatan sus labios dulces sonrisas. Casi puede decirse que á veces es algo brutal en su lenguaje, y que lleva zapatos de herradura [1], y algo despeinada la melena, y algo sucia toda su persona. Pero por fortuna se mantiene siempre á cierta distancia de las tribunas públicas, y es preciso decir que los espectadores no se paran en pelillos. Ademas, el termómetro, la cuestura [2] y los caloríferos, condensan allí todo el auditorio en una temperatura muy grata sobre cero, y se está al abrigo de la tramontana y de las injurias del tiempo. En cuanto á las demas injurias, su circulacion no está permitida, para evitar, creo yo, que la gente se ponga á tirarse de los pelos, y lluevan las puñadas en medio del salon, y en medio de las narices; por lo visto no se quiere que se diviertan con esceso las tribunas. Basta, pues, con prohibir que se nombre á las personas, y que se las eche mano asediándoles en sus bancos. Pero no está prohibido atacar sus intenciones, con tal que se tenga buen cuidado en decir que se respetan las in-

1 Alusion al sólido calzado de M. Dupin, tema favorito de todos los periodistas satíricos.—*N. del T.*

2 En la Cámara francesa hay diputados *cuestores*, nombrados por turno para desempeñar todas las incumbencias de órden y policia interior del congreso.—*Id.*

tenciones. Asimismo, tampoco está prohibido interpelar con ademanes y miradas á los diputados á quienes no es lícito designar nominalmente, siempre y cuando uno diga que su intencion no es en manera alguna aludir sino á los de afuera, no habiendo nadie fuera; y no á los de adentro, donde están todos sus adversarios. Esto es lo que se llama en lenguaje parlamentario el noble decoro de las precauciones oratorias. Tenga V., pues, la bondad de ser cortés por ese estilo; esas maneras son la verdad pura!

III.

DE LA ELOCUENCIA DE LOS CLUBS.

La Elocuencia en trage de clubista [1] tiene tambien su especie particular de oradores, su gerigonza y su temperatura. Generalmente en los clubs se suda el quilo y no se vé gota. Si le cuesta á uno un trabajo ímprobo que le toque el turno de hablar, en cambio puede tener el gusto de ver que todos hablan á la vez. El órden de las ideas no suele ser lo que mas embaraza á los oradores de club, porque allí es muy raro que se tenga mas de una sola idea. Por lo que hace á las opiniones, hay libertad completa de profesar la que se quiera, con tal que sea la de los mandones. Allí no se vá á discutir, sino á gritar, y cada cual á su vez puede ejercitar sus pulmones, soplando en la embocadura de una misma trompeta. El mas grande orador de un club es siempre el que hace, segun el espíritu de la reunion, la mocion mas enérgica, casi diríamos la mas estravagante. Si uno se permite aventurar una correccion, ya se le mira de mal ojo; si insiste se le denuncia como perturbador; si pide la palabra, excita la indignacion por su audácia, se estremecen todos los clubistas de santa cólera, claman traicion, y los catecúmenos le plantan á la puerta de su pequeño santuario: y dé las gracias de que no se le haya declarado fuera de la ley, y de encontrarse sano y salvo en el arroyo, cara á cara con un corchete.

1 Nos vemos precisados á introducir las palabras *club* y *clubista* de contrabando, atendida la reconocida insuficiencia del Diccionario de la Academia, que es la ruinosa aduana de nuestra lengua. La palabra *club*, de uso ya general, no se puede traducir ni por *tertulia* ni por *junta*, ni por *sociedad secreta*, ni por nada mas que club; tampoco al clubista se le puede llamar *juntero*.—*N. del T.*

La Elocuencia de los clubs es muy abrasadora, muy descabellada, muy delirante, muy gritadora, muy fanfarrona, muy zahareña, muy descompuesta, muy intolerante, muy clamadora, y muy poco elocuente. Tiene sin disputa su mérito, pero creo que le oculta; tambien tiene sus modelos, mas yo los ignoro.

IV.

DE LA ELOCUENCIA AL RASO.

Viva la Elocuencia al raso, la elocuencia de O'Connell, y vamos á ella!

La Elocuencia al raso no conviene ni á todos los lugares ni á todas las estaciones. No á todos los lugares, porque si bien en América, en Holanda, en Bélgica y en Alemania, podrian cien mil hombres reunidos estar escuchando con paciencia á un orador; en España, en Italia, y en Francia, al cabo de un cuarto de hora tal vez se armaria un motin y empezarian los tiros y las cuchilladas. Tampoco á todas las estaciones, porque para oir á un orador no se está muy bien debajo de un paraguas ni de una sombrilla, de cara al viento, con los pies metidos en el fango, ó espuesta la cabeza á una insolacion, por no poder pasar por otro punto.

Por lo demas parece ser que la diosa de la Elocuencia no es necia é impertinente, y que sabe prestarse de grado á las circunstancias. Unas veces se encarama sobre un tonel; otras se muestra á la multitud por el ventanillo de un figon; otras se empina en la zaga de un coche simon; ora se embadurna la cara de heces de vino; ora asalta los *hustings*[1] con acompañamiento de silbatos, y tronchos de berza, y manzanas cocidas; ora se arremanga hasta los hombros, y embriagada de gritos, de injurias y de aguardiente, solo se retira de la refriega con el mandil rasgado, rota una costilla, y con heridas manando sangre No es esta ciertamente la parte mas lisonjera de su destino.

Porque si la Elocuencia al raso tiene sus saturnales, tambien tiene

1 Reuniones populares para las elecciones en la Gran Bretaña.—*N. del T.*

grandes y gloriosos espectáculos. Vedla adelantarse magestuosamente, precedida de banderas donde resplandece su nombre estampado de azul y oro. Paséanla sobre una carroza tirada por cuatro arrogantes corceles, y vá hendiendo las oleadas de un pueblo que la admira y que cubre su carrera de aromas y flores, haciendo con estrepitosas aclamaciones retemblar el firmamento.

Una voz aflautada, un pecho mezquino, una estatura enana, gestos filosóficos y ojos humildes mirando al suelo, no sirven para la Elocuencia al raso. El pueblo no comprende la Elocuencia y el genio, sino acompañados de los emblemas de la fuerza; respeta con gusto lo que ama; solo cede al que le empuja; solo se inclina bajo aquello que le agovia; no comprende sino lo que oye bien; no clava los ojos sino en lo que percibe de lejos; no entrega su corazon sino al que le conmueve; no se inspira sino de lo que el inspira; no hace bien sino lo que le enseñan, y el colmo del arte está en que el orador haga creer al pueblo que él es una mera bocina de sus opiniones, de sus preocupaciones, de sus pasiones y de sus intereses.

Es pues casi indispensable que el orador popular sea de aventajada estatura y tenga robusta voz, y varonil presencia, y ojos llenos de fuego. Es preciso que sepa mezclarse tan bien con los que le escuchan que parezca no poder estar separado de ellos; que su cabeza descuelle sobre las oleadas de la multitud, y que con una señal las alborote, y las apacigüe con una mirada; que domine como absoluto todas aquellas almas, de las cuales aparenta ser esclavo; que interpele á su auditorio, que le estimule; que le ciña con la dorada cadena de su elocuencia, y que no le deje tiempo ni de reflexionar, ni de reposarse, ni de distraerse; que penetre en el fondo de sus entrañas y revuelva en ellas todos sus grandes sentimientos de libertad, de igualdad, de humanidad, de compasion, de virtud, que dormitan en el corazon de todos los hombres; que delante de todos aquellos rostros admirados, de aquellas bocas entreabiertas, de aquellos ojos fijos y centellantes, evoque las grandes imágenes de la gloria, de la religion y de la patria; que nos estravíe en risueñas praderas; que nos envíe los ecos lejanos de la flauta campestre, ó que salpique con gruesas sales sus alusiones festivas; que apostrofe enérgicamente á las turbas, y espere su respuesta! y finalmente que alternando de estilos y de tonos, poético y pintoresco unas veces, y otras jovial é irónico, nos haga percibir ya el murmurio inmenso de la ciudad, ya los solemnes bramidos de la tormenta. Un hombre ha aparecido dotado de esta mágia y de este poder; ese hombre es O'Connell[1].

1 Véase el retrato de O'Connell.

CAPITULO VIII.

DE LA ELOCUENCIA OFICIAL.

La corte de Francia (no hablo de la de ahora) fué siempre la mas culta y galante de la Europa. El monarca en ella reinaba sobre los hombres, y las mujeres reinaban sobre el monarca. Odette era la reina de Cárlos VI, Inés Sorel la de Cárlos VII, la Féronnière lo era de Francisco I, Gabriela de Enrique IV, la Montespan de Luis XIV, la Parabère del Regente, y la Pompadour de Luis XV. La corte imitaba al monarca, la capital imitaba á la corte, y las provincias á la capital. Los caballeros cumplimentaban á las damas; los poetas cumplimentaban á los grandes señores; los graves predicadores cumplimentaban desde el púlpito á los cadáveres de los príncipes, cubiertos con sus sudarios de terciopelo y oro. Voltaire debió la mitad de su gloria á la delicadeza caballeresca y gentil de sus lisonjas. En aquellos tiempos desgastaban su vida los elegantes en buscar fórmulas para agradar, en saludar con gracia, en escribirse y hablarse pulidamente.

Todo aquel pueblo de empalagosos aduladores fué despues á estrellarse la frente contra los ángulos, harto pronunciados en verdad, de la Revolucion; pero como una nacion no pierde nunca su índole, el cumplimiento engendró la Manifestacion (Adresse) [1] que salió por cier-

1 En esta parte del testo hay una espresion (*Adresse*) que es como la clave fundamental de todo este capítulo, y cuya unitad no nos permite conservar en todos los casos el rigorismo de nuestra lengua, perdiendo por consiguiente mucha parte de la energía enfática que dicha unidad dá al original francés. En éste la palabra *Adresse* significa absolutamente cualquiera alocucion, y el uso admite que se aplique con igual propiedad á las diferentes especies de arengas que nosotros designamos con las diferentes voces: Discurso de la Corona, Contestacion al mismo, Esposicion, Felicitacion, Arenga, Representacion, y en suma toda *Manifestacion* verbal ó escrita, en cualquier sentido que sea. Como entre nosotros el uso no permite esta

to tan suave, tan flexible, tan variada, tan afeminada, tan universal, tan embustera, tan ridícula como su padre el cumplimiento mismo.

La Manifestacion es un arbusto peculiar del clima de Francia; aquí prospera, se desarrolla, brota ramas en todas direcciones y hojas de todos colores.

Imposible seria enumerar las resmas de papel que, de cincuenta años á esta parte, han gemido bajo el peso de las Felicitaciones. ¿Qué francés hay, de los que saben leer y escribir, cuya firma no se halle al pie de alguna Esposicion? Nacimientos de príncipes, advenimiento al trono de una dinastía, sea cual fuere; muertes de reyes naturales ó violentas, asesinato ó tentativa de asesinato, casamientos y bautizos de hijos ó hijas de reyes, victorias ó derrotas, todo es bueno para los hacedores de Felicitaciones; el argumento les importa poco.

Se firma por seduccion, se firma por miedo, se firma por cálculo; pero siempre se firma.

En las escribanías de todos los tribunales, y en los archivos de todas las alcaidías y prefecturas [1], hay moldes de Felicitaciones para toda casta de gobiernos legítimos ó ilegítimos. Los modelos se despachan desde París, á fin de enseñar á los empleados cómo deben formular su adhesion, y, en dia fijo, las autoridades acuden á la catedral para cantar en ella un *Te Deum* en honor de la República, del Imperio, ó de la Monarquía, salvados por la gracia del Todo-Poderoso; porque es cosa sabida que el Todo-Poderoso desde lo alto de las esferas estrelladas, tiene la bondad de tomar á su cargo las revoluciones y contrarevoluciones de la tierra, y de derramar sus bendiciones sobre todos los gobiernos, cualesquiera que ellos sean, con tal que queden triunfantes.

Si la guardia real de Cárlos X hubiera arrollado en el lodo y la sangre á los héroes de las barricadas, es indudable que hubiera caido sobre las gradas del trono una lluvia de Felicitaciones; mas se hubiera dado al augusto monarca el parabien por haber puesto á París en estado de sitio, y por haber hecho fusilar á Laffitte, á Lafayette, á Benjamin Constant, á Casimiro Périer y á una buena parte de los 221 [2],

latitud, conservando la traduccion única *Manifestacion* por *Adresse*, hubiéramos despojado á este hermoso capítulo del brillante colorido local que caracteriza y distingue de todos los demas á cada uno de sus párrafos. Entre dos inconvenientes hemos optado por el menor.—*N. del T.*

1 Corresponden á nuestros gobiernos políticos.—*Id.*

2 Este fué el número de los diputados que protestaron contra las ordenanzas de Cárlos X, y verdaderamente hicieron y *esplotaron* en su provecho la revolucion de Julio: de aqui proviene la odiosidad que ha querido derramar sobre esta denominacion general (los 221) el partido republicano en Francia. El número 10 de la *Né-*

en calidad de traidores á la Patria. El cabildo de Nuestra Señora [1], con la mitra en la cabeza y vestido con sus mas ricas sobrepellices, hubiera pregonado su victoria con gran repiqueteo de campanas: los ministros de entonces le hubieran congratulado del triunfo alcanzado por la razon sobre el desórden, y por las leyes sobre la anarquía, y la frase habitual de nuestros ministros del *aunque* y del *porque* [2] se hubiera visto de esta suerte usurpada con anticipacion. ¡Lástima hubiera sido por cierto!

Los consejos municipales, los consejos generales [3], los juzgados de comercio, los prefectos, los tribunales, los jefes del ejército, los diputados y los pares hubieran suplicado al hercúleo monarca que aplastase bajo su pie á la hidra de la prensa, y no gobernase en lo sucesivo mas que con buenos decretos ó con leyes escepcionales, que son peores todavía.

Todo esto hubiera pasado al pie de la letra, como lo vamos refiriendo.

Regla general: el cielo está siempre por el que vence [4]; esta es la moral de las Felicitaciones.

Tan luego como uno de nuestros ocho ó diez gobiernos (digo ocho ó diez, como podria decir veinticinco) ha tenido la dicha de libertarse de una trama, de un atentado, de una asonada, de una insurreccion, de una conjuracion, de una revolucion, de una máquina infernal, de un cohete, de una puñalada ó de un pistoletazo, ¡Dios ha salvado á la Francia! esclaman.

mesis de Barthelemy es una amarga sátira contra ellos: se titula la *Justicia del pueblo*. Se publicó el 12 de junio de 1831.—*N. del T.*

1 La catedral de París.—*Id.*

2 Alusion al ridículo debate que hubo en las cámaras y en la prensa, en Francia, despues de la revolucion de Julio, sobre si Luis Felipe ocupaba el trono *aunque* era Borbon ó *porque* era Borbon. Mr. Dupin fué quien dió origen á esta cuestion con su célebre frase *quoique Bourbon*.—*Id.*

3 Los primeros corresponden á nuestros ayuntamientos; de los segundos no hay en España institucion análoga. Hay uno en cada departamento, y vienen á ser como los *Consejos de Estado* del prefecto. Los individuos de estos consejos son de nombramiento real; los de aquellos, ó sean los concejales, son electivos.—*Id.*

4 Lo mismo viene á decir nuestra coplilla popular:

Vinieron los Sarracenos
y nos echaron á palos,
que Dios proteje á los malos
cuando son mas que los buenos.

Tomadas al pie de la letra, ambas espresiones son impías; pero una y otra se entienden igualmente *de burlas*.—*Id.*

De modo que Dios salvó á la Francia cuando la República mató á la Monarquía; Dios salvó á la Francia cuando la Restauracion mató al Imperio; Dios salvó á la Francia cuando la Revolucion de julio mató á la Restauracion. ¿Es posible burlarse de la Francia hasta este punto? ¿Es posible burlarse hasta este punto de Dios?

Las frases que producen efecto, el amor, el profundo respeto, la lealtad incontrastable á las Repúblicas, Unas é indivisibles, á las Constituciones del Imperio, á las Cartas otorgadas, á los Acuerdos adicionales [1] y á las augustas Dinastías, como tambien el celo sin límites, hacen grandísimo papel en las Felicitaciones. El género Felicitacion lo exije absolutamente; ni aun hay Felicitacion sin estas palabras sacramentales.

Por su parte, los veinticinco gobiernos felicitados se visten todos con los mismos ropages, y calzan los mismos coturnos en el mismo vestuario, y salen ante los mismos espectadores á las mismas tablas. Ora se atavian como un pontífice del Ser Supremo, ora como un Presidente del Directorio, ya como un Cónsul de la República, ya como un padre del Pueblo. Este pone la mano sobre su corazon diciendo, que no ha vivido mas que para la prosperidad de la Francia; aquel que no aspira, como Cincinato, mas que al reposo del campo; que el trono es una carga muy pesada, y que las execrables facciones no le dejan á uno dormir. Bonaparte anunciaba que estaba pronto á abdicar el consulado, mientras meditaba ser emperador. Otro, alzados los ojos al cielo, hablará de su doloroso sacrificio, sacará tres largos gemidos del fondo de su pecho, y se dejará archidotar. Hecho esto, se mezclan familiarmente unos con otros, se aprietan las manos, se prodigan las mas amables sonrisas, se enternecen, y de todos los ojos corren las lágrimas de la pública felicidad; pero ¡cuántas veces, de vuelta en su gabinete, súbditos felicitadores y príncipes felicitados, se han echado á reir de la comedia que acababan de representar [2]!

Sin embargo, se vuelve á empezar. ¿No se representa por ventura en los *Boulevards* cien veces seguidas la misma pieza? De otro modo, ¿qué seria de los actores, del teatro, de los mantos, de los bastidores, de los espectadores y del dinero?

En rigor, un presidente, un rey, un cónsul, un emperador podrian contentarse con reinar sin gobernar; pero no hablar, eso no!

1 Llamóse así, entre otros, el decreto restableciendo la censura que dió Cárlos X, y á que por su sola autoridad dió fuerza de ley antes de sancionarle las Cámaras.—*N. del T.*

2 Histórico.

Habla un abogado, habla un diputado, habla un individuo de la universidad, habla todo bruto; y no habia de hablar el rey! Bueno fuera! la lengua se subleva á esta idea! Habia la Carta de violar la naturaleza! Se ha arreglado pues la cosa de modo que el principal mandarin, sean cuales fueren su nombre, su dinastía y su gorra, encaje de corrido su Discurso de apertura al parlamento, una vez al año, en público; faena que por lo comun desempeña con muchísimo salero, cubierto delante de los representantes del pueblo soberano, lo que no es acto sumamente cortés, y rodeado de militares con el sable á la cintura, lo que acaso pudiera ser mas constitucional.

Los pronombres *mis* vasallos, *mi* ejército, *mi* marina, *mi* gobierno, *mi* tesoro sobre todo, engalanan con sus graciosos posesivos la elocuencia de la Corona. Si ocurre que se contradice incomparablemente de año en año, y de un discurso á otro, no hay que hacer de ello el menor caso, porque los que hablan por la misma boca, y ¡qué boca! una boca real! son ministros diferentes en nombres, en datas, en caracteres, en planes, en opiniones y en conducta. Todo pasa por aquella boca: hoy la paz, mañana la guerra, ahora dotaciones, luego infantazgos. Derecho comun y monopolio, religion y filosofía, libertad y censura, un discurso de la Corona lo comporta todo y todo lo promete; salvo la diminucion de las contribuciones; lo que es en este punto, no hay que esperar variante alguna. Discursos del primer año, dinero! Del segundo año, mucho dinero! Del tercer año, muchísimo dinero! y asi sucesivamente, sin que se prevea el fin. Tal es el fondo propio, el fondo sólido y macizo, el fondo metálico de los discursos de la Corona: lo demas son puramente adornos y atavíos, mas ó menos literarios.

Los discursos de las Cámaras en contestacion al discurso de la corona, no son mas que justas parlamentarias delante de los embajadores de Europa, y de las bizarras damas de la galería. Cada uno de los retóricos que sale á la palestra, se cree obligado á exhalar, á propósito de negocios estranjeros ó de asuntos interiores, todo lo que tiene allá en sus adentros; y como no ha hablado en seis meses, y tiene sed de hablar, y quiere hablar, y hablará y hablará, hace durar la diversion harto lo se yo, oyente,—lo mas que puede. Apenas el primero inscrito en la lista de aquellos justadores, ha preparado su trozo de Elocuencia, agitado su lengua y sus brazos, y sudado copiosamente bajo su toga, pasa al vestuario, muda de vestido, y se larga sin volver á pensar en lo que acaba de decir. Y luego empieza otro la misma operacion, y otro en seguida, y despues de este otro; de tal suerte, que los minutos, las horas y los dias se pierden en revolver, batir y enturbiar el agua de la mas clara cuestion. Hecho esto, y ya una vez vaciado el saco de las pala-

bras, el presidente de la Cámara pega en la vidriera, con cuatro obleas, el discurso de la Corona, en el cual, acercándose, puede cada cual leer lo que sigue:

«Señores: tengo la satisfaccion de anunciaros una buena noticia, y »puedo felicitarme cumplidamente con mis amados y leales súbditos de »que la hacienda de mi reino se halla en el estado mas próspero; de que »las rentas esceden con mucho á los gastos; y de que, mediante un em»préstito de algunos centenares de millones, todo lo mas, podremos de »aquí en adelante, todos los años, hacer frente, con la mayor economia »posible, á todas las eventualidades.»

En seguida el Presidente, cogiendo entre el índice y el pulgar el papel en que ha de escribirse la Contestacion, calca sobre el vidrio el discurso de la Corona, y lee á la Cámara el párrafo primero, arreglado en estos términos:

«Señor: tenemos la satisfaccion de recibir la buena noticia que nos »dá V. M., y nos felicitamos cumplidamente con V. M. de que la ha»cienda de su reino se halle en el mejor estado; de que las rentas escedan »con mucho á los gastos, y de que, mediante un empréstito de algunos »centenares de millones, todo lo mas, vuestros amados y leales súbditos »puedan ayudaros, todos los años, á hacer frente, con la mayor econo»mia posible, á todas las eventualidades.»

A medida que van ocurriendo nuevos párrafos se repite la misma ceremonia, no sin acompañamiento de comentarios, glosas, escolios, disputas y perífrasis; y solo cuando ya van perdidos quince dias de esta suerte, se echa de ver que para llevar la obra á cabo no se necesitaba arriba de un cuarto de hora[1].

Por lo demas, si el régimen parlamentario no tuviese, de vez en cuando, estas diversiones que ofrecer, ¿con qué habia de divertir al pueblo mas ingenioso[2] de la tierra?

No olvidemos empero, y esto es cosa mas seria, que las famosas Contestaciones de Mirabeau y de Royer Collard derribaron, mediando cuarenta años entre una y otra, las monarquías de Luis XVI y de Cárlos X. La cosa se hizo, es verdad, con la mas esquisita urbanidad y con indecibles miramientos; ¡tan cierto es que la forma nunca daña al fondo!

No se crea que esa mania gala, esa comezon de hablar que esperimentan nuestros Faramundos de todas las razas, puede satisfacerse con un so-

1 Véanse todos los discursos de la Corona, todas las contestaciones á los mismos, y todas las discusiones de las Cámaras.

2 *Le peuple le plus spirituel de la terre*, denominacion que modestamente se dan á sí propios los franceses.—*N. del T.*

lo discurso de apertura; hasta se ha sostenido que si alguna vez hubo dos legislaturas en el mismo año, fué únicamente por suministrar á la Corona dos solemnes ocasiones de hablar, y aun tambien que, si la Carta de 1814 dividió el Parlamento en dos Cámaras, fué para que la Corona tuviese el placer de dar respuestas á los dos discursos de los Pares y de los Diputados. Yo no podré decir á VV. qué hay de verdad en esto; sin embargo, no me sorprenderia que estuviese oculto en la Carta un sentido tan profundo.

Sabido es que no hay cosa mas comun que las comidas, los bailes y las festejerías [1] de la Corte. Pero ¡vivan sus solemnidades representativas donde no se consumen mas que palabras! Así como hay en el Calendario Gregoriano ciertos dias festivos en que se puede alabar á Dios mas particularmente, del mismo modo hay en el calendario de Palacio ciertos dias oficiales en que puede tomar sus anchas y atracarse para todo el año ese gran prurito de perorar.

En tales dias, todos los Cuerpos constituidos se presentan delante del pio monarca, entre la misa y las vísperas, y desfilan en procesion. A medida que los va llamando el ujier de servicio, el decano de cada Compañía saca de debajo de su manto un pebete de oro, quema en él algunos granos de incienso, saluda y se retira. Cuantas son las Corporaciones, tantos son los Discursos; cuantos son los Discursos, tantas son las Contestaciones. El taquígrafo recoje en una punta del manto real toda esta cosecha de elocuencia. Estos son los grandes dias de la monarquía!

El primer dia del año sobre todo, que gran dia! Apenas dá el toque de las doce, toda la nacion oficial se calza, se peina, se compone, se repule, se prepara una cara propia de la circunstancia, repasa entre dientes alguna mentira, y con los pies helados y la cabeza descubierta asalta las escalinatas é inunda los átrios del Palacio.

Un estranjero que asistiese á estas solemnes recepciones, donde se han arrastrado y ensuciado tantas casacas, tantas togas y tantas conciencias [2], creeria que la Francia es el pais mas feliz, mas unido, mas floreciente

1 Ridículo neologismo, con el que hemos procurado traducir el no menos ridículo del testo *festoieries.—N. del T.*

2 No estamos seguros de haber interpretado bien aquí el pensamiento del autor. El testo dice: *tant d' habits, de robes et de consciences.* En la lengua francesa es muy comun que una misma palabra designe cosas muy distintas: asi *habit*, que significa *trage ó vestido* en general, significa tambien *frac*, ó *casaca*, ó *vestido de hombre*:—*robe* es propiamente *vestido talar*, y lo mismo significa *vestido de mujer* que *toga* ó *balandran*. ¿El autor ha querido contraponer aquí *habit* á *robe* como trajes de hombre y de mujer en general? No es probable, porque en las solemnidades de que habla no suelen figurar las señoras. Lo regular es que haya querido designar á los *militares* y á los *togados.—Id.*

y mejor gobernado de la tierra. En ellas los príncipes son siempre héroes y grandes reyes; no respiran, hasta que caen del tronco, mas que para la felicidad y la gloria del pueblo francés. La hacienda que, en los presupuestos, sucumbe lúgubremente bajo el peso de las cargas y de los gastos, no se presenta delante del monarca mas que en traje dominguero, y como un hombre que vive de sus rentas y no debe nada á nadie. Las facciones han quedado vencidas y desarmadas para siempre por la fuerza del gobierno en el año que transcurria, salvo á empezar de nuevo en el corriente año, para quedar nuevamente vencidas y desarmadas para siempre por la fuerza del mismo gobierno. El cuerpo diplomático protesta de su deseo de una paz inalterable, en el instante mismo en que está maniobrando sordamente para turbarla. ¿Tiene el monarca un hijo? se hacen votos por este ilustre guerrero. ¿Tiene dos, tres, cuatro? á todos cuatro se los coloca, en sendos pedestales, en el templo de la Fama. ¿Qué no se ha dicho del héroe del Mediodia, del vencedor del Trocadero, del pacificador de España, del duque de Angulema en fin? Apenas se acuerda ya nadie de que haya existido este Delfin[1] tan felicitado. ¡Para que se vea lo que es la gloria!

Y sin embargo todos los príncipes la quieren! á la cuenta esta es la necesidad de los corazones grandes, y todos los príncipes, como nadie ignora, tienen grandes corazones. Los príncipes de aquende Julio no han degenerado, bajo este concepto, de los príncipes de allende Julio, porque como ellos quieren gloria. Gloria necesita el duque de Nemours, gloria el príncipe de Joinville, gloria el duque de Aumale, gloria el mas pequeño, gloria tambien el chiquirritillo[2]; y si los respetuosos órganos de las corporaciones del Estado no se la concediesen en sus felicitaciones, la obtendrian á lo menos en las Contestaciones, de la gratitud real y paternal; siempre, entendámonos, bajo la refrendata responsable de los ministros.

Y el segundo dia del año, cuando el saco de las arengas está todavía lleno de la provision de la víspera, ¿no se ha de seguir vaciando? ¿No hay que pronunciar todavía discursos? Dios mio, Dios mio, ¿cuándo acabarán con todos sus discursos? Es preciso que el rey se esté de pie para oir al gran maestre de la Universidad[3] que habla despues del presidente del Tribunal, y al canciller del Instituto despues del presiden-

1 Sabido es que este título (Delfin) era el que tenia en Francia, antes de la revolucion de Julio, el príncipe heredero, que ahora se llama Príncipe real. En efecto, el duque de Angulema falleció hace algunos meses.—*N. del T.*

2 Este será sin duda el Conde de París, nieto del Rey. El anterior será regularmente el duque de Montpensier, el último de sus hijos. —*Id.*

3 Equivale á nuestro Rector, solo que es considerada como mucho mas alta su dignidad.—*Id.*

te, y al Prefecto despues del canciller, y al General despues del prefecto, y al Arzobispo despues del general. Dios mio, Dios mio, ¿cuándo acabarán con todos sus discursos?

Las arengas oficiales se pronuncian todas en dia y hora fijos; pero no hay dia, ni hora, ni límites para las arengas espontáneas. Apenas una novedad de Palacio, próspera ó adversa, verdadera ó falsa, cunde por la ciudad, se vé á una turba de oficiosos diputados, el cabello erizado, echando llamas por los ojos, correr desatentados por los corredores del Palacio-Borbon, hablándose á sí mismos, y lanzando inarticulados gritos. Una Manifestacion! pronto una Manifestacion! dónde están los cuestores? donde está el presidente? vamos á Palacio! Y van, y bullen, y se sofocan, y cada cual, sin informarse apenas de lo que se trata, toma su fila de escolta para manifestar entusiasmo.

Ciertamente no me admira que todos esos dignos diputados, empleados en propiedad ó en perspectiva, se manifiesten tan celosos é impacientes; nada mas justo. Luego, dicen que representan la nacion, lo que admito tambien, hasta que haya prueba en contrario.

Fuerza es reconocer, ademas, que esas Manifestaciones á galope producen siempre dos buenos efectos: primeramente prueban que los que las hacen tienen celo y aman á su rey, y luego que los que no los imitan son por lo menos facciosos, cuando no republicanos. Servirse á sí propio y perjudicar á sus adversarios es, convengamos en ello, obrar con bastante habilidad.

En estas graves y solemnes circunstancias, el *Monitor* cuida de decir que las Cámaras han ido en masa á llevar á palacio la sentida y profunda espresion de su júbilo ó de su dolor, todo ello segun la naturaleza del asunto de que se trata. Si, por el contrario, las Cámaras en masa, saliendo de su palacio, fuesen á dirijirse á la Corona para pedirle el cambio de sus ministros, el *Monitor* no las llamaría entonces las Cámaras leales, sino las Cámaras sediciosas, y los centinelas, cruzando bayoneta delante de la puerta, les gritarían: ¡Alto ahí! no se pasa!

Y se diría por supuesto que son unos cuantos individuos amotinados que deliberan donde no deben, y sobre lo que no entra en sus atribuciones, y que van á imponer á la Corona sus apasionados y tiránicos caprichos; de modo que, cuando se vá á elogiar, todo es bueno, todo es legal, y cuando se vá á vituperar, todo es malo, todo es ilegal. ¿Qué sabemos? Acaso sea esta tambien una de las consecuencias de la Carta-Verdad[1]?

1 Alusion á aquella espresion, que luego ha dado márgen á tantas recriminaciones, pronunciada por Luis Felipe en el Hotel de Ville (Casas Consistoriales) de Pa-

Pero las Manifestaciones que con mas complacencia consigna el *Monitor* en sus largas columnas, son las de la Guardia nacional y las de los Consejos municipales; y la razon es esta. Cuando las corporaciones del Estado nombradas por el poder, pagadas por el poder, ascendidas por el poder y decoradas por el poder, alaban al poder, dicen las gentes: claro está! Qué tiene eso de estraño? En vez de que cuando los que congratulan son la Guardia nacional y los consejos municipales, esclaman: ¡Oh lisonjera espontaneidad de unos cuerpos independientes! No es esa voz el eco de un corazon sencillo, de un corazon penetrado? Ah! ese sí que es un júbilo verdadero! ó bien, —Ah! ese sí que es un sincero dolor!

En cambio es preciso decir que si la Guardia nacional quiere enseñar los dientes, se le tapa la boca, y que, si insiste, se la disuelve. Lo propio sucede con los Consejos municipales, y de esta suerte se establecen las compensaciones.

Los panegiristas oficiales tendrian gusto en que citase aquí sus nombres, profesiones, frases y domicilios, y yo le tendria tambien en hacerlo; pero la lista, en verdad, sería demasiado larga.

Sin embargo, no puedo prescindir de pagar un justo tributo de homenage á los señores empleados asalariados por el gobierno. Reconozco con placer que siempre han sido fieles á esta grande y hermosa máxima: El que paga debe recibir alabanzas del pagado. Por lo tanto, aunque nuestro desventurado pais ha pasado, de cincuenta años á esta parte, por los sistemas mas opuestos entre sí, en el nombre, en la forma, en los principios y en la práctica, jamás los empleados han dejado de asegurar á cada uno de aquellos tristes gobiernos que siempre era el mejor de los gobiernos posibles, que labraba la felicidad de la Francia, que debia levantar su maza y aniquilar á los facciosos, y que si sucumbia, la patria, herida de un golpe mortal, se hundiría con él en la sepultura. Nada tengo que decir sobre esto, sino que los señores empleados harian muy bien en contentarse con asistir puntualmente á sus oficinas, á las diez de la mañana, para no salir de ellas hasta las cuatro de la tarde.

Por lo tocante á los señores jueces congratuladores, creo que hay en la Carta un cierto artículo 48 que les manda administrar la justicia con alma y vida, sin levantar mano, y á todas las horas del dia; y paréceme haber oido decir que anda por esos mundos de Dios una multitud de litigantes que tendrian tanto placer en ver á los señores jueces ponerse á juzgar sus pleitecillos, como irse á barrer, con la cola de su

rís despues de la revolucion: «En lo sucesivo la Carta será una Verdad.» Timon y su partido se quejan de que no lo es ahora mas que en tiempo de los Borbones; y en efecto, los estados de sitio y las durísimas *leyes de setiembre* no dejan de darles alguna razon.—*N. del T.*

toga encarnada ó amarilla, las antesalas de las Tullerías. Nadie seguramente duda del celo de los señores jueces por la persecucion y castigo de los crímenes, ni de su inalterable amor á la persona del príncipe, porque todos los príncipes legítimos ó ilegítimos, lo mismo los príncipes nacidos en el trono que los que han nacido muy lejos de él, han ido cargando sucesivamente con los sinceros y tradicionales homenages del inalterable amor de los señores jueces. Ahí está la historia para condenar al que lo dude.

A mayor abundamiento, lo que conviene que sepan los Ingleses, los Españoles, los Rusos, los Prusianos, los Austriacos, los Badenses, los Bávaros, los Wurtembergenses, los Hesenses y los Mecklemburgenses [1], y lo que no es por cierto el lado menos cómico de las Arengas oficiales, es que el Instituto de Francia, la Universidad, el Clero, la Guardia nacional, el Tribunal de Casacion, el Tribunal de Cuentas, la Audiencia, la Cámara de los Diputados, la de los Pares, el Tribunal de Comercio, y todas las corporaciones posibles, no saben, al entrar en el palacio de las Tullerías, ni la primera sílaba de todas las lindezas que vá á ensartar en su nombre el orador de cada corporacion. Verbi gracia, esa golilla con pieles y gorra [2] arrulla, en nombre de la magistratura, un idilio florido, absolutamente como hablaría Celadon á Amarilis. Ese corpulento coronel desenvaina su tizona oratoria, y taja y hiende en tercera y en cuarta, á nombre de los soldados, la hidra de la anarquía. Esotro gran maestre de la Universidad, suelta en fabordon la campana de alarma, y cruza á palmetazos las piernas de los barbudos profesores que le acompañan. Aquel canciller de la Academia francesa estropea la gramática, y este presidente de la Cámara retuerce el pescuezo á la Carta, como se lo retorceria á un pollo. Pero no se imaginen VV. que todas esas ilustres comitivas que se vuelven de las Tullerías á sus casas, refunfuñando entre dientes y para su golilla, guarden el menor resentimiento al orador porque ha hablado en su nombre sin cosultarlos, ó porque ha hablado mal. Nada de eso! si refunfuñan es únicamente porque ha hablado solo, porque les pesa en el alma no haber podido hablar todos á la vez.

Verdaderamente diria cualquiera que los reyes constitucionales, las dos Cámaras, las cinco clases del Instituto, las aperturas de los tribunales, las oraciones fúnebres del púlpito, los juzgados criminales, los bautizos y casamientos de príncipes, los banquetes patrióticos, los comicios agrícolas, las revistas de la Guardia nacional, los teatros y los

1 Hemos formado por analogía estas terminaciones, sin la pretension de darlas por buenas, y solo por conservar fielmente el giro del testo original. — *N. del T.*

2 *Fourré et toqué*. Algunos magistrados en Francia usan en sus trages de ceremonia esclavinas ó vueltas de armiño, y gorras de diferentes hechuras. — *Id.*

entierros, no se han inventado espresamente, en nuestra hermosa Francia, mas que para los regocijos y solemnidades de la palabra. Un viento de parlanchinería sopla de los cuatro puntos del horizonte sobre nuestro sensible, olvidadizo y amabilísimo pueblo, y arrastra en su torbellino el derecho, la lógica y la verdad.

No, no hay en las cuatro partes del mundo pueblo mas cumplimentador que el mandarin galo, como no sea tal vez el chino. Si se le encajasen á un mono las mangas de una casaca real, al punto mismo veríamos á la turba multa de los empleados titulados, bordados, dorados y llenos de cintajos [1] precipitarse, los labios palpitantes con alabanzas, á los pies de S. M. el Orangutan.

No, no hay bribon entronizado, príncipe imbécil, tirano legítimo, usurpador reinante, *septembrizador* [2] corta-cabezas que, á su tiempo y en los buenos momentos, no haya sido alabado y ensalzado, para ser luego, á su tiempo tambien, traido y arrastrado de los catafalcos del Panteon á las gemonias del muladar.

No, no hay pais donde mas se haya abusado en prosa y en verso del panegírico, de la hipérbole y de la apoteosis. Quien oyera á los necios del Instituto, creería que todos los Académicos son celebridades; quien oiga á las prostitutas de la ciudad y de la corte, creerá que todas las mancebas del rey son mujeres de estremada virtud; quien oiga á los cortesanos, creerá que todos los príncipes rubios ó pelinegros son un tanto cuanto superiores á Napoleon; quien oiga á los dependientes del Palacio Borbon, creerá que todos los diputados son unos intrépidos mártires de la libertad; quien oiga á los del Luxemburgo [3], que todos los pares de mostrador son unos grandes señores. Quien oiga á la gente de iglesia, creerá que cada prelado es un santo, de tal suerte que, segun ellos, todos tenemos la delectacion de vivir en un pais de vírgenes, de genios, de héroes, de grandes hombres y de bienaventurados.

La peroracion vá ganando terreno: me deslumbra los ojos, me atruena los oidos. ¿A dónde huir? ¿dónde esconderme?

Ea! ya me lleva ese sério magistrado en pos de su comitiva. Sube

1 *Enrubanés*, propiamente *encintados.—N. del T.*

2 *Semptembriseur.* Dióse este nombre á los asesinos impulsados por la *Junta de salvacion pública* (*comité de salut publique*) que durante los dias 2 y 3 de setiembre de 1793 invadió las cárceles de París, y cometió en ellas los mas sangrientos horrores. Luego se dió por estension el mismo apodo á todos los que, durante la Revolucion, predicaron doctrinas de sangre y esterminio.—*Id.*

3 En el palacio de este nombre celebra sus sesiones la Cámara de los Pares.—*Id.*

la escalinata del pabellon de Flora [1], y prosternándose delante de un chiquillo de tres años, le dice: «Señor, acabamos de saber por vues»tra niñera, con profundo sentimiento, que esta noche habeis tenido »un cólico. Ah príncipe! algun dia sereis el monarca mas grande de la »tierra!» Oido lo cual, pregunta el niño, llorando, por qué no quieren volverle su caballito [2].

¿A dónde se precipitan esos jardineros políticos y campestres de la sociedad de Horticultura, con su tiesto de *dalias* en la mano? Van humildemente á ofrecer al rey sus felicitaciones congratulatorias y lacrimatorias. ¿Y qué responde el rey? El rey, confuso en vista de tan nuevo caso, y no es para menos, responde con admirable presencia de ánimo, que la Alocucion de aquellos jardineros es el *mejor consuelo* que puede recibir. Confesemos que la salida no es de las mas infelices [3].

¿A dónde van esas doncellas con sus canastillos de rosas y laureles? Incad la rodilla, profanos que hollais la tierra santa de los muertos! Escuchad esa fúnebre oracion en que os hablan de la vanidad de la vida y del menosprecio de las grandezas! Venid, hombres soberbios, que todavía teneis en algo la vana gloria, venid, acercaos todos y leed esculpida en el mármol en letras de oro, esta fúnebre inscripcion tan bella en su sencillez y que lo dice todo: Aqui yace un Especiero [4].

¿Quién es ese otro especiero [5] á quien un centenar de electores con patente acaban de nombrar diputado de la Francia? Cómo? Tambien á este una arenga de Felicitacion! y qué van á decirle? Acércase el magistrado municipal con su faja tricolor, y descubriéndose: «Merced á la »recomendacion del Excelentísimo señor ministro de la Policía, dice, cu»yo proveedor sois á precio equitativo, acabamos de elegiros para re»presentar á la Francia en general y al comercio de la especería de nues»tra localidad en particular. Cuando se trate de los grandes intereses »de la Francia, no perdais de vista, señor diputado, ah! no perdais ja-

1 El lado de las Tullerías que habita la duquesa viuda de Orleans con sus dos hijos, el conde de París y el duque de Chartres.—*N. del T.*

2 Histórico.

3 Histórico.

4 Histórico.

5 Acaso no estará de mas prevenir aqui que un Especiero ó Abacero *(Epicier)* en Francia se considera como el símbolo de la incapacidad, como el tipo mas acabado de un hombre prosáico, material y sándio. Es algo mas que el *bourgeois* y algo menos que el *jobard*.—*N. del T.*

»más de vista el campanario de vuestro lugar. El campanario es la pa»tria [1] !

«Si, amigos mios, mis amados electores, responde el proveedor »del ministro, la Patria es el campanario! Soy Francés, pero soy Es»peciero ante todas cosas, y en las grandes como en las pequeñas oca»siones, sabré manifestarlo [2].»

Los pares, que no pueden perorar con los electores en su interés recíproco, pues que el ministro solo es quien refrenda sus nombramientos, despues de un buen almuerzo, toma copiosamente su revancha en el género de la oracion fúnebre: no hay par difunto que, á pesar de la oscuridad de su vida entera, pueda lisonjearse de evitar las llagas de la oracion póstuma.

Y no crean VV. que el panegirista luxemburgués, para exhalar su dolor, vaya á buscar á su muerto bajo la piadosa sombra de los cipreses y de las sepulturas: su palabra necesita la luz del dia y de la gloria, y delante de la Cámara de los pares, en plena asamblea, es donde soltará la voz á estas ó semejantes razones:

«Ilustrísimos y afligidísimos colegas, permítanme vuestras Señorías »que refiera delante de ellas la solemne y resplandeciente vida del con»de Chopart, muy alto y muy noble par de Francia. Nació en una al»dea, de un padre aldeano. Se crió al pecho ó con *biberon*, pero debo »decir que en este punto no están muy conformes los historiadores, »y aprendió á leer en la escuela. Luego fué, por espacio de veinte »años, escribano, recaudador de contribuciones ó boticario; despues »de lo cual, le nombraron diputado, y despues par de Francia; prestó »juramento á Luis Felipe, despues de habérselo prestado á Cárlos X; »votó por M. Guizot, despues de haber votado por M. Thiers; en fin, »se murió despues de haber vivido. Hombre estupendo, que la tier»ra te sea ligera [3]!»

Ah! buena la iba á hacer! Sin mas ni mas se me olvidaban los discursos de apertura de tribunal [4], otra variante de la Elocuencia oficial. Sé muy bien que todo hombre que se mete á escribir, y ¿quién con mas motivo que yo? tiene mil razones para no malquistarse con la gente

1 Esta espresion pierde necesariamente su chiste en la traduccion, y lo peor es que no puede suplirse con otra igualmente espresiva.—*N. del T.*

2 Véanse los discursos posteriores á las elecciones.

3 Véanse los elogios de los pares muertos.

4 En francés *Mercuriales*, voz que tambien significa otras varias cosas.—*N. del T.*

de curia, y por mi parte protesto que profeso á su elocucion todos los respetos imaginables.

En las homilias de estos señores hay dos especies de lenguajes, uno para el público, otro para los iniciados.

Requisitorius hace á las mil maravillas este doble papel, y cuando despues de los idus de noviembre, llegan las grandes aperturas de la magistratura y del foro, Requisitorius se encasqueta intrépidamente su bonete hasta las orejas, y remangándose los brazos, comienza así su arenga en partida doble:

(En alta voz) «Abogados! individuos de esta ilustre órden, tan pura »como la virtud, tan antigua como la sociedad, tan necesaria como la »justicia, sin duda sois los mas desinteresados entre cuantos mortales »pueden tener que habérselas con las viudas y los huérfanos.»

(En voz baja) «Eso no impide, como bien supondreis, oh Abogados, »que los mas encopetados curiales alleguen muy legitimamente hácia »el fin de sus cansados dias, dos ó tres millones, á fuerza de no to»mar nada, y por ello les doy el parabien, tanto mas cuanto bien qui»siera yo, pobre sustituto, hallarme en su pellejo.»

(En alta voz) «Abogados! todos sois, nadie lo ignora, y sobre to»do desde la Revolucion de julio, todos sois inaccesibles al favor y á »la ambicion. Os encerrais en vuestra profesion, y vuestra modestia »esparce su perfume, como la violeta á la sombra de los altos bosques.»

(En voz baja) «Verdad es que se hallan muchas de esas violetas, »formando ramilletitos en las escaleras de todo ministerio, y veo con »placer que tienen embalsamados todos los salones del poder.»

(En alta voz) «Procuradores! á vosotros me dirijo ahora. ¡Procura»dores! sed firmes, exactos, puntuales y vigilantes en la manutencion »de las actuaciones, y no abulteis los procesos mas de lo que lo permi»te la capacidad de los cartapacios.»

(En voz baja) «Cuando esto os recomiendo, Procuradores, ya os «hareis cargo de que mi objeto es únicamente encargaros que no esqui»leis muy al rape á vuestras ovejas; los tiempos están fatales, las pla»zas cuestan mucho, y no debeis echar en olvido el arte consumado »de los antiguos procuradores que tan superiormente sabian cebar los »procesillos.»

(En alta voz) «Y nosotros, Magistrados, seamos tan íntegros, tan »conciliadores, tan virtuosos como lo fueron nuestros padres, que se que»daban en sus casas y se contentaban con juzgar como unos verdaderos »Dandins [1].»

1 Sobre esta voz hemos ya puesto nota. Aqui no se toma en mala parte, sino en el sentido de candorosa y rectamente.—*N. del T.*

(En voz baja) «No necesito, doctos é inteligentes compañeros, suplicaros que no tomeis mis espresiones al pie de la letra, y en efecto »¿de qué serviria que el vapor hiciese girar las ruedas de los barcos, ó »que las locomotivas nos arrebatasen por el espacio con la rapidez de la »flecha, si no nos aprovechásemos nosotros de ello como todo el mun»do para dejar nuestro pueblo y seguir el camino real de la plaza Van»doma? En la Chancillería, en los salones del ministro, y solo allí, es »donde podremos ostentar los raros méritos de que tan magníficamen»te nos han dotado la naturaleza y la ambicion. Allí, allí es donde los »grandes servicios que hagamos nos conducirán á los grandes sueldos, »y solo con grandes sueldos, mejor que yo lo sabeis, doctos é inteli»gentes compañeros, pueden levantarse grande scasas!»

Nada diré de esos concejales con sus ropas domingueras, de esos prefectos bordados, de esas vírgenes pudibundas que se escurren por entre los gentiles-hombres, los lacayos, los cocheros y las nodrizas de los principillos, y que á riesgo de perecer bajo las ruedas del coche real, se prosternan en la adoracion y en el polvo. Ah! Cuántos de esos coches reales he visto, tirados algun dia á fuerza de brazos y engalanados con infinitas flores, irse luego tristemente cubiertos de imprecaciones y de fango por los solitarios caminos del destierro [1]!

¡Nacion singular, que se pone á los pies de sus reyes, á menos de que los mate, y que se titula soberana, á menos de que ella misma se ciña al cuello la rienda, el bocado y los cascabeles!

Y V., se me dirá tal vez, y V., implacable censor ¿no tiene por dicha que confesar en su nombre ó en el de los suyos, ciertos pecados de elocuencia oficial que comete, á su modo, la oposicion estra-parlamentaria? Sin duda, y probablemente aludirán VV. á los banquetes patrióticos! ¿Y por qué no he de decir con la franqueza propia de un hombre que no es el cortesano de nadie, que ha habido ciertos banquetes ridículos, de los cuales una desenfrenada parla desterraba la cordialidad y los buenos sentimientos, la verdad de los principios, la seguridad de las resoluciones, el decoro personal, el respeto á la lengua y el oportuno é inteligente discernimiento de las necesidades, de los intereses y de los deseos del pais [2]?

Soy sin embargo bastante partidario de los banquetes patrióticos, con tal que no esté uno en ellos ni harto sofocado bajo los ardorosos rayos de la canícula, ni sobradamente azotado en el rostro por las llu-

1 Viajes triunfales y desolados destierros de Napoleon, Cárlos X y siguientes.
2 Discursos y brindis de los banquetes patrióticos.

vias y los vientos; con tal que los clarinetes toquen á compás; que le digan á uno claramente con quién se halla, y le den siquiera una idea del objeto de que se vá á tratar; que cada convidado, despues de comer, no se encarame tumultuariamente sobre un escabel, en medio de los jarros y de las botellas, para hacerme saber *de cómo* mucho antes de que el mundo fuese mundo, todos los hombres eran iguales y hermanos, y *de cómo* tambien, en tiempo del diluvio y aun despues, los ministros han estrujado á los labradores y á los trabajadores para construirse con su sustancia soberbios palacios de mármol, mantener mozas, caracolear en el bosque de Bolonia [1], y saborear espumantes copas de Champaña. ¿Se les figurará acaso á esos señores que no estamos hartos de saber todas estas cosas, y que es necesario ir á echar brindis glotones y vinosos? Por ejemplo:

A la templanza de los Espartanos, cuyos Reyes y Eforos se hubieran chupado los dedos con las migajas de nuestros banquetes patrióticos;

A la miseria de los proletarios, que están ahí de planton á la puerta cubiertos de guiñapos, y que no tienen la dicha de oir ni el retintin de vuestro dinero ni el de vuestros discursos;

Al trabajo, que estaba mucho mejor organizado, segun dicen, bajo el patriarcado de Noé, cuando el buen hombre salió del arca.

A Bruto y á Casio, asesinos de César, aristócratas muy prendados de su patriciado, usureros y prestamistas á tanto por semana, amos y azotadores de esclavos, y que no se hubieran quitado los guantes para apretar la mano á los ganapanes de Roma;

A la perseverancia política, de la cual nos ofrecen los mas interesantes ejemplos todos los empleados que han atravesado la monarquía de Luis XVI, la República, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la Restauracion, los Cien Dias, la Carolea y la Filípida [2];

A la rotundidad de los presupuestos, que acabarán por reventar de una indigestion de oro;

A la gloria de la Francia, que brilla con tan vivo esplendor desde las arenas de Alejandria hasta las playas de Buenos-Aires [3];

Al establecimiento de nuevas religiones que, para no chocar demasiado con las preocupaciones del pueblo, podrán tal vez permitirle que

1 Paseo habitual de la gente rica en París, por la razon de que hallándose á alguna distancia fuera de puertas no se puede frecuentar como no sea yendo á él en pies agenos.—*N. del T.*

2 Es decir, los reinados de Cárlos X y de Luis Felipe.—*Id.*

3 Alusion á lo muy desairada que, en concepto de la Oposicion, ha quedado la Francia en la cuestion de Oriente, y al triste papel que está haciendo en las orillas del Rio de la Plata.—*Id.*

adore á Dios, con tal sin embargo que para entonces haya todavia un Dios!

A la institucion de nuevas sociedades, en las que no habrá pobres, porque todos serán ricos; en las que no habrá criados, porque todos serán amos, y en las que no habrá Código penal, ni cárceles, ni cadalsos, porque en ellas todos los hombres serán inocentes y virtuosos;

A la formacion de nuevas constituciones, y tan buenas, que vivirán cada una mas de diez y siete años, trece dias, veintidos minutos, cuatro segundos, y que no devorarán, por término medio, mas de cincuenta y tres ministros por barba;

A nuevos Electores, tan desinteresados y poco exijentes, que cada uno de ellos no pedirá al diputado de su eleccion arriba de un camino real, un camino de hierro, un rio, tres puentes, cuatro juzgados de paz y seis estancos.

No omitamos, al concluir, una observacion esencial y de la mayor importancia, cual es que, por lo comun, un patriota banquetista no va á banquetear mas que para la satisfaccion de los cinco sentidos perfectamente completos de que le ha dotado el Criador, y que no le basta beber y comer bien, sino que necesita ver y palpar y oir al héroe de la fiesta, porque ¿dónde deja de haber un héroe? y si el susodicho héroe, por dolerle la garganta ó el dedo gordo de un pie, dejase de perorar, los banquetistas, frustrados en su esperanza, no dejarian de decir que, si tal pusieran, no hubieran pagado su escote de tres francos y cincuenta céntimos; que no merecia la pena de incomodarse para no ver siquiera las narices de su héroe, ni tocarle la mano, ni oir una palabra de su boca; que les han robado su dinero, y que no volverán á caer en el garlito.

Decididamente, la Francia es el pais de las Peroratas. Peroratas ha habido en que se le ha dicho al pueblo: ¡Aflíjete y llora! como si el dolor nacional se encargase en la administracion de pompas fúnebres, con los paños recamados de lágrimas de plata y los caballos empenachados! Peroratas ha habido en que se le ha dicho á Dios: Acabamos de esterminar á sablazos ó á cañonazos á una infinidad de hombres. ¡Oh Santo de los santos! escucha nuestros votos! Estas peroratas son impías! Otras en que se ha dicho al Parlamento: Corta con la espada la cabeza de nuestros enemigos;—estas son atroces. Otras en que se ha dicho al Poder: Bien veis nuestra profunda adhesion;—estas son interesadas. Otras en que se le ha dicho á un Príncipe: Sois mas que un mortal;—estas son serviles. Otras en que se ha dicho á Princesas: Sois mas blancas que la azucena del valle, y vuestro aliento tiene el perfume de las rosas;—estas no son mas que ridículas [1].

1 Véanse los millones de peroratas por el estilo.

Pero lo que es mas ridículo todavía, es querer, en una Perorata, persuadir á un monarca sensato toda casta de cosas nuevas y sorprendentes, que de seguro él seria el último en maliciarse; por ejemplo, que cura los lamparones ó el cólera morbo [1]; que es digno de ser miembro del Instituto [2]; que dora las mieses y que, como el rocio del Cielo, hace brotar la yerba y las setas de los prados [3]; si es guerrero, que tiene gloria; si es pacífico, que tiene genio; si es pródigo, que la economia es un vicio; si es avaro, que la mezquindad es una virtud; si es soltero, que la nacion no le sobrevivirá; si tiene hijos, que su dinastía se perpetuará hasta la consumacion de los siglos; si está enfermo, que nunca su salud ha estado mas floreciente; y si está á punto de espirar, que es inmortal.

Detestables aduladores, raza pestilente, vosotros con vuestras peroratas, vuestros cumplimientos y vuestra mentida fraseologia, perdereis á cuantos gobiernos débiles y locuaces sirvais!

Sí; si los hombres graves de Europa se burlan de nuestros discursistas, asi grandes como pequeños; si la muchedumbre de las locuciones viciosas, de las redundancias, de las perífrasis, de los *que* sobrantes [4] en las arengas ministeriales y responsables de la corona, aterra la imaginacion; si todas esas vulgaridades, esa insulsa y empalagosa retórica han sucedido á las respuestas llenas de profundidad y nervio de Napoleon y de Luis XIV; si su lectura es la mas indigesta, la mas verbosa, la mas estoposa, la mas pastosa, la mas fastidiosa, la mas monótona, la mas insoportable de todas las lecturas; si los cajetines de la imprenta, si los cilindros de las prensas de vapor, si las tablas de los estantes se doblegan y se quiebran bajo el peso de su volúmen, no es culpa, sábelo Dios, de los emperadores y de los reyes mas ó menos constitucionales, sino de la atronadora charla, de las exigencias, de la importunidad de la nacion oficial y cumplimentera.

Antes por el contrario me admira que unos príncipes ora legítimos, ora usurpadores, cuyo oficio ni cuyo talento son seguramente los de ser oradores, estén dotados de una fluidez de elocucion bastante espontánea y de una paciencia bastante maravillosa, para luchar contra el torrente de tantas felicitaciones: me admira, me admira mucho que se pueda repetir á todo yente y viniente las mismas frases, con las mismas uncion y humildad con que se rezaría el *Padre-Nuestro*; que pueda

1 Histórico.

2 Histórico.

3 Histórico.

4 S. M. el Rey de los Franceses pasa por abusar singularmente en sus discursos oficiales de los pronombres relativos *que* y *qui*, lo que es en francés un defecto gramatical, ó una infraccion de la regla que llaman del *que retranché*.—*N. del T.*

un hombre estarse sobre el mismo pie, sin bambolearse, horas enteras; que pueda menear mecánicamente, todo un dia, las dos ligaduras de sus mandíbulas, sin descoyuntarse; que pueda, sin cerrar los ojos, sin caerse de sueño, ver pasar por delante de sí tantos disfraces, tantas caras estucadas, tantas espaldas de medio punto, tantas corvetas; pero hay gracias de Estado. Por fortuna la Providencia vela sobre la Francia y sobre sus gobiernos monárquicos, republicanos, directoriales, imperiales, nacionales y antinacionales, y es de esperar que despues de haber triunfado de tantas conjuraciones, sabrán al fin triunfar de tantas Peroratas!

Cuando los héroes de julio quemaron su último cartucho, todos se consultaron unos á otros con angustia y se preguntaron: Ea! ¿qué vamos á poner en lugar de esto? Quién osará sacrificarse y quién nos echará discursos? El duque de Burdeos apenas sabe leer de corrido; el duque de Reichstad [1] nos arengaría en gringo de Bohemia; necesitamos un hombre que sepa oirnos y pueda respondernos. Franceses, ingratos Franceses! habeis hallado al que sabe oiros y responderos, al que habla en todas ocasiones, al que habla sobre todo, al que habla tanto y mas y mejor que cualquiera de vuestros abogados; pero os prevengo que acabareis por agotar una abundancia de palabras tan estraordinaria, y por no sacar ya de aquel gaznate seco ni una sola palabra, y ni siquiera sospechais lo que podria sucederos á la primera revolucion, de que Dios nos libre!

Ofrézcase entonces el trono á quien quiera que sea, bajo la condicion de pronunciar y escuchar tantos discursos; anúnciese ese trono á son de tamboril, propóngase, ¡cosa tentadora! con veinte, con treinta millones de presupuesto de casa real, al trapero de la esquina ó al rey de Prusia, á un escarolero ó al Emperador de todas Rusias, y no hallareis uno solo, lo juro, ni uno solo que quiera aceptar, y vereis como el trono se queda vacante, y como es preciso sacarle á pública subasta y adjudicarle con rebaja.

1 El hijo único, ya difunto, de Napoleon. — *N. del T.*

CAPITULO IX.

DE LA ELOCUENCIA MILITAR.

La Elocuencia militar de los antiguos no es mas que una ficcion de sus poetas é historiadores.

Arengar á los soldados, no en el circo ni desde una tribuna, sino á vista del enemigo, como dicen que sus generales lo hicieron, debia ser magnífico, no lo niego; pero lo conceptuo lisa y llanamente imposible.

Aquellas célebres palabras de Leonidas á Jerges: «Ven á tomarlas [1]», las de Epaminondas al espirar: «Dejo dos hijas inmortales, Leuctra y Mantinéa [2]» y las de César: «Vine, ví, vencí [3]» pueden muy bien haber sido pronunciadas, puesto que no son sino meras palabras; pero hay mucha diferencia entre unas cuantas sílabas y una arenga de varias páginas; la misma que entre la verdad y la mentira.

Y es bien claro: porque si en la misma Cámara de Diputados, donde la disposicion acústica favorece la repercusion de los sonidos, de cuatrocientos individuos hay lo menos ciento que no perciben nunca con claridad las mas sonoras alocuciones de los mas ejercitados oradores, ¿cómo es posible que los generales antiguos lográran hacerse oir de toda una línea de cien mil combatientes en el terreno irregular de un campo de batalla, y en medio de las lluvias y los vientos que se

1 Fué la contestacion que dió al Rey de Persia cuando le pidió sus armas al penetrar con su innumerable ejército en el paso de las Termópilas.—*N. del T.*

2 Los pueblos de Mundi ó Mantinea y Leuctra, situados el primero en la Arcadia, y el segundo en Beocia, cerca de Platea, son inmortales en la historia por dos sangrientas victorias del tebano Epaminondas contra los Lacedemonios.—*Id.*

3 Estas palabras perpetuadas como frase sacramental para espresar la rapidez de un triunfo militar, fueron las que usó César para pintar la prontitud con que habia vencido y derrotado á Pharnaces, Rey del Ponto.—*Id.*

llevan y cortan las palabras sin que lleguen á seis pasos del orador? Y ademas, ¿no puede uno ser gran general y grande orador, y tener un órgano débil y poco sonoro? Por lo comun, todos aquellos ejércitos monstruosos no eran mas que un aglomeramiento de bárbaros advenedizos de todos paises, sometidos á la virga ferrea de un caudillo y dueño, sin saber leer ni escribir, sin entenderse los unos á los otros, aunque siempre en perfecta inteligencia cuando se trataba de cometer violencias, asesinatos y rapiñas. Pero la ilusion es siempre favorable á los cuentos del tiempo viejo; prestamos entera fé á los historiadores que hacen hablar á Alejandro, á Escipion y á Anibal, como si Anibal, Escipion y Alejandro hubieran sido unos ensartadores de frases repulidas que, en lo mas crudo de la refriega, pusieran todo su cuidado en no descomponer en una sola coma la simetría gramatical, y la cadencia y tiempo de un supino ó de un gerundio. Pero esas ficciones de discursos datan de muy antiguo.

Los Griegos eran escelentes parladores; por eso salieron todos los héroes del viejo Homero tan dados á las arengas como á las batallas. Ni él ni Virgilio se contentaron con hacer hablar por los codos á los hombres de por acá, sino que á mayor abundamiento quisieron que hablasen los Dioses del Olimpo. A imitacion suya, pone el Tasso palabras afiligranadas y llenas de agudeza en boca de Reinaldos, de Soliman y de Godofre, los cuales, como buenos paladines, se vanagloriaban de no entender una jota del alfabeto galo ó turco. Milton hizo todavía mas: quiso que los alados serafines del cielo y los ángeles de las tinieblas pronunciasen discursos, y muy patéticos por cierto, para escitar á las milicias divinas é infernales á pelear valerosamente las unas contra las otras, sin matarse por supuesto, dado que las almas sin cuerpo no pueden morir.

Las desmesuradas arengas de Quinto-Curcio, son trozos de retórica que á aquel historiador se le antojó poner en boca de su Alejandro, convertido en charlatan.

Polibio, Tucídides, Salustio, Plutarco, visten á los héroes griegos y romanos con las libreas de su estilo. No es Germánico, sino Tácito puro y neto el que figura en los *Anales* [1]. Tito-Livio se eterniza con sus arengas, y este armonioso parlador de los salones de Mecenas no echa de ver que los generales de la antigua Roma no le hubieran llegado á entender siquiera. Fuera de ver y aun de oir, á los gentiles hombres de

1 Nadie ignora que los Anales de Tácito comprenden la Historia de los cuatro Emperadores Tiberio, Claudio, Neron y Calígula, hijo de Germánico. De estas cuatro historias solo se conserva íntegra la de Tiberio, que fué el que persiguió al valiente y justo Germánico y le dió la muerte por envidia de sus glorias.—*N. del T.*

Tarquino balbuciendo, en medio de inestinguibles carcajadas, el patué del dialecto toscano en la refinada corte de Augusto! Seria poco mas ó menos, como si madama de Sévigné [1] pretendiese hacerse entender de los záfios servidores del rey Childeberto [2].

M. Villemain, el mas elegante entre nuestras notabilidades literarias, no hubiera pulido, redondeado y aguzado mas su estilo, encerrado en su despacho, que el adusto Coriolano bajo los muros de la naciente Roma, ó que el feroz Arminio [3] en los pantanos de la Germania.

Gálvaco [4], verbigracia, era una especie de salvaje desmelenado, barbudo y velludo de pies á cabeza; lanzaba de su áspera garganta gritos inarticulados, y blandía un enorme chafarote; no entendia de elipsis ni de ablativos absolutos, y es mas que probable que no tuvo tiempo de terminar sus estudios de filosofía en la universidad de Oxford. Pues sin embargo! Tácito hace de él un verdadero dómine, una especie de secretario perpétuo de la Academia francesa; todo el discurso que le cuelga está perfectamente peinado y barnizado: nada le falta, su exordio, su disposicion, sus pruebas, su peroracion, y ademas su lógica, su vehemencia, su colorido. Y añádase á esto una admirable pintura de las costumbres, con todo el estilo de los grandes maestros. Ciceron se hubiera mordido las uñas de envidia!

Todos esos historiadores consumieron su juventud devanándose los sesos y sudando el quilo en las disputas de la escuela. Sus trabajadas arengas huelen todas á aceite. Parece ser que los retratos y discursos andaban muy en boga en aquellos tiempos; y claro está que para agradar al público de entonces no tenian los historiadores mas remedio que pintarle discursos y retratos.

Por último, los Griegos y Romanos, gente de grande imaginacion, fueron siempre muy aficionados á las ficciones, tanto en religion como en gobierno, en poesía, en legislacion, en todo. Si hemos de juzgar de la verdad de las cosas y acciones que Salustio, Tito-Livio, Quinto-Curcio y Tácito nos refieren, por la exactitud de las arengas que nos encajan, creo que no hay mucho que escojer entre todas aquellas historias.

Lo que mas patentiza la inverosimilitud de dichas arengas, lo que indudablemente la demuestra, es la cualidad de improvisadas que qui-

1 Célebre escritora del siglo XVII, autora de unas *Cartas* traducidas en todas las lenguas de Europa. Pocas obras posee la literatura francesa de estilo mas culto, refinado é ingenioso.—*N. del T.*

2 Rey franco del VI siglo, hijo de Clodoveo.—*Id.*

3 Caudillo Bárbaro derrotado por Germánico.—*Id.*

4 Gálvaco era un caudillo Breton del tiempo de los Romanos.—*Id.*

sieron darles. Pues en efecto, nadie nos dice que fuesen dictadas á un secretario, ni que este estuviese al lado del general para estenderlas. Nadie las grababa con el estilo en tablas enceradas; no se fijaban en las empalizadas del campamento; no eran leidas en las veladas á la lumbre del vivác, ni aprendidas de memoria para recitárselas unos á otros.

En nuestros dias las arengas militares no se improvisan. No se podrian percibir entre el triquitraque de los fusiles y bayonetas, el manoteo y los relinchos de los caballos, el ruido de las toses, de los estornudos y moqueteos, de las conversaciones, de los cuchicheos, y de las pisadas de los soldados.

Imposible le seria al general reunir en un terreno bastante concentrado la infantería, la caballería, los estados-mayores, la artillería con sus trenes, los bagajes, y el cuerpo de ingenieros. Tampoco podria hacerse llevar á brazo sobre un pavés ó en una tribuna; ademas de ser ridículo parecería demasiado estudiado. El general, pues, habla mas á la imaginacion del soldado que á su oido; le anima antes del combate, le dá el parabien despues de la victoria. Las arengas se insertan en la órden del dia, y ésta se pega y se lee en las paredes, en los árboles, en las estacadas del campamento, y se repite y se comenta en las veladas del vivác, y se multiplica cuanto se quiere por medio de la imprenta.

En nuestras alocuciones militares hay posibilidad, verdad y resultado. Pero en vano, repito, indagará uno qué significaba la improvisacion en los ejércitos de la antigüedad, y qué efecto podrian producir, qué alcance podian tener esas palabras desperdiciadas al viento, disipándose, sin que hiriesen el oido, á los pies del mismo orador. Considero, pues, todas esas largas alocuciones de los antiguos capitanes como un mero ornato histórico, como una ficcion, una fábula, una mentira.

César es tal vez el único á quien no comprende esta crítica, porque César no era solamente un guerrero; era tambien uno de los aristócratas mas cultos de Roma en los tiempos de su gran literatura. Reunia César todos los talentos y todas las cualidades: era elegante y enérgico, humano y valeroso, prudente y decidido, vehemente y astuto, vasto en sus planes, osado en la ejecucion, pagado de su orígen patricio, y familiar con sus soldados que le adoraban. Gran general, grande escritor, y grande orador á un mismo tiempo; él mismo nos refiere en los Comentarios que escribió sus campañas y sus discursos. Mas siendo César, como todos los hombres de ingénio, sensible á las lisonjas de la gloria literaria, no hay mucho que fiar, y yo por mi parte no me fiaría en manera alguna en que no haya corregido, limado, amplificado y refundido, y aun quizás preparado de antemano, aunque no fuese mas que por gusto, en los ocios de su tienda, muchas de aquellas famosas arengas de

su supuesta improvisacion. Despues de la victoria, no dejaba de ocuparle la posteridad.

Pero sea de esto lo que fuere, no tengo yo dificultad en reconocer á César como el primer orador militar de los tiempos antiguos. Ni aun creo que haya quien esta opinion controvierta. Dice tan bien la elocuencia á los vencedores y dueños del mundo!

En los tiempos modernos, San Luis, Felipe-Augusto, Francisco I, Bayardo y du Guesclin, han pronunciado frases de marcial bravura. Las alocuciones de Enrique IV sobre todo, son breves, penetrantes, llenas de alma, llenas de imaginacion. Pero todos esos reyes, todos esos capitanes solo aparecen en medio de un círculo de caballeros y gallardos paladines. De un caballero recibió Francisco I las armas en el campo de batalla. Caballeros eran los que de él recibieron como un sentido adios aquel dicho célebre: «Todo se ha perdido, menos el honor.» La misma palabra honor es una palabra de caballero. A caballeros fué á quienes Luis XII respondió en Aignadel: «Los que tengan miedo guarézcanse detrás de mí [1]!» A un caballero, á Crillon, fué á quien escribió Enrique IV: «Valiente Crillon [2], ya puedes ahorcarte; sin tí nos hemos batido en Arques!» A dos caballeros tambien, á los príncipes de Condé y de Nemours, gritaba el mismo Enrique: «Vive Dios! adelante, caballeros! Yo os probaré que soy el primogénito?» A caballeros se dirije cuando arrebatado por su bridon pronuncia estas palabras: «Seguid mi penacho blanco, siempre le reconocereis en el camino de la victoria!» Pero ¿no están estos sentimientos y estos dichos, impregnados, por decirlo así, de feudalismo? No se creeria que aquellos paladines coronados tenian en mas ser caballeros que reyes? Tales eran las costumbres y el espíritu de la época, y, justo es confesarlo, aquellos príncipes valian mas que las instituciones.

Bajo las leyes de la antigua Francia, habia cuerpos de tropas valientes y disciplinadas. No habia aun entonces ejército nacional. La grande Elocuencia militar nació con la libertad en las guerras de la Revolucion; pero la mayor parte de los héroes que mandaban nuestros ejércitos tenian mas arrojo que letras. Sabian mejor vencer que hablar; y entonces ni aun siquiera se hablaba, que se cantaba. La *Marsellesa* ganó mas batallas que los mas bellos discursos. No se necesita-

1 Aunque caballeros en la cuna, no lo eran ciertamente en el valor, pues la célebre respuesta de Luis XII á sus cortesanos en la batalla de Aignadel no tuvo otro objeto que echarles en cara su cobardía, cuando, por ser deshonrosa la huida, aconsejaban al monarca que se retirase y no espusiese sus preciosos dias.—*N. del T.*

2 Era un segundo Bayardo; llamábanle en su tiempo el *Caballero sin miedo* y *el valiente de los valientes*. Escribió estensamente la vida de este portento de valor y heróica lealtad Mlle. de Lussan.—*Id.*

ban marciales exhortaciones para precipitarse á la bayoneta sobre los cuadros austriacos. Cada ciudadano era un soldado, y para rechazar al enemigo cada soldado tenia el corazon de un capitan. El mero órden del dia de la Conveccion, solia ser mas elocuente que las mismas alocuciones de los generales. A veces terminaba, entre las aclamaciones unánimes de la asamblea, con estas sencillas palabras: «El ejército de los Pirineos, el ejército del Rin, el ejército del Sambra y Mosa, el ejército del Oeste, el ejército de Italia, han merecido bien de la patria.»

Los acentos varoniles y arrogantes de la elocuencia republicana se estinguieron bajo el imperio. Diríase que la energía moral de la nacion no existía ya sino en un solo cerebro, en el de Napoleon, y que, en cuanto á la generalidad de sus subalternos, se habia refugiado á la estremidad de sus brazos. Cesó el ímpetu, cesó la iniciativa; obedecian, y nada mas. Decia el uno: «En nombre de mi augusto soberano, su Magestad el Emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la Confederacion del Rin, vengo á prescribiros, oficiales y soldados, que cada uno de vosotros cumpla con su deber.» Otro general, mas servil aun, escribia: «Soldados, en virtud de las órdenes de su Excelencia el mariscal del Imperio, comandante del cuarto cuerpo del Ejército, tendreis que correr á la victoria.»

¿Qué diremos de la Elocuencia militar de los Rusos, de los Alemanes ó de los Ingleses?

Recuérdese la grande y heróica pantomima de Suwarow: en cierta ocasion, para electrizar á los Rusos que empezaban á desanimarse, hizo que sus granaderos abriesen una huesa, y tendiéndose en ella con todas sus cruces, su espada y sus charreteras, mandó que le enterráran vivo.[1].

Por lo demas, los generales Rusos tratan á sus soldados como á esclavos embrutecidos. Amonéstanles á que en la refriega alcen el pensamiento á sus señores, y adoren la imágen del gran San Nicolás, y la espada del arcángel San Miguel. Sus proclamas son abundantes de palabras, desmazaladas y fanáticas.

1 El conde Alejandro Suwarow Rimniski es uno de los mas célebres capitanes de la pasada centuria. El hecho citado tuvo lugar en una marcha que hizo con la division Rusa contra Masséna por entre los mas peligrosos desfiladeros de la Suiza. Los partes de este valiente general son citados por su marcial laconismo. En sus primeras guerras contra los Búlgaros, habiendo entrado ja ciudad de Toutoukai, dió á la Emperatriz Catalina parte de su victoria con dos versos rusos cuyo sentido es este:

Gloria á Dios! y gloria á vos!
tomóse la ciudad, en ella estoy. *N. del T.*

La elocuencia de los archiduques de Austria y de los príncipes de Saboya no ha metido nunca ruido.

Los generales Ingleses son sóbrios de palabras; sus partes casi siempre sencillos, concisos y dignos. No son nunca encomiadores ni coléricos: cuentan la verdad y van al hecho. Sus soldados son frios, inteligentes, disciplinados, intrépidos, menos sensibles á la gloria que al deber, y menos á las lisonjas hábilmente aderezadas que al bienestar material. No es fácil exaltar su imaginacion con figuras retóricas, ni reanimar su valor con arrebatos oratorios, ni conmover su corazon con acentos de sensibilidad. Mas tampoco se les podria decir sin que murmuráran: por ahora no hay zapatos, ni capotes, ni vino, ni cerveza, ni pan, ni carne; pero entretanto, amigos mios, podeis volar á la victoria! Las cámaras aristocráticas de la Gran Bretaña conceden á los generales y oficiales, en vez de acciones de gracias y de espadas de honor, crecidas pensiones. Es un pueblo aquel donde todo, hasta la misma gloria, se reduce á metálico.

Los partes ingleses, no lo niego, son quizá demasiado secos; pero por mi gusto los prefiero á los partes españoles, que son todavía mas ampulosos que los nuestros de Africa, y donde á la menor escaramuza se dá el nombre de batalla, y el de héroe al mas insignificante escaramuzador. Solo en aquel Reino se ven Marqueses de la Lealtad, Príncipes de la Paz, y Duques de la Victoria, dos duques á la vez de un mismo nombre en los dos bandos opuestos, de modo que en rigor no pueda haber jamás vencidos en ninguno de los dos, siendo ambos vencedores. Todos allí son inmortales: es inmortal Riego, es inmortal Zumalacárregui, Cabrera es inmortal, Espartero es inmortal, como es inmortal Don Quijote! Por fortuna todo ese heroismo, con sus serenadas y laureles, y cruces de brillantes, y retratos, y cajas de tabaco y carrozas triunfales tiradas á brazo, y ampulosas arengas, no tiene gran trascendencia; y dícese que como en España hace calor, es preciso disimular alguna cosa á sus habitantes, y permitir que el ejército, los ayuntamientos y las Córtes, puedan al menos desahogar su fogosa imaginacion.

PARTE SEGUNDA.

RETRATOS.







ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

—

MIRÁBEAU.

Cuando despues de haber surcado la inmensa estension de los mares, bogaba sereno Cristobal Colon hácia el continente de América, empiezan de súbito á silbar los vientos, brilla el relámpago, brama el trueno, rómpense las járcias, túrbase el piloto y vá la nave á perderse y sumergirse entre las olas.

Pero mientras los soldados y marineros oran arrodillados y pierden la esperanza, Colon, confiado en sus altos destinos, toma el timon, gobierna la nave despreciando los mugidos de la tempestad y el horror de la profunda noche, y, advirtiendo que la proa de su navío tropieza en las costas del nuevo mundo, alza el grito esclamando: tierra! tierra!

Asimismo, cuando la Revolucion, rotas las áncoras y desgarradas las velas, bogaba perdida en un mar lleno de sirtes y de tempestades, Mirabeau de pie en la proa del navío desafiaba á los rayos y centellas, y, tranquilizando á los pasajeros consternados, alzaba en medio de ellos su voz profética y les señalaba con la mano la tierra prometida de la libertad.

Todo concurria á hacer de Mirabeau el altivo dominador de la tribu-

»Asi pereció el último de los Gracos de mano de los patricios; pero, »herido del golpe mortal, arrojó un puñado de polvo al cielo, invocan- »do á los Dioses vengadores, y de aquel polvo nació Mario; Mario, me- »nos grande por haber esterminado á los Cimbrios que por haber der- »ribado en Roma la aristocrácia de la nobleza!»

No existe en toda la antigüedad un movimiento mas oratorio; todo este trozo, ademas, es de una alta elocuencia y termina con esta hermosa profecia:

«Los privilegios acabarán, pero el pueblo es eterno.»

Esta altanera respuesta anonadó á sus adversarios, y Mirabeau se lanzó con toda su alma en las sendas de la democrácia. Una vez en este terreno, le amoldó, le holló bajo sus pies, se estendió, se afirmó y luchó en él, como el atleta del pueblo, contra los Ordenes del clero y de la nobleza, con todo el poderío de su lógica, y con toda la energía de su indomable voluntad.

Se cree vulgarmente que la fuerza de Mirabeau consistía en la anchura de su robusto pecho [1] y en los espesos mechones de su crin de leon; que de una coleada barria á sus adversarios; que se desplomaba sobre ellos con los bramidos y el furor de un torrente; que los aterraba con su mirada; que los aplastaba con los estampidos de su voz, semejante al trueno: esto es alabarle por las dotes esteriores del porte, del órgano y del ademan, como se alabaría á un gladiador del circo ó á un comediante, no como se debe alabar á un grande orador.

Sin duda Mirabeau debió mucho, en el principio de su carrera oratoria, al prestigio de su nombre, porque ya era dueño de la asamblea por la reputacion de su elocuencia, antes de serlo por su elocuencia misma.

Sin duda Mirabeau debió mucho á aquella voz penetrante, flexible y sonora que llenaba fácilmente el oido de mil doscientas personas, á aquellos soberbios acentos que daban pasion á una causa, á aquellos impetuosos ademanes que lanzaban á sus despavoridos adversarios provocaciones sin respuesta.

Sin duda Mirabeau debió mucho á la inferioridad de sus émulos, porque delante de él las otras reputaciones se eclipsaban, ó mas bien no se agrupaban como satélites al rededor de aquel astro mas que pa-

1 El testo dice: *Dans les fanons de son poitrail*, literalmente en *las barbas ó ballenas de su pecho de caballo*. Nuestra lengua es demasiado severa para admitir una metáfora tan atrevida. Claro está que esas *barbas ó ballenas* se toman aqui por un signo de robustez, y que la espresion *poitrail* (pecho de caballo) está puesta para encarecer la anchura del pecho de Mirabeau. Queda pues exactamente vertida la idea, si no la espresion del autor.—*N. del T.*

ra hacerle brillar con mas vivo esplendor. El abate Maury no era mas que un elegante retórico; Cazales, mas que un hablador fluido; Sieyes, mas que un metafísico taciturno; Thuret, mas que un jurisconsulto; Barnave, mas que una esperanza.

Pero lo que estableció su incomparable dominio sobre la asamblea, fué primeramente la predisposicion entusiasta de la asamblea misma, la armonia y la cooperacion de sus asombrosas facultades, la fecundidad de su trabajo, la inmensidad de sus estudios y de sus conocimientos; la grandeza y estension de sus miras políticas, la solidez de su dialéctica, la meditacion y profundidad de sus discursos, la vehemencia de sus improvisaciones y la cortante vivacidad de sus réplicas.

¡Cuánto distan de nosotros aquellos tiempos!... El pueblo de París todo entero se mezclaba ansioso á las discusiones del poder legislativo: cien mil ciudadanos llenaban las Tullerías, la plaza Vendoma, las calles adyacentes, y se pasaban de mano en mano los boletines copiados, esparcidos, tirados por entre el gentío, sobre las vicisitudes de cada momento del debate: entonces habia vida pública. La nacion, los ciudadanos, la asamblea estaban todos esperando grandes sucesos, llenos todos de aquella eléctrica y vaga emocion, tan favorable á los espectáculos de la tribuna y á los triunfos de la elocuencia.

Nosotros, que vivimos en una época sin fé y sin principios, devorados como lo estamos desde los pies hasta la cabeza por la lepra del materialismo político; nosotros, asambleas de hombrecillos que nos inflamos como una montaña para no parir mas que un raton; nosotros, corredores de negocios, de carteras ministeriales, de cintajos, de charreteras, de recaudaciones y de togas; nosotros, hombres de la alza y de la baja, del tres y del cinco por ciento, del empréstito de Haiti ó del Napolitano; nosotros, hombres de córte, de policía, de pandillas, de todas especies de épocas, de todas especies de sistemas, de todas especies de prensas, de todas especies de opiniones; nosotros, diputados de una parroquia ó de una cofradía, diputados de un puerto, de un camino, de un canal, de un viñedo; diputados de la caña de azúcar ó de la remolacha; diputados de la hornaguera ó de los betunes; diputados del carbon, de la sal, del hierro, del lino; diputados de la raza vacuna, caballar, asnal; diputados de todo, escepto de la Francia. Nosotros no comprendemos, no comprenderemos jamás hasta qué punto llegaban las convicciones y la sinceridad, la sencillez de corazon, la virtud, el desinterés y la verdadera grandeza de aquella famosa Asamblea Constituyente.

Si, cualquiera hubiera dicho que no existian ya en aquella Asamblea ni en aquella nacion de nuestros padres, hombres provectos que habian atravesado los malos dias del despotismo, ni ancianos que se

acordaban de lo pasado; todo era en ellas abnegacion, raptos de patriotismo, anhelos de libertad, aspiraciones sin fin á un porvenir mejor; era aquello como un hermoso sol que brilla en la mañana de la primavera, que calienta la naturaleza embotada por el frio y dora todos los objetos con su pura y templada claridad. La nacion jóven y llena de dulces ilusiones, creía oir voces que la llamaban á los mas altos destinos; se estremecía, lloraba, se sonreía como una madre en el parto de su hijo primogénito: era aquello la Revolucion en la cuna.

Nuestras Cámaras actuales son otras tantas iglesias pequeñitas donde cada uno coloca su imágen sobre el altar, se canta el *Magnificat* y se adora á sí mismo.

Nuestros oradores actuales no son por lo comun mas que jefes sin soldados; no representan mas que opiniones borradas, partidos agotados y moribundos, fracciones de fracciones, cuando no simples unidades: no meten mas ruido que el ruido de su voz; no ejercen presion sobre el esterior.

Mirabeau por el contrario representaba y conducia á su época. Todavía cree uno verle en la borrascosa noche de lo pasado, de pie sobre la montaña, como otro Moisés, en medio del rayo y de los relámpagos, llevando entre sus brazos las tablas de la ley, y coronada la frente de una aureola de fuego, hasta que vaya á perderse y sumergirse en la sombra que sube y le envuelve.

A la voz de Mirabeau se reunen los Estados Generales, á la luz de su antorcha van á marchar. El órden de la Nobleza se separa violentamente y se insurrecciona. Mirabeau atempera con su longanimidad las impaciencias del Estado llano. Lisonjea, *camela*, honra á la minoria del clero para atraerle á sus filas, y presta al Rey sus propios pensamientos para intimidar á la Nobleza.

Luego, cuando ha tranquilizado poco á poco á los tímidos plebeyos de los comunes, asombrados al principio de la temeridad de su empresa, los deslumbra de repente con el título de representantes del pueblo: ya no son una fraccion de la Asamblea, ni aun la mas grande, sino toda la Asamblea: los órdenes del Clero y de la Nobleza deben absorberse como débiles rayos de luz en el resplandor de la magestad nacional.

«¿Para qué necesito, dice, demostrar que la division de los órde»nes, que la opinion y la deliberacion por órden, serian una invencion »verdaderamente sublime para fijar constitucionalmente el egoismo en el »sacerdocio, el orgullo en el patriciado, la bajeza en el pueblo, la con»fusion entre todos los intereses, la corrupcion en todas las clases de »que se compone la gran familia, la codicia en todas las almas, la in-

»significancia en la nacion, la tutela del príncipe y el despotismo de los »ministros?»

No le bastaba á Mirabeau haber, por medio de una hábil maniobra, separado y roto la union de los dos órdenes disidentes, haber consagrado la permanencia de la insurreccion á favor de la inviolabilidad personal de los insurgentes, y haber en fin hecho decretar la unidad, la indivisibilidad y la soberanía de la Asamblea Constituyente; sino que necesitaba hallar para aquella soberanía un ejercicio y una sancion.

La Corte, con la insensata, arbitraria y pródiga creacion de los impuestos, y la Nobleza y el Clero, con su negativa de cooperacion, habian elevado hasta lo sumo la deuda del estado y precipitado la ruina de la hacienda. El mal llevaba en sí el remedio, remedio todavía mas político que económico, remedio que no podia curar á la nacion sino en cuanto ella se le aplicase á sí misma con sus propias manos.

Este remedio era la votacion prévia del impuesto por el pueblo. Ahora bien, la Asamblea Constituyente representaba al pueblo; luego negando el impuesto, podia atar las manos al gobierno, como se desmonta el resorte de un reló, como se quita el eje de un coche. Negando el impuesto, como lo proponía Mirabeau, mejor que con la famosa espresion de Sieyes *el Estado llano es todo*, la Revolucion no estaba ya por hacer, estaba hecha.

Nuestros padres fundieron sus obras en bronce, nosotros calcamos las nuestras sobre un vidrio: ellos buscaban cuerdamente las cosas semejantes entre sí, nosotros amalgamamos como unos insensatos las contrarias: ellos inventaban, nosotros copiamos: ellos eran arquitectos, nosotros no somos mas que peones de albañil.

Desde Mirabeau acá, no hemos hecho mas que retrogradar en la ciencia política; y si alguno lo dudase, lea su *Declaracion de los derechos del hombre.*

Esta contenia:

La igualdad y la libertad de todos los hombres por derecho de nacimiento; el establecimiento, la modificacion y la revision periódica de la Constitucion por el pueblo; la ley como espresion de la voluntad general; la delegacion del poder legislativo á representantes frecuentemente renovados, legal y libremente elegidos, siempre existentes, anualmente reunidos, inviolables.

La infalibilidad del rey y la responsabilidad de los ministros.

La libertad de los otros por límite de la libertad de cada uno.

La libertad de la persona, y por garantía, la publicidad de la sustanciacion, del careo y de la sentencia, la anterioridad y la gradacion de las penas.

La libertad del pensamiento por medio de la palabra, de la escritura ó de la impresion, salva la represion de sus abusos.

La libertad de los cultos, salva la policía.

La libertad de las asociaciones políticas, salva la vigilancia municipal.

La libertad de la locomocion en el interior y en el esterior.

La libertad de la propiedad, del comercio y de la industria.

La expropiacion por causa de utilidad pública, mediante una justa indemnizacion.

El voto prévio, la igualdad proporcional, la moralidad, la justicia y la moderacion del impuesto.

El establecimiento de una contabilidad regular, la economía en los gastos, la modicidad de las retribuciones y la abolicion de los abusos consistentes en acumular dos ó mas sueldos, y en cobrar sueldos exorbitantes relativamente á los destinos [1].

La opcion de todos los ciudadanos á los empleos civiles, eclesiásticos y militares.

La subordinacion de las tropas á la autoridad civil.

La resistencia á la opresion.

La *Declaracion de los derechos* era un magnífico prólogo de la Constitucion, asi como los antiguos colocaban un peristilo delante de los templos de los Dioses; era una decoracion política llena de grandeza y magestad, un resúmen de las doctrinas de los filósofos y de los publicistas del siglo XVIII, una imitacion de la constitucion americana. El ingenio francés gusta de generalizarse y, en la flotante anarquía de las opiniones, se necesitaba un medio de rehacerse, una base para la discusion. El prefacio de la Constitucion de 1793, y las cartas de 1814 y de 1830 no son, bajo muchos conceptos, mas que la reproduccion, ora democratizada, ora aristocratizada, de la *Declaracion de los derechos del hombre* de Mirabeau.

Los discursos de Mirabeau no han sido casi mas que el elocuente comentario de su *Declaracion de los derechos*. Aquel atrevido innovador no se contentaba con descubrir playas desconocidas y plantar en ellas algunos piquetes; en ellas construía tapias y ciudades, y bajo los yesos y los escombros de tantas Constituciones como se han desmoronado unas sobre otras, todavía se encuentran hoy los cimientos de granito que las sustentaban.

En su inmensa carrera sembraba con profusion todas las grandes y sagradas máximas del gobierno representativo; la soberanía del pue-

1 *Cumuls et sinécures*. Esta última voz la traduciriamos por *prebendas* en lenguaje figurado y mas familiar que el del testo.—*N. del T.*

blo, la delegacion de los poderes, la negativa eventual de cooperacion, la independencia, la responsabilidad y la refrendata de los ministros, la iniciativa de la acusacion y la igualdad del impuesto.

Habla con tanta diversidad como facundia por la libertad de la prensa, de los cultos, del individuo, de la locomocion; por la amovilidad de los empleos, la constitucion de los ayuntamientos y de los tribunales, el establecimiento de la guardia nacional y del jurado, la *vitalicidad* [1] de la asignacion de casa real y su reduccion á un millon de renta [2], la exencion del impuesto para las clases necesitadas, la unidad monetaria y el cálculo decimal, la libertad de las asociaciones pacíficas, el secreto de la correspondencia, la renovacion periódica y frecuente del cuerpo legislativo, el voto anual de las tropas, la responsabilidad pecuniaria de los recaudadores de contribuciones y la responsabilidad penal de los comunes, los pasaportes de los diputados, la venta de los bienes nacionales, la verificacion de los poderes parlamentarios por el parlamento, el empleo de la fuerza armada á requerimiento y en presencia de los concejales elegidos por el pueblo, las casas de correccion paternal, la ley marcial, la igualdad de las sucesiones, la presencia legal y la interpelacion facultativa de los ministros en el seno de la asamblea, la denominacion de los parlamentos, una educacion cívica.

Habla contra los poderes imperativos, contra la dualidad de las cámaras, contra la inmutabilidad de los bienes del clero, contra la iniciativa directa y personal del Rey, contra la permanencia de los distritos, contra la lotería.

Suspenso, atónito, aterrado se queda uno ante las obras giganteas llevadas á cabo por Mirabeau durante los dos años de su vida parlamentaria. Grandes discursos, apóstrofes, réplicas, proposiciones, representaciones, cartas á sus comitentes, polémicas de la prensa, informes, sesiones de la mañana, sesiones de la tarde, conferencias de las comisiones, de todo hace y en todo está. Nada hay para él demasiado grande ni demasiado pequeño; nada demasiado complexo, nada demasiado sencillo. Sobre sus hombros sustenta un mundo de trabajos, y parece que en su carrera de Hércules no esperimenta ni cansancio ni hastío.

1 *Viagerité*, de *viager*, vitalicio. Aquella voz, como la que empleamos para traducirla, nuevas una y otra en ambas lenguas, son de las que los gramáticos denominan *facilmente formables.—N. del T.*

2 Es decir un millon de *francos*, ó sean cuatro millones de reales. *Cuarenta y ocho* percibe ahora anualmente el rey de los Franceses, amen de otros ocho millones (de reales tambien) que importa la asignacion del *príncipe real*, conde de París, siendo de advertir que la familia de Orleans es ademas, por su propio patrimonio, la mas rica de Europa, y probablemente del mundo.—*Id.*

En el proceso de Aix, anonadó á Portalis con su elocuencia. El público salió de la sala loco de admiracion.

Multiplicábase á la vez en su propia persona y en todos los que se le allegaban; los ocupaba, los cansaba, los rendia á todos juntamente, amigos, electores, redactores, secretarios: conversaba, peroraba, escuchaba, dictaba, leía, compilaba, escribía, declamaba, estaba en correspondencia con toda la Francia. Digería los trabajos de los otros y se los asimilaba como su propia sustancia: recibia notas al pie de la tribuna, en la tribuna misma, y las ensartaba, sin interrumpirse, en el hilo de su discurso. Retocaba las arengas é informes para los que habia dado el marco, el plan, la idea; los ablandaba con su vara, los coloraba con su espresion, los robustecia con su pensamiento. Aquel sublime plagiario, aquel gran maestro empleaba á sus ayudantes y á sus discípulos en sacar el mármol de la cantera y en preparar su obra, como el estatuario que, cuando está á medio desbastar el pedazo de mármol, se acerca, coje su cincel, le dá la respiracion y la vida, y de él hace brotar un héroe ó un Dios.

Mirabeau poseía una perfecta inteligencia del mecanismo y de los derechos de una asamblea deliberante: sabia hasta dónde puede llegar y dónde debe pararse; sus fórmulas disciplinarias se han transmitido á nuestros reglamentos, sus máximas á nuestras leyes, y sus consejos á nuestra política; sus palabras formaban sentencia. Presidia como hablaba con una dignidad grave, y respondía á las diputaciones con una abundancia de elocuencia y una felicidad de espresion tales, que puede decirse que la Asamblea Constituyente nunca estuvo mejor representada que en la persona de Mirabeau, en la silla del presidente y en la tribuna del orador.

Y él, ¡qué grande idea se formaba de la representacion nacional! él, Mirabeau, cuando decia: «Toda diputacion asombra á mi valor.» Con estos santos estremecimientos subió á la tribuna.

Mirabeau premeditaba la mayor parte de sus discursos. Su comparacion de los Gracos, su alusion á la roca Tarpeya, su apóstrofe al abate Sieyes, sus famosas arengas sobre la Constitucion, sobre el derecho de paz y de guerra, sobre el *veto* de la corona, sobre los bienes del clero, sobre la lotería, sobre las minas, sobre la bancarrota, sobre el papel moneda, sobre la esclavitud, sobre la instruccion pública, sobre las succesiones, donde brillan y se ostentan los tesoros de su saber y la profunda elaboracion de su pensamiento, son trozos escritos.

Su método oratorio es el de los grandes maestros de la antigüedad, junto con una admirable fuerza de ademan y una vehemencia de diccion que acaso no tuvieron ellos jamás. Es fuerte porque no se hace vio-

lencia; es natural, porque no gasta afeites; es elocuente, porque es sencillo; no imita á los demas, porque no tiene necesidad mas que de ser él mismo; no recarga sus discursos con un bagaje de epitetos, porque le retrasaría; no se lanza en las digresiones, porque temería estraviarse.

Sus exordios son ora rápidos, ora magestuosos, segun lo comporta la materia. Narra los hechos con claridad; espone la cuestion con seguridad; su frase ámplia y sonora es bastante parecida á la frase hablada de Ciceron; desarrolla con una solemne lentitud las ondas de su discurso; no acumula sus enumeraciones como ornatos, sino como pruebas; no busca la armonía de las palabras, sino la hilacion de las ideas; no agota en un asunto la hez, sino la flor. Si quiere deslumbrar, las imágenes nacen bajo sus pisadas; si quiere conmover, abunda en arranques del corazon, en persuasiones delicadas, en movimientos oratorios que no se atropellan, sino que se sostienen; que no se confunden, sino que se suceden, se engendran los unos de los otros y brotan con un feliz desórden de aquella hermosa y rica naturaleza.

Pero apenas entabla el debate, apenas entra en el fondo de la cuestion, es sustancioso, nervudo, lógico tanto como Demóstenes; avanza en órden cerrado, impenetrable; pasa revista á sus pruebas, dispone su plan de ataque y las forma en batalla.

Cubierto con las armas de la dialéctica, dá el toque de arremetida, embiste á sus adversarios, ase de ellos, los hiere en el rostro y no los suelta hasta que los ha forzado, puesta la rodilla sobre su garganta, á confesarse vencidos; si huyen, los persigue, los bate por detras como por delante, y los acosa, los ostiga y los hace volver irresistiblemente al imperioso círculo que les ha trazado,—como aquellos marinos que, sobre el puente de una estrecha nave cogida al abordaje, ponen á un enemigo sin esperanza entre su espada y el océano.

¡Cuánto no debian sus palabras sorprender por su novedad y conmover la fibra popular, cuando trazaba esta pintura de una constitucion legal!

«Con harta frecuencia no se oponen mas que las bayonetas á las »convulsiones de la opresion ó de la miseria; pero las bayonetas nun»ca restablecen mas que la paz del terror y el silencio del despotis»mo. Ah! el pueblo no es un furioso rebaño á quien sea preciso amar»rar! Sereno siempre y mesurado, cuando es verdaderamente libre, no »es violento y fogoso mas que bajo los gobiernos en que se le envilece »para tener derecho de despreciarle. Cuando se considera todo lo que »debe resultar para la felicidad de veinticinco millones de hombres [1],

[1] En este número se evaluaba entonces la poblacion de Francia; hoy se calcula en treinta y dos millones.—*N. del T.*

»de una constitucion legal substituida á los caprichos ministeriales, de »la cooperacion de todas las voluntades, de todas las luces para la »mejora de nuestras leyes; de la reforma de los abusos; de la diminu»cion de los impuestos; de la economía en el ramo de hacienda; de la »moderacion en los castigos; de la regla en los tribunales; de la abolicion »de una infinidad de servidumbres que coartan la industria y mutilan »las facultades humanas;—en una palabra, de ese gran sistema de li»bertad que, cimentándose sobre las bases de las municipalidades res»tituidas á elecciones libres, se eleva gradualmente hasta las adminis»traciones provinciales, y recibe su perfeccion de la reunion anual de »los Estados Generales; cuando se considera todo lo que debe resul»tar de la restauracion de este vasto imperio, se conoce que el ma»yor de los crímenes, el mas negro atentado contra la humanidad, se»ria oponerse al alto destino de nuestra nacion y repelerla al fondo »del abismo, para tenerla allí oprimida bajo el peso de todas sus ca»denas.»

¡Con qué tino, con qué sagacidad de observacion enumera las dificultades de la administracion civil y militar de Bailly y de Lafayette, cuando propone que se les voten acciones de gracias!

«¡Qué administracion! qué época esta en que es preciso temerlo y »arrostrarlo todo! en que el tumulto renace del tumulto, en que se »produce una asonada por los medios que se toman para evitarla; en »que siempre se necesita mesura, y en que la mesura parece equívo»ca, tímida, pusilámine; en que se necesita desplegar mucha fuerza, y »en que la fuerza parece tiránica; en que sitian mil consejos á la au»toridad, que de sí misma debe tomarlos; en que es forzoso temer hasta »á ciudadanos cuyas intenciones son puras, pero á quienes la descon»fianza, la inquietud y la exageracion hacen tan formidables como »conspiradores; en que hay, hasta en ocasiones apremiantes, que ceder »por prudencia, que conducir el desórden para retenerle, que encar»garse de un empleo glorioso, es verdad, pero rodeado de crueles cui»dados; en que es preciso ademas, en medio de tan grandes dificulta»des, mostrar una frente impávida, estar siempre sereno, poner órden »hasta en los mas pequeños objetos, no ofender á nadie, curar todas »las envidias, servir sin descanso y procurar contentar como si no se »sirviese!»

En el momento en que M. Necker, ministro de Hacienda, pedia á la Asamblea un voto de confianza, Mirabeau, para ganar aquella votacion, desplegó toda la ironía de su elocucion, toda la fuerza de su dialéctica, y cuando vió al auditorio medio persuadido, lanzó contra la bancarrota estas tremendas palabras:

»Oh! si declaraciones menos solemnes no garantizasen nuestro res-

»peto á la fé pública, nuestro horror á la infame palabra de bancar-»rota, diria á los que se familiarizan tal vez con la idea de faltar á »los empeños nacionales, por temor al esceso de los sacrificios, por »terror del impuesto.... ¿Qué es la bancarrota sino el mas cruel, el »mas inícuo, el mas desastroso de los impuestos? Amigos, escuchad una »palabra, una sola!

»Dos siglos de rapiñas y saqueos han abierto la sima en que está á »punto de hundirse el reino. Es preciso colmar esa espantosa sima..... »Pues bien! aquí teneis la lista de los propietarios franceses. Elegid en-»tre los mas ricos á fin de sacrificar menos ciudadanos: pero elegid! por-»que ¿no es preciso que perezca un corto número para salvar á la masa »del pueblo? Sí! esos dos mil notables poseen con qué colmar el *déficit*. »Restableced el órden en vuestra hacienda, la paz y la prosperidad en »el reino. Herid, inmolad sin compasion á esas tristes víctimas; preci-»pitadlas en el abismo.... y se cegará..... Retrocedeis horrorizados.... »hombres inconsecuentes! hombres pusilánimes....! Como! ¿no veis que »decretando la bancarrota, ó lo que es mas odioso todavia, haciéndola »inevitable sin decretarla, os manchais con un acto mil veces mas cri-»minal? porque en fin, ese horrible sacrificio haria á lo menos desapa-»recer el *déficit*. Pero creeis que, porque no pagueis, dejareis de deber? »Creeis que los millares, los millones de hombres que perderán en un »instante, por la terrible esplosion ó por sus rechazos, todo lo que for-»maba el consuelo de su vida, y acaso el único medio de sustentarla, os »dejarán pacíficamente gozar de vuestro crímen! Contempladores estoi-»cos de los incalculables males que vomitará sobre la Francia esa catás-»trofe; impasibles egoistas que creeis que esas convulsiones de la deses-»peracion y de la miseria pasarán como tantas otras, y tanto mas rápi-»damente cuanto serán mas violentas, ¿estais bien seguros de que tantos »hombres sin pan os dejarán tranquilamente saborear los manjares cuyo »número y delicadeza no habreis querido disminuir....? No, perecereis, »y en la conflagracion universal que no temblais de provocar, la pérdida »de vuestro honor no salvará ni uno solo de vuestros detestables goces! »Votad pues ese subsidio estraordinario, y plegue al Cielo que sea sufi-»ciente. Votadle, porque los primeros interesados en el sacrificio que os »pide el gobierno sois vosotros mismos! Votadle, porque las circunstan-»cias públicas no consienten ninguna demora, y porque seríais reos de »toda dilacion. Guardaos de pedir tiempo; la desgracia nunca le dá. Y »qué! á propósito de una ridícula peticion del Palacio Real, de una ri-»sible insurreccion que nunca tuvo importancia mas que en las imagi-»naciones débiles ó en los perversos designios de algunos hombres de »mala fé, oísteis no ha mucho estos insensatos clamores: *Catilina está á* »*las puertas de Roma y deliberais*! Y ciertamente no habia en torno vues-

»tro ni Catilina, ni peligro, ni facciones, ni Roma. Pero hoy la bancar»rota, la inmunda bancarrota está ahí,—amenaza consumiros á vosotros, »á vuestras propiedades, á vuestro honor.... Y deliberais!»

Asi hablaba Demóstenes.

Mirabeau discurriendo era admirable; pero ¿qué no era Mirabeau improvisando? Su vehemencia natural, cuyos arranques comprimia en sus arengas meditadas, rebosaba en sus improvisaciones; una especie de irritabilidad nerviosa daba entonces á toda su persona la animacion y la vida. Un tempestuoso aliento henchia su pecho; su rostro de leon se rugaba y se crispaba; sus ojos vibraban llamas, rujia, se precipitaba, sacudia su densa crin toda blanqueada con espuma, y tomaba posesion de la tribuna con la suprema autoridad de un amo ó de un rey.

¡Cuán hermoso espectáculo era verle, de cuando en cuando, realzarse y crecer delante de las dificultades! ¡como ostentaba el orgullo de su frente dominadora! ¿No parecia el orador antiguo que, con todas las potencias desencadenadas de su palabra, agitaba y reprimia en el Foro las irritadas oleadas de la muchedumbre? Entonces dejaba á un lado las notas mesuradas de su declamacion habitualmente grave y solemne; prorrumpia en interrumpidos gritos, en voces tonantes, en irresistibles y terribles acentos; cubria de carne y de colorido los argumentos huesosos de su dialéctica; apasionaba á la Asamblea, porque se apasionaba él; arrastraba, porque él tambien se sentia arrastrado. Y sin embargo, ¡tan grande era su fuerza! se precipitaba sin estraviarse; se apoderaba de los demas con el soberano imperio de su elocuencia sin cesar de regirla.

Sus improvisaciones, sea porque se agotase pronto, sea mas bien por instinto de su arte, eran breves: sabia que las emociones pierden parte de su efecto con su duracion; que no se debe dar al entusiasmo de los amigos tiempo para entibiarse, ni tiempo para aparecer á las objeciones de los rivales; que pronto causa risa el rayo que truena en el aire sin cesar, y que se debe derribar rápidamente al adversario, como la bala de cañon que mata de un solo golpe.

Decíase que la Asamblea no debia tener la iniciativa de la acusacion de los ministros.

En el instante mismo replica Mirabeau: «Olvidais que el pueblo, á »quien oponeis el límite de los tres poderes, es la fuente de todos los »poderes, y que solo él puede delegarlos! Olvidais que á quien estais dis»putando la inspeccion de los administradores es al soberano! Olvidais »en fin que nosotros, los representantes del soberano, nosotros ante quie»nes están suspendidos todos los poderes, inclusos los del mismo gefe de »la nacion, sino camina de acuerdo con nosotros; olvidais que nosotros »no aspiramos á nombrar ó á destituir á los ministros en virtud de nues»tros decretos, sino solo á manifestar la opinion de nuestros comitentes

»sobre tal ó cual ministro! Como, cómo nos rehusaríais ese simple derecho de declaracion, vosotros que nos concedeis el de acusarlos, perseguirlos, y crear el tribunal que debe castigar á esos fautores de iniquidad, cuyas obras, ¡palpable contradiccion! nos proponeis que contemplemos con religioso silencio! No veis por ventura cuanto mejor que »vosotros trato yo á los gobernantes, cuanto mas moderado soy que vosotros? Ningun intervalo admitís entre un adusto silencio y una denuncia sanguinaria. Callarse ó castigar, obedecer ó herir, tal es vuestro sistema! Pues yo aviso antes de denunciar, yo recuso antes de »afrentar!»

Por inspiracion usaba de aquellas bellas figuras que trasportan súbitamente los hombres, las cosas y los sitios á la escena, y que los hacen oir, hablar y obrar como si estuvieran presentes.

La Asamblea iba á empeñarse imprudentemente en contiendas religiosas.

Mirabeau, para atajar la discusion, se levanta y dice: «Recordad »que desde aquí, desde esta misma tribuna donde hablo, estoy viendo »la ventana del palacio en que unos facciosos, uniendo intereses temporales á los mas sagrados intereses de la religion, hicieron dispararse »de manos de un rey de los Franceses[1], el fatal arcabuz que dió la »señal de la matanza de los hugonotes!»

Disponíase una diputacion de la Asamblea á presentar al Rey la peticion, tres veces rehusada, de que disolviese las tropas que rodeaban la capital. El ardiente Mirabeau no pudo contenerse, y esclamó dirigiéndose á los de la comision:

«Decid al Rey, decidle que las hordas estranjeras de las cuales recibimos nuestra investidura, fueron visitadas ayer por los príncipes y »princesas, y los favoritos y las favoritas, y que recibieron sus agasajos, y sus exhortaciones y sus presentes! Decidle que los satélites estranjeros, ahitos de oro y de vino, han estado toda la noche prediciendo »con sus impías canciones la servidumbre de la Francia, y que sus votos brutales invocaban la destruccion de la Asamblea nacional! Decidle que en su palacio mismo han danzado los cortesanos al compás de »ese coro de salvajes, y que igual á esa fué la escena precursora de la negra jornada de San Bartolomé!»

En su bello discurso sobre el Derecho de paz y de guerra, á vuelta de alguna confusion de ideas, llegó Mirabeau á resolver la dificultad por medio de la responsabilidad de los ministros y la negativa de subsidios de parte del poder legislativo. Mas apenas pronunció aquellas úl-

1 Cárlos IX en la horrible noche del 24 de agosto, 1572, dia de san Bartolomé, por lo que se dió á aquella matanza el nombre de la *Saint Barthélémy*.—*N. del T.*

timas palabras: «No volvais á temer que un rey rebelde, abdicando »voluntariamente su cetro, se esponga á correr desde la victoria al ca- »dalso.»

Violentos murmullos le interrumpieron. D' Espréménil pidió que se le llamase al órden por haber atacado la inviolabilidad del rey!

«Todos habeis oido, replicó Mirabeau al instante, mi suposicion de »que un rey déspota y rebelde se presentase con un ejército de fran- »ceses á conquistar el puesto de los tiranos. Pues bien, un rey que tal »hiciese dejaría de ser rey.»

Y resonaron aplausos.

Mirabeau continuó: «Solo la voz de la necesidad puede dar el to- »que de alarma cuando fuere llegado el momento de cumplir el im- »prescriptible deber de la resistencia; deber siempre imperioso cuando »la Constitucion es violada, y siempre triunfante cuando la resistencia »es justa y verdaderamente nacional.»

¿No son estas palabras la pintura profética y viva de la Revolucion de julio?

Poco despues, en aquella misma improvisacion, dedujo Mirabeau á la escena al abate Sieyes con una imprecacion célebre.

«No quiero ocultar, dijo, mi profundo sentimiento al ver que el mis- »mo hombre que asentó las bases de la Constitucion, ese mismo que re- »veló al mundo los verdaderos principios del gobierno representativo, »se condena á un silencio que deploro y que juzgo culpable; que el »abate Sieyes en fin.... y perdone si me veo precisado á nombrarle,.... »no se presente aqui á poner en su propia Constitucion uno de los mas »grandes resortes del órden social. Tanto mas de ello me duelo cuanto »que, rendido de una tarea muy superior á mis fuerzas intelectuales, »é interrumpido sin cesar en el recogimiento y la meditacion que son »las primeras potencias del hombre, no habia yo fijado mi mente en esta »cuestion, acostumbrado á confiar en aquel gran pensador para la con- »clusion de mi obra. En nombre de la amistad con que me honra, en »nombre del amor patrio, de ese sentimiento tanto mas enérgico y »sagrado, le he instado, le he rogado, le he conjurado en balde á que »nos haga partícipes de sus ideas, y que no deje en la Constitucion ese »vacío. Os denuncio su repulsa! y á mi vez os conjuro á que os apo- »dereis de su consejo, que no debe permanecer secreto, y á que arran- »queis del desaliento á un hombre cuya inaccion y silencio no puedo »menos de considerar como una verdadera calamidad pública!»

Ningun orador francés alcanzó jamás sobre una asamblea, sobre los ministros y sobre la opinion, el poder incomparable de Mirabeau. Trataba con el rey á lo rey; asi cuando la Asamblea llena de emocion se dispone á volar al encuentro del príncipe, levántase Mirabeau y re-

prime su ímpetu con un mero gesto. «Sea un triste respeto el primer »recibimiento hecho á un monarca en un momento de dolor! El silencio »de los pueblos es la leccion de los reyes.»

Dije que lo que ha elevado á Mirabeau, fuera de toda comparacion, sobre todos los demas oradores, es la profundidad y la estension de sus ideas, la solidez de su dialéctica, la vehemencia de sus improvisaciones; pero mas que nada la inaudita fortuna de sus réplicas.

En efecto, los oyentes y principalmente los rivales de los oradores, están siempre prevenidos contra todo discurso preparado. Como saben que el orador tendió de antemano sus redes para sorprenderlos, ellos tambien se disponen de antemano para evitarlas. A medida que él vá hablando, van ellos buscando, adivinando, coordinando y disponiendo, con mas ó menos órden y acierto, los argumentos que el orador ha debido emplear, sus hechos, sus pruebas, sus insinuaciones y aun algunas veces sus mismas figuras y sus mas felices movimientos. Tienen contra él perfectamente preparadas sus objeciones; tapan las barras de su visera y las junturas de su coraza por donde aquel pudiera introducirles su hierro, y cuando el orador salta la barrera y se lanza al palenque se encuentra frente á frente con un enemigo armado de pies á cabeza, que le corta la carrera y le disputa valiente la victoria.

Pero una réplica oratoria afortunada pasma y fascina á los mismos adversarios: produce el efecto de toda cosa inesperada; es como una peripecia llena de novedad que corta el nudo del drama y que le precipita; es como un relámpago que brilla entre las tinieblas de la noche; como una flecha que se clava en el escudo del enemigo, y que este arranca al momento y vuelve á disparar hiriendo el pecho del primero que la lanzó.

La réplica pone en conmocion á las masas indecisas y flotantes de una asamblea. Se deja caer como el águila que desde la alta cavidad de la roca se precipita sobre su presa, y la arrebata palpitante entre sus garras antes que pueda lanzar un solo grito.

Con el sacudimiento que su novedad produce, dispierta á los diputados perezosos, linfáticos y flojos que se entregan al sueño; enternece repentinamente las almas; hace gritar ¡á las armas! á las armas!; arranca esclamaciones de cólera; provoca risas inestinguibles; obliga al contrario, caudillo ó soldado, á retirarse cabizbajo á ocultar su vergüenza y su sonrojo en las filas de los suyos, donde solo es recibido con lástima y con burlas; resuelve la cuestion con una sola palabra; pinta un acontecimiento; descubre un carácter; bosqueja una situacion; resume un debate; absuelve ó condena á un partido; forma ó destruye una reputacion; glorifica, humilla, confunde, ensalza, desenreda, anuda, salva, mata, atrae y suspende mágicamente como con una cadena de

oro á una asamblea entera de los labios de un solo hombre; reconcentra á la vez toda su atencion en un solo punto, engendra por un momento la unanimidad, y puede decidir de repente una derrota ó una victoria parlamentaria.

Mirabeau no retrocedia jamás ante ninguna objecion, ni ante adversario ninguno. Volvíase contra las amenazas de sus enemigos con toda su imponente altura, y hundía á golpes de maza el pedazo de lanza que pretendian que arrancase.

Arrostraba en la tribuna las preocupaciones, las inculpaciones sordas y las irritadas impaciencias de la Asamblea. Inmóbil como una roca, se cruzaba de brazos y esperaba que se restableciese el silencio.

Replicaba sin pararse, sin descanso, á todos y sobre todo, con una rapidez de accion y una oportunidad sorprendentes.

Pintaba los hombres y las cosas con una manera y con palabras que solo á él eran peculiares.

Daba á la Francia antigua la enérgica denominacion de «agregacion *inconstituida* de pueblos desunidos.»

Decia, en su lenguaje monárquico:

«El monarca es el representante perpétuo del pueblo, y los dipu»tados son sus representantes temporales.»

Como miembro del directorio de París, se espresaba así ante el rey:

«Un árbol corpulento cubre con su sombra una vasta superficie; sus profundas raices se estienden muy lejos y van entrelazadas con la mole de rocas eternas. Para derribarle es preciso trastornar la tierra. Tal es, Señor, la imágen de la monarquía constitucional.»

Atacado por M. de Faucigny que queria precipitarse sobre el centro izquierdo con sable en mano, y á quien pedian se llamase al órden, formuló la amonestacion en estos nobles términos:

«La Asamblea, satisfecha de las muestras de arrepentimiento que ha»beis dado, os levanta la pena en que incurrísteis.»

¡Qué animacion, qué actualidad, qué nobleza en todas sus réplicas! qué vigor! qué ingeniosa y caballeresca ironía!

Gastábase una vez mas tiempo del preciso en deliberar sobre las pretensiones de la República de Génova á la isla de Córcega:

Dijo Mirabeau: «No creo, señores, que una liga entre Ragusa, Lu»ca, San-Marino y algunas otras potencias igualmente formidables, de»ba inquietaros; tampoco me parece muy temible la República de Gé»nova, cuyos ejércitos fueron dispersados por doce hombres y doce mu»jeres en las costas del mar en Córcega. Por mi parte pido un em»plazamiento estremadamente indefinido.»

Proponia Cazales, como remedio á los males públicos, que se revistiese al Rey de un poder ejecutivo ilimitado.

«M. de Cazales, dijo Mirabeau, se sale de la cuestion, pues lo que »está discutiendo es si debe ó no concederse al Rey la dictadura.»

E insistiendo el abate Maury en que Cazales estaba en su derecho espresándose de aquella manera.

«No pretendo yo, replicó Mirabeau, que el propinante estuviese »fuera de su derecho; digo tan solo que estaba fuera de la cuestion. »Se ha pedido la dictadura; la dictadura para una nacion de veinti»cinco millones de almas; la dictadura de uno solo para un pais ocu»pado en la tarea de su propia Constitucion, para un pais cuyos re»presentantes están reunidos!»

Y decia á los optimistas asoporados de la Asamblea:

»Nos dormimos, si; ¿no se duerme tambien al pié del Vesubio?»

Y al abate Maury que le reprochaba por suscitar en favor suyo al populacho:

«No me bajaré á repeler la inculpacion que se me acaba de diri»jir, á no ser que la misma Asamblea la levante hasta mí mandándo»me responder á ella. En tal caso creeré haber dicho bastante para jus»tificacion y gloria mia con solo nombrar á mi acusador y nombrar»me yo.»

A su hermano el vizconde de Mirabeau que habia tratado cierta mocion con caballeresco desenfado:

«Siempre me ha parecido que el hacer las cosas con alegre desem»barazo es prueba de buen talento; pero no puedo menos de vitupe»rar al propinante por su intempestiva jovialidad en circunstancias co»mo estas, que solo requieren reflexiones tristes y pensamientos som»brios.»

A una logomáquia en la redaccion de la Constitucion:

«Advierto que no dejaria de ser conveniente que una Asamblea na»cional de Francia hablase en francés, y que escribiera tambien en fran»cés las leyes que propone.»

A los que reclamaban la inamovilidad de las antiguas fundaciones del Clero:

«Si cada uno de los que han vivido hubieran tenido su tumba, »fuerza seria demoler aquellos monumentos para encontrar tierras de »labor, y remover las cenizas de los muertos para dar de comer á los »vivos.»

A un diputado que proponia el emplazamiento de una mocion de mas ámplia informacion, relativa á unos infelices sentenciados:

» Si os hubieran de ahorcar, ¿propondríais que se emplazase un exá»men que pudiera libertaros?

A M. de Espréménil que abogaba con calor por los decretos imperativos:

«Si el sistema de M. Espréménil prevaleciese, no tendria necesidad »de venir en persona; podria contentarse con enviarnos su opinion por »escrito, y nos veríamos privados del placer de escucharle.»

A los que pretendian que la peticion hecha al Rey de la exoneracion de los ministros habia perdido á la Inglaterra:

«La Inglaterra se ha perdido! Dios eterno! qué noticia tan siniestra! »¿Y en cuál de sus latitudes se ha perdido? Puede saberse qué terre»moto, qué convulsion de la naturaleza ha sumergido á esa famosa is»la, á esa tierra clásica de los amigos de la libertad?... Pero no: ya »nos habeis tranquilizado.... La Inglaterra está curándose en un glo»rioso silencio las llagas que ella misma se abrió en medio de su ar»diente fiebre. La Inglaterra florece todavía para leccion eterna del »mundo!»

A Regnauld de Saint-Jean-d' Angély, que se indignaba contra la proposicion de establecer una sola Cámara:

«He temido siempre indignar á la razon, pero nunca á los hom»bres.»

Al manifiesto de la municipalidad de Rennes que declaraba traidores y enemigos de la patria á todos los que aprobaban el Veto real:

«Si la Asamblea delibera mucho tiempo sobre semejante materia, »será como un gigante que se pone en puntillas para parecer grande. »Melun, Chaillot, Viroflay, tienen el mismo derecho que Rennes para »decir absurdos; lo mismo que Rennes, pueden ellos calificar de infa»mes y traidores á la patria á todos los que no participen de sus opi»niones. La Asamblea nacional no tiene ocios que consagrar á la en»señanza de las municipalidades que profesan máximas disparatadas.»

A la comision de Constitucion que se oponia á que hubiera debate sobre cierta enmienda:

«Las comisiones son seguramente la flor y nata del universo; pero »la Asamblea nacional no ha declarado todavía que fuese su intencion »concederles el privilegio esclusivo de debatir é ilustrar las cuestiones.»

Un diputado queria conservar en las sanciones reales las palabras: *A todos los presentes y venideros, salud!*

Y dijo Mirabeau: «Líbrenos el Cielo de que llegue á pasar la moda »de las salutaciones!»

A otro que pretendia que se siguiera usando siempre el título de *Rey de Francia y de Navarra*:

«¿No seria tal vez oportuno añadir *y de otros lugares*?»

A un individuo que sostenia que los diputados debian gozar de los mismos privilegios de inviolabilidad que los embajadores, por cuanto vienen á ser tambien como representantes de *sus naciones* respectivas:

«Hasta ahora ignoraba yo que en esta Asamblea hubiese embaja-

dores de Dourdan y embajadores de tierra de Gex. Creo mas bien que »aquí solo somos representantes de la nacion francesa, y no de *las na-»ciones* de la Francia.»

A los que atacaban la calificacion de *pueblo francés*:

«Yo la adopto, yo la sostengo, yo la proclamo, por la razon mis-»ma con que se combate. Sí, señores, porque el nombre del pueblo no »es aun bastante respetado en Francia; porque está oscurecido, cubier-»to con el orin de las preocupaciones; porque nos representa una idea »que alarma al orgullo y repugna á la vanidad; porque se pronun-»cia con menosprecio en los salones de la aristocrácia; por eso mis-»mo, señores, quiero yo, y debemos todos nosotros imponernos la obli-»gacion, no solo de rehabilitarle, sino de ennoblecerle y hacerle de »hoy más respetable á los ministros, y caro á todos los corazones.»

A un folleto lanzado contra él, esparcido por los bancos de la Asamblea, y del cual solamente leyó el título al subir á la tribuna:

«Sé lo bastante; solo me sacarán de aqui ó triunfante ó hecho gi-«rones.»

A un libelo de Marat que le calificaba de negro y de tunante digno del patíbulo:

«Háblase de negros en ese libelo de un hombre ébrio. Claro está »pues, que no es al Chatelet de París, sino al Chatelet del Senegal á »quien toca conocer de esa estravagancia. Solo á mí se me insulta en »él; pasemos al órden del dia.»

A uno que daba cuenta de una carta hallada á un pretendido agente de Mirabeau, y en la cual se decia: Riqueti el mayor es un malvado:

«Paréceme, señor informante, que me adulais. Tuvisteis la bondad »de comunicarme ese documento, y creo haber leido en él: Riquet »el mayor es un malvado *infame*. Conviene mostrar con sus verdade-»ros colores el retrato fiel que mi agente hace de mí. Continuad le-»yendo.»

Y en otra ocasion:

«He visto en mi familia cincuenta y cuatro cartas-órdenes [1] reales.

1 Estas cartas-órdenes, llamadas en Francia *lettres de cachet*, tenian varios objetos, pero el mas comun era el de mandar ir preso ó desterrado al individuo á quien se dirigian. Reducíanse á un pliego cerrado y sellado que contenia el nombre de la persona á quien se imponia la órden, la órden real, la firma del Rey, y la refrendata de un ministro. A veces la simple delacion de un mal intencionado que abusaba de la buena fé del monarca, bastaba para conseguir de este una carta-órden; y se imponia la mas estrecha responsabilidad al alguacil encargado de su cumplimiento. A estas cartas-órdenes, de las que se hizo grande abuso, aludia seguramente Mirabeau.—*N. del T.*

«Sí, señores, cincuenta y cuatro, y de estas me han correspondido á mi »diez y siete nada menos. Ya veis que no he dejado de ser tratado co»mo primogénito de Normandía.»

Cuando á propósito de los emigrados dijo:

«La popularidad que yo he ambicionado y que he conseguido no »es una débil caña. Quiero que sus raices ahonden la tierra y se ase»guren en la indestructible base de la razon y de la libertad. Juro, »si aprobais semejante ley de emigracion, no obedecerla jamás!»

Interrumpido por los gritos de la Izquierda, se volvió hácia Lameth, Robespierre, Duport y sus cólegas, y con inesplicable desden y arrogancia impuso á aquellas treinta voces silencio.

Y las treinta voces enmudecieron.

A los que se negaban á reconocer en la Asamblea los legítimos poderes de una Convencion nacional:

«Nuestra Convencion nacional es tan superior á toda imitacion co»mo á toda autoridad; solo ante sí misma es responsable, y solo la »posteridad puede juzgarla. Todos conoceis, señores, la respuesta de »aquel célebre Romano que para librar á su patria de una gran conspi»racion habia traspasado los poderes que las leyes le conferian: Ju»ra, le dijo con intencion aviesa un tribuno, que has respetado las »leyes. Juro, contestó aquel grande hombre, que he salvado á la Re»pública!—Pues asimismo, señores..... yo juro que habeis salvado á la »patria!»

Los dos partidos opuestos le acusaban á un mismo tiempo como conspirador:

«Tan pronto conspirador faccioso, como conspirador contra-revolu»cionario! respondió él—¿no os parece, señores, que se haga primero »la precisa division de causa?»

Mirabeau sostuvo con teson la prerogativa del Veto real, y al punto cambió para él el aura popular. El favor se trocó en enojo, hubo contra él motines, denuncias, y por último acusaciones de alta traicion.

«A mi tambien, replicó entonces á Barnave en un movimiento ora»torio que electrizó á la Asamblea entera, á mi tambien quisieron no »ha muchos dias llevarme en triunfo, y ahora se pregona por las ca»lles: *La gran conspiracion del conde de Mirabeau*! No necesitaba yo esta »leccion para saber que no hay mas que un paso del Capitolio á la »roca Tarpeya!»

Finalmente, ¿qué cosa hay en la historia y en los movimientos de la elocuencia antigua, mas libre, mas altiva, mas heróica, mas insolente, mas inesperada, mas victoriosa, mas conturbadora, mas aterradora, mas contundente que la réplica de Mirabeau al gran maestro de Ceremonias de Palacio? Apenas M. de Brézé intimó á la Asamblea

en nombre del Rey la órden de disolverse, levántase Mirabeau, y lanzando fuego sus miradas, con la frente erguida y con imponente gesto, le dice:

«Los diputados de la Francia han resuelto deliberar: vos, que pa»ra la Asamblea nacional no sois órgano legítimo del Rey; vos que »no teneis aqui ni asiento, ni voz, ni voto, id á decir á vuestro amo »que estamos aqui por la voluntad del pueblo, y que solo nos arran»cará de este lugar la fuerza de las bayonetas!»

Y M. de Brézé, como herido por un rayo, sin atreverse á volver la espalda se retiró cabizbajo del salon. La Monarquía retrocedia ante la Revolucion.

No descenderé á la vida privada de Mirabeau, la cual fué mas bien para él un obstáculo que un apoyo, y un borron mas bien que un timbre. No me propongo contar anécdotas, ni ser biógrafo de escándalos. Soy pintor, y solo quiero representar en cada uno de mis personajes al hombre político, y sobre todo al hombre orador.

Ademas, no es costumbre ser muy severo con los oradores de la oposicion, tales como Mirabeau, Shéridan y otros que han florecido en nuestros dias, en atencion á que su esfera es el simple discurso. Júzgase con mayor severidad á los hombres del poder, y con razon, porque su esfera es de obras y acciones. De Mazarino se decia que era relajado; de Turgot, que era un ministro escrupuloso; de Robespierre, que era incorruptible; y de Luis XVI, que era un hombre de bien. Los pueblos necesitan juzgar á los que los gobiernan; y este sentimiento honra á la moralidad de la especie humana.

Mirabeau se arrepintió muchas veces de aquellos desarreglos de imaginacion y de temperamento que mancillaron su juventud; y aun supo repararlos noblemente, confesándolos en la misma tribuna. Era su alma como su frente, que no consentia disfraz.

Añadiré que sus discursos, sus mociones, sus manifestaciones, sus enmiendas respiran, como hombre público, la mas pura moralidad.

Solia decir: «mas importa dar á los hombres buenos hábitos y cos»tumbres, que leyes y tribunales.»

¡Cosa estraña! él fué quien por sentimiento religioso hizo que se conservase el encabezamiento de: *Luis, por la gracia de Dios rey de los Franceses.*

Salido de los calabozos de Vincennes, amaba la libertad con fanatismo, con idolatría. Tributaba un respeto profundo, elevado, delicado, á los derechos y á la miseria del pueblo. Queria que en la sociedad se estableciera un órden de cosas tal, que encontrasen en todas partes los ancianos un asilo, y los mendigos pan y trabajo.

En sus vicios tenia mas parte el temperamento que el corazon; era

estremado en sus pasiones, altanero en sus arrepentimientos, impaciente para todo yugo, indolente para el porvenir á la manera de los hombres de letras, desmemoriado para las injurias como toda alma grande, pobre, trabajado por sus necesidades, ávido de representacion, henchido de caballerosidad, y en sus maneras misto de gran señor y de tribuno, seductor hasta el punto de fascinar á sus mismos enemigos.

Su alma era un foco inagotable de sensibilidad, de donde emanaban las repentinas centellas de su elocuencia. Vivo, osado, natural, festivo, humano, generoso hasta el esceso; expansivo hasta rayar en la familiaridad, y franco hasta rayar en indiscreto; rápido de comprension, rebosando oportunidad é ingenio, dotado de una vastísima memoria, de gusto esquisito, de talento y de conocimientos, y de prodigiosa facilidad para el trabajo; tal era Mirabeau.

Mirabeau habia meditado detenidamente la estrategia militar. Valiente en su persona y nacido de sangre heróica, su temperamento de hierro, su grande prevision, sus vastas facultades, su presencia de ánimo y su invencible firmeza en los peligros, le hubieran indudablemente conducido muy presto á los primeros honores de la guerra. Hu biera sido tan buen general como arengador.

Hombre casi completo, y único de su especie, fué Mirabeau el mas grande orador y el mas grande político de su tiempo. Tambien hubiera sido el mas grande ministro; porque poseia el tacto de los negocios, el conjunto y la fijeza de los sistemas, la paciencia de los pormenores, el conocimiento de los hombres, la revelacion del porvenir, la fertilidad de los recursos, la afabilidad de las maneras, la energia de la voluntad, el instinto del mando, la confianza del pais y la universalidad del renombre.

Mirabeau y Napoleon, cada uno de ellos relativamente al tiempo en que ha figurado y á la esfera de su accion, son los dos que mas han contribuido á organizar la Francia moderna; porque el uno constituyó la Revolucion, y el otro el Imperio.

Mirabeau, finalmente, fué el hombre de su época que, si hubiera querido, hubiera podido destruir mas y reedificar mas; igualmente idóneo para ambas cosas, tanto por el poder de su genio como por la perseverancia de su voluntad.

No se crea por eso que Mirabeau tratase de reconstruir lo que una vez habia demolido. Sabia él que no se erigen edificios nuevos con la ruina y escombros de los antiguos.

«A un cuerpo gangrenoso, decia, no se le debe vendar llaga por »llaga y úlcera por úlcera; es preciso trasfundir en él una sangre »nueva.»

Pero no es el hombre antiguo el que se rehace con una sangre nueva, es otro hombre, nuevo y distinto.

A pesar de eso, anhelaba él la alianza, tan deseada despues y tan en vano, de la monarquía y de la libertad. Queria la monarquía con todas las condiciones de su poder y de su duracion, y, por una estraña inconsecuencia, sus máximas eran republicanas y sus medios revolucionarios.

Sea que no se apercibiese de esta contradiccion, ó bien que se lisonjease de triunfar de ella, proponíase él, y estaba resuelto á poner en planta su amalgama, su fusion, su quimera, en el Parlamento y fuera de él.

Decia en la Asamblea Constituyente, con su estilo pintoresco:

«No somos nosotros salvajes arribados en cueros de las orillas del »Orinoco para formar una sociedad. Somos una nacion envejecida: de»masiado envejecida. Tenemos un gobierno preexistente, un rey preexis»tente, preocupaciones preexistentes. Es menester, en cuanto sea posi»ble, poner estas cosas en consonancia con la Revolucion, y salvar lo »brusco y repentino del paso.»

Trató de reparar con su Veto el navío real que iba zozobrando; no advirtió que con la realidad del Veto y con un rey hereditario, la soberanía del pueblo no es mas que un nombre y una mera sombra, y que con la ficcion del Veto y con una constitucion popular, la soberanía del monarca no es tampoco mas que una sombra y un mero nombre. Porque es absolutamente indispensable que la soberanía resida en alguna parte, y siendo por su naturaleza una é indivisible, no puede descansar á la vez sobre dos cabezas diferentes. Es pues preciso elejir; porque dos voluntades iguales é independientes no constituyen la armonía, sino la guerra; y la guerra es el combate, y el combate es la muerte de uno de los combatientes.

El Veto absoluto del príncipe implica que el príncipe gobierna; porque es gobernar plenamente hacer lo que se quiere, y dejar de hacer lo que no se quiere.

El Veto suspensivo del príncipe implica que este reina, pero que no gobierna; porque, en definitiva, no es gobernar tener que hacer lo que no se quiere hacer.

El Veto del príncipe, en una monarquía parlamentaria, no es mas que el Veto de los ministros. Pero los ministros responsables son los servidores del Parlamento, porque de él salen, á él vuelven, por él funcionan y para él gobiernan. ¿Cuál es pues el medio de que ellos ó sus sucesores no cedan al fin á sus exijencias?

Toda esta doctrina se reduce hoy dia á unos cuantos puntos muy claros, y son los siguientes:

La denegacion del impuesto pone de hecho todo el poder en manos

del que deniega. El Veto suspensivo es, si se quiere, una segunda Cámara, y nada mas. La disolucion del Cuerpo Legislativo es la apelacion de los ministros para ante el pueblo. Por último, el contraresto del Veto subsistente es una revolucion.

Hé aquí lo que en nuestros tiempos sucede.

Mirabeau tuvo algunos presentimientos de esta especie de monarquía, ya fuese por su presciencia del porvenir, ya por inspiracion de su propia ambicion. Pero entonces lo preciso ante todo era constituir el Ministerio en sus relaciones con el Parlamento; lejos de hacerlo así, los ministros, no pudiendo ni presentarse en persona y ocupar su banco frente á los diputados, ni esponer, ni analizar, ni interrogar, ni esplicarse, ni defenderse verbalmente, empezaron escaseando, y acabaron por cortar casi de todo punto su correspondencia de comision con la Asamblea. El poder ejecutivo que, sobre todo en Francia, debe siempre llamar la atencion, mantenerse siempre en primer término, estar siempre visible, fué desapareciendo y ocultándose, hasta ponerse á los pies de la legislatura. Los ministros, ausentes, impotentes, sin vida, sin brillo, sin iniciativa, sin movimiento propio, y aun sin fuerza prestada, abandonaron la victoria á las disputas de los partidos. Los que debieron ser siempre los guardias de la persona de los reyes constitucionales, en vez de custodiar al monarca se parapetaron con él. Dejaron al Rey luchar solo y á pecho descubierto, sin mas auxilio que las intrigas y los rencores de sus criados, contra una Asamblea rival que le fué poco á poco despedazando, y que acabó por devorarle todo entero.

Mas como el Gobierno no puede menos de existir en alguna parte, pasó á la Asamblea Constituyente, y la Junta de informes y pesquisas dió oríjen despues á las formidables juntas de la Convencion.

Sin duda alguna, los envidiosos de la reputacion del gran Mirabeau se propusieron escluirle del ministerio; pero, independientemente de esta causa particular, la Asamblea Constituyente, tanto por necesidad como por la ley de su posicion, por la fatalidad instintiva de su objeto, por la lógica invencible de sus principios, y en fin por la ciega resistencia de los cortesanos, no podia menos de querer para ella sola la permanencia, la unidad y la omnipotencia. La razon providencial de una revolucion no es la razon de una sociedad normal.

Mirabeau, vencido por las desconfianzas de la Asamblea contra la autoridad real en la cuestion del Veto, volvió á la carga en la cuestion de los Ministros; pero á pesar de los inauditos esfuerzos de su ingenio, de su elocuencia y de su dialéctica, sucumbió á la violencia de la misma preocupacion. En vano solicitó, ora que concediese la Asamblea un banco á los consejeros de la Corona, ora la compatibilidad de la diputacion con el ministerio; sus enemigos, so pretesto de independencia para la

Asamblea, y de noble abnegacion en cuanto á sí mismos, hicieron que se desechase la proposicion. Fué aquella falta grande, irreparable. Esceptuando á la misma Constitucion, la cual, por suponerse que precede al monarca y á sus agentes, no podia ser objeto de un debate ministerial, todo, hasta la legislacion, es en una revolucion medida de urjencia, de policía, de reglamento, de administracion. ¿Cómo pues escluir al gobierno de las materias de gobierno? Cómo privarse del conocimiento de los hechos, de los obstáculos, de los incidentes de cada momento? Cómo separar la fuerza que aplica de la fuerza que manda, y cuyas relaciones y unidad constituyen la sociedad política? Cómo arrinconar al ministerio en las antesalas y corredores del poder, cuando debia él tener en plena Asamblea el principal asiento, y usar de la réplica verbal, de la iniciativa y de la integridad de la ejecucion? Cómo imponer una responsabilidad formal y justa á ministros que no podian discutir, ni saber siquiera qué se discutía? Cómo privar á los ministros de la diputacion, cuando entre todos los funcionarios á ellos solos era á quienes debia consentirse; ó dejarse por lo menos la entrada libre en la Asamblea como ministros, asi como la facultad contradictoria del debate?

Resolvió entonces Mirabeau buscar fuera del Parlamento un apoyo, y fuerzas contra el Parlamento mismo. Pero ¿por qué razon, y hé aquí que ocurre el punto verdaderamente dificultoso, por qué Mirabeau se detuvo de repente en la pendiente de la revolucion? Por ventura llegó á espantarse él mismo del rumor y de la violencia de su carrera? Proponíase él solamente salvar á la libertad de sus estravíos sujetando con un freno su espumante boca? Se apoderarían quizá de él, sin saberlo, las preocupaciones de la educacion, de la familia y de caballero? Haria con la corte algun pacto de corrupcion secreto? Querría una monarquía templada, purgada de todo feudalismo y favoritismo, un rey con dos Cámaras, una verdadera trinidad constitucional? O bien, cansado y hastiado de las emociones del orador, deseaba aquel hombre de tan grandes pasiones saborear otras emociones diferentes en el ministerio? Tendria tal vez la ambicion, bajo el nombre de una monarquía nominal é impotente, de gobernar la Asamblea y la Francia entera?

La posteridad será quien dé, ó quien tal vez no podrá dar la solucion de este problema que es para nosotros irresoluble.

Menos dudoso en verdad es que Mirabeau se proponia impulsar á sus cólegas á cometer escesos, y aun quizá crímenes, para castigarlos luego por haberlos cometido. Perdicion satánica y digna de Maquiavelo, inmoralidad política que toda alma noble y recta no mirará nunca con bastante indignacion y sonrojo, y que á modo de una negra mancha afrenta la gloria de aquel grande hombre.

Asido Mirabeau, como un segundo Hércules, al roto cauce del tor-

rente revolucionario, se esforzó ya muy tarde y en vano en contener las consecuencias que por todas partes brotaban impetuosamente de su principio. Tenia aquella especie de fé supersticiosa en su estrella que tienen todos los grandes hombres. Imaginábase que la flecha que una vez fué disparada al viento con sus rápidas alas puede detenerse en el espacio antes de llegar á su objeto. Quería él mismo ofrecerse solo é intrépido como blanco á los tiros de sus enemigos: y preparábase ya con una nueva escitacion enérgica á volver á empezar su lucha de gigante, cuando de repente sus fuerzas se consumieron y se despedazaron, como la monarquía cuyo luto arrastró á la tumba [1].

A tan sorprendente noticia se consternó París y se agolpó el pueblo; con lágrimas y lamentos acude y penetra en torno de Mirabeau moribundo, de Mirabeau difunto. Contempla con atónita mirada el cadáver de su tribuno, tendido á sus pies; le toca, busca en él restos de calor; delirante, desesperado, quiere abrirse sus propias venas y, para reanimar aquella vida, darle parte de la suya; quiere estrechar aquellas manos heladas que tantas veces fulminaron el rayo popular. Uncese á su carro y conduce sus funerales al Panteon con la pompa y la apoteósis de un rey.

Ah! no habia de volver á resonar mas la voz del tribuno cuyos estampidos se prolongaban, como los estampidos del trueno, de columna en columna por los suntuosos peristilos de la revolucion: la voz del político que proclamó los principios de la Constitucion francesa: la voz del orador que, en la remota antigüedad hubiera conmovido y trastornado con su poder inconcebible, naciones, ciudades, reinos. ¡Oh popularidad voltaria! Aquellas mismas estátuas erigidas en su ho-

1 Asi que se supo que Mirabeau estaba en peligro de muerte se suspendió la legislatura, los festejos cesaron, llenáronse las calles de turbas y se estremeció París. Muchos hombres del pueblo solicitaron que se les abriesen las venas, para que con su sangre se hiciese á Mirabeau la operacion de la trasfusion; otros se entregaban públicamente á actos de desesperacion; tal era la exaltacion de los ánimos!

Herido súbitamente de una dolencia desconocida, vió con gran serenidad de alma acercarse su último momento. Conservó hasta el fin la idea de su poder y de su renombre; y al morir dijo á su criado: «Sosten esta cabeza, que es la mas grande de la Francia.—¿Qué epitáfios pondrán en mi tumba?» decia otras veces.

La Asamblea Constituyente, seguida de inmenso gentío, llevó en triunfo su cadáver al Panteon, al resplandor de mil antorchas. Despues, en 1793, se mandó por un decreto cubrir con un velo la estátua de Mirabeau hasta que fuese rehabilitada su memoria. Despues, una noche, dos agentes de policía metieron sus restos en un saco y fueron á sepultarlos al cementerio de Clamart, que solo sirve hoy dia para enterrar á los ajusticiados, entre cuyos huesos permanecen mezclados y confundidos los huesos de aquel grande orador.

nor, se vieron luego cubiertas en nombre de la patria con negro crespon, como los rostros de los parricidas! Aquel mismo pueblo mudable y entusiasta que habia querido entregar su sangre para trasfundirla en las heladas venas de Mirabeau, que le habia conducido triunfante en sus propios brazos á las bóvedas del Panteon, maldijo luego á su tribuno lapidando su memoria! Y aquel mismo Panteon, donde su glorioso cadáver quedó confiado para siempre á la custodia de la patria agradecida, le vomitó luego de su seno como despojo de horror y de afrenta!

Y él! él, que desde el borde de su abrasado lecho soñaba con la posteridad y la gloria, que solicitaba de todos sus acongojados amigos epitáfios para su tumba, ¡cuál no hubiera sido su estremecimiento si le hubieran dicho que una noche, á la luz de una tea, precipitarian sus restos en la fosa comun de los criminales! ¿Dónde están ahora los fastosos epitáfios que esperaba? Dónde encontrar, y cómo reconocer hoy la cabeza de aquel gran Riqueti en medio de tantos despojos sangrientos y de tantas cabezas mutiladas por la cuchilla de los verdugos? ¡Oh vanidad de nuestros sueños! oh nada de las humanas grandezas!

CONVENCION.

DANTON.

La Convencion se abrió bajo los sombrios auspicios de la muerte, con la guillotina al lado y el tribunal revolucionario en perspectiva.

Los Constituyentes habian sido hombres de teoría. Los Convencionales fueron hombres de accion.

¡Qué tiempos! ¡qué dramas! ¡qué escenas tan borrascosas y terribles!

La Montaña [1] y la Gironda [2] avanzaban una contra otra, como dos ejércitos enemigos en un campo de batalla; se median con los ojos y se lanzaban provocaciones á muerte; mientras que el Pantano *(Marais)* [3], bamboleado por vientos contrarios, se inclinaba, como un cuerpo flotante, ya á un lado, ya al otro, y se dejaba llevar de las declinaciones de su pavura.

Parecia que una espada, suspendida por un hilo invisible, oscilaba sobre la cabeza del presidente, de cada orador, de cada diputado. La pa-

1 Lado de los jacobinos ó exaltados.

2 Lado de los federalistas ó constitucionales.

3 Lado de los *moderantistas.*



lidez cubria todos los rostros; la venganza hervia en el fondo de los corazones; la imajinacion se llenaba de cadáveres y de funerales; un temblor de muerte circulaba en todos los discursos; no se hablaba confusa y como involuntariamente mas que de crímenes, de conjuraciones, de traiciones, de complicidad y de patíbulos.

Marat sacaba de su pecho una pistola, y apoyándosela en la frente: «Una palabra mas, decia, y me hago saltar la tapa de los sesos.» Nadie en derredor suyo retrocedia ni se horrorizaba. Tan natural parecia entonces matarse ó ser matado!

David [1] en pie sobre su banco, clamaba como un energúmeno: «Pido que me asesineis!»

Los Convencionales se lanzaban á la tribuna echando llamas por los ojos, enarbolando el puño, jadeando, para acusar ó para defenderse; por testimonio de su inocencia ofrecian su cabeza; pedian la de los demas; para todos los crímenes, sin distincion, no invocaban mas pena que la capital. Solo faltaba en la Asamblea el verdugo, que no estaba lejos.

Por un momento pareció que la victoria se declaraba á favor de la Gironda: es imposible formarse una idea de la violencia de las injurias, desprecios, ademanes y miradas que asaltaron entonces á Marat. Todos huian de él con horror, como si nada hubiera habido en él de hombre, ni la figura, ni la palabra, ni aun el nombre.

A los principios, cuando Robespierre subia á la tribuna, se proferían los gritos: Afuera el ambicioso! afuera el dictador!

Robespierre se doblegó, pero pronto volvió á levantar la cabeza con nueva audacia, y cada dia agrandaba aquella nube preñada de rayos y tempestades, de cuyas entrañas debian brotar la muerte de Luis XVI, el suplicio de los Girondinos, el levantamiento del Vendia, la ley de sospechosos, la ereccion del tribunal revolucionario, la permanencia de la guillotina, la demagogia de los clubs, el atestamiento de las cárceles, las denunciaciones y el terror.

Guillotinados Vergniaud y Danton, la Convencion se quedó sombria y estupefacta: hasta entonces habia tenido un arrebato en el cerebro y calentura: luego tuvo sudores frios, abatimiento y dolor de huesos. Todavia se hablaba en ella, pero ya no se discutia. Robespierre, Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, Billaud-Varennes, iban á ella á leer sus informes en el horror del silencio: nadie osaba respirar, ni mirar á los demas, ni sobre todo contradecirlos. Los mas tímidos se disfrazaban con un finjido entusiasmo; los mas osados tartamudeaban las escusas del miedo. La iniciativa habia pasado al Club de los Jacobinos; la fuerza armada al Ayuntamiento *(la Commune)*, y la alta direccion de la policia á

1 El célebre pintor que restauró la escuela clásica en Francia.—*N. del T.*

Robespierre. La minoría triunviral oprimia á la mayoría del gobierno en la Junta de Salvacion pública *(Salut publique)*. La Convencion, mutilada por las sentencias de muerte del Tribunal revolucionario, no movia ni los brazos ni los lábios, como si se hubiese parado su vida, y se le hubiese de pronto cuajado la sangre en las venas; solo le quedaban los movimientos automáticos de una máquina para espedir decretos.

Robespierre, generalmente tan hábil, se perdió por el desden con que la trataba; cuarenta dias,—y cuarenta dias de entonces eran un siglo, pasó sin hacerle el honor de asistir á ella. No comprendió que en una nacion como la nuestra una asamblea legislativa, sea cual fuere, tendrá siempre un poder enorme, aun cuando se diga que dormita; que la multitud se apega, sea por deber, sea por interés, sea por debilidad, sea por hábito, á los signos esteriores y á la unidad del poder; que el gobierno no se conserva, en tiempos de revolucion, mas que con la condicion de ejercerse, de aparecer y de ser visto á todas horas en las manos que le empuñan; que es preciso no pararse nunca, no alejarse, no confiarse, no descansar, no dormir jamás. Robespierre se durmió, creyó que subyugaría siempre con su ascendiente á la Convencion y á las Juntas; las acusó sin insurreccionarse; estalló antes de estar pronto; quiso asentar el pie en un terreno movedizo que por dias cambiaba y que ya no conocia; pero tropezó, y sus cómplices, por miedo de caer tambien con él, le empujaron al abismo.

Pero el vulgo, herida su imaginacion por la grandeza de los sucesos, supone siempre en los hombres de accion vastos pensamientos y remotas previsiones: quiere absolutamente hallar algo de maravilloso en las causas, porque lo hay en los efectos, olvidando que, en Francia sobre todo, lo que rige es lo imprevisto. Las revoluciones nacen de la sucesiva generacion de los hechos, á veces de una ocasion, casi siempre de la voluntad premeditada de un hombre, ó de un partido, ó de un sistema.

Y háse creido igualmente ver una unidad y una fuerza admirables en la organizacion de la Convencion; pero es un error, y tanto que solo á la casualidad debió muchas veces su conservacion. Primeramente faltó poco para que la derribasen los Girondinos el 31 de mayo; mas adelante, á no ser por un ardid de Saint-Just, Danton triunfa de ella. Sin la cobardía y la imbecilidad de Henriot, Robespierre proscripto el 8 de Termidor, preso, pero libertado casi en el mismo instante, recobra el dominio. A no ser por una carga de caballería á tiempo, el populacho, ébrio de sangre y de matanza, continua deliberando, el 1.º de Pradial, en el seno mismo de la asamblea legislativa, con algunos diputados insurrectos, despues de haber derribado las puertas de la sala, asesinado á Féraud y echado á la Convencion. En fin,

á no ser por el héroe del 13 de Vendimario [1], las secciones de París asesinan á la Representacion nacional en el recinto de sus sesiones.

La anarquía de accion y de voluntad trabajó á los mismos Montañeses, como á los demas.

Hubo varias Montañas; la Montaña de Marat, que caminaba solo, pues que le repudiaban á la vez Danton y Robespierre; la Montaña de Danton y de sus amigos Camilo Desmoulins, Legendre y Lacroix; la Montaña de Robespierre, Couthon y Sain-Just; la Montaña de Billaud—Varennes, Tallien, Barrère, Collot—d' Herbois; la Montaña de Bourbotte y Goujon: todas sucesivamente se arrojaron á la cara lodo y sangre. Desgraciadamente esta es la historia de todos los partidos en casi todas las Asambleas. En tiempo de paz, se injurian; en tiempo de revolucion, se matan.

No nos vengan, pues, á decir que la Convencion fué una Asamblea perfectamente libre, ordenada, consecuente, directora, reina de hecho cuanto de derecho, y dueña absoluta y espontánea de todos sus movimientos. La Convencion, desde su apertura hasta el suplicio de los Girondinos, no fué mas que un palenque de muerte entre los dos partidos. Despues de los Girondinos, obediencia casi silenciosa. En tiempo de Robespierre, terror y mudez. Despues de Robespierre, contra-terror, con raras intermitencias.

Decretar dignos de prision por unanimidad á los Girondinos, por unanimidad á Danton, por unanimidad á Saint-Just; votar por unanimidad, el 8 de Termidor, la impresion del discurso de Robespierre, y al dia siguiente su muerte; ¿es esto razon, consecuencia, libertad? Cosa estraña! La Convencion fué la mas soberana y la mas esclava entre todas nuestras asambleas, la mas locuaz y la mas muda, la mas gesticuladora y la mas tétrica, la mas independiente por intervalos, y la mas dominada por continuidad, y precisamente porque fué en las manos del gobierno revolucionario un instrumento poderoso, dependiente, pasivo, unitario, pudo este gobierno segar resueltamente á sus enemigos de cerca y de lejos, é imponer á todos el silencio de la victoria ó del terror.

A decir verdad, la Convencion no fué mas que el escribano en jefe de la Revolucion: las Juntas de salvacion pública y de seguridad general, gobernaban solas. En el esterior, se apoyaban sobre los Representantes del pueblo, en mision cerca del ejército; en el interior en los Distritos y las Sociedades populares que estaban en correspondencia con ellas, sobre la Convencion que decretaba sus medidas, y sobre el Tri-

1 Bonaparte, entonces general. Esta fecha corresponde al 5 de octubre (1795). *N. del T.*

bunal revolucionario que les daba, en caso de necesidad, su terrible sancion.

El Gobierno deliberaba en comunidad sobre el informe de sus individuos; pero cada cual era independiente y poco menos que señor en su comision. Carnot dirigia esclusivamente el departamento de la guerra; Cambon manejaba la hacienda; Robespierre tenia la policía. Cada individuo del gobierno agregaba por consiguiente al poder individual de su direccion el poder colectivo de las Juntas. La dictadura era completa.

A esta dictadura de las Juntas, mucho mas que á la Convencion, debe atribuirse todo lo malo que se hizo entonces, como tambien todas las grandes cosas que se realizaron y todas las victorias que se obtuvieron. ¡Qué hombres de hierro todos aquellos individuos de las Juntas de salvacion pública y de seguridad general! qué obstinacion de voluntad! qué claridad de mando! qué prontitud de ejecucion! Guerra, marina, hacienda, subsistencias, policía, interior, exterior, legislacion, á todo bastaban: peroraban en el club de los Jacobinos, deliberaban en las Juntas, informaban en la Convencion, trabajaban quince horas diarias, estendian los planes de ataque y de defensa, estaban en correspondencia con catorce ejércitos y organizaban la victoria.

Juntamente reyes, diputados y ministros, ordenadores y redactores, jefes y ejecutores, sustentaban el peso del gobierno en su conjunto y en sus partes. El poder rebosaba en sus manos: no tenia por estension mas que su voluntad, y por límites mas que el cadalso. Si osaban demasiado, los llamaban dictadores; si no osaban bastante, conjurados. Omnipotentes sobre todo, pero responsables de todo: responsables con su cabeza del triunfo como de la derrota.

La diputacion no era entonces un oficio de recreo ó de lucro. Para acudir á la Asamblea, habia que atravesar plazas erizadas de cañones con la mecha encendida, que pasar por entre hileras de fusiles y de picas. Se entraba en la sala á lo rey, sin saber si se saldria de ella á lo proscripto. El presidente Boissy-d'Anglas torcía el rostro, sin pestañear, delante de la cabeza cortada del diputado Féraud, que un tropel de mujeres desgreñadas y sangrientas tremolaban en la punta de una lanza[1]: Lanjuinais continuaba su discurso, teniendo puesta á la

1. El Presidente Boissy-d'Anglas, dechado de valor, de constancia y de justicia, era el principal objeto del ódio del populacho desde que en la sesion de 20 de marzo de 1795 (30 de Vent. año 3.º), despues de una esposicion elocuentísima de los crímenes á que habia dado orígen el sistema del terror, propuso la anulacion de los fallos de los tribunales revolucionarios desde el 22 de Pradial del año 2.º, la suspension de la venta de los bienes de los condenados, y finalmente una indemni-

sien la pistola de un asesino [1]: Robespierre, con una mandíbula rota, yacia tendido en el suelo en una sala inmediata á la Convencion [2]: otros diputados se herian á sí propios de una puñalada á dos pasos de allí, en la sala del Tribunal revolucionario: otros tomaban un veneno para libertarse del verdugo. Estos eran espectáculos ordinarios.

Entre partidos políticos que se diezman y se inmolan, la compasion y la esperanza están vedadas. Montañeses contra Girondinos, ó Montañeses contra Montañeses, era preciso combatir; combatientes, era preciso vencer; vencidos, era preciso morir.

¿Fué Vergniaud federalista? Conspiraba Danton contra la república? Caminaba Robespierre á la dictadura? Esto es lo que todavía no han demostrado suficientemente, á mis ojos por lo menos, aquellas súbitas prisiones y procesos turbulentos, sin autos, sin pruebas, sin testimonios, sin defensas, sin careos, sin formas, sin reglas, sin acusadores libres, sin tribunal imparcial, sin jurado formal. Ellos entre sí se acusaron, se infamaron, se diezmaron; pero no se juzgaron.

zacion en favor de los herederos de aquellos cuyos bienes hubieran sido ya vendidos. Todas estas proposiciones, dictadas por la mas rigorosa justicia, fueron recibidas con frenético descontento por el pueblo; pero las sediciones, motines y tremendas amenazas de éste se estrellaron siempre contra la heróica constancia de aquel hombre digno. El 12 de Germinal del año 3.° (1.° de abril de 1795), mientras Boissy ocupaba la tribuna con un informe sobre el antiguo sistema de las *subsistencias*, inmensas turbas, de ambos sexos y de todas edades, penetraron en la Convencion, llevando banderas hechas con harapos, y con desaforados gritos y rabiosos ademanes difundieron la consternacion entre los diputados, pidiendo *pan y la Constitucion de* 1793. Solo Boissy permaneció imperturbable en medio de sus violentas amenazas; y cuando al toque de generala, que resonó en las calles de París, se hubo dispersado aquel bárbaro tumulto, continuó su informe sin dar la menor muestra de alteracion. El 1.° de Pradial del año 3.° (20 de mayo de 1795) volvió el populacho á invadir la Asamblea. Vernier era Presidente, y dejó su puesto atemorizado; correspondia á Boissy reemplazarle, y ocupando valerosamente su sillon, desempeñó sus funciones sin que su constancia amenguase ningun linage de amenazas, ni el tremendo aspecto de la cabeza del desgraciado Féraud que le presentaron izada en una pica.—*N. del T.*

1 En la célebre sesion de 8 de febrero, en la cual, rodeado de gente armada con puñales y pistolas, sostuvo con calor el decreto que mandaba la persecucion de los autores de los asesinatos de setiembre de 1792.—*Id.*

2 Hallábase Robespierre en la Municipalidad rodeado de sus partidarios, cuando fué sorprendido por la fuerza armada que capitaneaba Barras por órden de la Convencion. Refiérese que, habiendo intentado evadirse, un gendarma le disparó un pistoletazo que le rompió la mandíbula inferior. A pesar de eso fué conducido á la Convencion en unas angarillas, y depositado despues por mandato de la misma, en una sala inmediata á la de la Asamblea, donde el dolor de su horrible herida no le arrancó ni una sola queja.—*Id.*

La historia imparcial dirá que hubo en aquellos tiempos hombres sucesivamente proscriptores y proscriptos, jueces y víctimas, mas fanatismo que ambicion, mas exaltacion que crueldad: dirá que debemos atribuir los excesos de aquellos tiempos mas bien á los vicios de las instituciones revolucionarias, que á los hombres que les servian de instrumentos; que un solo cuerpo que quiere á la vez constituir, legislar, deliberar, acusar, juzgar, administrar, vigilar, combatir, obrar, y que acumula de esta suerte todo el gobierno con todo el poder legislativo, se condena á soportar la anarquía ó el despotismo; que una Convencion, órgano único y legal de la universalidad del pueblo, no debe dejar que se establezca á su lado la dominacion de un Club rival, tan poderoso como ella; ni permitir, só pretesto de un soñado respeto á la soberanía del pueblo, que unas autoridades ó unas corporaciones, cualesquiera que sean, vayan á sitiar su barra con proposiciones incendiarias y á desfilar triunfalmente delante de ella, armadas ó sin armas; ni doblegar la majestad de la Representacion nacional delante de un clubista, ahullador de plazas públicas, que se retuerza y arroje espumarajos por la boca, enviado por no se sabe quién, y que no sabe lo que se dice; ni prorogar indefinidamente los poderes omnímodos de sus comisiones ejecutivas; ni, despojándose de su inviolabilidad parlamentaria, permitirles lanzar decretos de prision contra sus individuos, ni lanzarlos ella contra ellos, sin oir su defensa; ni autorizar en todos los puntos de la república, sin organizarlas ni contenerlas, diez mil sociedades gárrulas, desordenadas y terroristas; ni dejar invadir las tribunas públicas y sus propios bancos por una caterva de hombres y mujeres desarrapados y siniestros que aplaudan, clamoreen, enseñen los puños y deliberen; ni convertir tumultuariamente en decretos, por aclamacion, sin debates prévios y sin intervalo, proposiciones de acusacion, de legislacion ó de policía, que su autor no haya leido mas que una vez, y que la Asamblea no haya comprendido, ni siquiera escuchado; ni tolerar que se llame á los cólegas del bando opuesto malvados y conspiradores, y que se hable sin cesar en la tribuna un lenguaje de muerte que conduce, mas aprisa de lo que se cree, á acciones de muerte; ni imaginarse que la soberanía del pueblo pueda fraccionarse y residir en la usurpacion improvisada de algunas autoridades, ó de unos cuantos individuos que se insurreccionan y se invisten á si propios de la palabra y de las insignias del mando supremo; ni aun siquiera, en fin, que una Convencion pueda sustentar ella sola sobre sus hombros, por robustos que sean, el poderío enorme, universal, abrumador de treinta millones de hombres.

Pero la Convencion no se paró en estas anomalías de principios y de conducta. Creyóse llamada á llenar una mision del destino, y la lle-

nó; fué hasta el fin, sin rodeos, sin atemperamentos, sin miedo, sin compasion, sin remordimientos: sabia que atropellaba la regla ordinaria, y puso la razon de Estado encima de la regla ordinaria; sabia que seria violenta, y fué violenta; que su memoria seria atacada, y sacrificó su memoria. Echó el velo de la dictadura sobre la estátua de la libertad; suspendió la Constitucion de 1793; opuso el levantamiento en masa á la coalicion de los reyes, y el hierro de la guillotina á sus enemigos interiores. Empujó delante de sí, con furiosa y desesperada energía, el carro de la revolucion que habia armado de cortantes hoces, y pasó el rasero de la igualdad sobre las ciudades y los campos, las leyes y las instituciones, los hombres y las cosas.

Ah! debo decirlo; ese olor de sangre que exhalan los rastros de la Convencion, hasta el punto de hacerse notar al cabo de cincuenta años, me revuelve el estómago y me hace daño. Nosotros, amigos de la libertad, nunca hemos querido que exista esa abominable pena de muerte; no, no la querremos jamás, jamás!

Por ventura, por grande que la concibamos ¿no deberia siempre estar limitada por la justicia la omnipotencia de un Dictador ó de una Asamblea? Ahora bien, las espantosas carnicerías de setiembre [1], los tribunales revolucionarios, el antagonismo de los clubs, las insurrecciones de los ayuntamientos, los motines, los cadalsos permanentes, las guillotinas ambulantes, los ahogamientos [2], las descargas á metralla, los casos de individuos puestos fuera de la ley, las persecuciones de meras opiniones, las prisiones de ancianos, de casadas y de doncellas, ademas de su crueldad y de su infamia, ¿de qué sirvieron? fué por eso mas fuerte, mas justo, mas respetado, mas querido, mas victorioso, mas estable el gobierno revolucionario? ¿ganaron algo con estas atrocidades la civilizacion, el progreso, la moralidad, la fraternidad? No se puede reinar con el terror mas que sobre pueblos viles ó crueles.

1 Fueron decretadas por Danton, á la sazon ministro de la Justicia, para difundir el terror entre el pueblo y amedrentar á los enemigos de la Convencion que se dirigian sobre París. El dia 2 de Setiembre, á mediodia, se dió la órden de cerrar las barreras; á las dos disparó el cañon de alarma, sonó la campana de la municipalidad, y se tocó generala; de alli á dos horas empezaron á inundar las calles de París arroyos de sangre de las indefensas víctimas encerradas en las prisiones!... Cubrió el terror la capital, y se estendió á toda la Francia; por todas partes surgieron batallones de voluntarios, y en 20 del mismo mes ganó Kellermann la batalla de Valmy, poniendo á los estranjeros realistas en precipitada fuga.—*N. del T.*

2 *Les noyades*. En Nantes especialmente, el infame Carier puso en boga este horrible modo de matar en masa, que, andando los tiempos, imitó en la Coruña el general Don Pedro Mendez Vigo.—*Id.*

Pero al paso que apartamos los ojos con indignacion, con horror, de los cadalsos políticos, debemos ser justos, debemos reconocer para su honra inmortal, que la Convencion tuvo un profundo sentimiento de la libertad, un inmenso amor á la patria comun, y que fundó tres grandes cosas; la independencia del territorio, la unidad del gobierno, y la igualdad de los ciudadanos [1].

Ademas, ¿quién lo creeria? hablar, aun al cabo de medio siglo, de la Convencion Nacional, es querer escribir sobre un barril de pólvora, entre panegiristas entusiastas y furiosos detractores, prontos unos y otros á hacerle á uno saltar por los aires si no es esclusivamente de su opinion; y en verdad que no lo somos, mas que prendan fuego á la pólvora!

Asi ¿quién podria impedirnos decir que lo que se ha escrito sobre la convencion tiene mas de novela que de historia? Todos los dias y en todos los partidos se sigue novelando sobre este punto. Encajamos á los hombres de 1793 nuestras opiniones, nuestras ideas, nuestros sistemas de hoy, nuestras preocupaciones, nuestras utopias y un cierto modo de discurrir que ellos nunca tuvieron, y que, apresurémonos á confesarlo, tampoco teniamos nosotros hace diez años. La confusion de los pareceres reina aqui como en todo lo demas: asi por ejemplo, unos dicen resueltamente que Robespierre no era mas que el agente asalariado de los Borbones y de la Inglaterra; otros, que aspiraba desembozadamente á la dictadura; estos, que soñaba en el establecimiento de la igualdad absoluta; aquellos, que su único placer era bañarse en sangre como una hiena. Muchos dicen, con tono de profundidad, frunciendo la cejas y meneando la cabeza, que á Robespierre no le comprendieron, y partiendo de esta suposicion, sueltan la rienda á todas las hipótesis. Siendo esto así, lícito me será á mi tambien hacer la mia, y si despues de haber leido y releido sus últimos discursos pronunciados en la Convencion, he penetrado bien su sentido, diré que me parece que Robespierre estaba á punto de atar las ruedas al carro del terror en las pendientes de la Revolucion.

Pero podria muy bien engañarme lanzándome en el vago campo de las suposiciones, y yo no soy publicista de fantasía; no quiero hacer lo que aquellos comentadores que, en su adoracion de la antigüedad, prestan á Virgilio y á Homero artificios de estilo y melodias imitativas en que jamás pensaron Homero ni Virgilio. Asi, los publicistas de fantasía han prestado á Robespierre y á Saint-Just, á *posteriori*, planes enteramente organizados de reforma y nivelacion democrática,

1 Doy gracias á la Convencion por haber salvado entonces la independencia de la Francia. Discurso de Berryer. (*Monitor* del 17 de enero de 1839.)

que sus discursos no hacen presentir siquiera. No quieren ver que todos los corifeos de las revoluciones empiezan por trepar al asalto del gobierno existente; despues de lo cual, si sus adversarios se resisten, y mientras se resisten, los arrojan desde lo alto de la muralla al foso. Esos hombres no son mas que los agentes de una Providencia de quien se creen los motores; están encadenados por la sucesion de los hechos y por la lógica de los principios que los arrastra sin saberlo ellos, y que con harta frecuencia los conduce adonde no querrian ir y, sobre todo, adonde ignoran que van. Por lo demas ¡cosa increible! Robespierre y Saint-Just veian la naturaleza como se ve en la escena y en las decoraciones del teatro de la grande ópera, al trasluz de una óptica pastoril con armoniosos coros de zagales y mayorales: moralizaban especialmente sobre la libertad y sobre la igualdad, con menos elocuencia que Rousseau, pero con mas pedagogía. Como organizadores, no estaban ni mas ni menos adelantados que los otros Montañeses; vivian al dia, como todos los jefes de partido en plena revolucion, demasiado atentos á deshacerse de sus enemigos y á defenderse á sí propios para pensar en otra cosa. En ellos, la accion absorbia el pensamiento, y lo presente absorbia el porvenir. La revolucion, semejante á un torrente, los arrastraba, los revolvia en sus olas; ahora bien, no se funda un edificio en la corriente, sino en la ribera.

Como quiera que sea, lo que no admite duda, y esto es lo que nos importa, es la prodigiosa sacudida que dió al mundo el coloso francés cuando, rompiendo las cadenas de la Monarquía absoluta, se puso en pié, y desplegando toda su altura echó á andar con su fuerza y con su libertad.

Asi como los metales mas heterogéneos se disuelven y se aglutinan en el crisol y á la lumbre de una ardiente fragua, asi bajo el poderoso aliento de la Convencion, las provincias de Francia, aun las mas estrañas unas á otras, se soldaron entre sí y no formaron mas que un solo y único cuerpo. Cada aldea, desde los Pirineos hasta el Rin, desde el Océano hasta los Alpes; cada fraccion del territorio trabajado, removido hasta en sus últimas capas por los labradores revolucionarios, recibió y conservó en su seno las semillas de la libertad. El menosprecio de la muerte, la grandeza trágica de los sucesos, el entusiasmo de la gloria templaron aquellas almas de acero, aquellas robustas generaciones de nuestros padres. La Francia de entonces no era mas que un gran campamento, una fábrica de fusiles y de cañones, un arsenal de guerra, una inmensa plaza de armas. Las madres ofrecian sus hijos á la patria: los recien casados se arrancaban de los brazos de sus esposas: legiones de soldados salian como de debajo de la tierra. Descalzos, sin vestidos, sin pan, sin pólvora á veces, tomaban á la bayo-

neta las trincheras y las baterías del enemigo. ¡Qué capitanes! Joubert, amortajado en la bandera de Novi; Hoche, pacificador del Vendia; Marceau, el héroe de Wisemburgo; Pichegru, el rápido invasor de la Holanda, y Moreau que luego [1].... pero entonces triunfaba en Nerwinde! Aquellos generales de la República iban á ser los gloriosos mariscales del Imperio, Ney, Soult, Murat, Masséna, Lannes, Lefebvre, Davoust, Augereau, y sobre todos ellos Bonaparte, mas grande tal vez que Napoleon. Este jóven general de la Convencion, que dirijió las descargas de metralla contra la iglesia de San Roque [2], debia algun dia hacer temblar la Europa al ruido de sus pisadas, y sentarse, coronado por el papa, en el trono de los Césares: aquellos soldados desarrapados debian dar con él la vuelta al mundo, acamparse al pié de las Pirámides, conquistar la Italia, y ceñidos con los laureles de Arcola, de Aboukir, de Marengo, de Austerlitz y de Jena, plantar sus águilas triunfadoras en los campanarios de Viena, de Lisboa, de Roma, de Amsterdan, de Madrid, de Berlin, y de Moscou. Aquella nacion, cuya ruina y desmembramiento meditaban los estranjeros, debia en breve ser saludada por el grande Emperador con el dictado de *la gran nacion*. En derredor de la Revolucion marchaban, como para formarle un magnífico cortejo, hombres de génio, unos ilustres ya, otros á punto de serlo; en las ciencias Laplace, Lagrange, Biot, Carnot, Monge, Cuvier, Chaptal y Berthollet [3], Larrey, Pinel, Cabanis, Bichat, Dupuytren [4]; en las bellas artes David, Gros, Girodet; en las letras Lebrun, Fontane, Bernardino de Saint-Pierre, los dos hermanos Chenier, Chateaubriand; en la política Talleyrand y Sieyes; en legislacion Cambaceres, Treilhard, Berlier, Zangiacomi, Daunou y Merlin; en la administracion Portalis, Defermon, Regnault de Saint-Jean-d'Angély, Allent, Régnier, Thibeaudeau, Fouché, Réal, Pastoret, Siméon, Boulay de la Meurthe.

La Convencion no reinó, pues, sobre una época vulgar y sobre generaciones sin virtud, sin genio y sin gloria; tuvo sus guerreros, sus sábios, sus artistas, sus jurisconsultos y sus hombres de Estado: tambien tuvo sus oradores.

1 Elegante reticencia, para no decir que mas adelante este famoso general, obcecado por su resentimiento contra Bonaparte, escuchó, hallándose desterrado en los Estados-Unidos, las proposiciones del emperador Alejandro de Rusia, y tomó las armas contra su patria en 1813. Un mes despues, en aquel mismo año, murió de resultas de una herida que recibió delante de Dresde.—*N. del T.*

2 El 13 de Vendimario arriba citado.—*Id.*

3 Célebres en las matemáticas y en las ciencias naturales.—*Id.*

4 Célebres en las ciencias médicas.—*Id.*

La Elocuencia parlamentaria se inspira siempre de las pasiones y se tiñe con los colores de cada época.

La Elocuencia convencional, fuerza es decirlo, solia ser mas bien una elocuencia de club, de juzgado criminal, de peticionarios, que no la grande y sábia elocuencia de tribuna, que no la elocuencia de Mirabeau.

Bajo el concepto del arte, del estilo, de la ciencia, de la disposicion, de las pruebas, del método, no hay ningun orador montañés ó girondino que pueda igualarse con los príncipes de la tribuna moderna.

Bajo el concepto de los preceptos oratorios, por el contrario, no tengo noticia de que ninguno de estos príncipes haya jamás, á pesar de los maravillosos esfuerzos de su palabra, arrancado un solo voto á la tenacidad industrial y limitada de nuestras prosáicas Cámaras, al paso que Robespierre, Barrère, y sobre todo Danton, arrancaron frecuentemente á viva fuerza los decretos de la Convencion.

Eran ellos unas potencias, y nosotros unos escelentes tocadores de organillo; sonidos deliciosísimos, y en seguida, nada.

La elocuencia de entonces era desmedida, hinchada, robusta, gigantesca como la revolucion que defendia.

La nuestra se rebaja con frecuencia á las proporciones de esos Don Quijotes provistos de largas zancas y de largos brazos, que sirven de muestras en nuestras posadas de lugar.

La suya olia á pólvora: la nuestra suele oler á estopa ó á remolacha.

La suya preconizaba los intereses liberales; la nuestra los intereses materiales.

La suya era violenta hasta la acusacion, cínica hasta la injuria; la nuestra es burlona, enredada, parlanchina, hipócrita.

La suya conducia á sus oradores á la pobreza, á las denuncias, al ostracismo, á la prision, al cadalso; la nuestra hace subir á sus héroes por floridas pendientes á las escalas de seda y oro de la opulencia y á los honores del ministerio.

Sea por dificultad de invencion, ó por sus precedentes, ó por educacion clásica, los republicanos de 1793 intentaron resucitar en sus trages, sus ademanes y sus arengas, á Esparta, á Atenas y á Roma. ¡Cosa singular! los mas furiosos demagogos admiraban sinceramente las leyes, las costumbres, los vestidos, el carácter, los discursos, la vida y la muerte de los mas soberbios é insolentes aristócratas de la antigüedad.

Se adoptaron el gorro griego, los peinados á trenzas y las largas clámides; se proscribieron las letras, único consuelo de las almas sensibles y delicadas; se condenó á muerte á los amigos mas queridos, con la desnaturalizada paternidad del primero de los Brutos; se profesó á los reyes el encarnizado odio de Horacio Cocles; se aceptó con entusiasmo

la muerte, hubo quien se abrió á sí propio las venas, quien se rasgó las entrañas, quien se abismó desesperadamente en su destino, como Decio, como Régulo, como los senadores del Tiberio y de Neron en Roma esclava; muchos juraron morir en sus bancos de representantes, como los antiguos Romanos en sus sillas curules; se amenazó á los dictadores de las Juntas y de la Convencion con el puñal de Harmodio y con la roca Tarpeya; se afectó la frugalidad de Cincinato y de los Espartanos; se escribió el nombre de los enemigos con tinta roja, en listas de proscripcion, en conmemoracion de Sila; se decretó la inmortalidad del alma, pensando en Caton moribundo. Se dijo, para dispensarse de usarlos, que el demócrata Jesus nunca habia usado calzones. Se puso á algunos, sin juicio previo, fuera de la ley, así como los romanos vedaban á los proscriptos el agua y el fuego; se sofocó la voz de la naturaleza, se violó la justicia, se desencadenó la libertad, se exageró la virtud misma para mas asemejarse á ellos.

Esto en cuanto á la parte esterior del discurso que se alimenta de formas, de movimientos y de imágenes. Por lo tocante á la filosofia política, á la economia rentística, y á las definiciones de los derechos y deberes del hombre, las fuentes adonde se iba á beber eran la filosofia, la economia, y las definiciones de Rousseau y de los enciclopedistas.

En el Ayuntamiento *(la Commune)* de París, en el club de los Jacobinos, en las Sociedades populares, en las Juntas del Gobierno, en las órdenes del dia de los ejércitos, al frente de los batallones, en la barra de la Asamblea, en las plazas públicas, hasta al pie del cadalso, en todas partes, siempre se veian el mismo fondo de ideas, las mismas furias, la misma grandeza, las mismas figuras, las mismas esclamaciones, las mismas imitaciones, las mismas apologias, las mismas denominaciones, el mismo lenguaje.

En aquel drama revolucionario, en aquel espectáculo oratorio tan vivo, tan animado, tan estrepitoso, tan terrible, todo se mezcla, todo se agita, todo se confunde, los clubs, los diputados, los peticionarios, el pueblo, la barra, la silla de la presidencia y las tribunas.

Desde lo mas alto de la sala hasta las puertas, en los pasillos, dentro, fuera, todo hacia su papel, todo era accion, combate, gritos, aplausos, murmullos. Las Secciones armadas, impelidas, guiadas por gefes invisibles, desconocidos, invadian la Convencion, atropellaban sus filas, señalaban con el dedo los diputados sospechosos, y pedian que, allí en la misma sesion, cayesen bajo la espada de la ley:

«El pueblo se ha levantado! está en pie, y espera!»

¡Tiempos estraordinarios! contraste singular! Aquella Asamblea que lanzaba impávida sus provocaciones de guerra á todos los reyes de Europa, retrocedia ante la amenaza y la injuria de unos cuantos denuncia-

dores rabiosos, y llevaba la longanimidad, ó mas bien la pusilanimidad, hasta concederles los honores de la sesion.

A veces, las Secciones iban á aguijonear las lentitudes del mismo Robespierre, y no les parecia su Constitucion bastante democrática.

«Vosotros los que habitais la Montaña, esclamaba su orador, dignos »Descamisados [1], ¿permanecereis siempre inmóbiles en la cima de esa »roca inmortal? ¿Hasta cuando consentireis que los monopolistas beban »en doradas copas la sangre mas pura del pueblo? Montañeses, levan»taos, no termineis vuestra carrera con ignominia!»

La Montaña se indignaba y devoraba el ultraje.

El Ayuntamiento revolucionario de París, con el correjidor *(le maire)* al frente, admitido á la barra, decia:

«Montaña, para siempre célebre en los fastos de la historia, sé el »Sinaí de los Franceses! lanza entre rayos los eternos decretos de la jus»ticia y de la voluntad del pueblo! agitaos y estremeceos á su voz! Mon»taña sagrada, sé el cráter cuyas ardientes lavas consuman á los malos!»

Y prosiguiendo la misma figura, el diputado Gaston respondia: «Pa»rís, como el monte Etna, debe vomitar de su seno la aristocracia cal»cinada!»

Poco á poco se iban montando las cabezas con la embriaguez de la palabra, y se exaltaban hasta el delirio: Legendre esclamaba: «Si se »presenta un tirano morirá á mis manos. Lo juro por Bruto!»

Y Drouet: «Seamos bandoleros para la felicidad pública, seamos »bandoleros!....»

Pero estos no son mas que accidentes de situacion y de carácter, y no se crea que todos los actores del drama revolucionario gesticulaban y manoteaban como maniáticos y estravagantes.

Muchos, nacidos en el pueblo ó muy cerca del pueblo, tuvieron un invencible amor á la igualdad, una originalidad propia de fisonomia y de lenguaje, una elocuencia robusta y pintoresca, una diccion vehemente, una aspereza de ataque, una intrepidez de defensa, un desinterés, una noble indigencia, un respeto á la soberania nacional, una ternura filial para con la pátria, una abnegacion de intereses personales y locales, un generoso y poderoso instinto de gloria, de grandeza y de unidad, que no se encuentran por cierto despues de ellos.

Allí, porque aquello era un campo de batalla, allí se acampaban en las filas de la Gironda:

Guadet, cuya elocuencia partia del corazon, pero que solo por intervalos exhalaba algunas vislumbres de ella. El fué quien, mirando á Robespierre cara á cara, le dijo:

1 *Sans culottes,* literalmente *sin calzones ó descalzonados.—N. del T.*

«Mientras corra por mis venas una gota de sangre, tengo demasiado »corazon, tengo un alma demasiado altiva para reconocer mas soberano »que el pueblo.»

Louvet, escritor ingenioso y vehemente, orador vivaz y brillante, que rompió el fuego contra la Montaña con mas arrojo que prudencia:

Lanjuinais, Breton tozudo [1], inflexible en sus doctrinas, sábio publicista. No retrocedia ante ningun peligro, no aceptaba ningun sofisma. Débil de cuerpo, pero intrépido, luchaba con los Montañeses voz contra voz, ademanes contra ademanes: se asia con las dos manos, se clavaba á la tribuna. Un dia en que reclamaban su dimision de diputado, poniéndole el cuchillo á la garganta y llenándole de injurias, dejó caer de sus labios con majestad estas hermosas palabras: «Sabed que la víctima »adornada de flores y que arrastraban al altar, no recibia insultos del »sacerdote que la inmolaba.»

Bazire, que pronunció una espresion sublime:

El proyecto de Constitucion decia: «El pueblo francés no ajusta la »paz con un enemigo que ocupa su territorio.»

Mercier: «Semejantes artículos se escriben ó se borran con la pun»ta de la espada. ¿Por ventura habeis hecho pacto con la victoria?»

Bazire: «Le hemos hecho con la muerte!»

Camilo Desmoulins [2], dotado de una imaginacion demasiado ardiente, pero de un corazon sensible. Amaba la libertad con idolatría, y á sus amigos mas que á sí mismo. Se arrojó con aturdida temeridad al encuentro de la Revolucion, quiso hacerla retroceder despues de haberla lanzado en sus sendas, y fué aplastado bajo las ruedas del carro que llevaba la fortuna de Robespierre [3].

Camilo tenia una fisonomía espresiva y el ademan oratorio, pero un tropiezo de lengua le vedaba la tribuna, y la impetuosidad de su ima-

1 Los Bretones tienen en Francia la misma reputacion de tenacidad que los Aragoneses en España.—*N. del T.*

2 Acaso no esté demas advertir aquí que, todos estos nombres propios y los siguientes, van regidos por el verbo *se acampaban* que está nueve párrafos mas arriba. Si el lector no lo tuviera presente, hallaría defectuoso el régimen de estas oraciones, que no es sin embargo mas que *un poco ó un mucho atrevido*, como es costumbre en Timon. Nosotros respetamos este y otros *atrevimientos* por conservar á este célebre y magnífico escritor su colorido propio y altamente original.—*Id.*

3 Ninguno se colocó mas generosamente bajo la cuchilla de la tiranía revolucionaria que Camilo Desmoulins, llevado por el deseo del bien público. La causa principal de su pérdida, ó al menos lo que ofreció mas pábulo á las acusaciones que le dirijió el tribunal revolucionario, fué un periódico que publicaba con el título de *El Franciscano Viejo* (*Le Vieux Cordelier*) inculcando los principios de justicia, clemencia y humanidad.—*Id.*

ginacion no le permitia ligar y coordinar sus ideas en un discurso sábio y mesurado. Era libelista mas bien que orador, libelista ingenioso, pero cínico. Apasionados, candorosos, pintorescos, pero con harta frecuencia sin lógica y sin buen gusto, sus folletos son ora sombrios, ora brillantes, siempre descosidos como los sueños de un enfermo; á veces, y por intérvalos, están llenos de facundia irónica, de naturalidad y de gracias. Al fin temió por los que temian; sufrió por los que sufrian; empleó los robustos colores de Tácito para pintar á los tiranos del pueblo; torció y retorció en sus heridas el puñal de la ironía; ensayó el remordimiento, ensayó la compasion, pero ya era tarde. En vano se precipitó de cabeza desde la orilla al torrente, á fin de contenerle y guiarle; las aguas corrian y el torrente le arrastró con ellas. Sepultáronle en los calabozos del tribunal revolucionario, y desde allí fué desde donde, próximo ya á subir al cadalso, dirijió á su jóven esposa, á su Lucilia tan querida, aquella patética carta cuyo fin arranca lágrimas: «¡Adios Lucilia, mi querida Lucilia! »siento huir delante de mi la ribera de la vida. Todavía veo á Luci»lia, la veo! mis brazos cruzados te estrechan, mis manos atadas te »ciñen, y mi cabeza segada descansa sobre tí. Voy á morir!» [1]

Vergniaud, inteligencia flexible y vasta, patriota sincero, orador elegante, unctuoso, metafórico, demasiado metafórico tal vez, de quien se han conservado estas palabras:

«La Revolucion es como Saturno, que devora á sus hijos.»

Y esta comparacion, acaso demasiado amplificada y parafrástica, pero que fué entonces tan aplaudida: «Si nuestros principios se propagan »con lentitud entre las naciones estranjeras, es porque empañan su es»plendor sofismas anárquicos, tumultuosos movimientos, y sobre todo »un sangriento crespon.

»Cuando los pueblos se prosternaron por primera vez delante del

1 Desmoulins se entregó en su última hora á los mas violentos escesos de la desesperacion; arrojaba espuma por la boca, y para atarle fué preciso arrojarle en tierra. Sus vestidos y su camisa quedaron hechos girones, y llegó al cadalso casi desnudo. Fué ajusticiado el dia 16 de Germinal, año 2.° (5 de abril de 1794); su tierna y desgraciada esposa, que durante su cautividad en el Luxemburgo, no dejó de ir una sola mañana á recibir sus adioses al pié de la ventana de su calabozo, no le sobrevivió muchos dias. Entregada en 14 de abril al mismo tribunal, mostró en su defensa, y sobre el cadalso, una admirable entereza. Habiéndola preguntado el presidente si era ella en efecto la que habia incitado á su marido á difundir los principios por los cuales acababa de ser condenado: «Si, respondió ella, yo lo he »sido, y esa es mi única vanagloria: ¡malvados! pronto os tocará á vosotros temblar; »os espera la misma suerte que á vuestras víctimas.» Murió á la edad de 22 años.

N. del T.

»sol para llamarle Padre de la naturaleza, ¿pensais que le cubrian las »nubes destructoras que llevan en su seno las tempestades? No! sin »duda que espléndido y glorioso se avanzaba entonces por la inmensi»dad del espacio y derramaba sobre el universo la fecundidad y la luz.»

Y su respuesta á Robespierre:

«Si somos culpables y no nos enviais ante el Tribunal revolucio»nario, haceis traicion al pueblo. Si nos calumnian y no lo declarais »haceis traicion á la justicia.»

Y este apóstrofe:

«Temed que en medio de vuestros triunfos no se asemeje la Fran»cia á esos famosos monumentos del Egipto, que son afrenta del tiempo. »El pasagero se maravilla de su grandeza; pero si trata de penetrar en »ellos ¿qué es lo que encuentra? Cenizas inanimadas, y el silencio de »las tumbas!»

Júntense todos los recuerdos oratorios, examíneselos bien, y se verá que, tanto en las Asambleas legislativas como fuera de ellas, son siempre las imágenes las que mas impresion producen en la muchedumbre.

Por lo demas, era Vergniaud un orador de poco fondo, poco apremiante, poco concluyente en sus argumentaciones, poco apto para dominar á aquellas asambleas tempestuosas donde la petulancia del gesto, y la insolencia familiar del habla y de la espresion, son los acompañamientos obligados del discurso.

Como todos los demas Girondinos, cometió el yerro imperdonable de cebarse mas en las personas que en las cosas, y de irritar y dar partidarios á la Montaña con sus violencias. La posteridad será igualmente severa con aquellos dos partidos que convirtieron desde luego sus sesiones en una arena de gladiatores.

Enfrente de los Girondinos, y en los bancos opuestos del anfiteatro, se sentaban los Montañeses sus mortales enemigos.

Allí estaban: Barrère, el elegante narrador de las victorias que Carnot organizaba; este improvisaba mociones, decretos, manifiestos, como Danton improvisaba discursos; era menos hiperbólico que aquel en sus imágenes, mas castizo, mas literal, mas fiel á las reglas de la gramática y al decoro é índole de la lengua; osado y contenido á un mismo tiempo; impetuoso en las ocasiones, pero siempre previsor; siempre sabia de que parte soplaba el viento y hácia donde iba á descargar la nube; diplomático astuto, diputado mas astuto todavía.

Marat, hombre de instintos feroces, de rostro ignoble y deprimido, á quien Danton repudiaba, y á quien no se dignaba acercarse Robespierre; denunciador universal, que invocaba la *Santa* guillotina [1], azu-

1 Con esta sola espresion pinta el autor admirablemente las contradicciones y

zaba al pueblo al asesinato y pedia por pasatiempo doscientas mil víctimas, la cabeza del rey y un dictador. Hombre de quien no podria asegurarse si fué mas cruel que demente; por lo demas, trivial y chocarrero, sin continente, sin dignidad, sin mesura, Agitábase en su banco como un energúmeno, se levantaba sobresaltado, palmoteaba, reia á carcajadas, asediaba la tribuna, fruncía las cejas, y dejábase á vista de la Convencion entera ceñir ridículamente la cabeza con una corona de hojas de roble. Repetía continuamente á la Asamblea con mucho énfasis: «Os recuerdo el pudor, si es que le teneis!»

Llamaba á sus adversarios, gatería, marranos, y escapados de Bicètre. Gritaba al orador: «Cállate, pajarraco!» ó bien, «Eres un infa»me! estás chocheando! eres un imbécil!»

Pero éranle devueltas sus lindezas, porque de todas partes le dirigian esclamaciones por este estilo: «Silencio, tunante!»

Era aborrecido sobre todo por la Gironda, y por la mayor parte de sus cólegas, los cuales le llenaban de injurias, de abyeccion y desprecios, recibidos en honor de la verdad con gran calma, y aun con un descaro groseramente burlon. Marat no era orador; no era siquiera un parlador adocenado; pero no le faltaba talento como polemista, y en algunas ocasiones mostró suficiente perspicacia para reconocer á los ambiciosos bajo su máscara, y suficiente osadía para arrancársela.

Villaud-Varennes, hombre duro, zahareño, atrabiliario, inexorable, mártir de la fé republicana, y que creyó inmolar en Robespierre á un verdadero tirano.

Couthon, el consejero de Robespierre, cuyo brazo era Saint-Just; paralítico de ambas piernas, y único hombre que no podia moverse en medio de todos aquellos hombres de accion contínua; Couthon, que al oir el decreto que le condenaba á muerte, so pretesto de haberse querido elevar al puesto supremo, se contentó con responder irónicamente: «Yo habia de aspirar á ser rey!»

Saint-Just, republicano por conviccion, austero por temperamento, desinteresado por carácter, nivelador por sistema, tribuno en las juntas, intrépido en los campos de batalla. Su juventud, que rayaba en la adolescencia, era sazonada para todo gran designio: su capacidad correspondia á su situacion; un fuego sombrio iluminaba su mirada: tenia la fisonomia melancólica, cierta inclinacion á la soledad, diccion lenta y solemne, alma de hierro, voluntad determinada, y la vista siempre atenta á un objeto fijo. Elaboraba sus informes con estudiado dogma-

aberraciones propias del delirio que produce la exaltacion revolucionaria. Los mismos ateos que negaban la santidad y el Cielo, llegaron á santificar el último de los objetos materiales mas despreciables y horrendos.—*N. del T.*

tismo; sembrábalos de retazos metafísicos entresacados en Hobbes y en Rousseau, y á la violentísima y activísima realidad de sus medios revolucionarios, juntaba una filosofía social impregnada de fantasia y de floridos ensueños.

Espresiones suyas: «El fuego de la libertad nos ha purificado, del »mismo modo que el hervir de los metales arroja del crisol las heces im»puras.»

Y aquella simple palabra: «Arriesgaos!»[1]

Y aquel otro dicho:

«La huella de la libertad y del genio no se borra en el universo. Des»pues de los Romanos quedó vacio el mundo, pero le llena su memoria.»

Su Informe contra Danton está dispuesto, ordenado, y conducido en todas sus partes con un arte infinito, casi diria infernal. Empieza inculpando á Bazire, á Chabot, á Camilo Desmonlins y á los otros, y deja para el último á Danton. Cuando llega á él hace alto.... mide la estension de su cargo, y aglomera todas sus fuerzas contra el gigante. Vuelve sobre sí, reune sus pruebas, las precipita, las estrecha, las acumula, las agrupa en haz como formando una hacha de armas, y, para apasionar al auditorio, apostrofa á Danton cual si se hallara presente, como lo haria un promotor fiscal en un juzgado criminal. Desarrolla la supuesta lista de sus traiciones, de sus conjuraciones, de sus crímenes. Descorre el velo de su vida privada, repite sus palabras, aun las confidenciales; le denuncia, le estigmatiza, se niega á oirle, no le escucha. Le juzga, le condena, le arrastra al cadalso, y le corta la cabeza con su discurso mejor que pudiera hacerlo con la afilada cuchilla de la guillotina. Pero no era muy lucido tu papel, Saint-Just; y ademas, esa Convencion frenética que por unanimidad decretaba la formacion de causa de Danton, ¿obraba por ventura con libertad en aquel momento?

Robespierre, orador facundo, adiestrado en las arengas de los clubs y en las luchas de la tribuna; paciente, taciturno, disimulado, envidioso de la superioridad agena y de carácter vano; dueño de la discusion y de sí mismo, que no dejaba mas desahogo á sus pasiones que el de las esclamaciones sordas; mas grande de lo que le pintan sus enemigos, y menor de lo que sus amigos le representan; grande admirador y encomiador de sí propio, de sus servicios, de su desinterés, de su patriotismo, de su virtud, de su justicia; aficionado á reaparecer sin cesar en la escena

1 Palabra que resume todo el sistema político de Saint-Just. En los casos mas árduos, en la misma célebre sesion de los Jacobinos de la noche del 8 de termidor, cuando Robespierre se mostró mas desfallecido y flaco, aquella elocuente palabra no fué jamás pronunciada por aquel jóven impetuoso sin encender los ánimos mas decaidos. *N. del T.*

despues de trabajosos rodeos, y á recargar todos sus discursos con el peso fastidioso de su persona.

Robespierre escribia sus informes, recitaba sus arengas, solo improvisaba en sus réplicas.

Sabia trazar con talento el cuadro esterior del mundo político. Tenia, quizá mas que sus colegas, miras de estadista, y, ya fuese por un vago instinto de ambicion, ya por sistema, ya por hastío de la anarquía, quería dotar de unidad y fuerza al poder ejecutivo.

Su estilo oratorio rebosaba recuerdos de la Grecia y de Roma, y los escolarinos que poblaban la Asamblea escuchaban con la boca abierta sus leyendas del tiempo antiguo. ¿Quién se pondria hoy, sin provocar la risa, á hablar en la tribuna de los Cretenses, de Lacedemonia, del Dios Minos, del general Epaminondas, de los Senadores romanos con sus largas togas, del buen Numa Pompilio y de la Ninfa Egéria?

Interpelado por Vergniaud que le decia: «A la conclusion! á la conclusion!....—Sí, le replicó, voy á concluir y vá á ser contra vos! contra vos que....» etc. Y desenvolviendo la serie de sus acusaciones, Robespierre animado se elevó en aquella ocasion hasta la elocuencia. Pero por lo general su fraseologia era falsa y declamadora.

Por eso decia: «Los Girondinos imploraban por do quiera las *serpientes* »de la calumnia, el *demonio* de la guerra civil, la *hidra* del federalismo, »y el *mónstruo* de la aristocracia.» Estas cuatro figuras, acumuladas en una misma frase, son ridículas y de mal gusto. Trasportemos á Robespierre con semejantes frases y maneras á la tribuna de la Cámara de Diputados! Nadie le escucharía ni dos minutos, y las risas, peores aun que los silbidos, acabarian con él.

Robespierre se interrumpia de repente en medio de sus discursos para apostrofar al pueblo, como si le tuviera presente, haciendo en tales ocasiones grande abuso de la retórica. Se descolgaba tambien con prolijas reflexiones filosóficas sobre la virtud, reminiscencias visibles de Juan Jacobo Rousseau.

Valíase de prosopopeyas y otras figuras que, aunque puedan ocurrir en el calor de la accion oratoria, y pinten con mas viveza el pensamiento, siempre echan á perder una disertacion. Algunas veces sin embargo revestia sus imágenes de formas elegantes: «¿Se calumniará al »astro que anima á la naturaleza por esas ligeras nubes que se deslizan »sobre su refulgente disco?

Bello es aquel otro pensamiento: «La razon del hombre se asemeja »aun al globo que habita; mientras una mitad aparece iluminada, la otra »mitad está sumergida en tinieblas.»

Pero nada menos oportuno en un informe que aquellas interminables alusiones á los hombres y á las cosas de la antigüedad. «¡Cobardes! Y

»osarán denunciaros los fundadores de la República! Los modernos Tar»quinos se atreven á deciros que el Senado de Roma era un tropel de »bandoleros! tambien los esclavos de Porsena trataban á Escévola de in»sensato. Segun los manifiestos de Jerges, Arístides ha saqueado los te»soros de la Grecia. Octavio y Antonio, con las manos llenas de rapiñas »y teñidas con la sangre de los Romanos, mandan que el orbe entero »los venere como á únicos elementes, justos y virtuosos. Tiberio y Se»yano no ven en Bruto y Casio mas que unos hombres sanguinarios, unos »malvados.»

Los Montañeses, esceptuando tal vez á Barrère y á Saint-Just, no sabian coordinar sus ideas con buena lógica, ni encaminarlas á su objeto y concluir. Los informes de Robespierre apenas pueden sujetarse al exámen; hay en ellos abundante ripio, confusion é hinchamiento.

Robespierre no atacaba á sus enemigos frente á frente; sus acometidas eran rebozadas y de mera insinuacion, y les dirijia amenazas, indirectas y palabras sueltas de siniestro concepto, por el estilo de las que Tiberio lanzaba á los que designaba como víctimas en el Senado romano.

Robespierre era deista como Saint-Just. Ser deista en aquellos tiempos y declararlo abiertamente, era casi ser religioso.

La víspera de su muerte, cuando, en todo su apogeo, se presentó en la Convencion denunciando á las Juntas de salvacion pública y de seguridad general, se estendió largamente con complacencia afectada en recordar el papel de pontífice que habia representado en la festividad del Ser Supremo [1]. El apóstrofe que termina este episodio no carece de animacion y colorido:

«Ciudadanos, habeis ligado á la causa de la revolucion á todos los »corazones puros y generosos. La habeis mostrado al mundo con todo »el brillo de su celestial belleza. ¡Oh dia afortunado, dia por siempre »memorable, aquel en que el pueblo francés entero se levantó para tri»butar un homenage digno al autor de la naturaleza! Oh tierna reunion »de todos los objetos que pueden halagar las miradas y el corazon de »los hombres! oh senectud honrada! oh ardor generoso de los hijos de »la Patria! oh júbilo puro y sencillo de los ciudadanos mancebos! oh lá»grimas deliciosas de las madres enternecidas! oh divino encanto de la »inocencia y de la belleza! oh magestad de un pueblo grande, feliz por

[1] Robespierre fué el fundador de la festividad dedicada al Ser Supremo, para cuya celebracion, así en París como en toda la república, se fijó el dia 20 del mes de Pradial. Tuvo esta lugar una sola vez el año segundo de la república, esto es el año 1794; presidió Robespierre aquella estraña fiesta, marchando por la ciudad seguido de la Convencion, y llevando en sus manos un ramo de flores y de espigas, entre las aclamaciones del pueblo que veia en aquella ceremonia deista el principio de una obra de regeneracion que aquel revolucionario no tuvo talento para llevar á cabo. — *N. del T.*

»el solo sentimiento de su fuerza, de su gloria y de su virtud! Ser de los »seres! el dia en que el universo salió de tus manos omnipotentes ¿brilló »por ventura á tus ojos con mas grato resplandor que aquel en que, »quebrantando el yugo del crímen y del error, se presentó á tí digno »de tus miradas y de tus destinos?»

En este trozo hay seguramente arte y estilo; pero ¡qué mal decia entre una denuncia de muerte y una insurreccion meditada! Las oraciones revolucionarias están llenas de estos contrastes.

Tomó por lo serio Robespierre su festividad y su restauracion del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma [1], y no perdonaba las irreverentes burlas de los otros individuos del gobierno. Dos cosas le repugnaban en ellos: primero su materialismo, y ademas el haber creido poderse pasar sin él por espacio de cuarenta dias [2].

Cuando en los principios se vió Robespierre convertido en blanco de las terribles acometidas de Vergniaud y de Louvet, inclinó la cabeza y dejó pasar la tormenta; mas cuando conoció que la Convencion diezmada cejaba volvió á alzar su voz de dueño. Pretendió que la asamblea discutiese, ó mas bien decretase sobre la marcha las leyes mas espinosas y mas duras, propuestas repentinamente por la Junta de salvacion pública. La mayoria supeditada palidecia de cólera, y en los corazones germinaba la venganza. Merlin, Tallien, se turbaban: Bourdon devoraba su afrenta, y con labio balbuciente decia medroso: «Yo estimo á Couthon, estimo á »la Junta de salvacion pública, estimo á la inalterable Montaña que ha »salvado á la libertad!»

Aquella Montaña, minada por su asiento, iba pronto á caer desmoronada.

¡Qué drama oratorio, qué interesante discurso en accion presenta la famosa sesion del 9 de termidor! [3]

1 En 28 del mes floreal (7 de mayo de 1794) tuvo Robespierre el valor de anunciar por boca de Barrère, á la Asamblea de la Convencion, que profesaba abiertamente el ateismo, el sistema de ideas religiosas que habia adoptado, cuyas bases principales eran la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.—*N. del T.*

2 Los dias en que Robespierre, escesivamente confiado en su prestigio, dejó de asistir á las reuniones de las Juntas y del gobierno, al cabo de los cuales se vió abandonado, por el progreso rápido que habia hecho la Revolucion. Dichos cuarenta dias deben empezar á contarse desde el 24 de Pradial.—*Id.*

3 Aquí Timon resume en pocos renglones, con admirable nervio y colorido dramático, la célebre sesion de Termidor que duró dos dias enteros, y que decidió la desgracia de Robespierre. Este arte de concretar en pocas frases toda la sustancia de largas páginas históricas es una de las dotes que mas distinguen al ilustre escritor, y en ella no hay seguramente quien se le compare. Creemos deber advertir esto para fijar bien la atencion de nuestros lectores en el interesante periodo que el autor pinta, y para escitar en ellos el deseo de verificar la exactitud de nuestra observacion acerca del es-

Lanza Robespierre su terrible acusacion contra sus enemigos, y baja de la tribuna. Todo es al principio silencio y duda; álzase despues un murmullo que vá cundiendo por todos los bancos. Luego empiezan todos á reunirse y agruparse; se miran, se recuentan, se consultan, se indignan, y por fin estallan. Robespierre se vé convertido en objeto de discusion: Robespierre está perdido. Saint-Just vuela á su socorro y denuncia á Tallien; apenas sus lábios pronuncian este nombre, Tallien, pálido, anonadado, medio vivo, medio muerto, pide que se rasgue enteramente el velo que encubre á Robespierre.

Billaud-Varennes esclama: «La Convencion se encuentra entre dos degüellos; si se muestra débil perecerá.... *(No! no perecerá!* — Y todos los diputados se levantan, y agitan sus sombreros y juran salvar á la república.)

Billaud-Varennes: ¿Hay entre nosotros un solo ciudadano que quiera vivir bajo el yugo de un tirano? (Toda la Asamblea: *No! no! mueran los tiranos!)*

Robespierre se abalanza á la tribuna. (Muchas voces á un tiempo: *Fuera el tirano! fuera! fuera!)*

Tallien entonces: «Ayer presencié la sesion de los Jacobinos, y me »estremecí por la Pátria! ví formarse la tropa del nuevo Cromwell [1], y »héme aquí armado de un puñal para atravesarle el corazon!» *(Vivas aclamaciones.)*

Robespierre, arrinconado contra las gradas de la tribuna, reclama la palabra, quiere usar de ella. (Su voz se pierde entre la repetida griteria de: *Fuera el tirano! fuera! fuera!)*

Robespierre insiste, Tallien le rechaza y prosigue su acusacion.

Entonces Robespierre dirije ansioso sus miradas hácia los mas exaltados Montañeses. Los unos le vuelven la cabeza, los otros permanecen in-

tilo de Timon, confrontando su nervudo aunque ligero bosquejo con la historia minuciosa de la época referida; porque nada dá mejor sabor á un libro que narra que la fé en el narrador.—*N. del T.*

1 Alude á la sesion que tuvo Robespierre con los Jacobinos en la noche del 8 de termidor. En vez de desplegar alguna actividad para conjurar la tormenta que sus poderosos enemigos precipitaron sobre su cabeza al siguiente dia, pasó aquella noche abatido, y absorto en sus tristes presentimientos, desperdiciando las ofertas de sus ardorosos partidarios. Henriot, que mandaba la fuerza armada, le prometió cercar con sus tropas la sala de la Convencion, desierta á aquellas horas, impedir su acceso, apoderarse del local ocupado por las Juntas, prender de súbito en sus casas á los diputados cuya muerte conviniese decretar, y entregarlos al tribunal revolucionario, y proclamar á Robespierre dictador al amanecer el dia 9. Pero este se dejó arrastrar á su pérdida por su irresolucion.—*Id.*

móbiles. Implora á los del centro [1]: «A vosotros me dirijo, hombres hon»rados y puros, y no á los malhechores.... *(Violenta interrupcion.)* Presi»dente de asesinos, te pido por última vez la palabra!» *(No! no!)*

La algazara continúa; Robespierre agota en vano sus esfuerzos; la voz se le enronquece.

Garnier [2]: «La sangre de Danton te está ahogando!»

Ese Danton, cuya sangre se le subia á Robespierre á la garganga y le ahogaba, ese Danton cuyo retrato voy á hacer ahora, ese Danton inferior á Mirabeau, llevaba de ventaja la cabeza entera á todos los demas convencionalistas.

Tenia, lo mismo que Mirabeau visto de cerca, el semblante atezado, facciones aplastadas, la frente rugosa, cierta deformidad repugnante en cada parte de por sí; pero, lo mismo que Mirabeau, visto á cierta distancia y en una Asamblea, llamaba la atencion y fijaba las miradas por su fisonomia original, y por esa especie de belleza varonil que constituye la belleza del orador.

Tenia el uno las semblanzas del leon, y el otro las del alano: ambos á dos emblemas de la fuerza.

Nacido para la grande elocuencia, Danton, con su voz resonante, sus ademanes impetuosos y las colosales figuras de sus discursos, hubiera dominado en la antigüedad, desde lo alto de la tribuna rostrada, las borrascas de la muchedumbre.

Como orador del pueblo, tenia Danton las pasiones de este, comprendia su genio y hablaba su lenguaje. Era exaltado, pero sincero; no tenia hiel, pero tampoco tenia virtud; fué indiciado de rapacidad, aunque murió pobre; era cínico en sus costumbres y en su conversacion; sanguinario por sistema mas que por temperamento; cortó muchas cabezas, pero sin odio, como el verdugo, y sus manos maquiavélicas goteaban los asesinatos de setiembre. Justificaba la crueldad de los medios con la magnitud del objeto; política tan falsa como abominable!

Dos hombres, muy semejantes y muy diferentes á un mismo tiempo, dominaron alternativamente la Revolucion: Danton y Robespierre.

Ambos fueron cabezas de partido y dueños de la Convencion; apelaron ambos á medidas estremas; mostráronse ambos entendidos en los negocios interiores y esteriores; hombres de consejo y hombres de accion, inculpados ambos como traidores, tiranos y dictadores; ambos privados de defensa personal por no haber consentido á los demas defenderse;

1 Ocupaban á la sazon aquel lugar los que habian logrado libertarse de la malhadada muerte de los Girondinos. —*N. del T.*

2 Garnier de l'Aube. —*Id.*

ambos acusados solemnemente, por unanimidad, por sus mismos cómplices; condenados ambos por el tribunal revolucionario que ellos establecieron; ambos declarados fuera de la ley, é inmolados ambos casi en la flor de su edad, Danton por Robespierre, y Robespierre por causa de Danton; ambos finalmente arrastrados al mismo suplicio, en el mismo carro, y al mismo cadalso.

Danton era intemperante, amante de los placeres, ávido de oro, menos para atesorar que para prodigarlo; Robespierre era sombrio, austero, económico, incorruptible.

Danton indolente por naturaleza y por hábito; Robespierre trabajador infatigable, hasta el punto de perder el sueño.

Danton desdeñaba á Robespierre; Robespierre despreciaba á Danton.

Danton era de carácter ligero hasta rayar en inconsecuente; Robespierre era atrabiliario, ensimismado, desconfiado hasta el punto de desear la proscripcion.

Danton se preciaba de sus propios vicios y de los males que ocasionaba, y aun se vanagloriaba de crímenes que no habia cometido; Robespierre barnizaba sus ódios y venganzas con el color del bien público.

Robespierre era espiritualista; Danton, materialista; no se curaba de lo que pudiera ser de su alma despues de muerto, con tal que su nombre quedase, como él decia, «grabado en el Panteon de la historia.»

Danton retrataba en su frente plegada y sus ardientes ojos el ímpetu y las pasiones tumultuosas de su alma; Robespierre disimulaba su cólera bajo la inmobilidad de sus facciones.

Danton imponia con su estatura atlética y con los estampidos sonoros de su voz de trueno; Robespierre dejaba yertos á los acusados con su palabra, y los aterraba con su mirada oblícua.

Danton se lanzaba como un leon sobre su presa; Robespierre se enroscaba en torno de ella como una serpiente.

Danton se retiraba despues del combate al fondo de su tienda, y se entregaba al sueño; Robespierre no creía jamás haber hecho bastante carnicería mientras le quedasen enemigos que destruir.

Danton se olvidaba de sí ante los peligros de la patria, y se comprometía por sus amigos; Robespierre no se olvidaba de su persona aunque sirviese á la libertad. Encomiábase á sí mismo; espejábase en su orgullo.

Robespierre tenia mas talento que Danton; Danton mas genio que Robespierre.

Danton se dejaba llevar por la inspiracion del momento, se encendia con el fuego de su palabra y de su accion, y sembraba en sus dis-

cursos las hipérboles á manos llenas; Robespierre, impasible, replegado en sí mismo, iba internándose con cautela en el debate, y calculaba el efecto de sus mociones artificiosamente aderezadas.

Danton procedía á saltos y sobresaltos, atropellando las ocasiones, vivo y petulante en sus exordios, presuntuoso hasta el esceso, acostumbrado á los triunfos de la palabra, y fiado demasiadamente en ellos, sin curarse de los escarmientos de la popularidad y de la ausencia.

Robespierre urdia con arte la trama de las redes en que habian de caer sus enemigos, tenia su amenaza suspensa sobre muchas cabezas á la vez, y solo al fin de su discurso la dejaba estallar como el rayo.

Danton terminaba con fracaso, pero sin conclusion. Robespierre, menos brillante que él, pero mas preciso, menos impetuoso, pero mas diestro, no hacia vibrar nunca el aire en vano, no hablaba por hablar, no perdia jamás de vista su objeto, y siempre terminaba con algun decreto de acusacion ya estendido en forma y sometido á la aceptacion inmediata de la Convencion.

Creia Danton que no tenia mas que presentarse para combatir, y combatir solo para triunfar; Robespierre buscaba en la efervescencia de los Jacobinos y en la fuerza armada de la municipalidad *(la commune)*, un espantajo contra las Juntas y la misma Convencion.

Hubo en Danton menos parte de traicion que de relajacion, menos olvido de la revolucion que de sí mismo; y hubo en Robespierre mas vanidad herida que ambicion de dictadura, mas rencor que premeditada tiranía.

Danton pereció por escesiva confianza en sí mismo; Robespierre por escesivas sospechas de sus cómplices.

Danton pasó como un meteoro en el horizonte de la Convencion; Robespierre tuvo bajo su dependencia á la Asamblea, á las Juntas, á los Clubs, gobernó sin ser ministro, reinó sin ser rey, y dejó á su época su terrible nombre.

La elocuencia parlamentaria en nuestras Cámaras de monopolio y en nuestros gobiernos de resortes complicados, suele ser generalmente un conjunto de sones para el oido, un vano ruido de frases, y nada mas; pero en aquella época, un dictador popular, un tribuno, un Danton, con solo el poder de la voluntad y la emision de su palabra, ponia en movimiento á seiscientos mil hombres, rechazaba al invasor estranjero allende nuestras fronteras, derribaba categorías enteras de proscriptos; trastornaba en sus mismos fundamentos las provincias, é improvisaba ejércitos, tribunales, leyes y constituciones.

La Elocuencia legislaba, gobernaba, triunfaba en la Convencion, en los Clubs, en la Plaza pública. Hoy vemos á la diputacion sirviendo de escabel para llegar al ministerio; y Danton abandonaba el mi-

nisterio para permanecer representando al pueblo. Porque un representante del pueblo era entonces mas que un ministro; éralo todo.

Danton se atrincheró en la Convencion, como en una fortaleza guarnecida de cañones, cuya mitad amenazase á sus mismos defensores, amenazando la otra mitad al enemigo. Rompió en ella el fuego por todas las troneras y nadie le disputó el mando; mas cuando la Convencion se dividió en dos campamentos rivales, le asaltó la duda. Con pasarse á la Gironda hubiera aniquilado á Robespierre; pero arrollado imprudentemente por los Girondinos, y arrinconado por estos al pié de la Montaña, subió á ella, y cayó á ojos cerrados en su destino. «¿Conque »me acusas? dijo á Guadet, alzándose en toda su corpulencia; ¿tú me »acusas á mí? ha! no conoces mi fuerza!»

Grande en verdad era su fuerza! porque para levantar la Convencion tenia en su mano dos poderosas palancas, el terror y el entusiasmo.

Grande fué aquella fuerza de terror, cuando asentó sobre sus gigantescos pilares el tribunal revolucionario.

Grande fué aquella fuerza de entusiasmo, cuando restituyendo la vida con su invencible aliento al ardor marcial de los Franceses, que decae si continuamente no se le reanima, esclamaba: «Lo que necesi»tamos para vencer es audacia, audacia, y siempre audacia [1]!»

Y en otra ocasion: «El pueblo no tiene mas que sangre, y la pro»diga. ¡Ea, miserables! prodigad vosotros vuestras riquezas. ¿Es posi»ble? teneis una nacion entera por palanca, la razon por punto de »apoyo, y aun no habeis removido el mundo? Dejad vuestras sutiles »querellas, yo solo veo al enemigo. Combatámosle, ¡qué importa que »nos llamen bebedores de sangre! Qué me importa mi reputacion! Sea »la Francia libre, y perezca envilecido mi nombre!»

Era aquella una elocuencia monstruosa, pero original, arrebatada, penetrante, que brotaba como á turbiones del pecho del orador, que arrastraba á la Asamblea y la arrancaba frenéticos aplausos

Hé aquí aun algunas figuras de su elocuencia.

«Una nacion en revolucion, es como el bronce que se funde y se re»genera con el crisol. La estátua de la libertad no está aun vaciada, el »metal está hirviendo!»

Y esta otra: «Marsella se ha declarado montaña de la república. »Esa montaña engrosará; rodarán por ella los peñascos de la libertad, y »sus enemigos serán pulverizados.»

Y aquel dicho tan exacto: «Cuando un pueblo despedaza la monar-

1 En la sesion del 1.° de Setiembre, que abrió el dique á los espantosos asesinatos de la revolucion.— *N. del T.*

»quía para llegar á la república, traspasa su objeto por la fuerza de pro»yeccion de que se revistió.»

Y aquella amenaza tan altanera: «Solo á cañonazos debemos anun»ciar la Constitucion á nuestros enemigos.»

Tambien Danton pagó tributo al mal gusto de su época. Uno de sus mas célebres discursos terminaba de esta manera: «Me he hecho fuerte »en la *ciudadela de la razon*; haré mi salida con el *cañon de la verdad*, y »aniquilaré á mis acusadores.»

¡Eterno asunto de meditacion histórica! Ah! por un lado ¡qué inmensa y gloriosa carrera no hubiera completado la libertad, si tantas confiscaciones, tantas proscripciones, tantos encarceramientos, degüellos y torturas, tantos torrentes de sangre vertidos, tantas cabezas cortadas, tantos verdugos y tantas víctimas, no nos hubieran vuelto á conducir violentamente por medio de la anarquía al despotismo! Ah! y por otra parte ¡qué peligros de muerte, cuando la Convencion misma se mostraba irresoluta, no hubiera corrido nuestra Francia, una é indivisible, amagada de descuartizamiento y reparticion de miembros, si, en aquel momento fatal de vida ó muerte para los imperios, Danton hubiera desesperado de ella!

Lo que le perdió, lo que debia perder á Robespierre, fué menos el haber querido gobernar, que el no haber gobernado bastante.

Es preciso no hacerse el resentido con las revoluciones; no se las debe mirar pasar desde el ribazo de la orilla. Es menester embarcarse con ellas en el mismo buque, atravesar las mismas tempestades, velar dia y noche sobre las conjuraciones, y no abandonar un solo instante el gobernalle.

Danton se adormeció al aura engañadora de la popularidad; el timon se desprendió de sus manos; cayó en el mar profundo, y el abismo se cerró sobre él.

Las revoluciones caminan cedo, el pueblo olvida, las facciones devoran.

Ni la proteccion de los Franciscanos [1], ni el prestigio de su nombre, ni el recuerdo de sus servicios, ni la mal comprimida rabia de la Convencion, ni las secretas simpatías del tribunal revolucionario, ni la lealtad de sus amigos, ni el poco fundamento de la acusacion, ni su amor á la libertad, ni su audacia, ni su elocuencia pudieron salvarle!

La cuchilla estaba alzada, y Robespierre aguardaba su víctima.

Conducido á la muerte, pasa Danton por delante de la casa de Robes-

1 Uno de los cuatro clubs que se formaron al principio de la Revolucion. El de los Franciscanos, que se denominó así por celebrar sus reuniones en un convento de aquel mismo nombre, fué fundado por Danton.—*N. del T.*

pierre, y vuelto hácia ella esclama con voz de trueno: «Robespierre! »yo te emplazo á comparecer antes de tres meses sobre el cadalso!» Sube la fatal grada, y detiénese un punto abrazando por la postrera vez á su amigo Camilo Desmoulins. El verdugo los separa: «Miserable, le »dice, no impedirás al menos que nuestras dos cabezas cortadas se den »el ósculo de paz en ese cesto.» Qué tiempos! qué dichos [1]!

Este retrato, y el de Mirabeau, constituyen indudablemente una de las partes mas preciosas del presente libro, asi por la enérgica relacion de los hechos importantes de que aquellos dos hombres memorables fueron causa, como por la suma dificultad que el autor ha tenido que vencer para desentrañar las verdaderas opiniones y carácter de ambos, y de los demas oradores que, en la Asamblea Constituyente y en la Convencion, se ven girar como satélites de los dos planetas de la Revolucion, — luminoso el uno, y de sangriento brillo el otro. Tres meses de trabajo continuo ha costado á Timon cada uno de estos retratos; no es estraño que tan acabados y artísticamente bellos le hayan parecido al pueblo entusiasta y curioso de la moderna Aténas. — *N. del T.*





Livre des Orat

IMPERIO.

NAPOLEON BONAPARTE.

Cuando la Providencia busca y saca con su mano de entre la multitud, á los hombres estraordinarios predestinados por ella para cambiar la faz de los imperios, les comunica y les atribuye á un mismo tiempo el poder material y la poderosa inteligencia de la sociedad, y solo los presenta en la escena del mundo de tarde en tarde, y en circunstancias que parece haber ella misma preparado espresamente para su elevacion y para su caida.

Tales fueron Alejandro, César y Napoleon.

La Grecia estaba atestada de retóricos y de poetas, de corrupcion, de guerras civiles y de grandes hombres, cuando se abrió el mundo asiático con todas sus riquezas, con sus religiones ridículas y despreciadas, sus sátrapas enervados, sus poblaciones empodrecidas antes de llegar á la madurez, sus gobiernos desgastados y sus indefinidos límites, á la ambicion del jóven Alejandro.

El universo romano, trabajado por el hastío de una libertad tormentosa y por la necesidad absoluta de la unidad despues de las conquistas del Asia, de la España, de las Galias y de la Inglaterra, solo esperaba un dueño, y por eso se entregó á César con mas abnegacion todavía de la

que César exigia de él. Las legiones de veteranos acostumbradas á vencer bajo su mando, no conocian mas que sus fasces y su nombre. Ni Roma aspiraba á otra cosa que á entregarle el cetro del mundo que sus débiles manos no podian ya sostener.

Napoleon á su vez, apodérase diestramente de las fuerzas vivas de la Revolucion que, cansadas de hervir en el fondo de su cráter y de volver á caer sobre sí mismas, anhelaban esparcirse por de fuera y desbordarse en conquistas. Napoleon es dueño porque quiere, y puede, y sabe serlo; las conciencias, las inteligencias, las libertades, todo lo absorbe el despotismo de su imperio. Muéstrase audaz porque le anima el genio, y tal vez su genio brilla por su misma audacia. Desprecia á los hombres porque los juzga; ama la gloria, porque todo lo demas es nada para llenar el vacio inmenso de su alma. Devora el tiempo, devora el espacio, porque le es preciso vivir y marchar mas de prisa que á los demas hombres. Pesa el mundo su mano, y le parece ligero, é inclinada la frente sobre el abismo, queda absorto meditando en la eternidad de su dinastía y en la monarquía universal.

Pero la Providencia, despues de encumbrar á los conquistadores á tanta altura, apaga con un soplo el brillo de su diadema, y los entrega como juguete al universo, para enseñarle que, á pesar de su gloria y de la sublimidad de su dominacion, no son mas que hombres, y que, como todos los hombres, están sujetos á caidas mortales y limitados por la nada.

Por eso muere Alejandro en la flor de su edad, saturado de triunfos y de placeres, en la embriaguez de un régio festin. Cae César al pie de la estátua de Pompeyo, herido por un puñal republicano, cuando iba á que el Senado le coronase emperador perpétuo de Roma, despues de haber sometido á sus leyes toda la tierra. Napoleon, finalmente, no se para en la carrera de su ambicion sino cuando se vé lanzado al tope de una roca solitaria, cercada por todas partes con las olas del Océano.

Era Napoleon uno de esos hombres prodigiosos creados para gobernar pueblos é imperios, y penetrados de su destino. Tales hombres no pueden menos de reinar ó perecer.

Acaban apenas de ser soldados rasos, y ya se les vé mandar como si fueran generales; son aun vasallos, y ya tienen el lenguaje de dueños.

No nació Napoleon como Alejandro en las gradas de un trono, ni como César en pañales de púrpura senatoria; pero mandó desde que empuñó la espada, y reinó desde que mandó. Siendo simple capitan, sitia y toma á Tolon; siendo general de brigada, organiza la jornada del 13 de Vendimario y salva á la Convencion; siendo generalísimo del ejército de Italia trata como rey con reyes, príncipes y papa. Ven-

cedor en Egipto, conduce aquella espedicion con la autoridad de un caudillo absoluto, vuelve de Africa sin recibir para ello órdenes, arriba á Fréjus, atraviesa la Francia en triunfo, hace temblar al Directorio, arrastra en pos de sí á los demas generales, dispersa los dos Consejos, improvisa una nueva Constitucion y toma las riendas del gobierno. Llega á Emperador, y con obediencia muda déjanse hollar por su planta el Senado, el Cuerpo legislativo, la administracion, el pueblo y la milicia.

De modo que puede decirse que Napoleon no fué jamás vasallo, y que, asi como ni Alejandro ni César hubieran obedecido á la confederacion de los Griegos y á las órdenes del Senado romano, tampoco se hubiera doblegado jamas Napoleon bajo la férula de un rey ó de un parlamento.

Pretender que Alejandro, César y Napoleon, no hubieran sido soberanos, cualquiera que fuese el tiempo y el lugar en que vivieran, es olvidar su naturaleza, su genio y su destino.

El hijo del Macedon, el discípulo de Aristóteles captó á los Griegos imaginativos, y á los Bárbaros, tanto por su elocuencia como por sus triunfos. César dominó las legiones romanas con el ascendiente de su palabra. Napoleon tomó de repente sobre los generales veteranos de la república, sobre su ejército y sobre su nacion, el imperio irresistible de la victoria y del genio.

En las proclamas, boletines y órdenes del dia de Napoleon, se descubre, ademas de la virtud militar, el arte del orador y el concepto profundo y desenvuelto del político. Allí se vé que no era solamente un general que sabia hablar, ó un rey, ó un hombre de Estado, sino que lo era todo á la vez. Napoleon fué un orador completo, porque era un hombre completo. De todo habló, porque le fué lícito hablar de todo. ¡Qué fuerza, qué esplendor no reviste al genio cuando vá unido al poder! Qué autoridad no debian prestar á aquel arrasador de poblaciones, á aquel fundador de Estados la majestad del mando supremo, la eminencia y la perpetuidad del generalazgo [1], el número inmenso de sus tropas, la fidelidad y amor de estas, el multiplicado esplendor de sus victorias, la novedad, la rapidez, la osadía y la magnitud estraordinaria de sus empresas!

Reunió Napoleon todas las condiciones de audacia personal, poder soberano, y talentos políticos y militares, en mas alto grado que ningun otro capitan de los tiempos modernos; y esta fué la razon por qué fué tan superior é incomparable en todo con respecto á ellos.

1 Perdónenos la Academia este indispensable neologismo, ya que la voz *generalato* ha de quedar de huelga con las reglas de las Comunidades religiosas—*N. del T.*

Pero no confundamos sin embargo sus dichos militares con las arengas, de las que luego hablaremos.

Los dichos ó conceptos sublimes abundan en los fastos bélicos de todos los paises y de todas las épocas.

«Vuelve vivo con tu escudo, ó muerto sobre él» decia una madre espartana á su hijo.

«Nuestros dardos formarán nubes que oscurecerán el sol.—Tanto mejor, responde Leonidas á Jerjes, asi pelearemos á la sombra.»

Falta á César el pié y cae al desembarcar en la costa africana, y para disipar funestos presagios esclama: «¡Africa, ya te tengo asida!»

Enrique IV, en Coutras, desembarazándose de los suyos que le cercaban: «¡A un lado, caballeros! les dice: no me oscurezcais que quiero dejarme ver.»

Villars, esclamaba moribundo: «Berwick acaba de ser partido en »dos por una bala de cañon, y yo he de morir en mi cama! Siempre di»je que Berwick seria mas afortunado!»

Y el general Larochejaquelin, que precipitándose en lo mas vivo de la refriega gritaba: «no quiero ser mas que un húsar, para tener el «gusto de batirme.»

Y Kléber que decia á Bonaparte: «Mi general, sois grande como »el mundo!»

Y aquellas hermosas palabras de Déssaix: «Id á decir al primer Cón»sul que muero con el pesar de no haber hecho bastante por la posteridad.»

Y tantos otros dichos de generales, capitanes, soldados y hasta tambores:

«La guardia muere y no se rinde [1]!»

«A mí, d'Auvergne, son los enemigos!»

«Yo muero, pero ellos huyen [2]!»

«Todavía me queda una mano para tocar á ataque [3].»

Y tantos otros.

De Napoleon se conserva tambien una multitud de felices dichos militares.

Al Comisario de la Convencion nacional, en Tolon:

«Métase V. en su oficio de representante, y déjeme á mí hacer el mio »de artillero [4].»

1 Esta fué la heróica respuesta que dió el general Cambronne, comandante de la Guardia Veterana en Waterloo, á los que le intimaron la rendicion al perder Napoleon la batalla.—*N. del T.*

2 Dicho del tambor de Arcola.—*Id.*

3 Dicho de otro tambor francés que en una de las batallas de Italia perdió una mano de un balazo de cañon.—*Id.*

4 Dicho Comisario, llamado Barras, habia creido deberle hacer algunas observa-

A las tropas que retrocedian en el puente cañoneado de Arcola:

«Adelante! seguid á vuestro general!»

A sus soldados de Ejipto:

«Desde lo alto de esas pirámides, cuarenta siglos os están contem»plando [1].»

A los plenipotenciarios de Leoben [2]:

«La República francesa es como el sol. El que no la ve es ciego.»

Al ejército de Marengo:

«Soldados, acordaos de que mi costumbre es hacer noche en los »campos de batalla [3].»

A los soldados de artillería, alborotados en Turin:

«Esa bandera que habeis abandonado, se suspenderá en el templo »de Marte y se cubrirá con un fúnebre crespon. Vuestro cuerpo queda »disuelto.»

Al oir el primer cañonazo de Friedland:

«Soldados, este es un dia feliz, es el aniversario de Marengo!»

Al cuarto regimiento de línea:

«¿Qué habeis hecho de vuestra águila? Un regimiento que ha perdi»do su águila lo ha perdido todo.—Sí, pero aqui están estas dos ban»deras enemigas que hemos tomado.—Bien está, respondió sonriyéndose, »os devolveré vuestra águila!»

Al general Moreau, ofreciéndole un par de pistolas ricamente adornadas:

ciones sobre la posicion de una batería, que él habia dirijido como oficial de artillería que era á la sazon.—*N. del T.*

1 Las tropas francesas llegaron á la llanura de las Pirámides á la sazon en que el sol despuntaba sobre el horizonte. Cuéntase que, al verse al frente de aquellos gigantescos monumentos de tan remota antigüedad, el ejército entero, en el cual ya fermentaban los grandes pensamientos que le comunicaba su general con sus proclamas, hizo alto espontáneamente, como para saludarlos, lleno de veneracion y respeto. En medio de aquella especie de sobrecojimiento semi-religioso, pronunció Bonaparte aquel dicho tan celebrado, hijo del mas noble entusiasmo.

La mayor parte de estos dichos pierden su valor para el lector que no está muy familiarizado con el conocimiento de las circunstancias en que se pronunciaron, de los hechos que, por decirlo así, les sirven de escena; y, aunque no quisiéramos hacer ni la mas leve sombra de ofensa á la ilustracion de los lectores enterados de todos estos hechos y circunstancias, populares en Francia lo mismo que todos aquellos dichos, preferimos sin embargo que á los eruditos sean enojosas nuestras notas y las pasen por alto, á privar á los que no lo son de las aclaraciones necesarias para sacar de la lectura de Timon el debido agrado.—*Id.*

2 En Leoben firmó Bonaparte en nombre de la República los preliminares de la paz con el Austria.—*Id.*

3 Asi esclamó para contener á sus soldados que empezaban á retroceder ante las fuerzas de los Austriacos.—*Id.*

«Queria hacer grabar en ellas el nombre de todas vuestras victorias »pero ha faltado espacio para contenerlas.»

A un granadero sorprendido por el sueño, y en cuyo lugar se habia puesto de centinela:

«Despues de tantas fatigas, bien puede dormirse un valiente como tu.»

A un soldado que se disculpaba de haber, á pesar de la consigna, dejado penetrar en su tienda el general Joubert:

«Anda, que quien forzó el paso del Tirol, bien puede forzar una »consigna [1].»

A un general de corte que solicitaba el baston de mariscal.

«No soy yo quien hace los mariscales, sino la victoria.»

Al jóven comandante de la artillería rusa de Austerlitz, que le decia en su desesperacion: «Señor, mándeme fusilar V. M.! acabo de per»der mis piezas.»

—«Jóven, consuélese V.! se puede ser batido por mi ejército y con»servar todavía títulos á la gloria.»

Al duque de Montebello, herido de muerte por una bala de cañon [2], y á quien estrecha en sus brazos y riega con sus lágrimas:

«Lannes! me reconoces? soy Bonaparte! soy tu amigo!»

A su ejército, al abrir la campaña de Rusia:

«Soldados! la fatalidad arrastra á la Rusia; cúmplase su destino!»

Al ver al sol alzarse sin nubes, en la mañana de la batalla de la Moscowa.

«Ese es el sol de Austerlitz!»

A sus granaderos que temblaban de verle asestar los cañones en Montereau:

«Nada temais, amigos mios, todavía no se ha fundido la bala que ha »de matarme.»

En Grenoble, de vuelta de la isla de Elba, delante de un regimiento que titubeaba, se apea de su caballo y descubriéndose el pecho:

«Si hay uno entre vosotros, uno solo que quiera matar á su general, »á su Emperador, puede hacerlo: aqui estoy!»

Pero donde sobre todo se revela Napoleon es en las arengas militares. Lo mismo que se improvisó general, se improvisó orador! Lo que principalmente admira en un hombre tan jóven, es la fecundidad, la flexibi-

1 Joubert volvía entonces precisamente de acabar su famosa campaña del Tirol que Carnot, en sus memorias, llama *campaña de gigantes*, para encarecer los inmensos esfuerzos de valor y constancia que costó al ejército francés, siempre empeñado en los peligrosos desfiladeros de aquellos inaccesibles montes, y rodeado por todas partes de enemigos numerosos y aguerridos.—*N. del T.*

2 En la batalla de Essling contra los Austriacos, el 22 de mayo de 1809.—*Id.*

lidad y la penetracion de su genio: sabe lo que debe decir, lo que debe hacer, lo que debe ser con todos, en todas ocasiones. Nadie se lo ha enseñado, y sin embargo lo sabe. Con el papa es respetuoso al mismo tiempo que le va tomando sus ciudades; con el príncipe Cárlos, tiene la altivez de un igual y la cortesía de un caballero. Recomienda la disciplina, honra á los artistas y á los sábios, protege la religion, la propiedad, á las mujeres y á los ancianos: pone centinelas á la puerta de las iglesias, envia al mariscal Soult todos los domingos á misa con su estado mayor. En Ejipto, usará el turbante si es preciso, y recitará versículos del Coran: ajusta contratas con los asentistas, restablece las comunicaciones, organiza contabilidades, instituye municipalidades civiles y gobiernos provisionales. Apenas ha conquistado un territorio, le administra: no trata en nombre del Directorio, sino en el de Bonaparte: no se presenta solo como generalísimo del ejército, sino como soberano. Los generales viejos tiemblan delante de aquel guerrero adolescente; no pueden sostener aquellas razones breves que los examinan, aquella mirada que los penetra, aquella voluntad que los subyuga: se sienten atraidos y contenidos á un mismo tiempo: se forman á un lado, admiran, se callan, obedecen, y el resto del ejército con ellos.

Su manera de arengar no tiene semejante entre los modernos, ni en la antigüedad: habla como si estuviera, no sobre un collado ordinario, sino en la cumbre de una montaña: parece que tiene cien codos de alto. No se para en los enemigos con quienes vá á combatir, ni en los sitios que atraviesa corriendo; pasa revista á la Europa y al Mundo; su ejército no es un mero ejército, es el grande ejército [1]: su nacion no es una mera nacion, es la gran nacion. El tacha en el mapa los Imperios; sella con el pomo de su espada los nuevos reinos que instituye; pronuncia sobre las dinastías, en medio del trueno y de los relámpagos, los fallos del destino.

El lenguaje figurado de Napoleon no gustaria hoy, y casi frisaria en lo ridículo; ya no estamos por las músicas guerreras, tenemos otras necesidades, otras ideas, acaso otras preocupaciones; pero entonces las imaginaciones estaban profundamente heridas, se acababa de salir de una revolucion que todo lo habia destruido, todo lo habia renovado: se iba en busca de aventuras: se caminaba hácia lo desconocido.

Aquellos tiempos necesitaba Napoleon, como necesitaban á Napoleon aquellos tiempos.

Apenas ha relevado á Schérer y tomado el mando del ejército de Italia, se precipita sobre el enemigo y avasalla la victoria. ¡Qué facundia, qué aliento, qué confianza, qué tono de vencedor y de dueño en aquella proclama de un general de veintiseis años!

1 Asi se llamó en efecto el que llevó Napoleon á Rusia (*la Grande Armée*). —*N. del T.*

«Soldados, en quince dias habeis ganado seis victorias, tomado veintiuna banderas, cincuenta piezas de artillería, varias plazas fuertes, hecho mil quinientos prisioneros, muerto ó herido á mas de diez mil hombres. Sois iguales á los conquistadores de la Holanda y del Rin. Privados de todo, habeis suplido á todo, habeis ganado batallas sin cañones, pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, acampádoos sin aguardiente y muchas veces sin pan. Solo las falanges republicanas, solo los soldados de la libertad eran capaces de sufrir lo que »vosotros habeis sufrido. Gracias os sean dadas, soldados! La patria tiene derecho á esperar de vosotros grandes cosas. Todavia teneis batallas »que dar, ciudades que tomar, rios que pasar. ¿Hay algunos entre vosotros cuyo valor se vaya enervando? ¿Hay quien prefiera volver á las »estériles cumbres del Apenino y de los Alpes, y llevar con paciencia las injurias de esa soldadesca esclava? No, no los hay entre los vencedores de Montenotte, de Millesimo, de Dego y de Mondovi!

»Amigos, yo os prometo esta gloriosa conquista, pero sed los libertadores de los pueblos, y no sus azotes!»

Este discurso electriza al ejército, y ya Napoleon no hizo mas que marchar de triunfo en triunfo en su inmortal campaña de Italia. Entra en Milan, y allí para sostener, para inflamar todavia mas el valor de sus soldados, les dice:

«Os habeis precipitado como un torrente desde lo alto de los Apeninos. Habeis libertado al Piamonte; Milan es vuestro. Vuestro pabellon ondea en toda la Lombardía. Habeis atravesado el Pó, el Tesino, »el Adda, esos tan decantados baluartes de la Italia. Vuestros padres, »vuestras madres, vuestras esposas, vuestras hermanas, vuestras amantes se regocijan de vuestros triunfos, y blasonan con orgullo de pertenecеros. Si, soldados! mucho habeis hecho, pero ¿no os queda ya por »ventura nada que hacer? ¿Os acusará la posteridad de haber hallado á »Capua en la Lombardía? ¡Marchemos! todavia tenemos marchas forzadas que emprender, enemigos que domar, laureles que recojer, é injurias que vengar!

»Restablecer el Capitolio y las estátuas de sus héroes: despertar al »pueblo romano entumecido por muchos siglos de esclavitud. Aqui teneis lo que os resta hacer.

»Entonces volvereis á vuestros hogares, y vuestros conciudadanos »dirán señalándoos con el dedo: Era del ejército de Italia!»

Jamás se habia hablado á soldados franceses un lenguaje semejante: asi es que los tenia verdaderamente enloquecidos, y que le hubieran seguido hasta el fin del mundo. Esto era lo que él revolvia ya en su mente, y este sueño de su imaginacion, él le hacia pasar al alma de sus soldados.

Y en efecto, véase como habla á sus compañeros de Italia, cuando,

ya en alta mar, navegaba con rumbo á Malta, y les descubria en parte el secreto de la espedicion de Ejipto:

«Soldados, sois una de las alas del ejército de Inglaterra! Habeis he»cho la guerra de montañas, de llanuras, de sitios; os falta hacer la »guerra marítima. Las legiones romanas, á quienes algunas veces ha»beis imitado, pero sin haberlas igualado todavia, combatian á Cartago »ora en este mar, ora en las llanuras de Zama, y nunca las abandonó »la victoria, porque constantemente fueron valientes, sufridas, disci»plinadas y firmes. Soldados! la Europa os contempla! Teneis grandes »destinos que cumplir, batallas que dar, fatigas que vencer [1] !»

Y cuando, desde lo alto de los mástiles, descubre la escuadra las playas de Alejandría, Bonaparte, manifestando abiertamente sus designios:

«Franceses, les dice, vais á acometer una conquista cuyos efectos »sobre la civilizacion y el comercio del mundo son incalculables. La »primera ciudad que vamos á encontrar fué edificada por Alejandro.»

A medida que se interna con su ejército por las arenas del Ejipto, advierte que tiene que luchar con un pueblo fanático, ignorante y vengativo, que se desconfia de los cristianos, pero que todavia detesta mas las tropelías, las esquilmas [2], el orgullo y la tiranía de los Mamelucos; y para lisonjear sus ódios y sus preocupaciones, les dirije una proclama enteramente en el género turco:

«Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys, os dirán que vengo á destruir »vuestra religion, pero no lo creais. Responded que he venido á resta»blecer vuestros derechos, y á castigar á vuestros usurpadores, y que, »mas que los Mamelucos, respeto á Dios, á su profeta, y al Corán.

»Decid al pueblo que todos los hombres son iguales delante de Dios: »el saber, el talento y las virtudes, son lo único que establece entre ellos »diferencias.

»Ahora bien, ¿hay una rica heredad? pertenece á los Mamelucos. »¿Hay una hermosa esclava, un hermoso caballo, una hermosa casa? »Todo esto pertenece á los Mamelucos. Si el Ejipto es suyo, decidles »que enseñen los títulos de propiedad que les ha dado Dios! Pero Dios »es justo y misericordioso para el pueblo. Todos los Ejipcios serán lla»mados á ocupar todos los destinos. Gobiernen los mas justos, los mas »ilustrados y los mas virtuosos, y el pueblo será feliz.

1 Este es el principio de la proclama que dirijió á sus tropas espedicionarias en Tolon el 30 de floreal, al hacerse á la vela; hasta entonces, el secreto de la espedicion á Ejipto permaneció constantemente impenetrable.—*N. del T.*

2 *Les avanies*: este nombre se dá en Francia á ciertas extorsiones pecuniarias que padecen en toda la Turquia los mercaderes, pasageros, y domiciliados de otro culto.—*Id.*

»Teníais antiguamente grandes ciudades, grandes canales, un gran »comercio. ¿Quién lo ha destruido todo, si no es la avaricia, las injus»ticias y la tiranía de los Mamelucos?

»Cadís, Jeques, Imanes, Korbadgys, decid al pueblo que tambien »nosotros somos verdaderos musulmanes. ¿No hemos destruido al Papa »que decia que debia hacerse la guerra á los musulmanes? ¿No somos »los amigos del Gran Señor?

»Tres veces felices los que estén con nosotros! Prosperarán en su »hacienda y en su condicion. ¡Felices los que permanezcan neutrales! »tendrán tiempo para conocernos, y se pondrán de nuestro lado.

»Pero desventurados, tres veces desventurados los que se armen por »los Mamelucos y combatan contra nosotros! No habrá esperanza para »ellos: todos perecerán!»

Despues de la rebelion del Cairo, se aprovecha del terror y de la credulidad de los Ejipcios, para presentarse á sus ojos como un ser sobrenatural, como el enviado de Dios, como el hombre inevitable del destino.

«Jeques, Ulemas, sectarios de Mahoma, haced conocer al pueblo »que los que han sido *mis* enemigos no tendrán refugio en este mundo »ni en el otro. ¿Hay algun hombre bastante ciego para no ver que el »Destino mismo dirige *mis* operaciones?

»Haced conocer al pueblo que desde que el mundo es mundo, esta»ba escrito que, despues de haber destruido á los enemigos del Islamis»mo, y hecho derribar las cruces, vendria *yo* del fondo del Occidente »á cumplir la obligacion que me ha sido impuesta. Haced ver al pueblo »que en el santo libro del Corán, en mas de veinte pasages, está pre»visto lo que sucede, é igualmente esplicado lo que sucederá.

»A cada uno de vosotros podria *yo* pedir cuenta de los secretos pen»samientos de su corazon: porque *yo* lo sé todo, hasta lo que no ha»beis dicho á nadie, pero dia vendrá en que todos vean con evidencia »que me conducen órdenes superiores, y que todos los esfuerzos nada »pueden contra *mí*.»

El 18 de brumario, rodeado de su brillante estado mayor, apostrofó al Directorio con la soberbia autoridad de un amo pidiendo cuentas á sus mayordomos, y como si ya fuera el soberano absoluto de la Francia.

«Qué habeis hecho de aquella Francia que *yo* os dejé tan brillante? Os dejé la paz y encuentro la guerra; os dejé los millones de la Italia, y por todas partes encuentro leyes despojadoras y la miseria [1].... ¿Qué

1 La repeticion del pronombre *yo* en cada uno de estos periodos, necesaria en francés, seria en castellano un solemne galicismo. Por eso hemos debido suprimirla, aunque el autor hace mérito de ella para manifestar la esclusiva *personalidad*, digá-

habeis hecho de cien mil franceses todos personalmente conocidos por mí, todos compañeros mios de gloria y de trabajos? Han muerto!»

La víspera de la famosa batalla de Austerlitz, inicia rápidamente á su ejército en las inspiraciones de su estratéjia:

«Los Rusos van á circunvalar mi derecha, y me presentarán el flanco.

»Soldados, yo mismo dirijiré todos vuestros batallones. Me quedaré »lejos del fuego si, con vuestra acostumbrada bizarría, llevais el desór»den y la confusion á las filas enemigas; pero si la victoria estuviese un »momento indecisa, me veríais volar al encuentro de las primeras des»cargas. Aqui está empeñado el honor de la infantería francesa, la pri»mera infantería del mundo. Esta victoria cerrará vuestra campaña: en»tonces la paz que ajustaré será digna de la Francia, de vosotros, y »de mí!»

¡Qué grandeza y qué orgullo respiran estas últimas palabras!

Su discurso despues de la batalla es un dechado de elocuencia militar; está contento de sus soldados, se mezcla con ellos, les recuerda aquellos á quienes han vencido, lo que han hecho, lo que se dirá de ellos; ni una palabra de los jefes; el Emperador y los soldados, la Francia por perspectiva, la paz por recompensa, la gloria por recuerdo. ¡Qué principio y que fin!

«Soldados, estoy contento de vosotros; habeis decorado vuestras águi»las con una gloria inmarcesible. En menos de cuatro horas un ejército »de cien mil hombres, mandado por los emperadores de Rusia y de Aus»tria, ha quedado roto ó disperso; los que han evitado vuestras espadas »se han ahogado en los lagos.

»Cuarenta banderas, los estandartes de la guardia imperial de Rusia, »ciento veinte piezas de artillería, veinte generales, mas de treinta mil »prisioneros son el resultado de esta jornada eternamente célebre. Esa »infantería, tan ponderada y superior en número, no ha podido resistir »á vuestro empuje, y en adelante no teneis ya rivales que temer.

»Soldados, cuando el pueblo francés ciñó á mis sienes la corona im»perial, confié en vosotros para conservarla siempre en aquel alto esplen»dor de gloria que era lo único que podia darle valor á mis ojos. Solda»dos, pronto os restituiré á Francia: alli sereis objeto de mis tiernos des»velos, y os bastará decir: *Yo estuve en la batalla de Austerlitz*, para que »todos respondan: *Hé ahí un valiente*!»

El dia aniversario de esta batalla, recapitula con complacencia los numerosos despojos que han caido en manos de los Franceses, é inflama su ardor contra los Rusos al recuerdo de aquella victoria. La espresion:

moslo asi, de la alocucion de Napoleon, que viene á decir: *Yo os dejé la paz.... yo os dejé los millones....* etc.—*N. del T.*

«Ellos y nosotros, ¿no somos los soldados de Austerlitz?» es un rasgo magistral.

«Soldados, hoy hace un año, á esta misma hora, estábais en el me»morable campo de Auslerlitz. Los batallones rusos huian despavoridos: »sus aliados ya no existen; sus plazas fuertes, sus capitales, sus alma»cenes, sus arsenales, doscientas ochenta banderas, setecientas piezas de »artillería, cinco grandes plazas de guerra están en nuestro poder. El »Oder, el Warta, los desiertos de la Polonia, los temporales, nada ha »podido deteneros, todos han huido al acercaros vosotros. El águila fran»cesa se mece sobre el Vístula: los valientes y desgraciados Polacos creen »volver á ver las legiones de Sobieski [1].

»Soldados, no depondremos las armas hasta que la paz general haya »restituido á nuestro comercio su libertad y sus colonias. Hemos conquis»tado en las orillas del Elba y del Oder, á Pondichery, nuestros estable»cimientos de las Indias, el cabo de buena Esperanza, y las colonias espa»ñolas. Quién daria á los Rusos la esperanza de equilibrar los destinos! »Ellos y nosotros ¿no somos los soldados de Austerlitz?»

Con estas palabras, que abrasan como el rayo próximo á estallar, abre la campaña de Prusia:

«Soldados, me hallo en medio de vosotros: sois la vanguardia del »gran pueblo: no debeis volver á Francia sino por debajo de arcos triun»fales. Y qué? por ventura no habríais arrostrado las estaciones, los »mares, los desiertos, vencido á la Europa muchas veces coligada con»tra nosotros, llevado nuestra gloria del Oriente al Occidente, mas que »para volver hoy á nuestra patria como tránsfugas, y para oir decir que »el águila francesa ha huido despavorida á la vista de los ejércitos pru»sianos?

»Marchemos pues, ya que nuestra moderacion no ha podido sacarlos »de esa asombrosa embriaguez, y aprendan que si es fácil obtener un »aumento de poderío con la amistad de un gran pueblo, su enemistad es »mas terrible que las tempestades del Océano!»

A su entrada en Berlin, exalta y enorgullece á sus tropas con la rapidez de sus marchas y de sus triunfos: «Nosotros hemos atravesado en »siete dias las selvas, los desfiladeros de la Franconia, el Saale y el El»ba, que nuestros padres no hubieran traspuesto en siete años, y hemos »dado en el intérvalo cuatro acciones y una gran batalla. En Postdam, »en Berlin, hemos precedido á la fama de nuestras victorias; hemos he-

1 Juan Sobieski, uno de los mas grandes guerreros del siglo XVII. Derrotó á los Turcos en la famosa batalla de Chotzin, donde les hizo perder 28,000 hombres, y despues de proclamado rey como libertador de la Polonia, volvió á derrotarlos en el memorable asedio de Viena, quitándoles un inmenso botin, y el gran estandarte de Mahoma que mandó en presente al Papa.—*N. del T.*

»cho sesenta mil prisioneros, cojido sesenta y cinco banderas, tomado »seiscientas piezas de artillería, tres fortalezas, hecho prisioneros á mas »de veinte generales, y sin embargo, mas de la mitad de vosotros se las»tima de no haber disparado todavía un tiro. Todas las provincias de la »monarquía prusiana hasta el Oder están en nuestro poder.»

En Eylau, honra la gloriosa muerte de sus valientes guerreros:

«Hemos marchado sobre el enemigo, le hemos acosado con nues»tras espadas por espacio de ochenta leguas: le hemos arrebatado sesen»ta y cinco cañones, diez y seis banderas, y hemos esterminado, heri»do ó hecho prisioneros á mas de cuarenta y cinco mil hombres. Los va»lientes que, por nuestra parte, han quedado en el campo de batalla, »han tenido una muerte gloriosa, la muerte de los verdaderos soldados!»

En Friedland, la misma enumeracion de victorias:

«En diez dias, hemos tomado ciento veinte cañones, siete estandar»tes, muerto, herido ó hecho prisioneros á sesenta mil Rusos, arreba»tado al ejército enemigo todos sus hospitales, todos sus almacenes, »la plaza de Kœnisberga, los trescientos buques que se hallaban en el »puerto cargados de toda especie de municiones, ciento sesenta mil fusi»les que enviaba la Inglaterra para armar á nuestros enemigos. Desde »las orillas del Vístula hemos llegado á las del Niemen con la rapidez del »águila. En Austerlitz celebráisteis el aniversario de mi coronacion; este »año habeis celebrado dignamente el aniversario de Marengo. Soldados »del grande ejército francés, habeis sido dignos de vosotros y de mí!»

En 1809, en el momento de castigar al Austria por sus traiciones, confia al ejército sus grandes designios; le mezcla, le asocia á sus venganzas, su causa es la que vá á defender. ¡Qué fuego militar en este discurso!

«Soldados, rodeado de vosotros me hallaba cuando vino el sobera»no de Austria á mi vivac de Moravia. Vosotros le oísteis implorar mi »clemencia y jurarme una eterna amistad. Vencedores en tres guerras, »el Austria se lo debió todo á nuestra generosidad. Tres veces ha sido »perjura!.. Nuestros pasados triunfos os son segura fianza de la victoria »que nos espera. Marchemos pues, y que á nuestro aspecto reconozca el »enemigo á sus vencedores!»

Con el mismo ardor anima contra los ingleses al ejército espedicionario de Nápoles. ¿No parece que sus palabras marchan á paso redoblado?

«Soldados, marchad, precipitad en las olas, si es que osan espera»ros, á los flacos batallones de los tiranos del mar! No tardeis en anun»ciarme que está vengada la santidad de los tratados, y que están apla»cados, en fin, los manes de mis valientes guerreros asesinados en los »puertos de Sicilia, á su regreso de Ejipto, despues de haber escapado

»de todos los peligros de los naufragios, de los desiertos y de cien com»bates!»

Con el mismo objeto de debelar el poder de su implacable, de su eterna enemiga, arenga al ejército de Alemania á su vuelta, y abre ante sus miradas la conquista de la Iberia:

«Soldados, despues de haber triunfado en las orillas del Danubio »y del Vístula, habeis recorrido la Alemania á marchas forzadas. Hoy »os hago atravesar la Francia sin daros un momento de respiro. Solda»dos! tengo necesidad de vosotros: la horrible presencia del leopardo »mancha los continentes de España y de Portugal, y quiero que huya »despavorido á vuestro aspecto. Llevemos nuestras águilas victoriosas »hasta las columnas de Hércules: tambien allí tenemos ultrajes que ven»gar! Soldados! habeis eclipsado la fama de los ejércitos modernos, pe»ro ¿habeis igualado la gloria de los ejércitos de Roma que, en una mis»ma campaña, triunfaron sobre el Rin y sobre el Eufrates, en Iliria y »en el Tajo?»

En la mañana de la batalla de la Moscowa, ostenta á los ojos de los soldados la nueva cosecha de laureles que van á recojer, y los pone, consigo mismo, en presencia de sus recuerdos y de la posteridad:

«Ahí teneis la batalla que tanto habeis deseado! En lo sucesivo, la vic»toria depende de vosotros, que es necesaria: ella os dará la abundan»cia, buenos cuarteles de invierno, un próximo regreso á la patria. Por»taos como en Austerlitz, En Friedland, en Witepsk, en Smolenska, y »haced que la mas remota posteridad cite con orgullo lo que hagais en »este dia; que se diga de cada uno de vosotros: Estuvo en aquella gran »batalla bajo los muros de Moscou!»

Hemos llegado, con el sol, á la cumbre de la montaña. Preciso es ahora bajarla en la sombra, pero detengámonos un momento.

La gloria muere asi que cesa de brillar; solo la libertad se nutre de sus agotamientos mismos. Cuanto mas se desparrama, mas se fecundiza; pero Napoleon no quiso echarse en los brazos de la libertad.—Tal vez, tal vez digo, poniéndose á la vanguardia de la democrácia europea hubiera derribado, mejor que con sus ejércitos, á todos los reyes de Europa. No quiso hacerlo: pero ¿podia hacerlo, él, tan déspota, mas déspota aun que los otros potentados? Demasiado nuevo para los reyes, y demasiado antiguo ya para los pueblos, Napoleon tuvo en breve contra sí á los pueblos y á los reyes. Aterró á las dinastías, y las dinastías sublevaron las nacionalidades: ahora bien, se triunfa de un ejército, pero no se triunfa de una nacion, de muchas naciones: el genio y la victoria nada pueden al fin contra la independencia de los pueblos, contra el derecho y contra el número: tal es la ley humana, ley de justicia y de moralidad,

ley providencial. Napoleon por consiguiente debia perecer, y su caida estaba señalada, casi á hora fija.

En vano aquel altivo valor quiso retemplarse en las fuerzas vivas de la Francia, de donde su *yo*, ese *yo* árido y fatal, salia siempre á pesar suyo. Como un leon acosado en su caverna, y amenazado por todas partes por los chuzos de los cazadores, se apoyó en la nacion, y rugió á punto de hacer temblar al mundo. ¡Pero ya era tarde!

Triste, doloroso es ver como se vá desmoronando á pedazos aquel imperio de púrpura y de oro; ver como cruje aquella vasta monarquía, en sus chillas mal ensambladas, desde Roma á la isla de Texel, desde los Alpes hasta Hamburgo; ver aquellas negociaciones veinte veces reanudadas, veinte veces rotas, aquellas desesperadas resistencias de un héroe, aquellas borrascas de su alma, aquellos vislumbres de victoria que brillan en la noche, aquellas inauditas traiciones, aquel abatimiento de los ánimos, aquellas secretas transacciones de avaricia y de vanidades ahitas, aquellas invencibles aspiraciones al reposo, aquel cansancio universal de la Francia quebrantada y rota.

Pasemos, pasemos pronto al patio de Fontainebleau para escuchar el último adios de Napoleon á las fieles reliquias de su ejército, á aquellos soldados que no podian separarse de su general, y que lloraban en derredor de él. No hay en toda la antigüedad escena mas tierna y sublime juntamente.

«¡Soldados! vengo á deciros adios. Veinte años hace que estamos »juntos; estoy contento de vosotros. Siempre os he hallado en el camino »de la gloria. Todas las potencias de Europa se han armado contra *mí*; »algunos de mis generales han hecho traicion á su deber y á la Francia. »Ella misma ha querido otros destinos; con vosotros y con los valientes »que me han permanecido leales, yo hubiera podido sostener la guerra »civil; pero la Francia hubiera sido desgraciada. Sed fieles á vuestro »nuevo rey, sed sumisos á vuestros nuevos gefes, y no abandoneis á nues»tra amada patria. No compadezcais mi suerte; seré feliz cuando sepa »que lo sois vosotros. Yo hubiera podido morir; si he consentido en »sobrevivir, ha sido para cooperar todavía á vuestra gloria. Yo escri»biré las grandes cosas que juntos hemos hecho.... No puedo abraza»ros á todos; pero abrazo á vuestro general. Venga V., general Petit, »que quiero estrecharle sobre mi corazon! Que me traigan el águila! »quiero abrazarla tambien! Ah! plegue á Dios, águila querida, que »tenga un eco en la posteridad este beso que te doy! Adios, hijos mios; »mis votos os acompañarán siempre; conservad mi memoria!»

Parte, y desde el fondo de la isla de Elba organiza su fabulosa espedicion. Todavía no ha puesto el pié en las playas del golfo Juan, cuando ya, desde lo alto de aquel frágil bajel que lleva á César y su for-

tuna, entrega á las olas, siembra en los vientos su proclama, evoca á los ojos de sus soldados las imágenes de cien victorias, y envia por delante á sus águilas, como mensajeras de su triunfante regreso.

«Soldados, en mi destierro he oido vuestra voz.... No hemos sido ven»cidos, sino vendidos; debemos olvidar que fuimos los señores de las na»ciones; pero no debemos tolerar que nadie se mezcle en nuestros asun»tos. ¿Quién osará aspirar á ser señor en nuestra patria? Recobrad esas »águilas que llevábais en Ulm, en Austerlitz, en Jena, en Montmirail! »Los veteranos del ejército de Sambra y Mosa, del Rin, de Italia, de »Ejipto, del Oeste, del grande ejército están humillados.... Venid á alis»taros bajo las banderas de vuestro caudillo.... La victoria marchará á »paso de ataque... El águila, con sus colores nacionales, volará de cam»panario en campanario hasta las torres de Nuestra Señora!...»

Al dia siguiente de su llegada á las Tullerías, y en el asombro de los ánimos que sigue á una noche de entusiasmo y de delirio, reune á la guardia veterana *(la vieille garde)* al rededor de su estandarte: le presenta á sus valientes compañeros de la isla de Elba. ¡Qué gradacion, qué arte, qué decoro, qué habilidad oratoria en esta improvisacion!

«Soldados! estos son los oficiales del batallon que me ha acompañado »en mi desgracia; todos son mis amigos; todos allí eran caros á mi co»razon. Siempre que los veia, me representaban los diferentes regimien»tos del ejército. En estos seiscientos valientes hay hombres de todos los »regimientos; todos me recordaban aquellas grandes jornadas, cuya me»moria me es tan dulce, porque todos están cubiertos de honrosas ci»catrices recibidas en aquellas memorables batallas. Amándolos, os ama»ba á vosotros todos, soldados del ejército francés.... Ellos os traen es»tas águilas, que os deben servir de signo de reunion; dándoselas á la »guardia, se las doy á todo el ejército. La traicion y fatales circunstan»cias las habian cubierto de un fúnebre velo; pero, gracias al pueblo »francés y á vosotros, vuelven á aparecer resplandecientes con toda su »gloria. Jurad que se hallarán siempre y donde quiera que las llame el »interés de la patria! Ah! nunca puedan sostener sus miradas los trai»dores, y los que quieran invadir nuestro territorio!»

Demasiado habria que decir para hacer apreciar todas las bellezas de situacion de este trozo.

Algunos dias despues, en el Campo de Marte [1], ya no habla de la gloria de los combates y del amor de sus compañeros; lisonjea, exalta, sublima delante del pueblo y del Cuerpo legislativo el gran sentimiento de la soberania nacional.

1 Estensa llanura, á corta distancia de París, situada delante de la Escuela militar, donde suelen pasarse las grandes revistas.—*N. del T.*

«Emperador, Cónsul, Soldado, todo se lo debo al pueblo! En la pros»peridad, en la adversidad, en el campo de batalla, en el consejo, en »el trono, en el destierro, la Francia ha sido el objeto único y constante »de mis pensamientos y de mis acciones. Como aquel antiguo rey de Ate»nas [1], me he sacrificado por mi pueblo, con la esperanza de ver reali»zarse la promesa dada de conservar á la Francia su integridad natural, »su honor y sus derechos!....»

Mas adelante, ruega á las Cámaras que olviden sus desavenencias ante la grandeza del peligro nacional, en un discurso del que no se han olvidado estas palabras:

«No imitemos el ejemplo del Bajo Imperio que, acosado por todas »partes por los Bárbaros, se atrajo la irrision de la posteridad, ocupán»dose en discusiones abstractas en el momento en que batia el ariete »las puertas de la ciudad.... En los momentos árduos es cuando las gran»des naciones, como los grandes hombres, despliegan toda la energía de »su carácter.»

Pronto, cae de improviso en medio de su ejército, y le recuerda que no debe dejarse amedrentar por el gran número de sus enemigos; que tiene atroces injurias que vengar; que las naciones vecinas están impacientes por sacudir el yugo, y combatir, uniéndose á él, á los mismos enemigos.

«Ellos y nosotros ¿no somos ya por ventura los mismos hombres? »Soldados! en Jena, contra esos mismos Prusianos, hoy tan arrogantes, »érais uno contra dos, y en Montmirail, uno contra tres.

»Que aquellos de entre vosotros que han estado prisioneros en poder »de los Ingleses, os hablen de sus pontones y de los horribles males que »han padecido!

»Los Sajones, los Belgas, los Hannoverianos, los soldados de la Con»federacion del Rin, lamentan verse obligados á prestar el apoyo de »sus brazos á unos príncipes enemigos de la justicia y de los derechos »de los pueblos.»

Y, cuando todo se acabó, cuando acababa de herirle el rayo de Waterlóo, cuán patéticas fueron sus últimas palabras al ejército! cómo se eclipsa! cómo se sustrae á sí mismo! ya no se dirije á soldados, sino á patriotas, á ciudadanos, á hermanos. Ya no se califica, ya no se denomina su soberano, ni su general; ya no es el Emperador, es Napoleon, es su compañero el que les dice adios, y se confunde con ellos.

«Soldados, yo seguiré vuestros pasos: aunque ausente, á la patria »sobre todo era á quien servíais obedeciéndome, y si alguna parte he »tenido en vuestro afecto, lo debo á mi ardiente amor á la Francia, nues-

1 Codro, último rey de Atenas.—*Id.*

»tra madre comun. Soldados! algunos esfuerzos mas, y la coalicion que-»da disuelta. Napoleon os reconocerá en los golpes que vais á descargar!»

No habia remedio: el *Belerofonte* fondeaba ya en las aguas de la Bretaña. Napoleon fugitivo sube á su bordo con aquella confianza, siempre un poco candorosa, de los héroes desgraciados. Desde el puente de aquel navío escribió al príncipe regente esta carta tan conocida, y de una sencillez tan noble:

«Serenísimo Señor,

»Blanco de las facciones que dividen á mi pais, y de la enemistad de »las mas grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera políti-»ca, y vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo britá-»nico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes que reclamo de Vuestra »Alteza Real, como del mas poderoso, del mas constante y del mas ge-»neroso de mis enemigos!»

Asi debian obrar, asi debian hablar los grandes ciudadanos de la antigüedad, cuando, heridos de ostracismo y batidos por las tempestades de su patria, iban á pedir á los extranjeros la hospitalidad del destierro.

Algunas palabras mas, lectores! siempre cuesta trabajo separarse de los grandes hombres, vivos ó muertos, y quisiera haceros admirar este hasta el fin.

En el seno de aquella isla, su triste prision, su imaginacion repelida hácia lo pasado, se trasladaba al Ejipto y al Oriente, y se iluminaba con los espléndidos recuerdos de su juventud:

«Mejor hubiera hecho, se decia á sí mismo golpeándose la frente con »la mano, mejor hubiera hecho en no dejar el Ejipto. La Arabia espera »un hombre. Con los Franceses en reserva, y los Arabes y los Ejipcios »como auxiliares, me hubiera posesionado de la India, y hoy seria Em-»perador de todo el Oriente.»

En otra ocasion, insistiendo sobre esta grande idea, decia: «Toma-»do San Juan de Acre, el ejército francés volaba á Damasco y á Alepo: »en un momento hubiera llegado al Eufrates; los cristianos de la Siria, »los Drusos, los Armenios se les hubieran agregado. Las poblaciones »iban á conmoverse.... Hubiera alcanzado á Constantinopla y las Indias, »y cambiado la faz del mundo.»

Luego, como si la libertad, mas hermosa que el imperio del universo, hubiera hecho brillar ante sus ojos una nueva luz, esclamaba: «Las »grandes y magníficas verdades de la revolucion francesa durarán siem-»pre; á tal punto las hemos rodeado de esplendor, de monumentos y »de prodigios! Con rios de gloria hemos lavado sus primeras manchas. »Serán inmortales. Emanadas de la tribuna, cimentadas con la sangre »de las batallas, decoradas con los laureles de la victoria, saludadas con »las aclamaciones de los pueblos, sancionadas por los tratados, ya no

»pueden retrogradar: viven en la Gran Bretaña, iluminan á la Améri-»ca, están nacionalizadas en Francia. Este es el trípode de donde brota-»rá la luz del mundo.»

Y tambien le volvia sin cesar á la mente el recuerdo de su cuna natal, de aquella isla que hizo tan famosa.

«Ah! decia, qué recuerdos me ha dejado la Córcega! todavia creo »disfrutar sus perspectivas, sus montañas. La piso con mis pies, la re-»conozco en el olor que exhala.»

Siempre, en aquel estado enfermizo, indeciso y vago entre la vigilia y el sueño, flotaban ante sus ojos imágenes de guerra.

«Ea, amigos mios, volved á Europa, id á ver á vuestras familias; »yo veré á mis valientes en los Campos Eliseos. Sí, Kléber, Desaix, Be-»ssières, Duroc, Ney, Murat, Masséna, Berthier, todos me saldrán al »encuentro; al verme, todos enloquecerán de entusiasmo y de gloria. Ha-»blaremos de nuestras guerras con los Escipiones, los Annibales, los Cé-»sares, los Federicos, á menos de que por allá, añadia donosamente, ten-»gan miedo de ver á tantos guerreros juntos.»

En su delirio, se creia á la cabeza del ejército de Italia; oia tocar el tambor, y gritaba: «Steingel, Desaix, Masséna, id, corred, cargad, »nuestros son!»

Unas veces hablaba en alta voz y solo, otras dictaba á sus secretarios, ora escribia en hojas sueltas todos los pensamientos que se escapaban á borbotones, en fragmentos, de su alma demasiado llena para contenerlos.

«Nuevo Prometeo, estoy clavado á una roca, donde un buitre me »roe las entrañas. Sí, yo robé el fuego del cielo para dotar con él á la »Francia. El fuego ha refluido hácia su foco, y aquí estoy! El amor de la »gloria se parece á aquel puente que echó Satanás sobre el caos para pa-»sar del infierno al cielo. La gloria junta lo pasado á lo venidero, separa-»dos por un abismo inmenso. Nada para mi hijo, nada mas que mi »nombre!»

En los accesos de su melancolía, pensaba, y decia que la Europa le repudiaba vivo y muerto. «Que me den sepultura bajo los sauces, junto á ese manantial cuya agua corre tan mansa y cristalina!» Mas no era ese el último deseo de su testamento, ni la última mirada que dirigia hácia su patria ausente, ni el último suspiro que exhaló aquella grande alma.

«Deseo, decia, que mis cenizas descansen en las orillas del Sena, »en medio de aquel pueblo á quien he amado tanto!»

Hé aquí la inscripcion, la inscripcion única que hubiera debido ponerse en las flotantes banderolas del buque que le trajo, en los pedestales de las columnas, y en los frontispicios de los arcos triunfales que se

estendian á lo largo de la carrera, en los paños morados del carro fúnebre, en las ochenta y seis banderas de los departamentos, en el peristilo de los Inválidos, y en el mármol de su sepulcro [1].

Cuanto mas se hunda este sepulcro en las sombras del tiempo, mas gloria radiará á los ojos de la posteridad. Los hombres estraordinarios son como las montañas, y su imágen se nos representa tanto mas grande cuanto mas se aleja de nuestra vista, alzándose solitaria sobre los confines del horizonte.

Pero procuremos vencer la ilusion de esa óptica engañadora, y contemplemos á Napoleon como le contemplarán los sábios de la posteridad.

Como hombre de Estado, tenia á un mismo tiempo demasiado genio y demasiada ambicion para consentir en deponer el gobierno supremo, y en reinar bajo un señor cualquiera, ya fuese Rey, Pueblo ó Parlamento.

Como hombre de guerra, cayó del trono, no por haber querido restaurar la legitimidad, ni por haber sofocado la libertad, sino porque sucumbió en la guerra. No fué, no pudo ser Monck ni Washington por una razon muy sencilla: porque era Napoleon.

Reinó como reinan todas las potencias del mundo, por la fuerza de su principio. Acabó como acaban todas las potencias del mundo, por la violencia y el abuso de su principio mismo.

Mas grande que Alejandro, que Carlomagno, que Pedro I y que Federico, dejó, como ellos, su nombre á su siglo; fué, como ellos, legislador; como ellos, fundó un imperio. Su memoria es universal, y dura bajo las tiendas del árabe, y atraviesa con las canoas del salvaje los rios lejanos de la Oceania. El pueblo francés, que tan pronto olvida, solo ha retenido ese nombre entre todos los de una revolucion que trastornó el mundo. Los soldados, en los ócios del vivác, no hablan de otro capitan, y al pasar por nuestras ciudades solo en su imágen paran los ojos.

1 La deposicion de las cenizas de Napoleon en la suntuosa iglesia del cuartel de Inválidos de Paris se verificó en Enero de 1841. La pequeña escuadra encargada de la traslacion de aquellos restos, mandada por el príncipe de Joinville, abordó felizmente en la costa francesa de vuelta de Santa Elena, trayendo un atahud perfectamente cerrado; pero no consta de positivo que desempeñase su cometido á satisfaccion del pueblo parisiense, quien, á pesar de la promesa que se le hizo de mostrarle el cadáver del hombre del siglo, no llegó á verlo, *porque se perdió la llave del atahud*. Es fama que dicha promesa causó en la familia real de Francia, por aquellos dias, un tanto de inquietud y zozobra, pues dicen malas lenguas que los aviesos ingleses le barajaron al jóven príncipe marino aquel cadáver con el de un negrito, metiéndole á bordo este último con toda solemnidad y respeto. Tarea de gente maligna es quitar á todas las cosas el velo de la ilusion, y hacer incrédulos para todo notable acontecimiento!.... Pero lo cierto es que el pueblo parisiense no llegó á ver abierto el atahud.—*N. del T.*

Cuando el pueblo hizo la revolucion de julio, la bandera empolvada que tremolaban aquellos soldados-obreros, caudillos improvisados de la insurreccion, era la bandera que coronó el águila francesa, la bandera de Austerlitz, de Jena y de Wagram, mas bien que la de Jemmapes y de Fleurus; era la bandera que ondeó izada sobre las torres de Lisboa, de Viena, de Berlin, de Roma, de Moscou, mas bien que la que flotó en la confederacion del campo de Marte; era la bandera de Waterlóo acribillada á balazos; era la bandera que el emperador tenia abrazada en Fontainebleau al despedirse de su guardia veterana; era la bandera que en Santa Elena sombreaba la frente del héroe moribundo; era, en una palabra, para decirlo todo, la bandera de Napoleon!

¡Qué poder el de aquel hombre! El desvaneció la opinion popular que atribuía á la sangre de los reyes la soberanía, la majestad y el poder. El rehabilitó en el pueblo el sentimiento de su propia estimacion, mostrándole tantos reyes nacidos de reyes prosternados á los pies de un rey nacido del pueblo. Pues de tal manera los humilló comparándolos consigo, de tal modo oprimió con su grandeza á todos esos reyes y emperadores, que tomándolos uno á uno, y acercándolos á ese coloso, apenas se los distingue: tan oscuros y pequeños son!

Basta: porque en verdad que llegan ya á mis oidos los acentos de una voz mas severa, y temo que la historia á su vez estienda su acusacion contra aquel para quien la posteridad comienza, y diga:

Ese hombre derrocó la soberanía del pueblo; era emperador de la república francesa, y se hizo su déspota; arrojó el peso de su espada en la balanza de la ley; encarceró á la libertad individual en las prisiones de Estado; sofocó la libertad de la prensa con la mordaza de la censura; violó la libertad del jurado; tuvo bajo sus plantas, en la abyeccion de la servidumbre, á los tribunales, al Cuerpo Legislativo y al Senado; sometió á la talla generaciones enteras, y despobló campos y talleres; fundó en el *militarismo* títulos para una nueva nobleza que presto hubiera llegado á ser mas insoportable que la existente, porque no tendria ni la misma antigüedad ni el mismo prestigio; impuso contribuciones arbitrarias; quiso que no hubiese en todo el Imperio mas que una sola voz, y que fuese la suya, y una sola ley, y que fuera su voluntad. Nuestra capital, nuestras ciudades, nuestros ejércitos, nuestra armada, nuestros palacios, nuestros museos, nuestros magistrados y nuestros conciudanos, todo quedó á su disposicion, todo lo hizo suyo. Arrastró á la nacion á los campos de batalla, donde no hemos dejado mas recuerdo que la insolencia de nuestras victorias, nuestros cadáveres y nuestro oro. Finalmente, despues de haber sitiado las fortalezas de Cádiz; despues de haber tenido en sus manos las llaves de Lisboa, de Madrid, de Viena y de Berlin, de Nápoles y de Roma; despues de haber hecho retemblar

el suelo de Moscou bajo el peso de sus cañones, entregó la Francia menos grande de lo que era cuando se apoderó de ella, toda ensangrentada con sus heridas, desmantelada, abierta, empobrecida y humillada.

Ah! si admiré demasiado quizá á ese hombre estraordinario que hizo á mi pais tanto bien y tanto daño, cuya memoria será eternamente glorificada en los talleres y en las cabañas, y cuyo nombre popular iba mezclado en mi imaginacion á todas las prosperidades y á todas las esperanzas de la patria; si la vanagloria de sus conquistas halagó con esceso mi corazon; si los resplandores de su gloria fascinaron demasiado mis miradas juveniles; oh libertad, al momento que te conocí, al momento que tu puro brillo penetró hasta mi alma, á tí fué á quien yo seguí, á tí de quien no podrán ya nunca separarse mis brazos que te estrechan; á tí, oh libertad, única pasion de los corazones generosos, único tesoro digno de envidia! A tí, que prefieres á los hombres que desaparecen, los principios que jamás varian, y á los brutales empeños de la fuerza, las victorias de la inteligencia; á tí, que eres la madre del órden, aunque tus calumniadores quisieran cubrirte con el gorro encarnado de la anarquía; á tí, que consideras á todos los ciudadanos como iguales, y á todos los hombres como hermanos; á tí, que no reconoces superioridad legal sino en magistrados responsables, ni superioridad moral sino en la virtud; á tí, ante cuyos ojos atraviesan en tormentosa carrera los imperios hereditarios, como esas nubes que oscurecen por un instante la diafanidad de un cielo sereno; á tí, que luces por entre las prisiones del reo de estado; á tí, á quien medita el sábio, á quien el esclavo implora, por quien suspiran las tumbas; á tí, que como un artesano viajero [1] completarás la vuelta de la Europa, trastornando las ciudades y los reinos por la sola fuerza y encanto de tu palabra; á tí, que verás en tu marcha triunfal caer bajo tus pies las barreras de las aduanas, los tribunales secretos, las prisiones de Estado, los cadalsos, las aristocrácias, las cartas de engañifa, los ejércitos permanentes, la censura y los monopolios; á tí, que confederarás en una santa alianza naciones diversas en lenguas y costumbres, en nombre de un mismo interés, de su independencia, de su dignidad, de su civilizacion, de su felicidad y reposo; á tí, que desprecias vanas conquistas y mentidas grandezas, y que no bajaste del cielo á la tierra para subyugarla, sino para redimirla y embellecerla; á tí, á quien no se puede servir sino con desinterés, y á quien no se puede amar sino con delirio; á tí, que causas la primera palpitacion del mancebo, y que eres la sublime invocacion del anciano; á tí, oh libertad, que despues de haber quebrantado sus hierros, guiarás á los últimos esclavos, entonando cánticos de gloria y con palmas en las manos, á los últimos funerales del despotismo!

1 Véase la nota primera de la pág. 95.

RESTAURACION.

No pasó por cierto sin brillo aquella época de nuestra vida política en que la libertad, largo tiempo oprimida bajo la planta de un déspota, volvió á erguir su noble frente; en que la Francia dispertó oyendo acentos desconocidos; en que la elocuencia de la Tribuna desenredó su lengua enmudecida; en que todos los intereses, todas las pasiones, todas las esperanzas parecieron haberse congregado en torno de ella para disputarse la posesion del presente y la dominacion del porvenir.

El Imperio, herido de muerte en su cabeza, vivia aun en los recuerdos de los soldados veteranos. La Francia necesita siempre tener una pasion; la libertad reemplazó á la gloria. Los emigrados soñaban con Luis XV, los militares con Napoleon, y la juventud con la Revolucion. El pueblo hervia al rededor del Foro; no tenia entonces poca importancia un diputado! y qué importancia no tenia entonces un orador!

Hoy dia aún oimos hablar la misma lengua: el presidente ocupa aun el mismo sillon dorado: las mismas cariátides sostienen aun la tribuna; pero el pueblo no se agolpa ya, como entonces, en la escalinata y átrio del templo, no cree ya mas en los oráculos del gobierno representativo. Los tiempos están frios, la noche avanza, el sol desciende tras el horizonte; su pálida luz ya no alumbra al mundo.

Tres escuelas políticas se disputaban el campo de la Restauracion: la escuela Inglesa, la escuela Legitimista, y la escuela Liberal.

M. de Serre era el orador de la escuela Inglesa, de la cual era M. Royer-Collard el filósofo. Ambos profesaban como principio la soberanía de la razon, como medio la gerarquía de los poderes, y como objeto la monarquía parlamentaria.

En torno de ellos iban: Camille-Jordan, que mojaba sus palabras en lágrimas; Pasquier, cuya argumentacion fluida esquivaba el análisis y la refutacion; Saint-Aulaire, que hacia deslizar su frase con toda la gracia, el abandono y la osadía de un gran señor; Courvoisier, el mas alerto é inagotable de los parladores, si Thiers no hubiera nacido; Siméon, profundo jurisconsulto; Kératry, el de los discursos indigestos; de Cazes, ministro elegante y de hermosa figura, cuya fraseológia no carecia en verdad de abundancia y flexibilidad, ni su accion de energía y desembarazo; que obligado y arrastrado por las exigencias del momento, por los caprichos y la pusilanimidad palaciega, por el flujo y reflujo de mil enemistades, se entregó á la corriente de todos los vientos; que puso un bozal á la libertad de la prensa, y suspendió las reacciones del terror, y, dueño de su dueño y de la misma Francia, mezcló sus faltas con sus buenos servicios, y las debilidades del cortesano con la prudencia del hombre de Estado; Lainé, estadista vaporoso, melancólico, distraido, cuya voz exhalaba los vagos sonidos del arpa de Osian; carácter indeciso, mano temblorosa y muelle que no supo tener las riendas del poder; pero orador grave, de palabras cadenciosas, que en algunas ocasiones habló con la elocuencia del corazon, y que, piadoso con los proscriptos, se enternecia por sus miserias, y abrazaba, en nombre de ellos, con súplicas y llantos las aras de la misericordia y de la compasion; finalmente, Beugnot, el hombre mas astuto del reino de Francia y de Navarra, exceptuado M. de Semonville, que en astucias era inferior aún á M. de Talleyrand.

La escuela Legitimista se dividia en dos fracciones.

Componíase la una de hombres exaltados, que llevaban las cosas hasta lo absoluto, y de hombres mas tratables, devotos de Dios en el cielo, y del Rey sobre la tierra.

La otra se componia de hombres no menos creyentes, pero amaestrados por el ejercicio del poder, los cuales se amoldaban á la Carta como á una necesidad superior, mas poderosa que ellos y que la monarquía que tenia que aguantarla.

Lucía al frente de la primera falange M. de la Bourdonnaie, el que propuso las famosas categorías [1] é hizo expulsar á Manuel. Contra-re-

1 El conde *de la Bourdonnaie* debe ser considerado como el mas fanático entre todos los fanáticos que componian la mayoría de la Cámara baja francesa en 1815. El 11 de noviembre de dicho año leyó la proposicion de un proyecto de ley atribuido al abate Legris-Duval, proyecto que en el lenguaje de entonces convinieron en llamar

volucionario del mismo temple que los antiguos convencionalistas; subyugado por la razon de Estado, mas imperioso que diestro, sin que careciese en su lenguaje de elevacion y de vigor. Seguian á este:

M. de Lalot, cuya fulminante elocuencia derribó al ministerio Richelieu; lleno de imágenes en su estilo, y de una facundia vehemente y pintoresca:

M. Dudon, tan profundamente versado en el estudio de la legislacion administrativa, cuya frente altiva no se doblegaba ante objecion ninguna, y que recibia á boca de jarro los disparos de metralla de la Oposicion con toda la flema de un hijo de Albion:

M. de Castelbajac, que se agitaba en su banco, daba puñetazos y pateaba, gritaba, hacia exclamaciones, é interrumpia á los diputados incrédulos que dudaban de su fé monárquica [1]:

M. de Bonald, orador un tanto nebuloso, filósofo creyente, y sin disputa uno de los mas grandes escritores de nuestra época:

M. de Salaberry, realista fogoso, orador petulante, que salia con pistola en mano al encuentro de los liberales, y desparramaba sobre ellos desde lo alto de la tribuna las hirvientes imprecaciones de su cólera [2]:

M. de Marcellus, para quien el realismo no era solamente un principio, mas tambien una divinidad, y que se prosternaba ante su ídolo con el candoroso fervor de un peregrino y de un antiguo caballero [3].

ley de amnistía, y por el cual quedaba dividida la Francia en *categorías* de reos políticos, como á imitacion suya dividió luego el ejército el ministro de la guerra duque de Feltre. Apoyando dicho proyecto, pronunció la Bourdonnaie un discurso, digno de aquella época sangrienta en que no resonaban en la tribuna de la Convencion mas que gritos de proscripcion y de muerte. Si se hubiera seguido su doctrina, las tres cuartas partes de la poblacion de Francia hubieran perecido como excluidas de aquella generosa amnistía; tan latas eran en su mente las categorías de los revolucionarios regicidas y hereges, dignos de la cuchilla y de la hoguera!—*N. del T.*

1 El vizconde de Castelbajac, elegido en 1815 miembro de la Cámara de diputados por el departamento de Gers, no encontró medio mas noble y significativo de desempeñar su mision, y demostrar su ardiente celo por la prosperidad de la Francia, que pedir se añadiese al infantazgo del Sr. duque de Berri la suma de cuatro millones anuales, desde el dia de su matrimonio.—*N. del T.*

2 El conde de Salaberry fué uno de los provocadores mas frenéticos de la legislacion sangrienta del 1815-16, que habia de tener por resultado el aniquilamiento de todas las instituciones nacionales, y por consecuencia la vuelta al régimen feudal. Salaberry queria que la contra-revolucion fuese *pronta* y *sangrienta*. En su *Historia del Imperio Otomano* abrazó con calor la defensa del despotismo oriental, y se esforzó en demostrar que la legislacion del sable y del cordon es la mas favorable al bienestar de la humanidad. Este principio esplica naturalmente el celo con que votó en la Cámara de 1815 por los tribunales prebostales sin apelacion, y por todas las leyes escepcionales que tenian algun viso de tiranía oriental.—*N. del T.*

3 Tambien el conde Marcellus fué nombrado en 1815 diputado por el departamento

M. de Villèle se destacaba como una figura colosal sobre el fondo de este cuadro.

En torno de M. de Villèle se agrupaban varios hombres de cualidades diferentes: M. Corbière, uno de los jurisconsultos mas entendidos de una provincia donde son entendidos todos [1]; gran rebuscador de antigualias literarias; dialéctico apremiante y cáustico, que ponia alas á sus flechas para que llegáran mas presto al objeto, y se claváran con mas fuerza en sus adversarios [2]; M. de Brebis, hábil escudriñador de presupuestos, mente despejada, conciencia recta; M. de Peyronnet [3], notable por las sonoras vibraciones de su voz, por la habilidad ingeniosa de su dialéctica, y por la florida pompa de su lenguaje; M. de Martignac, aquel melodioso orador que *tocaba la palabra* con tanta habilidad como Tulou [4] toca la flauta; M. Josse de Beauvoir y M. Cornet d'Incourt, cazadores armados á la ligera, destacados á los flancos de la falange ministerial para empeñar el combate y apuntar á los gefes á la cabeza, entre las malezas de la oposicion; M. Pardessus [5], talento claro, orador fecundo, profundo jurisconsulto; M. Ravez, el águila del foro Girondino, célebre por la gravedad de su presencia y por la bella entereza de su órgano, uno de esos hombres que, do quiera que se presentan y hablan, imponen la atencion á sus oyentes; poderoso por su lógica, sábio en sus esposiciones, dueño de sus pasiones y de las agenas, y que, á no haber sido presidente de la Cámara, hubiera dominado como orador al partido de la derecha.

La escuela Liberal fué una escuela beligerante. M. de Serre entró en campaña el primero, y despues de haber disparado unos cuantos tiros y

de la Gironda, por la faccion ultra-realista que poco despues inundó la Francia de lágrimas y de sangre. Era hombre honrado y probo; pero, fanático en religion y política, contempló impasible las trágicas escenas de Lyon, Grenoble, Nimes y Montpeller.—*N. del T.*

1 Rennes, en la Bretaña.—*Id.*

2 M. Corbière, á pesar de sus luces y de su posicion independiente, se adhirió á los principios reaccionarios de la Bourdonnaie, y propuso á la Cámara que se añadieran nuevas escepciones contra los liberales á las ya numerosas establecidas en la famosa *ley de amnistía* de 1815; y, por una notable aberracion de su claro entendimiento, profesaba al mismo tiempo el principio de que «*el objeto de las leyes penales debe ser la persecucion de los crímenes, y no la de las personas*» como si no fuera perseguir á clases enteras de individuos el establecer nuevas categorías de delitos políticos.—*Id.*

3 Uno de los ministros proscriptos de Cárlos X, de la Justicia y del Interior; antiguo abogado de Burdeos.—*Id*

4 Tulou es el primer flauta del teatro de la *grande ópera* de París.—*Id.*

5 Autor de un escelente tratado de *Derecho comercial* que goza de grande estimacion.—*Id.*

vaciado su cartuchera, se atrincheró con las eminencias del poder. Manuel mandaba el cuerpo de reserva de la Oposicion, y el general Foy la vanguardia. Benjamin Constant combatía á la censura, Laffitte al presupuesto, Bignon á la diplomácia; D'Argenson lanzaba al viento, sin direccion fija, los primeros cohetes del radicalismo; Casimir Périer, despedido fuera de las filas por el fuego de sus ánimos, retaba al ministerio á combate singular; Corcelles, Estanislao Girardin, Chauvelin, giraban y revoloteaban en torno de sus bancos, y le disparaban en sus acometidas, y aun en sus huidas, flechas penetrantes y envenenadas; y por última consecuencia de semejante sistema de guerra, despues de un combate de palabras, un combate de calles y plazas acabó con la Monarquía.

MANUEL.

El Imperio francés giraba en torno de Napoleon, como la circunferencia gira al rededor de su eje. El solo dirigia los ejércitos á los campos de batalla; él solo, desde el retiro de su despacho, anudaba y desanudaba sus alianzas y sus tratados; él solo espedia órdenes á los Prefectos de lo Interior; él solo disertaba sobre política en los diarios sujetos á censura; él solo hablaba por conducto de sus comisarios en las mudas asambleas del cuerpo Legislativo y del Senado. De manera que puede decirse que en todo el Imperio no habia mas general, ni mas diplomático, ni mas administrador, ni mas publicista, ni mas orador que Napoleon.

Asi que, cuando la Tribuna recobró su libertad, y volvieron á abrirse los diques de la elocuencia, los oradores parlamentarios solo se presentaban en la arena caminando á tientas, y á guisa de hombres olvidados del habla. Mostrábanse encogidos en sus movimientos, y al probar sus voces apenas emitian mas que sonidos apagados y triviales.

Pero apareció Manuel.

Manuel era de aventajada estatura, de rostro pálido y melancólico; tenia un acento provincial, pero sonoro, y grande sencillez en su continente.

Preferia desenredar las dificultades á cortarlas. Circulaba con incomparable destreza al rededor de cada proposicion; la analizaba, la escudriñaba, la palpaba, la apretaba, por decirlo asi, por sus flancos y



driñaba, la palpaba, la apretaba, por decirlo asi, por sus flancos y



cavidades para ver que contenia, y lo manifestaba á la asamblea sin omisiones y sin énfasis. Jamás se escedió en gritos ni gesticulaciones como esos retóricos apopléticos que sudan á chorros y jadean, y que parece tienen los pulmones obstruidos, y que van á vomitar un caño de sangre con su última palabra. Era un hombre de razon elevada, natural y sin afeites, siempre dueño de sí mismo, de locucion fácil y brillante, hábil en el arte de esponer, de resumir y de concluir. Estas cualidades sedujeron á la Cámara de los Representantes.

No se crea que mientras zumban las tempestades políticas, podrá un orador demasiado vehemente llegar á dominar de lleno á las Asambleas, porque incitará por lo comun á adoptar resoluciones temerarias, con lo que, si agrada á los hombres enérgicos, asusta á los tímidos, que componen siempre el mayor número. Como estos se imaginan ver entre las sombras ya puñales que amagan á sus cabezas, ya celadas ocultas por donde pisan, ya negras traiciones próximas á envolverlos, prefieren oradores sínceros, en quienes puedan confiar y creer. Como padecen temblores de miembros, les gusta refugiarse y guarecerse al amparo de corazones enérgicos y serenos. Como sufren turbaciones de entendimiento, quieren que solo se les presenten cuestiones enteramente resueltas. Asi lo hizo Manuel.

Cuando vió él, despues de la abdicacion de Napoleon, que el poder ejecutivo no sabia ya en nombre de quien mandar, que la guerra civil amenazaba estallar en medio de la guerra extranjera, que la misma Cámara de los Representantes se dividia en fracciones, y que, impelidos por mil vientos encontrados, iban todos á la ventura, inclinándose, quien á los Borbones, quien á la República, quien al duque de Orleans, quien al hijo del Emperador; Manuel invocó el voto del Ejército, la salvacion de la Patria, y el testo de la Constitucion en favor de Napoleon II [1].

La Asamblea acogió su proposicion con entusiasmo. Mostrósele obligada por haberla sacado de su embarazosa perplejidad, y por haberla dado la unidad de que todas las Asambleas han menester, sobre todo en los tiempos de crisis.

Fué Manuel nombrado para presentar el proyecto de Constitucion; mision peligrosa, cargo de pura confianza, testamento político que habia de redactar para la posteridad en nombre de la Cámara espirante. Dirigió su discusion con gran nobleza por entre las balas y la metralla que silbaban en sus oidos; llamó á las armas á los ciudadanos; y cuando todo se vió perdido, y el cañon prusiano tronaba ya sobre el puente de Jena, Manuel, intrépido y sereno, repetia desde la tribuna aquellas céle-

1 Sesion del 22 de junio de 1815, en la cual trató con superior talento las importantes cuestiones de la abdicacion de Napoleon y de la eleccion de su hijo.—*N. del T.*

bres palabras de Mirabeau: «Solo nos arrancará de este lugar el poder de las bayonetas.»

Manuel fué el mas importante y casi el único orador de la Cámara de los Representantes. La confianza de aquella Cámara le hubiera colocado á la cabeza del gobierno, durante la menor edad de Napoleon II.

Entró en las Cámaras de la Restauracion precedido de una reputacion colosal. Por lo general no suelen sostenerse los renombres escesivamente preconizados, y á la saciedad que causan acompaña muy de cerca el disgusto. Manuel ademas estaba interiormente trabajado por una enfermedad cruel que mas tarde le llevó á la tumba, y bajo el influjo de su dolencia perdieron sus privilejiadas facultades gran parte de su poder y de su brillo.

Despues de haber sido ministerial, liberal y moderado durante los Cien Dias, fué Manuel durante la Restauracion uno de los tribunos de la Oposicion. Consagró á ella todas las prendas de su carácter y de su talento. Como era mas tenaz que impetuoso, sostenia en la retaguardia las últimas cargas del enemigo; como tenia mas vigor de raciocinio que vehemencia oratoria, argumentaba sobre cada tésis y volvia contra sus adversarios, con una vivacidad llena de exactitud, las mismas citaciones hechas por ellos. Aunque una discusion pareciese quedar enteramente cerrada, siempre encontraba él algun lado por donde volver á entrar en ella, y renovaba el combate con una sutileza de dialéctica y una abundancia de elocucion estraordinarias.

Manuel fué el improvisador mas notable del lado izquierdo. Su diccion era enteramente parlamentaria, sin estar recargada de ambicioso ornato; pero no incorrecta ni desmazalada, aunque tampoco seductora. Tal vez era demasiado prolijo y difuso, aunque no por eso dejaba de ser claro; pero volvia continuamente sobre sí, y se repetia como suelen todos los que con mucha facilidad discurren.

En materias de hacienda enunciaba algunas veces su opinion por escrito. Sus discursos están redactados con precision y pureza; pero sin grandes miras, sin profundidad y sin estilo. Manuel, á la manera de los improvisadores, se apropiaba con rapidez las ideas agenas, y las reproducia con tino y ordenada discrecion; mas no era ni hombre de administracion, ni filósofo, ni hacendista, ni economista. Nutrido despues de su espulsion con serios estudios, fortalecido con la meditacion en el retiro del ostracismo, hubiera vuelto lleno de tesoros de ciencia á la escena legislativa.

En dos hombres cebaron sus encarnizadas antipatías los dos partidos encontrados; de Serre se atrajo despues de su abjuracion las antipatías de la izquierda; Manuel se atrajo en todos tiempos las de la derecha.

Hallábanse á la sazon los partidos en un estado de hostilidad flagran-

te. La emigracion y la revolucion, la aristocrácia y la democrácia, la igualdad y el privilegio, se sentaban en la Cámara frente á frente, se provocaban con las miradas, y se aborrecian con ódio mortal. Apenas en cada sesion se oian mas que disertaciones sofísticas é interminables sobre las pasiones y los partidos; y aunque allí los lábios declaraban sin cesar que se respetaban las intenciones de los adversarios, á nada se hacia con el corazon mas tiro positivo que á las intenciones. Hoy que la posteridad llegó para ellos, ya puede decirse la verdad á aquellos partidos: y no hay mas verdad sino que todos estaban representando una triste comedia. Los realistas querian un rey sin carta, y los liberales querian una carta sin rey: esto era lo único verdadero y formal en la esencia de aquellos debates parlamentarios; todo lo demas no era sino mero accidente, mero adorno, pura charla. Por fin, despues de quince años de escenas mas ó menos bien hiladas, tanto actores como espectadores se cansaron de esperar, y no hubo mas remedio que dar fin á la farsa. Del rey sin carta salieron las Ordenanzas, y de la carta sin rey la Revolucion de julio.

Manuel se ceñia astutamente á la Carta, como una culebra que se enrosca en torno de un árbol que no tiene mas que las verdes y florecientes apariencias de la vida, con un tronco herido de muerte en el corazon. La apretaba entre sus vueltas, la estrujaba, queria á viva fuerza sacar de ella lo que jamás contuvo.

Hoy dia, esas continuas llamadas al órden, con esos interminables discursos sobre el sentido claro ó turbio de la Carta, esas recriminaciones de lesa majestad constitucional, esos esfuerzos de metafísica descosida, no harian mas que cansar al auditorio.

Pero entonces, el gobierno representativo estaba en mantillas, y se queria saber por curiosidad si verdaderamente habia algo de cierto en el fondo de todo aquello.

Los ministros aficionados á gozar de la realidad del poder, tienen siempre prisa de llegar y palparla. La guerra que les hacia Manuel era una guerra de dilaciones, para ganar tiempo. Al principiar la discusion los incomodaba con sus ataques, y los renovaba al concluir; dirigia al presidente enmiendas improvisadas, y so pretesto de desarrollarlas volvia á entrar en la proposicion general ensanchando su campo. Una vez batido en sus enmiendas, se fortificaba con las sub-enmiendas, replegábase asi de cien maneras, unas veces avanzando, cejando otras, defendiendo como un general experto el terreno á palmos, y cuando se veía próximo á ser cojido, prendia fuego á la mina, y se volaba con todas sus municiones.

Elecciones, prensa, presupuestos, leyes penales, peticiones, no hay principio de libertad ó de economía que no sostuviese, ni combate de la izquierda en que no tomára parte.

Fué Manuel el mas prudente entre todos los de su partido. No se dejó estraviar por la imaginacion ni arrebatar por el entusiasmo, que es otro de los males que se padecen en Francia. Pesaba las cosas en su justo valor, y su prevision tenia tanto alcance y era tan exacta, que anunció que el artículo 14 de la Carta engendraría una revolucion.

La condicion de los proletarios trabajadores fué objeto de su mas ardiente solicitud, y quizás aquella secreta simpatía que unia á las masas con su defensor, es la causa principal de que su nombre dure tan popular entre ellas. La antorcha de la democrácia proyectaba á intervalos sobre su senda algunos de sus rayos, y á su luz le fué dado comprender y tocar todas las cuestiones del porvenir.

La derecha escuchaba á Manuel con impaciencia visible; colmábale de desprecios y de injurias. Cuando él hablaba, unas veces se encogia de hombros, otras le volvia la espalda; tan pronto prorumpia en murmullos que ahogaban su voz, como se lanzaba á él colérica por sobre los bancos, y le perseguia hasta el pie de la tribuna, con los mas emponzoñados sarcasmos y los epítetos mas afrentosos. Manuel, impasible en medio de las mas deshechas tempestades, conservaba la serenidad en el semblante y en el corazon: recibia el choque sin desconcertarse, se cruzaba de brazos, y esperaba que se restableciese el silencio para volver á tomar el hilo de su discurso.

Era hombre de una intrepidez calmosa y de un corazon patriótico y ardiente, con las maneras mas afables, las costumbres mas dulces, una honradez de principios instintiva, una abnegacion y una modestia singulares.

No diré mas de sus cualidades morales. Fué amigo de Laffite y de Dupont de l'Eure: no es por cierto poco elogio.

Hay en todos los partidos mucha mas imaginacion de lo que se cree, pues son ávidos de vida y de arraigo, no solo en el presente y en el porvenir, mas tambien en lo pasado. Ellos rehacen y reforman la historia en su provecho y al tenor de sus pasiones; imponen á su capricho al primer ilustre difunto que se les antoja el cargo de representar su opinion, aun cuando aquel ilustre personage no haya querido jamás, durante su vida, representarla, y aun cuando dicha opinion no tuviera entonces existencia, ni por consiguiente nombre. Pretenden los republicanos que Manuel trabajó por la causa de ellos bajo la Restauracion; los doctrinarios de las Tullerías suponen que hoy seguiria aquel el camino que ellos siguen. Las dos son meras ilusiones. Manuel tenia, como tienen millones de Franceses en este momento mismo, mas bien el sentimiento republicano que opiniones republicanas; con franqueza y libertad declaró que entre la república y Napoleon II preferia á Napoleon II. Decia que: «Los republicanos son cabezas que no ha madurado la esperiencia.»

Y en otra ocasion: «Que la república puede seducir á almas nobles y »elevadas; pero no conviene para un pueblo grande en el estado actual »de nuestras sociedades.»

Y finalmente que: «El trono es la garantía de la libertad.»

Y que: «La libertad es inseparable del trono.»

Se pronunció ademas en favor de la prerogativa real sobre la institucion de las dos Cámaras, la dignidad hereditaria de Par, la dotacion del clero, y la garantía administrativa de los funcionarios.

Tampoco pertenecia Manuel al partido del Palacio real; en cierta ocasion trataron de beneficiar su popularidad en provecho de cierto personage, y él apremiado soltó aquella esclamacion: «No me hablen VV. mas »de ese hombre!»

Es opinion bastante comun que, si Manuel hubiera vivido mas, su profunda esperiencia hubiera dirigido á los fundadores de la Revolucion de julio, que él hubiera señalado los escollos hácia donde, merced á ciertos pilotos demasiadamente confiados, arrumbaba la nave, y que hubiera imposibilitado á la prerogativa real de desbordarse y sumergir á la libertad.

Fuera de eso, las nobles acciones valen mas que los mejores consejos y que los mas bellos discursos. No, todos los consejos de Manuel no hubieran sido bastantes á contrarestar la fatalidad de las cosas, y por lo que hace á sus discursos, pronto se olvidarán si ya no los desvaneció el olvido. Pero mientras el valor cívico, cien veces mas precioso que el valor guerrero, sea honrado entre nosotros, el nombre de Manuel no se borrará de la memoria de los Franceses.

Corria el año de 1823; la impaciencia de la Derecha estalló de repente. Ya antes se habia manifestado, cuando Manuel, dando salida á las quejas que rebosaban en su corazon, espresó claramente su repugnancia hácia los Borbones. Desde aquel instante, quedó inscrito su nombre en las listas de proscripcion; sus enemigos, con el oido alerta y el brazo levantado, emboscados en el fondo de la tribuna, vigilaban y espiaban el efecto de cada palabra que salia de sus labios. La tormenta se mecia sobre su cabeza.

Apenas Manuel, en un nuevo discurso, bosquejó una apología indirecta y rebozada de la Convencion, el conde de la Bourdonnaie se levantó bruscamente de su asiento, y reclamó que fuese expulsado como indigno el diputado del Vendia.

La Cámara castigó á Manuel por haber elogiado á la Convencion, cuando ella la estaba imitando; enagenóse la opinion, lo que nunca dejará de ser un grave yerro; abusó de su poder, lo cual indica bajeza; dió un golpe de Estado, de esos que pierden á las Cámaras lo mismo que á los reyes, aun cuando salgan bien; violó la inviolabilidad de la Tribuna;

envolvió en la condena de una mera espresion toda la vida parlamentaria de Manuel; le formó causa de tendencia, é hirió de muerte á la palabra, asi como acababa de asesinar á la prensa.

Lo mas raro en tan estraño proceso era ver á los diputados representantes del privilegio, arrogarse el derecho de representar á la Francia y de hablar en su nombre. ¡Pobre Francia! Todos te hacen hablar á su antojo, los de entonces y los de ahora. ¡Cuándo será que te resuelvas á hablar por tí misma para imponerles silencio!

No desmintió Manuel su grande entereza en aquellos debates. Apareció en ellos con la misma frente serena que tanto exasperaba á sus flacos y violentos enemigos. Defendióse con sencillez elocuente, y aun se conservan sus palabras:

«Declaro, dijo, que no reconozco aquí en ninguno el derecho de acu»sarme y de juzgarme. En vano busco mis jueces; no veo mas que acu»sadores. No espero, pues, de vosotros un acto de justicia, sino un acto de »venganza, y me resigno. Profeso respeto á las autoridades; pero mas »respeto aun la ley que las ha constituido, y desde el momento en que »usurpan, en mengua de esa ley, derechos que no les fueron conferidos, »no reconozco en ellas poder ninguno.

»Siendo esto asi, no sé si la sumision es un acto de prudencia; pero »sé que habiendo derecho para resistir, la resistencia se convierte en un »deber.

»Habiendo entrado en esta Cámara por la voluntad de los que tuvie»ron derecho de traerme á ella, no debo salir de aquí sino por la violen»cia de los que pretendan arrogarse el derecho de expulsarme; y por si »en esta resolucion amagáran á mi cabeza los mas grandes peligros, diré »que el campo de la libertad ha sido algunas veces fecundado con sangre »pura y generosa.»

Manuel cumplió su palabra.

Sostuvo hasta el fin sus derechos, cediendo solo á la violencia. Fué preciso que la ruda mano de un gendarma le asiera en su mismo banco, y que le arrancára brutalmente del lado de sus amigos indignados.

Las turbas populares que, acompañadas de otra turba inmensa, habian de presenciar mas adelante el triunfo de sus exequias, acompañaron al tribuno demócrata á su morada.

Mas, disipadas las turbas, la soledad y el silencio cercaron al ilustre orador. Los colegios electorales de entonces cometieron la bajeza de no atreverse á reelegirle ¡tan poco espíritu cívico hay en Francia! tan cierto es que los servicios patrióticos no encuentran en ella sino corazones ingratos! tan presto mueren aqui las reputaciones!

Y sin embargo ¡oh caprichosos juegos de fortuna! cuando aquel gran ciudadano, ignominiosamente expulsado por haber hablado de la Con-

vencion, salia de la Cámara como un malhechor conducido entre dos gendarmas, ¡cuán lejos estaba de imaginarse que algun dia aquel mismo rey á quien no podia acatar, expulsado tambien, se embarcaría para ir á un destierro eterno! que el hijo de un convencionalista ocuparia el trono y el lecho de su Señor; que los diputados que en nombre de los electores acababan de proscribir á otro diputado, se verian tambien proscriptos por los mismos electores, y escluidos del templo de las leyes; y que en el frontispicio de otro templo, dedicado á los grandes hombres por la Patria agradecida, llegaría á esculpir el cincel inmortal de David frente á la de Napoleon, emblema del valor militar, la figura de Manuel, emblema del civil denuedo!

Manuel soportó el ostracismo con dignidad, pero no sin alguna tristeza, no sin hechar de menos alguna vez la tribuna.

«V. es literato, decia el orador á Benjamin Constant, V. tiene su plu»ma; pero á mí ¿qué me queda?»

Le quedaban sus exequias funerales, y el Panteon!

DE SERRE.

Luis XVIII habia recuperado su trono, y la nave del destierro se llevaba á Napoleon hácia el peñasco de Santa Elena. Los ejércitos de Europa habian envainado el sable, y se acampaban tranquilos en nuestro territorio, por segunda vez manchado con su presencia; pero los partidos, comprimidos por el estupor de la invasion, iban á hallarse de nuevo cara á cara en el terreno parlamentario.

Un poco de ambicion, un poco de rencor, y otro poco de venganza componian el fondo de todos los partidos vencedores. ¿Cómo era posible que la Cámara de 1815, toda realista, no fuese reaccionaria? ¿Cómo era posible que no hubiese lucha de la emigracion contra los restos del ejército imperial, de las provincias contra la Corte, de los intereses antiguos contra los intereses nuevos, del espíritu de localidad contra el de centralizacion, de la propiedad contra la industria, del realismo contra el liberalismo, del altar y del trono contra la filosofía y la Revolucion? Esta lucha era infalible, inminente, y debia ser implacable.

La mayor parte de aquellos diputados de 1815 eran hombres de otra época. Plebeyos enriquecidos ó hidalguillos de provincia, retirados en sus ruinosos palacios ó en sus tertulias, no conocian á los hombres del





época. Plebeyos enriquecidos ó hidalguillos de provincia, retirados en sus ruinosos palacios ó en sus tertulias, no conocian á los hombres del



Imperio mas que por el ódio que les profesaban, y los actos de aquel poder mas que por el recargo de las contribuciones y por los cupos anuales de la quinta. Llenos juntamente de los terrores de la Revolucion y de las preocupaciones de la emigracion, devotos, iliteratos, tozudos, hubiesen deseado una religion dominante, un monarca sin constitucion, sin *pairia* [1] y sin corte, pero no sin instituciones provinciales.

El gobierno para el rey, la administracion de los departamentos para los ricachos y la nobleza, tal era su sueño: por lo demas, hombres de costumbres sencillas y honradas, sinceros en su fé legitimista y religiosa, independientes por los hábitos de su vida, por su caudal, por hidalga altivez, y que nada tenian de comun con el servil y rastrero ministerialismo de nuestro siglo de hornagueras.

Acalorada por sus pasiones, embriagada con un triunfo tan completo como inesperado, una Cámara compuesta de este modo debia avanzar mucho en la borrascosa y sangrienta carrera de las reacciones políticas, mucho mas de lo que sin duda hubiera querido ella misma.

Apareció M. de Serre, y puede decirse que apareció á tiempo. El nombre del rey rebosaba en todos los discursos, en todas las alocuciones, en todos los Informes: el grito de VIVA EL REY! estallaba espontáneamente en la Cámara haciéndola retemblar, menos como un grito de amor que como un grito de guerra. A este grito levantábase trémula la mayoría, rompiendo en aplausos, con los arrebatos y el vértigo del delirio: una ola mas, y el torrente de la reaccion salvando sus diques, se hubiera derramado con furor, ahogando á la Francia entera! M. de Serre, sin titubear, se lanzó intrépido al torrente, y rompió su carrera.

Juntamente caudillo y soldado, ya sobre la defensiva, ya en la ofensiva, se multiplicaba, y él solo equivalia casi á un ejército. ¡Qué de inolvidables servicios no hizo á la causa de la libertad! Con qué rayos de elocuencia tronó contra el restablecimiento de la confiscacion, contra las violencias de las juntas directoras, contra las extorsiones del fisco, contra la tiranía de los juzgados prebostales, contra la infernal y secreta organizacion de los espionages, de las sonsacas y de los asesinatos! Qué valor, y en qué peligros! ¡Qué elevada razon, y con qué estravagancias!

La nobleza de provincia, ora fuese que conservara la celosa levadura de aquel espíritu de oposicion que, desde los tiempos feudales, la animó hereditariamente contra los de la Corte, ora que quisiese concentrar las fuerzas de la aristocrácia en las administraciones locales, pedia con empeño, so color popular, la eleccion en doble grado; M. de Serre desbarató esta estratagema, é hizo aprobar la eleccion directa; y cuando en

1 *Pairie*, es decir el cuerpo de los Pares ó Próceres del reino. Adoptamos esta voz de nuevo cuño porque contínuamente la vemos usada en los periódicos, y porque realmente hace falta.—*N. del T.*

1819 se volvió á la carga contra este sistema de eleccion, M. de Serre le defendió con razones tan convincentes y con una elocuencia tan arrebatadora, que el entusiasmo de las tribunas estalló en aplausos.

Breve fué la carrera oratoria de M. de Serre, pero cuán cumplida! ¡Qué energía de voluntad! qué fuerza de raciocinio! qué vigor, qué plenitud, qué variedad en sus discursos! qué multitud de combates! qué série de victorias! Cómo vuela al socorro de los empleados, contra los clasificadores, los purificadores [1] y los delatores! Cómo fulmina contra los oradores quebrados que, para anular ó disminuir la fianza de los acreedores á atrasos, infamaban el orígen y la causa de sus títulos! Cómo hace sonrojarse á los denunciadores del ilustre Masséna! Cómo arrostra la llamada al orden por haber impugnado la proposicion de hacer propietario al clero, de consagrarle una dotacion de renta perpétua de 42 millones, de restituirle sus bienes no vendidos, de confiarle la instruccion pública en todos sus grados, igualmente que los registros civiles [2], y de rehacer á la par la constitucion de la Iglesia y del Estado! Cómo procura conmover cuando no puede convencer! cómo se enternece su voz, cómo invoca la compasion cuando no se escucha la justicia [3]!

Siendo ministro, M. de Serre continuó caminando por la senda del progreso. Su Código de la prensa fué una obra muy liberal, obra entonces estremadamente difícil en cuanto á la elaboracion de la materia, obra completa en lo tocante á la definicion de los delitos, á los medios de proceder y á la articulacion de las penas. M. Guizot, sin tener la elocuencia ni la alta capacidad de M. de Serre, le sostuvo, no obstante, con honor en aquella admirable discusion, y esta accion hermosa de su vida pasada le vale la absolucion de muchos errores. Jamás, desde el establecimiento del gobierno representativo, en debate alguno se elevó ningun ministro á tanta altura como M. de Serre, que sucesivamente se mostró hombre de Estado en las consideraciones políticas del asunto, dialéctico en la deduccion de las pruebas, jurisconsulto en la gradacion de las penalidades, orador en la refutacion de sus adversarios. Mas sensato que los fiscales de entonces, defendió contra sus preocupaciones la competencia del jurado en los delitos de imprenta; mas liberal que la misma

1 El abominable sistema de *purificaciones* nos vino á los españoles de Francia, de donde siempre hemos tenido el arte de tomar muchísimo malo y poquísimo bueno. Escusado es decir que á las purificaciones políticas alude el testo.—*N. del T.*

2 Es decir, los libros de asientos de casamientos, bautizos, defunciones, etc., que en Francia, desde el tiempo de la Revolucion, corren á cargo de la administracion civil, con independencia absoluta de la eclesiástica.—*N. del T.*

3 Alude á la tempestuosa legislatura de 1816, en que el partido ultra-realista intentó demoler la obra entera de la Revolucion.—*Id.*

Oposicion, impugnó á Manuel, que queria estender la inviolabilidad hasta las opiniones escritas y no pronunciadas en la tribuna. ¡Qué de magníficas y elocuentes palabras salieron entonces de la boca de M. de Serre:! «Yo no vedo al diputado el derecho de ser escritor.» Y estas: «La libertad no es menos necesaria para el mejoramiento moral y religioso de »los pueblos que para su mejoramiento político.»

En aquella discusion fué cuando, habiendo dicho M. de Serre que todas las mayorias habian sido rectas:—«Y la Convencion tambien? esclamó M. de la Bourdonnaie.—«Si señor» respondió M. de Serre, «y la Convencion tambien, si la Convencion no hubiera deliberado bajo puñales.»

Oh! cuánto se indignaría y se lastimaría M. de Serre si tuviera la desgracia de vivir bajo nuestro régimen sin libertad porque carece de principios, sin popularidad porque carece de grandeza; si pudiera comparar la legislacion templada de la prensa bajo el gobierno del rey de 1819, rey por la gracia de Dios, con la violenta legislacion de setiembre bajo el gobierno del otro rey de 1844, rey por la gracia del Pueblo; y si viera al lado del juzgado, liberal justicia del pais, á nuestra pobre y mezquina pairía ministerial, fulminando sobre pobres y mezquinos procesos sus pobres y mezquinos fallos!

Quedar infamada la confiscacion, castigado el crímen, restablecida la justicia, sofocadas las delaciones, tranquilizados los acreedores del Estado, acorralado el feudalismo, acrisoladas las elecciones, vengadas las peticiones, equilibrados los partidos, ilustrada la legislacion, libre la tribuna, consolidada la prensa;—tales fueron los trabajos y los resultados de la primera y brillante mitad de la vida parlamentaria de M. de Serre, como diputado, como presidente de la Cámara y como ministro.

Pero de repente M. de Serre, despues de haber sido el mas vigoroso campeon de la libertad, se constituye fatalmente en siervo del poder: ataca lo que habia defendido, adora lo que ha quemado [1], señala la tempestad que avanza y sube, recoge las velas, lanza desde lo alto del palo mayor un grito de agonía, y se agarra á las peñas en la orilla del abismo á que arrastraba al trono la ley de elecciones. Sus fuerzas se agotan y, para reanimarlas, parte y se aleja por un momento de la escena parlamentaria, mientras su colega M. Pasquier sostenia el embate de la Oposicion, pero retrocediendo. Estaba el cielo sombrío, y la nube iba á reventar: llaman á toda prisa á M. de Serre, acude, se precipita ciegamente á la pelea, muda el terreno del combate, transporta la ofen-

1 Espresion proverbial, tomada de las palabras que dirijió San Remigio á Clodoveo cuando este rey de los Francos, por su casamiento con Santa Clotilde, abrazó el cristianismo (496): «Dobla la cerviz y humíllate, oh Sicambro! Adora lo que has que»mado, y quema lo que has adorado.» —*N. del T.*

siva con la victoria al campamento de los liberales, y salva á la Monarquía.

No seamos injustos con nadie; la Oposicion hacia su oficio de Oposicion: ¿por qué no habia de hacer M. de Serre su oficio de Ministro? Los gobiernos, cuya base es grandiosa y nacional, son cuerpos malsanos á quienes mata infaliblemente una dósis un tanto demasiado fuerte de libertad. M. de Serre era el consejero responsable, el médico político de una monarquía achacosa, y no podia matar á su enfermo; ahora bien, en mayor peligro, en mayor peligro de muerte ponia entonces á la dinastía la ley de elecciones del 5 de febrero de 1817 que el mismo sufragio universal.

Pero nosotros los radicales queremos con harta frecuencia juzgar á nuestros adversarios desde nuestro punto de vista, y llevamos á mal, no tanto que no tengan estos nuestros principios, como el que obren ó hablen con arreglo á los suyos; bien asi como un ejército que se estrañara de que el enemigo á quien ataca le rechazase. Para juzgar con imparcialidad á M. de Serre, es preciso ponerse, no en nuestro lugar, sino en el suyo. M. de Serre era emigrado, realista, aristócrata y ministro. Cuando la reaccion del trono contra la libertad, defendió la libertad por liberalismo, y no por republicanismo: cuando hubo reaccion de la libertad contra el trono, defendió el trono por realismo, y no por servilismo; en ambos casos fué pues consecuente con su punto de partida. M. de Serre no podia, por carácter, servir ni combatir muellemente á sus amigos y á sus enemigos: una vez arrimado al trono se resistió con animoso y desesperado vigor al empuje de los partidos, á la democrácia de las elecciones, y á las amenazas de la prensa.

M. Pasquier tenia una elocucion hábil y cortés, y la mano ligera. M. de Serre tenia una elocucion audaz, y la mano récia: no se escondia bajo artificios de lenguage; iba derecho á sus adversarios, y les descargaba su maza sobre la cabeza. Presente me hallaba, y todavía creo verle, cuando volviéndose del lado de la Oposicion, y mirándola de hito en hito, le decia: «Os he visto, os he penetrado, os he quitado la máscara.» La Oposicion bramaba de cólera.

«Por mucho que hayais hecho por los intereses nuevos» decia tambien á los diputados de la estrema izquierda, «no habeis hecho mas que yo.» Y decia la verdad.

Los preámbulos de M. de Serre valian tanto como sus discursos. ¡Qué toque de maestro consumado en esta pintura de la libertad de imprenta en América y en Inglaterra!

«Suponed una poblacion naturalmente calmosa y fria, diseminada en »un vasto territorio, rodeada por el Océano y el desierto, absorbida »por los trabajos del cultivo y del tráfico, independiente todavía de las

»necesidades del espíritu y de las punzadas de la ambicion; dividid esa »poblacion en pequeños Estados, mas ó menos democráticos, débilmen»te constituidos, sin distincion ni categoría, y comprendereis que en ellos »sea tolerable la licencia de los periódicos, y que hasta sea un útil resorte »de la democrácia, un estimulante que arranque á los ciudadanos aisla»dos de los afanes domésticos, para llamarlos á la discusion de los gran»des intereses públicos.

»Suponed por otra parte un reino donde el tiempo haya acumulado »sobre la alta aristocrácia una influencia, dignidades, riquezas y pose»siones casi régias: se necesitará poner un freno al orgullo de los grandes; »será preciso recordarles lo que deben al trono y al pueblo, inculcarles »diariamente que la influencia no puede conservarse sino como se ha ad»quirido, por medio del saber y del valor, del patriotismo y de los ser»vicios. Los diarios y aun su licencia son admirables para esto. Si ahora »añadís que esta alta aristocrácia no se halla aislada en el Estado; que »debajo de ella descienden y se ensanchan escalones sucesivos; que es»tan fuertemente unidos, indisolublemente soldados en una sola gerar»quía; que todo se mueve por ella, gobierno, justicia civil y crimi»nal, administracion, policía; nadie deberá admirarse de que una sociedad »de esta suerte dispuesta, sobreviva á las agitaciones de la prensa pe»riódica.»

M. de Serre tenia un genio organizador. Los progresos disolventes del individualismo le aterraban; queria, á la manera de Napoleon, constituir clases, corporaciones, ciudades, contrapesos, un conjunto resistente de fuerzas políticas. No era aristócrata por preocupacion de casta, por tenacidad ó por orgullo; pero parecia dominado por la necesidad de una disciplina gerárquica, y de una clasificacion ascendente y descendente de las Cámaras, y aun de la misma sociedad. Afortunadamente las naciones no se dejan asi amasar y modelar bajo el caprichoso dedo del legislador: la Francia tiene las costumbres de la igualdad; tanto por temperamento como por cordura, le repugnan las ríspidas é intolerantes gerarquías de las condiciones y del poder.

Criado en la escuela de la filosofía alemana, M. de Serre empleaba en la discusion de los negocios los procedimientos de un método profundo, pero no hueco, ingenioso, pero no sutil: gustaba de remontarse al orígen de las cosas, y era admirable en sus exposiciones históricas: comentaba sábiamente las antinomias de la legislacion. Trataba todas las materias civiles, políticas, militares, fiscales, religiosas, con singular exactitud de miras y una gran seguridad de doctrina. Aduanas, Presupuestos, Empadronamientos, Imprenta, Libertad individual, Peticiones, Reglamento de la Cámara, Elecciones, Quintas, Pensiones, Amortizacion, Instruccion pública, Consejo de Estado, Negocios estranjeros,

sobre todas estas cuestiones hablaba, y no las dejaba sin dejar en pos de sí regueros de luz.

En el modo que tenia de establecer las divisiones de su discurso, en la firmeza de sus progresiones y en la sustanciosa y rica hilacion de sus raciocinios, inmediatamente se reconocia la marcha de un talento superior. M. Guizot tiene mucho de este método.

M. de Serre era largo y flaco de cuerpo: tenia la frente alta y prominente, el cabello liso, ojos vivos, el labio pendiente, y la fisonomía inquieta de un hombre apasionado. Titubeaba un poco al principiar á hablar, y se veia en la contraccion de sus sienes que las ideas se aglomeraban lentamente, y se elaboraban con esfuerzo en su cerebro; pero poco á poco se iban clasificando, tomaban su direccion, y salian en un órden cerrado y maravilloso; doblegábase, palpitaba bajo su peso, y las difundia en magníficas imágenes y en espresiones pintorescas y creadas por él.

No consignaré aquí mas que algunos de aquellos dichos ó, mas bien, de aquellos pensamientos que se le escapaban con tan viva abundancia:

—«A medida que el pueblo desaprende á obedecer, desaprende el »ministerio á gobernar.»

—«Una sociedad bien regida es el mas magnífico templo que puede »levantarse al Eterno.»

—«Los tribunales estraordinarios prueban mal en Francia.»

—«Si los ministros abusasen de su poder, se sabria entonces descu»brir las leyes de la responsabilidad y los caminos de la acusacion.»

—«Alumnos de las escuelas, teneis que aprender la ciencia y la cor»dura, y salís garantes de la ciencia y la cordura, y quereis juzgar á »vuestros maestros y á los superiores de vuestros maestros!»

—«Hemos visto á este gran pueblo amenazar ruina, y apoderarse de »él las convulsiones de la agonía.»

—«Si, despojada del musgo de los años, pudiera descubrirse ante »nuestros ojos la raiz de todos los derechos, aparecerian puros de toda »usurpacion, de toda mancha!

—«Si la libertad es para los Franceses una cuerda floja, la igualdad »es una cuerda que zumba de puro tirante.»

—«La ley es la relacion de los seres entre sí. El derecho es la espre»sion de esas relaciones.»

—«La democrácia corre como un rio que llena su cauce[1]!

Pero si por la súbita iluminacion del pensamiento, por el colorido, el nervio y la vehemencia del discurso, M. de Serre fué el hombre mas elocuente de la Restauracion, alguna vez se dejó arrastrar, como todos

1 No fué Royer Collard quien pronunció este dicho, como todos en Francia suponen equivocadamente.—*N. del T.*

los grandes oradores, de los descarrios de una elocucion violenta y arrebatada, como cuando pronunció su famoso *jamás* [1] que tanto se le ha vituperado, y de que bastante se ha arrepentido.

M. de Serre fué, durante sus últimos años, el blanco de la Oposicion; contra aquel elevado ingenio, contra aquella poderosa cabeza, para hablar como Benjamin Constant, dirigia esta sus tiros; asíale de la crin, lanzábale sus mas agudos dardos, hubiera querido poder arrancarle las uñas, y encerrarle en una jaula de hierro. Foy, Benjamin Constant, Manuel, Chauvelin, rondaban sin cesar al rededor de aquel soberbio enemigo, sin dejarle respirar un solo instante, y Casimiro Périer, que cuando llegó á ser ministro no podia sufrir que se menease tan siquiera la cabeza, y que gritaba en tono imperioso á la cuadrilla de sus diputados serviles: «Ea, pronto! de pie, Señores, de pie!» se arrebataba entonces contra M. de Serre con estraordinarias violencias de ademan y de lenguaje.

Si me fuera lícito dejar suspendido mi pincel, y olvidar que no bosquejo aqui mas que un retrato oratorio, diria que M. de Serre era hombre de bien, animoso, sincero, íntegro, modelo de todas las virtudes domésticas, demasiado sensible tal vez! La tribuna desgasta y consume esas organizaciones nerviosas. El general Foy estaba enfermo del corazon, Casimiro Périer del hígado, y de Serre del cerebro. Las repetidas excitaciones de la sensibilidad perfeccionan al orador, pero matan al hombre.

Luego que el partido de la Corte se hubo servido de M. de Serre para derribar la ley electoral y luego la prensa, se le quitaron los sellos [2] y la toga de canciller, y se le envió al brillante destierro de una embajada á meditar sobre la vanidad de los triunfos parlamentarios. Aquel hombre que habia presidido á la Cámara, y que era el mas elocuente de sus oradores, no tuvo bastante crédito para hacerse reelegir mero diputado; los liberales le creyeron demasiado realista, y los realistas demasiado liberal: ademas, la mayor parte de los electores acomodados no gustan de las superioridades: el genio ofusca y, por una especie de instinto, las medianías se acoplan. Para complacerles, para ser su hombre, es preciso ser todo para todos; no dañar ni servir demasiado; no nadar derecho en la corriente, sino flotar como una espuma en la orilla de los partidos; hundirse la cabeza entre los hombros: acurrucarse en un rincon para no ver el sol que se pone, y saludar al que sale; vi-

1 El partido liberal se jactó en la tribuna de que pronto podrian volver á Francia los proscriptos políticos; M. de Serre, dejándose llevar de la vehemencia de su discurso, mas que de su pasion, esclamó: «*Jamás!*»—*N. del T.*

2 Es decir, el alto cargo de Guarda-sellos, que suele ir anejo al de ministro de Gracia y Justicia.—*N. del T.*

vir la vida animal de las comidas ministeriales y de los saraos de la Corte. Sean VV. esto, y serán siempre diputados!

M. de Serre recibió una cruel pesadumbre con su repudiacion electoral. Turbósele la cabeza, y vueltos los ojos á aquella tribuna de Francia que le era tan cara, y donde todavía resonaban los ecos de su elocuencia, espiró.

¡Oh vanidad de las reputaciones! ¿Quién se acuerda hoy de M. de Serre? ¡Oh vanidad de su pintor! ¿Quién sabria sin mí, si yo no hubiera reproducido sus facciones, su robusta y varonil elocuencia, si no le hubiera estampado en el lienzo y devuelto á la luz, quién sabria, en nuestra edad olvidadiza, que M. de Serre vivió, comprimió la guerra civil, salvó la monarquía, y fué un grande orador, á tal punto que, entre los príncipes de la tribuna moderna, solo podria compararsele con Berryer, si Berryer fuera comparable con alguno?

7



vehemencia en su oracion, ni vigor en su dialéctica, pero era claro, lleno, firme, razonable, positivo: no se le escapaban, en el calor de la

7

DE VILLÈLE.

M. de Villèle fué, bajo la Restauracion, el gefe de la derecha. Era hombre de una presencia bastante vulgar, delgado, pequeño de cuerpo, de ojos penetrantes, de facciones irregulares, pero espresivas, de voz gangosa, pero acentuada: no era orador y era mas que un orador, porque tenia la habilidad de un político.

Los hombres de su partido desplegaban mas impetuosidad que prudencia: él los allanó al freno, y los disciplinó. No conocian absolutamente ni los hombres ni las cosas en medio de los cuales llegaban desde el fondo de sus provincias, y él les enseñó á conocerlos. Soldados obedientes, marcharon bajo sus banderas, y se formaron en batallon cuadrado, impenetrable á las bayonetas de la Oposicion.

M. de Villèle no gastaba flores en su estilo, pompa en sus imágenes, vehemencia en su oracion, ni vigor en su dialéctica; pero era claro, lleno, firme, razonable, positivo: no se le escapaban, en el calor de la

improvisacion, esas espresiones aventuradas de que se apodera el comentario, y que sirven de pasto habitual á las befas de la prensa.

Si la naturaleza le habia rehusado los dones, mas brillantes que sólidos, de la imaginacion y de la elocuencia, habíale dado, en grado supremo, aquel sentido recto, aquella ojeada del hombre de Estado que ve pronto y bien, que percibe lo que hay de falso, que dispone su réplica con vivacidad, al mismo tiempo que recibe el ataque sin alterarse, que no avanza demasiado por miedo de clavarse, y que tampoco retrocede demasiado por miedo de caer en el precipicio, y que, seguro del terreno que pisa, porque á cada paso le sondea, y de sus posiciones, porque las domina, se aprovecha de todas las faltas del enemigo, y decide la victoria mas aun por la estrategia que por el valor. No, no era un hombre vulgar el que luchó sin miedo y sin flaqueza durante su largo ministerio contra Manuel, Foy, Laffitte, Dupont de l'Eure, Chauvelin, Bignon y Benjamin Constant, y, lo que no era menos difícil, contra las exigencias de la Corte y de sus propios amigos.

Cuando Casimiro Périer, como un fogoso atleta, giraba en derredor suyo, buscando con la espada las junturas de su coraza, M. de Villèle resistia por medio de su inmovilidad: luego, tomando la ofensiva, daba á cada objecion su respuesta, á cada hecho su carácter, á cada cifra su valor. A veces eludia un choque ó demasiado recio ó inesperado, con una presteza esencialmente meridional[1]. Lógico, preferia convencer á conmover; moderado, mas le gustaba parlamentar que combatir. Las resoluciones violentas, los arbitrios desesperados le repugnaban, porque habia arremangado á la Monarquía los bajos del guardapies, y viendo la purulencia de sus llagas temia matarla con un remedio heróico.

Es una ventaja para un ministro no haber sido escritor, porque no está obligado á subir á la tribuna para esplicar, comentar y recoser las teorías de su libro, cuyos fragmentos le tiran malignamente á la cabeza. Otra ventaja es para un ministro estar poco menos que absolutamente desprovisto de aquel ingenio sutil y delicado que no siempre es el grande ingenio, y no tener ninguna imaginacion, con tal que sea expedito en sus réplicas, y tenga un juicio resistente: asi, con la prontitud de su réplica, M. de Villèle volvia objecion por objecion, é iba, como una saeta, derecho al blanco. Con la resistencia de su juicio, impedia que se penetrase en los músculos y en las carnes de su argumentacion por ningun lado vulnerable. ¿De qué le vale ademas á un ministro, en nuestras frias y cavilosas asambleas, seducirlas con sus imágenes, arrebatarlas con su

1 *Languedocienne*, del Langüedoc, dice el testo. Los hijos del mediodia, ó sean los Gascones, pasan en Francia por ser muy listos y traviesos, como nuestros Andaluces y Valencianos.—*N. del T.*

elocuencia, y jugar con ellas al peligroso juego de los epigramas? Imaginativo, se espondrá á inventar alguna figura hinchada ó grotesca, vehemente, á avanzar demasiado, para retractarse un momento despues; cáustico, á indisponerse con hombres á quienes tal vez está á punto de atraer á sí, y que, en Francia sobre todo, preferirían que los hiciesen pasar por facciosos á que les echasen encima la nota de tontos.

M. Molé, á pesar de sus aficiones de cortesano al gobierno personal, se ha sostenido en el poder mas de lo que se cree, merced al decoro de sus formas, á la esquisita urbanidad de su lenguaje, y á la destreza que tuvo en no chocar violentamente con las *susceptibilidades* de la izquierda; M. Guizot, por el contrario, por haber emponzoñado sus tiros con una hiel acre [1], irritó, ulceró los corazones de los patriotas rancios de la Oposicion que todavía estan manando sangre. Tambien M. Thiers, por haber insolentemente calificado la sandez y la nulidad de los centros [2], se ha hecho en ellos enemigos irreconciliables. M. de Villèle nunca mordió á sus adversarios en la mejilla ni en parte alguna, á punto de dejarles señalados los dientes, y no los supeditaba sino con la sola fuerza de su lógica. Jamás se sabrá cuántas vanidades de tres pisos, sobre las cuales se sienta y se pavonea, contiene el pecho del mas oscuro diputado. Guardaos, ministros franceses, guardaos bien de humillar á esos gallos de aldea, cuyo amor propio está despierto, y canta antes del alba!

Cierto que fué un problema parlamentario, un fenómeno único el de aquellos trescientos Espartanos [3] regimentados y retenidos por tanto tiempo bajo la bandera del Agesilao ministerial. ¿Debióse este resultado á la fuerza del principio legitimista? Al miedo que inspiraban los liberales? A los cebos de la corrupcion? A la destreza y sagacidad del pastor de aquel rebaño? Un poco de todo esto hay en la esplicacion que puede darse de aquel hecho singular.

Pero ya los hombres de la extrema derecha que asestaban sus baterías en el sentido de las ordenanzas de Julio [4], hallaban que M. de Villèle no iba ni bastante aprisa, ni bastante lejos, y los de la izquierda crecian por momentos en audacia y en número. M. de Villèle se sintió inundado por todas partes, y para volver á encerrar en su cauce el torrente de la Opo-

1 En los primeros tiempos que se siguieron á la Revolucion de julio, M. Guizot, hoy tan mesurado, atacaba con violenta acrimonia al lado izquierdo, sobre el cual lanzaba miradas furibundas.—*Nota comunicada por el autor.*

2 M. Thiers, despues de su primer ministerio, disparó á los hombres del centro este sarcasmo á quema-ropa: *Prefiero la calidad á la cantidad.* ¡Qué efecto debió causarle al partido de *cantidad*!—*Id.*

3 La mayoría bajo el ministerio de M. de Villèle.—*N. del T.*

4 Las que dieron ocasion á la Revolucion de 1830, en que se modificaban la ley electoral y la de imprenta.—*Id.*

sicion, intentó la disolucion de la Cámara. ¿Hizo bien? ¿hizo mal? en otros paises, para un gobierno, haber existido mucho tiempo, es una razon para subsistir: en Francia, para un gobierno, haber vivido mucho, es una razon para morir: deseamos mudar, no tanto para estar mejor como para estar de otro modo. Reyes, Cámaras, ministros, ciudadanos, sistemas, todo en Francia vive de lo imprevisto y á la improvista.

Los ultra-realistas de la Cámara y la prensa legitimista de la Oposicion carecieron de prevision, y cometieron una enorme torpeza derribando á M. de Villèle. Si hubiera continuado dirigiendo el timon del Estado, hubiera bordeado con destreza entre los escollos, y acaso hubiera salvado á la Monarquía del naufragio en que se fué á pique.

La superioridad de M. de Villèle para el gobierno de lo grande y de lo pequeño era tan natural, y estaba tan bien reconocida, que siempre y en todo le valió el honor del primer puesto. Aunque mero plantador, manejó, por la eleccion instintiva y espontánea de los habitantes, la administracion de una Colonia; aunque casi desconocido y, lo que es peor, moderado, fué luego llamado á la magistratura municipal de Tolosa; aunque hidalguillo de segundo órden, llegó á ser en la Cámara aristocrática de 1815, y en medio de tantos nobles bastante principales, el gefe de la oposicion realista; en fin, aunque tenia consigo á M. de Chateaubriand en el gabinete, llegó sin contradiccion á la presidencia del Consejo de ministros.

Pero nunca brilló mas M. de Villèle que cuando sometió á la discusion su famoso proyecto sobre la conversion de las rentas. M. de Villele, en aquella memorable campaña que duró diez dias, hizo prodigios de valor parlamentario; tuvo cautiva en sus bancos á la Cámara con la elevacion de sus miras y el nervio de su razon. Acometido de espaldas y de costado por los hombres de la Oposicion, abandonado de los suyos cuya falange empezaba á romperse, mal servido por sus colegas, sostuvo él solo todo el esfuerzo del combate; hizo frente á Casimiro Périer, hizo frente á Humann, los dos leones de la ciencia económica que le acosaban con sus mordiscos y sus rugidos. Despues de las fatigas de cada dia, hallábase al siguiente mas firme y dispuesto; improvisaba, replicaba en el instante mismo con aquella imperturbable sangre fria que no se deja derrotar por ninguna objecion, con aquella perspicacia que vé de lejos las celadas y las evita, con aquella flexible dialéctica que se repliega para defenderse, y se desarrolla para atacar, con aquella facilidad de elocucion que no presta á la virilidad del pensamiento mas que lo que necesita para vestirla, y no para ocultarla.

En la refriega de las enmiendas redobló el choque: cada uno de los adversarios de M. de Villèle le asió á brazo partido, pugnando por derribarle; pero él, soldado y capitan juntamente, parecia que se multi-

plicaba bajo sus golpes. Subió once veces á la tribuna en la misma sesion sin que sus fuerzas le abandonáran, y sin caer en un yerro de lógica, y vencedor por la fuerza siempre creciente de su argumentacion y por la verdad de sus principios, quedó dueño del campo de batalla.

Pero, ¡cosa triste! despues de haber triunfado en la Cámara de diputados, sucumbió en la Cámara de Pares, en la excelente y mal comprendida causa de la Conversion, cuya adopcion hubiera hecho bajar los intereses, hubiera abierto á la industria y al comercio una nueva fuente de riquezas, hubiera dado impulso á la agricultura sacándola de su esterilidad y degradacion, y mejorado la suerte de los trabajadores y de los proletarios; y la misma Cámara que rechazaba aquella grande y benéfica medida, aplaudió á M. de Villèle cuando defraudó las elecciones, paralizó la prensa, y puso un bozal á la libertad!

Sea de ello lo que fuere, podemos hoy decir que M. de Villèle puso verdaderamente la mano en la llaga al promover la cuestion de las rentas, y que se adelantó á su época, dando prueba de ser mejor hacendista que Casimiro Périer, y tan bueno como M. Laffite.

Sabia él que la buena contabilidad de la hacienda exige unidad en el conjunto y exactitud en los pormenores, é introdujo en ella un órden admirable.

Dotado de un genio maravilloso para todos los negocios, trataba los negocios grandes con la decision propia del hombre de Estado, y los pequeños con la escrupulosidad de un oficinista. Los comprendia á primera vista con una sola lectura, y como jugando. No menos perspicaz que M. Thiers, pero sí menos ligero, no se entregaba como él á brillantes digresiones por el solo placer de hablar de todo y bien; circunscribíase á la cuestion, juzgaba el punto litigioso, pasaba de aquel á otro, y sin la menor fatiga y sin la menor confusion solventaba los casos mas diversos, mas áridos y complicados.

De todos los gefes de gabinete que ha devorado el régimen de nuestras dos Cartas, solo ha habido dos que han metido ruido, y que dejarán tal vez algun rastro en la historia: Casimiro Périer y Villèle. Ambos antipáticos el uno al otro por sus opiniones, por su temperamento y sus facultades; ambos sentados en un principio en los bancos de la Oposicion, y despues en los bancos ministeriales; el uno imperioso y colérico; el otro cortés y reservado. El uno solo subia á la tribuna para refutar al otro cuando la dejaba. El uno solo se servia de la figura animada y espresiva del apóstrofe; el otro procedia por la via lógica del raciocinio, sin alterarse y sin tropezar. El uno llevaba la aspereza hasta la grosería; el otro llevaba la finura hasta la astucia.

Pero eran ambos de lo mas selecto, aunque con diversas cualidades. Ambos eran naturalmente hábiles en el arte de mandar á los hombres, y

de hacerse obedecer por ellos. Ambos sabian conducir sus respectivas mayorías, el uno con el miedo, el otro con la seduccion. Ambos, finalmente, aunque adversarios, se hallaban identificados en un punto muy importante, pues, á diferencia de los otros ministros, comprendieron ellos la verdad del sistema representativo, y gobernaron el pais dejando reinar á sus señores.







EL GENERAL FOY.

Al principio de la Restauracion el público entendia muy poco de las importaciones de la Carta inglesa de 1814, con la ficcion metafísica de su trinidad, su doble Cámara, la vana responsabilidad de sus ministros y el mentido balanceo de sus poderes. Los doctrinarios solo se agitaban en el santuario de su ermita [1]. El ódio á los estranjeros, cuyo insoportable yugo pesaba sobre nuestro territorio, y el ódio á la vieja aristocrácia que ajaba cuanto podia en su amor propio á la clase media, y que punzaba á los nuevos intereses de la revolucion; estos eran los sentimientos mas generales que dominaban á la nacion.

1 Alusion al dicho, muy repetido entonces, de que todos los doctrinarios, esto es, Royer-Collard, Guizot y un tercero, cabian perfectamente en un canapé. Dichos señores estaban á la sazon *de monos*, como suele decirse vulgarmente, con la restauracion, sin desear por eso con mucho ardor la Revolucion.—*Nota comunicada por el autor.*

temprana edad; por eso solo pueden hablarla sin preparacion los abogados y profesores, ó los parlanchines de tertulia, que aunque parecen hombres son en la lengua mujeres. Para suplir la insuficiencia de su educacion oratoria, el general Foy meditaba prolijamente sus arengas. Formulaba, distribuia en su vasta memoria su conjunto y sus proporciones; disponia sus exordios, clasificaba los hechos, planteaba sus tésis, y bosquejaba sus peroraciones. Con esta preparacion preliminar subia á la tribuna, y entonces dueño ya de su asunto, fecundado por el estudio y por la inspiracion, abandonábase á la corriente de sus ideas. Hervia su cabeza, inflamábase su discurso, se condensaba, crecia, y tomaba por fin completa forma y color. Sabia lo que iba á decir, mas no cómo iba á expresarlo; veía el objeto, mas no sabia por qué caminos llegaria á él; tenia las manos llenas de argumentos, de imágenes, de flores, y á medida que se le iban presentando íbalos escogiendo y entrelazando, para tejer el ramo de su elocuencia. No se advertia en esta ni la frialdad de la lectura, ni la monótona salmodia de la recitacion. Era aquel un procedimiento misto, por medio del cual el orador, solitario é iluminado á un mismo tiempo, improvisador y escritor, se encadena á sí mismo sin esclarizarse, olvida y recuerda, rompe el hilo de la oracion y lo anuda, para volver á romperlo y á anudarlo sin estraviarse jamás, mezcla las ocurrencias, los incidentes, lo pronto y pintoresco de la inspiracion con la reflexion, el enlace y el pensamiento, y saca sus recursos y su poder, asi de lo aderezado como de lo imprevisto, asi de la precision rigurosa del arte como de las gracias de la naturaleza. No á todos fué dado ser orador de este modo, porque para ello se han menester memoria é invencion, originalidad y gusto, abandono y estudio: cualidades que por lo general se excluyen mútuamente.

El método del general Foy, que tal vez á él solo cuadraba, no carece de ventajas. Primeramente, las asambleas agradecen el trabajo que el orador se toma en su obsequio; en segundo lugar, como los límites del discurso están señalados de antemano, el orador no se pierde en el espacio sin fin de las divagaciones improvisadas. Lo contrario equivale á presentarse en pantuflas y chaqueta ante el colegio electoral, y á ir ensartando palabras unas tras otras hasta que ocurra alguna idea, como si los oyentes solo estuvieran reunidos para esperarle á uno!

Hay en efecto oradores que se visten, por decirlo asi, en la Tribuna, que llegan á ella con abandono y negligencia, como con ropa de levantar, suelta y flotante, y despues empiezan á arreglarse y acicalarse, y vánse poco á poco disponiendo y calentando, y por fin se lanzan á escape tendido, y bufando, jadeando, lanzando fuego por los ojos, atraviesan en su impetuosa carrera lugares floridos ó desiertos, quiebras escarpadas y llanuras, hasta que por fin dan consigo en tierra reventados

y con un palmo de lengua fuera, apretándose con los puños los ijares. Entonces es preciso quitarles la brida, y mojarles las sienes y la boca con una esponja; ponen en blanco los ojos, y se desmayan; y cuando, despues de haberles aflojado las cinchas recobran el sentido, si se les pregunta qué camino han llevado, lo mismo lo saben ellos, lector amigo, que tú y que yo.

Las frases del general Foy que mas eco dejaron no eran sino palabras guardadas en conserva, con su efecto y su marco preparados.

Con cuánto arte sabia él sacar á plaza una situacion calculada, un efecto dramático, una figura de sorpresa, un dicho afortunado! Con cuánta oportunidad, por ejemplo, supo ingerir en una discusion de presupuesto el retrato del mariscal Guvion Saint-Cyr, pintado de antemano, pero admirablemente pintado!

Pero si bien los grandes discursos del general Foy no carecen de defectos, á pesar de la perfecta exposicion del asunto, de la claridad de la elocucion y de la abundancia de los raciocinios; si bien se les puede tachar de ser demasiadamente acompasados, trabajados con exceso, y de oler un tanto á aceite, no puede en verdad decirse otro tanto de sus improvisaciones, que eran todas rápidas, y corrian, por decirlo asi, á salto de liebre. ¡Qué naturalidad en ellas! qué vívida y poderosa ironía! qué réplicas tan admirablemente felices! Y adviértase que era lo mismo en todas ocasiones, á cada paso, en cada interrupcion, y que nunca empleó palabra que no fuese exacta y decisiva.

A los que le tachaban porque echaba de menos la escarapela tricolor:

«Ah! les dijo, no serian por cierto las sombras de Felipe-Agusto y »de Enrique IV las que se indignarian en sus sepulcros, al ver las flores »de lis de Bouvines y de Yvry en la bandera de Austerlitz.»

A los que le preguntaban: Qué es la aristocrácia?

«La aristocrácia? contestó, voy á decíroslo. La aristocrácia es la liga, »la coalicion de los que quieren gastar sin producir, vivir sin trabajar, »ocupar todos los destinos sin ser capaces de desempeñarlos, invadir to»dos los honores sin haberlos merecido: hé ahí la aristocrácia!»

A los que clamaban porque se levantase la sesion:

«Que se levante, pedís, para no oir mas verdades! Haceis bien, por»que las verdades os hunden.»

A los agio-garduños[1] que le decian: Envie V. á la Bolsa las noticias estranjeras que sepa:

«No entiendo de juego de Bolsa; yo solo juego á la alza del honor »nacional!»

1 *Loups-cerviers*; nombre dado por M. Dupin á los banqueros y agiotistas en uno de sus arranques parlamentarios.—*Nota comunicada por el autor.*

A los diputados que se lamentaban de que á la Comision de censura se la habia dejado á media paga:

«Si eso es cierto, deseo por mi parte que se la trate como se trata hace dos años á los oficiales que estan tambien á media paga, esto es, que »no vuelva á echarse mano de ella para el servicio!»

A los ministros que defendian el lujo ridículo y las prebendas del ministerio de negocios estranjeros:

«Ya es tiempo de que nos hagan VV. conocer á sus diplomáticos que »no han servido ni antes, ni despues, ni durante nuestra heróica Re»volucion; sepamos qué pensiones han concedido VV. á este para que es»criba un libro, á aquel para que no lo escriba; veamos á esos médi»cos que nunca tienen enfermos que curar, á esos historiógrafos que no »tienen historia que escribir, á esos paisistas que no tienen mas paisages »que pintar que el jardin del palacio de Wagram.»

A los ministros que se negaban á pagar sus pensiones á los condecorados con la legion de honor:

«Cuando celebren VV. su espléndido festin por la indemnidad [1], de»jen caer de la mesa, sí, de su mesa, algunas migajas de pan para los »pobres soldados veteranos y mutilados.»

A los mismos, cuando se guarecian con el nombre del príncipe:

«No cubran VV. con el manto real sus andrajos ministeriales.»

Hablando indirectamente de M. de Serre, liberal apóstata:

«Hay en política posiciones tan sumamente degradadas que no tienen »valor á los ojos de ningun partido.»

Y aludiendo directamente á M. de Serre, como guarda-sellos:

«La única venganza, el único castigo que yo le impongo, es que al »salir de este recinto dirija una mirada á las estátuas de Daguesseau y »de l'Hôpital [2]!»

Este apóstrofe oratorio es de la mayor belleza.

Epoca de grande ardimiento, comparada con la nuestra, y que no volverá á repetirse, fué la de aquella Oposicion de quince años! Los carbonarios no habian aun desertado de sus conciliábulos y de sus lógias subterráneas para cebarse en las orgias del poder. Los diputados de la izquierda no habian aun hecho traicion á su juramento, no habian prostituido indignamente á la democrácia á vergonzosas concesiones, á honores infamantes y á miedos mujeriles? [3] Viviáse en la inocencia de las

1 Hace referencia á la famosa indemnidad de millones, en favor de los emigrados, que el ministerio Villèle hizo aprobar por las Cámaras.—*N. del T.*

2 Dichas estátuas se hallan en efecto colocadas en la parte baja del peristilo de la Cámara de diputados.

3 Alusion general á las defecciones de la izquierda despues de la Revolucion de Julio.—*Id.*

primeras ilusiones; teníase fé en la probidad de los hombres políticos; jamás le sucedia á uno palpar bajo la ropa de un colega una mano traidora ó un hierro dispuesto á herirle. Entre todos los diputados de la Oposicion no habia mas que una sola voz, y una sola alma, y un solo pensamiento. Todos vigilaban sobre cada uno, y cada uno sobre todos; hallábanse siempre en tren de guerra, con botas y espuelas, y siempre en la brecha, batidos por un lado, vencedores por el otro, pero sin perder ánimo jamás por su escaso número, y sin desconfiar de la libertad y del porvenir. Estaban sistemáticamente organizados, con sus gefes, sus centinelas avanzadas, sus flanqueadores, su cuerpo de ejército, su plan de ataque y de defensa, su santo y seña. Tenia la Francia fijos en ellos los ojos y el corazon, y presenciaba sus combates, recibiéndolos con aplausos y palmas victoriosas. Preciso es repetirlo, honroso era entonces ser diputado; pero cuánto mas todavía ser orador! mas en verdad que haber ganado batallas, porque se acababan de ganar á centenares, y los héroes pululaban en la Francia. Mas hoy dia es tan poca cosa ser diputado! y ser Par es todavía menos, sí, mucho menos. Hemos visto á tanto titiritero pernear y brincar sobre el tablado de la representacion, que por mas que nuestros polichinelas se deshagan en ademanes, y se sacudan el polvo y hagan la mortecina, ya no pueden atraer al pueblo, que cansado de su mímica los abandona para acudir á nuevos espectáculos.

El general Foy tomó su papel tan á pecho que no cesaba de estudiarlo dia y noche. Compulsaba asíduamente las memorias y los informes, las ordenanzas, las leyes; dictaba, sacaba notas, analizaba su inmensa lectura, extraia la flor de cada asunto para elaborar en seguida su panal.

No se desdeñaba de internarse en el laberinto de las leyes de hacienda, con el hilo de la contabilidad en la mano. Hojeaba nuestro voluminoso presupuesto, recorria uno por uno todos sus capítulos, todos sus artículos, con toda la paciencia árida y minuciosa de un oficial de registro. Su sagacidad prodigiosa no pasaba nada por alto; tan atento á los pormenores de ejecucion, como al espíritu de los reglamentos, investigaba el orígen de los gastos, formaba las cuentas, verificaba los guarismos, y descomponia todos los elementos de cada ramo. Intendencias, estados mayores, ingenieros, pagas, alistamientos, ranchos, acuartelamientos, pensiones, tropas, gendarmería, vestuarios, justicia militar, todo lo revisó, todo lo examinó, todo lo discutió. Enterábase de las leyes eclesiásticas, de las leyes civiles, de los mismos procedimientos. Ninguna de aquellas cuestiones tan árduas y heterogéneas, de empréstitos, rentas, amortizacion, aduanas, deuda consolidada, prensa, consejo de Estado, instruccion pública, administracion interior, negocios estranjeros, ninguna de ellas, repito, le era estraña. Era un hombre de hierro, uno de aquellos hombres de la escuela napoleónica que marcha-

ban á la conquista de la libertad con el mismo paso con que marcharon á la conquista del mundo, con la frente erguida, la mirada resuelta, sin temer los obstáculos y sin dudar de la victoria; de aquellos que sacrifican á su deber sus dias, sus noches, su hacienda, su salud, su existencia; que se agarran siempre como con grapas á la parte mas dificultosa de cada negocio, que nunca flaquean, y que viven y mueren por causa de su enérgica y firme voluntad!

Pero lo que principalmente descubre la gran capacidad del general Foy, es la lucha encarnizada y diaria que sostuvo para impedir el cambio de la ley electoral. De la ley electoral, sí! porque en ella está sin disputa todo el gobierno, todo el Estado, toda la Constitucion.

Y aun pudiera decirse que no hay para el pais otra ley política mas que esta, ó, si se quiere espresar la idea en otros terminos, que en ella se contienen todas las demas leyes, puesto que es la ley matriz. La Carta es la sociedad en estado de reposo. La ley electoral es la sociedad en accion, en estado militante. Dados los electores, conocido es el gobierno; con electores funcionarios, el gobierno será despótico; con electores propietarios de primera clase, el gobierno será oligárquico; con el sufragio universal, no podrá menos de ser democrático el gobierno.

El general Foy conocia por instinto que la ley electoral que exige propiedad, pone sin remedio el gobierno en manos de la gente de dinero, y mal de su grado estaba contribuyendo á que triunfase la ignoble máxima de *cada cual en su casa y para sí*, y *todo para sí* [1]. No sabemos por la historia que hayan llevado á cabo grandes cosas mas que el pueblo ó la aristocrácia; la gente de dinero apenas se eleva á mas altura que sus hombros. Aunque le haya prestado servicios, mucho dudo que Foy se contentára con un régimen prosáico sin libertad y sin gloria.

Por lo demas ¿en qué ha venido á parar tanta y tan bella charla legislativa sobre el voto sencillo y el doble voto? Se ha visto por ventura en las asambleas de monopolio que la Elocuencia, esa hija del cielo, haya jamás curado corazones corrompidos y fortalecido sesos menguados? Por ventura gobernó la igualdad alguna vez el mundo? No fué siempre el azar quien lo rigió? Quién hubiera dicho, tres dias antes del 25 de julio, que un golpe de Estado acabaria con la Carta, y, tres dias despues, que un golpe de garrote acabaria con la monarquía? La Elocuencia, todo lo mas viene á ser como el tambor que da la señal de ataque, pero lo que decide la victoria son fusiles y cañones.

El corazon del general Foy era un corazon verdaderamente noble, un corazon donde rebosaban los grandes sentimientos del amor de patria y de la independencia nacional, un corazon heróico amante de la

1 *Chacun chez soi* et *tout pour soi*; espresion de M. Dupin.—*N. del T.*

gloria, pero no por él, no por la gloria misma, sino por su pais; que asi se le amaba en Austerlitz, asi se le amaba en aquellos dias tan puros de la República nacional.

El ejército, esa perla de nuestra corona nacional, jamás tuvo en las lides parlamentarias mas cumplido paladin. No es mucho en verdad que sean escuchados con respeto esos hombres que al hablar de guerra pueden descubrir un pecho acribillado de heridas y un brazo lleno de cicatrices de balas enemigas!

Dícese que su vida privada era un verdadero dechado; una vida de soldado y de ciudadano, honrado, afectuoso en sus relaciones de familia, solícito con sus amigos, sencillo, estudioso, íntegro, natural, desinteresado, y digno, como los grandes hombres de la antigüedad, de ser inmortalizado por la pluma de un Plutarco.

Hay en los discursos del general Foy cierto atractivo, cierto velo de pudor, cierto perfume de virtud, y cierta gracia de corazon que hace amar al hombre en el orador. Cuando hablaba, se veia, y aun se sentia que ponia en los lábios el alma.

Yertos quedaron para siempre aquellos lábios elocuentes! el fuego de la palabra consumió su vida! sí, porque la tribuna mata á los oradores que tienen conciencia. Huyen en ella la calma de los dias y el reposo de las noches; vívese en ella una vida agitada y convulsiva; la accion de los órganos se suspende ó se precipita; el cabello blanquea, las manos se ponen temblorosas, el corazon se contrae, se dilata y se desgarra.

Mal de mi grado, me veo en la precision de tocar un punto de fisiologia política que cien veces me he propuesto resolver.

Si Luis XVIII, despues de su vuelta de Gante, hubiera ofrecido al general Foy el gobierno de una provincia ¿lo hubiera este rehusado? Y si lo admitiera ¿en qué pararia toda aquella tormenta de elocuencia? Tal vez en puro viento! Cuántos liberales de esa especie, y aun mas ardientes todavía, no hemos visto en las Cámaras de 1816, y fuera de ellas, que solo lo eran por casualidad; cuántos que fueron creados nobles por Napoleon, porque padecian el necio sonrojo de llevar en la frente la marca del pecado original de plebeyos; cuántos convertidos en magistrados justicieros porque les habian quitado de su asiento los cojines flordelisados [1], y en generales porque hasta entonces no habian logrado mando ninguno en el ejército, y en empleados del guarda-ropa porque se les habia despojado del dulce privilegio de presentar la camisa limpia al monarca á la hora del tocador! La necesidad de agradar al amo fué siempre en Francia la dolencia endémica de los hombres mas honrados. Casi

1 Los magistrados se sentaban sobre cojines flordelisados; emblema de la monarquía de Cárlos X.—*N. del T.*

todos los amigos del general Foy, casi todos aquellos diputados por cuyas caras doloridas y marchitas parecen correr lágrimas en los bajo-relieves de su mausoleo, desertaron luego la santa causa de la libertad que formó algun dia su gloria y nuestra esperanza! Todos aquellos Escévolas, aquellos Cincinatos, aquellos Brutos de la Oposicion, esceptuando dos ó tres, se precipitaron á cierra ojos en la servidumbre de un nuevo reinado. ¿Hubiera el general Foy abrazado como ellos las aras de ese nuevo ídolo? Habria quemado en ellas su porcion de incienso? Pésame decirlo, pero asi lo creo; ningun orador de la izquierda hizo, bajo la Restauracion, mas profesiones de fe dinástica que el general Foy. Siempre que la ocasion se presentaba dirigia á la familia de los Borbones, tales cumplimientos, protestas tan espresivas, y la hacia agasajos y caricias tan tiernas y fervorosas, que algunos han llegado á dudar que en 1830 se hubiera alistado en las filas del pueblo. ¿Qué esplicacion hubiera dado, cuando llegára el caso, de aquellas palabras: «El que quiera mas que »la Carta, menos que la Carta, ú otra cosa distinta de la Carta, falta á »sus juramentos.?» Es claro: hubiera hecho lo que todos los demas hicieron! El reparo de quebrantar un juramento no le hubiera detenido, aunque decia que la fidelidad á la patria es el supremo juramento. Venga, pues, el gobierno que quiera, siempre puede uno permanecer fiel á la patria de ese modo.

Pero aun hay otras razones mas decisivas:

El general Foy era uno de los mas íntimos banderizos de Orleans. En la Cámara de 1825 se dió á conocer como fautor y sostenedor de infantazgos. De buena gana hubiera él destruido los blasones históricos de la antigua nobleza, porque no pertenecia á ella; pero quizás se hubiera manifestado menos inexorable para esa otra nobleza de nuevo cuño que con su ropa dominguera no sabe hoy dejar los salones de Tullerías. Inclinábase á la pairia hereditaria, lo mismo que Casimiro Périer y casi todos los de la Oposicion de los quince años. Como hombre de accion y de arrojo, se hubiera lanzado á la nueva corriente de 1830; pero hubiera dejado al pueblo en la orilla, y él se hubiera embarcado en la dorada nave que conducia la fortuna de otra dinastía. Para oponerse no fuera bastante tener un corazon noble, ni ser elocuente; seria preciso tener principios, y el general Foy carecia de ellos. Los mas grandes oradores del monopolio no suelen ser sino unos pobres hombres en política; visten con teatral atavío la púrpura de los baratillos constitucionales; repiten á son de trompa las palabras retumbantes de igualdad, libertad, patria, independencia, economía y virtud; saben donde deben colocar poco mas ó menos sus figuras retóricas, el apóstrofe, la metáfora, la prosopopeya; abren un palmo de boca para sacar una aprobacion unánime de esas aclamaciones oficiales y de cajon, prodigadas por turno á Luis XVI, á la

Convencion, al Directorio, al Consulado, al Imperio, á la Restauracion, á todo lo demas; les enseñarán á VV. como hay que arreglarse para dorar las usurpaciones cometidas por la violencia y por la astucia sobre los derechos de la nacion; pero de la primordialidad de estos derechos, de su soberanía, de su universalidad, de su imprescriptibilidad, de su inviolabilidad, de su carácter, de su estension, de su comunicacion, de su ejercicio y de sus garantías, no saben ellos una jota. Esto no se aprende en las escuelas de retórica ni en las Cámaras de privilegio; el libro del pueblo no ha estado nunca abierto ante sus ojos.

Cuántas veces le pesó á Napoleon la vida que pudo perder con brillo un dia! Ah! cuánto envidiaba en la roca de Santa Elena la suerte del primer soldado muerto de un balazo en Waterloo! La fortuna, por el contrario, hundiendo al general Foy en la tumba en el apogeo de sus triunfos oratorios, no quiso defraudar á este en un ápice de su puro y claro renombre. Si hubiera continuado viviendo, le viéramos hoy trocado en cortesano de Luis Felipe, ministro de la Guerra, mariscal de Francia, Condestable tal vez.

Bien hizo en morirse!

DE MARTIGNAC.

Perdió la Tribuna este brillante orador, que solo por los últimos restos de su vida pertenece á la revolucion de Julio.

M. de Martignac fué ministro, diputado, y hombre de letras.

Como ministro, prestó á la libertad servicios de que le está agradecida, y preparó mas de lo que generalmente se cree, aunque sin saberlo y sin quererlo, la rápida y sorprendente revolucion de Julio.

M. de Corbière, al dejar el ministerio, dejó la libertad de la prensa encadenada, y las elecciones entregadas á la corrupcion. M. de Martignac, sustituyendo á las inscripciones de oficio la comprobacion pública, reanimó la energía de los ciudadanos, y desterró los fraudes prefectoriales [1]. Aboliendo la censura facultativa, restituyó la plenitud de su accion á la libertad de la prensa, y quitó á M. de Polignac todo poder para entorpecerla. En efecto, purificadas las elecciones, se formó en la Cámara una mayoría de diputados verdaderos repúblicos, esta mayoría

1 Alusion á las leyes anteriores, llenas de fraudes y abusos, en virtud de las cuales la formacion de las listas electorales quedaba al arbitrio y capricho de los prefectos de los departamentos.—*N. del T.*



...ectos de los departamentos.—*N. del T.*



sostuvo con sus atribuciones legislativas la libertad de la prensa, y la libertad de la prensa desconcertó la loca usurpacion de M. de Polignac. Estas tres consecuencias van de por sí encadenadas, y bajo este aspecto no erramos en decir que M. de Martignac hizo un servicio inmenso á su nacion.

Compárese ahora el ministerio Martignac con el ministerio doctrinario [1]. Aquel, partiendo del despotismo, caminaba, aunque á paso lento, hácia la libertad; este, partiendo de la libertad, corria precipitadamente hácia la corrupcion. El uno era ilustrado, insinuante, afectuoso en sus maneras, cortés en su lenguaje, conciliador en sus transacciones; el otro duro, altanero, atrabiliario, despreciador, imperioso. M. de Martignac no hubiera ciertamente asalariado en las elecciones á viles folletistas para insultar á la probidad é independencia de los candidatos de la Oposicion. No hubiera él disuelto la guardia nacional para castigarla por su patriotismo y moderacion; no hubiera él, con la violencia de sus medidas escepcionales, declarado á concejos enteros fuera de la ley; no hubiera él ultrajado con falsas denegaciones á municipalidades libres; no hubiera él destituido brutalmente diputados funcionarios [2]; no hubiera sido él capaz de mostrarse en su banco hecho un energúmeno haciendo girar sus ojos encarnizados, amenazando con el puño á sus antiguos amigos, y tratando á sus colegas como sus lacayos [3]. No hubiera finalmente arrojado él la nacionalidad de los pueblos bajo la cimitarra de la Santa Alianza, ni hecho amontonar en todos los corazones tesoros de rencor y de venganza contra los crímenes de su apostasía.

Puestos en paralelo uno y otro ministerio, resulta que el de Martignac fué un ministerio de progreso, y el de los doctrinarios un ministerio retrógado. El uno hizo revivir la opinion; el otro la sofocó. El uno emancipó al jurado y á la prensa; el otro las cargó de cadenas. El uno mitigó las penalidades corporales y pecuniarias de la legislacion; el otro inventó las torturas de San Miguel [4], y restableció la confiscacion con el exceso de las multas. Purificó el uno las elecciones; las corrompió el otro. Expulsó el uno á los serviles de la Cámara; el otro los repuso en ella. Con el uno se abrian todos los corazones á la esperanza; el otro con sus discursos, sus actos y sus leyes, ha colmado de dolor y de indigna-

1 Entiéndase del ministerio doctrinario de 21 de mayo, presidido por Périer.—*Id.*

2 Alusion á la destitucion de M. Odilon Barrot y otros, como consejeros de Estado.—*Nota comunicada por el autor.*

3 Alusion á la vehemencia apasionada y enfermiza de Casimiro Périer en los últimos meses de su vida.—*Nota comunicada por el autor.*

4 Fortaleza situada cerca del mar en la baja Normandía, donde eran custodiados los reos de delitos políticos.—*N. del T.*

cion el alma de todos los buenos ciudadanos. Consolábanos aquel de lo perdido con la Restauracion; este nos hará maldecir de lo ganado en Julio.

Considerado como orador, M. de Martignac debe ocupar un lugar aparte en la galería parlamentaria. Cautivaba la atencion, mas bien que la dominaba: con qué arte sabia sortear la puntillosa vanidad de nuestras Cámaras francesas! con qué ingeniosa flexibilidad penetraba en todas las revueltas de una cuestion! qué fluidez de diccion la suya! qué mágia! qué decoro! qué oportunidad!

La esposicion de los hechos tenia en su boca una claridad admirable, y analizaba los medios de sus adversarios con una fidelidad y un tino de espresion que hacian asomarse á los labios de estos la sonrisa del amor propio satisfecho. Mientras que su animada mirada recorria la asamblea, modulaba en todos los tonos su voz de sirena, y su elocuencia tenia la dulzura y la armonía de una lira; y si, á tantas seducciones, si, á la galana energía de su elocucion, hubiera unido las formas vivas del apóstrofe y la vigorosa precision de las deducciones lógicas, hubiera sido el primero de nuestros oradores, hubiera sido la perfeccion misma.

Como literato, M. de Martignac tenia aquella elegancia natural, y aquel aticismo que faltan á casi todos nuestros oradores de la tribuna y del foro; pero carecia de aquella riqueza de imaginacion, de aquellos magníficos efectos de estilo, de aquella sabia composicion de artista, de aquellos pensamientos robustos ó sublimes, y de aquellas delicadezas de gusto que constituyen los diferentes géneros de nuestros grandes escritores.

Como hombre privado, la defensa espontánea, generosa, desinteresada de M. de Polignac, su antagonista y su sucesor, honra mucho el carácter inofensivo y noble de M. de Martignac. Las meditaciones de su defensa y las mil dramáticas peripecias de aquel proceso [1] acabaron de destruir su salud ya muy quebrantada.

Era hombre de un trato ameno y dulcísimo, lleno de chispa, ardiente para los placeres, laborioso segun las ocasiones, y de una inteligencia superior en los negocios.

Tal fué, sin ódio como sin lisonja, M. de Martignac.

1 El de los ministros de Cárlos X, responsables de los decretos de julio.—*N. del T.*

1°



BENJAMIN CONSTANT.

Benjamin Constant fué el orador y el publicista de la escuela inglesa; marchita importacion de ultramar que nunca se aclimatará en Francia; trinidad incomprensible de personas desiguales por su poder, diversas por su orígen, contrarias por su voluntad; constitucion singular donde se pretende hallar el elemento en la amalgama, la armonía en el antagonismo, la verdad en la ficcion, el movimiento en la resistencia y la vida en la muerte; division sistemática en gerarquías, en castas, en monopolios, en privilegios, de una sociedad que tiende sin cesar á la aglomeracion y á la unidad; obra anti-francesa y contraria á la naturaleza, que rechazan nuestros temperamentos, nuestras costumbres, nuestra lógica y nuestra igualdad, que pone cadenas en los pies del gobierno en vez de darle alas, que no le comunica ni fuerza por dentro, ni grandeza por fuera, y que parece eternamente condenada á perecer en las tempestades de la democrácia, ó bajo el herrado tacon de algun soldado feliz.

Pero tal vez, despues de la accion enervante del despotismo sobre los corazones y sobre las inteligencias, la nacion débil y enfermiza no tenia fuerzas para soportar mas que un régimen de transicion; acaso la hubieran matado remedios demasiado heróicos.

Benjamin Constant era maravillosamente apto para hacer salir de aquel régimen misto todo lo que parecia encerrar de justo y liberal: hasta exajeró las consecuencias de la Carta de 1814, y tuvo bastante imaginacion para descubrir en ella elementos de libertad, donde era mas claro que la luz que ni habia ni se habia querido que hubiese mas que elementos de poder.

Arrastrado, sin saberlo él mismo, por el espíritu de nuestra nacion, esplicaba por la regla de la igualdad esas instituciones inglesas que solo fueron inventadas en beneficio de la aristocrácia. Esto es lo que se llama ingertar ficcion sobre ficcion, pero ¿qué importa de dónde viene el bien, con tal que se haga? Benjamin Constant puso en movimiento á la nacion; enseñóla, antes de obrar, á pensar; formó la educacion política de la clase media, no pudiendo formar la de las masas.

Benjamin Constant no tenia ni la facilidad de Manuel, ni la profundidad de Royer-Collard, ni la vehemencia de Casimiro Périer, ni la brillantez de Foy, ni la armonía de Lainé, ni las galas de Martignac, ni la robustez de de Serre, pero fué el mas ingenioso y fecundo de los oradores de la izquierda.

Era de complexion ténue y delicada, cargado de espaldas, tenia las piernas muy delgadas y los brazos largos; su rubia y rizada cabellera le caia sobre los hombros, y rodeaba con gracia su rostro espresivo. La lengua se le trababa entre los dientes, y le daba un cierto modo de hablar de mujer, sibilante y un tanto farfullon. Cuando recitaba, dejaba arrastrar su voz con un acento monótono; cuando improvisaba, se apoyaba con ambas manos sobre el mármol de la tribuna, y precipitaba el flujo de sus palabras. La naturaleza le habia rehusado todas esas dotes esteriores de la presencia, el ademan y el órgano de que tan pródiga ha sido con Berryer, pero las suplia á fuerza de ingenio y de trabajo.

Soldado infatigable de la prensa y de la tribuna, y armado de su espada de dos filos, ni un solo instante abandonó Benjamin Constant la brecha durante la guerra de los quince años. Apenas dejaba de hablar, escribia; y apenas cesaba de escribir, hablaba: sus artículos, sus cartas, sus folletos y sus discursos, compondrian mas de doce volúmenes.

Entonces, un diputado sumergido en la meditacion de las leyes, encorvado sobre los presupuestos, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En el dia la vida política no es mas que un accidente, un pasatiempo, una distraccion, sino es una pejiguera.

Entonces, los grandes temas de la libertad religiosa, de la libertad de imprenta, de la libertad individual y de la libertad de las elecciones tenian el atractivo de la novedad: se tenia fe en los apóstoles del culto político; las gentes se apiñaban con ansia en derredor de su púlpito; se recogian devotamente sus oráculos, se prorrumpia en palmadas, se in-

clinaban las frentes delante de ellos á su entrada y salida de la Cámara. En el dia, esos predicadores sin ovejas, predicarian en el desierto. Religion constitucional, ceremonias, sermones, oyentes, creencias, nada de esto existe ya; pero todo esto ha existido.

Con los discursos escritos de Foy, de Bignon, de Benjamin Constant de Laffitte, de Dupont (de l'Eure), de Royer-Collard sobre todo, se formó la educacion de la Francia liberal: tal discurso escrito, que dentro produce poco efecto sobre los diputados, produce mucho fuera sobre el público. Si estos discursos ejercen menos accion sobre la formacion de las leyes, tienen mas influjo sobre la formacion de la opinion, y en suma ¿no es la opinion la que sanciona las leyes? No vale mas tener millones de lectores que algunos centenares de oyentes? Pero en este punto ya hemos discurrido un medio cómodo y sencillísimo de decidir la cuestion tan controvertida de la superioridad relativa de la escritura y de la palabra: no leemos á los que discurren, ni escuchamos á los que improvisan.

Jamás orador ninguno manejó con mas habilidad que Benjamin Constant la lengua política. ¿De dónde proviene que aun hoy se podrian leer sin fatiga sus mas largos discursos? de que hay en ellos lo que hace vivir las producciones; hay estilo, un estilo lleno de seduccion. La mayor parte son unos dechados de viva y nerviosa dialéctica, á los cuales nada se ha parecido despues, y que hacen las delicias de los inteligentes. ¡Qué riqueza! ¡qué abundancia! ¡qué flexibilidad de tono! qué variedad de temas! qué suavidad de lenguaje! qué arte tan maravilloso en la disposicion y rigorosa deduccion de los raciocinios! qué trama tan sutilmente tejida! cómo se funden y armonizan en ella todos los colores! Del mismo modo bajo una piel trasparente y tersa se ve circular la sangre, azulear las venas, y aparecer ligeramente los músculos.

Acaso estos discursos estan demasiado acabados, tienen demasiados perfiles, son demasiado ingeniosos para la tribuna. Cuando no se comprende de primera mano lo que se lee, queda el recurso de volverlo á leer; cuando no se comprende de primera mano lo que se escucha, no queda el recurso de hacerlo repetir. Las repeticiones son insoportables en la lectura, y necesarias en la tribuna, asi como en el teatro solo los *ritornelos* se apoderan completamente del oido de los espectadores. Los oradores son como aquellas estátuas elevadas sobre un pórtico, que deben estar algo groseramente labradas para producir efecto desde lejos. Las Cámaras no se parecen á los salones de la alta aristocrácia; las flores del lenguaje son casi siempre para ellas flores sin perfume ni color: las antítesis se les escapan, y las argumentaciones demasiado vigorosamente enlazadas las causan: es preciso, para hacerse entender de ellas, repetirles la misma cosa tres ó cuatro veces seguidas: es preciso, para

contentarlas, herir récio mas bien que herir con tino, y hablar á sus pasiones mas bien que á su inteligencia.

Menos que á Manuel, la Derecha detestaba á Benjamin Constant, y la razon de esto es que, en las asambleas francesas, cualesquiera que sean, siempre hay cierta predileccion por los hombres de talento. De nadie como de ellas puede decirse con el poeta [1]:

Ya me he reido; desarmado estoy.

La preocupacion de partido resiste á la elocuencia, á los hechos, á la lógica y aun al entusiasmo, pero no resiste á la risa.

Y no porque estuviesen muy á sus anchas en las primeras Cámaras de la Restauracion los oradores de la Izquierda: la tribuna de aquellos tiempos era mas personal, mas acre, mas desvergonzada que la nuestra, por mucho que la echáran de personajes aquellos diputados de la mayoría.

Suscitábase una risa burlona si algunos diputados de la Izquierda tenian la ocurrencia de calificar de *honorable* al general Lafayette. Nadie se andaba en miramientos para decir á los de la Oposicion: «Sois unos »facciosos!—Que se le quite la palabra!—Eso es una calumnia!—Rebel- »de! insurgente! incendiario! sedicioso!»

Veamos ahora otras amabilidades parlamentarias de aquella época: «Vámonos! no le escuchemos!—Eso es predicar la anarquía!—Funesto »colega!—V. deshonra la Cámara! no vale V. la pena de que se le es- »cuche!—Es V. un infame [2]!»

Benjamin Constant replicaba con energía, y era preciso que el torrente amenazase del todo sumergirle para que se hiciese un poco á un lado y dejase pasar la avenida.

Flexible luchador, se replegaba de cien maneras con una elasticidad de cintura increible, y nunca se confesaba vencido.

Siempre era dueño de su espresion como de su pensamiento. Si la Derecha se sentia herida de alguna palabra un poco viva, sabia él hallar, sin romper el hilo de su discurso, el equivalente de aquella palabra, y si el equivalente ofendia tambien, le sustituia un tercer *circumcirca*. Aquella presencia de ánimo, aquel profundo conocimiento de los recursos de la lengua, aquella maravillosa degradacion de sinónimos ate-

1 Lafontaine.—*N. del T.*

2 Espresiones todas verídicas, consignadas por la historia, y sacadas testualmente del *Monitor oficial.—Nota comunicada por el autor.*

nuados, sorprendian agradablemente á sus mismos adversarios. Asi por ejemplo, decia: «Quiero evitar á la Corona» (murmullos); muda: «Al Monarca» (murmullos tambien), y vuelve á mudar: « Al Rey constitucional» (ya no hay murmullos).

Benjamin Constant era mucho mas cáustico que Manuel; pero empapaba en miel su aguijon, antes de clavarle. Todo lo decia, porque tenia el arte de decirlo todo.

Ademas, aunque muy liberal y muy de la oposicion, Benjamin Constant era de noble estirpe, y aquellas Cámaras de nobles tenian en mucho la calidad de los sugetos.

¿Debo acaso añadir que estaba dotado en el mas alto punto de aquella facultad de apropiacion que distingue á los literatos, y que es la facultad de las imaginaciones penetrantes y móviles? Apenas estas especies de ingenios se espejan en un asunto, se reflejan con visos de semejanza tales que llegan á engañar al vulgo. Solo tienen la superficie de la ciencia; suelen no poseer mas que su nomenclatura, y parece que poseen la sustancia y el fondo.

Todos sus discursos abundaban en espresiones vivas, ingeniosas y delicadas. En estos términos caracterizaba á la prensa:

«La prensa es la tribuna agrandada. La palabra es el vehículo de la »inteligencia, y la inteligencia es la señora del mundo material.»

Asi definia á la censura: «La censura es la calumnia en monopolio, »ejercida por la bajeza en beneficio del poder.»

Hablando de los ministros decia: «Tan imposible es, en todo lo tocan»te á la arbitrariedad, calumniarlos como enternecerlos.»

Como afectase la Derecha lamentarse de que se acabaria por no poder hallar empleados: «No temais, decia Benjamin Contant, desanimar »á los aspirantes al poder; su valor es inagotable. Cuando vaca una pre»fectura, echan las gentes á huir para no verse condenadas á admitirla?»

Hablando de los diputados que defendian verbosamente destinos lucrativos é inútiles, decia: «Ni de dinero ni de palabras tienen economía.»

Todo esto tiene gracia, pero es mas propio del escritor que del orador.

He aquí una brillante imprecacion contra la lotería que dará una idea de las buenas y malas cualidades de su estilo.

«Si existiera, señores, en vuestras plazas públicas ó en algun os»curo escondrijo, un juego que acarrease infaliblemente la ruina de los »jugadores; si el director de esta ilícita y falaz empresa os confesase »que juega á golpe hecho, es decir, en oposicion con las leyes de la mas »vulgar probidad; que para asegurar el logro de su indigna especula»cion tiende celadas á la clase mas fácil de engañar y de corromper; »si os dijera que rodea al pobre de seducciones, que impulsa al inocen-

»te á los actos mas culpables, que recurre para obcecar á su presa á »la impostura y á las mentiras, que sus mentiras y sus imposturas se »cacarean públicamente por las calles, que sus absurdas é ilusorias pro»mesas resuenan en los oidos de la credulidad y de la ignorancia, que »ha organizado medios de clandestinidad y de tinieblas, á fin de que sus »víctimas se precipiten en el abismo sin que ni la razon pueda ilustrar»las, ni el temor del vituperio retenerlas, ni los clamores de los suyos »preservarlas de la tentacion. Si añadiese que para responder á sus pér»fidas invitaciones, sin cesar renovadas, el criado roba á su amo, el ma»rido despoja á su mujer, el padre á sus hijos, y que él, sentado tran»quilamente en una caverna privilegiada, juntamente instigador, en»cubridor y cómplice, tiende la mano para recojer los productos del ro»bo y los miserables óbolos arrancados á la subsistencia de las familias. »Si concluyese reconociendo que, todos los años, los desórdenes que ha »provocado arrastran á sus víctimas de la miseria al crímen, y del crímen »al presidio, al suicidio ó al cadalso ¿qué sentimientos esperimentaríais?»

Cuando Benjamin Constant se veía acosado por los interruptores, de cualquier cosa se hacia un arma, y tenia las ocurrencias mas felices y espontáneas. De todo sacaba partido, de una carta, de un hecho, de la menor circunstancia, de una analogía histórica, de una declaracion, de una esclamacion, de una palabra: como un buitre que acecha su presa, abiertas las garras, bastábale cerrarlas para asirla. Acodado en la estremidad de su banco, el oido alerta, tendido el cuello, con la pluma en la mano, devoraba el debate, la tribuna y el orador.

Tenia una atencion tan absorbente y una facilidad tan grande de composicion que, escuchando el discurso de un adversario, escribia de corrido su refutacion que inmediatamente subia á leer á la tribuna. Método, órden, argumentacion, estilo, nada le faltaba, tan poderosamente sabia aislarse y abstraerse en medio del ruido, de la muchedumbre y de sus propias sensaciones!

Pero, fuerza es decirlo, todas esas delicadezas de estilo, esa esquisita elegancia, ese arte de las sinonimias llevado al estremo, quitan á la recitacion parlamentaria su vigor, su flexibilidad natural y hasta su gracia; es menester evitar que la Tribuna recuerde demasiado la Academia, y que un orador no sea mas que un artista. A cada lugar su género, á cada personage su carácter.

Hay dos especies de dialéctica, una penetrante y sutil, otra nervuda y rígida: una que resiste por el peso de los raciocinios, otra que se abre paso á favor de la aguda punta de sus tiros: una que va por la línea recta á buscar la cuestion en la cuestion, y otra que da vueltas á su rededor, y penetra en ella por las junturas y los respiraderos. Benjamin Constant tenia esta última especie de dialéctica.

Hay dos especies de elocuencia: una que sale del fondo del alma como de un manantial, que arrastra su raudal con abundancia, que impele delante de sí, que abruma con su propia mole, y acosa y derriba y se traga á sus adversarios; otra que multiplica sus hilos en derredor de ellos, los atrae á sus redes, las fascina con la mirada, los enlaza, los coge como con liga, los retiene, y les da una muerte de mil mordiscos. Benjamin Constant tenia esta última especie de elocuencia.

Deslumbraba mas que inflamaba; era mas diestro que vehemente, mas persuasivo que convincente, mas delicado que pintoresco, mas sutil que profundo, mas flexible que robusto.

Si amaba el arte por la política, tambien le amaba por sí mismo. Recreábase en los vistosos reflejos de estilo, en las oposiciones de palabras ó de pensamientos, y se divertia en sacar chispazos y vislumbres de las facetas de la antítesis. La oracion parlamentaria exige mas nervio, gravedad, sencillez y amplitud. Para ser orador es preciso no tener demasiado afan de parecerlo.

Benjamin Constant no era solamente un discurridor de tribuna, sino tambien un gran publicista, y en este concepto particularmente tomó sobre sí la mision de proteger á los escritores.

Nadie mejor que él ha conocido y defendido los derechos de la prensa, de ese poder mas fuerte que los ejércitos, las religiones, las Cámaras y los reyes; mas rápido que los vientos, mas vasto que el espacio, tan inteligente como el pensamiento: ahora bien, lo que sobre todo caracterizaba á las Cámaras de la Restauracion era su odio envidioso, instintivo y mortal á la prensa. ¿Tenian tal vez un secreto presentimiento de que la prensa iba á derribarlas?.... Sí, la prensa las derribó; pero no sin que ellas mismas cooperasen mucho á este resultado. Ademas, en todos tiempos la tribuna ha tenido celos de la prensa: la tribuna ha procurado siempre humillarla con sarcasmos de taberna, y sofocarla bajo el peso de procesos inícuos y de penalidades monstruosas,—verdadera rebelion del censo de contribucion contra el talento,—último grito de rabia lanzado por el feudalismo territorial en las convulsiones de su agonía. Risa causa decirlo, pero la verdad es que el mas oscuro diputado del mas ignorado lugarejo de Francia, se cree muy superior á un periodista; ni siquiera se le pasa por las mientes que tal *Perigordino* [1] que sube á la tribuna á chapurrar su patué, no seria conceptuado digno de ser admitido entre las plegaderas y los escribientes de las antesalas de una

1 De la antigua provincia de Perigord. Los Parisienses se rien altamente de la pronunciacion de los provincianos, y en particular de la de los del mediodia.—La voz *patué* (patois) que sigue luego no está en el diccionario de la Academia; pero nos atrevemos á usarla, como en otras ocasiones anteriores, apoyados en la respetable autoridad de Capmani.—*N. del T.*

redaccion, y que se temeria que estropease los nombres de los suscritores en las fajas del periódico.

Benjamin Constant se acordó siempre de que, antes de ser diputado, habia sido periodista, y que esta era la parte mas brillante de su gloria. En todas ocasiones y en todos los momentos reclamó con energía la reforma de la arbitrariedad prefectoral, la abolicion de toda jurisdiccion escepcional, la atribucion al jurado de los delitos contra los juzgados y tribunales, y la libertad de la imprenta. En la actualidad solicitaria las mismas garantías, porque, para baldon de un gobierno nacido de las entrañas y de la sangre de la prensa, la prensa yace aherrojada todavía en las mismas cadenas que en tiempo de la Restauracion. Es preciso que mienta ó que se calle; es preciso que se abstenga de discutir el principio del gobierno, ó que reciba en el rostro los puntapiés ó los escupitajos de un senado gotoso... La han maniatado, y esclavizada de esta suerte, la han colocado entre las ruinas de la confiscacion y las tumbas de fuego de Salazia; y para colmo de injurias, para postrer padecimiento, los zurcidores de todo este embolismo se desgañitan gritando: Triunfo! triunfo! la prensa es libre.

Mas que ningun otro publicista, Benjamin Constant habia contribuido á sacar á la parte acaudalada de la clase media de la ignorancia política en que, desde 1830, ha vuelto á arrellanarse como en un blando almohadon: tambien le gustaba prodigar magníficos elogios á la juventud estudiosa de las escuelas. En la actualidad, la juventud estudiosa dormita con el resto de la nacion. Se le recarga la memoria en vez de formar su juicio: se enerva su tierna inteligencia por medio de la superfetacion de las lecciones y de los cursos: la empapan y la reempapan en las materialidades del eclecticismo: no se le enseña ni la religion, ni la moral, ni la lógica, ni la fraternidad, ni el amor de patria; pero tambien es justo decir, en cambio, que nunca la juventud estudiosa y elegante bailó mejor la cachucha.

En los paises libres, los que quieren subyugar al pueblo, empiezan siempre por afeminar las inteligencias y por corromper los corazones, por sofocar el espírtu de asociacion, por oprimir á la prensa, y sobre todo por desterrar de la república de las letras aquellos grandes sentimientos, aquellos generosos instintos que producen las grandes acciones, y que, si no pueden restablecerla, asisten á lo menos á la libertad en su hora suprema con sus consuelos y su llanto.

Benjamin Constant prestaba contínuos homenages á la virtud, á la profunda sabiduría, á la legitimidad del rey Luis XVIII; llegó hasta el punto, á favor de una hábil fraseologia, de imputar el nombramiento del convencional Fouché [1] á Luis XVIII, como un efecto de su magnani-

1 Para el cargo de prefecto de policía.—*N. del T.*

midad, cuando no era mas que un efecto de su miedo. Igualmente el general Foy, para justificar la absurda substitucion de la efigie de Enrique IV á la de Napoleon en la cruz de la Legion de honor, decia que esto habia sido una bella y patética ficcion. La derecha y la izquierda no podian, como los antiguos ungures, mirarse sin reirse, cuando la una hablaba de su amor á la Carta, y la otra de su amor al Rey. Pero ¿qué se ha de hacer? Preciso es que los oradores mientan ó que se condenen á la mudez: por eso Benjamin Constant aceptaba en Francia los hechos consumados, lo mismo que en Inglaterra adoptan los radicales á la reina, y nadie la saluda mas profundamente que O'Connell. Luego, cuando el Rey, el Príncipe, el Director, el Cónsul ó el Emperador que ha recibido el juramento cae del poder, se cumple con decir que la culpa es suya; que él es verdaderamente el traidor y el perjuro, pues que es el vencido; que ha falseado su palabra, y que estamos absueltos de la nuestra, y que, al fin y al cabo, no se alcanza por qué razon han de tener los vivos que enterrarse con los muertos. Si no hubiera habido, entre los partidos, convencion tácita sobre todos estos puntos ¿hubiera por ventura podido durar quince años la comedia restaurativa? Ninguno de los actores parlamentarios de la izquierda hubiera subido á las tablas, y hubiera sido preciso volver el dinero al público en la puerta.

El nombre del rey se repetia entonces á cada paso en todos los discursos; todo se referia al rey; el rey era la causa del efecto; hoy no es mas que el efecto de la causa. Era el principio del gobierno; hoy no es mas que la consecuencia del principio; era antes que todo lo que existia; hoy no es mas que despues de lo que ha sido.

Todas estas frases, rebozadas de respetos y de humildísimas salutaciones, no han impedido al pueblo poner la mano en la persona inviolable y sagrada del monarca, y despacharle por mar á Holy-Rood. Desde entonces, se le ha dejado á cada partido la libertad, no de decir absolutamente la verdad, pero á lo menos de mentir: asi si M. Berryer fuese á derretirse de ternura delante de Luis Felipe, como los pinches de las cocinas de Neuilly, todos se burlarian de él, y tendrian razon. La corrupcion ha penetrado hasta la médula parlamentaria, mas profundamente aun que en tiempo de la Restauracion; pero tenemos á lo menos la hipocresía liberal, y esto es algo.

Tampoco deben tomarse al pie de la letra ciertas fórmulas obsequiosas que solo prueban la esquisita urbanidad de nuestra lengua y de nuestras costumbres. Hombre de finísimo trato Benjamin Constant, llevaba á la tribuna los modales y la delicadeza de una sociedad ingeniosa y culta.

Su instruccion de legislador no era en verdad muy sólida. Como todos los publicistas de la Restauracion, no estaba nada versado en el co-

nocimiento de los intereses materiales y de los verdaderos principios de la economía industrial y agrícola. Habia tambien en su religiosidad y en su filosofía política algo de vago, y como un reflejo de la incredulidad y del escepticismo del siglo XVIII. Benjamin Constant no tenia mas que la fé del entendimiento, y no la fé del corazon; no amaba la Religion por el dogma sino para el sosiego de las inquietas exigencias de la conciencia; no queria el trono por su derecho, sino por su necesidad; no rechazaba los principios de la República, sino su forma. «La República, decia, es im»posible en el estado actual de los ánimos, en el estado industrial, mer»cantil, militar y europeo de la Francia.» Para él esta era una cuestion de oportunidad, casi una cuestion de geografía.

Atacaba á Rousseau por haber sostenido el derecho divino, y él por su parte no admitia la soberanía del pueblo, sino una especie de soberanía de la justicia, muy parecida á la soberanía de la razon de los doctrinarios, y tan indefinible, tan incomprensible y tan inaplicable como ella. Por ventura, la soberanía del pueblo, como nosotros la entendemos, ¿no implica necesariamente la soberanía del derecho, de la justicia y de la razon? Apenas conozco una sola cuestion política ó social que no resuelva la soberanía del pueblo.

Políticamente hablando, la soberanía del pueblo es la luz que resplandece en las tinieblas de las disputas humanas; solo á su claridad pueden caminar los lógicos; fuera de ella no hay mas que arbitraridad, iniquidad, contradicciones, caos. Por falta de este piloto tan seguro, tan infalible, el mas grande publicista de la Restauracion fué á fracasar de cabeza, como un náufrago vulgar, en los arrecifes de la Revolucion de Julio: no comprendió que ningun poder puede prescribir ni prevalecer contra el eterno derecho que tienen las naciones de darse el gobierno que mas les cumple.

Su segundo error fué creer que podria impunemente ser empleado é independiente. En vez de quedarse en la playa con el pueblo, y de ver pasar el torrente doctrinario, paróse en medio de la corriente, y le arrastraron las aguas: su alta razon arrió bandera, y su imaginacion le dominó despóticamente. Ya le habia bastado á Napoleon una mirada para fascinarle. Acababa de caer bajo el hechizo de otro poder y, en el burlesco orgullo de su paternidad, estaba todo ufano, él, dos-centésimo-décimo-nono engendrador [1], de haber parido un ciudadano-rey. Su alegría rayaba en delirio; la subida de la leche le atacó al cerebro, y en sus momentos de exaltacion se le escapaban espresiones en tal es-

1 Alusion al número de diputados que votaron la eleccion del rey ciudadano Luis Felipe I.—*N. del T.*

tremo hiperbólicas que hubieran podido tomarse por otras tantas ironias, como por ejemplo: «Tenemos el ideal de un rey ciudadano [1].»

Verdad es que estos accesos no duraron mas que algunos dias, y luego que hubo dormido bien su borrachera monástica, fué recobrando poco á poco la plenitud de sus facultades. Siempre hay en el alma de los literatos un rinconcillo donde se agazapa el sentimiento democrático, y por muy borrado que pueda estar por la corrupcion de los favores, de las dignidades y del oro, al cabo este sentimiento se abre paso por un lado ó por otro: entre todas las clases de la nacion, la de los literatos es, en resúmen, la mas independiente, porque es la que tiene mas talento, y porque el talento es la cosa mas independiente que hay en el mundo. Ahora bien, Benjamin Constant era literato, y cuando advirtió que le remachaban en ambas muñecas sus doradas esposas, las sacudió; y si hace un esfuerzo mas de seguro las rompe! Por lo demas, tenia una inmensa sed de popularidad, casi tanta como Lafayette, y preferia la cualidad de periodista y de diputado á todo empleo público; y tenia razon, porque su fuerza y su gloria estaban en la prensa y en la tribuna.

Abrió por fin los ojos, y reconoció con Dupont de l'Eure, Laffitte, Lafayette, Salverte, Arago y toda la gloriosa falange de los patriotas, que la Revolucion de Julio no era una paz, sino una tregua. Benjamin Constant hubiera dejado en breve el botin por la pelea, y dimisionario ó destituido, no hubiera tardado en tocar de nuevo el clarin de la oposicion.

Pero ya se iban desgastando los resortes de su vida: su noble cabeza se inclinaba hácia adelante, y frecuentemente tenia que apoyarla en ambas manos, como para meditar sobre la vanidad de las revoluciones. Aquellos sueños de porvenir, aquellas hermosas ilusiones que, por espacio de quince años, habian pasado por delante de sus ojos, se iban desvaneciendo una tras otra; sentia que le subian á la cabeza negras tristezas, invencibles melancolías. Arrastrábase sin fuerzas de su banco á la tribuna, y con sus lábios apagados que ya no podian sonreir, dijo adios á la libertad moribunda, y bajó con ella al sepulcro.

1 La ironía estará aquí en el ridículo contraste que presenta ese supuesto *idealismo* con la sólida y positiva *humanidad* del personage á quien se aplica. S. M. Luis Felipe es alto y muy grueso.—*N. del T.*

M. ROYER-COLLARD.

M. Royer-Collard es el venerable patriarca de los realistas constitucionales de la Restauracion.

En el dia se puede hablar de M. Royer-Collard con una libre imparcialidad. Recientemente se sentaba todavía en la Cámara de los diputados, pero ya no se mezclaba en sus discusiones. Pasaba por delante de nosotros como una sombra, solo para que se acordasen las gentes de que habia vivido, semejante á aquellas magestuosas cariátides de Osiris y de Isis, que los Romanos, señores del Egipto, colocaban delante de los nuevos templos, para atestiguar que habia habido en aquellas playas otro templo y otras divinidades, otra fé y otros pontífices.

Sentado en el punto mas alto de la Cámara, M. Royer-Collard ya no dirigia, observaba; ya no hablaba, meditaba; no pertenece ya, pues, á los tiempos presentes, y podemos pronunciar sobre él el fallo de los muertos.





muertos.





Las Cámaras de la Restauracion tuvieron diferentes escuelas políticas.

El general Foy representaba la escuela militar; M. Casimiro Périer la escuela hacendista; M. de Serre la escuela gubernamental; M. Benjamin Constant la escuela constitucional; M. Royer-Collard la escuela filosófica.

Tenia M. Royer-Collard menos brillantez que el general Foy; menos sutileza, dialéctica y flexibilidad que Benjamin Constant, menos impetuosidad y fuego que Casimiro Périer; menos ciencia legislativa y originalidad que M. de Serre.

Pero era el primero de nuestros escritores parlamentarios.

M. Royer-Collard tenia un género de estilo grandioso y magnífico, un toque firme, artificios de lenguaje sábios y prodigiosamente trabajados, y algunas de aquellas espresiones felices que se graban en la memoria y son los triunfos del orador. Hay en sus discursos una virilidad á la manera de Mirabeau, algunos movimientos oratorios, reprimidos casi al mismo tiempo que lanzados, como si hubiera temido su vehemencia; una alta razon en los asuntos religiosos y morales; siempre un método ámplio sin rigidez, dogmático, severo.

Un solo axioma, una espresion fecundizada por la meditacion de aquella robusta cabeza, crecia, se agrandaba como la bellota que llega á ser encina, cuyas ramificaciones arrancan todas del mismo tronco, y que, animada de la misma vida, nutrida con los mismos jugos, no forma mas que un todo, á pesar de la variedad de su follaje, y de la infinita multiplicidad de sus ramas. Tales eran los discursos de M. Royer-Collard, admirables por los vigorosos renuevos del estilo, y por la belleza de la forma.

Veíase en ellos la filosofía aplicada á la política con sus síntesis abstractas y algun tanto oscuras. M. Royer-Collar era, permítaseme la espresion, un ahondador de ideas:—era un pensamiento que hablaba.

Hay sin embargo á veces algo mas de vacío que de lleno en aquella profundidad, y el brillo del discurso alucina encubriendo la inanicion de los principios.

Las arengas de M. Royer-Collard, difundidas con profusion por todos los periódicos de la oposicion liberal, agitaron profundamente á la clase media que, despertando de su modorra por la novedad de un gobierno representativo, leia entonces, y ya no lee.

M. Royer-Collard, mas que ningun otro, con la autoridad de su nombre y de su palabra, formó las costumbres llamadas constitucionales. Sin que tal fuese su voluntad, impulsó á las clases medias á derribar el trono; fué uno de los mas *inintencionados* sin duda, pero de los mas activos demoledores de aquel régimen.

La famosa protesta de los doscientos veintiuno[1] que leyó á Cárlos X, fué el primer hachazo dado al antiguo edificio de la monarquía, que vaciló al golpe como un pino secular que se siente estremecer hasta las últimas hojas de sus elevadas ramas al hendir su tronco por el pié la cuña del leñador.

Asi la Providencia se vale de todos los caminos para castigar á los imperios. Perecen estos por obstinarse en sus falsas máximas, mucho mas aun que por la violencia de sus enemigos. Aun parecen sostenerse cuando ya estan arruinados sus cimientos, y las manos que los sacuden y derriban son precisamente las que debian fortalecerlos y custodiarlos.

Como realista del estado llano, era Royer-Collard enemigo ardiente é inexorable de los privilegios y de la aristocrácia, y persiguió á esta con habilidad valiéndose, ya de la ironía, ya de la argumentacion, ya de la elocuencia. Pero, fuerza es confesarlo, mal podia una carta emanada del trono, una monarquía de orígen feudal, dejar de buscar el apoyo de un cuerpo intermedio, de una nobleza. Porque dicha carta no era un contrato nacional, no; era una dádiva graciosa del rey: y una monarquía de esa especie no podia renunciar á las condiciones de su existencia. Sucedió con el trono lo que con un peñon de monte que se desploma infaliblemente cuando socavan por su pié la tierra que le sostenia. Los liberales de entonces cometieron la prodigiosa inconsecuencia de atacar á la corona, y de repudiar al mismo tiempo al pueblo.

Quince años se emplearon en organizar el antagonismo entre las cámáras y la corona. Tendia esta al despotismo; aspiraban aquellas á su omnipotencia. La Restauracion no fué mas que un combate perpétuo entre estas dos potencias, codiciosas de quitarse la una á la otra unas cuantas pulgadas de terreno; pero la teoría verdadera no reconoce sino á un solo soberano, la nacion, y nadie se curaba de ella entonces. Rey, presidente, cónsul, cámaras, ministros, no son sino meros delegados de la nacion. Confia esta á unos el poder legislativo, á otros el poder ejecutivo; pero no les dice: Haceos la guerra, sino Poneos de acuerdo, y caminad unidos. ¿Qué diria un hacendado á sus mozos de labranza si estos, en vez de emplear sus jornadas en la siembra y la cosecha, pasáran las estaciones dándose de golpes y ensangrentándose el rostro? Qué diria

1 M. Royer-Collard, como presidente de la Cámara, fué en efecto el que redactó y presentó al monarca aquella célebre protesta contestando al impopular é imprudente discurso de apertura que pusieron en boca de Cárlos X sus fanáticos ministros. Nadie ignora que de resultas de esta protesta disolvió el rey la Cámara, y que a nueva convocatoria, á la cual respondieron los departamentos reeligiendo á los mismos 221 diputados que firmaron la protesta, fué una de las causas inmediatas de la Revolucion de Julio.—*N. del T.*

el fabricante á sus obreros si, en lugar de estar atentos al oficio y á la tarea, dejáran sus herramientas por pasar el dia disputando? Toda máquina, industrial ó política, ha menester de unidad y de armonía.

Las teorías de gobierno representativo que sedujeron á Royer-Collard, son mas metafísicas que políticas, mas especulativas que esperimentales. Conciértanse en la mente con gran regularidad y órden; pero al ponerlas en accion se desordenan é inutilizan. Las barnizó con los matices de su brillante lenguaje, pero no sufren la prueba del análisis; el mas leve empuje de la lógica las pulverizaria.

Por poco que se estrechára á M. Royer-Collard, pronto se le arrinconaria en la Carta, y si se le preguntára qué es lo que quiere la Carta, y sobre todo quién ha hecho la Carta, ya sea esta ó la otra, no tendria que responder.

Sus distinciones sutiles, y por lo general nebulosas, entre las superioridades y los intereses, entre los partidos y las facciones, entre la soberanía del pueblo y la soberanía de la razon, son mas bien argucias de escuela que argumentos de tribuna. Su lenguaje era mas bien el de un catedrático de filosofía que el de un publicista.

La vida política de M. Royer-Collard no fué mas que un contínuo vaiven entre el poder y la libertad. No daba un paso sin ir custodiado por estos dos ángeles, los cuales, dándole fuertes tirones á derecha é izquierda, cambiaban frecuentemente de lugar. Iba así arrastrado de uno á otro partido, haciendo espaldas al que desfallecia, conteniendo al que se precipitaba, olvidando una cosa tan solo, esto es, definirlos.

El grande error del general Foy, de Royer-Collard y de los otros de su partido, fué haber dicho: «Siendo la Carta la ley fundamental, la »teoría no puede habérselas con ella.» Con perdon de dichos señores, la teoría, que no es otra cosa mas que la facultad del libre exámen, tiene derecho para habérselas con todo y con todos; y de hecho, la teoría de la soberanía nacional, única verdadera, de tal modo se las hubo con la Carta de 1814, que la redujo á polvo.

¡Qué espectáculo, qué leccion la de aquel vano é impotente debate de los mas grandes talentos contra el principio, mas grande todavía, de la soberanía del pueblo! envolvíalos este y los estrechaba como la corteza de aquellos árboles fabulosos que estrechaban entre sus impenetrables nudos á los héroes y semidioses!

«Para que exista el gobierno representativo, decia Royer-Collard, »no basta la presencia de una Cámara, ni la solemnidad de sus debates »y la regularidad de sus deliberaciones, ni la lealtad, patriotismo y lu»ces de los hombres que las componen: y ni lo mas florido de la Fran»cia, aun cuando fuera elegido con sobrenatural discernimiento, reuni-

»do en este recinto, podria aun *realizar* un gobierno representativo, á »no ser enviado por la *nacion*.»

Falta ahora saber qué es la nacion; lo cual para M. Royer-Collard no deja de ser una cuestion peliaguda, aunque para nosotros la nacion es lisa y llanamente la nacion, y nos basta.

Decia en otra ocasion M. Royer-Collard con cierta candidez: «No hay »cosa mas difícil que desembarazarse de la soberanía del pueblo. La ma»yor parte de los que la combaten la tienen metida en los sesos.»

Claro está, y debió añadir que se llega á meter de tal manera que no vuelve á salir de ellos.

El mismo Royer-Collard le tributa homenage mal de su grado con las siguientes palabras:

«Díganme VV., señores ¿qué es lo que representan VV. aquí, las »personas y las voluntades? Los que les envian no componen quizá la »*quincuagésima* parte de la poblacion *capaz de tener una voluntad*. Por es»tremada que sea la benevolencia, por grande que sea la consideracion »con que se les mire, no es posible reconocer en VV. mas que una *im»perceptible oligarquía*, en *contravencion flagrante* con la soberanía del »pueblo.»

Ahora bien, si por confesion del Rey actual, de los ministros actuales, y de las Cámaras y conservadores actuales, la soberanía del pueblo es el principio fundamental de nuestro gobierno; si, segun el mismo Royer-Collard, el gobierno se halla en plena contradiccion con su principio, séame lícito preguntar, qué es lo que al gobierno le parece de semejante contravencion, y qué deberá pensar el pais de semejante gobierno.

Añade M. Royer-Collard que: «La voluntad popular de hoy destru»ye la de la víspera, sin comprometer la de mañana.»

A lo cual se pudiera responder que los monarcas absolutos pueden tambien cambiar de voluntad á cada minuto.

Pero si, en una sociedad donde reina un solo hombre, no menudean tales cambios ¿por qué razon han de menudear en un pais donde impera la ley sola? ¿Por qué razon ha de estar sujeto á menos cambios lo que se hace para provecho de uno solo ó de algunos, que lo que se hace para el bien de todos en general?

Dueño eres de tu vida: nadie puede estorbarte que te arrojes al rio ó te levantes la tapa de los sesos; y sin embargo no te destruyes.

Puedes, si se te antoja, pegar fuego á tu casa ó demolerla; y á pesar de eso no tienes tal antojo.

Pues no se apoya M. Royer-Collard con mayor fundamento sobre lo que él llama derecho.

«No hay derecho ninguno contra el derecho; sin este no hay en la

»tierra mas que una vida sin dignidad, y una muerte sin esperanza.»

Perfectamente dicho; pero faltaba ahora definir el derecho y demostrar dónde se halla, y eso es lo que no demuestra M. Royer-Collard, y eso era lo difícil; sin embargo, medítese bien la cosa, y se verá que en último resultado el derecho cede siempre á la ley del número, porque en difinitiva el derecho resulta del número. Tan cierto es esto que el derecho, tal como se formula en legislacion, tal como se resuelve en las aplicaciones, esto es, en sí ó en nó, siempre depende de la contingencia de un voto. Ciento y uno contra ciento constituye un derecho legal que obliga á la obediencia, y manda y rige á la sociedad entera.

Las leyes fundamentales de que habla M. Royer-Collard, no son ni pueden ser otras que las admitidas por la nacion; leyes que ella misma se da, y que puede por consiguiente modificar. Los derechos nacionales, á los cuales M. Royer-Collard se refiere, no son ni pueden ser otros que los derechos de la nacion, y no es preciso remontarse mas.

Ninguna nacion puede ser eternamente gobernada por las leyes de sus abuelos, pues entonces no seria libre. Las naciones, compuestas de hombres que se mueven y cambian, no pueden permanecer inmóviles y estacionarias. Los muertos no tienen poder para encadenar mal de su grado á los vivos. Cada generacion se pertenece á sí propia, y lo mismo que las pasadas no la ligan, tampoco puede ella ligar á las venideras. Este es el hecho y el derecho, y contra el hecho y el derecho no hay nada que oponer, nada.

«Aflíjase ó indígnese quien quiera, esclamaba el mismo Royer-Co»llard, yo por mi parte doy gracias á la Providencia por haber hecho »partícipes de los beneficios de la civilizacion á mayor número de sus »criaturas!»

Pues bien, eso mismo que pedia M. Royer-Collard en beneficio de la clase media, lo pedimos nosotros en beneficio del pueblo. Queremos, anhelamos, como él, que los beneficios de la civilizacion se estiendan á mayor número aun de criaturas humanas. Sin querer y sin saberlo se puso M. Royer-Collard en la misma vertiente del sufragio universal; caminaba hácia él,—nosotros llegamos ya.

Insiste Royer-Collard, y dice: «La soberanía del pueblo no es mas »que la soberanía de la fuerza, y la forma mas absoluta del mas absoluto »poder.»

Pero si el poder que emana de todos constituye necesariamente el mas absoluto de los poderes ¿cómo es posible que la soberanía del pueblo, que es la forma de aquel poder, no sea la mas absoluta de todas las formas? Tal es la consecuencia inevitable del principio. Por otra parte, nada importa que sea ó no la forma mas absoluta, con tal que sea la mas verdadera y la mejor.

M. Royer-Collard se apresura á añadir, no sin cierta contradiccion, que:

«Con esa soberanía sin reglas y sin límites, sin deberes y sin concien»cia, no puede haber ni constituciones, ni leyes, ni bien, ni mal, ni »pasado, ni porvenir.»

Pero me parece que eso es pura declamacion, porque recusar la autoridad del mayor número, ó lo que es lo mismo de la mayoría, equivale necesariamente á colocar el poder en la minoría; por consiguiente, ó habrá de concederse que la soberanía de la minoría carece tambien de reglas y límites, de deber y de conciencia, y que con ella no puede haber ni constitucion, ni leyes, ni bien, ni mal, ni pasado, ni porvenir, ó será preciso confesar que la mayoría, ó sea el número mas considerable, reconoce deberes y reglas, límites y conciencia, lo mismo que la minoría, ó sea el número escaso.

No veo yo que en los Estados-Unidos, donde la ley del número es dogma y está en pleno ejercicio, haya menos estabilidad, menos arreglo, menos moralidad, menos conciencia que en las monarquías. Fuera de esto, gozan ellos de los verdaderos beneficios de la libertad, mientras las monarquías no conocen sino la sombra de ellos: y ademas tienen por su parte el derecho, y ¿cuántas son las monarquías que le tienen por la suya?

Desde los principios de la Restauracion entrevía M. Royer-Collard la Revolucion de Julio, que despuntaba ya por los confines, un tanto sombríos, del horizonte político. Clasificaba él, y definia á su manera á los dos únicos partidos que se mostraban con vida, y que se disputaban el mando.

«Hay una faccion, nacida de la Revolucion, de sus malas doctrinas »y de sus malas acciones, que aspira, vagamente quizá, pero con constan»cia, á una usurpacion, y eso mas por inclinacion que por necesidad. Hay »otra faccion nacida del privilegio, á quien la igualdad indigna, y que »por lo tanto quiere destruirle. No sé en verdad lo que estas facciones »hacen, mas sé lo que quieren, y sobre todo sé lo que dicen. Reconozco »á la una en su ódio á toda autoridad legítima, política, moral, re»ligiosa; á la otra en su desprecio instintivo hácia todos los derechos »públicos y privados, y en la arrogante codicia con que ansía apoderarse »de todo en la sociedad y en el gobierno. Las facciones de que hablo re»ducidas á sí mismas, son débiles en número, son odiosas á la nacion, y »nunca echarán en ella raices; pero son tambien ardientes, y mientras »nosotros nos dividimos caminan ellas á su objeto. Si, continuando el go»bierno en abandonarnos y en abandonarse él mismo, han de continuar »ellas sus choques y trastornos; si nuestra desgraciada patria ha de se»guir viéndose destrozada y ensangrentada por su causa, yo me pongo

»en salvo; declaro desde ahora á la faccion vencedora, sea la que fuere, »que detestaré su victoria, y desde hoy le pido que escriba mi nombre »en sus listas de proscripcion.»

Lo que M. Royer-Collard llamaba, en su lenguaje doctrinario, lucha de dos facciones, no era otra cosa mas que la lucha entre la aristocrácia y la democrácia, entre esas dos potencias indestructibles y rivales que la Providencia ha colocado en las entrañas de todas las sociedades, para que hasta la consumacion de los siglos les dure la agitacion de la vida.

M. Guizot, imitando á su maestro, ha adoptado para su uso la famosa distincion entre las *Facciones* y los *Partidos*, bien entendido que él y sus amigos son *partidarios*, esto es, hombres de corazon, de probidad y de genio, al paso que sus adversarios son todos *facciosos*, es decir, cobardes, malos é ignorantes.

M. Guizot, en general, ha sabido hacer su agostillo de los discursos de Royer-Collar, y cuando le toca perorar nos vende muchas veces por nuevo lo que en rigor no es sino rejuvenecido.

Por lo demas, M. Royer-Collard reconocia la primordialidad de un contrato entre la nacion y el soberano; y ¿no era esto reconocer implícitamente la soberanía del pueblo? Porque es evidente: ¿en virtud de qué derecho habria hecho el pueblo semejante contrato, á no ser en virtud de su derecho natural, anterior, independiente, universal? Y asi como hizo ese contrato con una familia determinada ¿no podrá tambien celebrarlo con otra, ó no celebrarlo con ninguna? Es, pues, preciso reconocer que todo emana del pueblo, el derecho, la soberanía, el poder.

La elevada inteligencia de M. Royer Collard, que se empeñaba en soluciones imposibles, dejaba contínuamente desmentidos sus principios prestados. Seguramente no podemos contarle entre los nuestros, si atendemos á su fé política y á sus sentimientos conservadores; pero sí nos pertenece en cierto modo por su voluntad involuntaria [1] y por los espontáneos arranques de sus discursos.

Leed en prueba de ello lo siguiente: «Donde quiera que pueda prevalecer la minoría, la eleccion no es un derecho. Donde quiera que la »eleccion no sea un derecho, no hay cuestion.»

Y esto: «El derecho electoral cuanto mas se ejerce mas se posee; y »¿dónde hay garantía mas sólida que la posesion? En materia de elec»ciones, cada año es lo mismo que cada dia.»

1 Espresion paradójica de mucha fuerza que emplea el autor para significar que M. Royer-Collard, convencido, *mal de su grado como político*, de la verdad del principio de la soberanía popular, deseaba á veces como filósofo hacer manifestacion de dicho principio.—*N. del T.*

Y esta figura tan viva:

«El orígen de la raza real no está oculto, como el orígen del Nilo, en »desiertos inaccesibles; no solo le descubrimos, sino que vemos todavía »mas allá otras razas, y á la Francia con su derecho público, primordial »é imprescriptible.»

No se puede mas esplícitamente negar el derecho divino, y proclamar la soberanía del pueblo.

Las elecciones, los impuestos, la libertad de la prensa, el estado militar, las leyes sobre el sacrilegio, la organizacion judicial, la instruccion pública, la responsabilidad ministerial, las instituciones municipales: todos los asuntos grandes, en fin, ejercitaron las meditaciones de aquella mente grave y elevada. Todos sus discursos estan sembrados de hermosas sentencias. Veamos algunas:

—«Los crímenes de la Revolucion no eran necesarios; fueron un obs»táculo, y no un medio.»

—«El gobierno representativo es la justicia organizada, la razon viva, »la moral armada.»

—«Lo bello se siente, y no se define; se halla en todas partes, en nos»otros y fuera de nosotros, en las perfecciones de nuestra naturaleza y »en las maravillas del mundo sensible, en la energía independiente del »pensamiento solitario, en el órden público de las sociedades, en la vir»tud y en las pasiones, en el llanto y en el placer, en la vida y en la »muerte.»

—«Los gobiernos representativos han sido condenados al trabajo; lo »mismo que el labrador, viven ellos con el sudor de su frente.»

—«Las Constituciones no son tiendas armadas para el sueño.»

—«Las leyes escepcionales son empréstitos usurarios que arruinan al »poder cuando mas se cree que le enriquecen.»

—«Hay repúblicas de todas especies:

»Hay repúblicas aristocráticas, como la de Inglaterra;

»Hay repúblicas de la clase media, como la nuestra;

»Hay repúblicas democráticas, como la de los Estados-Unidos.»

—«La institucion de Julio no es mas que una democracia real.»

—«Los ministros tienen dos especies de responsabilidad: la responsa»bilidad trágica, y la responsabilidad moral.

«¿Quereis, esclamaba combatiendo á una aristocracia oligárquica, que»reis que la nacion os llame? Pues abrazad su causa; defended el derecho »contra el privilegio. La confianza es el verdadero vínculo de las socie»dades; estudiad lo que para esta nacion tiene atractivo, lo que la re»pugna, lo que la tranquiliza, lo que la alarma; en una palabra, iden»tificaos con ella, sed populares!»

Vanas exhortaciones! la nobleza parlamentaria y provincial se afer-

raba en sus preocupaciones, y al fin M. Royer-Collard lanzó contra ella estas contundentes palabras:

«Todos somos pares ó pueblo; si alguno pretende ser otra cosa, que »lo diga!»

No se levantó de aquel golpe.

Dijo M. Royer-Collard en un acceso de fervor monárquico: «La Fran»cia no quiere que el rey sea prisionero de las facciones; no quiere que »el rey entregue su espada!» Pero debió haber añadido «no quiere que la »entregue *sino á ella*,» y eso fué lo que se verificó en Julio.

El rey entregó su espada. No se acordó de aquella profecía del fiel y concienzudo orador: «El peligro va creciendo de año en año, de minis»terio en ministerio, de dia en dia.»

Contrario en un principio á la libertad de la prensa periódica, fué poco á poco M. Royer-Collard despojándose de las mantillas ministeriales, y, de sesion en sesion, fué creciendo para la libertad. Véase de qué manera defiende á la prensa!

«Los libros han pasado de las bibliotecas á las cabezas. De estas es »de donde hay que proscribirlos. Teneis para conseguirlo algun proyec- »de ley? Pues mientras no lleguemos á olvidar lo que hemos aprendido, »siempre nos hallaremos mal dispuestos para la servidumbre y el em»brutecimiento.»

Qué forma tan vigorosa, qué pensamiento tan elevado manifestó impugnando la ley del sacrilegio!

«Las sociedades humanas nacen, viven y mueren sobre la tierra; pe»ro el hombre completo no se encierra en ellas. Quédale á él esclusiva»mente la mas noble parte de sí mismo, aquellas sublimes facultades por »medio de las cuales se encumbra hasta Dios, hasta la vida futura, hasta »los bienes desconocidos de una vida invisible. Quédanle las creencias re»ligiosas que son la verdadera grandeza del hombre, su bálsamo en su »flaqueza é infortunio, su asilo inviolable contra las tiranías de este »suelo.»

Y cómo se agranda su elocuencia á medida que se agranda su asunto!

«La religion subsiste en sí misma y por sí misma; es la verdad sobre »la cual las leyes no deciden. La religion no tiene mas de humano que sus »ministros, hombres débiles como nosotros, sujetos á nuestras mismas »necesidades, á nuestras mismas pasiones, órganos mortales y corruptibles »de la verdad incorruptible é inmortal.»

Y mas adelante:

«Segun el proyecto de los ministros, la fé religiosa lo hace todo. No »solo su reino es de este mundo, sino que el mundo es su reino. El cetro »ha pasado á sus manos, y el sacerdote es el rey. De modo que, al »paso que en política se nos ciñe entre el poder absoluto y la sedicion re-

»volucionaria, en religion se nos coloca y estrecha entre la teocrácia y »el ateismo.»

Cuán bello es aquel otro pasage!

«Hemos atravesado épocas de crímen; no hemos buscado en la ley »la regla de nuestras acciones, sino en nuestras conciencias. Hemos obe- »decido á Dios mas bien que á los hombres; somos aquellos mismos que »fingieron salvo-conductos, y que quizá aparecieron como testigos falsos »para salvar vidas inocentes. Dios nos juzgará con su justicia y miseri- »cordia.»

¿Dónde puede hallarse una pintura más viva de la inmoralidad y del egoismo de nuestro siglo que en la recriminacion siguiente?

«El gobierno, en vez de escitar la energía colectiva, arrincona tris- »temente á cada uno en el fondo de su impotencia individual. Nuestros »padres nunca conocieron esta profunda humillacion; no vieron ellos ja- »más la corrupcion ocupando el lugar del derecho público, y sirviendo »de espectáculo á la juventud asombrada, como ejemplo de la edad »madura.»

Concluiremos con un admirable fragmento sobre la inamovilidad de los jueces.

«Cuando el poder encargado de instituir un juez en nombre de la so- »ciedad, llama á un ciudadano á este cargo eminente, le dice: Como ór- »gano de la ley, sereis impasible como ella! Todas las pasiones os cla- »marán en torno; pero no deben jamás causar turbacion en vuestro es- »píritu! Si mis propios errores, si las influencias que me cercan, y á »las cuales no es nunca bien visto oponerse abiertamente, me obligan á »dar órdenes injustas, desobedeced á estas órdenes, repeled esas seduc- »ciones, resistid á mis amenazas. Que cuando subais al tribunal no que- »de en el fondo de vuestro corazon ni un temor ni una esperanza. Sed »impasibles como la ley!

»Responde el ciudadano: Yo no soy mas que un hombre, y lo que »de mi exigís es superior á las fuerzas de la humanidad. Sois muy fuerte »y yo soy muy débil; en lucha tan desigual no puedo yo menos de su- »cumbir. Desconoceis los motivos de la resistencia que hoy me prescri- »bís, y me castigareis por ella. No puedo yo hacerme superior á mí mis- »mo, si no me protegeis al mismo tiempo contra mí y contra vos. Forta- »leced, pues, mi flaqueza, libertadme del temor y de la esperanza; pro- »metedme que no bajaré del tribunal á menos que me halle convencido »de haber hecho traicion á los deberes que me imponeis.

«El poder vacila; porque es muy propio del poder el ir poco á poco »perdiendo su propia voluntad. Ilustrado finalmente por la esperiencia »sobre sus verdaderos intereses, subyugado por la fuerza siempre cre- »ciente de las cosas, dice al juez: Sereis inamovible!»

Todo en M. Royer-Collard revela al hombre de otros tiempos, al hombre singular: las materias que trataba, sus sentencias, sus pensamientos, su estilo. No abandonó un solo momento, por entre las vicisitudes de los hombres y de las cosas, la idea del gobierno que habia soñado; y todavía se recrea en ella. Las contínuas borrascas que maltrataron su existencia han producido el cansancio en su polémica, pero le han arraigado mas en sus opiniones. Creyó reconocer en las repentinas revoluciones de nuestra patria las lecciones y la dura prueba de una Providencia que castiga á los pueblos y á los reyes. Juzgó que hay una ley moral que rige el mundo de las inteligencias, asi como hay leyes físicas que rigen los fenómenos de la naturaleza. M. Royer-Collard ha sido un legitimista sincero, pero sistemático; para él, la legitimidad era, tanto por lo antiguo de su institucion como por lo venerando de sus recuerdos y por lo estenso y hondo de sus cimientos, la mas alta figura del órden social; pero queria tambien que este órden, cuyos excesos constituyen el despotismo, estuviese atemperado á las condiciones austeras de la libertad. Hacia de sus creencias dinásticas una especie de religion imponente y razonada: coordinaba su régimen de gobierno del mismo modo que se coordina una proposicion filosófica,—quimera que tiene mas bellas formas que esencia, puesto que las misteriosas y sólidas alianzas del pasado y del presente, de la libertad y del poder, bajo el cetro de una dinastía cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos, no son de fácil comprension para el vulgo. Asi que se trata de aplicarlas, todos sus estremos se descomponen; el equilibrio de semejante ficcion está incesantemente roto por la irregular corriente de los negocios humanos. Para que tales edificios pudieran sostenerse, seria preciso que no hubiera jamás nubes en el firmamento, ni vientos en el ambiente, y son castillos de naipes que el mas leve soplo derriba.

Lo que mas honor hace á M. Royer-Collard y le distingue entre todas las celebridades parlamentarias, es el haber sabido poner en perfecta concordancia sus máximas con su conducta. Grande y raro encomio es en nuestros tiempos el ser notado como hombre de sencillas costumbres, modesto, desinteresado y probo!

Añadiremos que la virtud de M. Royer-Collard recibió realce, no solo de su propio brillo, mas tambien de la vil corrupcion de sus discípulos.

Al paso que aquellos Grieguecillos de colegio que tanto encomiaban la pobreza de Diógenes y la sencillez de Platon el ateniense, se precipitaban sobre los empleos y dignidades, y llenaban su bolsa de oro, vimos á M. Royer-Collard, tan filósofo en sus acciones como en sus discursos, arrinconarse modestamente, huir de los honores del Consejo de Estado, de la pairia y del ministerio, y oscurecerse en la observacion solitaria y profunda de los acontecimientos.

¿Qué mucho pues que en la aplicacion práctica de sus doctrinas le hayan abandonado sus discípulos, dejándole plantado en su canapé cara á cara con su filosofía? M. Royer-Collard, que aunque amante del órden no lleva su amor hasta consentir que se trueque en despotismo, se volvió entonces hácia la libertad. Pero era ya algo tarde, porque la libertad habia pasado á mejor vida.

Por qué ha muerto la libertad? Sin duda porque el poder no ha tenido quien le refrenase al abandonarse á la impetuosa estravagancia de sus caprichos. Siempre le hemos visto bordeando los precipicios, y no porque le impeliesen hácia ellos, sino porque es de suyo locamente inclinado al peligro. La antigua Monarquía, el Imperio, el Directorio, la Restauracion, todos fueron feneciendo á su vez por el esceso de su poder. En este pais se quiere siempre gobernar demasiado, administrar demasiado, legislar demasiado, hacer demasiadas cosas. Intenta la libertad dirigir el rio por entre sus naturales diques; pero la corriente los rompe, se desborda, y pasa con tanta rapidez y por tantos poros que en breve instante desaparecen su rumor y su caudal.

Confesemos ademas que somos los Franceses los hombres mas olvidadizos de la tierra. Los mismos á quienes rechazamos primero con indignacion, son recibidos por nosotros con frenéticos aplausos asi que vuelven á buscarnos. Los partidos en Francia no se guardan el menor ódio; asi su enojo como su admiracion, son plantas de largo tallo sin raiz ninguna en su suelo: cualidad de nuestro carácter muy apreciable sin duda, pero tambien segura prueba de que, si bien somos aptos para todas las demas ciencias por la movilidad de nuestra inteligencia maravillosa, tenemos muy pocas disposiciones para la ciencia política, que requiere mayor aplicacion, mas constancia y mas firmeza.

Hoy nos disputamos y nos arrancamos los unos á los otros á Royer-Collard; y la verdad es que Royer-Collard no nos pertenece á ninguno, porque para nuestros partidos tiene demasiada probidad política, y porque sigue con perseverancia un camino que no es el nuestro.

M. Royer-Collard cree ante todas cosas en el dogma de la legitimidad. Pésale de ver removidos los antiguos cimientos de la monarquía. Ni sus consejos, ni su brazo, ni sus simpatías contribuyeron en nada para hacer la Revolucion de los tres dias. Abogó por la pairia hereditaria; combatió la estension del privilegio electoral; derramó el llanto de su elocuencia sobre la tumba del gran Périer, del hombre fatal de Julio. No pertenece ni á la estrema izquierda, ni á la izquierda dinástica, ni tampoco al tercer partido. Votó los presupuestos, las leyes y las medidas de nuestros gobernantes pusilánimes y corrompidos, y fué preciso que la copa de iniquidad estuviese llena hasta los bordes antes que él les advirtiese que iba á derramarse. ¿Y podreis vosotros diputados de la Oposi-

cion, olvidar esos antecedentes que nada tienen de comun con los nuestros, y llamar á M. Royer-Collard apóstol de la libertad? Sabed que el mismo Royer-Collard repudia ese democrático apostolado; que no quiere que se le crea lo que nunca ha sido, ni parecer lo que no es. Dejémosle con su carácter propio, su fisonomía original, sus antecedentes, sus doctrinas, sus pesares, su vida enteramente legitimista: y aunque por nuestra parte concibamos el gobierno de nuestro pais de otra manera, respetemos esa vida egregia, y no atentemos á su conciencia íntegra y pura.

REVOLUCION DE 1830.

Los oradores de la Restauracion que acabamos de retratar peleaban en el estrecho campo de la Carta. Ejercitábanse como dejamos dicho en disertaciones metafísicas que se perdian de vista de puro encumbradas, y en mostrarse á cual mas diestro en el asalto. Ninguno aparecia cual era en el fondo de su corazon; ni los legitimistas revelaban su desprecio hácia la Carta por su amor á la dinastía, ni los liberales su desprecio hácia la dinastía por su amor á la Carta. Luchaban y justaban con meras sutilezas, se atravesaban unos á otros con sofismas, se engañaban mútuamente y rivalizaban en ser perjuros con el corazon, con lágrimas y con juramentos. Las ordenanzas de Julio fueron para algunos el verso final de aquella comedia que duró quince años, que no podia menos de concluir, y que ya, gracias al cielo, ha concluido; y el gobierno de Julio el verso primero de esta otra comedia que dura hace trece años y que se sigue todavía representando.

Asi que se levantó el telon se precipitaron á la escena los actores del nuevo drama con el cabello erizado y los ojos chispeando. Empezaron á ensartar las mas soberbias tiradas del mundo en preguntas y respuestas, en pró del órden y de la libertad. Oh! era aquello verdaderamente magnífico! Yo aplaudia como un frenético; pero presto cesaron los rasgos dramáticos, vaciáronse los palcos, y los mismos comediantes empezaron á dormirse. Es decir, que los debates y pugnas de importancia se acabaron, y los partidos transformados degeneraron en mezquinos compadrazgos. En vez de luchar por los principios se empezó á luchar por las carteras ministeriales; todos los alistamientos se hacian en pró ó en contra de M. Guizot, en pró ó en contra de M. Molé, en pró ó en contra de M. Thiers. Desde entonces no ha cesado la corrupcion de hacer los mas espantosos esterminios en el cuerpo electoral, en la prensa y en el parlamento. Y de tal modo se ha burlado nuestra nacion, que es la mas burlona de todas, de las Cartas, de las Constituciones, de los sistemas, de los reyes, de las leyes, de las religiones, de los gobiernos y aun del pueblo mismo, que ya no cree en nada, y que ya casi ha venido á ser doctrina corriente entre los hombres de bien que lo mejor es vivir para el presente, y admitir todos los hechos consumados enviando á la dula los principios.

Sucede entretanto que por no haber hoy pasion para lo bueno como la hay para lo malo, acaba la elocuencia de las nobles pasiones. Cada cual se mantiene en observacion en el punto céntrico de sus opiniones, sin tomarse el trabajo de ir á ver el mundo que corre hácia las estremidades. Y en rigor ya no hay tampoco estremidades, ni derecha, ni izquierda, ni centro esplícito y compacto; todos los partidos se descomponen, se alteran, se desfloran, se destiñen y desaparecen.

Diríase que los diputados de treinta años escasos no tienen sangre en las venas. Preséntanse con ojos apagados y hundidos, y dejan caer con muelle languidez su enervada accion desde lo alto de la tribuna. Tienen todos voz de falsete, como de convalecientes, y al oirles hablar casi se siente uno tentado á tomarles el pulso, y á aconsejarles un viajecito á las islas de Hyères. A no ser por sus barbas aliñadas y mezcladas de pelos rubios, podrian muy bien pasar por unos buenos vejetes de esos que aguantan granizadas y ventiscas. ¿Son jóvenes, ó son viejos nuestros diputados de treinta años? qué son, hombres ó mujeres? Cuál es su sexo parlamentario? Lo único que puedo asegurar es, que en este año de gracia de mil ochocientos cuarenta y cinco no hay nada que iguale en frialdad, en gravedad, en positivismo y en solidez de cálculo y raciocinio á los jóvenes *leones* de nuestra cámara de diputados. Táchanles, y con razon en mi juicio, de que para oradores quieren parecer demasiado filósofos, y para demócratas afectan hábitos demasiado aristocráticos. Si

hay algunos entre ellos que tengan talento y sean de la oposicion, y en verdad que no faltan de talento y de la oposicion, ¿creen VV. que se resolverán á atacar al poder? Qué disparate! no son tan menguados! Pues qué ¿no tienen por ventura un porvenir en que pensar? y porque estén reñidos con los ministros, han de estarlo con el ministerio? Asi es que jamás omiten declararlo asi en sus interminables precauciones oratorias, y lo inculcan, y se lo repiten cien veces á todos y á cada uno de aquellos señores. En seguida se disponen para el ataque, que se reduce á escurrirse por detras del banco de M. Guizot, y á clavar unos cuantos alfilerazos en las piernas al digno doctrinario. Vuélvese éste medio risueño y medio enfadado, y por respuesta les dice: Silencio, botarates!

La sed ardiente de placeres, la codicia y la corrupcion han desecado la poca sangre y el poco calor que quedaban bajo la epidérmis del cuerpo electoral. No saben los ministros todo lo que podrian intentar, ni hasta dónde podrian llevar las cosas con solo que quisieran. Yo por mi parte tengo la persuasion íntima de que si en las cámaras existen aun unos cuantos individuos de la oposicion, si dura aun en la prensa una sombra, una ligera sombra no mas de independencia, es porque los ministros están interesados en que no se desvanezcan completamente las formas y la apariencia del gobierno representativo. Y es claro, porque no hay medio mas cómodo para embolsar cada año el millar y medio asignado, que constituye todo el item de la moderacion y longaminidad de los ministros.

Voy á sorprender á muchos con una asercion: hay en Francia cien colegios electorales que tienen menos virtud, menos verdadera independencia, menos inteligencia (lo que por sabido se calla), y aun menos amor á nuestro establecimiento representativo que... que quién? que M. Guizot, por ejemplo.

Es pues una chanza muy pesada el querernos hacer creer que nuestros colegios electorales tienen buenas opiniones, y que gimen, se lamentan y se muerden los codos al ver la marcha actual de los negocios. Díganos mas bien que gimen y se lamentan porque nos los atiforran á ellos y á sus mujeres, é hijos, y primos y sobrinos, con esclusion de todas las demas personas, de lo que ellos con ansia apetecen, y ¡sabe Dios que es lo que no apetecen hombres de tanto apetito! No tienen ellos que guarecerse contra la corrupcion: no; sino que la solicitan, la provocan descaradamente, por medios directos y por tercera persona. ¿Tendrán VV. por ventura el candor de creer que los señores Arago, Laffitte, Dupont de l'Eure, y mi pequeñez despues de ellos, y los demas que se sientan en nuestros bancos altos y bajos, ocupamos nuestros puestos *á pesar* de los ministros? Mucho se equivocarian VV.; solo los ocupamos porque ellos nos lo permiten. ¡Oh clementísimos é indulgentísimos ministros! permi-

tid que en mi nombre y en el de mis favorecidos amigos, os tribute por ende mil y mil acciones de gracias!

Oigo que por todas partes resuenan estas palabras:—¿Será posible, Timon, que no nos haga V. ver nuevos retratos de su mano al abrirse la próxima esposicion?—Nuevos retratos? por mi parte con mucho gusto; pero ¿dónde están los originales? dónde están esas fisonomías? voy buscando oradores y no encuentro mas que hombres de negocios.—Pues bien, píntenos V. esos hombres de negocios.—Bien; pero no en este lienzo.—¿Cree V. pues, se me dirá, que para ser orador ha de ser indispensable tener principios, buenos ó malos, verdaderos ó falsos, pero que al menos sean principios ó les den ese nombre? Cree V. que ha de ser tambien preciso pertenecer á un partido formal y decidido, á la oposicion de la derecha ó de la izquierda, ó á los bancos ministeriales? qué se ha de tener pasion, conviccion, fé, vehemencia, ódio ó amor? que la charla abogadil no se ha de confundir con la elocuencia? Que la remolacha, el carbon de tierra, el betun, el hierro en barras, el algodon en rama, la seda en capullos, el percal, las telas pintadas y engomadas, el añil, los ferro-carriles, los mariscos, el vapor y las máquinas de limpieza no contienen y resumen en su parte pulposa y leñosa, en su humo, su mucosidad y su rodaje, todos los destinos futuros de la sociedad, y todas las grandezas morales del hombre?—No, yo no lo creo.—Entonces, tampoco creerá V. en la duracion de nuestra máquina constitucional?—Yo! por qué quieren VV. que les diga ahora cosas que no vendrian á pelo?—¿Qué es pues lo que vá V. á decirnos?—Que voy á enseñarles á Garnier-Pagés, y que me lisonjeo de haberle sacado parecido.

Entren VV. en mi estudio, y les enseñaré despues los demas retratos.

GARNIER-PAGÉS.

Ah! mucho he vivido ya! he visto morir á Manuel en el ingrato abandono de sus electores y de sus amigos: he visto morir á Lafayette que aun no habia llegado al cabo de su verde senectud: he visto caer á Carrel en la primavera de su edad: á Carrel, el brillante paladin de la democrácia, la flor de nuestras esperanzas, la pluma y la espada del partido nacional: he visto apagarse á Garnier-Pagés que, si se hubiera arrancado antes de la atmósfera corrompida de la Cámara y de las devorantes agitaciones de nuestras estériles luchas, hubiera recobrado las fuerzas y la salud bajo el templado cielo del Mediodia, y en los refrescamientos de la soledad.

Por tí, Garnier-Pagés, empezaré esta galería de nuestros oradores contemporáneos, homenage que te debo porque ya no existes,—y se olvida tan pronto á los muertos! porque me amabas tambien, y asi como yo nunca hubiera querido separarme de tí, tú no hubieras querido se-



12



GARNIER-PAGÈS

pararte de mí! porque no habia uno solo de tus pensamientos que no fuese tambien mio! Sí, desdeñaba, como tú, lo que tú desdeñabas, los honores y el poder; amaba, como tú, lo que tú amabas, el pueblo; esperaba, como tú, lo que tú esperabas, la reforma, y no necesitábamos comunicarnos lo que sentíamos ni hablarnos para entendernos. Cuán ardientes y sinceros votos formábamos juntos por la union de todos los patriotas, por la grandeza de nuestra querida Francia, por la mejora de la condicion de los pobres y por el triunfo definitivo de la democrácia! Sí, tenias una grande inteligencia, Garnier-Pagès! Sí, eras un noble corazon! Comprendias la libertad, sabias cuánto se la debe amar,—más sabias, sabias como se la debe servir. Y ya no te veré mas, á tí á quien dejé tan lleno de vida! y cuando vuelva á la Cámara no te volveré á encontrar en la estremidad de nuestro banco solitario.

Herido yo tambien, lejos de tí, de un mal menos grave que el tuyo, no pude recojer tus últimos suspiros y pagarte el tributo de una fiel amistad; pero ¡ojalá que estas líneas que te consagro, y que no ha dictado la lisonja, te hagan sobrevivir á esta fuga del tiempo que pasa y nos arrastra, y graben mas hondamente en nuestros corazones y en nuestra memoria el amor á tu persona y el sentimiento de tu dolorosa pérdida!

Garnier-Pagès tuvo la dicha de no pasar, como hombre parlamentario, por la prueba casi siempre fatal de la succesion de varios gobiernos. Si hubiera sido diputado cuando estalló la Revolucion de Julio, ¿hubiera traspasado, como tantos otros, los límites de sus poderes? ¿hubiera abandonado el campo de batalla por ir á despojar á los muertos? ¿hubiera perdido bajo los livianos tocamientos del poder, aquella virginidad política que conservó hasta el cabo con una continencia tan ejemplar? No lo creo.

Garnier-Pagès tenia el mas raro de los valores en un pais donde todos tienen el valor personal; tenia el valor de su conciencia. En caso de necesidad hubiera sacrificado mas que su vida; hubiera sacrificado su popularidad, y por este lado sobre todo le estimaba yo, porque ningun aprecio hago de los oradores ni de los publicistas que no saben, si es preciso, resistirse á las preocupaciones y á los arrebatos de su propio partido. Es un deber decir la verdad á los amigos aun mas que á los enemigos, y el que solicita la popularidad á *todo trance* no es mas que un cobarde, un ambicioso, ó un necio.

Sencillo en sus hábitos, íntegro en su vida, y demócrata severo sin ser estravagante; fiel á sus antecedentes, sincero, desinteresado, generoso, inofensivo, tal era el hombre moral y político.

Orador, descollaba por la prudente economía de su plan, por la flexibilidad de su dialéctica y la ingeniosa presteza de sus réplicas.

Tal vez le faltaba un poco de aquel elevado, abundante y pleno vi-

gor que sostiene el discurso, y no deja á los adversarios ni retroceder ni respirar ante el empuje y bajo la impresion de su impetuosa corriente; de aquella emocion interior que se comunica á los demas, porque la esperimenta uno mismo; de aquella imaginacion que dá cuerpo al pensamiento, y que ha hecho la fortuna de todos los grandes maestros en el divino arte de la palabra; en fin, de aquella vehemencia, de aquella accion oratoria que depende de la fuerza de los pulmones y de la coloracion del rostro.

Pero en una asamblea formal, en un gobierno de negocios, el hombre verdaderamente elocuente no es el que tiene grandes vibraciones, pasion y lágrimas en la voz, sino el que mejor discute, y Garnier-Pagès era un hombre de discusion; era la razon misma, sazonada con una punta de ingenio.

Garnier-Pagès tenia un talento enteramente parlamentario. No decia mas que lo que queria decir, y como un hábil barquero conducia su palabra y sus ideas por entre los escollos de que está sembrado su rumbo, sin naufragar, sin rozarse siquiera en ellos.

Los hombres reunidos, Cámara ó pueblo, gustan de lo que los deslumbra, de lo que los conmueve, de lo que hiere y arrasta su fantasía: no se curan bastante de la claridad de los pensamientos, de la propiedad de los términos, de la lógica del discurso. Garnier-Pagès no seducia á los hombres insustanciales, pero agradaba á los hombres graves, porque era en sus oraciones mas sólido que brillante: no atendia tanto al movimiento de las ideas como á su hilacion, á la pompa de las palabras como á las cosas que espresan estas palabras. Su discusion era severa y sustanciosa: deducia rigorosamente sus proposiciones unas de otras empezando por las principales para llegar á las secundarias, y sus raciocinios se multiplicaban y se unian sin confundirse. No titubeo en decir, y en este punto me creo algo competente, que Garnier-Pagès era uno de los mejores dialécticos de la Cámara.

Su conversacion familiar abundaba de rasgos delicados y epigramáticos sin ser sangrientos. La sal y el ingenio chispeaban en él.

La *inmodestia* oratoria que, en los otros, degenera en soberbia, en él se parecia al candor. De vuelta en su banco, disminuia á veces con sus bromas el influjo que acababa de ganar en la tribuna con su alta razon; pero el ligero Francés ¿puede por ventura no chancearse y reir, aun en lo mas récio del peligro, aun en la hora de la muerte?

Garnier-Pagès, como todos los hombres políticos, se exageraba la importancia de la atmósfera en que se agitaba: donde no habia mas que algunos raros individuos, Garnier-Pagès creia ver un partido: cual si la mirára con un lente, se abultaba la tenuidad microscópica de la estrema izquierda.

Por lo demas, habia conocido que una opinion, muda delante de opiniones que hablan, descubre su propia flaqueza, se pierde en la escentricidad y presenta su dimision: tambien habia conocido que el terreno de la política radical estaba circunvalado por las leyes de setiembre, por los murmullos interruptores del centro, y por las prohibiciones del llamamiento al órden.

Poco á gusto en un terreno estrecho y ruinoso, que por todas partes iba faltando, habia querido hacer ver que la impotencia de su posicion no era la impotencia del hombre, y se puso á estudiar, á elaborar con infatigable ardor, las materias de hacienda y de economía política: asi pasó los dias y las noches ahondando la vasta y árida cuestion de las rentas. Sus dos discursos hicieron época: se puede decir que agotó la materia. Una perfecta claridad de esposicion, una gran seguridad de juicio, un profundo conocimiento de pormenores, una argumentacion vigorosa y clara, una habilidad sostenida, una mesura de ideas, una circunspeccion de lenguaje, una gracia para replicar superiores á todo elogio, tales son las dotes que por muchas horas cautivaron la atencion de la Cámara mas distraida del mundo, y á sus mismos adversarios se les oia decir al salir de la sesion: Es un jóven orador de inmensas esperanzas! un futuro ministro de hacienda de la democrácia!

Su penetracion juntamente rápida y sólida no se dejaba ni alucinar por las falsas promesas, ni deslumbrar por la pompa de las grandezas. Al minuto veia, en el fondo de los malos actos, las malas intenciones.

En la discusion de las Comisiones, hablaba sobre todos los asuntos poco, pero bien, oportuna, clara, positivamente, sin frases y sin énfasis, sin cólera y sin injurias, y los ministros no tenian antagonista mas listo, mas duro, ni que mas los apurase.

Garnier-Pagés y Guizot han sido, en nuestra época, los dos únicos diputados capaces de reunir, de disciplinar y de conducir un partido. Odilon Barrot es demasiado abstracto, Mauguin demasiado ligero, Thiers demasiado negligente, Jaubert demasiado violento, Lamartine demasiado vago, Dupin demasiado voltario, y los demas ó no quieren ó no podrian. No digo que Garnier-Pagès y Guizot fueran intrigantes, pero digo que eran hábiles. Ambos siempre alerta y siempre prontos; ambos muy al cabo de la estadística personal de su hueste; ambos tácticos consumados; ambos atentos á proporcionarse inteligencias en el campo enemigo; ambos hábiles en decir á cada uno la razon que debe determinarle; ambos fecundos en estratagemas imprevistas; ambos en la Cámara, en las comisiones, en las asociaciones, fuera de ellas, en todas partes, apremiados, poseidos por la necesidad de obrar, de sentar la cuestion, de fundir las disidencias, de coligar las voluntades, de organizar el negocio y de dirigir su gente: ambos escelentes jefes de oposicion, si Gar-

nier-Pagès hubiera copiado un poco de la gravedad de Guizot, y si Guizot hubiera tomado un poco mas de la destreza de Garnier-Pagès.

Pero, cosa mas fácil! M. Guizot conduce, con la disciplina levantada, su grey de obedientes escolares, al paso que la estrema izquierda es rebelde al freno, gruñona, díscola y casi indisciplinable. Como allí nadie se contenta con ser soldado raso, y todos quieren ser oficiales, cada cual tiene el placer de obedecerse y mandarse, con tal que consiga entenderse consigo mismo, lo que no siempre sucede. Y luego, la estrema izquierda ¿no blasona con orgullo de no depender de nadie y de no hacer una oposicion sistemática? ¡Oh rara habilidad! No hagais una oposicion sistemática contra los que os harán un ministerialismo sistemático, y podreis lisonjearos de obtener un triunfo magnífico! Aislaos, romped vuestras filas, tirotead á la ventura, mientras que los ministros apoyados en las negras masas del centro, vomitan sobre vosotros los fuegos de su batallon cuadrado. Eso se llama una oposicion bien disciplinada! Eso se llama una táctica brillante!

O mucho me engaño ó, por la naturaleza de su talento, Garnier-Pagès hubiera hecho un buen ministro, y no se crea que me hubiera sido grato amasarle una candidatura, ni que me hubiera recreado en pintarle con una cartera colocada debajo del brazo y con el cuello bordado de oro: digo solamente que hubiera tenido talento para ser ministro, y no que hubiera tenido ambicion de ello.

Si! Garnier-Pagès tenia todas las capacidades de un ministro; una ojeada rápida que iba derecha al fondo de las cosas; un juicio que no se dejaba dominar por la imaginacion; una dialéctica viva, exacta y rigorosa; un ingenio fecundo en recursos, pronto en discurrir arbitrios, vasto en la organizacion, activo y perseverante en los medios.

Del mismo modo, en pocos años, Garnier-Pagès si hubiera querido, se hubiera puesto á la cabeza del foro, pues tenia las dotes de los abogados de nuestros dias, en tanto grado acaso como las de un orador ;—una penetracion laboriosa, una rara inteligencia del derecho, una maravillosa facilidad para argüir, una réplica natural y súbita, una lógica rigorosa, una gran solidez de juicio.

Lo que mas me sorprendia en él era su eminente aptitud para los negocios, aptitud tal que la del mismo M. Thiers no le hubiera llevado ventaja. Porque si M. Thiers veia mas pronto y mas de lejos, Garnier-Pagès veia mas claro.

Menos admiraba yo, lo confieso, aquella ligera flexibilidad de elocucion y de ingenio, que consiste en revolotear al rededor del banco de los ministros, y en cubrir y en erizar su piel de picaduras y ronchas,—sutilezas y primores que no siempre comprende un público mal iniciado en las mentiras y las sinonimias de la germania parlamentaria.

Prefiero mas nervio y calor en el discurso, y creo que es preciso saber callarse cuando nada se tiene que decir; pero los partidos, en todos los partidos, son exigentes como los litigantes. Si uno no habla, dicen que ese los vende; si habla, dicen que los ha defendido mal: nunca se les ocurre que su causa es la mala y no el abogado.

No nos cansemos de repetirlo; desde la Revolucion de Julio acá, nunca ha habido oposicion sistemática, jefes incontestablemente reconocidos, un combate en regla, sino solo soldados vestidos de desparejadas armaduras, agregaciones fortuitas y escaramuzas de guerrilleros.

Añadiré, pues estoy en vena de ingenuidad, que el partido demócrata tiene sus inconsecuencias ni mas ni menos que los otros partidos, y si quisiera ahora emprender su autopsia, manifestaria las muchas dolencias que trabajan su pobre cuerpo.

Algunos se contentarian con cambiar otra vez de rey para probar si acaso iba asi mejor la cosa; otros querrian luego la república. Estos la apetecerian igualmente, pero para mas adelante; aquellos desearian que se consultase al pais que nunca, nunca jamás lo ha sido libre y completamente, y que se hiciese lo que decidiera la mayoría de los ciudadanos.

La verdad es que no hay en la Cámara un solo diputado de ninguna opinion que sea consiguiente consigo mismo.

Pregúntese á los ministeriales, á los hombres del tercer partido y á los dinásticos si creen representar sinceramente el pais, y responderán que eso por supuesto, pues que el pais no ha reclamado contra su carta ni contra sus leyes, y que *quien calla otorga.*

A lo cual responderé yo que tampoco los Turcos reclaman contra los firmanes de su Alteza el Sultan Mahomet; lo que no prueba, en manera alguna, que sean libres los Turcos, ni que tengan la menor aficion al régimen de los latigazos y del palo. Estraño dilema por cierto! si no reclamas, consientes; pero si reclamas, te encerrarán por primera providencia en la consergería, y de allí saldrás entre una cáfila de ladrones para pasar, entre otra cáfila de gendarmas, á la prision de Clairvaux, donde hospedado entre cuatro paredes, podrás, por poco que tengas gusto en ello, reclamar á todo tu sabor hasta hartarte. Cierto, cierto que son unos gobiernos muy honrados y unas representaciones muy verídicas los gobiernos y las representaciones del *quien calla otorga!*

Pregúnteseles ahora á los legitimistas, que toman el juramento en el sentido religioso, si están muy satisfechos de poner su mano juramentada en la mano de Luis Felipe, mientras que sus corazones están en Goritz [1], y responderán impávidos qne se sientan en la Cámara en virtud de la soberanía del pueblo.

1 Residencia habitual de los Borbones proscriptos.—*N. del T.*

A lo cual responderé yo tambien que, para invocar la soberanía del pueblo, seria preciso empezar por reconocerla; que no se puede servir á dos señores, adorar á dos dioses, decirse vasallo de dos reyes, y sostener al mismo tiempo dos principios contrarios; la legitimidad y la usurpacion. Estén VV. seguros de que todas las esplicaciones posibles no darán á esta posicion forzada lo que le falta de claro y de lógico.

En fin, pregúntese á los hombres de la estrema izquierda, si no se sienten un poco molestados por el juramento, y responderán que el juramento político no es mas que una mera formalidad; que no obliga ni á servir ni á amar á este ó al otro; que no liga con un vínculo mas fuerte con respecto al príncipe, á la Carta ni á las leyes, á los diputados que le prestan contra su voluntad, que á los ciudadanos que no le prestan; y si V. insiste, y les pregunta por qué hacen, ellos á quienes no ha nombrado el pais, leyes que sacan su dinero al pais, responderán que esas leyes serian todavía peores si no las manipulasen ellos.

Y á esto responderé yo, cuando me llegue mi turno de hablar, que la escusa atenua el hecho sin cambiar su esencia, y que la necesidad de sus consecuencias no cubre la infidelidad orgánica de la representacion.

Esto esplica por qué no hay un solo diputado, cualquiera que sea la opinion á que pertenezca, que no sea anti-lógico, y por qué esa cámara que encierra individualmente tantos y tan grandes talentos, es tan descolorida, tan blanda de fibra, tan temblorosa de todos sus miembros, tan endeble, tan apocada y tan lánguida que ni siquiera tiene fuerza para abortar, ya que le falta para producir.

En efecto, todos los partidos, sin escepcion, faltan en ella al gran principio de la soberanía del pueblo, y luego cada partido falta tambien en ella á sus propios principios,—y sostengo que no hay nada mas falso en el mundo, ni mas ridículo que semejante situacion.

¿Quién no ha visto á los puritanos y al mismo Garnier-Pagés el primero, tomarse un trabajo increible, retorcerse los brazos en su pantomima, plegarse y replegarse en cien rodeos oratorios para hacer entender á media voz que otro sistema seria mejor? ¿Pero de qué sirven esos esfuerzos de estilo, esas sinonimias, esas habilidades parlamentarias? ¿Esperan por ventura por esos medios seducir á los hombres que viven de los abusos? Esos hombres tienen las orejas largas y muy aguzadas, y las aguzan todavía mas á la menor espresion que las hace cosquillas y las pellizca: ademas, no se modifica el sistema de un gobierno con una alusion de tribuna. Que me den veinte líneas de un periódico, y diré mas sobre este tema que el mas brillante discurso que dure una hora.

¡No esperemos, pues, en las cámaras presentes ó futuras! Estas son y serán lo que siempre han sido, ministeriales, ministeriales á todo tran-

ce; siempre estarán llenas, desde el fondo hasta los bordes, de empleados asalariados; siempre serán estacionarias si no retrógradas, juguetes de todos los miedos, impotentes para hacer el bien, pródigas de nuestro dinero, dignas hijas, en una palabra, del monopolio electoral. Nada han hecho y nada harán para el progreso social; ni han dado ni darán la reforma; ni han abolido ni abolirán las leyes de setiembre; ni han organizado ni organizarán el trabajo: se irán muriendo una despues de otras de impotencia y de senectud, y siempre habrá que volver á empezar, hasta que todos los Franceses sean llamados á los colegios electorales.

Algun dia, esa izquierda radical, ahora silenciosa y helada, sacudirá las ligaduras del monopolio que la sujetan: algun dia, de las fecundas fuentes del sufragio universal brotarán oradores libres cuya ardiente elocuencia esparcirá en derredor la llama y la vida; algun dia, el pueblo mismo sentará, por manos de sus verdaderos representantes, los anchos sillares del templo de la libertad.

Pero en la hora presente, sin ser tan grande como pudiera serlo, la tarea de la Oposicion es todavía bastante hermosa. Es un derecho para ella reclamar todas las consecuencias del principio de la soberanía del pueblo; fuera, independencia; dentro, libertad, igualdad, instruccion, economía, reforma. ¿Qué significa un diputado que se encastilla en una mustia y desesperada taciturnidad? ¿Qué significa un soldado que se esconde en su tienda, en vez de pelear á la luz del sol, á la cabeza del campamento? El deber de los hombres del derecho es esparcir la verdad delante de los hombres de abuso, aun á riesgo de que huellen bajo sus pies la semilla de aquella los hombres de abuso! Desprecio y murmuraciones, calumnias y ultrajes, todo lo deben sufrir por su pais. Si el pais no los comprende, no los apoya, no se acuerda de ellos, tanto peor para el pais y no para ellos!

No nos vengan pues á decir, como un publicista amigo mio, y gracias á mí, muy conocido, que no sabe improvisar; que le falta memoria; que los murmullos del centro cubririan su voz; que no tendria eco; que los discursos escritos son frios, compasados, buenos para ser leidos, no para ser escuchados; que el amor propio del escritor se resentiria de la debilidad del orador; que el escritor reasume y el orador desenvuelve; que el escritor es fastidioso si se repite, y que al orador no se le entiende si no se repite; que de esta suerte las dotes del publicista y del improvisador se escluyen, y otros pretestos [1].

Aquí no se trata, caballero, de saber si su amor propio de V. se resentiria de que no dijese V. la verdad en hermoso lenguaje, sino de si está V. obligado á decirla en los términos que pueda, y de si debe curarse

1 Alusion de Timon á Timon mismo.—*N. del T.*

mas de su reputacion que del bien de su patria. Cierto, si nada bueno tiene V. que decir, cállese V.; pero si su conciencia le apremia, descárguela. Camine V. siempre adelante, vaya á la descubierta, y hienda con su proa las aguas desconocidas de otro mundo político. La verdad es parecida á la larga estela que deja en pos de sí el barco de vapor, cuyos círculos, ensanchándose, van á batir las dos orillas y acaban por llenar todo el rio. Bueno fuera que se imaginase V. que no será castigado por su silencio como por sus palabras, que no han señalado ya su casa con yeso los esbirros del poder, y que no pasará tarde ó temprano bajo las horcas de la proscripcion! Adelante, y regocíjese V. si debe sufrir por la buena causa, y sepa, señor mio, que el campo de la libertad necesita por mucho tiempo todavía que le rieguen las lágrimas y la sangre de sus defensores!

No, los diputados de la estrema izquierda no pueden estarse con los brazos cruzados, cuando la sociedad, impelida por una fuerza misteriosa, camina hácia un porvenir inesplicable y mejor.

Sin embargo, apresurémonos á decirlo, uno es el deber del escritor que vive de lo absoluto, otro el deber del diputado que vive de lo relativo. El uno recibe su mision de sí mismo, el otro de su comitente; el uno elije su posicion, el otro la acepta; el uno es el hombre de lo que todavía no existe, el otro el hombre de lo que existe; el uno está siempre cara á cara con las teorías, el otro siempre cara á cara con las aplicaciones.

Garnier-Pagès, como verdadero político, habia comprendido que, en una Cámara de monopolio, es preciso decir todo lo que es cierto, pero no pedir mas que lo que es posible; que un hábil labrador puede hacer germinar en el terreno mas ingrato las semillas del progreso; que un diputado no es dueño de rehusar una mejora ofrecida, por pequeña que sea; que es preciso transijir sin dificultad con las personas, sin comprometer los principios; que los frutos de la violencia son casi siempre amargos y raquíticos, y que se caen del árbol antes de madurar; en fin, que las armas de la dialéctica son mas seguras y victoriosas en un pais libre que los disparos á metralla y las bayonetas.

Si, la política no debe parecerse á esos azotes del Cielo, á esos taladores de naciones que van sembrando delante de sus pisadas el espanto y la desesperacion, que derriban los templos sin reedificarlos, y las instituciones sin restablecerlas; que hacen en derredor suyo un desierto, y que no se recrean mas que en medio de las venganzas, de las ruinas y de las sepulturas. Si no siempre es permitido levantar un edificio regular, nuevo y completo, es preciso á lo menos cortar las piedras y llevarlas al terreno. Cada tiempo tiene su obra, cada siglo traza su surco. El legislador debe imitar á la naturaleza que nunca descansa, que se repara y se reproduce sin cesar, se rejuvenece y se decora con mieses y flores nue-

vas, y saca su vida hasta de la misma muerte. En el dia, el objeto de todos los hombres de Estado que comprenden su santa mision, debe ser mejorar la suerte de la especie humana: todos los esfuerzos del legislador que no tiendan á esto serán anti-morales, anti-religiosos, anti-filosóficos, estériles, impotentes, negativos, sin alcance y sin escusa.

Si no es posible organizar las grandes instituciones del gobierno, ni aun discutirlas, todavía hay mucho bien que hacer en las cuestiones secundarias. La Carta, aunque tan incompleta, no brotó, en una mañana de agosto, de las cabezas *camareras* de los legisladores Bérard y Dupin: no tengo noticia de que estos señores inventasen ellos solos el jurado, la libertad de los cultos, la libertad de imprenta, la responsabilidad de los ministros ni aun la igualdad del impuesto. Nosotros tambien somos conservadores de esto y de aquello y de todo lo que hay que conservar en la Carta por este estilo, y desafiamos á los mas fogosos corredores de empleos, de honores, de sueldos, de privilegios y de prebendas á que tengan en mas adoracion que nosotros las cosas buenas de la Carta; sin que esto impida que todavía pudiéramos decir mucho acerca de esta escelente Carta, sin que nadie tuviera cosa alguna que reparar en ello, y sin causarle á ella misma la menor pesadumbre.

Los que á sí propios se llaman conservadores, los paniaguados del poder se han formado y dispuesto una Carta para su uso particular, una Carta de familia, una Carta puramente personal y donde meten y encierran devotamente los favores del ministro, las bolsas [1] de sus hijos, los diplomas de sus juzgados, los galones de sus grados, todo ello mezclado con las leyes de setiembre, los procesos de tendencia y las bendiciones del cielo, y ante la cual rezan todas las mañanas sus oraciones. Hagamos nosotros otro tanto delante de la gran Carta, de la Carta de nuestras garantías y de nuestras libertades. Aunque embarazados sin duda, y muy embarazados, no nos está vedado sin embargo todo movimiento; no ajusta tan bien la mordaza en nuestras bocas que nos esté vedada toda palabra.

¿Qué importa ademas que en esa Cámara mustia y desolada, la estrema izquierda hable ó deje de hablar? ¿Qué importa que se la escuche ó se la desdeñe? ¿Qué importa que muera Lafayette, que sucumba Carrel, que desaparezca Garnier-Pagés? Los hombres pasan, pero los principios quedan. De cincuenta años á esta parte y en toda Europa, vanamente el despotismo ha acribillado con su metralla y sus cañonazos las filas populares; los vacíos se llenan, los batallones se apiñan, la tierra de la democrácia palpita en su fecundidad, las generaciones se levantan llenas

1 Es decir, las plazas gratuitas en los colegios reales.—*N. del T.*

de esperanza y de ardor, y el combate se renueva en todos los puntos, con el triunfo en perspectiva!

No, la soberanía del pueblo, del cual todo sale y en el que todo va á refundirse, no perecerá, á menos de que las naciones esterminen á las naciones, y se haga de Europa una inmensa soledad. La soberanía del pueblo es el principio de la libertad fundada en la igualdad política, civil y religiosa: la soberanía del pueblo es el principio del órden fundado en el respeto á los derechos de todos y de cada uno: no es la mas bella de todas las teorías sino porque es la mas hermosa; no es la mas consoladora sino porque no deja ningun infortunio sin socorro, ninguna injusticia sin reparacion; no es la mas sublime sino porque es la espresion de la voluntad general; no es la mas fecunda sino porque no hay una sola perfectibilidad que no emane de ella; no es la mas duradera sino porque, si siempre ha habido hombres reunidos en sociedad, no ha debido tener principio, y si siempre los hay en lo sucesivo, no tendrá fin; no es la mas natural sino porque no es otra mas que la ley de la mayoría que, sin que ellas lo sepan, gobierna á las sociedades libres; no es la mas noble sino porque es la única que corresponde á la dignidad de la naturaleza humana; no es la mas legítima sino porque es la única que esplica la alianza del poder con la libertad, y hace que el uno sea respetable y la otra posible; no es la mas razonable sino porque es muy de presumir que muchos tienen mas razon que uno solo, y todos mas que muchos; no es la mas santa sino porque es la mas perfecta realizacion de la igualdad simbólica de todos los hombres; no es la mas filosófica sino porque destruye las preocupaciones de la aristocrácia y del derecho divino; no es mas lógica sino porque no hay una sola objecion séria que no pueda resolver, ni una sola forma de gobierno á la que no pueda doblegarse sin alterar su principio; en fin, no es la mas magnífica sino porque del gigantesco tronco de la soberanía del pueblo se lanzan á la par todas las ramas del órden social, llenas de sábia, coronadas de sombras, y cargadas de frutos y flores.



CASIMIR PÉRIER.

[illegible]

[illegible]



CASIMIRO PÉRIER.

La nueva corte de las Tullerías, mal consolidada aun en lo interior y en lo esterior, caminaba á tientas en las sendas de su reciente establecimiento. Desembarazada en fin de Lafayette y de Laffitte, á quienes tanto habia querido, á quienes tantas veces habia estrechado sobre su corazon, hallábase de nuevo entre los ambiciosos de la doctrina y los asustadizos de la clase media: en este conflicto puso los ojos en Casimiro Périer.

Su inmensa riqueza le daba aquella especie de aparente independencia que permite á un ministro hablar récio en cualquier momento al Rey y á las Cámaras, que hace á un hombre superior á las sospechas de la corrupcion, é impone siempre al vulgo. Casimiro Périer atraía á los legitimistas por la secreta predileccion de Cárlos X hácia su persona, y no podia ser sospechoso á Luis Felipe por no haber servido nunca á otro amo. Su apasionada dialéctica le hacia maravillosamente apto para luchar

con la Oposicion, hombre á hombre, cólera á cólera. Era un personage de accion y de viva réplica, dotado empero de mas resolucion parlamentaria que valor personal, siempre pronto á trepar al asalto de la tribuna y trepando á él: hasta su alta estatura, su porte imperioso y brusco, sus ojos escondidos bajo pobladas cejas, y siempre llenos de una roja y ardiente llama completaban el conjunto de su superioridad circunstancial. Parecia nacido para el mando y para la presidencia del Consejo, y nadie habia, ni aun el mismo mariscal Soult, que pensase en disputárselos. La Corte, la clase media temblona, los pares de la legitimidad, los agio-garduños de la Bolsa, y la mayoría obediente y balante de la Cámara se habian echado muchas veces á los pies de Casimiro Périer para suplicarle que empuñase el timon del Estado y los condujese y los salvase.

Al llegar á este punto, debo á fuer de honrado suplicar á mis lectores que no examinen el retrato que voy á bosquejar sino con una especie de desconfianza, ó por lo menos de cautela. Soy sincero, pero no soy imparcial. Casimiro Périer burló mis esperanzas liberales; tambien atacó violentamente mi persona, y en esta situacion de mi ánimo, es posible que, al pintarle hace algunos años, se me fuese la mano y machacase demasiado negro en mi paleta; pero fuerza es tambien, por otra parte, para no mentir, que diga todo lo que ví. Ademas, no he pintado á mi hombre sino enfermo, presa de vivos é internos dolores, y de apuros de gobierno y de política capaces, lo confieso, de turbar las ideas y de estraviar el juicio.

En efecto, en sus últimos dias, Casimiro Périer tenia una energia tempestuosa que le minaba y le iba arrastrando sordamente á la sepultura: sin saberlo, sin querer tal vez, por efecto de una especie de simpatía convulsiva, removió y exaltó aquellas malas pasiones que dormitan siempre en algun rincon de las almas aun las mas serenas. A su voz, los dos partidos se precipitaron el uno sobre el otro, y cualquiera hubiera tomado la Cámara por una jaula de locos furiosos y desatados, mas bien que por una asamblea de graves legisladores.

Las sesiones de entonces se parecian bastante á las de la Convencion, salvo la grandeza teatral de los lances y el trágico fin de los actores. Los ministros y los centros se complacian en meterse mucho miedo á sí mismos y entre sí: cada uno se divertia á su modo. Las palabras suplian la accion, y teniamos en lo interior de la Cámara el espectáculo de un terror en miniatura.

El miedo ha sido y será siempre el mas enérgico y acaso el mas hábil de todos los resortes parlamentarios: él obra sobre las mujeres, sobre los niños, sobre los ancianos, y sobre los diputados canijos de entendimiento que, en un peligro real ó imaginario, se arriman temblando unos á otros. Añádanse á los miedos verdaderos los miedos fingidos,

porque hay en los bancos ministeriales una multitud de despavoridas palomas, siempre impacientes por posarse en el borde del altar, y guarecerse allí bajo el ala del Dios que reina y gobierna.

Preciso es haber visto á Casimiro Périer en tales momentos, haberle visto cara á cara como le he visto yo, para pintarle fielmente. Su alta estatura estaba ya encorvada, su bella y magestuosa fisonomía se cargaba de sombra y de arrugas; sus mejillas se abrasaban, sus ojos brotaban un fuego mezclado con sangre; sus palabras quemaban como la calentura y estaba como enloquecido. Lo mismo maltrataba, aguijoneaba y tiranizaba á la mayoría que á la minoría, y dejaba estupefactos á los otros ministros. No se distinguian entonces tercer partido, ministeriales puros y doctrinarios. Casimiro Périer no dejaba á las fracciones de la mayoría tiempo para reconocerse y contarse: las reunia, las comprimia fuertemente bajo sus crispados dedos, y enviaba en confuso tropel al combate á Dupin, á Thiers, á Guizot, á Barthe, á Jaubert, á Jacqueminot y á Keratry: él mismo se trababa en lucha de injurias y andaba á mojicones en la tribuna con el diputado Jousselin. Otras veces era preciso despacharle algun portero para decirle al oido que reparase por respeto á las señoras el desórden de su atavio [1];—tan de lleno le absorvian los cuidados de la lucha política!

Y no se crea que la mayoría le obedecia por conviccion, tenacidad ó sistema; no; no hacia mas que ceder maquinalmente á la voluntad, á la ira de aquel maniático: imitaba su apostura, sus ademanes, su voz, su cólera, brincaba, pataleaba, se retorcia, ahullaba como él: pero, cuando despues de algunos actos de frenesí parlamentario, llegó Casimiro Périer al parasismo del furor, perdió la cabeza, y cayó molido, quebrantado, exhalando el alma.

Despues de su muerte, sus arrebatos ininteligibles é insensatos pasaron por señales de entereza, y dos ó tres palabras, siempre las mismas, que le soplaban al oido, que le metian en el pico y que él repetia sin comprenderlas, pasaron por genio. Los sacerdotes del justo medio ocultaron el secreto de sus tretas en el hueco de aquel ídolo, y le doraron desde los pies hasta la cabeza á fin de que el vulgo se prosternase delante de él.

A los nuestros no se les debe mas que la verdad, pero esta se les debe en el elogio como en la crítica.

Convengo en que Casimiro Périer era duro, irascible, imperioso; en que carecia de gusto, de estudios, de instruccion literaria, de entrañas para el pobre, y de filosofía, pero diré que tenia tambien tres grandes y principales dotes del hombre de Estado, ardor y vivacidad en la con-

1 En una ocasion, este ministro estuvo hablando en la Cámara con la pretina del pantalon caida, sin advertirlo por decontado.—*N. del T.*

Dardanelos, lanzado nuestras escuadras, precipitado nuestros ejércitos, vaciado el tesoro, antes que sufrir que mancillára nuestra bandera la mancha de una injuria hecha á la Francia. Nacido gran personage el mismo dia que nació la dinastía, sabia por esperiencia cómo se hacen los reyes, y lo que valen. No era él hombre que se dejaba aleccionar por las melosas intimaciones de una voz entre dos ventanas de palacio, ni que ponia jamás su indomable voluntad á las plantas de un dueño. No se hubiera pues contentado con ser un Presidente nominal, un servidor de camarilla, un testa-ferro, un correveidile de los factotum del guarda-ropa, un forro del manto responsable; y dejando á la corona reinar en medio de los esplendores de su oro y de su trono solitario, la hubiera obligado á detenerse en los límites del gobierno, y le hubiera dicho: De aquí no pasarás!

sen enviados á hacer una espedicion de capricho por los desiertos de Salazia, en la isla de Borbon.—*N. del T.*





bre tai

d

ra. Brillaban algunos en la Asamblea Constituyente, en los bancos de la



EL DUQUE DE FITZ-JAMES.

La Elocuencia aristocrática es un misto de inteligencia, de gracia y de ingenio, que se produce con tono de persona que sabe lo que vale ó cree valer, y lo poco que valen los demas.

Francisco I, Enrique IV, Brissac, Crillon, el duque de la Rochefoucauld, el cardenal de Retz, el duque de San Simon y los Mortemart, fueron admirables en este género de elocuencia, si puede darse un nombre tan pomposo á una cosa tan sencilla, tan ligera y de tan buen gusto.

La corte de Luis XIV hubiera abundado en esos oradores-caballeros que miran de arriba abajo á los interpeladores y disputadores de la Cámara. Brillaban algunos en la Asamblea Constituyente, en los bancos de la

nobleza; el conde de Mirabeau mostraba en sus réplicas una impertinencia deliciosa; el príncipe de Talleyrand se dignaba dejarlas salir por un lado de su entreabierta boca, y como arrojándolas á su espalda. Poseian de este género de elocuencia, el marqués de Chauvelin la malicia, el marqués de Calstelbajac la petulancia, el marqués de Saint-Aulaire la urbanidad, el marqués de Semonville la sutileza, y el marqués de Lafayette la gracia y la honradez.

Nada de comun tiene ella en verdad con la discusion profunda que procede, por decirlo así, formada en cuadro sobre los cuatro sustentáculos del silogismo parlamentario. Es una especie de conversacion natural, viva, corriente, animada en lo mas sério, festiva y aun burlona, en lo que requiere mas detencion y flema; una conversacion que tiene, y perdónennos el estilo, las cejas arqueadas, los ojos hendidos y á medio abrir, y al rededor de los lábios sonrisas de inesplicable desden; que asesta los tiros sin dejar ver ni el arco ni la aljaba; que no se aprende ni en la escuela ni en los libros, ni en los bufetes, ni en las tiendas, ni sobre todo en las reuniones ciudadanas; que respira, que trasciende á la alta sociedad en que se ha vivido, que pinta con un solo rasgo, que mata con una sola palabra, que tiene sus maneras peculiares, un vestir elegante y descuidado, la mano blanca y el cutis terso, y que sin embargo se acerca mas al pueblo que á los magnates por sus salidas ingeniosas y por su graciosa sencillez.

Mas fácil es hablar el griego ó el hebreo, que ese lenguaje que no se aprende, que ya vá desapareciendo, pero que nos es grato oir aunque nosotros, y sobre todo los abogados, no sepamos hablarle.

Aun hoy mismo, y aun en materia de negocios, el duque de Broglie no se espresará de la misma manera que M. Guizot: el marqués de Brezé y el vizconde de Chateaubriand hablarán de diversa manera que M. Berryer. Es un no sé qué que se dice, pero no se declama, que se deja ir natural y sencillamente sin disponer las frases en rigorosa alineacion, con las puntas de los pies hácia afuera y el pescuezo agarrotado. Para estos oradores de alto vuelo la tribuna no es mas que una poltrona, ni la Asamblea mas que un salon, ni la discusion mas que una mera conversacion. Tratan á los ministros con toda la franqueza de iguales, y á diferencia de los magnates de nuevo cuño, tomarán en boca rara vez el nombre del rey. Se inclinarán respetuosamente ante la Majestad, pero no hasta tocar con la frente el suelo, y no se verá jamás que ninguno de ellos se limpie al levantarse la marca del polvo en la rodilla.

Nuestras modernas Asambleas están infestadas por la charlatanería burocrática, por el hocico de los magistrados, por la pedantería de los catedráticos y la brutalidad de los militarones; no se vé en ellas el animado juego de las gentes de buen tono. Tampoco tenemos nosotros la sen-

cillez, la virilidad, la habla enérgica de la elocuencia republicana; son dos razas de hombres ya estinguidas, no sin grave daño para la oratoria.

El duque de Fitz-James ha sido el último de los oradores caballeros.

Era de aventajada estatura, y de fisonomía despejada y mudable. En la tribuna tenia toda la desenvoltura, la franqueza y el tono de un gran señor que habla con simples particulares. No gastaba con ellos cumplimientos; acomodábase, y entraba en conversacion como pudiera hacerlo en su gabinete. Tomaba de vez en cuando un polvo, se sonaba, escupia, estornudaba, iba y venia á sus anchas, paseándose de una estremidad á la otra. Usaba de espresiones familiares á que siempre daba salida de una manera feliz y oportuna, con lo que divertia la atencion de la Cámara fastidiada de la pomposa etiqueta oratoria. Hablaba como si se dignase recibir al cuerpo legislativo á la hora de dejar la alcoba.

Su discurso iba entretegido de agudezas, y era algunas veces atrevido y violento. Habia mas trabajo del que queria mostrar en el contraste de los diversos tonos que tomaba, cosa que nos guardamos muy bien de censurar, sobre todo siendo la monotonía el escollo de casi todos los discursos.

Era este orador sencillo á veces, hasta rayar en lo trivial, y metafórico hasta dar en la hinchazon, porque tenia mas talento natural que instruccion, y mas ingenio que buen gusto.

En Francia pasa por buen tono el decir: Ignoro un poco de todo, pero soy medianamente entendido en los Negocios estranjeros; mania de rey, mania de grandes señores, y mania tambien de los mismos pelagatos. Cárlos X la echaba de esperimentado y hábil en el trato de embajadores, y Dios sabe cuántos autógrafos y garrapatos del Napoleon de la paz [1] andan hoy rodando por las callejuelas y antesalas de la Europa. No hay duque ó baron, de alta ó baja cuna, que no tenga por afrenta ver á un hijo suyo humillarse haciéndose procurador ó notario; pero si aspira á señorito de embajada, oh! eso es muy distinto! una embajada! dónde hay cosa mas noble ni de mejor gusto? Dupin, Mauguin y Berryer, abogados los tres, sin hablar de otros muchos, no ambicionan mas que la cartera de Negocios estranjeros, y ademas quien consigue dicha cartera suele lograr por añadidura la presidencia del Consejo. La diplomácia sigue impávida su camino arrastrando en pos de sí á la Francia; y con esto, qué hermoso papel está haciendo la pobre Francia á los ojos de la Europa!

1 Alusion al rey Luis Felipe.—*N. del T.*

El duque de Fitz-James debia por razon natural empezar en la Cámara discutiendo las cuestiones de Guerra y de Negocios Extranjeros. Hablar de otra cosa hubiera sido bueno para un pelafustan de golilla! Las relaciones Exteriores, con el consabido apóstrofe á la Inglaterra, le pertenecian de derecho. Si mal no me acuerdo, yo tambien en mis verdes abriles solia exhalar grandes cóleras en prosa y verso, y lo que es peor en versos malos y de poco genio, aunque muy rotundos, contra la pérfida Albion. Hoy en verdad no me la figuro menos pérfida que entonces; pero ¿no será quizá mas pérfida todavía la vieja Santa-alianza? La Inglaterra amenaza á nuestro comercio, y el resto de la Europa amenaza á nuestra libertad; y tengo para mi que nuestro deber en este caso es defender á todo trance los intereses de la Francia, en todo y por todo, y contra todos, absteniéndonos de sistemáticas recriminaciones.

Dos cosas hay que los legitimistas no perdonarán nunca á la Inglaterra: la usurpacion de Guillermo y el protestantismo.—¿Podrá decirse que el duque de Fitz-James no ha sido en la tribuna mas que el eco de las pasiones de aquellos? que se dejó llevar por añejos rencores de familia ó por el instinto de partido? Por otra parte ¿es sola la Inglaterra la que nos lleva á remolque? Cuál es la potencia á quien osemos mirar frente á frente, y que no nos cause miedo? Hay algun baluarte que pueda estorbar al margrave de Baden que, si se le antoja, se apodere de Pantin? No se ha despachado la noche última un propio cerca del pequeño duque de Módena para rogarle que tenga la bondad de no enfadarse mucho? A cuántas estamos con el gran Schah de Persia? El negocio no es muy claro: ignoran VV. que seria muy posible que recibiéramos de él un ataque brusco? La alarma cunde ya desde Saint-Cloud á las Tullerías: tal vez no les parezca á VV. inoportuno reunir el consejo de ministros para deliberar sobre tan grave asunto.

El duque de Fitz-James, como todos los caballeros de alto linage, tenia las preocupaciones de su nacimiento, de su educacion, de su familia, de sus precedentes, ademas de las de sus afecciones. Amaba sin embargo la libertad, y la comprendia cuanto le es dado á un duque y par amarla y comprenderla.

Segun lo ardiente y caballeresco de sus maneras y lenguaje, debió ser en su juventud valiente y decidido. Si hubiera salido de la plebe, su discurso hubiera tenido una especie de elocuencia brusca y constante, y su accion la audacia revolucionaria. Era su naturaleza robusta y felizmente organizada; faltáronle tan solo, primero las circunstancias, y á lo último la juventud.

Era por lo demas grande en sus sentimientos como en su lenguaje; rebosaban en él el honor que es la vida misma del caballero, y el des-

interés que le hacia preferir la pobreza á cualquiera baja accion; era religioso, pero sin hipocresía; orgulloso de su cuna, pero sabedor al mismo tiempo de los derechos y de las necesidades de la generacion nueva; celoso de la dignidad de su pais, y defensor incansable del renombre francés.

El duque de Fitz-James resistió las seducciones de Napoleon, y rehusó honores del Imperio por conservar su antigua fidelidad á los Borbones, lo que parecia anunciar gran firmeza de principios. Sin embargo, despues, con notable inconsecuencia, prestó su juramento de par al rey de los Franceses; porque segun las ideas legitimistas, Luis Felipe, primo de los Borbones, es sin contradiccion mucho mas usurpador que Napoleon que nada tenia que ver con ellos. Es decir, que no es muy fácil de esplicar por qué razon el duque de Fitz-James admitió la pairia en 1830, y por qué la dejó en 1832.

La cosa es clara: al prestar su juramento salvó la mayor barrera que podia separar el barrio de S. German de las Tullerías. Que la abolicion del derecho hereditario disgustase á todo Pelote y á las gentes que llevan un nombre oscuro, ya se comprende! pero el que lleva el nombre de Choiseul, Montmorency, La Rochefoucauld, Crillon, La Trémouille, Rohan, d'Uzès, Richelieu, d' Harcourt, Noailles, Dreux-Brezé, Fitz-James, qué se le importa de semejante derecho? Podrá una revolucion hacer que deje de ser par hereditario, pero no hay pueblo ni rey que tenga poder para arrancarle su nombre histórico.

Pero dejando esto á un lado, es preciso confesar que el duque de Fitz-James, ya fuese por arrepentimiento, ya por humorada ó por verdadera prevision, contribuyó por su parte poderosamente al progreso de la democrácia. Aquel descendiente de los reyes de Inglaterra, el caballero cortesano, el cordon azul, el par de Francia, ha pisoteado su corona ducal y sus blasones llamando á las puertas de la Cámara de diputados, pidiendo humildemente permiso para entrar en la primera corporacion del Estado, en esa corporacion que mutila á los pares, que acusa á los ministros, que pulveriza á los reyes y que reina por medio de las contribuciones.

La entrada de este duque en la Cámara de diputados ha sido el homenage mas cumplido y ruidoso que se ha tributado á la soberanía del pueblo, el testimonio mas sincero del poder de la eleccion, el reconocimiento mas incontestable de la nobleza de la democrácia, el acto mas desembozadamente revolucionario de los señores feudales del barrio de S. German.

Se ha visto á los tiranos de Siracusa enseñar en Corinto las primeras letras á los niños: se ha visto á los príncipes de la casa de Francia convertirse en profesores de aritmética: se ha visto á grandes señores

emigrados metidos á maestros de baile y de esgrima, á empresarios de teatros, á pintadores de muestras, á barberos de aldea, á cocheros, y aun á cocineros; cada cual hacia lo que sabia, y ninguno de ellos podía pasar por otro punto.

Por el contrario, Fitz-James arrojó voluntariamente á su lacayo su soberbio manto de par y de duque con todos los demas espolios de su guarda-ropa, y hoy dia quizás aquel manto flordelisado vá barriendo las calles colgado de la espalda de un ropavejero.



SAUZET.

de vigor para mostrar, cuando es preciso, una fuerte resistencia. Hom-



M. SAUZET.

Los oradores no se muestran de perfil como los escritores, sino de frente. Vístense, gesticulan, peroran en su escena, delante de espectadores que los contemplan de pies á cabeza con la misma curiosidad con que se mira á un mímico. A los escritores solo se les pide cuenta de sus pensamientos; á los oradores se les pide hasta de su figura.

M. Sauzet es en sus maneras un tanto muelle y abandonado; su cuerpo no es musculoso ni de articulaciones pronunciadas. Tiene la tez blanca y ligeramente sonrosada, prominente y despejada la frente; sus ojos azules y algo saltones revelan la dulzura de su carácter; hay en él propiedades de hombre y de mujer.

Dócil y sencillo, asi como carece de poblada barba, carece tambien de vigor para mostrar, cuando es preciso, una fuerte resistencia. Hom-

bre de bien á carta cabal, que en su casa dejará llevar los calzones á su mujer, si es casado, y si es viudo á su criada.

No me cuesta en verdad poco trabajo, lector amigo, cumplirte la palabra que te dí de poner ante tus ojos su retrato en carne y hueso; tan difícil es poder fijar con el buril las facciones de este hombre mas inquieto é impaciente que un niño! Te aseguro que en algunos momentos me he creido precisado á esperar que el daguerreotipo perfeccionado me ayudase á apoderarme de M. Sauzet, y á encerrar su imágen en menos de un minuto en el oculario de la cámara oscura. Pero el caso es que M. Sauzet hubiera querido ¡todos quieren lo mismo! que hiciese yo de él un Demóstenes, como si fuera culpa mia que el Demóstenes de la ciudad de los raquíticos [1] tenga muy poca semejanza con el Demóstenes de la ciudad de Minerva [2].

Cuando el abogado leonés se presentó como novicio en la Cámara, una vaga sonrisa erraba por sus labios. Fuese por cálculo ó por afabilidad natural, su deseo era agradar á todos, y principalmente á los ministros. Iba acariciando con sus miradas uno por uno los rostros sombríos de ese banco de dolor, del cual con impaciencia y cordojo se miraba aun separado.

M. Sauzet reune en sí muchas de esas cualidades que hoy llamamos buenos medios: órgano sonoro, cabeza despejada, comprension rápida, y una locucion fluida y pura.

Su voz es llena, é inunda á todo su auditorio; tiene sin embargo algunas cuerdas apagadas, y sus terminaciones caen amenudo fatigadas con el periodo.

M. Sauzet es dulce en su trato, afable, culto, moderado. Es pródigo de su propia benevolencia, y gusta de la agena. Su fisonomía, sus sentimientos, su lenguaje respiran honradez, y tienen un atractivo que seduce y persuade. En lo florido de las imágenes y en lo cadencioso de sus frases, se acerca mucho á uno de los modernos semidioses de la poesía, si bien le supera en la ciencia del derecho y de los negocios. Sauzet es Lamartine hecho hombre.

La memoria es el agente principal de su elocuencia; á los diez años

1 *La ville des Canuts* es el nombre dado en el original á la ciudad de Lyon, de donde es natural M. Sauzet, actual presidente de la Cámara de diputados. Llaman en Francia *Canuts* á los tejedores de las fábricas leonesas, á quienes el escesivo trabajo y la escasez de alimentos, hacen de naturaleza ruin y miserable. De ciento cincuenta mil habitantes que encierran Lyon y sus arrabales, los cien mil por lo menos se hallan comprendidos en la triste clase del *Canut*. Créese que la palabra *canut* se deriva de *canette*, que es la canilla ó bobina en que los tejedores devanan el hilo ó la seda; pero *adhuc sub judice lis est*. —*N. del T.*

2 Atenas.

recitaba sin quitar punto ni coma un capítulo entero del Telémaco que no hubiese leido mas que una sola vez.

Mientras está hablando puede él suprimir fragmentos enteros de su discurso y sustituirles trozos nuevos, acomodándolos al tejido de sus raciocinios con tanta habilidad como si los cosiese con alfileres.

Es de ingenio agudo, y está tan familiarizado con los equívocos al producirse, que cuando habla en la tribuna necesita sacudirse de ellos como de una mosca importuna que le estuviese zumbando en los oidos.

M. Sauzet es el tipo del orador de provincia. Su discurso es una verdadera pelota de viento; mas que lleno puede decirse que está hinchado. Halaga el oido, mas no llega al corazon.

El estilo de M. Sauzet está indudablemente contaminado por la costumbre de hablar en los tribunales criminales; prodiga á manos llenas las encendidas rosas del lenguaje, las vibraciones de armonía, los epitetos retumbantes, las metáforas de colegio; retórica desgastada que ya no tiene prestigio ni valor en el comercio de la elocuencia política.

En una causa criminal, y ante un jurado, no seré yo ciertamente quien aconseje á M. Sauzet que no recurra á esos resortes patéticos para salvar á los acusados. La imágen de una hermosa anegada en llanto que se acoge á las aras de la misericordia y de la justicia, los gritos desgarradores del remordimiento, el espectáculo de un mancebo que en la flor de la vida vá á entregar su cabeza al hacha del verdugo como el lirio de primavera tronchado por el arado, la inocencia que lucha con los terrores del suplicio, las tenebrosas incertidumbres de la acusacion, los vislumbres de la duda que se cruzan, brillan y se disipan, los suspiros entrecortados, los labios balbucientes, las quejas, las súplicas, la escena dolorosa y enternecedora de una familia jóven que reclama su padre y que vá á perecer si aquel perece, ó de un anciano coronado de canas que se prosterna á las plantas del juez, ofreciéndose á espiar el crímen involuntario de un hijo descarriado, todo eso ha sido tomado de la naturaleza, todo eso ha sido bello en su tiempo, y aun hoy dia puede producir efecto en el ánimo dócil de algunos jurados inespertos, y sensibles, como todas las almas vírgenes, á los encantos de la palabra, y á las terribles peripecias que suministra la elocuencia.

Pero á los diputados glotones hartos de sutilezas intelectuales, á estos estómagos viciados, no se les deben presentar los manjares oratorios sino con escitantes y sazones nuevas. Es preciso que los espectadores no vean muy de cerca el juego de la maquinaria para que no se desvanezca su ilusion; es menester que el discurso no revista demasiada pompa ni suene á tirada de teatro. Para un orador parlamentario el grande arte es saber disfrazar el arte.

Acusan á M. Sauzet de no tener principios, y pregunto yo: ¿quién

es el abogado en ejercicio que tiene principios? Cuando por espacio de veinte años ha estudiado uno el modo de defender la verdad y la mentira, cuando ha pasado uno gran parte de su vida ocupado de remendar y zurzir en los sacos de los litigantes los agujeros por donde sale y rebosa el fraude y la malicia, quieren VV. que se tengan principios?

Los hombres de la curia saben al dedillo las mas deslumbrantes frases para sostener lo que ellos llaman su libre alvedrío en materia de pleitos.

Ahora bien, ¿saben VV. á qué se reduce el libre alvedrío de los abogados de pleitos? Yo se lo diré. Pedro mueve pleito á Pablo; al momento toma un cabriolé, y se apea en casa del abogado mas acreditado de la ciudad, el cual le dice: «Su causa de V. es incomparablemente mejor que la de Pablo.» Pablo se dirige á casa del mismo abogado, pero por ir en coche simon tiene la desgracia de llegar diez minutos despues, y dícele aquel: «Su causa de V. es incomparablemente mejor que la de Pedro; pero amigo mio, qué quiere V. que yo le haga? V. se ha descuidado, y ya estoy comprometido con él.» No pretendo ciertamente que los abogados estén siempre á la disposicion del primero que se les presenta, pero lo están casi siempre.

Sabido es que estos señores suelen llevar ocupados los dos bolsillos de la toga, el uno con las razones en pró, y el otro con las razones en contra; pero sucédeles frecuentemente que mientras están hablando se equivocan de bolsillo, lo cual esplica de una manera bastante satisfactoria el que sus conclusiones no estén siempre en perfecta armonia con sus exordios. La decision que han de tomar es siempre problemática, nunca están bastante seguros de sí mismos. Nada mas fácil que tenerlos en jaque durante sus solemnes argumentaciones con la mas insignificante objecion.

Todo les hace sombra, todo les sirve de obstáculo. Un grano de arena arrojado bajo su triunfante rueda, basta para detenerlos; en vez de seguir su marcha se pararán á contemplarlo.

Viendo el sol negarán que sea de dia, y si advierten que te ries no pararán hasta probártelo.

Cosa estraña! Esos hombres que en toda su vida no han estudiado otra cosa mas que el derecho, están perpetuamente dudando del derecho.

La ley tiene casi siempre para ellos dos sentidos, dos acepciones, doble lenguaje y doble aspecto.

El lugar de ver las causas, el espíritu, el derecho, el principio y el todo, solo ven los efectos, la letra, el hecho, la aplicacion, los pormenores.

Todo gobierno que trata de establecerse sólidamente, ya sea monár-

quico, aristocrático ó republicano, debe procurar ganarse el ejército por medio de los honores, el comercio por medio de la seguridad, y el pueblo con la justicia; poco importa que no se cure de los abogados, porque está casi seguro de tenerlos por amigos.

Los abogados poseen el arte de tener en suspenso una revolucion con los alargamientos de su charla; pero nunca son ellos los que la empiezan ni los que la acaban.

No hay verdad, por lúcida que sea, que ellos no empañen á fuerza de sobarla: no hay oido paciente que ellos no cansen con el zumbante torbellino de sus perífrasis; ni raciocinio que por robusto que sea, no pierda entre sus manos, á fuerza de estirarlo y retorcerlo, toda su elasticidad y vigor.

Porque V. les haya dado licencia para hablar no se haga V. la ilusion de que van en seguida á entrar en materia; antes de eso es preciso que se estiren las mangas, que echen mano una ó dos veces al birrete, que desvien con gracia los pliegues flotantes de su toga, que tosan, que gargajeen y que estornuden. Hecho esto, comienzan sus preludios como los músicos que templan sus violines, ó como las bailarinas que ensayan sus cabriolas entre bastidores, ó como los volatineros que prueban su balancin. Dóblanse y descoyúntanse haciendo venias, y es preciso que trascurra por lo menos un cuarto de hora de precauciones oratorias, frases, perífrasis y circunloquios, idas y venidas, antes que se determinen á decir: Pues señores, hé aqui el asunto de que se trata.

Que no se me pregunte si las tengo todas conmigo despues de concitar en contra mia á todo ese ejército de togas y birretes; mi temeridad es solo aparente y tiene facil esplicacion. Todos VV. saben lo mismo que yo, que por mala que sea mi causa contra los abogados, nunca me faltarán otros abogados que la defiendan; y ademas ¿por qué no han de creer VV. que yo me basto y me sobro para defenderme [1]?

1 ¡Que lástima que no quepan en mi plan estos abogados, y que no pueda yo retratarlos en sus varios aspectos, tales como ellos son y como yo los veo! Ergasto (*a*), por ejemplo, merecia ser retratado de cuerpo entero; pero en vano he tratado de descubrir su color y su bandera. ¿En qué memorable drama parlamentario le hemos visto representar? Si se trata de una cuestion material, Ergasto habla y la dilucida con su clara razon; si se trata de una cuestion política vasta, estensa, y que reclame una decision enérgica y radical, al punto se oscurece en la inmovilidad del silencio. Diríase que hay en él dos elementos opuestos: por su carácter es conciliador, por su talento es agresor y provocativo.

Pero no importa, su fisonomía es grata á mis pinceles. El fuego del mediodia brilla en sus ojos, ondea su cabello, su produccion articulada vibra en mis oidos.

(*a*) Mr. Teste, antiguo ministro de la justicia y de obras públicas, hoy par de Francia, diputado entonces y abogado distinguido.—*Nota comunicada por el autor.*

Confieso que un gobierno de agio-garduños seria un gobierno sin moralidad y sin economía: un gobierno de furrieles seria un gobierno sin moderacion y sin justicia; pero un gobierno de abogados pleitistas seria un gobierno sin conviccion, sin ideas, sin principios, y lo que es quizá peor, sin accion.

Desgraciadamente para él, M. Sauzet no se ha despojado aun de su antigua toga, de su toga de abogado defensor. Buenos ó malos, emplea sin escrúpulo cuantos medios encuentra en su talego. No sabe retener lo suficiente la intemperancia de su argumentacion; no escoje, no sondea lo bastante sus causas políticas; las defiende todas, esceptuando sin embargo, entendámonos bien, aquellas que pudieran comprometerle algo con la mayoría.

M. Sauzet no sabe escribir. Su estilo es el que usan los retóricos de escuela, desabrido y ampuloso; su lógica carece de exactitud, y no observa proporcion entre el principio y sus consecuencias.

Ergasto tiene las maneras, el continente, la mirada, la animacion y los movimientos rápidos y apasionados del verdadero orador. No vacila en sus exordios, se agarra con su asunto á brazo partido, y lucha con él vigorosamente. Su elocuencia tiene estremecimientos, y parece que en sus discursos hay músculos y vida. Ergasto nació orador, pero no ha querido pasar de abogado; pues bien, que hable como en el foro en la tribuna y en el banco de ministros, y que muera abogado!

Aquel otro es Cleofonte (*a*), ingenioso sin pretensiones, que dice una agudeza con la misma naturalidad con que otro diria una necedad. En la época de su noviciado, este abogado normando sacaba del fondo de su torax una voz hueca que iba poco á poco inflando hasta que la hacia reventar. Acostumbraba á despedirla y á echarla á vuelo con toda la fuerza que hubiera podido emplear en la campana de la catedral de Rouen, que es la mas grande de Francia. Hacia estremecer el antiguo salon del palacio Borbon, que por señas no gozaba de la mayor solidez, y los colegas de Cleofonte alzaban los ojos, mientras él hablaba, hácia las temblorosas vidrieras de la cúpula que amenazaba desplomarse.

Pherinto tiene la fisonomia sagaz y despejada: su elocuencia es un verdadero manantial; pero sus actitudes revelan demasiado estudio, demasiada pretension. Aplica con harta frecuencia ambas manos á su cabeza, conserva el remusguillo de los tribunales criminales, y habla ante los diputados como si estuviera ante un jurado. Pero los jurados son una especie de hombres naturales, sencillos y candorosos, que en su credulidad salen, por decirlo así, al encuentro de las emociones, las dan abrigo, y se entregan abiertamente á ellas; al paso que los diputados son una especie de hombres artificiales, frios, burlones, desconfiados, estragados, que resisten á las emociones por una especie de endurecimiento de la linfa política, mas bien que por prudencia. A ellos no les late el pulso, y para abrirles la vena es preciso andar con muchísima destreza. Nada pueden con ellos golpes teatrales, ni galas oratorias, ni la elocuencia de pomposos ramajes. Apoderarse de la atencion de los oyen-

(*a*) Mr. Thil, abogado de Rouen, hoy consejero en el tribunal de Casacion, y diputado por el departamento de Calvados.—*Nota comunicada por el autor.*

Cuando en cierta discusion sobre el modo de indemnizar la ruina de unos cuantos paredones [1], M. Sauzet ceñia con sus suplicantes brazos las estátuas de la justicia; cuando se golpeaba el pecho y con voz desesperada hacia valer los vínculos de su cuna y las recomendaciones de su patria ausente; cuando evocaba los manes de sus antepasados y esparcia á los ojos de la Cámara las humeantes cenizas de Lyon ¿quién hubiera dicho que abogaba por unos cuantos vidrios rotos?

Sí, es una sensibilidad falsa y estéril la que se enardece y se lamenta por unos cascotes de tapias desconchadas á balazos, al paso que permanece fria é impasible ante los degüellos de ancianos y débiles mujeres! No parece sino que se estaba en el caso de economizar tapias viejas y carcomidas cuando el pueblo hambriento rugia entre la lluvia de balas de

tes en una asamblea deliberante, sostenerla, suspenderla, para precipitar y arrebatar luego el ánimo á pesar suyo, es un arte muy dificultoso. Es el arte de los oradores consumados, y Pherinto (*a*) principia ahora.

En cuanto á Orontes (*b*), sabido es que estropea sus exordios con la fastidiosa superabundancia de sus precauciones oratorias. Cualquiera diria que tiene siempre los bolsillos llenos de frascos de esencias perfumadas, por temor de ofender el olfato de sus oyentes cuando se dirige á ellos, y que no quiere esponerse á tocarles la mano sino con guantes de la piel mas fina. Voto á san! apriéteme V. bien con manoplas de hierro á esos hombres que viven de abusos, hasta que pidan perdon de rodillas! Por ventura son ellos mas generosos con el pueblo cuando llegan á aferrarle por el gaznate y le arrancan lo mas puro de su substancia?

Isocles (*c*) es un hombre rígido, probo, concienzudo, nadie lo niega; pero, por un doloroso contraste, sus pensamientos son muy á menudo triviales, y sus espresiones ampulosas, cuando sus ideas debieran ser elevadas y su lenguaje sencillo. Isocles ha trasportado á la tribuna las fórmulas viciosas del foro y los gestos exagerados de las salas del crímen. Toma la solemne entonacion de un héroe de melodrama para referir el mas insignificante hecho. Despliega todo el ímpetu de su pasion en una cuestion de bancarrota, y se desmaya al esponer los infortunios de una hipoteca convencional.

El foro está muy lejos de ser una buena escuela de política; el estilo de los procedimientos sofoca la originalidad de las ideas. Los abogados de profesion son por lo general jueces sin decision, y ministros sin miras elevadas, difusos, sofistas, redundantes y declamadores. No tienen ninguna inteligencia en los negocios de Estado. Para animarse necesitan estar haciendo mas de una hora de ejercicio, y solo entonces sienten subirles los colores al rostro y la fé penetrar sus corazones. Pero ni aun entonces se sienten de todo punto determinados á concluir, y de grado tributarian mil acciones de gracias á la asamblea que les permitiese quedar suspendidos entre el pró y el contra por la coronilla y las puntas de los pies.

1 Proyecto de ley para la ciudad de Lyon.

(*a*) Chaix-d'Estanges, abogado célebre, decano del Colegio.—*Nota comunicada por el autor*.

(*b*) Mr. Laurence, abogado, consejero de Estado, director de los negocios de Africa.—*Id.*

(*c*) Mr. Hennequin, célebre abogado, diputado carlista ya difunto; fué tambien decano ó prior del Colegio de abogados.—*Id.*

la insurreccion y de la fuerza armada, y mientras con alaridos buscaban en vano unos á sus padres, otros á sus hijos y esposas.

Estos oradores que se lanzan á la carrera con el freno tirante, esas detonaciones de una voz solemne, esos tropos acentuados puestos en monton unos sobre otros, esa abundante diccion que vá acarreando por su turno luces y sombras, todo eso produce cierta ilusion en los oyentes de las tribunas, gente de poco gusto. Los mismos hombres de ingenio, académicos y cortesanos, se dejan á veces prender en esas redes. Recuerdo que cuando M. Sauzet, despues de su primera y brillante salida, atravesaba el peristilo jadeando, rendido, y con la melena lácia y bañada de sudor como un caballo que sale del hipodromo, el bueno y candoroso de M. Laborde esclamaba lleno de premura: Ea, señores, paso, paso al mas grande orador de la Cámara que se vá á mudar camisa [1].

Pretendese que M. Sauzet, en el famoso proceso del Luxemburgo [2], llegó á mover y enternecer al insensible tribunal de Pares. Su fraseologia era cosa nueva para aquellos graves senadores! pero me atrevo á asegurar que la Cámara de Pares no se dejaria sorprender segunda vez por esas vulgares triquiñuelas de las salas del crímen.

Sea por inclinacion natural, sea por imitacion ó por cálculo, M. Sauzet pertenece á la escuela de Martignac, y aunque menos templado, menos gracioso, menos elegante y menos sagaz que su maestro, es sin embargo mas fluido, mas vehemente, mas patético y mas animado. Sabe como M. de Martignac parar los golpes con destreza y esquivar las lanzadas; no se le saca fácilmente de sus borrenes, y cuando es preciso quedar apeado déjase deslizar en vez de caer á tierra. Presta todavía su adoracion, como M. de Martignac, á esas formas representativas y á ese constitucionalismo huero y metafísico que llaman gobierno equilibrado de los tres poderes. Y como último rasgo de semejanza, sabe M. Sauzet, lo mismo que M. de Martignac, resumir admirablemente las opiniones de los demas y eludir las discusiones mas tortuosas con una sagacidad, una delicadeza y un arte nunca bien ponderados hasta ahora.

Qué ciencia tan profunda, qué exactitud de razon, cuánta destreza dialéctica desplegó en el debate que dirigió sobre la ley de minas! Su elocuencia es tan pomposa, tan escesivamente pomposa cuando perora, como sencilla, elegante y bella cuando discute. No olvida ninguna objecion importante, y contesta á ella sin la menor divagacion; y no teme nunca hundirse porque sabe donde fija el pié. Nunca se le ha visto propasarse á injuriosas personalidades, ni sustituir epígramas á los racio-

1 Histórico.

2 Alude al proceso de los ministros de Cárlos X, en que M. Sauzet fué defensor del ministro de la Justicia. —*N. del T.*

cinios, ni hipótesis á las realidades de la cuestion. Su mente conserva toda su solidez y entereza, y su marcha es siempre progresiva, lógica y segura. M. Sauzet puede consolarse de sus caidas oratorias, porque será siempre que quiera el primer controversista de los negocios de la Cámara, gloria superior á todas las glorias.

No me admira que haya presidido el Consejo de Estado con tan notable superioridad. ¿Por qué no se le dejó á la cabeza de aquel gran cuerpo de magistratura administrativa? Aquel era su talento, aquel su puesto, puesto brillante en verdad!

No creo haber oido nunca, despues de M. de Martignac, un relator mas inteligente y fecundo que M. Sauzet, ventaja que debe á la reunion de las tres dotes que constituyen á los relatores eminentes, á saber: la claridad, la memoria y la imparcialidad.

Paréceme que acabo de pesar con bastante fidelidad los defectos y las buenas cualidades de M. Sauzet, como orador, como presidente y como relator, y sin duda el lector estará de acuerdo conmigo en que no le trato muy mal; pero no me seria tan fácil seguirle y disculparle en sus variaciones políticas.

« No, decia yo (y lo decia antes de las tristes leyes de setiembre) »no, no podemos creerlo, no, no lo creemos, M. Sauzet no es hombre »para abjurar su vida y nuestras esperanzas, para falsear las generosas »tendencias de su naturaleza, para prostituirse al poder, para corrom»per, para ajar en el comercio del sofisma las puras y brillantes inspi»raciones de su juventud y de su talento! Sea mas decidido, mas firme »en sus opiniones! tenga el valor y la virtud propios de ellas! no procu»re conciliar imposibilidades y sanar á los contrarios por medio de los »contrarios! no se diga de él que no reñirá con nadie porque no está con »nadie, ni que se deserta ó huye de los principios porque no tiene nin»guno; no se mantenga en el linde de lo bueno y de lo malo, de lo verda»dero y de lo falso, y no quiera andar por una estrecha viga suspendida »entre dos abismos; sepamos lo que es, lo que quiere y adonde tiende. »Porque la elocuencia no es mas que una forma. El fondo del orador po»lítico es la verdad de sus principios, es la bondad de su causa, y es »de advertir que no hay mas principio verdadero que el de la soberanía »del pueblo; no hay mas causa buena que la de la libertad!»

Vanas palabras! M. Sauzet no supo aferrarse á la orilla; dejóse deslizar por las aguas, y le arrastró el torrente doctrinario que luego le arrojó como una espuma.

Entonces, mitad por despecho, mitad por arrepentimiento, M. Sauzet se quedó un instante entre lo blanco y lo negro, y yo escribo:

«M. Sauzet no es decididamente ni legitimista, ni tercer-partido, ni »dinástico, ni republicano, pero es al mismo tiempo un poco de cada

»cosa de estas. Se sentará al lado de Berryer; caminaria gustoso con »M. Dupin; sostendria al ministerio de Odilon-Barrot, y no renega»ria completamente á Garnier Pagès: es una de esas buenas, felices y »flexibles naturalezas que el cielo, en los tesoros de su misericordia, »habia reservado á los devorantes esperimentos de nuestro muy amado »monarca.»

Y en efecto no tardó M. Sauzet en ser devorado del modo que yo habia predicho. Revistió su toga de ceremonia y se arrepantigó lo mejor que pudo en la poltrona de d'Aguesseau.

Obligado despues á despojarse de su borla de oro y de su arminio, sentó plaza en la escolta de M. Thiers, convertido en bisoño, haciendo disparos á diestro y siniestro, sin llamar gran cosa la atencion.

VV. verán, decia yo, como le echan á cantar en coros cuando podria ser uno de los primeros tenores de la compañía; y como, en vez de tener un valor propio y de significar algo de por sí, no será M. Sauzet dentro de poco mas que una utilidad secundaria, capaz todo lo mas de servir de guarda-sellos!

Y, no sabiendo de seguro donde hallarle, añadia: «¿Qué lugar ocu»pa hoy M. Sauzet? en qué bancos se sienta, y con quiénes? cuáles son »sus doctrinas? cuáles sus amigos? á quién sigue? á quién dirige? Es una »verdadera posicion la que él ocupa? es un verdadero carácter el que él »sostiene? Empezar pidiendo la amnistía, y acabar votando la confisca»cion de la prensa y las deportaciones á la abrasada Salazia! vaya un fin »digno de su principio! Quién recordará ya que M. Sauzet ha sido mi»nistro? y qué vale ser mininistro de ese modo, ministro de reata, ripio »de gabinete, humilde siervo de camarilla, monago de sacristía, amigo »de todos, sin voluntad y sin sistema? Y quién por el contrario no re»cordará que M. Sauzet fué el que dió cuenta de las leyes de setiembre? »Recuerdo cruel y ponzoñoso que debe causarle desesperacion por to»do el resto de su vida! Los doctrinarios, acabado de representar su pa»pel, le han vuelto las espaldas y le han dejado plantado! hacen un ges»to de desden al pasar al pié de la tribuna, cuando él lleno de fuego es»tá tocando el tamboron en ella, y para que cause mayor compasion ni »siquiera le honran con la insolencia de sus murmullos. Vayan VV. aho»ra á hacer el coco en provecho de esos señores! Véndanse VV. á esos »diablos y entréguenles VV. cuerpo y alma! Ha recibido M. Sauzet bas»tante castigo? Ahí está oscurecido y arrinconado ese pobre rey de tea»tro haciendo contorsiones con los brazos y la cara, barriendo su tabla»dillo con su gran manto de púrpura, sin un curioso que le mire, y sin un »ochavo en la bandeja!»

Pero de entonces acá ha vuelto á cambiar de rumbo su fortuna; y han afluido á él el dinero y los espectadores, pues héle ahí colocado en

el primer puesto del Estado despues del trono. Preside la Cámara y por consiguiente la representa segun él cree, del mismo modo que la Cámara representa al pais, como él tambien se figura; ¡qué cosa tan envidiable si fuera cierto!

Mas como la representacion de la Francia en la personalidad de la Cámara no es mas que una ficcion, pudiera tambien suceder que la representacion de la Cámara en la personalidad de su presidente fuese otra ficcion igual.

Es ademas asunto bastante peliagudo decir cuáles eran ayer, cuáles son hoy, y cuáles serán mañana los principios de la Cámara. Decir en el momento en que esto escribimos cuáles son los principios de M. Sauzet, seria asunto mas dificultoso todavía; pero ni la Cámara, ni el mismo M. Sauzet, ni yo creemos que valga la pena averiguarlo.

Lo que mejor comprenden todos los presidentes de la Cámara en materia de principios, sin hacer aqui alusiones personales, es que dicha Cámara les dá con toda exactitud, y ellos con toda exactitud la toman, la cantidad nada indiferente de cien mil francos solo por agitar la campanilla, por golpear mucho la mesa con el mango de su cuchillo de ébano, y por repetir veinte, treinta ó cuarenta veces en una misma sesion, las siguientes palabras sacramentales: «Que los señores que opinan deber »aprobarse el artículo se levanten, y que los señores que opinan lo con»trario se levanten tambien.»

Y ¿no te parece, lector amigo, que un cargo de tanta importancia merece muy bien ser retribuido con cien mil francos, ademas de la casa, tren y lacayos? por mi parte no lo encuentro escesivamente costoso.

A mí, Timon, mientras Giton y Thersites, estas dos pestes de la elocuencia humana, empiezan á arengar al Areopago, nadie me quita que dé un dracma ó dos al portero de dia para que me deje la puerta franca, y de una zancada me planto en la calle.

Pero tener uno que permanecer oficialmente clavado en su poltrona, verse precisado á estar oyendo á Giton y á Thersites desde mediodia hasta despues de puesto el sol, sin poder huirlos ni ocultarse á ellos, ¡oh! por tan maldito oficio no es mucho cien mil francos, y yo de mi propio puedo muy bien decir que no querria ganarlos á tanta costa.

EL GENERAL LAFAYETTE.

La opinion tiene sus preocupaciones lo mismo que los partidos; por eso se ha dicho de tres personages ilustres, Laffitte, Dupon de l'Eure y Lafayette, que el primero no hacia por sí mismo sus discursos, que Dupon de l'Eure era meramente un hombre de bien, y que Lafayette no era mas que un simple.

Pues bien, Laffitte era para los negocios de hacienda el hombre de miras mas grandes y de talento mas lúcido de nuestra época; Dupont de l'Eure, con su sólida razon, seria si quisiera, lo mismo que Focion, el hacha de mas de un discurso; y en cuanto al simple de Lafayette, oh! bien simple por cierto! ¿no fué á creer, como otros muchos entre nosotros tan simples como él, en las promesas de la *gubernocrácia* de Julio?

Se figuró ¡qué simpleza! que podria haber reyes que no se pareciesen á todos los demas reyes; que se amaria la libertad, por haber de-





LAFAYETTE.

Publié par Pagnerre

sollado en su alabanza con el fondo del gaznate alguna que otra cancion fanfarrona; que nos hallábamos otra vez en el siglo de oro; que se podria dejar marchar al poder con la rienda suelta sobre el lomo, y que él mismo sabria enfrenarse cuando fuera menester. Despues cuando vió que se seguia todos los dias representando la misma farsa en el gran teatro, y que todo el cambio de decoracion se habia limitado á poner un gallo en vez de una flor de lis, le entró el arrepentimiento, lloró amargamente, se dió golpes de pecho y esclamó: «Perdonadme, Dios mio; perdonad»me, amados compañeros, se han burlado de mí, no he sido yo el bur»lador.»

Seguramente no fué él el burlador; pero harto pecó Lafayette con haberse dejado burlar!

Pocos son los hombres á quienes la Providencia ha colocado en circunstancias propicias y con los medios necesarios para regenerar su patria y fundar la libertad en ella. Dejar pasar tales circunstancias es hacerse culpable para con la nacion.

Lafayette cometió dos grandes yerros de los cuales no le absolverá la posteridad nunca.

Haciendo á Napoleon despues de la batalla de Waterloo la oposicion que le hizo en la tribuna y en el gabinete, dividió nuestras fuerzas, y contribuyó sin querer al desmembramiento de la Francia. No comprendió, como el gran Carnot, que solo Napoleon podia entonces salvar la patria. Sí, la independencia nacional debe cautivar de tal modo el corazon del ciudadano, que (si es lícito comparar las cosas pequeñas con las grandes) no vacilaria yo mismo á pesar de mis repugnancias, hablando al estilo de Manuel, en alistarme bajo la bandera de Luis Felipe, siempre que se me demostrára que en tal circunstancia dada solo Luis Felipe podia impedir la division y la esclavitud de la Francia. Porque antes que todo, antes que la libertad, antes que la forma de gobierno, antes que la organizacion social y política, antes que el poder interior, es la salvacion del territorio!

El segundo error de Lafayette fué el cometido en Julio.

El Imperio se hallaba vacante. Al dia tercero Lafayette reinaba soberanamente en París, y París reinaba en toda la Francia. Tres partidos, que no necesito nombrar, estaban deliberando: sabido es lo que esperaban el ejército, la juventud y el pueblo; pero Lafayette se dejó manosear demasiado por los orleanistas. Hicieron reverberar á los ojos del anciano los reflejos de la bandera tricolor; asiéronle las manos y se las llenaron de besos; aturdiéronle con las palabras retumbantes de 1789, de Jemmapes, de Valmy, de Fleurus, de América, de libertad, de guardia nacional, de monarquía republicana, ciudadana, trasantlántica, y qué sé yo que mas? En fin; lleváronle á la plaza de Grève, y en

presencia del pueblo le metieron bajo el cubilete y le hicieron desaparecer.

Lafayette, en su candor infantil, no echó de ver que tenia que habérselas con truanes mas largos todavía que los truanes de la regencia. Cuando los patriotas le confiaban sus temores, Lafayette ponia la mano en su corazon, y con su fidelidad á la libertad respondia de la fidelidad de los otros. En su deplorable ceguera, dejó á la mayoría de la Cámara de 1830, que nada habia hecho, que lo hiciese todo, y no dejó hacer nada al pueblo que todo lo acababa de hacer. Si los patriotas no hubieran creido en la palabra de Lafayette que repetia candorosamente lo que le decian, las cosas se hubieran arreglado de una manera muy distinta, y no me estaria á mi hoy prohibido por las leyes de setiembre referir la historia de aquella otra jornada de *Inocentes*, que por cierto nadie podria escribir con mas verdad que yo, puesto que me hallaba entre bastidores en la misma escena donde se representaba la comedia, y era yo el único de los que estaban allí que la veia representar sin hacer papel en ella.

«Oh farsantes! farsantes! esclamó Lafayette cuando le echaron del »escenario y le plantaron en la puerta; farsantes, vosotros enmascarais »á la libertad! no es esa la que yo ví en mis sueños y á la que yo ser»ví, no es esa, yo no la reconozco!»

Los comediantes de Julio enviaban á la dula sus lamentos. Habíanse calzado el coturno, barrian el escenario con su epitoga de seda y de púrpura: en vez del puñal del carbonarismo, no se veian relucir en sus manos mas que anillos de oro. Con la frente coronada, recitaban pomposas declamaciones contra el mónstruo de la anarquía, y arrancaban aplausos del vulgo imbécil.

En este momento fatal y decisivo se mostró Lafayette falto de carácter y de genio, y quizás para él y para nosotros hubiera sido mejor que ya no existiera. De todos modos, su ilusion no duró mas que un dia, nadie vió mas pronto ni con mas estension que él el destino que nos estaba reservado, y es justo decir que no presenta la historia ejemplo de un engaño mas cauteloso ni de una traicion mas ingrata cometidos contra un anciano mas respetable.

Si se entiende por oracion esa palabreria enfática y sonora que aturde á los oyentes sin dejar mas que viento en sus oidos, será preciso decir que Lafayette no era orador. Su estilo era una especie de conversacion séria y familiar, gramaticalmente incorrecta si se quiere, y un tanto superabundante, pero salpicada de incisas y animada con los mas felices giros. Nada de figuras ni de imágenes coloreadas; palabras propias, voces exactas que espresaban ideas exactas; nada de movimientos de pasion exaltada, sino una espresion veraz cuyas inflexiones retra-

taban los acentos de la conviccion; nada de lógica pensada, apremiante y elaborada, sino raciocinios espontáneamente seguidos y encadenados sin el menor esfuerzo, que emanaban naturalmente de la esposicion de los hechos.

En los hábitos de su persona y en su semblante habia cierta mezcla de gracia francesa, de flema americana y de jovialidad romana.

Cuando subia á la tribuna y decia: «Soy republicano,» á nadie se le ocurria preguntarle: «Qué es lo que está V. diciendo? porqué dice V. eso, Mr. de Lafayette?» porque todos conocian que el amigo de Washington no podia menos de ser republicano.

Hablaba sin el menor rebozo de los reyes de Europa, á los cuales trataba con poco cumplimiento de déspotas, y como de potencia á potencia. Con su vasta propaganda, ponia contra ellos en combustion todos los focos de la insurreccion popular. Su casa, su bolsa y su corazon estaban abiertos á los perseguidos de todas las naciones.

Era de ver cuando se encrespaba en la tribuna contra el cobarde abandono en que teníamos á los griegos y á los polacos. Entonces su imaginacion desbordada se derramaba á torrentes; su virtud le servia de elocuencia, y su espresion, ordinariamente jovial, se armaba de truenos y rayos.

Lafayette tenia mas que ideas; tenia principios, principios fundamentales á los cuales estaba adherido con un teson invencible. Queria la soberanía del pueblo asi en práctica como en teoría, y en efecto, todo estriba en ella.

Lo mismo odiaba la tiranía de muchos que la de uno solo; la esencia era para él antes que la forma, la justicia antes que las leyes, los principios antes que los gobiernos, el género humano antes que las naciones. Queria minorías libres bajo una mayoría dominante.

Cuando los caracteres mas enérgicos cedieron, cuando los genios mas privilegiados pasaron unos despues de otros bajo las horcas triunfales de Napoleon, y la nacion, embriagada con sus glorias y conquistas, corria precediendo á su carro, Lafayette supo resistir al ímpetu de la fortuna y de los hombres, sin violencia para los demas y sin duda consigo mismo, por la sola inmovilidad de sus convicciones, como una roca que permanece en pie enmedio de la agitacion inconstante de las olas.

La pasion del oro que avasalla á los mismos reyes, no atormentó jamás su grande alma. La vulgar ambicion de un trono era muy inferior á él, y lo mas que hubiera podido desear, á no ser Lafayette, seria el ser un Washington.

Lafayette esperimentaba, aun en su misma vejez, la necesidad de ser amado de todos que sienten los corazones afectuosos. Pero esta noble

inclinacion, á la cual es tan dulce entregarse en la vida privada, es casi siempre peligrosa en la vida política. Un verdadero hombre de Estado debe saber sacrificar al interés de su pais sus amistades y su misma popularidad.

Mientras fué comandante de la guardia nacional del reino, y marchó casi de pareja con Luis Felipe, los camarilleros escondieron bajo su reputacion el miedo de que estaban poseidos, y recogieron sus palabras con silencio respetuoso.

Pero cuando, despues de haberse servido de él y de haberle sacado el jugo, le despidió la Corte con Dupont de l'Eure, Laffitte y Odilon Barrot, los diputados doctrinarios dejaron á un lado sus consideraciones, y pasaron en breve de los susurros de la indiferencia á las murmuraciones.

Pero la Oposicion, cuya memoria nunca es tan ingrata como la de los cortesanos, le conservó siempre su veneracion, y cuando el augusto anciano se presentaba en sus asambleas, todos los diputados de la izquierda se levantaban espontáneamente para tributarle homenaje [1].

La Revolucion de Julio tuvo por autores á la juventud de las escuelas, á la gente acaudalada y al pueblo, dirigidos por dos ancianos, Laffite y Lafayette. Laffitte la comenzó con la palanca de su popularidad y de su crédito, y Lafayette la acabó con la bandera tricolor y las bayonetas de la guardia nacional.

Sorprendentes invenciones del genio moderno! El telescopio pobló el cielo de mundos y de estrellas: la brújula descubrió la América: la pólvora cambió el sistema de la guerra: el papel-moneda aniquiló el feudalismo sustituyendo á la riqueza y á la superioridad agrícola la riqueza moviliaria, comercial é industrial: la imprenta ha abierto mil nuevas embocaduras en la trompa de la fama: el vapor ha economizado en mares y tierras la fuerza motriz de los animales, del agua y del viento: finalmente, la guardia nacional arrancó el gobierno de las manos absolutas del príncipe, para ponerlo en manos del pais. En efecto, cada aldea, cada pueblo, cada ciudad reconoce por soberana á su guardia nacional respectiva, y la guardia nacional reunida de todas las ciudades, de todos los pueblos y de todas las aldeas, es la soberana de la Francia. Lo mismo que digo de la Francia es aplicable á la Europa entera, porque puede asegurarse con verdad que en todo el resto de la Europa al primer toque de alarma universal no habría fusil, ni matriz, ni bandera que no se hallase dispuesta, no quedando mas que hacer en cierto modo sino publicar un bando y nombrar oficiales. Y como si hubiera en ello algun designio providencial oculto, vemos que la mas re-

1 Histórico.

volucionaria de todas las instituciones ha sido inventada y puesta en práctica por el mas revolucionario de todos los hombres.

Sí, Lafayette ha sido el hombre mas franca y resueltamente revolucionario de nuestros tiempos. Entraba fogoso y lleno de ímpetu en todas las conspiraciones cuyo objeto fuese derrocar el despotismo, y la muerte era para él un azar de poca importancia. Mártir de su fé política, hubiera subido al cadalso y ofrecido su cabeza al verdugo con toda la serenidad con que una tierna doncella se queda dormida al fin de un banquete, coronada la frente de rosas.

Es fama que acabada la ovacion fúnebre del general Lamarque, ocurrió á unos conspiradores la idea horrible de matar á Lafayette en el coche mismo donde era conducido en triunfo, presentando al pueblo, como Antonio, su cadáver ensangrentado para revolucionarle; y añádese que cuando se lo refirieron no hizo mas que sonreirse, como si le hubiera parecido aquella estratagema cosa natural é ingeniosa!

Tengo para mí, sin afirmarlo, porque ¿quién podria afirmarlo ni contradecirlo? que cuando Lafayette estaba moribundo, se consolaba, en los últimos reflujos de su pensamiento, imaginando que tal vez sus cenizas al pasar por la ciudad podrian servir para hacer estallar una insurreccion popular, reanimar la libertad é ilustrar sus exequias!

Hay amantes fogosos de la democrácia, que si hubieran nacido entre la aristocrácia serian los aristócratas mas exagerados. Es difícil averiguar si semejantes liberales lo son por despecho ó por conviccion, pues su amor á la igualdad no suele ser mas que una garrula concupiscencia de los privilegios que no tienen. Mas cuando los grandes señores se hacen demócratas, el pueblo deposita en ellos su confianza, porque le honraron con su abnegacion. Tal fué Lafayette.

Solo conservó de la antigua aristocrácia aquella ingenuidad delicada y aguda que constituye la gracia del discurso, y aquella elegante sencillez de maneras que ya ha desaparecido y que no volveremos á ver. Pero su alma era enteramente del pueblo. Amábale con todas sus entrañas, como ama el padre á sus hijos; y á cualesquiera hora del dia y de la noche, se hallaba siempre dispuesto á obrar, á peregrinar, á combatir, á sufrir, á vencer ó á ser vencido, á sacrificarse, á entregar por él toda entera su reputacion, su hacienda, su libertad, su sangre, su vida.

Ilustre ciudadano! Contemporáneo de nuestros padres y de nuestros hijos á un tiempo mismo, colocado, como para inaugurarle y para despedirle, en las dos estremidades de este heróico medio siglo, tú viste perecer la Revolucion de 1789 bajo la espada de un soldado, y la Revolucion de 1830 bajo la disciplina de los doctrinarios; pero, aunque presenciaste aquella doble desaparicion, no te arrepentiste de lo que por ambas habias hecho, porque sabias que todas las cosas llegan á su tiem-

po, y que tarde ó temprano nunca deja de germinar y florecer el grano que se siembra en los campos de la democrácia! Sabias que todas las naciones, unas por caminos estrechos, otras por senderos oblícuos, marchan hácia su emancipacion con la misteriosa é irresistible fuerza que lleva en corriente hácia la mar las aguas de todos los rios, y marchaste con la frente erguida y la esperanza en el corazon por los senderos de la verdad! Yo te tributo gracias, generoso anciano, porque no dudaste jamás de la eterna soberanía de las naciones, y porque siempre preferiste los proscriptos á sus opresores, y el pueblo á sus tiranos! Cuando cayó de tus ojos el velo de una patriótica pero deplorable ilusion, y viste á la generacion actual con sus carnes gangrenadas y sus mortales desfallecimientos, dirigiste los ojos consolados hácia la vitalidad, moralidad y grandeza de las futuras generaciones; no te dejaste avasallar, como Benjamin Constant, por la invencible melancolía del tedio, y fuiste digno de la libertad porque nunca desconfiaste de ella!



de nuestras mejores tropas, costeando el litoral de Argel, Tunez y Trí-



M. MAUGUIN.

Empezaba la Revolucion de Julio. La Europa no participaba aun muy decididamente de la franca admiracion de Talleyrand hácia el Napoleon de la Paz. Los cortesanos, que tienen por costumbre no saber nunca de positivo el santo que han de besar, estaban vacilantes entre la alianza de los reyes y la alianza de los pueblos.

M. Mauguin no vaciló por su parte; sintióse de repente acometido de la misma fiebre belicosa que el general Lamarque. ¡Con qué varonil denuedo, imitando al difunto Mambrú, se fueron ambos á la guerra! Hélos ya caminando! Los batallones del grande ejército se despliegan y se precipitan en pos de ellos. A su voz Tolon vomita sus flotas para bloquear á Ancona é insurreccionar el Adriático, mientras una espedicion de nuestras mejores tropas, costeando el litoral de Argel, Tunez y Trí-

poli, se dispone á reproducir en las riberas del Nilo los prodigios de Bonaparte. El Rin se emancipa, la Bélgica se levanta, Viena capitula, Cracovia abre sus puertas, y la propaganda victoriosa, engrosada con las falanges de la Curlandia y de la Besarabia, se abre un ancho camino hasta el Tanais. Pero ni en el Tanais queria Mauguin tomar descanso, y como yo no soy ni tan buen geógrafo ni tan hábil estratégico como él, ceso de enumerar, por no estropear sus nombres, la infinidad de provincias prusianas, rusas, valacas y morlacas, cuya invasion iba él emprendiendo. A medida que marchaban iban Lamarque y él organizando revoluciones y arruinando imperios. Fundaban Estados; improvisaban y dirigian tratados de alianza y de comercio; paseaban la bandera tricolor precedida por sus trompetas; convocaban á la libertad á los Calmucos, Kirguisas y Kurdos, y no recuerdo bien si confeccionaban ademas libritos de Constituciones para el uso de todos aquellos escelentes bárbaros, locos de alegria de verse vencidos.

Las damas aficionadas de las tribunas que, como es sabido, son siempre sensibles á la gloria, esclamaban: Bravo, Lamarque! bravo, Mauguin! dejando discretamente caer de las puntas de sus pañuelos perfumados, versitos, laureles y flores [1].

Yo mismo, que de nada me maravillo, estaba sorprendido, atónito, de ver que en tan corto tiempo, y con tan escasos medios, pudieran hacerse conquistas tan rápidas y prodigiosas. No me hallaba en verdad libre de todo temor por la pobre Rusia, por la Prusia y por el Austria; y no pasaba dia en que no me esperase leer en el parte oficial del *Monitor* la noticia de que Lamarque y Mauguin se habian dignado recibir en audiencia particular á las diputaciones de los pueblos libertados por el poder de sus armas, y que dichos señores les habian contestado á la manera de los conquistadores: «Recibimos siempre con nuevo placer la manifestacion de vuestra lealtad;» cuando el maldito cólera vino de repente á interrumpir el curso de aquellas oraciones triunfales, hiriendo con poca gloria al uno de nuestros dos Alejandros, que, á haber sido mas justa la fortuna, solo debió morir en la tribuna en la explosion de su victoria [2]!

Con su compañero el general Lamarque, perdió el abogado Mauguin su empleo de gefe de estado mayor del nuevo grande ejército, y debo decir en su elogio que tuvo en aquel duro trance bastante desinterés y modestia para no reclamar, á pesar de sus brillantes acciones de guerra, su media paga de retiro.

Pronto pasó M. Mauguin, con el objeto de continuar sus espediciones

1 Histórico.
2 El general Lamarque murió del cólera en 1832.

geográficas, del servicio de la guerra al servicio de las colonias; y el que antes queria la emancipacion de los morlacos, no quiso entonces emancipar á los pobres negros, que valen poco mas ó menos tanto como aquellos. Vengan luego á decirnos que los abogados no tienen lógica!

Tambien tiene M. Mauguin la pretension, y bien fundada, de ser un hábil diplomático, y aun el mas hábil de todos. En este ramo no crean ustedes poderle enseñar cosa que no tenga él aprendida. Sabe de memoria á Grocio y Puffendorfio; ha palidecido entre los manuscritos de los archivos de Versalles; ha visto y sabe desentrañar los tratados públicos patentes, y las cláusulas secretas y adicionales. No hay marchas ni contra-marchas de ejércitos cuyo secreto no penetre; prevé el destino de las flotas, y es capaz de decir hácia qué punto del globo llevarán su rumbo, aun antes que su mismo almirante entre á bordo y abra sus despachos. El telégrafo, por mas que multiplique y cruce de cien maneras diversas sus largos brazos, nada puede ocultarle. Todas las comunicaciones que recibe, créanle ustedes, son fidedignas y seguras; tiene apostados numerosos espias en toda la longitud de las fronteras, tiene establecidos sus periódicos, sus correspondencias secretas, sus inteligencias, sus carteos en cifra, y casi iba á decir sus embajadores. No le falta mas que disponer de los fondos secretos para ser enteramente ministro de Negocios estranjeros. Ni es otro el puesto á que aspira; pues aunque le ven ustedes legista, no se le hable de ser Guarda-sellos; Guarda sellos! quita allá! no ha nacido él para ese oficio.

Pero ya lo he dicho; los negocios estranjeros son el sueño de nuestros abogados y de nuestros reyezuelos del dia. Todos estos, reyes y abogados, abogados y reyes, tienen, pero los abogados sobre todo, la pretension de saber perfectamente todo cuanto pasa entre los estraños, aun mejor que los estraños mismos. Algo mejor harian en tenernos al corriente todos esos reyes y abogados de lo que pasa entre nosotros.

Fuerte cosa es que ha de haber en todas nuestras organizaciones francesas un flaco de aristocrácia que se descubre siempre por algun lado! No están poco envanecidos nuestros abogados desencapillados porque tratan de igual á igual á los que llevan corona! Imagínanse candorosamente que la Europa los contempla, y que les tributa la mas distinguida consideracion; que la ponen miedo ó la causan alegria; y que es infinitamente mas noble y mas elevado, sin comparacion alguna, recibir la mano de un embajador de Bohemia que la de un juez de Meaux ó de Perona.

M. Mauguin tiene otra manía ademas de la de las conquistas de la diplomácia y de la esclavitud; se empeña en que ha de pasar, permítasenos el neologismo, por un hombre *gubernamental*. Crée, con la mejor fé del mundo, que la mayor parte de sus colegas de la oposicion no entienden nada, ó casi nada, en materias de Estado; que no aprecian, que no res-

petan suficientemente la centralizacion; que se ocupan demasiado en pequeñas controversias; que se engolfan con esceso en los detalles, y que no serían capaces como él de organizar un plan de administracion, y de llevar á cima vastos proyectos.

M. Thiers (ministro á la sazon de no sé qué ramo) tenia buen cuidado, para anular la oposicion incómoda é indigesta de Mauguin, de fomentar en él esas mismas ideas. Semejante al reptil tentador, acercábase á él arrastrando, le rodeaba, se enroscaba á su cuerpo, y deslizándose hácia su oido le soplaba con halagüeño silbido estas palabras: «¿Cómo es posible, »M. Mauguin, que un hombre como V. pueda vivir con gentes como las »que combatimos, de tan obtuso entendimiento? ¡No vé V. que entre to»dos ellos es V. el único que comprende lo que es gobierno, y que »V. mismo, M. Mauguin, obrará lo mismo que nosotros cuando le to»que entrar en nuestro lugar, y ocupar este banco de angustia y de do»lor! Ayúdenos V., pues, porque trabajando por nosotros, que no hace»mos mas que allanarle el camino, trabaja V. por sí mismo.»

Harto cedió Mauguin á la insinuante superchería de aquellas lisonjas, y no advirtió que por lograr una sonrisa de M. Thiers, se enagenaba la amistad austera, pero leal, de la oposicion.

Decíase tambien que por ser de carácter ligero y de estado indeciso, tenia mas fé en la fatalidad de las circunstancias que en la verdad de los principios; que como miembro, y miembro influyente del gobierno provisional, la historia le haría cargo de haber falseado la soberanía del pueblo; de haber puesto un bozal á la revolucion, y soltado las riendas á la monarquía; de haber cedido á los caprichos usurpadores de una asamblea sin poderes; de haber tenido miedo de todo cuando era preciso no tener miedo de nada; de no haber comprendido al pueblo que representaba, ni las garantías que podia exigir, ni las altas resoluciones que debió intentar; y de no haber consultado las necesidades de la Francia, ni su índole, ni su voluntad, ni su fortuna. Creíase que si hubiera sido ministro en las épocas tormentosas que hemos venido atravesando, se hubiera mostrado escesivamente preocupado por la idea de lo que él llama un gobierno fuerte, y poco atento á las amonestaciones de la opinion; que seducido por las cosas de brillo hubiera sido fastoso, y aun pródigo, en su manera de gastar la hacienda, y que al fin no hubiéramos hallado en él ni al economista ni al repúblico.

Añadíase, examinando de cerca su conducta parlamentaria, que no habia bastante correspondencia en sus ideas; que urdía demasiada oposicion individual, y poca oposicion colectiva; que desconcertaba y hacia abortar con sus salidas bruscas combinaciones que no se tomaba el trabajo de analizar; que no llevaba las cosas hasta donde debia, y que algunas veces las llevaba mas allá de lo debido; que no desplegaba los

labios cuando le cumplia hablar, y que hablaba cuando debia permanecer en silencio; que sostenia proposiciones estraordinarias, cuando no de todo punto falsas; que hacia la guerra á la ventura, mas como soldado que como capitan; que no sabia dar la vòz de mando ni obedecerla, y que, sin estar dentro ni fuera de la Oposicion, la ponia en la imposibilidad de segundarle y de contradecirle;—situacion falsa que mantenia los ánimos en desconfianza, despertaba contra él sospechas de ambicion, y hacia dudar de su virtud política.

En este juicio se traslucia indudablemente el matiz del despecho y del encono; yo por mi parte creia, y aun creo, que M. Mauguin tiene mas vanidad que ambicion. Mientras fué miembro del gobierno provisional que hacia y quitaba ministros, hubiera podido muy bien tomar una cartera, y no quiso hacerlo. Si Cárlos X hubiera salido victorioso se hubiera él visto proscripto, y bien mostró en el Hôtel de Grève que era capaz de valor cívico. Su vida política ha sido enteramente parlamentaria; no hay en ella cosa que no sea pura, ni accion alguna que tenga que echarse en cara. Que defienda la igualdad por desinterés ó por orgullo, poco importa; el caso es que la defiende. Tampoco censuraremos en él, y mucho menos nosotros, que defienda la centralizacion; todos los estadistas reconocen la necesidad de un poder fuerte en un pais donde la imaginacion, que parece ser la facultad dominante, arrebata los ánimos de uno en otro sistema con tan portentosa facilidad para olvidar. M. Mauguin lleva hasta un esceso patriótico su amor á la independencia de nuestra nacion, prefiriéndola á la misma libertad. Cree que este pueblo tan mudable y tan vivo, tan caballeresco y tan ligero, debe estar siempre ocupado y fascinado con el espectáculo de las cosas grandes, y penetrado de que hay quien le gobierna. Por ninguna especie de dinastía abriga él preocupaciones ni paternal ternura; aun en el fondo de sus concesiones monárquicas hay ciertos instintos revolucionarios, y yo creo firmemente, que transigiría con la repúbica de tan buena gana como con la monarquía, siempre que la república le prometiese unidad, poder y grandeza.

Cosa estraña! despues de diez años de ejercicios parlamentarios todavía vemos á Dupin, á Sauzet y á Mauguin marchar enteramente solos. Ahora bien, no ser de ningun partido hallándose envuelto en ellos, no saber guiarlos teniendo el talento suficiente para hacerlo, es no tener ni opinion, ni plan, ni sistema, ni principios, ni carácter, ni política grande ó pequeña. Un hombre de esta pasta podrá ser un escelente ciudadano, un ministro, un presidente, un fiscal, un orador, un abogado, un hombre amable, pero nunca un verdadero estadista. Y esta es precisamente la idea fija de todos ellos; ser estadista! todos lo ambicionan, y M. Mauguin mas que ninguno.

Llevado de su aficion á la paradoja y de un puro capricho de abstraccion, M. Mauguin se ha lanzado, á propósito de alcool y de aguapié, por las sendas menos usadas del comunismo; tal es su prurito de agitar todas las cuestiones sociales y de no resolver ninguna.

Por lo demas, siempre se halla perfectamente al corriente de las cosas esteriores por medio de los agentes y encargados de negocios que mantiene en las naciones estrañas, á tal punto que cuando ese gran diplomático sube á la tribuna para decirnos que todo lo sabe, y aun mas de lo que los ministros se imaginan y quisieran; que en rigor solo dependeria de él dejar traspirar un secreto de Estado, pero que ya podemos comprender que en su posicion no le es permitido mostrarse mas esplícito, la Cámara dirige sus miradas hácia mí sonriyendo, y parece decirme: vive Dios, Timon, qué parecido le has sacado!

Figurábame yo ¡cuán poco conozco á los hombres! que con los años M. Mauguin se alegraria de hacer una vida algo mas sedentaria; pero, qué quieren VV.? la comezon de los combates y de las escursiones caucasianas ha vuelto á acometerle, y héle ya otra vez en el campamento, si contra los cosacos antes, ahora en favor de los cosacos; y contra quién? contra la Inglaterra. Pobre Inglaterra, como te compadezco!

Decididamente M. Mauguin es el orador y el poeta de la política descriptiva. En el parlamento francés se ha declarado protector de la Confederacion rusa. Héle ya dividiendo en dos la península de Sumatra, tomando de costado el Indo, arrojando al mar las factorias de la opulenta Calcuta, é internando sus batallones galo-esclavones en las gargantas y profundidades del pais de Sikes! Por mi parte no dudo en manera alguna que todo ese ruido de estrategia caminera cause grande espanto á la Inglaterra, y no sé en verdad como saldrá de su apuro; pero quisiera tan solo que si es posible no matára M. Mauguin á la Inglaterra de un solo golpe, lo cual le pido y le suplico de todas veras en nombre de nuestro jóven y valiente ejército, que, una vez destruida la Inglaterra y arrasada como un ponton por Mr. Mauguin, ya no tendria donde disparar un solo tiro para entretener el ócio. Sería de veras una lástima dejar absolutamente sin empleo el valor de nuestros hijos; pero ya se vé! no tenemos entrañas, ni juicio, ni prudencia para no abusar de nuestras ventajas! En la cuestion de Oriente hemos hecho ya un pan como unas hostias. Vamos por do quiera triunfando de la Inglaterra, desde los mares de la China hasta el estrecho de Gibraltar, y tan duchos nos mostramos en las Confederaciones rusas como en las colonizaciones africanas y en los bombardeos siriacos. ¿No les parece á VV. que podriamos ya descansar de tantas fatigas? Al abrirse las próximas sesiones volveriamos á empezar otra campaña, no menos gloriosa, que llevariamos de calle á tambor batiente, tomando parte en ella todos des-

de el ugier que grita detras de la poltrona del presidente Sauzet: Silencio, señores! hasta el portero que está de planton junto al banco de los ministros para llevar sus cartitas amorosas y sus esquelas de convite.

Si M. Mauguin no fuera tan gran conquistador, bien podria en verdad hallarse harto con tanta gloria, y creo yo que despues de haber ratificado y sellado con el sello de lacre verde el tratado de alianza entre la Francia y Nicolás I emperador de todas las Rusias, no haria mal en dirigir su augusta solicitud hácia el interior, donde seguramente no hay menos tuertos que enderezar y abusos que estirpar de raiz que en los desiertos de Nowgorod.

¿Habremos disparatado ya lo suficiente todos los habitantes de esta buena tierra de Francia, por espacio de tres meses y aun mas, sobre la insurreccion de los Drusos, los favores de la sultana Validé, el emir Beschir, la fidelidad y cariño inalterable de Ibrahim y de su papá Mehemet, y por último sobre aquellos honrados y campechanos salteadores de Damasco y del Líbano? Lo mismo formábamos nosotros en batalla los escuadrones de Soliman-Bajá que si los hubiéramos tenido reunidos en la corte de las Tullerías en una revista. Contábamos todas las baterías de S. Juan de Acre de frente y de costado, como podremos contar en breve los cañones de nuestras amables bastillas apuntando hácia nuestros amables arrabales. Repetíamos, palabra por palabra, todo cuanto decian ó dejaban de decir Mehemet, Kosreu, Reschid, Abdul, la Sultana, Napier, Stopford, Beschir, Ponsomby, el eunuco negro, el seraskier [1], el internuncio, el muftí y el capitan; todo lo repetíamos, escepto lo que hubiera debido decir nuestro caro y leal embajador el señor conde Alejo Pontois, que no dijo una palabra, y eso como si hubiéramos sido admitidos á intervenir en la plática íntima de todos aquellos ilustres personages! Y cuando nos echaron fuera sin que precediese la menor advertencia, despues que nos hubieron lindamente escarnecido sin permitirnos la menor réplica, y sacudido el polvo sin admitirnos el menor combate, un ministro de entonces, no sé yo cuál porque hay ministros nuevos cada quince dias, vino á decirme al oido en un acceso de júbilo que el gobierno de S. M. Cristianísima el rey de los Franceses (todavía me causa risa) no sabia una jota de cuanto estaba pasando por aquellas tierras. Y hé aquí cabalmente por qué damos cien mil francos á los embajadores que tan cumplidamente nos representan cerca del gran turco, y por qué, gracias al viaje de M. Mauguin á Rusia, á su tratado de alianza sellado con lacre verde, á los informes fidedignos que hemos recibido del Oriente, y á las grandes batallas de lengua y de pluma que

[1] Oficial turco, encargado del mando en gefe de un ejército para una determinada campaña.—*N. del T.*

hemos ganado, hemos llegado á ser por mar y tierra tan temidos de la gran Bretaña!

Va pues la cosa perfectamente, y todavía irá mejor cuando M. Mauguin sea ministro de Negocios Extrangeros, porque verán VV. que todas las togas y birretes de la Cámara se van á hacer noche al palacio de las Capuchinas [1]! La judicatura atenta á la cartera de Negocios Extrangeros, y su conjuracion es flagrante! Los abogados sin dejar sus hopalandas, disparan el cañon, lanzan flotas á la vela, borrajean credenciales, despachan correos, firman tratados (distintos de la cuadruple alianza), y llaman ante sí á juicio á generales de ejército, embajadores y reyes. El abogado habla, negocia, guerrea, reina, gobierna; el abogado lo hace todo, y por eso no se hace nada.

Nada se hace, repito, de lo que debiera hacerse, y lo pruebo. Supongamos que la confederacion Mauguin y compañia nos permita establecer unas cuantas barracas de paja de arroz en la longitud de las costas despobladas de Coromandel; damos que, de resultas de nuestra alianza con la Rusia, ganemos el reino de Cachemira con una ó dos colecciones de cabras del Tibet para nuestro jardin de plantas [2], y el vireinato del Cabul para M. Mauguin ¿qué adelantaremos con eso? Lo que á mí mas me preocupa, y en lo que no piensan en manera alguna nuestros sublimes oradores, es la condicion mísera y precaria de nuestros trabajadores del centro de la Francia, y de nuestros artesanos de París, de Lyon y de Nantes; es la esclavitud corporal é intelectual, la crasa ignorancia, el embrutecimiento moral de tantos seres humanos nacidos en el mismo suelo y en el mismo foco de civilizacion que nosotros; es la corrupcion de los abusos que con tanta abundancia mana, la confiscacion de nuestra hacienda por el esceso de contribuciones.

No quiero proseguir, pues asi como asi estoy ya viendo la sonrisa de lástima que suelta M. Mauguin al contemplar lo rastrero de nuestro vuelo; y qué mucho, si estamos formados de una masa tan ordinaria, si carecemos de alientos, de alas y de fuego, si no entendemos una sola palabra de las sutilezas de la política en grande, de la alianza combinada entre la Prusia, el Austria y la Rusia con M. Mauguin, de sus peregrinaciones al Mogol, de sus escursiones geográficas, de sus vuelos, de sus andanadas, de sus ataques atravesando los océanos y los desiertos ignorados del Mapa-mundi, de sus rebatos y destrozos en las posesiones inglesas de la India, y por último de su vireinato del Cabul!

Y si en vez de aspirar á virey del Cabul se empeñára M. Mauguin

1 El ministerio de Negocios Estrangeros está situado en el *boulevard de las Capuchinas.—N. del T.*

2 En e *jardin de plantas* ó botánico de Paris está la casa de fieras.—*Id.*

en querer soplarse bajo el brazo la cartera de tafilete de las relaciones Exteriores ¿por qué no se le habia de permitir ese inocente capricho? Yo por mi parte asi lo propongo formalmente al Consejo de ministros, y hé aquí los méritos que alego en apoyo de esta candidatura.

M. Mauguin posee en el mas alto grado el sentimiento de la nacionalidad, un conocimiento claro y pronto de los intereses comerciales de la Francia, una aptitud laboriosa y experta en el manejo de los negocios, una conversacion animada é ingeniosa, y las buenas maneras de cortesano. ¿Qué importa que le falten pergaminos? el nombre llano pero ya ilustre de Mauguin no es en nada inferior al de tantos duques y pares que arrastran el justo renombre de sus abuelos en el polvo y en el olvido. Vale por lo menos tanto como el de M. Guizot, que vale tanto como el de M. Thiers; este valia tanto como el de M. Soult, y este como el de M. Maison, y este como el de M. Mortier, y este como el de M. de Broglie, y este como el de M. Sebastiani, y este como el de M. de Polignac. Y sé decir de mí que si pudiera hacer dar una vuelta á la rueda de su fortuna lo haria de muy buen grado. M. Mauguin es todavía un hombre de julio que la Corte, ya lo verán VV., empleará en su servicio en caso desesperado. Pero no se me cuece el pan mientras no vea poniendo manos á la obra por su turno á todos esos Carlomagnos de la curia, á todos esos remendadores de Cartas, confeccionadores de reyes, augustos fabricantes de dinastías. Verémos cómo se portan, y si lo hacen mal no habrá mas remedio que reconocer que todas las esperiencias se han probado, que existen entre ciertas cosas ciertas incompatibilidades, y que es preciso mudar de sistema.

Hemos visto el lado político del hombre; pasemos á retratar al orador.

Pintemos pues al orador! esto es, con la pluma, nó con el pincel, porque parece ser que los oradores interesantes tienen los mismos caprichos que las mujeres bonitas [1]. Por eso, si hemos de creer á mi editor, M. Mauguin solo queria al principio dejarse retratar de perfil, y un momento despues no quiso dejarse retratar mas que de frente, y luego no quiso dejarse retratar de modo ninguno, y luego volvió á querer, y luego dejó la silla diciendo que se iba á viajar; y como ya saben VV. que M. Mauguin tiene la costumbre de hacer viages muy largos, y de irse abocando de camino con todas las cancillerías de Europa, para firmar toda clase de alianzas con toda clase de reyes, grandes duques y margraves, fácil les es á VV. comprender que no podia mi edi-

1 Parece en efecto que M. Mauguin consintió en un principio en dejarse retratar por el grabador, despues se arrepintió, despues dijo que no tenia inconveniente, y por último dijo que no queria, y le volvió las espaldas con tanto hocico como una niña bonita enfadada.

tor irle á los alcances é incomodarle estando en tan distinguida compañía, para que se dejase sacar la silueta [1] con objeto de grabarla despues en bruñido acero.

Por lo cual me encarga M. Pagnerre suplique á VV. encarecidamente, amados lectores, que no se enfaden con él, y que les diga que mas de veinte veces ha enviado inútilmente pintores, dibujantes y grabadores, á casa de M. Mauguin, y que nunca se ha visto desairado de esa manera ni aun por los mismos oradores que mas malparados salieron de las manos de Timon; que por consiguiente no es culpa suya si no puede ofrecer á VV. un retrato de M. de Mauguin mas semejante, y si no se lo representa con su grande uniforme de virey del Cabul;—á lo que añade otras mil disculpas propias de un editor aburrido, á las que VV. darán su justo valor.

Yo, lectores mios, en lugar de VV. bien sé lo que haria; me daria el gustazo de ir á la Cámara de diputados, y allí podría ver y oir á mi sabor, de vuelta de sus negociaciones, á ese amable y caprichoso viajero.

Fácilmente le reconocerán VV. Se sienta en la estremidad de los bancos de la derecha, tiene una fisonomía espansiva, los ojos penetrantes y vivos, una voz clara y segura, maneras nobles, y la declamacion un tanto enfática.

Acaban VV. de reconocerle y de oirle hablar ¿no es verdad que Mauguin es uno de los tres peroradores mas agudos de la Cámara? M. Thiers deslumbra con el iris de sus facetas, M. Dupin con sus penetrantes punzadas, y M. Mauguin con los repentinos vislumbres de sus réplicas.

Qué perfectamente platica!; VV. son de mi misma opinion, estoy seguro. Platica tan bien como perora. Le gusta justar con el primer interlocutor que se presenta; en el salon de conferencias siempre es él el centro de los diputados que bullen y alzan murmullo; los aplausos en los corredores le lisonjean tanto como los aplausos en la tribuna.

¿No les parece á VV. además de sumo agrado su persona, y que en sus maneras hay cortés halago y atractivo? M. Mauguin cautiva y seduce con su trato; yo le estimo, aunque él diga lo contrario, tal vez porque crea que nunca se alaba demasiado á una persona cuando verdaderamente se la quiere. Pero eso es adular, y no querer, y yo profeso á M. Mauguin una estimacion harto sincera para decir de él cuanto me viene á las mientes, de bueno y de malo, y por lo general menos de malo que de bueno; y continúo:

1 Silueta:—retrato de perfil sacado por el contorno de la sombra; es voz alemana que ha pasado ya las fronteras de todas las naciones de Europa: nosotros la introducimos de contrabando.—*N. del T.*

No es M. Mauguin tan prolijo, ni tan difuso, ni tan abogado como los otros abogados. Cierto es que algunas veces echa á perder su diccion por limarla demasiado, pero su frascologia es mas declamatoria por el tono que por las palabras que emplea, mas por la acentuacion que por las ideas. Puede sobre todo tachársele de preparar de antemano sus efectos oratorios, de dejar trasparentarse la trama de su discurso, y de no entregarse bastante á la naturaleza. Por lo restante es sobrio y ajustado en sus exordios, plantea bien las diversas proposiciones de su asunto, no las abandona, las impele con vigor en todas sus direcciones, y su estilo es trabajado y profundo. Lo que mas le caracteriza es la destreza.

M. Mauguin, por su larga práctica en los tribunales, por sus estudios especiales y por el temple de su talento flexible y brillante, es muy apto para ilustrar todas las cuestiones de derecho civil y criminal, de comercio, de aduanas y de hacienda, y será cuando quiera uno de los diputados mas útiles para la Cámara, como es ya uno de los mas facundos.

Muy bella es la siguiente comparacion de M. Mauguin: «Las luces »son como los fluidos que gravitan sobre su límite; su naturaleza las »inclina siempre á estenderse.»

Algunas veces, cuando se anima, cuando el natural se sobrepone en él al arte, deja de ser retórico y se hace orador, y se remonta á la mas sublime elocuencia. Entonces obliga á su auditorio á estremecerse, á palidecer y á llorar sobre el desquiciamiento de Polonia moribunda: y entonces esclama desde lo íntimo de su corazon, y suspira, y se angustia y conmueve; pero estas efusiones del alma no son frecuentes en M. Mauguin, y solo son propias de oradores mas sinceros que él, mas fogosos y mas irregulares. M. Mauguin se domina demasiado para poder revestir un estilo patético, que solo se encuentra cuando no se le busca, pero maneja con decididas ventajas el sarcasmo punzante y la ironía de estoque.

M. Mauguin es un interpelador brusco y temible; es fecundo, ingenioso, osado, apremiador. No se deja intimidar ni por las risas ni por los murmullos; se serena con la cólera de sus adversarios.

Digno era de ser admirado cuando luchaba desde la tribuna con Casimiro Périer su implacable enemigo! El ministro, rendido y sin aliento, le lanzaba rayos con su mirada de fuego; saltaba sobre su banco, y quebraba entre dientes esclamaciones mezcladas con amenazas. Mauguin, por el ángulo de su labio risueño le disparaba dardos, de esos que sin hacer correr la sangre se van lentamente internando y removiendo la epidérmis; revoloteaba en torno del ministro, y se le clavaba por decirlo así en la frente, á la manera del tábano que martiriza al toro mu-

gidor; se metia por sus narices, y Casimiro Perier espumarajeaba, despedia con el pié la arena, reluchaba debajo de él y le pedia misericordia.

Resumamos al hombre:

Mal político, mas bien por negligencia de conviccion que por debilidad de carácter; pero escelente orador, á veces al par de los mas grandes:—elocuente por intervalos:—siempre abundante, lúcido, conciso, enérgico, incisivo:—ingenio fecundo en recursos, vasto, penetrante, flexible:—sereno en las tormentas, dueño de sus pasiones, menos para reprimirlas que para dirigirlas con acierto; cuando dá tregua á sus impaciencias es solo para afilar bien los dardos que le arrojan, y volverlos á despedir con mayor fuerza contra el que se los dispara:—hombre dotado de gracia y seduccion, un poco presuntuoso, ávido de emociones, á quien, para decirlo todo de una vez, no es posible ni aborrecer ni querer mucho.





LAFFITTE.

M. LAFFITTE.

¿Hay algun ciudadano superior á M. Laffitte? Hay algun ministro que haya entrado al manejo de los negocios con mas lealtad y sinceridad que él, y que los haya dejado con un corazon mas francés y con manos mas puras? Cuántos reyes y particulares no han abusado de la docilidad de su bello y amable carácter? Qué voz tan agradable la suya! qué conversacion tan interesante! qué fluidez tan variada, tan abundante, tan límpida, tan ingeniosa! Qué entusiasmo tan candoroso y juvenil por todo lo bueno y bello, por todo lo justo y verdadero! Con cuánto tino sabe acomodar á las gracias cortesanas (cuando la corte tenia gracias), la sencillez y honradez del negociante! ¿no es cien veces mas agradable oir hablar á Laffitte y á Dupont, tan sustanciosos, tan lúcidos y llenos en sus discursos, que á tantos peroradores charlatanes y á tantos

abogados de provincia que ponen su reló para estar discurriendo á hora fija, y que se olvidan de que el don de la palabra no fué concedido al hombre para fabricar meros sonidos, sino para espresar ideas?

La vida privada de M. Laffitte seria un curso de moral en accion. Su vida pública seria un curso de política para el uso de los pueblos que, pudiendo conducirse por sí mismos, se enganchan ensangrentándose la espalda al pesado carro de un rey.

M. Laffitte posee el genio de los negocios de hacienda, mas raro aun que el genio oratorio; él resolvió los problemas de la conversion de rentas, de los bancos y de la amortizacion, con una propiedad de lenguaje que sin ocultar la ciencia la sirve de hermoso atavío. Sus discursos sobre los presupuestos en general son verdaderos modelos de esposicion teórica, y sus discusiones lo son del estilo deliberativo aplicado á las operaciones numéricas. Fundó bajo la Restauracion el crédito público, y hoy pone los cimientos al crédito privado, no queriendo que pase un solo dia de su preciosa existencia perdido para su pais.

El fondo del carácter de M. Laffitte es republicano, no porque crea en la posibilidad actual de esta forma de gobierno, sino porque lo mismo que Lafayette, Arago y Dupont de l'Eure, cree que la Europa tiende hácia ella, y que dicha forma llegará á ser un dia la espresion mas fiel de la mas adelantada civilizacion.

Ese carácter tan dulce y que á veces podria parecer débil, sabe resistirse y fortificarse en las ocasiones urgentes y peligrosas. Entonces M. Laffitte lucha valerosamente contra los amagos, los combate con energia, y los vence con su decision.

La ingratitud, de donde quiera que proceda, suscita su noble repugnancia, y la opresion de la libertad, sea cual fuere la capa con que se encubra, enciende su indignacion. En tales casos, las palabras que pronuncia en la tribuna son de aquellas que solo parece poder usar atrevida é impunemente un hombre que como él reparte coronas y funda dinastías; y el ministro interpelado que las oye y tiene que responder á ellas, no acierta mas que á sonrojarse y bajar los ojos.

M. Laffitte ha soportado los desaires de la fortuna con la misma serenidad que sus favores, y le ha sido dado hacer ingratos asi en los puestos bajos como en los mas encumbrados. Ninguno ha sido mas espléndido que él en nuestra época; porque despues de haber abierto su casa á todos los proscriptos y su bolsa á todos los desgraciados, ha acabado concediendo un cetro. ¿Quién presidía la Cámara de diputados el 29 de julio? Quién sino él era el alma, el caudillo, la guia del partido de Orleans? Quién inflamó y decidió á Lafayette? Quién supo juntar el palacio Borbon con el Hòtel de Ville? Quién en suma condujo y terminó todo el negocio sino M. Laffitte? Si, M. Laffitte fué quien recogió la corona de

Francia arrojada al arroyo, y quien la colocó en las sienes de Luis Felipe.

Yo Timon, que, á diferencia de mis robustos compañeros, nunca me he reconocido con la suficiente potencia para engendrar un rey, asistí como aficionado mas bien que como legislador á la sesion secreta del 29 de julio, donde, segun costumbre, los destinos de la Francia quedaron decididos en tres minutos. Yo por mi parte tenia la cabeza serena, y no estaba ocupado como los treinta y seis padres que me rodeaban en la obra del alumbramiento; por lo cual mucho mejor que ellos, y aun mejor que el mismo M. Laffitte que nos presidía, sé lo que hacia este y lo que pudo hacer, y aseguro que en aquel crítico instante ví á la monarquía, antes de fijarse, oscilar en la punta de una aguja.

Ah! si me fuera permitido discutir sobre cierto hombre asi como me permiten discutir sobre Dios! Si me hallára yo en un pais donde verdaderamente existiera la libertad de la prensa! Pero las leyes de setiembre me detienen en el momento de ir á pintar..... Ya vendrá el dia en que pueda acabar el retrato de Laffitte.

Entretanto, ilustre ciudadano, espero obligarte poniendo á tu lado, y encerrando en tu mismo marco, el retrato de un hombre que fué colega tuyo en el ministerio por algunos dias, y tu amigo constante: de un hombre á quien estimo tanto como venero, que será respetado por todos los hombres de bien mientras la probidad no sea postergada á la astucia, y la virtud al charlatanismo [1].

Especie de romano, pero de los mejores tiempos de la antigua Roma: honrado sin ostentacion ni hipocresía: republicano por sus principios, por sus costumbres, por su carácter y por sus virtudes: nuevo labriego del Danubio, sencillo, franco, brusco hasta rayar en incivil, importuno á todo adulador, defensor de la igualdad y de la economia ante un tribunal y un senado de corrupcion. Juicio recto que no consiente le detengan en su marcha con bellas frases, con el sofisma de las manifestaciones, ni con la hipocresía de las protestas; ingenio que con la mera virtud de su buen seso sabe brillar tanto como otros con el prestigio y gala de su elocuencia. Personage raro en todos tiempos, pero especialmente en los nuestros en que los apóstatas del honor y de la libertad se acomodan descaradamente con el menosprecio, y se ciñen á sí propios coronas de oro. Por último, hombre escepcional á quien, para que su virtud apareciese mas perfecta y acrisolada, solo faltaria en cierto modo un poco de livor de proscripcion, que sin embargo no le deseo.

1 Dupon de l'Eure.

M. ODILON-BARROT.

Odilon-Barrot no presenta, como M. Mauguin, una de esas figuras sagaces y movedizas que giran incesantemente sobre sí mismas, y que reflejando la luz y las sombras, la fuerza y la gracia, agradan cuando están pintadas por la variedad del adorno, y por la osada vivacidad de las facciones y del color.

Odilon-Barrot ofrece mas bien la cordura imponente y decorosa del filósofo, que los caprichos y los brillantes arrebatos del improvisador.

Su razon, á la manera de un fruto precoz, pero sano, maduró antes de tiempo; á los venticuatro años era ya abogado de los consejos y del tribunal de Casacion. Nicod era allí el dialéctico, y Odilon-Barrot el orador.

Mitad palaciego, mitad político, ya en tiempo de la Restauracion consiguió Odilon-Barrot ver colocado su nombre al lado de los nombres célebres de la Oposicion, y la libertad le contaba con orgullo entre sus defensores.


11

defensores.





Publié par Pagnerre.

Mas que estudiar y leer, Odilon-Barrot medita; su mente solo tiene actividad y solo vive en las altas regiones del pensamiento. Si fuera ministro se haria indolente y se dejaria vencer en las aplicaciones: mostraria mas aptitud para dirigir que para ejecutar, y sobresaldria menos en la accion que en el consejo: descuidaria los pormenores y el curso de los negocios, no por falta de capacidad para ellos, sino por falta de aplicacion.

Puede decirse que mas bien que ilustrar un asunto derrama sobre él la fecundacion con sus ideas; solo saca la flor de las cuestiones, no las toca mas que en la superficie; reflexiona mas que observa.

Lo que desde luego llama mas su atencion en un asunto es el conjunto, y este modo de considerar las cosas nace en él de la aptitud particular de su mente, del ejercicio de la tribuna, y de las prácticas de su antigua profesion de abogado en el tribunal de Casacion. Nadie sabe mejor que él abstraer y resumir una teoría, y yo considero á Odilon-Barrot como el primer generalizador de la Cámara. Posee esta facultad en mas alto grado aun que M. Guizot, que solo se vale de ella en ciertos puntos dados de filosofía ó de política, al paso que Odilon-Barrot improvisa sus generalizaciones con una facilidad sorprendente sobre la primera cuestion que se presenta. Ambos á dos son dogmáticos como todo hombre de teorías; ambos afirmativos, pero mas M. Guizot, porque M. Guizot duda menos que Odilon-Barrot. Abraza mas fácilmente un partido, y dirige una resolucion derechamente á su objeto con la viveza é inflexibilidad de su carácter.

Odilon-Barrot es un hombre probo, cualidad que casi me avergüenzo de alabar, y que sin embargo tengo que alabar por fuerza considerando cuán rara se ha hecho. No es mandon, no es intrigante, no es ambicioso; su reputacion política es hermosa y sin mancilla, y su voz está siempre dispuesta á abogar por los oprimidos y por todas las causas generosas.

Odilon-Barrot goza de popularidad electoral, mas no de popularidad popular; sin embargo, me parece muy difícil que Odilon-Barrot no sea en su interior radical por sentimiento de igualdad, por su esperiencia de la monarquía, por convencimiento de su dignidad de hombre, por prevision de lo futuro. ¿Cómo es pues que aun en la tribuna hace profesiones de fé dinásticas tan inútiles? Pretenden algunos esplicarlo diciendo que Odilon-Barrot siente hácia la persona de Luis Felipe una especie de inclinacion indefinible que le cautiva y retiene; pero estoy yo bien seguro de que Odilon-Barrot no quiere á Luis Felipe *á toda costa*, como pueden quererle sus servidores envueltos en seda y oro, y que no vacilaria un solo momento si llegára el caso de optar entre la patria y las Ordenanzas de un segundo Julio.

La fisonomía de Odilon-Barrot es hermosa y reflexiva: su frente ancha y desarrollada anuncia el poder de su inteligencia. Su voz es llena y sonora, y su diccion es singularmente grave. Hay en su modo de vestir un si es no es de afectacion que por cierto no le sienta mal: su continente es digno sin ser teatral, y su accion llena de noble sencillez.

Cuando habla, anima, acentúa, enardece, colora su espresion, que es floja y fria cuando escribe. Su discusion es sólida y sábia, rica de medios, suficientemente exornada y dominada siempre por su clara razon. En las causas que agita se detiene mas gustoso en el derecho que en el hecho; apodérase de él, le sondea, le taladra, le agota sacando de él cuantas consideraciones nuevas, cuantas reflexiones trascendentalès y de importancia puede encerrar.

Su método sin embargo no carece de algun defecto. Suele frecuentemente embarazarse entre las prolijidades de sus exordios; se pierde á veces en el vuelo de sus pensamientos, y una vez roto su hilo le cuesta trabajo anudarlo. Tampoco lleva sus arengas con la precisa rapidez hácia su fin; lo cual quizás me choca á mí mas que á otro alguno por lo mucho que me agradan los discursos sustanciosos, concluyentes y lacónicos. Con todo, no puedo menos de reconocer que Odilon-Barrot es mas abundante que difuso, y que se esperimenta gran placer en ir con él á caza de ideas, mientras los peroradores vulgares solo persiguen y cazan frases.

Odilon-Barrot es mas razonador que espontáneo, mas desdeñoso que acibarado, mas templado que vehemente. Su mirada no despide bastante fuego: no se advierte bastante anhelo en su respiracion, ni en su corazon palpitaciones bastante fuertes contra la opresion de la arbitrariedad. Con harta frecuencia su vigor languidece y decae, y se le hace pesada el arma antes de acabar el combate.

Dueño de sus pasiones y de su palabra, sabe aplacar en sí mismo y á su alrededor la cólera de los centros y los borrascosos pronunciamientos de la izquierda. Dispone y cubre la retirada en los pasos árduos con la habilidad de un estratégico consumado; es el Fabius Cunctator de la Oposicion.

Desgraciadamente esta táctica de contemporizacion, cuando se repite demasiado, debilita los ánimos parlamentarios que son ya de suyo poco osados. El papel de la Oposicion no es esconderse detras de los bagajes de la compañía, sino ocupar con ardor el frente en la batalla. Cuando el pueblo no vé á sus defensores subir á la brecha y hacer fuego, pronto se entibia, bosteza, vuelve las espaldas y se vá á otra parte.

Los oradores tienen para sí los mimos de la prensa, y como los niños mimados abofetean á sus nodrizas, asi ellos en las tribunas sacuden el polvo á la prensa. En parte no deja de tener ella la culpa, sea minis-

terial ú opositora, porque á cada palabra que sale de la boca de sus héroes parlamentarios levanta sus esclamaciones á las estrellas, y despues las deposita entre sus mas delicados lienzos como otras tantas sagradas y venerables reliquias. Quizás no hay uno solo, entre nuestros oradores dinásticos, á quien no le hayan llamado cien veces bello, sublime, admirable, y que por verse impregnado y cebado de elogios no se crea en efecto una maravilla de la elocuencia en abreviatura, digno de emparejar con Demóstenes. Y ¿qué mucho que á estos señores la vanidad les cause vértigos y que les baile el seso al perfumado soplo del aura de las adoraciones? Yo mismo, á pesar de la misantropía algo negra que me echan en cara, he caido, y caigo aun en el momento en que esto escribo, en esa aberracion de la prensa, y eso que he moderado bastante la ligereza y el fuego de mis pinceles. Ensalzar el mérito oratorio de nuestros peroradores no seria por cierto un mal muy grande; seria á lo mas una falta de gusto; pero de esa especie de fanatismo resulta una circunstancia mucho mas grave, porque en efecto, hemos presenciado ya tan milagrosas conversiones, que nunca debe uno creerse bastante prevenido contra la probidad política de nuestros mas ilustres parlamentarios. Es justo temer siempre que lleguen algun dia á hacer las paces con el cielo [1], y que, imitando el ejemplo de M. Thiers, nos proporcionen la edificacion de verlos implorar de rodillas la divina Providencia [2]. Es preciso pues ponerles brida y cabezon, y no economizar con ellos la espuela cuando se plantan ó aflojan el trote en camino llano, ni el látigo cuando disparan coces á la libertad.

Es una desgracia para Odilon-Barrot el no tener á su lado un solo amigo, esto es, un hombre que le diga la verdad. Nos le echarán á perder á fuerza de reverenciar su elocuencia y sus virtudes; tanto le repiten las lisonjas que acabarán por inflarle y hacerle reventar. Llegarán hasta á hacerle creer que las consecuencias que exige están siempre en perfecta armonía con los principios que no tiene, que sus vagas teorías no se evaporan en nubes, y que su moderacion no cae jamás en la languidez de la impotencia.

¿Quién no recuerda la Oposicion de los quince años? Escasa en verdad, pero compacta y armada, vigilaba, marchaba, combatía, no se daba tregua ni de dia ni de noche. No esperaba que el peligro le saliese al encuentro, sino que se hallaba siempre alerta y prevenida. Apenas un ministro acababa de violar la morada del ciudadano mas oscuro, ya se

1 Frase de Molière.—*N. del T.*

2 Alude á que M. Thiers, que es por cierto hombre de muy poca fé, tuvo cuando su primer ministerio la idea repentina de hacerse el piadoso y el devoto.—*Nota comunicada por el autor.*

veia sorprendido, cojido infragante é interpelado; no bien se veia amenazaba la mas pequeña libertad, al punto era defendida; no bien intentaba el poder un acto cualquiera arbitrario, ya era denunciado por la Oposicion; y apenas se dejaba traslucir cualquier rasgo verdaderamente patriótico, cualquier sacrificio verdaderamente generoso y liberal, al punto recibia su popular corona. Todos los diputados de la izquierda estaban unidos en ideas, en doctrinas, en votos y en accion. Era aquel el tiempo feliz para el partido, el tiempo de su juventud y de sus esperanzas!

Pero desde la Revolucion de Julio, y desde las primeras legislaturas, la oposicion dinástica caminó dividida bajo caudillos desavenidos. Ignoraba lo que queria, y á donde tendia; tenia mas bien tédio y desaliento que esperanzas, y repugnancias mas bien que principios; veíase amilanada por la Oposicion extra-parlamentaria, cuya brillante estrella despuntó en medio de las tinieblas de la noche y dirigirá en breve á las nuevas generaciones hácia nuevas riberas. Circunscrita á su mezquina esfera, ya no se reanimaba, ya no se templaba en los copiosos manantiales de la inspiracion popular; digérase que llevaba en su frente la mancilla de su pecado original, de aquella grande usurpacion cometida en 1830 contra la soberanía del pueblo, y que, desesperada, arrepentida, cansada de todos y de sí misma, queria ocultar á las miradas fijas en ella y devorar en su soledad sus remordimientos y su dolor.

Ni siquiera sabia ella hasta donde se internaba en los centros cuyo paso le cortaba el tercer partido, ni hácia que punto de la extrema izquierda iba á hacer alto. No podia, no sabia definirse á sí misma, ni contar sus fuerzas, ni conducirse ni dejarse conducir, ni dónde plantaria su bandera, ni bajo qué tienda haria noche, ni cuál era su santo y seña, ni qué dia se daria la batalla, ni por qué causa, ni quién mandaria. ¿Quiénes eran sus gefes? eran dos ó uno? Era Mauguin? era Odilon-Barrot? Si Odilon-Barrot queria tomar el mando, Mauguin ofendido ponia hocico, y encerrado en su tienda, cual otro hijo de Peleo, dejaba á los griegos abandonados á los flechazos de Hector y á la cólera de los Dioses Ninguna reunion, ninguna combinacion, ningun plan, ningun sistema era posible. Odilon-Barrot estaba demasiado embebido en sus nebulosos sueños políticos para poder introducir la disciplina en sus tropas; Mauguin era demasiado aventurero para confiarlas al capricho de sus destinos. El uno era demasiado abstracto, el otro demasiado ligero; ni el uno ni el otro querian ser soldados, pero tampoco sabian ser gefes.

La oposicion dinástica procedia con una lentitud de movimientos, con una circunspeccion de perífrasis, y con una superabundancia de precauciones académicas que enteramente se despegan al carácter francés. Continuamente se sentia uno tentado de gritar á sus oradores: Al hecho, señores! al hecho!

Lejos de atacar, aquella Oposicion se mantenia en la defensiva; disertaba, pero no argüia; cumplimentaba al ministerio por sus rectas intenciones, mientras este pecaba mas aun por la intencion que por los hechos; empezaba trinando de cólera y acababa suspirando de cansancio y de fastidio; temerosa del principio, se paraba en el camino de las consecuencias; no decia nunca de una institucion absurda que fuese errónea, sino que estaba mal aplicada; queria una monarquía sin las condiciones de la monarquía, y pedia lo que solo la república puede dar, pero absteniéndose de querer la república. Los de ánimo fuerte se disgustaban de su falta de energia; los mismos débiles temian, al apoyarse en ella, que doblase la rodilla y los derribase. Su espíritu conciliador era pura inercia, y su moderacion puro miedo.

Como ella misma no sabia lo que queria, los patriotas de afuera tampoco acertaban con lo que habian de desear. Todas las sesiones se pasaban en oir discursos muy bellos, muy poco concluyentes, y enterrados de alli á tres semanas en el olvido. ¿Quién se acuerda ya de lo que en ellos se decia?

¿Has reparado alguna vez, lector amigo, en la naturaleza de esas yerbas áridas que brotan en las junturas de las tapias? Es tal que sus filamentos solo adquieren firmeza cuando las mueve con frecuencia un aire blando. Pues lo mismo es un ministerio; cuando los ataques de la Oposicion son flojos y de mas ruido que violencia, en vez de debilitarse echa raices y se asegura.

Otro cargo que haré á la Oposicion dinástica, y este es todavía mas grave, es el de tener abandonada la instruccion y la moralizacion del pueblo. No escatimará por cierto en la Cámara la fraseologia constitucional, pero fuera de ella no empleará en aquellos objetos ni un óbolo, ni un minuto de tiempo. No se la vé al frente de ningun establecimiento intelectual; nada dirije, nada centraliza, nada vivifica. Cerradas las sesiones, cada cual toma su vuelo hácia su campanario, se mete en su nido, y allí al calor se duerme descuidado hasta que vuelve la estacion de las borrascas parlamentarias.

El buen lenguaje es seguramente muy bella cosa, pero las buenas acciones valen aun mas. Dice entre sí el pueblo: «La oposicion dinástica »cree que no valemos la pena de que se nos confie á nosotros, pobres y »estúpidos petates, el derecho de elejir y de ser elejido. Tampoco se con»sagra ella á aliviar nuestras miserias y á instruirnos: de modo que ¿pa»ra que nos sirve la Oposicion? Si ha de haber un rey, ¿qué se nos im»porta que reine Juan ó Pedro, puesto que nosotros no tenemos preten»sion de reinar? Qué se nos importa de que este ó aquel sea ministro, »ya que nosotros tampoco pretendemos serlo? Es posible que para la »Oposicion dinástica, puesto que ella lo dice, haya sido una gran felici-

»dad la revolucion de Julio, pero nosotros, al menos hasta ahora, no »advertimos ninguno de sus buenos efectos.»

La Oposicion radical, á tanto llega mi franqueza, merece en gran parte la misma censura. ¿Qué hacemos nosotros para el pueblo mientras tenemos continuamente su nombre en la boca? Nada, ni la mitad siquiera de lo que podríamos y deberíamos hacer por él.

En mis solitarias meditaciones sobre Odilon-Barrot, he estrañado muchas veces, no el que yo no participe de las opiniones de este orador, sino que él no participe de las mias. Si pudiera yo traérmele á un rincon de mi confesonario, seguro estoy de que entre mis ideas y las suyas no habria un pelo de diferencia; pero fuera del confesonario es ya otra cosa. Odilon-Barrot, como tantos otros grandes y sinceros patriotas, empezó sirviendo á aquel gobierno, que despues..... Y nótese que hay ciertos precedentes que esplican ciertas consideraciones, y que colocan á un hombre, mal de su grado, en situaciones de inconsecuencia, de donde, una vez dentro y por mas que haga, no le es posible salir. Pero nosotros que hemos tenido la fortuna de no aceptar los grandes favores y pingües destinos que nos metian por los ojos; nosotros que no hemos sido contaminados con los sobos impuros del ministerio, no estamos por nuestra parte dispuestos en manera alguna á continuar la farsa de los quince años. Sabemos muy bien que unos nos motejan de tontos, otros de malignos, y otros por fin de ambiciosos; pero ¿ambiciosos de qué? Unos nos llaman utopistas, otros carlistas, estos anarquistas, aquellos agraristas, y mil otras cosas mas. Con unos lunarcitos postizos y un poco de colorete en las mejillas, fácil nos seria granjearnos la buena gracia de los electores y las caricias del poder; pero tendríamos que representar un papel indigno de que por cierto no nos encargaremos.

Bien sabemos que tenemos que resignarnos á vernos mofados, insultados, silbados, calumniados, por no decir martirizados por amor á la libertad, y, lo que es aun peor que los silbidos y las calumnias, á vernos repudiados por los patriotas suspicaces, y desoidos por los ignorantes. Pero es tal la fuerza de atraccion que la libertad ejerce, es tan noble y pura la satisfaccion de la conciencia al defender la causa del pueblo, que los mas grandes sacrificios que por ella nos impusieran nos parecerian sacrificios muy leves, y todos los goces del mundo nos parecerian insignificantes comparados con ese goce.

La diferencia entre Odilon-Barrot y nosotros, está en que nosotros reclamamos las consecuencias de nuestro principio, al paso que él desecha el principio de sus consecuencias. Diferimos ademas en que él nos rechaza á nosotros, mientras que nosotros le buscamos á él. Le buscamos porque queremos ver resuelto el irresoluble problema de una monarquía que baile en la cuerda floja sin balancin.

Duélenos, y á mi particularmente me duele en el corazon, porque le aprecio y le estimo desde hace veinte años, y él bien lo sabe; duélenos repito de no estar unidos con él, y de que tal vez algun dia nos veremos precisados á serle contrarios; de donde nace que, si por patriotismo quisiera verle llegar al poder, por cariño le impediria la subida con todas mis fuerzas.

Yo acato á Odilon-Barrot, pero le compadezco. Le compadezco, y al mismo tiempo le vitupero; porque Odilon-Barrot no es como yo, y como otros muchos, dueño de su individualidad política; Odilon-Barrot es mas que un individuo, es hoy dia ante la Cámara y ante la nacion el caudillo de una opinion colectiva, el representante de la clase media liberal, la cabeza reconocida é indisputada de un partido grande y poderoso. Odilon-Barrot guia al combate á la mas numerosa falange de la Cámara; el resto no se compone mas que de soldados aventureros, de agregaciones forzadas, de batallones accidentales, de oficiales sin tropas, de guerrilleros y tiroteadores mercenarios. Pero á fuerza de recomendar á los suyos el juicio y la prudencia, á fuerza de hacerles bruñir sus armas y encargarles el silencio, la paciencia, la espera, una espera continua, Odilon-Barrot los ha hecho precavidos, remolones y casi asustadizos. Tal afan se ha dado en recortar las alas á la oposicion dinástica por miedo de que se le escapara, que ya no puede volar, ni andar siquiera. De tal manera ha mutilado los órganos de su virilidad, que la ha dejado reducida al estado de un viejo caduco é impotente. En vez de volver á sus adversarios flecha por flecha y bala por bala, se contenta muy evangélicamente con restañar su sangre y con vendarse las heridas; en vez de correr siempre por un mismo cauce conservando su nombre, se ha confundido con otras corrientes de nacimientos diversos, de modo que ya no puede reconocerse ni su inclinacion ni su caudal propio; no tiene ya individualidad peculiar y distintiva; vá y viene como un cuerpo que fluctua entre una y otra orilla; estalla y se disipa; estiéndese y se repliega; no tiene ya límites, porque ya no tiene imperio, y porque traslada su territorio y su bandera donde el capricho de los vientos la arrastra ó la detiene; hace alianza con el primero que la solicita, pero siempre con la estraña condicion de no aprovecharse nunca de la victoria; presta á quien le pide, pero con el pacto de que no le paguen; dá y no recibe; se compromete con partidos que no contraen obligacion con ella; admite todos los deberes sin reclamar derecho alguno, y todas las cargas sin gozar ningun beneficio; tiene miedo de sus enemigos, hasta el punto de no fijarles nunca la vista: tiene miedo de sí misma hasta el punto de no atreverse á contar sus fuerzas; toma sus ilusiones por sentimientos, y sus sentimientos por máximas; es culta y atenta, pero tambien se la engaña; es honrada, desinteresada, vir-

tuosa, elocuente, pero carece de tino y destreza; es útil al poder, pero no es útil á la Francia. Ahora bien ¿no seria preferible dejar que se desaguaran los conductos de la corrupcion sin mezclarse por eso en sus inmundicias? no seria mejor repudiar lazos adúlteros y deshonrosos, guarecerse noblemente bajo su bandera, combatir hasta la última gota de sangre por la eterna verdad de los principios, y esclamar como Francisco I al entregar su espada: «Todo se ha perdido, menos el honor?»

No se vé sin embargo reducida á ese estremo la Oposicion dinástica, y no solo conserva el honor sino todo lo demas.

Insisto en esta anomalía, porque ella constituye la faccion mas característica de la fisonomía de Odilon-Barrot; no se vieron jamás reunidas tanta debilidad y tanta fortaleza; no se vieron combates en que con tan numerosas tropas se ganasen menos victorias, ni discursos que produgeran menos accion, ni rumores que hiciesen menos efecto. ¿Y quién tiene la culpa de esto? Por ventura la fatalidad? ó lo erróneo del principio? ó la falta de táctica? ó el color de la bandera? Los soldados, ó el general? Pues qué mas elementos podian desearse? Cuándo se vió un partido mejor sostenido? No creo que exagero un punto diciendo que á la hora en que esto escribo, con elecciones libres, Odilon-Barrot seria si quisiera diputado por doscientos colegios. Tan cierto es que se le puede considerar como la espresion, la fórmula, la verdad encarnada del monopolio de la clase media!

Situacion sin ejemplo en nuestros anales! fortuna inaudita que parece haberle llovido del cielo en un sueño! pero tambien responsabilidad mucho mas grave que la de ningun ministro, y de la cual deberá un dia dar cuenta ante su pais. ¿No está oyendo ya Odilon-Barrot á la Francia electoral que le grita: «Varo, vuélveme mis legiones [1]?»

Qué lástima sin embargo! con la arrogante y valerosa hueste que se te habia confiado; oh Varo, adónde no hubieras podido llegar si evitáras los desfiladeros y gargantas de la Germania! Qué soldados contabas! Pero puesto que van desfilando delante de tí, quiero, aunque de prisa, contar á los principales uno por uno.

El primero eres tú, célebre abogado de la Gironda, terror de los doctrinarios. Fuiste muerto, y tendido en el sudario del 29 de octubre [2]; te darias sin embargo con un canto en los pechos por verte ministerialmente resucitado antes del juicio final. Comenzaste, si no me es infiel la

1 Esta célebre esclamacion fué pronunciada por Augusto cuando le dieron la noticia de que Varo, engañado por Arminio que se habia puesto al frente de los germanos descontentos, habia perecido con sus legiones en los desfiladeros de Teutberg. *N. del T.*

2 Alusion al ministerio de 29 de octubre, de que formaba parte con la cartera de las *Obras públicas.—Nota comunicada por el autor.*

memoria, siendo edecan de Odilon-Barrot; los dias de batalla ibas y venias con los pliegos de tu general, y caracoleabas ante las alas de la oposicion dinástica; tú sostenias á las tropas cansadas, y protegias su retirada; eras el coronel de la caballería pesada. Tu arena es la argumentacion, y en su manejo te distingues; dominas las cuestiones de derecho, las tomas por todas sus fases, las divides, las separas, las estiras y desarrugas, y con la luz de tu ingenio las haces trasparentes [1].

Sigue ahora aquel Bordelés de miradas de fuego, de rostro pálido y contemplativo. ¿Cuánto no hay de girondino en la pompa y colorido de su lenguaje? Hace hablar su corazon con religiosa facundia, y las palabras sagradas de patria, de conciencia y de virtud, fluyen con uncion de sus lábios. Se advierte que se mece con placer en la vaguedad de esas grandes y consoladoras imágenes, y que se deleita en embriagarse con la melodía de sus mismas palabras. Recelo no haya en su talento mas imaginacion y ternura de alma que solidez lógica; pero tiene un no sé qué de candoroso que agrada y mueve, á lo cual se agregan entrañas y voz de verdadero orador [2].

Cuando la famosa discusion sobre el tripotage de los créditos americanos tuvo proporcion de ver de qué manera se enfanga uno en un mal sendero; porque habiéndose valido de términos misteriosos, enigmáticos é inesplicables en apariencia para decir, ó mas bien para no decir donde habian pasado dichos créditos, M. Guizot, con sus disciplinas en la mano, se precipitó á la tribuna, y con el tono de un dómine que llama á su presencia á un escolarino, mandó á nuestro girondino que esplicase sus geroglíficos.

Este empezó á balbucir, y era entonces de ver al doctrinario sujetando al otro entre sus garras como un pobre pajarillo, sin quererle soltar hasta que se retractase formalmente de lo que habia dicho ó dejado de decir. Y no habia en verdad motivo para irritarse de aquel modo; nadie ha pretendido jamás que M. Guizot haya saqueado, robado, traficado ó malvendido, barateado ó disipado los créditos americanos; vamos claros, Señor mio! demasiado sabe V. que no es á V. á quien se culpa. No en verdad: no es V. quien compra acciones de orígen impuro en las cavernas del agiotage: no es V., no, quien hace pasar el oro en barras á los bancos de Inglaterra y los Estados-Unidos; V. no es un gran capitalista, ó un monstruoso agiotista; V. sabe muy bien que aunque esos créditos se hallasen nominalmente en poder de armadores americanos no por eso dejaban de hallarse real, po-

1 Dufaure, uno de los primeros, ó el primero quizá, de los oradores dialécticos de la Cámara. —*Nota comunicada por el autor.*

2 Ducos.

sitiva y suciamente, en ciertas manos que no nos atrevemos á nombrar, que convierten en oro cuanto tocan, que están dotadas de una rapacidad proverbial, y que hemos de ver un dia clavadas en la picota de la historia [1]. V. tenia noticia de todo eso, Mr. Guizot, lo sabia V. tan bien como nosotros. ¿Será ahora necesario que le enseñemos á V. á deletrear ese nombre? Ea! vamos! haga V. un poco de voluntad y acabará V. por no ignorar lo que nadie ignora.

¿Y no eres tu tambien uno de los talentos de aquella hueste, tú jurista consumado en el derecho civil, criminal, administrativo, diplomático y comercial [2]? no digo eclesiástico porque no estamos tú y yo muy de acuerdo en esta materia, en la cual he tenido ya el honor de combatirte, y aun quizás de sacudirte [3]. Díme, hombre concienzudo, ¿dónde aprendes algunas veces á ser tan elocuente? Claro está, en tu mismo corazon. Dime, rebuscador de piezas y documentos secretos, denunciador de tratados inoficiales, ¿dónde desentierras tú todo eso? Claro está, donde tu ciencia y tu ardor te conducen, donde no van los demas, donde ellos no saben estudiar, esplorar y acaparrar. No, no hay quien sepa sacudir como tú el polvo de los archivos y de los libros viejos; ni compulsar, estraer y descifrar manuscritos; ni confrontar las ediciones, cotejar los pasajes y verificar curiosamente las fechas; ni amalgamar despues el todo en una esposicion sábia y nutrida de datos, de cálculos y citas. No forjas tú de esas teorías que forman armoniosa cadencia y halagan el oido, al estilo de esos retóricos ampulosos del partido social. Tú argumentas sobre documentos y números, porque los ministros que se burlan de las teorías no pueden burlarse lo mismo de los hechos. Si los hechos no son ciertos los niegan; si lo son los niegan tambien; pero tú les metes por los ojos los textos auténticos, y cuando rehusan leerlos se los lees tú mismo, y así los desesperas y los martirizas.—Pobres hombres! qué han hecho los infelices para que se les trate asi?

Tú, laborioso y tenaz investigador de números que esclareces los sombríos arcanos del presupuesto, que tratas con superior habilidad las altas cuestiones de contabilidad y de hacienda, tú tambien marchabas entre

1 Alusion transparente á cierto personage de quien la opinion pública sospechaba hubiese comprado á vil precio los créditos americanos, cuyo pago integral y exacto parecia constarle mejor que á otro alguno que obtendria (mas felizmente para él que para los vendedores, y que para los pagadores sobre todo).—*Nota comunicada por el autor.*

2 Isambert.

3 Alusion á los folletos religiosos de Timon que en efecto han salido victoriosos muchas veces contra Mr. Isambert, especialmente en una causa célebre y ruidosa seguida en el tribunal de Casacion.—*Nota comunicada por el autor.*

las filas de esa falange [1]. Quizás ignoras que una vez que propusiste que encerraran dentro de la Carta á los ministros que se salian de ella, dos de estos señores [2] al salir de la Cámara asidos del brazo, despues de levantarse la sesion, iban diciendo: «Ese M. Mosbourg no puede me»nos de ser un malvado!» Es claro: los que defienden los principios son siempre malvados á los ojos de los que los infringen.

Ese otro cuyos cabellos encanecieron prematuramente, de semblante tan pálido, y á quien la muerte sorprendió en un dilema, era Nicod dialéctico formidable, inteligencia vasta y vigorosa, que entraba en las cuestiones sin indecision y las dominaba sin fatiga. Nicod hacia fluir sus ideas abundantes y llenas de vida; su diccion no era ni demasiado tirante ni demasiado rígida. Era demócrata por conviccion, independiente á pesar de su amovilidad, apasionado, pero solo por la justicia. Cuando se exaltaba, cuando se indignaba contra la violacion de un principio sin defender mas que el derecho, y sin buscar mas que la verdad, se remontaba á la elocuencia.

Llega ahora Bignon, á quien la inexorable muerte ha envuelto ya con sus sombras; Bignon, escritor puro, dialéctico sábio é ingenioso, enamorado de la nacionalidad, pero moderado hasta la timidez. Muchos son infieles á su mandato porque abusan de la palabra, pero otros lo son porque abusan del silencio. Preguntábase mucho tiempo hacía por qué siendo Bignon el primer diplomático de la Cámara no se le veia hablar mas que sobre Negocios estranjeros. Por ventura habíamos vuelto á ser los vencedores de la Europa? No era Bignon tan vanaglorioso! Tenia el honor de ser diputado, que es el primer honor del pais, y se dejó embaucar alistándose par de Francia. Oh flaquezas de la edad!

Pasa adelante tú, jurisconsulto tenaz, dialéctico sutil, interpelador descontentadizo y apremiador [3].

Y tú, hombre sagaz y exacto [4].

Y tú tambien, doctrinal mas bien que doctrinario, metafísico sólido y profundo, escritor luminoso y ardiente! Tú concibes con fecundidad y das á luz con fatiga. Cuando tus pensamientos y tus sentimientos se desbordan, no te es posible contenerlos; su avenida te inunda, te arrebata en su remolino y te ahoga. Querrias espresarlos todos de una vez, y tu palabra incompleta no te basta; los buscas y te huyen, entonces te burlas, te embarazas, te interrumpes, y para retenerlos descargas re-

1 Mosbourg.
2 Uno de ellos era el ministro de Hacienda.—*Nota comunicada por el autor.*
3 Charamaule.
4 Charlemagne.

doblados golpes sobre el mármol sonoro de la tribuna. Hay oradores á quienes sofocan las palabras; á tí te sofocan las ideas [1].

Y tú, observador ingénuo y atrevido, que hieres con destreza los asuntos mas escabrosos, y que dices á los ministros como riyendo verdades de á folio, que no escitan en ellos la mas leve gana de reir; oficial de órdenes de Odilon-Barrot, ¿no fuiste tú? sí, tú fuiste, quien nos refirió el banquete de Thorigny con una gala de descripcion y una habilidad de efecto de que creo ya haberte felicitado [2].

Quién es aquel otro? creo reconocerle ¿no eres tú, discípulo y privilegiado heredero de Benjamin Constant? Menos suave quizás, menos adiestrado en el lenguaje de los negocios, no sabes tan bien como tu maestro enroscarte como una culebra alrededor de un tema y apretarlo entre los mil nudos de la argumentacion. Aunque menos dialéctico, menos fecundo, menos natural y menos agudo que él, eres tal vez mas hábil y mas ejercitado en el arte de reducir con exactitud las ideas á axiomas, mas brillante en la variedad de tus antítesis, mas religioso en tus moralidades políticas, mas castigado y correcto, mas puro en las formas de tu lenguaje, y eres el único diputado cuyos discursos escritos podrian cautivar por el tono sostenido del estilo y de los pensamientos la atencion de una Cámara distraida, indolente, y de todo punto insensible á cuantas penas puede uno tomarse por mostrarse á ella elocuente [3].

Llegad ahora vosotros: tú, magistrado íntegro, relator imparcial y sagaz [4].

Tú, hombre consumado en la hacienda y en la marina, sincero y utilísimo diputado, que causaste en la Cámara un estremecimiento de horror cuando con tan vivos colores pintaste ante sus ojos las torturas de la deputacion bajo el cielo abrasador y melancólico del Senegal [5].

Tú, disertador concienzudo, que recitas con ronca voz de salmodia discursos aprendidos, laboriosamente limados; publicista instruido, liberal moderado, y de los hombres mas honrados de la Cámara [6].

Tú, filántropo universal, campeon de la humanidad, hombre virtuoso y probo, que encuentras en tu bella alma los mas felices movimientos de elocuencia, que preferiste las palmas de la diputacion electiva á la marca abrumadora é indeleble de la pairia ministerial [7].

Tú, general intrépido, enérgico y verdadero patriota, cuyo nombre

1 Dubois.
2 Havin.
3 Pagès.
4 Real.
5 Roger. Este habia sido gobernador en aquel punto.—*N. del T.*
6 De Sade.
7 De Tracy.

no perecerá mientras la fidelidad al infortunio dure venerada entre los hombres, y mientras la roca de santa Elena subsista en pié en medio de los mares. «Libertad ilimitada de la prensa» era el clamor final de cada uno de tus discursos, y en efecto en ella se encierra toda la esencia del gobierno representativo. Si tan liberal era el amigo de Napoleon, no es posible que Napoleon fuese tan déspota como dicen! Lo cierto es que, á pesar de lo absoluto de su gobierno, habia en su cabeza mas ideas de libertad que en las de todos los reyes vivientes de la Europa actual [1].

Tú, diputado de Tournus, que tuviste la ocurrencia, no sé porqué, de retratarme de cuerpo entero con un manto de púrpura, con cara de artista, y con bellezas imaginarias que hacen mas honor á tu fantasía que á tu buen criterio. Yo por mi parte no hago ni siquiera tu bosquejo oratorio, para que no vengan á decirme: «Ola, Timon! con que tú alabas á quien te alaba, y tienes tambien tus compadres [2]?»

Tú, discípulo de Carrel, atleta infatigable de la prensa, cuya pluma ingeniosa y pura multiplicó los amigos de la libertad, y no dejó jamás sin vituperio ni una apostasía de partido, ni una traicion de principios [3].

Tú, patriarca de la izquierda, hombre escelente, filántropo severo, ciudadano animoso, literato erudito, que tan á pecho tomaste y hasta tu postrer suspiro ese papel, tan hermoso cuando está bien desempeñado, de diputado de la Francia. Fiel á tu puesto, siempre llegabas á la Cámara el primero y salias el último; clavado en tu banco, seguias continuamente con la mirada de la inteligencia el curso de las discusiones mas espinosas y cansadas. No habia ley de importancia que te hallase mudo, ni trampa ministerial que se ocultára á la penetracion de tu vista, ni principio económico sobre el cual no difundieses la copiosa luz de tu mente fecunda, sagaz y aplicada. Por grandes que sean, aun despues de la muerte, el encarnizamiento y la injusticia de los partidos, nunca serán bastantes á despojarte de tu renombre de diputado-modelo. [4].

Y tú, de quien tampoco me olvidaré, el mas brillante de nuestros jóvenes oradores; tú, el mas acervo de los controversistas, jurista, hacendista, administrador, dialéctico severo, nervudo, rápido, incisivo, sereno, siempre dispuesto á la réplica; demasiado abogado quizás, pero eso pasará con el tiempo, y aun vá pasando; esperanza de otro reina-

1 El general Bertrand.

2 Chapuys de Montlaville.

3 Chambolle, el actual redactor principal del Siède, el diario mas leido en toda la Francia.—*N. del T.*

4 Salverte.

do ministerial mejor y mas liberal, cuya llegada procuras apresurar con todas tus fuerzas; tú, que con tanto sentimiento te has separado de Odilon-Barrot, y que, solo con que te lo rogáran, volverias á correr su misma suerte [1].

Estos son los que mas se distinguen en la falange valerosa, sábia é inteligente, que Odilon-Barrot no ha sabido disciplinar ni conservar. Los unos, cansados de estar tocando siempre el tambor en el mismo puesto, se han pasado á las filas de la estrema izquierda. Otros, que eran los capitanes del partido, viendo que no se los empleaba, han querido guerrear á su cuenta y riesgo, y con armas y bagages se han pasado al campamento ministerial. Hélos ya, olvidados de sus mohosos asadores, con casacas doradas en todas las costuras, bermejos y repletos, roncando en sus poltronas. Otros menos diligentes, menos cebados en el botin, pero impacientes por tener á quien servir, han salvado las barreras de la oposicion dinástica, y se han desparramado como merodeadores ansiosos de vendimia por las viñas de M. Thiers; pero quizás tornarán á sus antiguos lugares despues de haber agotado bien el vino de contrabando.

Por otra parte, M. Odilon-Barrot durante su generalazgo, no ha tenido casi nunca el menor quebradero de cabeza. Siempre que comete un error encuentra quien lo repare; siempre que se abandona encuentra quien le sostenga; así que en sus filas queda un vacío, al punto halla quien lo llene. Por eso, mientras Odilon-Barrot se veia privado de una porcion de los suyos por no haberlos sabido sujetar, formábase y reuníase en sus alas desguarnecidas una pequeña falanje, aristocrática por su orígen, constitucional por sus principios, popular por sus sentimientos, jóven, ágil, inteligente, leal, esperta en los ejercicios de la filosofía, historia y economía política; amante de un progreso medido, pero contínuo, á quien la corrupcion de lo que veia, y la esterilidad de lo que oia, tenian disgustada; á quien la encarnizada lucha de tantas ambiciones pueriles y sórdidas causaba repugnancia y fastidio; á quien solo ocupaba el ánimo el mejoramiento de la suerte del pueblo, y que hubiera deseado desembarazar la política de ese conjunto de ficciones nebulosas con que la atavian, y hacerla brillar con nuevos y puros fulgores. En este pequeño peloton de oficiales marchan con paso desigual, pero unidos, M. de Tocqueville, de Beaumont, de Jouvencel, de Lasteyrie, de la Sizeranne, de Chasseloup, de Lanjuinais, de Corcelles, de Combarel y de Grammont.

Hélos del todo armados y equipados, y ya con el pie en el estribo!

1 Billaud, diputado de Nantes, adversario intrépito y encarnizado de M. Guizot, á quien sin tregua persigue; antiguo subsecretario en el ministerio del Comercio en tiempo de M. Thiers.—*Nota comunicada por el autor.*

No esperan para dar la carga mas que una señal de Odilon-Barrot; pero para dar ese señal es preciso querer, y ¿sabe por ventura querer Odilon-Barrot? No parece, sin embargo, hecho para servir de pico de cuenta, y para añadir un cero á la unidad de M. Thiers. Es preciso que comprenda que la oposicion parlamentaria no debe permanecer como una especie de Júpiter Olímpico, afectando una inamovilidad magestuosa, mirando con indiferencia pasar por delante las cosas del cielo y de la tierra. Su encargo es el movimiento, y el movimiento perpétuo; cuando no puede, como la estrema izquierda, hacer otra cosecha mas que la de principios, conténtase con los principios; cuando, á la manera de la izquierda, le es dado recojer los principios y los hechos que ponen en accion á aquellos, debe pasar de la teoría á la práctica, y disputar el mando con la punta de las bayonetas. Han tachado á Odilon-Barrot de demasiado ambicioso; yo por mí le tacho de no serlo bastante. Presta su capital á hombres que lo gastan en provecho propio, y despues no le pagan ni el capital ni los intereses; lo cual se llama en lenguaje vulgar hacer el primo.

Pobre cámara y pobre pais! la opinion se desvanece en humo, y el progreso queda enclavado. Mientras el parlamento hace alto, la corte vuelve hácia lo pasado á paso de gigante; la camarilla nos vá hilando dias de ignominia y de servidumbre; el gobierno ha recaido en hembra.

En todo este tiempo ¿qué hace la oposicion dinástica? Miradla: muellemente recostada en la orilla, se divierte en arrojar granos de arena al torrente contra-revolucionario, que se los vá tragando al pasar!

M. ARAGO.

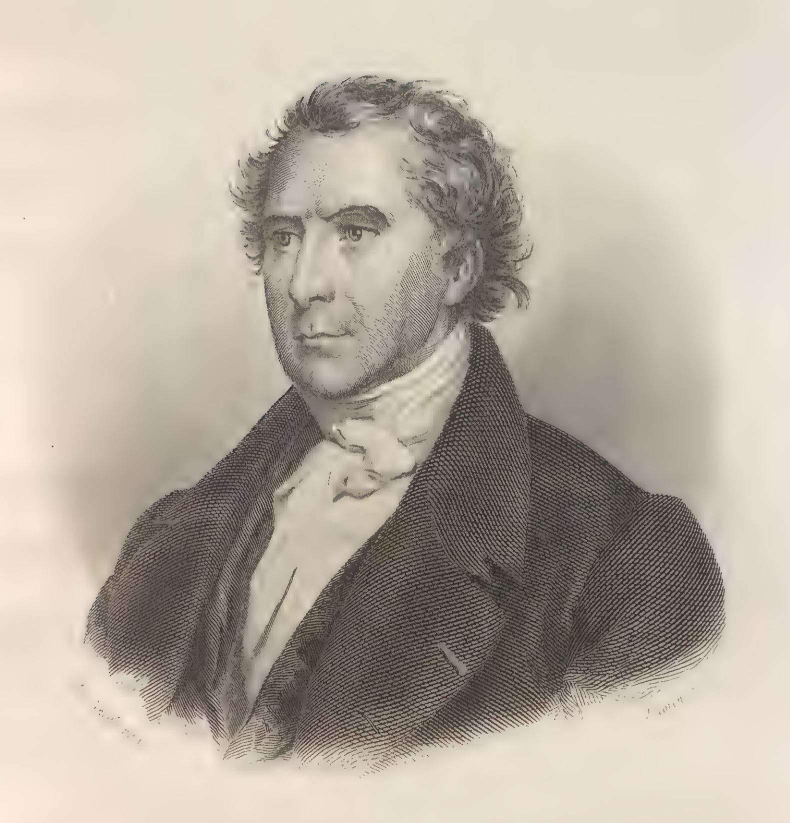
Ya que V., Arago, no tiene inconveniente en dejarse retratar por mí, permítame que le haga una pregunta mientras voy limpiando mi paleta.

¿En qué consiste que los hombres dedicados á las ciencias y á la literatura, por lo general nacidos gloriosamente en el seno del pueblo, esos hombres que son el mas espléndido atavío de la Francia, y que constituyen la única y verdadera aristocrácia, puesto que no reconocemos hoy dia ninguna mas que la del talento, ponen su alma á los pies del ministerio, son sus complacientes apologistas, toleran cómodamente la opresion sistemática de la libertad, y se despojan hasta del sentimiento de su dignidad política? ¿Porqué se reproduce este mismo fenómeno en Austria, en Baviera, en Prusia, en Rusia, en Holanda, en Italia, y en todos los paises de Europa? ¡Cosa singular! No es tanto en la clase de los ricos y poderosos, ni en la de los grandes señores, donde el despotismo cuenta sus mas ardientes, sus mas humildes y tenaces prosélitos; es mas





cuenta sus mas ardientes, sus mas humildes y tenaces prosélitos; es mas



ARAGO.

bien, sea dicho para su vergüenza, en la clase de profesores, académicos, literatos y sábios. Ellos son los que tienen la direccion y redaccion de los periódicos, de los manifiestos, de las notas secretas, de las declaraciones, de los folletos que la Europa absolutista lanza contra nosotros, y que nuestros ministros y camarilleros reciben con el mismo respeto y humildad con que el último de los musulmanes recibiría un firmán del gran Turco. Esta abyeccion inesplicable, esta voluntaria degradacion de los seres mas nobles, mas escogidos y mas privilegiados de la especie humana, ¿habrán de atribuirse por ventura á la profunda corrupcion de la naturaleza, ó será preciso creer con Rousseau, que el hombre que discurre es un animal depravado; que la libertad no se ha hecho para el pueblo, y que este debe ser conducido á latigazos por los reyes y grandes de la tierra? Díganos V., Arago, ¿cómo resolver un problema tan desconsolador? Díganos V. si ese servilismo político, casi universal, de nuestros sábios y literatos, podrá atribuirse á esta viciosa organizacion social, que los pone, por decirlo así, á la merced de todos los gobiernos? No ha sido lisonjeando la ambicion, la vanidad y el amor á los goces, desarrollados en ellos hasta el mas alto grado con el refinamiento intelectual, como los ha corrompido el poder? La opresion física del pobre, y la opresion moral del sábio, ¿no serán tal vez las consecuencias fatales, pero inevitables, de nuestras tan decantadas constituciones? Artistas, literatos, matemáticos, naturalistas, todos tienen que venderse al poder, so pena de morir de hambre; porque el sábio, por lo general, no suele nacer como los primogénitos de los reyes con doce millones de lista civil en espectativa, ni como sus hijos menores con infantazgos de quinientos mil francos, que equivalen á un millon. Si el hombre dedicado al estudio no declara en voz alta, y delante de testigos, por tres veces, y con las manos cruzadas sobre el pecho, que ama á su rey, no hay para él cátedras en la Sorbona, ni en la escuela normal ni en los colegios, ni inspecciones generales, ni entrada en el consejo de Estado, ni comisiones para fuera del reino, ni condecoraciones rojas para la solapa, ni sillones en la academia, ni encargos de obras, de memorias, de cuadros ó de estátuas, ni pensiones sobre los fondos arbitrarios de la instruccion pública! Ya puede ser un Chénier, un Monge, un David, un Carnot, un Condorcet; no hay miedo que sin el precedente requisito sea juzgado digno de alternar con los mas oscuros asmáticos del Luxemburgo; hasta se le llegará á prohibir, en nombre del gran maestre de la universidad, que podrá muy bien ser un jumento, que enseñe públicamente su ciencia, su arte, su literatura y su filosofía. Su génio le servirá de tanto como un monton de oro encerrado y sellado en un cofre de triple cerradura. Si en nuestra Francia un sábio, un letrado, un artista, rehusa convertirse en lacayo del rey ó del ministro, no será mas que un

esclavo, un ilota, un verdadero pingajo. ¿No es esta, Arago, la causa, la única y verdadera causa de la vil postracion de la inteligencia ante el ministerio, sin que para hallarla tengamos que subir con V. en pos de los astros? Sí, aquí es donde está, en este fango de corrupcion que nos impide alcanzar los gloriosos destinos del porvenir; ¡ah! está en el vicio, incurable tal vez, de nuestra organizacion social y política!

V., Arago, ha sabido por su parte, con un esfuerzo raro y casi heróico, emanciparse de esa dependencia servil, en que tiene el poder á tantos hermosos génios, á tantos caracteres nobles; y ha preferido V. permanecer con nosotros á irse á sentar á los pies de un infantuelo, en un gabinete de palacio, ó á gobernar el pais en compañía de los opresores de la libertad.

Si digera yo que Arago es un sábio de reputacion europea, no le haría la menor lisonja; pero ¡oh debilidad humana! le tendré obligado si llego á decir que es un escelente escritor; aunque tambien entonces diré la verdad. Si Arago no hubiera querido pertenecer á la academia de ciencias, seria individuo de la academia francesa; porque posee los secretos de la lengua tan bien como los secretos de los cielos.

Qué singular es nuestra sociedad! Un príncipe nacido para obispo se convierte en comandante de los ejércitos; un fátuo nace duque, y es Par de Francia; un tonto tiene diez mil francos de renta, y es elector y elegible. Si Arago no hubiera tenido mas que su talento, no seria hoy ni aun siquiera elector de su pueblo, sería un mero pária; pero paga casualmente quinientos francos de contribucion, y héle diputado de la Francia! La civilizacion marcha en sentido opuesto al gobierno; aquella hácia adelante, y este hácia atrás.

Nuestras cámaras, que no reconocen la superioridad del talento y de la virtud, sino solo la superioridad esclusiva de los bienes raices, no son en realidad, aunque sea liberal el nombre con que se las bautice, mas que cámaras feudales. Los diputados censatarios de hoy son todos mas ó menos aristócratas; aristócratas por su hacienda, que es mas todavía que serlo por la cuna; aristócratas por privilegio, que es mas aun que serlo por el derecho de administrar justicia con imperio mero y misto, á la manera de los varones de la edad media, puesto que los diputados son, por decirlo así, miembros de la soberanía, que hacen y deshacen reyes y ministros, y conceden impuestos cuando no les dá el capricho por negarlos. Esos son los hombres encargados de hacer leyes en beneficio de la democrácia! ¿Quién no confesará que semejante establecimiento electivo es el mas contrario á la razon que puede haber en el mundo? porque es imposible que la consecuencia sea lógica cuando el privilegio no lo es. ¿Qué tiene pues de estraño que haya en la cámara tantos propietarios y tan pocos sábios? No se crea por eso que no considero yo la ciencia

política como la primera y la mas noble de las ciencias, puesto que enseña á los hombres á ser morales, dichosos y libres; ciencia tan superior á las demas ciencias, como el hombre lo es á los animales, y como el espíritu á la materia; ciencia que aborrecen todos los gobiernos europeos sin escepcion, porque condena severamente sus acciones y sus máximas. Estos gobiernos por el contrario, pensionarán, honrarán y condecorarán á los naturalistas que esplican la anatomía comparada del elefante con el imperceptible arador, y que descienden á las profundidades del Océano para describir las escrecencias infinitamente pequeñas de un pólipo ó de un yerbajo. La mayor parte de esos sábios son por lo general iliberales, porque el estudio del hombre, de sus fenómenos intelectuales, de sus apetitos físicos y necesidades morales, nada les interesa; por lo que prefiero verlos repantigados en una academia, á verlos en la cámara guardando las espaldas á la fila de los ministros. No diré lo mismo en verdad de esos otros sábios, químicos, físicos, mecánicos, ingenieros, hidráulicos, arquitectos, cuyas teorías iluminan, fecundizan y dirigen las aplicaciones usuales de la industria. De estos nunca hay demasiados en la cámara; nunca hay bastantes. No es posible pasarse sin ellos hoy en que toda la energía de la nacion parece haberse miserablemente reconcentrado en la esplotacion de los intereses materiales, cuando los canales, las caminos de hierro y las obras públicas, absorben una parte tan considerable del presupuesto.

Los sábios, cuando son como Arago, entendidos en las letras, inician á las cámaras en los diversos productos de la fabricacion; evalúan con mas exactitud los gastos y recaudaciones; sondean el campo de los esperimentos; dejan fallidos los ardides de la especulacion; disipan las ilusiones de la presuncion y de la ignorancia; indican lo que es hacedero, lo meramente probable, y lo imposible; señalan á los hacendistas y prácticos las vias de la verdadera economia; deducen en cierto modo las pruebas del proceso; descomponen la materia; hacen patente lo interior de la cosa; enseñan el diverso juego de las máquinas; resuelven los problemas, y aclaran todas las partes de una proposicion. Solo así se concibe que el profundo informe de Arago sobre los caminos de hierro haya podido remover mas ideas que todos los proyectos de las comisiones y de los ministros juntos. Ese informe es una obra maestra de esposicion y de análisis.

Cuando Arago sube á la tribuna, la cámara, atenta y curiosa, queda inmoble en el mas profundo silencio, y los espectadores de las tribunas públicas se avanzan para verle. Su estatura es aventajada; su cabello flotante y rizoso; su hermosa cabeza meridional domina la asamblea. En la sola contraccion musculosa de sus sienes hay una potencia de voluntad y de meditacion que revela una inteligencia superior.

A diferencia de esos oradores que hablan de todo y sobre todo, y que la mayor parte de las veces no saben lo que dicen, Arago solo toma la palabra sobre cuestiones preparadas, que reunen al atractivo de la ciencia el interés del momento. Sus discursos por tanto tienen generalidad y actualidad, y se dirigen á la vez á la razon y á las pasiones de su auditorio; así es que al momento le domina. Apenas entra en materia, todas las miradas se dirigen y se reconcentran en él; coje, por decirlo así, la ciencia con ambas manos; la despoja de sus asperezas y de sus fórmulas técnicas, y la hace tan perceptible, que hasta los mas ignorantes le escuchan con admiracion y halago. Su pantomima espresiva anima al orador todo entero; en sus demostraciones hay verdadera luz, y sus ojos, su boca y sus manos, parecen brotar rayos de claridad. Corta sus discursos con interpelaciones mordientes que dejan sin respuesta, ó con chistosísimas anécdotas que se enlazan á su tema, y sin sobrecargarlo le sirven de ornamento. Cuando se limita á referir hechos, su locucion solo tiene las gracias naturales de la sencillez; pero si encarado, por decirlo así, con la ciencia, la contempla con profundidad para escudriñar sus secretos y hacer valer sus maravillas, entonces su admiracion hácia ella empieza á formularse en un magnífico lenguaje, su voz se robustece, su espresion toma color, y su elocuencia crece como su asunto.





tunidad.

«Estudia las proposiciones de economía política con ardor concienzudo



M. JAUBERT.

«Orador bilioso, acre, petulante, irritable, provocativo: tan ardiente en defender al poder como lo fué en defender la libertad: fanático, por arrebato de temperamento, por todo partido á quien sirva; pero al mismo tiempo digno de toda confianza, honrado, leal, independiente, animoso, valiente hasta el estremo de precipitarse solo, y á ojos cerrados, en la refriega; tenaz; hombre que no retrocede ante el ridículo, que es tal vez el mas positivo y aterrador de todos los achaques franceses.»

Así pinté yo á M. Jaubet en 1836, y añadia:

«Este orador no puede ya ser considerado como una mera utilidad, ni como corista, ni como forro de manto; porque aunque su improvisacion no sea notable por la energía de los pensamientos, ni por las generalizaciones filosóficas, ni realzada con figuras, ni vehemente por la accion, tiene sin embargo el mérito de rebosar en ironía, gracia y oportunidad.

«Estudia las proposiciones de economía política con ardor concienzudo

y con ilustrado juicio, y, sin profesar el arte, trata con mas acierto que los mismos profesores las materias de obras públicas en sus relaciones con la legislacion.

»Es útil á la misma Oposicion por la especialidad y la precision de sus conocimientos, lo picante de sus indiscretas revelaciones, el modo atrevido y marcial con que ataca las cuestiones, y las verdades peladas que dice á todos los partidos, sin esceptuar el nuestro.

»M. Jaubert es en la actualidad el ballestero de M. Guizot. El uno dogmatiza, el otro ejecuta; el uno ordena la batalla, el otro se aposta como cazador, y á veces dispara antes que se lo manden.

»Puede decirse que entre los dos regentan la cátedra. Mientras M. Guizot, con su capuchon calado y sus hopalandas arremangadas, recita gravemente los *oremus* de la doctrina, M. Jaubert desempeña el terrible cargo de hermano vapulador; hace su ronda por la Cámara, y vá al paso sacudiendo á derecha é izquierda desapiadados disciplinazos.

»Se ha declarado, como su maestro en la pedagogia, en favor de los antiguos usos y costumbres, y no está por los nuevos métodos. Su héroe es Napoleon, no porque fuese este un hombre de genio, sino porque era bastantemente déspota y sabia mantener el órden en su escuela. Porque para M. Jaubert no hay nada superior á un buen dómine.

»Cerrada la escuela y colgadas las disciplinas detras de la puerta, nadie que se acerque á él le reconocerá al pronto. Entonces parece enteramente otro hombre; truécase la rigidez en trato afectuoso, en elegante civilidad y cultura, en dulce y agasajadora condescendencia.

»M. Jaubert tiene siempre la palabra pronta y alerta, y para subir á la tribuna y dejarse caer sobre sus adversarios no necesita que se lo digan mas de una vez. Si hubiera venido al mundo cuarenta años antes, hubiera sido uno de los revolucionarios mas indómitos de la Convencion. Su violencia levanta hervores y no puede contenerse; sus lábios, grandiosamente caracterizados, destilan hiel cuando la cólera los entumece, y sus ojos negros centellean.

»Es duro á la mano, y por poco que se le refrene respinga. Agrada á los impetuosos, y es importuno á los contemporizadores. Registra como el huron, sacude las zarzas, dá el aviso, levanta la caza y caza en provecho propio, y una vez disparado salva las etiquetas y no hace caso cuando le llaman.

»Riñe á los suyos, refunfuña entre dientes, muerde á sus adversarios, pero crudamente y sin endulzaduras oratorias. No convendria ciertamente que las discusiones parlamentarias fuesen siempre en ese tono, pero no es malo que de vez en cuando una mano un poco ruda rasgue de repente el telon que esconde las farsas políticas, y permita ver á los comediantes con su ropilla de entre bastidores.

»M. Jaubert entra por asalto en las cuestiones, y asi que sufren la menor desviacion vuelve á meterlas en quicio. Interpela á los ministros, y los agarrota, y los pone de tal modo entre la espada y la pared, que sin podérsele escapar se ven precisados á responderle si ó no. Es una especie de mosquito cuyo zumbido contínuo ofende al oido; por mas que se le ahuyente siempre vuelve á la carga. Revolotea en torno de ese banco de dolor, se para en la frente y en las manos de los ministros, se pega á sus espaldas, chúpales la sangre y cáusales con su aguijon mil crueles picaduras; y despues de levantada la roncha, cuanto mas se rascan mas se les envenena la herida.

»Era de ver á M. Jaubert cuando lleno de encono perseguia á M. Thiers, todo cubierto de polvo, bañado de sudor y jadeando, pisando los calcañares del menudo personage, y tocando ya casi con las uñas su gorro de renegado [1]. M. Thiers huia como una liebre por las mil revueltas de su capciosa argumentacion; pero ¿cómo es posible apoderarse de un hombre que se marcha por entre los dedos de la mano? como sujetar á ese Proteo, á esa apariencia, á esa sombra?»

Tal era la semblanza de M. Jaubert corriendo los años de 1836.

Posteriormente, llegado el de 1840, no sé por qué capricho, aprovechando cierta ausencia de M. Guizot, abandonó la escuela, aunque llevándose las disciplinas, y salió á campaña caballero en los gruesos cañones de M. Thiers; bella campaña por cierto! qué espanto causamos á toda la Europa! y qué actitud tan amenazadora la nuestra!

Pero ¿de qué puede haber provenido esa rebirada estratégica? quién podrá esplicarla? Repito pues lo que en 1836 dije de M. Jaubert, y lo mismo que acabo de decir hace un momento, á saber «que, por arreba»to de temperamento, es fanático por todo partido á quien sirve.»

Segunda metamórfosis. Despues de haber hecho la guerra desde la tribuna á la Inglaterra en la última época de las sesiones, y de haber disparado contra sus navíos unas cuantas balas perdidas de Aboukir [2] y Trafalgar, M. Jaubert ha cobrado de repente hastío á M. Thiers y á la gloria. Ha hecho una sincera abdicacion del imperio, y se ha retirado como Diocleciano á sus jardines de Salona. Quién lo creeria? Ya no piensa ni por sueño en la famosa cuestion de Oriente, ni en Beyruto, ni en San Juan de Acre, ni en el viejo Mehemet, ni en el jóven Abdul-Mezid, ni en sus visires, ni en su harem siquiera; ya no maneja animoso el lan-

1 Esto no obstante M. Jaubert, ardiente enemigo de Mr. Thiers á la sazon, formó luego parte de su célebre ministerio. Tanta seduccion é imperio sabe este ejercer sobre los que le rodean! —*Nota comunicada por el autor.*

2 El padre de M. Jaubert fué muerto en la batalla de Aboukir; esto esplica su antipatía contra los ingleses. —*Id.*

za-fuegos haciendo tronar sus baterías de tres puentes; ya no traza la prodigiosa conquista de las islas Baleares; ya no discurre, mirando con el catalejo de M. Thiers, si seria oportuno, geográficamente hablando, que nuestra flota volviendo de Atenas tomase el rumbo hácia Tolon, para que al acaso se hallase mas cerca de Alejandría.

M. Jaubert ha convertido su despacho en invernáculo, y su cartera en herbario. Ora aspira el voluptuoso perfume de las rosas; ora empapa delicadamente su pincel en una decoccion de no sé que especie de agua química, y ¿en qué dirán VV. que se ocupa el glorioso vencedor de la Inglaterra? En cazar mitas y otros insectillos. El profundo político monda las corolas de sus geranios y de sus camelias; describe, clasifica una por una sus preciosas y diversas familias, sus variedades y genealogías, en su catálogo de tafilete. Con el escalpelo en la mano penetra y desentraña la difícil fisiologia de las plantas gramíneas; presencia el despertamiento de las tuberosas, se enternece con la anémona, se esponja y se dilata con el tulipan. Cuidado no se le interrumpa! nadie le pase recado! no le diga nadie que M. Guizot le suplica que vea qué puede hacerse en Grecia, de lo que debe hacerse en el Egipto, ni que M. Thiers le propone formar parte de su cuarto ministerio, que por cierto no será el último, ni aun siquiera que M. Pataille vá á pronunciar un discurso. M. Jaubert será capaz de negarse á estas proposiciones tan seductoras, y se obstinará en no querer oir ni á M. Guizot, ni á M. Thiers, ni á M. Pataille! Cuidados mas graves le ocupan—¿no ven VV. que está completamente extasiado en la contemplacion de su fibrina y de su herbácea? Abrese como ella al despuntar la mañana, y como ella se repliega al caer la noche; cierra sus párpados y se mece en las mas estrañas fantasías de la metempsicosis; transmigra al cuerpo de una rododafne, mete su tallo y sus raices en tierra de brezos, espone graciosamente sus rosas al sol, hace llover á su alrededor el polvillo de sus estambres, eriza sus espinas en recuerdo de su antigua profesion, y hasta las próximas sesiones se cree planta [1].

1 M. Jaubert ha publicado bajo nombre supuesto algunos escritos bastante notables sobre historia natural.—*N. del T.*



DUPIN AINÉ.

...hunde y a...
osca que vue...

... gracia su semblanza con el
...taba: «¡Qué terco es
...! Cama-
...
...as
que buscó, no encontró al cabo nada que poner en lugar del camaleon, y quedó el animalito en vida.—*Nota comunicada por el autor.*



M. DUPIN.

El camaleon[1] que cambia de color á medida que se le mira; el pájaro que revolotea y hace mil movimientos y echa á volar; el disco de la luna que desaparece á la vista por entre los cristales del telescopio; la navecilla que en un mar agitado sube, se hunde y aparece en la cima de las olas, una sombra que pasa, una mosca que vuela, una rueda que

1 Se asegura que M. Dupin, á quien no cayó muy en gracia su semblanza con el camaleon, no hacia mas que decir al dibujante que le retrataba: «¡Qué terco es »M. de Cormenin! si á lo menos quitara esa palabra tan fea de camaleon....! Cama- »leon!... Vaya un nombre! ¿Qué mas le daria á él poner cualquiera otra cosa? Yo »camaleon!...» Timon lo supo y quiso darle ese gusto; pero por mas que hizo, por mas que buscó, no encontró al cabo nada que poner en lugar del camaleon, y quedó el animalito en vida.—*Nota comunicada por el autor.*

gira, un relámpago que brilla, un sonido que se desvanece, todas estas comparaciones no dan sino una idea muy imperfecta de la rapidez de sensaciones y de la movilidad de ánimo de M. Dupin.

¿Cómo lograré yo bosquejar su mudable y estraña fisonomía? por dónde le sujetaré para que se esté quieto?

Dígole á V., M. Dupin, que si no deja ese contínuo movimiento que trae sobre la silla, si ha de estar V. volviendo sin cesar la cabeza, si no encuentra V. otro modo mejor que ese de retratarse, voy á romper mi paleta y á arrojar mis pinceles! V. quiere que yo le saque parecido ¿no es verdad? Pues bien, deje V. por Dios que le examine siquiera nada mas que unos cuantos minutos. No me eche V. la culpa si las proporciones de su rostro no le parecen luego en armonía unas con otras, y si algunas de sus facciones salen haciendo gestos; mi oficio, como pintor, es imitar la naturaleza, y hacer el cuadro conforme con el modelo.

Hay en M. Dupin dos, tres, cuatro, una infinidad de hombres diversos: el hombre de Saint-Acheul [1] y el hombre galicano, el hombre palaciego y el hombre corre-tiendas, el hombre de valor y el hombre medroso, el hombre pródigo y el hombre económico, el hombre del exordio y el hombre de la peroracion, el hombre que quiere y el hombre que no quiere, el hombre de lo pasado y el hombre de lo presente, pero nunca el hombre de lo venidero.

M. Dupin es escritor, abogado, magistrado, presidente, orador y decidor de chistes.

M. Dupin ha escrito mucho, y aun en latin [2], en latin macarrónico por supuesto, pero en latin que aprendió muy tarde, casi sin maestro y con singular esfuerzo de razon. Ha formulado una multitud de tratados elementales sobre el derecho, buenos unos y otros malos, que podrian ensartarse unos con otros á modo de rosario, y que componen todo su bagaje de autor. Estos tratados vienen á ser unas compilaciones de lo comun de la ciencia; redactes con brevedad, conviccion y buen criterio, pero sin originalidad.

M. Dupin no está dotado de esa facultad de investigacion incansable y asídua que vá profundizando una materia hasta penetrar los mismos orígenes de los principios; vé lo que tiene cerca con exactitud y rapidez,

1 Convento de jesuitas en Picardia, donde es fama que aquellos buenos padres hicieron una vez llevar su cirio en procesion á M. Dupin.—*Nota comunicada por el autor.*

2 De sus obras en latin conocemos solo el *Manual de las Institutas.*—*N. del T.*

pero no vé lo que está lejos, ni puede observar con perseverancia. Posee la filosofía de la esperiencia, pero carece de la filosofía de la invencion; sabe arreglar y componer, pero no crear; dispone un manual lo mismo que enjareta una carta [1]; mas no sería capaz de escribir un libro original.

Cuando ejercia la abogacía hablaba de una manera animada, punzante, con sacudidas y á borbotones; con habilidad, pero sin método; con forma, pero sin gracia. Su respeto hácia la toga y los pelucones del antiguo parlamento rayaba en supersticion. Era sumamente terco en todo lo que tenia relacion con lo que él llamaba prerogativas del colegio, y le hubieran VV. visto pronto á dejarse hacer pedazos, si necesario fuera, en defensa de su toga y su birrete; lo que en verdad no deja de ser heróico. Compulsaba á Justiniano para sacar de él apotegmas; compulsaba la historia para hacer cosecha de citas, y los autores antiguos para pescar en ellos retruécanos y charadas, y lo mezclaba todo con su propia sazon, de donde resultaba un condimento estraño y apetitoso. Brusco, impetuoso, desigual, procediendo á saltos y ensartando anécdotas, prodigando sales y ocurrencias, divertia á su auditorio, á los abogados, á los jueces y á los clientes.

Como fiscal del tribunal mas grave de Francia, solo ha conservado M. Dupin de su talento de abogado la parte séria y sólida. No posee la vasta erudicion de Merlin, ni los tesoros de su jurisprudencia, ni su argumentacion espedita y algun tanto sutil; pero su mente es recta, su criterio seguro, y sus requisitorias son modelos de claridad, de precision y de lógica. Es mas bien legista que legislador; amante de los testos mas que del espíritu; entre dos interpretaciones, filosófica la una y vulgar la otra, su instinto le hará preferir la vulgar. M. Dupin tiene muy buen seso y poco genio: es muelle, débil, y casi cobarde en las causas políticas; pero en las civiles firme, inexorable, progresivo, imparcial y digno.

Como presidente de la cámara, tiene M. Dupin grandes cualidades y algunos defectos. Sabe los precedentes y la jurisprudencia; aplica con sagacidad el reglamento, y sostiene los privilegios parlamentarios contra las usurpaciones de los ministros. Cuando se pone de pié, sus ojos recorren y registran con rapidez todos los puntos del salon; regenta como un pedagogo á los diputados indóciles y tumultuosos, y de cuando en cuando les calienta los nudillos con buenos palmetazos.

Nadie es capaz de desenredar mejor que él el hilo de los ovillos legislativos. Si una cuestion cae por casualidad en manos de algun ora-

1 Como por ejemplo la Carta de 1830, que presentó como de la comision encargada de redactarla.

dor confuso y oscuro que la desfigura á fuerza de enmiendas y subenmiendas, distinciones y subdistinciones, y que la abandona por no entenderse al fin á sí mismo, M. Dupin la recoge, la deja limpia y clara, y la presenta repartida; la restituye su sentido, su estructura, sus proporciones, su principio y sus consecuencias. Resume admirablemente los debates, y espone con tal lucidez el órden lógico de la deliberacion, que los menos linces le comprenden y esclaman: perfectamente! eso es!

Si algun diputado malhadado se le roza demasiado, rueda como un erizo, y los mismos ministros temen tocar sus puas. Si algun orador novicio sube á estrenarse cuando los demas conversan y se vuelve para pedir que se imponga silencio, M. Dupin le responde con un sarcasmo desconsolador que al pobre hombre le aturde y le aplasta; y no porque M. Dupin sea maligno, sino porque algunas veces se olvida de que está presidiendo, y cuando siente la comezon de una agudeza forzosamente ha de rascarse.

Quedan todavía dos hombres que pintar en M. Dupin: el político y el orador.

M. Dupin es la personificacion mas espresiva y verídica del pechero; no del pechero elegante y refinado de la Chaussée-d'Antin [1] que imita al caballero de sangre azul, ni tampoco del pechero humilde que comercia en cintas y galones de lana y seda, sino del pechero que tiene rentas, del pechero funcionario, propietario, abogado, notario, negociante, en suma del pechero acaudalado que tiene en menos los títulos y la nobleza al mismo tiempo que desdeña al proletario. Sus máximas favoritas de filantropía interior y de política esterna son: *cada cuál en su casa*, *cada cual para sí*. En cuanto al pueblo, Dios le ampare.

Tiene instintos plebeyos, pero no instintos revolucionarios. Despues de haber sido imperialista fué legitimista; ahora es filipista, y será mañana republicano sin que le pese mucho. Nada tiene de estraño, porque otro tanto han sido y serán los pecheros á quienes representa.

Dupin vá á hablar: atencion! ¿qué vá á ser hoy; pueblo ó lacayo? Lo mismo le importa uno que otro; pero mejor es ser ambas cosas á la vez, ó la una despues de la otra, como VV. quieran; elijan VV. seguros de que nada le es molesto. Siempre se le ocurren tres ó cuatro ganas de partir de tres ó cuatro puntos diversos, y por lo general se lanza á la primera ola que se le presenta sin saber como tomará luego la orilla ni dársele por ello un ardite: tabla, corcho, cuerda, vela ó vapor, todo le sirve, porque se entrega enteramente á su estrella.

1 La Chaussée-d'Antin en París es el barrio de la elegancia y del buen tono habitado por la aristocrácia del dinero.—*N. del T.*

A veces se advierten en él como alusiones de sensatez cuales no tuvo jamás francés alguno. Héle de repente indignado contra una infraccion de ley, contra una dilapidacion del tesoro, ó contra una grave y solemne injuria hecha al honor nacional; su probidad se horripila, su patriotismo se encrespa y hierve, el fuego de la Oposicion le inflama el rostro, salta sobre su asiento, cala el chapeo, requiere la tizona y asiéndola con ambos puños se dispone á asolarlo todo! Pero pasa luego el aura nocturna palaciega, fresca y lamedora, halagando aquella frente altanera y triunfante, y al punto aquella frente se inclina; el leon trocado en cordero mete adentro sus garras y se deja amarrar á la trailla; bala un rato por lo bajo, y vá despues á echarse á los pies de su dueño.

M. Dupin abre con muy mal gesto la bolsa nacional, pero al fin la abre. Se hace poner en lista para hablar en contra, y cuando le toca el turno habla, pero habla en pró. Si al entrar en la Cámara promete que soltará la palabra decisiva, la palabra que ha de aclararlo todo, cuando llegue el caso acabará su discurso sin decir nada. Jura por ejemplo que vá á levantar tempestad y borrasca, y ni el céfiro es mas blando que el vuelo de sus palabras; jura que irá recto al derecho y se queda en el hecho; que tratará una cuestion, y trata otra distinta; que vá á argumentar despiadadamente sobre el punto capital, y se limita á tocar superficialmente lo accesorio. El flujo solo se verifica en el mar doce horas despues del reflujo; pero en la cabeza de M. Dupin el flujo y el reflujo sacuden y se arrebatan su voluntad en sentido contrario en un mismo minuto; hay mas movimiento en él que en el golfo mas borrascoso.

Una vez cierto editor, que no era el mio, hizo las biografías de todos los diputados, y los ordenó y clasificó, á este entre los ministeriales, á aquel en la Oposicion, al uno en la izquierda, al otro en la derecha, quien en el entre-dos, quien en el centro; mas cuando llegó á la letra D y al nombre de M. Dupin, no supo cómo clasificarle por su opinion ni cómo denominar su lugar, y se vió precisado á callarlo. Diré sin-embargo, en elogio de la Cámara y de M. Dupin, que este acababa á la sazon de ser nombrado casi por unanimidad presidente.

M. Dupin sigue todavía echándola de galicano, cuando al manipular la Carta en vez de aplicar su atencion á saber si se habia alterado de pies á cabeza el principio del gobierno, apenas trataba mas que de ver si podia jugar una burla á los ultramontanos; pero la revolucion cayó en manos de hombres de esa laya, y mal podia tomar otro giro. M. Dupin se figura que el pueblo se batió, bajo el ardiente sol de Julio, por

espacio de tres dias, únicamente para regalar á su señor amo un trono, y ponerle á él entre los cojines flordelisados del tribunal de Casacion; á fé que no tenia mas que desear el pueblo!

Tres son las antipatías de M. Dupin: los agio-garduños, los aristócratas y los matamoros; teme que estos últimos le desgarren la toga con sus espolones, por lo cual enfrena en la Cámara cuanto puede al partido militar.

Tiene valor y tiene miedo; mostró valor cuando un tropel de foragidos cercó su casa ahullando contra él canciones de sangre y asesinato [1]; tuvo miedo cuando se negó á tomar la palabra en el tribunal de Casacion y en la Cámara contra las infamias del abominable estado de sitio [2].

No es ambicioso, ni tampoco desinteresado; gusta de la sencillez, y tambien del fasto y la ostentacion. Persigue con ahinco á la fortuna cuando ella se le resiste, y cuando se le entrega la yerra el tiro.

Tiene tanto talento como es posible tener, y parece que no lo sàbe; pero el que quiera lisonjearle dígale que tiene gran constancia en sus opiniones, y lo creerá á pie juntillas.

En las Tullerías se le mira con mas recelo que cariño, y le toleran mas que le buscan; porque es brusco en sus maneras y áspero en su lenguaje. Es una especie de labriego del Danubio con hebillas de cortesano; pero detras de la puerta del salon de Diana [3] estarán los zapatos de herradura que se quitó al entrar.

En la corte pasa por torpe y mal educado; sus ademanes ofenden á las delicadas organizaciones de sangre real. Las escursiones de su facundia son importunas; pero se le deja correr y cansarse por el campo raso, porque se sabe que como es de ley ha de volver á la querencia y dejarse cojer por ambas orejas.

M. Dupin es el mas zafio de los cortesanos, y el mas cortesano de todos los zafios. Es preciso no engañarse: los cortesanos de esa especie no son los menos fáciles de manejar; su corteza es por de fuera áspera al tacto, pero por dentro es suave y lisa.

M. Dupin profesa á su rey toda la ternura de un curador, y es muy probable que en la intimidad de sus augustas conferencias su rey le consulte mas á menudo sobre el modo de redactar algun contrato de

1 En 1830, despues de hecha la revolucion.—*N. del T.*

2 En el tribunal de Casacion rehusó presentar sus *conclusiones* sobre este negocio, estando obligado á ello por su destino de fiscal.—*Id.*

3 Tiene este nombre una suntuosa galería del palacio de Tullerías. Napoleon, siendo primer cónsul, la adornó ricamente con retratos en busto de los hombres célebres contemporáneos.—*Id.*

arrendamiento que sobre la capacidad de los ministros, y mas sobre el arreglo de su casa que sobre la política del Gran Turco.

Veinte veces se ha visto M. Dupin á punto de quedarse con la cartera ministerial; han llegado hasta á ponérsela en la mano, y él la ha dejado caer al suelo. Tiene caprichos y antojos de niño, quiere y deja de querer, rie y llora, le echa á uno los brazos al cuello rebosando júbilo, y despues se mete en un rincon y pone hocico; se hace el enfadado, y si uno se acerca á él saca las uñas y le araña.

Fuera del salon es osado, resuelto, decidor; pero asi que pone el pié en la escena tropieza, tartamudea, se le olvida su papel, se cala la peluca sobre los ojos y enmudece.

M. Dupin ha pasado mucho tiempo por el general del tercer partido. Del tercer partido! Qué cosa era ese tercer partido?

Ya saben VV. que despues de muerto Casimiro Périer la mayoría triunfante sufrió una dislocacion. Los apóstatas de Julio, los legitimistas vergonzantes, los acuchilladores, los cortesanos lamerones, los doctrinarios netos, los funcionarios ambiciosos y los agio-garduños, formaron bando aparte y compusieron el grueso del ejército.

Pero algunos combatientes, no queriendo, por pudor ó por prevision, alistarse bajo la disciplina doctrinaria, determinaron desertar; veian despuntar en el porvenir un nuevo ministerio, y mas de veinte veces se hallaron á punto de hacer suya, y aun lo lograron por algunos minutos, la sombra en pos de la cual corrian. Esta fraccion de disidentes se denominó tercer-partido. Ahora bien ¿qué hacia este partido? qué queria? tenia caudillos? tenia soldados, y donde estaban estos? Es fama que sentados en los confines del ministerio y de la Oposicion, tan pronto se inclinaban á un lado como al otro; pero tal maña se daban en esconderse que hubiera uno desgastado sus ojos para buscarlos, y tan rápidamente pasaban de uno á otro principio que hubiera uno devanado en vano su seso para definirlos. Solo su mano derecha sabia de positivo de qué color era la bola que contenia su mano izquierda, y el secreto de sus votaciones se sepultaba en la urna. No se vendian unos á otros porque tampoco se conocian; no se recontaban porque no sabian ellos mismos quiénes eran; anhelaban el poder y no se atrevian ni á apoderarse de él ni á conservarlo; eran ministros tres dias, y luego despues no eran nada, ni ministeriales ni de la oposicion. Nadie hubiera podido decir si estaban vivos, ó moribundos, ó muertos. No tenian aliento para llevar á cabo una resolucion, una votacion, un principio, y su fecundidad no era mas que una sucesion de malos partos. Hombres singulares que la divina Providencia debió sin duda formar lo mismo que á nosotros de carne y hueso; que bebian, comian, hablaban y votaban como el resto de los mortales, y con los cuales hemos nosotros vivido, deliberado,

discutido y legislado en sesiones de medias jornadas por espacio de años enteros, sin que podamos decir precisamente cuál era su nombre ó si tenian alguno, ni cuál era su opinion, ó si en efecto tenian opinion.

Este no obstante, el tercer-partido pasa por haber existido allá en los tiempos fabulosos, y M. Dupin pasa por haber sido su caudillo del modo que diré á VV.

Cosa deliciosa en verdad era ver á este hábil y elocuente general cuando, al salir de su tienda, se ponia á arengar á sus tropas al estilo de los emperadores romanos! Deciales asi:

«Oficiales y soldados del tercer-partido, caros compañeros; llegó »la hora de mostrar que no sois entes imaginarios, ni cuerpos dubitati- »vos, ni impalpabilidades ni fantasmas. Daos por fin á luz y haced ver »quiénes sois, cuántos sois, y sobre todo lo que sois capaces de hacer! »Los dioses solo se muestran propicios á los guerreros intrépidos y »perseverantes; baldon eterno á los que huyen antes de combatir! Si »os tiembla la mano, si os falta corazon, si os hallais dispuestos á des- »mayaros como el señor conde Camilo de Montalivet [1], clavad los ojos »en mi penacho multicolor y seguidle: él os conducirá por el camino de »la victoria. Pero si la fortuna fuera contraria á mi constancia y á vues- »tro valor, tened presente, oficiales y soldados, que permaneciendo to- »dos firmes en su puesto, y muriendo si necesario fuere de cara al ene- »migo, sereis dignos de vosotros y de mí, y vuestra accion será bella »y gloriosa!

Dicho lo cual, M. Dupin afilaba su palabra y se armaba de pies á cabeza. Apostado en su altura, el Napoleon de la tribuna paseaba la visual de su anteojo por todo el ejército, y cuando veia los fuegos bien nutridos y al grueso del tercer-partido empeñado en la refriega, entraba en la liza, sacaba las flechas de su aljaba, y dando la espalda al enemigo, las disparaba contra los suyos. Soltaba luego una carcajada burlona, hacia una pirueta, ponia pies en polvorosa y desaparecia. ¿Dónde está el gran vencedor de sus propias tropas? Busquen al gran capitan para coronarle de palmas! Van y vienen, corren á derecha é izquierda por todas partes, regístranlo todo, su propia casa, la de VV., la mia, revuelven los rincones de su tienda, y hasta los mismos bagajes del campo enemigo; todo en vano! no se pudo saber qué habia sido de él, y dícese que para encontrarle fué preciso encender hachones de viento y tocar generala [2].

1 En cierta ocasion el conde de Montalivet estuvo á punto de desmayarse en la tribuna.—*Nota comunicada por el autor.*

2 Alusion á la conducta parlamentaria generalmente seguida por M. Dupin. Dice por ejemplo que vá á suscitar una grave cuestion, y empeña de antemano para el

Es preciso que M. Dupin reconozca mal de su grado que se halla en la mas falsa posicion. La antipatía de su opinion, la irritabilidad de su carácter, y el vigor de su talento, le llevarian á hacer á los doctrinarios una guerra abierta, implacable, impetuosa, y se vé precisado á exhalar su cólera en sarcasmos de corrillo, y condenado á un mutismo de que su corazon se indigna y que la violenta compresion de sus labios desmiente. Cómo ha de ser! está sufriendo la pena de lo pasado.

Si quisiera sacudir la mancilla de ese pasado sobre la frente de los doctrinarios, estos, que hasta ahora le han tratado con cierto miramiento, le responderian: «De qué te quejas? No fuiste tú cómplice con »nosotros hace trece años, en la usurpacion de la soberanía nacional? »No votaste tú como nosotros para tu amo, á fuer de leal y obediente »siervo y vasallo, la enormidad de su lista civil? No concediste tú como »nosotros al gobierno que elegiste el regalo anual de mas de mil millo»nes? No has contribuido tú como nosotros á ahogar en el fondo de los »corazones las simpatías excéntricas de Julio proclamando estas nobles y generosas máximas: *cada cual en su casa, cada cual para sí?* No has »lacerado tú como nosotros la verdad de los informes en tu ministe»rial indignacion, no has declamado contra tus amigos actuales de la »Oposicion? No te ha parecido como á nosotros admirable el inícuo es»tado de sitio y todas esas leyes infames, bárbaras y perversas que han »corrompido al pueblo, infringido la Carta, y oprimido la libertad? »Si nosotros somos culpables tu eres nuestro cómplice; pero si somos »inocentes y vivimos con gloria ¿por qué no te arrojas en nuestros bra»zos? por qué no vienes á participar con nosotros de las bendiciones de »un pueblo agradecido y del júbilo de nuestro triunfo?»

Nada en verdad podria responder M. Dupin á esta fulminante alocucion de los doctrinarios; y asi se verifica porque nada les responde.

M. Dupin es uno de esos hombres á quienes no puede uno contar con seguridad como amigo político, y á quienes no debe uno tener por enemigos; tan embarazoso es para un ministerio á quien defienda como para un ministerio á quien haga la oposicion. No es bastante flexible, ni insinuante, ni bastante conciliador para desenredar las mil dificultades que mil negocios presentan. Tiene formado el ingenio á guisa de podadera, que mas que corta, sierra. Si fuera ministro, cada dia desharia los planes de la víspera, y en sus momentos de alegre espansion pasaria á cuchillo á todos sus cólegas á fuerza de chistes.

debate á todos sus amigos; hace que estos den la cara y provoquen la discusion, y les promete que hará en el bando contrario talas y destrozos; y por último, cuando ya su hueste está ordenada, dá de repente media vuelta y desaparece todo su fuego cambiando enteramente de opinion.—*Nota comunicada por el autor.*

Si M. Dupin hubiera querido seria el hombre mas popular de Francia, y lo seria hasta un punto al cual no llegaremos jamás ninguno de nosotros. Cosa bien digna era por cierto colocarse en semejante posicion! pero M. Dupin prefirió ser el apóstol de los pecheros poderosos, y en cuanto á esta resolucion solo me tomaré la libertad de decir que me pesa por él y por nosotros.

M. Dupin haria mal papel en los ambigús de la Corte con su espada al costado y sus agujetas de oro prendidas al hombro izquierdo [1], y él mismo será uno de los primeros en confesar que se daba muy mal pergeño para cabalgar á lo don Quijote, agarrotado con la armadura feudal, montado en la caña del Infantazgo. Debió dejar aquellos heróicos botes de lanza para los caballeros de la triste figura.

La adulacion que echa á perder á los presidentes y á los reyes, ha echado á perder tambien á M. Dupin, el cual por otra parte no ha dejado de echarse á perder él mismo; y me ha causado gran lástima el que en un acceso de vanidad cómica viniese á decirnos: «Señores, VV. »creerán lo que gusten, pero sépase que yo soy en la tribuna un De»móstenes, en el foro un Ciceron, y en el campo Caton el antiguo [2].» No, señor Dupin, no le creemos á V., porque esos tres altivos republicanos á quienes V. supone representar en una sola pieza, no se hubieran jamás degradado hasta llevar la librea de Luis Felipe y besar los bajos de las faldas de nuestras reales princesas. Es preciso que sepa M. Dupin que entre un pobrecito walon como él y todos aquellos glorioses griegos y romanos, no hay el menor punto de contacto!

Demóstenes despues de haber consagrado á Filipo el Macedon á los diosos infernales, murió atravesado por el puñal de un sicario abrazando las aras de la libertad, pero M. Dupin no tiene muchas ganas, que sepamos, de fulminar contra Felipe de Orleans semejantes imprecaciones, ni menos de morir á la manera de Demóstenes.

Ciceron combatió ante el Senado romano, verdadera Asamblea de reyes, al astuto y meloso Octavio que alargaba la mano á todos y meditaba ya el trastorno de la república; M. Dupin ha estado presidiendo *pecheramente* á una Cámara de agio-garduños, de leguleyos, procuradores, camarilleros y abastecedores de madera, de ulla, de leña, de cueros y de gorros de algodon, que no tiene maldita la semejanza con una Asamblea de reyes.

Finalmente, Caton el viejo vivia frugalmente en el campo comiendo puches, y nunca giraba letras á la vista contra el tesoro de Roma, al paso que M. Dupin arde en rosas y vino al resplandor de mil bujías en

1 Es decir, como page acicalado y galante.—*N. del T.*
2 Diccionario de la Conversacion.

sus deslumbradores saraos, y acumula cuanto le es dado acumular en oro y en billetes de banco, despues de dirigirme á mí, que se lo estoy contando á VV., las mas lisonjeras frases por mi valor en combatir los abusos de las acumulaciones [1]!

M. Dupin no ha mostrado nunca mas que una ambicion vulgar y fácil de satisfacer. No queriendo ser mas que presidente de la Cámara, fiscal del Tribunal de Casacion y gran cruz de la Legion de honor, era preciso que hiciese discursos y no folletos; pero queriendo pasar á la posteridad debia haber hecho folletos y no discursos [2].

No quiero yo decir sin embargo que M. Dupin, aunque no iguale precisamente en elocuencia á Ciceron, y á Demóstenes en la lógica, deje de ser un improvisador muy notable. Su locucion en verdad no es tan sábia en cuanto al método, ni tan encumbrada en cuanto á los pensamientos, ni tan pura en las formas como la de Berryer, pero es tal vez mas sustanciosa, mas animada y mas pintoresca. Las salidas oratorias de M. Dupin vistas con el lente del buen gusto aparecen un poco escabrosas; pero á cierta distancia agradan y cautivan por su misma sencillez y naturalidad. Saca sus comparaciones de las cosas comunes, de los hábitos de la vida, de los usos, de las costumbres, del lenguaje del derecho y de los modos de hablar proverbiales, y arranca de sus oyentes una risa franca y verdaderamente francesa. Usa á veces de la elocuencia del comun seso y á la buena de Dios, y esta reviste en sus labios modos nuevos, rareza, originalidad, y logra efectos admirables.

A veces es vivo, turbulento, rebosa en fuego, y electriza á una Asamblea. No la deja resollar, y cuando defiende una buena causa y está en vena, la conduce con admirable vigor y precision. Entonces todas sus ideas se traban y encadenan, todas sus palabras hieren el objeto, todas sus pruebas se deducen una de otra; entonces su estilo es nutrido, apremiador, nervudo, conciso y de una lucidez sorprendente; entonces es verdaderamente comparable M. Dupin á lo mas selecto de nuestros oradores por la vehemencia.

Desgraciadamente M. Dupin suele ser desigual é incurre con frecuencia en la trivialidad. Su imaginacion le domina. Si se cruza por su cerebro algun chiste mientras está gesticulando en la tribuna, le coje al vuelo, y agarrándole por medio del cuerpo se lo arroja á la Cámara á riesgo de descalabrar la primer cabeza que encuentre.

Tiene Dupin mas virilidad en la palabra que en los principios, mas poder de argumentacion que criterio, y mas independencia de razon que de corazon. Se ha visto complicado en tantos acontecimientos polí-

1 Sesiones de 1829.

2 Alusion á su dicho contra Timon: «Porqué no hace discursos?»

ticos, y ha tomado tantas veces la defensa de la verdad y de la mentira, y en causas tan diversas, que no sabria uno decir á punto fijo si ha hecho á la libertad mas mal que bien, ni si se ha hecho á sí mismo mas daño que provecho.

Los oradores de esta especie, género que escasea, y escasea sobre todo cuando llevan la pureza hasta ese punto, son hombres del momento, y nunca hablan mejor que viéndose precisados á hablar de repente. Se zarandean al principio, luego empiezan á rozarse con su banco, y por último se encienden como un fósforo.

Véanle VV.; ahora entra en el salon ese inflamable orador! Siéntase, levántase, se agita, se vuelve á uno y otro lado, estiende el brazo, sube á la tribuna y perora. No hay qué preguntarle por dónde empieza, ni sobre todo cómo piensa acabar. Nadie tiene por qué maravillarse si habla en pró y vota en contra. ¿Quién ignora que se abandona á la corriente de sus inspiraciones sin soñar siquiera adonde vá á parar? Para él todo el negocio está en lanzarse y arrancar; despues vá siguiendo su camino y siempre encuentra alguna huronera á derecha ó á izquierda de donde sacar sus argumentos. ¿Buscaban VV. al atrevido cazador por las crestas de la montaña? héle divertido cogiendo flores en la pradera. Dentro de un rato veránle VV. ir, venir, girar, perderse, volver á aparecer, y desvanecerse por fin. Fíense VV. de esos políticos inconstantes que son á la noche los adversarios mas implacables de los que por la mañana oian de su boca palabras de amistad lisonjeras; presten VV. fé á esos lógicos de nueva especie que establecen un principio y retroceden ante sus consecuencias; en esos ánimos ligeros que revolotean en torno de una sombra y que giran sobre sí mismos como la hoja leve al capricho del viento cuyo soplo los arrebata!

Y sin embargo, nadie lo diria, M. Dupin insiste aun, insiste siempre, y quiere, contra todo viento y marea, pasar por hombre consecuente, y muy consecuente.

Consecuente él! y en qué? El constante! y con quién? puede él acaso decirlo? Ah! no está en nuestras manos el trocarnos! Nosotros, débiles y flacos mortales, somos tales como Dios nos ha hecho; no hay rayo de luz sin sombra, no hay cualidad sin defecto. Si M. Dupin no tuviera la instabilidad que tiene, tampoco le distinguiria el talento que le distingue. ¿Quiere él renunciar á su talento? querrá renunciar á su instabilidad? Sea, pero elija entre uno ú otro!

Quiero, lector amigo, confiarte con todo secreto, al acabar, uno de mis apuros y pedirte consejo; pero sobre todo te ruego encarecidamente que no le digas esto á M. Dupin. Sabrás, pues, que el digno legislador ha tenido la bondad de darme, á mí, Timon, tu servidor y suyo, su voto para que fuese admitido en la Academia, haciendo lo contrario de su herma-

no. ¿Qué deberé hacer en este caso? mas, necio soy en preguntártelo! Pues qué, por el capricho de una poltrona habia yo, Timon de Atenas, pintor adocenado, pero hombre sincero, de faltar á M. Dupin, á tí amado lector, y á mí mismo disfrazando la verdad?

No, lector; prefiero amonestarle caritativo que no se haga lavar tanto la cara en sus biografías encomiásticas, que dicta él mismo, ó que tal vez escriba, lo que viene á ser todo uno [1].

¡Qué caprichos tan raros tienen los hombres de talento! Empeñado está M. Dupin en ser otro hombre distinto del que es! Esa es su idea fija! Mírase con coqueteria en su espejo, y como cambia de fisonomía á medida que se vá mirando, sin duda por efecto de su costumbre, acaba de decirme ahora mismo contemplando su retrato: Yo no soy ese que V. ha dibujado: yo no soy M. Dupin!—Cómo es eso? no es V. Dupin? le aseguro á V. que es V. mismo el que está sentado delante de Timon. A V. es á quien miro y á quien estoy yo retratando.

Ea ¿qué quiere V. que yo haga para aplacarle? Quiere V. que diga por ejemplo que otros oradores han sido tan poco consecuentes como V.? Que los griegos y los romanos vacilaron, como V. ni mas ni menos, en las sentencias del *forum*, de la tribuna y del tintero? que Voltaire, Pascal, Fénélon y Rousseau titubearon y cambiaron en toda especie de materias, y finalmente, y esto le agradará á V. mas, que ha habido folletistas, si, de esos malditos folletistas que primero han sido toris y luego radicales; legitimistas antes, y despues semi-republicanos; primero republicanos y despues constitucionales; primero radicales y despues imperialistas; primero absolutistas y despues radicales; primero liberales y despues monárquicos; primero monárquicos y luego liberales? Muertos ó vivos póngales V. á estos los nombres que quiera, y si le parece bien junte con ellos el mio con toda franqueza.

Pero bien puede V. comprender, señor Dupin, que por darle á V. gusto no iré yo á disgustar al público estropeando uno de mis mejores retratos. De todos modos si V. se me enfada y me rehusa la mano para ayudarme á subir á la Academia, yo subiré solo, ó tú caro lector me tenderás la tuya que vale tanto por lo menos como la de M. Dupin.

Sin embargo tengo buenas entrañas, y tanto me lastima verte, ó Dupin, malparado (aunque seas capaz de achacarlo á remordimiento), que quiero, con permiso de los lectores, consolarte en tu afliccion y der-

1 Se asegura que la biografía de M. Dupin que publicó el *Diccionario de la Conversacion* fué redactada, segun lo que dicho señor dictó, lo cual aparece claramente, por uno de sus amigos íntimos, M. Ortolan, á quien en muestra de agradecimiento por el susodicho servicio de llevarle la pluma, hizo luego nombrar catedrático en la *Escuela de derecho.—Nota comunicada por el autor.*

ramar un poco de bálsamo en tus heridas. Digo pues, y haria muy mal en cometer la sinrazon de callarlo, que M. Dupin tiene muy aventajadas cualidades morales; que M. Dupin es generoso, inofensivo, enemigo del rencor, y de esto último soy yo una prueba ambulante; que tiene un instinto pronunciado de lo justo y de lo recto; que tiene independencia de espíritu, aunque algo morosa; que no le gusta prodigar el dinero del tesoro, escepto con su amo y consigo mismo; que es benéfico, caritativo y naturalmente amigo del pueblo.

Y añadiré á su retrato otro rasgo característico, á saber, que tiene una decidida propension hácia los privilegiados, aunque no es afecto al privilegio; que su flaco es la corte, y que sin embargo no le gustan la corte ni los cortesanos.

Repetiré finalmente, y en esto yo aseguro que no le parecerá mi resúmen demasiado largo, que M. Dupin brilla como un astro rozagante entre los demas oradores por su chispa, sus sarcasmos y su animacion, en las pláticas familiares; por su sutileza y su profundidad, por su nervio y sabiduría en sus pedimentos y acusaciones, por su ingenio y singularidad en sus letras.

Otra palabra mas para completar su retrato.

M. Dupin tiene la voz llena, grave, sonora, acentuada en los medios, y á veces fuerte y seductora. Tiene el rostro lleno de manchas, pecas y costurones; pero cuando su fisonomía está en movimiento y la pasion la anima, cuando la argumentacion la pone en contraccion, no carece ni de elevacion ni de nobleza. Sus ojos hundidos brotan fuego, y relucen en el fondo de su órbita como dos chispas de diamante; y yo por mi parte á un hombre así no le llamo feo.

Prevéngote, oh lector, que todo esto acaba de salir del pincel, y que es pura añadidura. ¿Quedará ahora satisfecho M. Dupin? Debia quedarlo al menos, pero ya verás como nó si no digo que es consecuente. Pues no quiero decirlo!

23



BERRYER.

[illegible] con la bandera blanca en la mano á veinticinco ó treinta leguas de París. Pero estos legitimistas disfrazados solo en las votaciones mos-



M. BERRYER.

La Cámara es para los diputados legitimistas una pequeña iglesia con sus dogmas invariables, sus pompas ocultas, sus misterios, su liturgia y sus salmos, donde entonan juntos las alabanzas de su señor y dueño. Aseméjanse á los hijos de Israel que, separados de su patria, lloraban en el silencio del tabernáculo el destierro de su Dios y la ruina de su templo y de sus leyes.

Al frente de ellos, y primero entre todos, brilla M. Berryer; Berryer ha sido mucho tiempo el único orador y casi el único diputado de su partido, pero no en verdad porque faltase en la Cámara cierto número de legitimistas vergonzantes, que se agrupaban en las alturas del centro, y que hubieran enviado á paseo á la casi-legitimidad si Enrique V. hubiera aparecido con la bandera blanca en la mano á veinticinco ó treinta leguas de París. Pero estos legitimistas disfrazados solo en las votaciones mos-

traban sus aficiones secretas, y fuera de ellas sabian tan perfectamente pegarse la máscara á la cara que era imposible arrancársela. Cuando Berryer, arrastrado por el declive de la improvisacion, soltaba algun lamento demasiado íntimo por la ausencia de su rey, los legitimistas corridos alzaban al punto un murmullo de disgusto, y tengo para mí que de buena gana si hubieran tenido una piedra en la mano se la hubieran tirado á la cabeza; pero fuera del salon no hacian ya el papel de irritados, y si topaban con Berryer en algun sitio aislado le pasaban la mano por la espalda, le apretaban los cinco discretamente, y le decian: «Caramba, amigo, qué razon tiene V.! No tenga V. cuidado, nosotros estamos de su parte! Quién no ha de echar de menos á esos escelentes príncipes?» á Berryer le admiraba mucho la ejemplar prudencia de aquellos nobles procederes; pero no hubiera llevado á mal que le prestasen algo mas de arrimo cuando subia á la tribuna.

Pero ¿quién sabe si no habrá sido mas útil para él que la adhesion de un partido numeroso, ese sentimiento de indulgencia, de respeto y de lealtad que rodea, y sobre todo en una Asamblea francesa, á todo atleta valiente que lucha solo contra una hueste de adversarios? Quizás la misma dificultad de aquella posicion estraordinaria haya contribuido á dar á su talento mayor energía y brillo, al modo que vemos brotar un caño de agua con mayor fuerza cuanto mas comprimido se halla en el tubo por donde pasa.

Berryer es despues de Mirabeau el mas grande de los oradores franceses.

Sí, despues de Mirabeau ninguno se le ha igualado: ni el general Foy que recitaba mas que improvisaba, y que no reunia á la dialéctica severa de los negocios la potencia de órgano ni la vasta elocuencia de Berryer; ni Lainé, que solo producia sonidos armoniosos y patéticos; ni de Serre que, difuso y apelmazado en sus exordios, solo hacia resonar por intérvalos el clamor de la pasion oratoria; ni Casimiro Périer cuya vehemencia solo se desplegaba en los apóstrofes; ni Benjamin Constant cuyo talento lucia mas por la flexibilidad y el arte que por el movimiento y la energía; ni finalmente Manuel que, aunque dotado de un juicio recto é imperturbable, por ser mas dialéctico que orador, no sabia arrancar como Berryer á su auditorio estasiado estremecimientos involuntarios y repentinos.

La naturaleza trató á Berryer como favorecido. Su estatura no es aventajada, pero su semblante varonilmente hermoso y espresivo refleja y pinta todas las pasiones del ánimo. Fascina con la mirada penetrante de sus ojos aterciopelados, y con su continente tan bello como su palabra; es elocuente en toda su persona.

Berryer domina á la Asamblea con su cabeza erguida; la inclina há-

cia atras como Mirabeau, lo cual la imprime cierta espresion de noble arrogancia.

Instálase en la tribuna y se apodera de ella como si fuera su esclusivo dueño, ó por mejor decir su déspota; dilátase su pecho, su busto campea, y su estatura medra en términos de aparecer gigante.

Se enardece su frente rugosa, y cuando su cabeza hierve, sus poros, fenómeno estraño, trasudan sangre!

Pero lo verdaderamente incomparable en él, lo que principalmente constituye su ventaja sobre todos los demas oradores de la Cámara, es el sonido de su voz, que es la primer belleza en los actores y en los oradores. Los hombres cuando están reunidos son sumamente sensibles á las cualidades físicas del orador y del comediante. Talma y Mlle. Mars solo han debido su celebridad á la mágia divina de su voz. Supóngase á Mlle. Mars, supóngase á Talma con una voz de las comunes; ambos hubieran vivido ignorados por mas sábio y profundo que fuera su teatro, y por mas esquisito que fuera su sentimiento del arte. Mas que las razones suele ser el órgano lo que mueve á las Asambleas. El mismo M. Barthe, tan escaso de ideas, tan flojo en la dialéctica, entusiasmaba á los centros y los arrastraba con el acento patético de su voz, y si la memoria no nos es infiel, no se verificó una sola vez que al bajar de la tribuna no fuese estrepitosamente aplaudido.

Pero Berryer no debe solo su preeminencia á la casualidad de reunir aventajadas partes esteriores; en el arte oratorio es un maestro consumado. Los demas oradores por lo general se abandonan á la corriente de sus inspiraciones, y hallan en sus desordenadas escursiones movimientos felices, pero carecen de método. De dónde parten y adónde quieren llegar es cosa que no siempre se sabe muy bien, y que aun ellos mismos ignoran; á media jornada se sientan para descansar y examinar el camino. Lo que hace á Berryer tan superior á ellos es, que desde la entrada ó arranque de su discurso vé ya como desde una eminencia el fin adonde tiende. No acomete bruscamente á su adversario, antes bien empieza trazando á su alrededor líneas de circunvalacion; despues le engaña con sábias maniobras, se le vá acercando por grados, descubriendo el cuerpo por intérvalos, y pasando de una á otra posicion; por último se lanza sobre él, le persigue y le estrecha entre los fuertes y dobles nudos de su argumentacion. Este es el método de los ingenios dotados de gran capacidad; método que llegaria muy pronto á cansar á un auditorio tan distraido como el de una Cámara francesa si Berryer no supiese vencer su ligereza y fijar su ánimo con el encanto de su voz, el atractivo de su accion, y la elegante nobleza de sú elocucion.

Por otra parte, despues de haberse dejado arrastrar por el orador, y en el momento en que uno se cree desviado de su senda y como per-

dido, se siente uno encaminado derechamente al objeto por medio de un rodeo hábil é ingenioso, y no puede uno menos de aplaudir con entusiasmo semejante poder de su arte.

A Mirabeau solo le hacian elocuente la contradiccion y los obstáculos; érale preciso tener rebeliones que reprimir y díscolos á quienes vencer; era un verdadero luchador, un guerreador completo, y nunca apareció mas sublime que en el calor de la batalla.

Cuando Mirabeau hablaba resonaban por todas partes murmullos hasta el punto de interrumpirle. Por el contrario, cuando habla Berryer todo es atencion y silencio, y aun respeto.

Le oye uno, y casi diria que su simpático auditorio vá repitiendo á coro por lo bajo las notas que se desprenden de aquel bello y melodioso instrumento.

Subyuga á la Asamblea, se la somete como el magnetizado á quien uno obliga á hablar, á callar, á moverse, á pararse, á proseguir, y á dormir á su capricho; pero asi que el magnetizado se despierta queda el encanto roto. Del mismo modo, cuando la Asamblea empieza á removerse, y se levanta, y desciende de sus bancos para ir á votar, volviendo á su curso el interés material, los principios ó las pasiones, su escrutinio sobre las palabras del mas grande de nuestros oradores se verifica exactamente lo mismo que si recayese sobre el patés ininteligible de un paisano de Monsieur de Pourceaugnac [1].

Berryer impotente, y abandonado en la esfera legítima de sus principios, sabe muy bien por otra parte que no podria descubrir ni una pizca de su bandera blanca sin que la borrasca universal que se levantaria con su huracan violento le obligase á arrollarla al instante. No digo por esto que los liberales le lleven á remolque ni que vaya él asiéndose de sus faldones; toma resuelta y noblemente el terreno de la Oposicion, y se vale de sus mismas armas manejándolas con admirable maestria.

Interpela, pregunta, aturde á su adversario, para que descubra el flaco impensadamente, y pueda él darle la estocada en la juntura de la coraza.

Mina por la base un hecho ó un documento, pero en vez de precipitarle ruidosamente se contenta con que permanezca en pié todo deshecho. Sus dudas valen por verdaderas afirmaciones tratándose de él á su auditorio; pero tratándose de los ministros á él valen por verdaderas dudas, con lo que despoja de antemano de una parte de su ventaja á la respuesta.

Algun consumidor de los fondos secretos de la policía, ó algun parroquiano de las cocinas de palacio, podrá muy bien si le pica la mosca

1 Personage cómico de una graciosísima pieza de Molière.—*N. del T.*

desahogarse lanzando de su esófago algun gemido sordo y cavernoso; pero se guardará muy bien de interpelar al orador por no esponerse á que Berryer le aplaste con un revés de su maza al volverse para ver quién es el que se toma la libertad de responderle.

Pero cuando algun ministro murmura alguna interrupcion que pueda percibirse, Berryer se hace un poco atrás, y desde el fondo de la tribuna le observa y le deja que se clave, y lanzándose luego sobre él como sobre una presa le sacude, le levanta, y dejándole luego caer le despachurra contra su banco con una réplica fulminante.

Su vasta y fiel memoria retiene sin esfuerzo las fechas mas complicadas, y su dedo marca sin vacilacion el punto que le cumple sobre las páginas dispersas de los numerosos documentos que analiza y que robustecen la trama de su discurso.

Nada hay igual á la variedad de sus entonaciones, tan pronto sencillas y familiares, como atrevidas, pomposas, exornadas y penetrantes.

En su vehemencia no hay amargura, y sus personalidades no son injuriosas.

Deduce de una causa tôdo lo que en ella se contiene de sólido y de especioso á la vez, y la eriza de argumentos tan caprichosos y tan compactos que no se sabe despues cómo llegar á ella, ni por donde tomarla.

Despues que ha recorrido toda la série de sus pruebas hace alto un breve momento; entonces las amontona unas sobre otras, y bajo la pesadumbre de aquel monton deja sepultados á sus adversarios.

Encadena, detiene, divierte cuando quiere la atencion de sus oyentes por espacio de muchas horas consecutivas, y los vá paseando sin estraviarlos bajo el peristilo y por entre las columnatas de su discurso. Los fascina y deslumbra con las variadas composiciones de su genio, y los tiene suspensos de la mágia de su palabra.

Como hombre de sociedad, disipado y amigo de los placeres y de la alegria, es Berryer naturalmente poco laborioso; entre sus dotes, sin embargo, descuella una grande aptitud para los negocios. Nadie, cuando quiere, profundiza mejor que él una cuestion, ni reune sus pormenores con una investigacion mas concienzuda, ni restablece su conjunto con mas órden y sabiduría.

Quizás algunas veces, en medio de su copiosa fluidez de palabras, sea algo incorrecto, pero este lunar, comun á todos los improvisadores parlamentarios, no daña al efecto de su discurso. Ya hemos dicho que á nuestros oradores no hay que analizarlos ni leerlos, sino que es preciso oirlos. Su reputacion seria todavía mayor si la prensa no reprodujese sus discursos; cada taquígrafo es para ellos un enemigo.

Desde el establecimiento de nuestro gobierno representativo siempre hemos tenido que admirar en la larga é inmensa carrera de nuestros

oradores destellos de genio, axiomas luminosos y fecundos, pensamientos llenos de vida, palabras llenas de agudeza, frases de grande efecto y buenos movimientos oratorios; pero no hemos oido un solo discurso que, leido, pudiera citarse como un verdadero modelo de elocuencia. Todos han visto la luz pública de mil maneras; han sido impresos, coleccionados, insertados á trozos y enteros en folletos y revistas, lujosamente encuadernados, dorados por los cantos y ¿qué se yo que mas? pero nadie los lee.

Esos bellos discursos vienen á ser lo mismo que un ánfora destapada, cuya ambrosia se evapora y no se puede servir en la mesa de los Dioses.

Tambien la Pitonisa es bella sobre su trípode y dentro de su templo; pero fuera de allí no es mas que una vejezuela desnuda y decrépita, y solo veo en ella la fealdad y los andrajos.

Sí, la imprenta asesina á los oradores, y si yo fuera lo que M. Berryer perseguiría por todas las vias de derecho, sin esceptuar la de policía correccional, á todo editor que me hubiera hecho la injuria de publicar mis discursos, aun cuando para defenderse produjese ante el juez mi firma al pié de la autorizacion para imprimir [1], porque era evidente que solo me la habia podido arrancar por sorpresa ó por traicion.

Pero ¿será posible que despues de muerto Berryer no haya de quedarnos de él mas que su nombre? Triste verdad! Nada mas ha quedado de Talma, de Mars y de Paganini. ¿Nos queda por ventura algo mas de Apeles y de Fidias, de las comedias de Menandro, de los suspiros de Safo, de la sabiduría de Sócrates y de la belleza de Aspasia? El nombre solo; nada mas que el nombre!

Y es bastante para la gloria de Berryer! ¿Habrá quién se atreva ahora á derribar á este orador de su sagrado trípode, y á arrastrarle sin inspiracion y sin voz por las humildes gradas del peristilo? habrá quién haga reproducir por medio de un taquígrafo esa voz inimitable cuyas cuerdas ponen en tension las fibras de las organizaciones nerviosas? Observad como traba correspondencia con ellas, y de qué manera les comunica por medio de una especie de electricidad las rápidas emociones de su alma! Consiste en que no solamente es orador en su pasion y en su elocuencia, sino que ademas es músico en el órgano, pintor en el golpe de vista, y poeta en la espresion.

Es de ver cuando envuelve á su adversario y le aprisiona y le humilla! Cautívale, le aprieta entre sus formidables garras, y cuando despues de haberle golpeado y macerado le arroja de la tribuna abajo, el pobre

1 En Francia es costumbre que todo autor ponga en las últimas pruebas de la imprenta su autorizacion firmada para imprimir (*bon á imprimer*), sin cuyo requisito no se puede proceder á la tirada.—*N. del T.*

ministro confuso, aturdido, acrupido sobre el potro del tormento, esconde con ambas manos el sonrojo de su frente y el cinismo de sus apostasías!

Berryer no sigue el ejemplo de aquellos diputados de la Restauracion que en su sentimental simpleza no sabian responder á los argumentos de la Oposicion otra cosa que: «Yo amo á mi Rey! Oh rey de mi corazon!»

Berryer no se ciñe á insípidas esclamaciones; y si es cierto que ama tambien á su rey, nosotros al menos asi lo creemos, siquiera no lo pregona. Como hombre que conoce el terreno donde pisa, procura no poner nunca el pié sobre las brasas de las personalidades dinásticas, y prefiere tratar las grandes cuestiones de nacionalidad donde su talento puede campear, esplayarse y remontar el vuelo. No se devana él los sesos en justificar artículo por artículo los yerros de la Restauracion, sino que los confiesa, y en la brillante acumulacion de sus recuerdos históricos demuestra que los gobiernos precedentes se estrellaron contra los escollos y fueron tragados por la tempestad por haber faltado á los deberes eternos de la justicia. En este modo de argüir hay grandeza, porque permite á M. Berryer ascender con toda la estension de sus alas de águila á la vasta region de los principios; hay ademas habilidad, porque sin aparentar que se dirige á los ministros deja al mismo auditorio hacerles la aplicacion inmediata y particular de las objeciones generales del orador.

M. Berryer no implora merced en nombre de la legitimidad, no esplica, no justifica lo que la Cámara no pone ni puede poner en duda; pero vá cambiando de puntos de ataque y combate á los ministros con sus propias armas. Los estrecha, los vá empujando de una consecuencia á otra hasta arrinconarlos en el último estremo de la argumentacion deliberativa, y llevando la soberanía del pueblo en ristre los confunde con la violacion de la Carta y con el perjurio de sus juramentos.

Asi pues, todos los defensores de los poderes caidos que han abrumado á la Francia con su peso, se ven precisados á engañar al mundo invocando el nombre sagrado de la libertad. Ah! no nos quejemos; por fuerza está la verdad en nuestra causa cuando nuestros mismos adversarios la confiesan. Tambien debe residir en ella la fuerza, puesto que á ella acuden á templar sus armas y su escudo: los homenajes que la tributan los legitimistas, aunque tardíos, la hacen medrar tanto como las traiciones combinadas por la camarilla y la doctrina.

Sin embargo no nos hagamos ilusiones: en lo íntimo del corazon no profesa Berryer nuestro principio, aunque tampoco deja ver el suyo en sus labios. Su principio verdadero, ese legitimismo ardiente é indestructible que le consume, no lo defiende por cierto en la tribuna, sino que le oculta, le fomenta y cobija en lo íntimo de su ser, y parece como que teme que haga esplosion. Vá por caminos tortuosos como sin atreverse

á poner el pié en la carretera de Goritz, como si esa carretera estuviera para él cortada y suspendida entre abismos y precipicios. Tampoco trata de razonar, discutir y probar; su elocuencia es mas de movimientos que de dialéctica, mas de accion que de pensamiento, de sentimiento mas que de demostracion. El Berryer á quien escuchamos es un grande orador, pero no un legitimista; tampoco es un hombre consumado en la política; repito que es un orador, y un orador de esos que no son dueños de sí mismos, de esos que tanto como arrebatan al público se arrebatan ellos, y que mal de su grado se exaltan al estilo de M. Thiers y de todos los artistas organizados para serlo verdaderamente.

No se crea por otra parte que Berryer solicita á la inspiracion y la persigue; nada de eso, la inspiracion acude á él sin que la llame. Entonces se le vé estremecer todos sus miembros de pies á cabeza, se enternece, llora, se encoleriza, cede, sucumbe bajo las emociones de la Asamblea como bajo las suyas propias. Una vez lanzado á la popular corriente de la libertad, no se resiste á ella; se arrastra con el torrente y brama con la tempestad. Sus sienes turgentes, su voz conmovida, sus ojos que despiden mil chispazos, revelan que á su inspiracion le viene demasiado estrecho su principio; que las cadenas que sacude le abruman; que le falta el aire, que le falta el terreno, que le falta un auditorio carlista, y ese hombre borrascoso, desalentado, necesita aire, un terreno, un auditorio: es preciso que apasione á los espectadores, que difunda su alma, que se meza en las ondulaciones de su armoniosa voz, que luche contra el espacio y se despliegue altamente en su vuelo: entonces olvidará que es legitimista, para no acordarse mas que de que es francés; entonces se hará nacional; se apoyará, como Anteo, para renovar sus fuerzas, sobre el generoso suelo de la patria; se sumergirá, se absorberá en el resplandor de la Francia, y saldrá con la cabeza coronada de magníficos rayos. Se paseará con la Asamblea al rededor de nuestra carta geográfica; pondrá en nuestras fronteras, como otros tantos gigantes vivos y armados, la Italia, la Suiza, la España, la Prusia, la Bélgica; nos representará rodeados de una cintura de hierro, de enemigos y de ruinas, y en su patriótico entusiasmo esclamará: «Gracias sean dadas á la Convencion »de haber salvado la independencia de la Francia!»

En otra ocasion, indignado, exasperado con las miserables concesiones de nuestra diplomacia, y tendida la mano por cima de la tribuna con un ademan lleno de singular belleza: «Esta mano,» esclamará, «se secará »antes de echar en la urna una bola que diga que el ministerio toma á »pechos la dignidad de la Francia. Jamás! jamás!»

Y, como no pudiendo sofrenar su emocion oratoria, se volverá incidentalmente hácia Thiers conducido allí por el hilo de la discucion, y le dirá: «Os honro, porque habeis hecho dos actos honrosos sostenien-

»do á Ancona y dando vuestra dimision. Cualquiera que sea la distancia »que naturalmente debe subsistir entre nosotros dos, haced aun por la »Francia algo útil y grande, y os aplaudiré, porque al fin y al cabo en »Francia he nacido, y quiero vivir y morir en Francia!»

En otra ocasion pondrá á la Rusia en lucha con la Inglaterra, y se avergonzará de que su bizarra, su gloriosa Francia, permanezca delante de ellas impotente espectadora de sus combates y de la reparticion de sus conquistas:

«Ved ese vasto antagonismo político y militar que se estiende desde »las fronteras de la Tartaria hasta las orillas del Mediterráneo, entre »dos naciones que deben lidiar algun dia una conta otra.

»Ved desde el confin del mundo hasta nuestras fronteras á la Ingla»terra establecer su bélica paralela contra la Rusia que la amenaza á su »vez en los límites de sus magníficas colonias de la India.

»Considerad esas grandes espediciones á quinientas leguas de sus fron»teras; por un lado la espedicion de Caboul, por otro la tentativa de Ki»wa. Ved á esas dos grandes naciones marchar atravesando el mundo »para tender sus líneas de precaucion una contra otra.

»Y qué, señores! ¿No será la Francia mas que una potencia conti»nental, á despecho de esos vastos mares que vienen á estrellar sus olas »en nuestras riberas y á solicitar en cierto modo el genio de nuestra in»teligencia!»

Esta imágen es bellísima, y M. Berryer, lo mismo que todos los grandes oradores, afecta sobre todo el estilo figurado en los diversos procedimientos de su elocuencia.

Hay en efecto muchos modos de influir poderosamente sobre las Asambleas, ya dirijiéndose á su lógica con el vigor y la exactitud de los raciocinios, ya á su ingenio con la vivacidad y lo punzante de las palabras, de las alusiones y de las réplicas, ya á las almas con las emociones de la sensibilidad, ya á sus pasiones con la vehemencia de las invectivas, ya á su imaginacion con el brillo de las figuras oratorias; pero casi siempre con lo que produce la elocuencia sus mayores efectos es con la figura, es con la imágen. La prosopopeya de los guerreros muertos en Maraton, de Demóstenes; los ciudadanos romanos atados al infame patíbulo de Verres, de Ciceron; la noche, la tremenda noche en que la muerte de Enriqueta resonó como un trueno, de Bossuet; el polvo vengador de Mario, el apóstrofe de las bayonetas y la roca Tarpeya, de Mirabeau; las palabras «osadía, osadía y siempre osadía,» de Danton; la República que, como Saturno, devora á sus hijos, de Vergniaud; la voz tonante de los lagos y de las montañas, de O'Connell; el carro que lleva las exequias funerales de Irlanda, de Grattan; el turbante que señala en el mapa el lugar del Imperio Turco, de Lamartine; la Argelia, cuyo

fruto no asoma siquiera en flor en el árbol regado con nuestra sangre, de Berryer; los padres de la Revolucion, nobles inteligencias que se inclinan desde lo alto de los cielos, de Guizot,—hé aquí la elocuencia de las imágenes.

Qué lastima que Berryer, que un orador tan poderoso, no combata en nuestras filas al frente del partido popular! ¿Cómo una cabeza de ese temple no siente el vacio de las doctrinas de la legitimidad? ¿Cómo no trabaja con nosotros en las sendas de la libertad, para la emancipacion del género humano? ¿Cómo no comprende que el principio de la soberanía del pueblo es el único verdadero, el único que reconoce la razon, el único que glorificará el porvenir de todas las naciones?

Ya Napoleon, ya Chateaubriand, ya Béranger han proclamado la era futura de la democrácia europea. Desgraciadamente los oradores no ven tan lejos como estos grandes hombres; se absorben, se consumen en las pasiones y las preocupaciones del momento: se contentan con espresar admirablemente sobre el instrumento de la palabra los rumores del dia que escucha su oido: se entretienen en echizar, en el puente del navío, al auditorio que los rodea y los aplaude, pero no abarcan con su mirada la vasta estension de los mares: no interrogan el soplo de los vientos ni la marcha de las estrellas, y no procuran descubrir á lo lejos las playas donde la nave fatigada que lleva á la humanidad debe descansar y echar el ancla.



LAMARTINE.





M. DE LAMARTINE.

Cuando una Cámara no está trabajada mas que por dos principios como el de la nacionalidad y el del privilegio, los matices de opiniones se borran, las individualidades desaparecen, y no hay en presencia uno de otro, mas que dos pendones, dos campamentos, dos cuerpos de batalla. Esto fué lo que sucedió en tiempo de la Restauracion.

Benjamin Constant, Casimiro Périer, Estanislao Girardin, Chauvelin, Bignon, Dupon de l'Eure, Foy, Manuel, Laffitte, marchaban á la cabeza de la nacionalidad, contra el privilegio defendido por Corbière, Villèle, Labourdonnaye, Sallaberry y Marcellus.

La Cámara, que no es mas que un grande espejo, reflejaba entonces, como reflejará siempre, la opinion de afuera. Los oradores de la derecha representaban la nobleza, el clero, la magistratura, la guardia real, los empleados y la corte. Los oradores de la izquierda representaban la juventud, los soldados, la clase media, el foro, los artistas y el pueblo.

Pero cuando el privilegio no se atreve ya á presentarse con la frente erguida de miedo de pasar por retrógrado, y cuando la nacionalidad no se atreve tampoco á desplegarse, de miedo de pasar por revolucionaria,

los partidos entonces pierden su fuerza de cohesion; ya no hay vínculos comunes, no hay doctrinas fijas, no hay estado mayor, no hay espaciosa tienda donde puedan reunirse los jefes para trabajar con uniformidad en su plan de campaña: se cuenta en los partidos casi tantos generales como soldados. Cada cual se arma, se equipa, se atavía con mil colores distintos á su antojo. Uno lleva un chacó, otro una cimera blanca, este un gorro colorado, aquel vá sin escarapela. Cada cual hace la guerra para sí, se aposta en el llano ó en la montaña, tirotea á derecha ó izquierda, y desperdicia su pólvora y su plomo.

Esta mescolanza parlamentaria reproduce exactamente la confusion de la sociedad actual. La juventud sueña las formas republicanas; los hombres maduros echan de menos el órden glorioso del Imperio; el clero y la nobleza, en parte, invocan á Enrique V; los artesanos y los labradores quieren trabajo; el cuerpo electoral quiere el monopolio; la clase media quiere el sosiego, no importa cómo ni bajo el gobierno de quién; el partido militar quiere el despotismo; el partido doctrinario quiere poder y dinero; el partido nacional quiere la libertad y la igualdad, y el partido social no sabe lo que quiere.

¿Qué es pues el partido social? El partido social es una mezcla de sansimonismo, de romanticismo y de un liberalismo bastardo, gárrulo de palabras y vacio de ideas.

Cada partido busca en las Cámaras un representante de su opinion, porque las mas hermosas teorías se quedan fuera de las Cámaras, en el estado de teorías; pero en las Cámaras las teorías, cuando triunfan, toman el nombre y la autoridad de las leyes y se convierten en aplicaciones. Ahora bien, todas las opiniones, por efecto de la invencible tendencia de las cosas humanas, paran en una aplicacion; no hay utopia que no aspire á realizarse; no hay desinteres que no quiera acabar por ser el poder.

El partido social ha hecho lo que todos los demas partidos, y habia creido hallar su representante en M. de Lamartine.

Hay en M. de Lamartine dos personages; el poeta y el político, pero como el político no es con harta frecuencia en él mas que el reflejo del poeta, preciso será que empecemos por definir el poeta.

En estos términos he oido á los críticos mas acreditados de mi tiempo definir y juzgar á M. de Lamartine.

No hago aqui mas que resumir su opinion:

«La Francia, decian, ha tenido sus revoluciones en literatura como »en política.

«En tiempo de Montaigne y Amyot, nuestra lengua no era mas que »el griego y el latin escritos en francés. Parece como que sus labios esta»ban todavía suspendidos de los pezones de la antigüedad, llenos de una »leche tan abundante y pura.»

«El estilo del siglo de Luis XIV alcanza á la perfeccion del hombre »formado; tiene madurez, nervio y colorido, magestad y gracia, pero »no tiene mas fuerza que la que se necesita para no ser tirante, ni mas »originalidad que la necesaria para no ser estravagante, ni mas sencillez »que la que basta para no ser vulgar, ni mas pompa que la necesaria »para no ser enfático. Créese ver todavía la sangre de los griegos correr »por sus venas que hincha y que azulean bajo su cutis.»

«Andando el tiempo, la invasion de los términos filosóficos é indus»triales, igualmente que los derivados de los idiomas esclavones y breto»nes, adulteraron su lengua enriqueciéndola, como un rio acrecido con »la mezcla de muchos arroyos pierde la limpidez de su fuente.»

«Voltaire, casi solo, conservó el fuego sagrado de la antigüedad, »y es, por la universalidad de sus conocimientos, la esquisita pureza de »su gusto, y la lucidez de su ingenio, muy superior á todos nuestros li»teratos actuales que, lo sabemos muy bien, están muy distantes de re»conocerlo.»

«Mas suma de verdadera filosofía hay en una página de Voltaire que »en todas las páginas reunidas de los señores Cousin, Jouffroy y compa»ñía que tienen demasiadas pretensiones á la sublimidad y á la profun»didad. Voltaire es uno de los últimos maestros del sano juicio. ¿Sa»ben VV. de lo que acusan á Voltaire, á ese geniecillo, los Lycofron»tes [1] de nuestros dias, que socavan su estilo bajo tierra? de ser dema»siado claro. El sol tambien es demasiado claro para los topos.»

«Lo mismo que nuestra prosa literaria, nuestra poesía no se parece »ya á la poesía antigua.»

«Ya no es una de las gracias que el brillante ingenio de Atenas coro»naba de flores; es un espectro ahullador que sacude sus osamentos en»tre las grietas de las sepulturas.»

Parece que M. de Lamartine derramó toda su alma de poeta en sus »primeras meditaciones: cantaba, y Nápoles, la voluptuosa Nápoles, nos »aparecia en sus versos. Aquellas hermosas playas de la Italia, aquellas »islas encantadas, aquellas perfumadas brisas, aquellas blandas quejas »del amor, aquellas notas veladas que caian de su lira, nos sumergian en »una especie de vaga y melancólica tristeza; no era aquello ni puro co»mo lo antiguo, ni severo como el cristianismo, ni positivo como el si»glo; pero era una poesía tierna y meditabunda que tenia encantos co»mo una sombra que pasa, como una ola que murmura, como una vír»gen que suspira, como un arpa que gime.»

«Si hubiera habido en aquellos tiempos un poco de crítica literaria,

1 Poeta célebre por la oscuridad de sus conceptos, que floreció en la córte de Tolomeo Filadelfo.—*N. del T.*

»se le hubiera enseñado á M. de Lamartine, que sabia escribir, á pensar. »Este poeta canta con sobrada negligencia; rompe la correlacion grama- »tical de las palabras y la correlacion racional de las ideas: siempre »afecta el mismo sonido, un sonido monótono: siempre emplea un mis- »mo color, el color azul,—el azul de los ojos, el azul del firmamento, »el azul del mar, el azul del cadáver, el azul y siempre el azul! Escoje »una losa de un sepulco, y la vuelve y la revuelve, la mide con la es- »cuadra, y la cubica; dibuja é ilumina las mas menudas yerbas que ve- »jetan á su rededor; pinta una á una las hojas de ciprés que la hacen som- »bra; luego desgasta la piedra con sus vestidos, sus lágrimas y sus ge- »midos. Pero ¿es este por ventura un dolor de poeta, verdadero, pro- »fundo, natural, sentido? Oh! cuánto mas nos conmueve oir á Males- »herbe esclamar:

A este mundo fatal pertenecia,
donde es para las cosas
ay! cuanto mas hermosas,
la suerte mas tirana:
rosa era y vivió, como las rosas,
tan solo una mañana.

«Describir, analizar, como Dubartas y Ronsard, las mas secretas be- »llezas de una mujer, las pestañas y el iris de sus ojos, las pecas de su »cutis, el esmalte de su dentadura, las venas de su pecho, las delicade- »zas de su talle, aunque sea con acompañamiento de lánguida metafísica, »es volver á la infancia del arte.»

«Praxiteles no recargaba á Venus de galanos ornatos, de rosas, de »plumas azules y de plumas de avestruz; no le ponia afeites en las meji- »llas ni rubíes en cada dedo: la hacia desnuda, pero púdica, bella y en »la sencillez de la naturaleza. Todos los grandes genios han gustado de »la sencillez, todos, Homero, Virgilio, Racine, Shakspeare, Rafael.»

«Los verdaderos poetas han sido tan admirables lógicos como los fi- »lósofos. Quién ha conocido el corazon humano mejor que Molière, pin- »tado la grandeza de la virtud mejor que el viejo Corneille, suspirado las »flaquezas del amor mejor que Racine? Quién tuvo jamás un gusto mas »sano, una inteligencia mas exacta que Voltaire? Y en nuestros dias, »hay un hombre de gobierno, de toga ó de tribuna, cuyo juicio sea mas »recto que el de nuestro Beranger? Y esto consiste en que la poesía, la »verdadera poesía, no es mas que la razon adornada por la imaginacion »y por el ritmo.»

«Desgraciadamente no puede decirse otro tanto de las poesías de »M. de Lamartine. M. de Lamartine exhala gritos sublimes, gritos del al- »ma; espide acentos inesperados, que arrebatan el oido, pero tambien

»¡qué desórden de imaginacion! ¡qué de notas desentonadas y duras en »su melodía! ¡qué prodigalidad de ambiciosos epitetos! ¡qué abuso del »género descriptivo, de la inversion, de la metáfora y del colorido! »Ni plan ni órden en él; progresion dramática, ninguna. M. de Lamar»tine parece haber olvidado mas de lo que debiera que las palabras no »son ideas, ni el choque de los sonidos armonía, ni la confusion saber, »ni la fisiologia dolor.»

«Si la lengua francesa llega á morir, Lamartine será algunas veces, »no decimos siempre, por la incoherencia de sus pensamientos y de su »estilo, uno de los autores mas difíciles de esplicar, y causará la deses»peracion de los estudiantes y de los comentadores.»

«Asi he oido á los críticos juzgar á M. de Lamartine como poeta; pe»ro todavía le he visto juzgar mas severamente como diputado y orador »por los puritanos de la izquierda, y hé aqui lo que decian de él:

»M. de Lamartine, como orador político, vive sobre su reputacion de »poeta. No tiene nada de apasionado, nada de inspirador en la mirada, »en el ademan ni en la voz; es seco, acompasado, sentencioso, impasi»ble; brilla y no calienta; es religioso y no tiene fé; no siente bastante »removerse sus entrañas, temblar sus labios y animarse y vivir su pa»labra.»

«No es esto decir que M. de Lamartine se distinga en sus poesías por »las dotes de los siglos de Augusto y de Luis XIV, es decir, por el sabio »arreglo del plan, la observacion de los caractéres, la gradacion del »arte, la sensatez de los detalles, la pureza del contorno, la hilacion y »exactitud de los pensamientos; pero á lo menos la traba del metro y de »la rima obliga á sus ideas á un cierto órden que no sigue en sus aren»gas. Su estilo oratorio, mas abrillantado que brillante, mas monótono »que armonioso, mas hinchado que lleno, no tiene el porte libre, suelto, »firme y natural de la bella prosa: abandona la idea por correr en pos »de los sonidos dulces al oido y de los efectos de prosodia: se complace »y se mece en las desinencias eufónicas. Ahoga su pensamiento en un »diluvio de tropos y de metáforas, y sus proposiciones parlamentarias »rematan á veces en colas de estrofas.»

«El Parlamento no es un teatro adonde deben ir los actores á recitar »amplificaciones flautadas y periodos redondeados para entretenimiento »de los espectadores. Decís que representais al pueblo! Pues hablad co»mo hablaria el pueblo que hablase bien.»

«Por lo demas no hay auditorio mas heterogéneo que el de la Cáma»ra, y los diputados de provincia se dejan embelesar por el espléndi»do reflejo de los colores que ofende á los hombres de gusto delicado. »El género deliberativo tiene sus reglas y sus bellezas, que no son las »reglas y las bellezas del género lírico. El estilo del orador debe ser lle-

»no, pero claro; sus pensamientos deben ser grandes, pero sencillos; »deben caminar y encadenarse en un órden exacto y rigoroso. Ahora »bien, M. de Lamartine es difuso y redundante; no tiene ni profundidad »de ideas ni vigor de argumentacion. Gentes hay sin embargo que toman »aquellos ditirambos de tribuna por verdadera elocuencia; bien dicen, »que estamos en plena anarquía, porque no solo no hay ya en Francia »virtud política, mas ni siquiera hay lo que en todos tiempos ha habido, »que es buen gusto.»

«Insistimos en lo dicho: la frase oratoria de M. de Lamartine tiene »mas color en el tejido que firmeza en la carne, mas brillo que profun»didad, mas relieve que nérvio, mas sonoridad que sustancia, mas abun»dancia que precision, mas desleimiento que lógica.»

«Lejos de nosotros, añadirán los puritanos, la idea de no hacer plena »justicia á los sentimientos morales y religiosos de M. de Lamartine, á »la elevacion de su carácter, á sus hermosas prendas, á su noble cora»zon. Sabe hallar palabras generosas contra la arbitrariedad y las ven»ganzas del poder, y le damos gracias por sus inspiraciones de hombre »honrado; pero como ignora la lengua de los negocios, como no ataca »los abusos por el lado positivo, ni desciende á las aplicaciones, los mi»nistros se dejan ir gustosos y perderse en lo vago de sus oraciones. »¡Mucho caso hacen ellos de los hermosos sentimientos!»

«Aun cuando M. de Lamartine les predicase todo el dia, á modo de »Biblia, moralidades parlamentarias, ¿qué puede influir eso sobre los »*aurívoros* del ministerio? Nunca se les ha pasado por la imaginacion ga»nar el cielo con sus buenas obras. Con tal que los dejen en paz acá en »la tierra con sus carteras, sus fondos secretos, sus telégrafos, sus ade»halas (*pots-de-vin*) y sus tratados de América, de Oriente y de Africa, no »piden mas. Si M. Maugin lee en la tribuna un billetito muy curioso y »bien escrito de M. de Polignac, sobre los documentos venidos de allen»de el mar, y forjados con falsos materiales [1]; si M. Berryer imprime »las quemaduras de su palabra en la frente de los signatarios del famoso »tratado, los ministros clamarán contra la alianza carlo-republicana, »que tiene la malignidad de llamar las cosas por su nombre [2]; pero si »un diputado de la oposicion echa la presa de su voto á los agiotistas de »ambos mundos, M. Fulchiron saltará de banco en banco, derribando »al paso plumas, tinteros y sombreros, para ir á estrechar á aquel di»putado en sus abrazos vengadores [3]. Si M. de Lamartine propone á su vez »hacer pagar veinticinco millones por los jornaleros franceses á los ban-

1 Discusion sobre los veinticinco millones pagados á los Estados-Unidos.

2 Histórico.

3 Histórico.

»queros americanos, los ministros mismos se reirán mucho de esa sen-»sibilidad lógica que consiste en aliviar la miseria de las gentes sacándo-»les su dinero [1].»

«Que un poeta cante en la misma lira los padecimientos de la cruz y »los misterios de Isis; que celebre en el mismo tono la pureza de las »vírgenes cristianas y las gracias de la rubia y voluptuosa Neeris; que »tenga casi al mismo tiempo odas de entusiasmo para Napoleon y cantos »graves para la libertad, sea en buen hora! Pasiones del corazon, diver-»sidad de caractéres, caidas de Estados, héroes, guerras, funciones, »escenas de la naturaleza, flores de los campos, erupcion de llamas, tem-»pestades de las montañas, dulce soplo de los vientos, truenos, mares, »cielos, astros de la inmensidad, todo el universo es suyo!»

«Pero cuando el poeta se hace diputado, cuando se digna sentarse »con el vulgo de sus compañeros en los bancos del Parlamento, se le »pregunta, y hay derecho para preguntarle: ¿De dónde viene V., á don-»de va V., qué quiere V.? Ya aquí no se trata de cantar, de tener clavados »los ojos en el firmamento azul, y de encaramarse encima de las nu-»bes. ¿Es V. hombre ó pájaro, ángel ó diablo? ¿Habita V. el cie-»lo ó la tierra? ¿Quiere V. ser legitimista, republicano ó embajador? »Ea, esplíquese V., sepámoslo, que le nombren á V., y eche V. á »correr!»

«Nos dice V. que hay dos banderas, la blanca y la tricolor. Ya lo »sabíamos; pero lo que no sabemos es cuál de ellas es la de V. Iguales »alabanzas saca V. de su tiorba para nuestros soldados y por los Ven-»dianos; pero ¿de qué lado planta V. su tienda de campaña? Derra-»ma V. lágrimas evangélicas sobre la dureza de los ministros, y luego, »cuando llega el momento del escrutinio, se le forma á V. una especie »de revolucion pagana en las puntas de los dedos, y se le escapa de ellos »la bola blanca! Apoya V. malas leyes para hacerse grato á los minis-»tros, y dice V. que esas malas leyes no valen nada, para ponerse bien »con la oposicion! Se lastima V. de la indigencia de los proletarios fran-»ceses, y les hace V. pagar al precio de veinticinco millones la filantro-»pía americana de su voto! Ensalza V. al ministerio por haber conser-»vado lo que V. llama el órden público, y le acusa V. de formar causa »á los que se indignaron contra esa especie de órden! Le parecia á V. ad-»mirable el gran Périer, lo mismo que el pequeño Thiers y su compañía, »y luego, cuando el pequeño Thiers le pedia á V. fondos secretos para »continuar el tema de esas admiraciones, desechaba V. los fondos secre-»tos! Maldice V. la esclavitud, y en el mismo momento sostiene V. que »la ley de la sociedad puede encadenar al ciudadano! Profesa V. la eman-

1 Histórico.

»cipacion de los negros, y vota V. al gobierno oro y gendarmas para »impedir la emancipacion! Aboga V. elocuentemente por la causa de los »niños espósitos, llora V. sobre la miseria del pueblo, y se opone V. á »la conversion de las rentas pagadas con el dinero del pueblo! Procu»re V., por Dios, procure V. acomodar un poco mejor, aunque sea desa»gradando al ministerio, su peroracion con su exordio, y sus conclusio»nes con sus premisas!»

«Pero cuando M. de Lamartine se mostró de todo punto inferior á sí »mismo fué cuando quiso, por efecto de un raro é inesplicable capricho, »defender la ley de Disyuncion [1]. En cualquier otro pais, y con cual»quiera otra cámara, un ministerio que hubiera osado hacer evadirse al »culpable, y formar causa á los cómplices, hubiera sido encausado por »violacion de la ley. Si el jurado de Estrasburgo no hubiera, por un »solo voto, absuelto á los compañeros de Luis Bonaparte, hubiera in»fringido la ley divina, que es la ley de conciencia, y la ley humana, »que es la ley de razon.»

«Todo el discurso de M. de Lamartine en aquel malhadado debate no »fué mas que una larga aberracion y un hacinamiento de contradicciones »é inconsecuencias de toda especie.»

«En él dice que ama sobre todas las cosas la libertad y la igualdad, »y enjareta el discurso mas aristocrático de toda la legislatura. Anate»matiza la ley de Disyuncion con el nombre de golpe de Estado legis»lativo, y vota por este golpe de Estado: espeta la inmutabilidad de la »Carta, y desea una segunda Asamblea constituyente; quiere preservar »á la patria, y disculpa el ataque de la patria á mano armada; acaba de »tener noticia, por primera vez de su vida, de que existe una distincion »entre la conexidad y la indivisibilidad, y diserta como Bártulo sobre »esta distincion de jurisprudencia pura. Pide que se obedezcan las leyes, »y zapa la inviolabilidad del jurado; reprueba las revoluciones militares, »pero no llevaria muy á mal las revoluciones populares, con tal sola»mente de que no se repitiesen muy á menudo: y todo el resto del dis»curso es igualmente racional!»

«Por lo demas, M. de Lamartine no estaba alli en su terreno, y no »debemos admirarnos de que delirase un poco. ¿Cómo habia de hablar »el lenguaje de los negocios? no conoce esta jerigonza, afortunadamente »para su musa; pero brilla en las cuestiones literarias que han sido el »estudio y la gloria de su vida, y en las cuestiones de sentimiento, poe»sía de los corazones nobles.»

«Escuchamos con voz atenta, cuando M. de Lamartine, piadoso bar-

1 *Loi de Disjonction.* Ley propuesta por el ministerio Thiers para hacer juzgar á los cómplices en la intentona del príncipe Luis Bonaparte en Estrasburgo.—*N. del T.*

»do, canta un himno á la religion: nos reimos cuando M. Thiers, bur»lon escéptico y *volteriano*, se recomienda en nombre de la divina Pro»videncia, y es porque el uno cree en algo y el otro no cree en nada.»

«Pero si M. de Lamartine, en vez de cantar raciocina, veamos si no »ha quebrantado en su argumentacion las reglas de la lógica, y tampo»co aprobaremos sus cuentas sin verificar la suma.»

«M. de Lamartine se acerca á veces mas á la verdad que los demas »oradores, por la razon de que, sin saberlo él mismo, le arrastran las »inevitables consecuencias de los principios que establece, y se le per»mite acabar frases radicales que no se les hubiera dejado empezar á »Miguel de Bourges ó á Garnier Pagés. Esto consiste en que el audito»rio parlamentario no dá séria importancia á la opinion de los poetas: »sabe que así en política por los sucesos, como en poesía por los cam»pos, van siguiendo los caprichos ya sombríos, ya risueños de su ima»jinacion, semejantes á aquellas arpas de Eolia que suspendidas en los »bosques sagrados gemian blandamente al paso de los céfiros, ó vi»braban con briosa cuerda al soplo de la tempestad.»

«No se haga ilusiones, M. de Lamartine; si la Cámara le presta una »atencion universal y benévola, cuando habla de literatura y de moral, »es porque á consecuencia de un secreto y complaciente exámen de sí »propio, no hay un solo diputado, ministerial ó puritano, que no se »precie de ser un hombre sensible y un ingenio delicado, y que, por »medio de su atencion á lo menos, no quiera darlo á entender.»

«Cuando M. de Lamartine defiende las letras humanas, casi siempre »compone su discurso de exámetros desparejados, de sones para el oido, »de frases no acabadas. *Ægri somnia.*»

«Viagero nebuloso, se complace en una especie de metafísica aérea »y sutilísima, que él toma por la ciencia social, y que no es mas »que una especie de deismo fantástico aplicado á las cosas de la tierra. »Construye, en sus sueños, definiciones cuyo sentido no puede anali»zarse.

»Veamos, por ejemplo, su teoría parlamentaria sobre la literatura:

»Lo bello es la virtud de la inteligencia: reduciendo el culto, tema»mos alterar mas adelante la virtud del corazon.»

«Esto lleva demasiados visos de logogrifo; y ¿qué diremos de todos »aquellos benditos diputados que lo aplaudian?

»Estraño, pero harto comun extravío de las mas nobles inteligen»cias! M. de Lamartine no se estima en mucho á sí mismo mas que como »publicista, y acaso como hacendista; como poeta, se desdeña. Y en »efecto, ¿qué es para M. de Lamartine un poeta? Un poeta! vaya, »vaya!

»Solo á modo de pasatiempo es como se hace traer su lira, y si le avi-

»san que la compañía de las nueve Musas está reunida en su salon de ar-»riba, y aguardan que les dé noticias suyas, M. de Lamartine cojerá »indolentemente su pluma, y se dignará escribirles en verso, como S. E. »el señor duque de Broglie se digna alguna vez tambien escribirnos »en prosa.»

«No negamos que el talento de M. de Lamartine se haya hecho algun »tanto mas flexible de lo que era; en efecto, improvisa, mas diremos, »redarguye con una brillante facilidad, á veces con un tino particular de »giro y de espresion, siempre con aquella conviccion tanto mas viva y »peligrosa para el vulgo de las asambleas y aun para el orador mismo, »cuanto de nada duda porque no descubre, en la precipitada y por con-»siguiente incompleta vision de su fantasía, mas que la mitad del objeto, »mientras que se le escapa la otra mitad. En poesía, M. de Lamartine »tira sus cuartillas al impresor, y en prosa sus palabras al auditorio, »como se le ocurren al correr de la pluma, y sin curarse de lo que pre-»cede ni de lo que sigue; para decirlo todo de una vez, M. de Lamar-»tine no trabaja bastante, y sin las largas, tenaces y profundas medi-»taciones del estudio no hay lógica posible. Ahora bien, fuerza es re-»petírselo á los escritores y á los oradores parlamentarios, solo se vive »por la lógica.»

«Nuestro gobierno representativo está arreglado de suerte que los »hombres de imaginacion son poco aptos para él: nuestra legislacion »tiene una lengua técnica que es preciso haber aprendido, y que está »erizada de términos de derecho, á veces bárbaros, y toda sembrada »de sutilezas escolásticas: por eso abundan en las Cámaras los abogados »sutiles y tortuosos, como que allí están en su puesto natural, porque »hacer las leyes es discutir, y ellos son hombres de discusion. No di-»remos, sin embargo, con Platon: cojed por la mano á los poetas, y »despues de haberlos coronado de flores acompañadlos cortesmente »hasta las fronteras del reino. No diremos con Pablo Luis [1] que los li-»teratos, en general, en los empleos, pierden su ingenio y no aprenden »los negocios; ni con M. Laffite, que M. de Lamartine podrá ser muy »poético, pero que no es muy lógico.»

«Sin embargo, fuerza nos es convenir en que los poetas estarian muy »mal colocados en el tribunal de policía correccional, en el consejo de »Estado, en la escuela de puentes y calzadas, en las oficinas del sello »(*timbre*) y del registro (*enregistrement*), y aun en las embajadas. Mucho »escandalizaríamos á muchísimos de esos señores si fuéramos á decirles »y á sostener que ciertos alcaldes (*maires*) de aldea, dotados de seso y

1 Pablo Luis Courier, célebre autor de folletos políticos. Ya al principio de su obra le retrató Timon.—*N. del T.*

»esperiencia, regirian tal vez mas cuerdamente que ellos los asuntos del »Estado.»

«Si M. de Lamartine nos conceptúa un poco severos á nosotros los »puritanos, es porque no hubiera debido salir de su situacion natural, »y porque habiéndose hecho hombre de Estado debemos decir lo que »pensamos del carácter inconsistente y de las inconsecuencias del hom»bre de Estado.»

«Cuando se desea la mejora social, debe desearse la mejora política: »cuando se tiene lógica no se habla *en pró* para concluir *en contra*; el »que es diputado debe saber lo que quiere, debe hacer de modo que to»dos sepan lo que es, que sepan donde toma asiento, que sepan adonde »vá. Cuando se ama sinceramente la gloria no se entretejen mas que »para frentes gloriosas los lauros de la poesía: cuando se ama sincera»mente al pueblo no se pide para él pan, sino trabajo, honor é igual»dad. Cuando se ama sinceramente la libertad no se vota con sus ene»migos!»

Tales eran los cargos, clásicos por una parte, políticos por otra, que dirigian los críticos y los puritanos, aun no hace mucho tiempo, á M. de Lamartine como poeta, como orador, y como hombre de Estado.

Permítaseme á mi vez considerarle bajo estos tres aspectos.

Sin duda M. de Lamartine no es un poeta de un gusto clásico; no está vaciado en el molde del antiguo Apolo, pero es el mas grande improvisador en verso de la lengua francesa. Es original, y á su modo, como todos los hombres de verdadero genio.

Es á veces descuidado, pero por lo mismo cabalmente es sencillo; juega con la rima, y la melopea se transforma bajo su pluma, se modula y se pliega á todas sus inspiraciones y caprichos. No giran las esferas celestes en la inmensidad con mas armonía que sus versos; no se desata el arroyo por el prado con mas delicioso murmullo; no canta con mas elegancia y lijereza el pajarillo en la primavera; ni los lagos de Sicilia, entumecidos por la fresca brisa, lucen al caer la tarde velados con mas frescas y suaves vislumbres. Y no es solamente su voz que canta, sino su alma que suspira y habla á mi alma, que vibra en ella, que hace estremecer todo mi ser y que me inunda con su ternura y con su llanto; es su meditacion la que me arrebata en sus alas flagrantes á las regiones de la eternidad, de la muerte, del tiempo, del espacio, del pensamiento, donde jamás habia yo penetrado, y la que me descubre y enseña luminosas verdades metafísicas con su lenguaje pintoresco, sensible é inaudito.

No sé, en verdad, si hasta cierto punto no aparece algunas veces quebrada la cesura de sus versos, si su medida no es á veces incompleta, si sus ideas no se pierden en la vaguedad ó no se ofuscan en la contra-

diccion; si las cuerdas de su lira no exhalan siempre sonidos iguales si bien delicados; pero tampoco quiero saberlo: ¿por ventura no hieren siempre con ruido igual las ondas los dos remos de una navecilla? me quejo yo por ventura de que la silvia esté repitiendo sin cesar sus dulces cantos? acaso no me halagan siempre lo mismo el ruiseñor con su melodía, la belleza con su mirada y la violeta con su perfume? aparto yo acaso el oido del rumor lejano de la cascada, ó mis ojos de la lumbre fija de las estrellas? Pues qué, el alma que sufre no exhala eternamente el mismo quejido? Y no se ceba la madre que acaba de perder un hijo en las inconsolables repeticiones de su dolor? Pues del mismo modo, tampoco exijo yo de M. de Lamartine que me pruebe con cadenciosos silogismos la verdad de lo que me canta; solo le pido que me cuente sus sueños con la lira para que yo sueñe, que suspire para que yo suspire, que ame para que yo ame, que goce para que yo goce!

¿Quién podria negar sin injusticia que Lamartine y Victor-Hugo han enriquecido con sus perlas y sus diamantes nuestra corona poética ya tan esplendorosa? Ambos son irregulares en su marcha y rebeldes al freno de la gramática; mas atentos á la idea que á la palabra, mas á la inversion que al sentido directo, mas á la novedad que al método, mas á lo inesperado que á lo gradual, y á veces mas á la rima que á la verdad [1]; y son ambos un tanto adormecedores con su monotonía, y un cuanto atronadores en sus apóstrofes; pero ambos genios poderosos, genios originales, nacidos para rejuvenecer una literatura estenuada. El uno despide llamas y chispas como un carbunclo oriental; el otro suspira como la lira de Fingal en los zarzales desolados; el uno se deja arrebatar por su fuego lírico, prodiga sin tasa su fuerza y sus tesoros, es desordenado, fantástico y á veces sublime; el otro es mas religioso, mas meditabundo, mas inclinado á los misterios y á los símbolos, se comunica mas con el cielo y se oculta como para hacer oracion. El uno pone en tortura su ritmo y desflora á la musa que acaricia y respeta el otro; el uno, con el brazo tendido, parece sacar de su plectro trabajosamente sonidos inflados y triunfadores, el otro se deja llevar como una linfa clara por su genio fácil y espedito; el uno es mas exacto pero mas pesado en sus moralidades filosóficas, el otro mas inspirado pero mas nebuloso; el uno tiene mas arte dramático para ajustar al hombre interior las escenas de la naturaleza, el otro es mas tierno, mas insinuante, mas persuasivo, mas elo-

1 El autor emplea aquí con mucha oportunidad un juego de palabras que no podria traducirse sino con gran temeridad, jugando tambien con nuestra frase proverbial *sin ton ni son* que es la equivalente á la francesa *sans rime ni raison*. En tal caso el *plus soucieux de la rime que de la raison* del testo se verteria diciendo: *mas atentos al ton que al son*, ó vice-versa.—*N. del T.*

cuente en la pintura de los sentimientos íntimos y de los misteriosos laberintos del pensamiento; el uno es mas deslumbrador y mas atronador que el rayo que repite de roca en roca y que se deshace en lampos en las profundas gargantas del Hémus, el otro mas pensativo, mas endiosado que las vírgenes de Israel á la orilla del rio solitario que las separaba de la tierra de su cuna. El uno se dirige al entendimiento y el otro al corazon; el uno al sexo que obra y razona, el otro al sexo que siente y ama.

Quizás es un fenómeno sin ejemplo el que presenta Lamartine de haber empezado sin preparacion ninguna el arte de hablar despues de los cuarenta y cinco años cumplidos; pero tiene esplicacion, porque Lamartine es el primero y el único improvisador entre nuestros poetas. Los versos fluyen de su vena como el agua en el manantial. Lamartine no se ha encaramado nunca en el Trípode, no se ha visto poseido jamás por el númen de la Pitonisa, jamás ha entregado la melena desgreñada al viento, no le han hecho palidecer jamás los estremecimientos de la inspiracion, ni ha ahondado jamás sudando la gota gorda el surco del pensamiento. Como orador, habla cuando canta; como poeta, canta cuando habla. Su poesía es límpida, fácil, hilada como un discurso, y sus discursos son numerosos, exornados, amenos, sonoros y melodiosos como su poesia.

Bien puede V. consolárse, oh Lamartine, de no ser tan gran político ni tan gran lógico como pretenden sus aduladores y como V. cree ser, y como siente V. mucho que nosotros no creamos que sea; consuélese V., porque es preciso consolar siempre á los poetas. Si no tuviera V. sus defectos, tampoco tendria las cualidades que tiene; si no fuese V. voltario, no seria V. impresionable; si no fuera V. impresionable, tampoco seria poeta; si no produgera V. sonidos armoniosos, tampoco seria V. una verdadera lira; si tuviera V. la precision de la prosa, no tendria V. la cadencia del verso; si tuviera V. la lógica del raciocinio, no tendria la esquisita vaguedad de la sensibilidad; si tuviera V. pureza de dibujo, no tendria riqueza de colorido; si supiera V. hablar el lenguaje de los negocios, no sabria V. hablar la lengua de los Dioses!

Sí, Lamartine, consuélese V. de no ser, como pretenden algunos, y como casi creería yo, el primero de nuestros políticos, lo cual en verdad valdria bien poco; su destino de V. es harto ventajoso, y yo por mi parte preferiria cuatro ó cinco de sus estrofas á todos los discursos de tribuna, inclusos los que V. mismo ha pronunciado. Sí, ilustre poeta, tú vivirás cuando hayan dejado de existir los actuales dueños de la palabra, cuando hayan desaparecido ellos y sus obras, y solo se salven dos ó tres nombres del vasto naufragio de nuestros efímeros gobiernos. Tú sobrevivirás á la gran ruina, y nuestros nietos se complacerán algun dia á la mística

hora de morir el sol en occidente en repetir estas estanzas que se deslizan con tanta gracia y nobleza [1]:

Dulce reflejo de un globo de llamas,
rayo encantador ¿qué quieres de mí?
vienes quizás á mi abatido seno
para dar luz á mi alma?

O desciendes acaso para revelarme
el divino misterio de los mundos;
esos secretos escondidos en la esfera
adonde tornarás al nuevo dia?

Acaso te envia á los desgraciados
una secreta inteligencia?
vienes tú por la noche á lucir sobre ellos
como un rayo de la esperanza?

Vienes tú á correr el velo del porvenir
al corazon fatigado que te implora?
rayo divino, eres tú la aurora
del dia que nunca ha de acabar?

Mi corazon se inflama á tu luz,
me siento enagenado de un modo desconocido;
pienso en los que dejaron de existir,
oh dulce claridad, eres tú su alma?

Tú vivirás, y mientras se hable de Napoleon en el mundo ¿quién no repetirá estos magníficos versos?

Envuelve una nube tu tumba y tu cuna,
pero semejante al relámpago te abortó una tempestad;
vibraste rayos contra el mundo antes de tener un nombre.
Semejante al rio, cuyas fecundas aguas bebe Ménfis,
que antes de tomar el nombre de Nilo hace hervir sus hondas
en las soledades de Memnon.

Y ahora viene al caso decir que M. de Lamartine es de estatura aventajada, que tiene ojos azules, frente angosta y prominente, lábios delgados, facciones regulares y arrogantes, porte elegante, maneras nobles, y una especie de desenvoltura de gran señor un tanto espetado. Las mu-

1 Nada disculparia nuestra temeridad si quisiéramos traducir aqui las siguientes estanzas en verso despues de la calificacion que hace de ellas Timon.—*N. del T.*

jeres, entusiasmadas con sus vagas melodías, tan adecuadas á su alma, no buscan á ningun otro mas que á él en la multitud de diputados, y se preguntan dónde está?

Dónde está! Afortunadamente no en la nebulosa region del partido social. Ha sabido bajar de ella; ha plegado sus alas de ángel; ha posado en la tierra, y no se ha desdeñado de confundirse con el resto de los mortales.

Como orador, porque tambien tengo que considerarle bajo este otro aspecto, M. de Lamartine ha ido ganando de año en año, y hoy se encuentra en plena posesion de la gloria parlamentaria. Su imaginacion es vívida y feliz; su memoria estensa, flexible y fresca, que retiene y reproduce todo lo que deposita en ella, y sigue sin estraviarse el estilo incierto de mil vueltas y revueltas; tiene ademas calma en medio de las tormentas de la tribuna, aunque en verdad poco violentas para él; una singular y maravillosa facultad de apropiarse las ideas agenas, que quizá no tiene igual en la asamblea; una percepcion segura y clara de las dificultades de cada asunto; una riqueza de tintas donde entran todos los colores, y se funden, y se mezclan, y forman variedades, y se multiplican y se dilatan en flores, ondas y matices en todos sus discursos; una soberbia desplegadura de frases enlazadas, una improvisacion abundante y espedita, una réplica animada, una calencia, un número, una armonía, una abundancia de imágenes, de sonidos y movimientos que llenan el oido sin fatigarle, y que se asemejan tanto á la grande elocuencia que pudieran confundirse con ella.

Yo por mi parte, que prefiero en el Parlamento los argumentadores á los oradores, los lógicos á los imaginativos, y el lenguaje de los negocios á la lengua de las musas, me sentiria mas movido por un discurso varonil y nervudo que con ese estilo melodioso, sonrosado y florido; pero debo tambien convenir en que semejante pompa de lenguaje, que en otro cualquiera seria pura afectacion y amaneramiento, y retórica vana y palabrera, es dote natural en Lamartine. Improvisa este lo mismo que canta: lírico legítimo y de buena raza, sin mezcla ni trabajo.

Sí, á mí me halaga su elocucion rítmica y acompasada, aunque sea mas propia para repetir los oráculos de Apolo que para espresar las pasiones del *Forum*; me halaga porque la veo deslizarse por entre las algas del rio con una especie de gemido lánguido y dulce como los miembros dispersos de Orfeo; me halaga porque, si bien es cierto que no encuentro en ella la verdadera prosa del discurso, esa prosa magestuosa y grandilocuente que no oigo en boca de ninguno, encuentro por lo menos la prosa de la poesía. Solo le falta la consonancia, y digo en verdad que es tanto lo que me cansa y fastidia ya el patés chavacano de nuestros señores parlamentarios, que no me pesaria que el poeta legislador nos diri-

giese de vez en cuando la palabra en verso. Toma la lira, oh Lamartine, y hazla resonar por Dios, que ya tengo desgarrado el oido con los chinarros de semejante prosa!

Menos orador que poeta, y menos hombre de estado que orador, tócame ahora examinarle bajo este tercer aspecto.

M. Lamartine se deja dominar demasiado por su imaginacion, que le hace vagar de una parte á otra por entre los caminos rectos ó tortuosos de mil sistemas. Poco mas ó menos sabemos todo lo que él no quiere; así es que no quiere la legitimidad, ni quiere el Imperio, ni la República, ni la aristocracia, ni la camarilla; pero es harto mas difícil saber lo que quiere. Hé aquí por lo demas su principio, y entiéndalo quien pueda: «Constitucion orgánica y progresiva de la democracia completa, prin»cipio espansivo de la caridad mútua y de la fraternidad social, organi»zado y aplicado á la satisfaccion de los intereses de las masas.»

Con esto afortunadamente no tiene que temer M. de Lamartine el incurrir, por causa de las audaces temeridades de su nueva Carta, en la aplicacion de las leyes de setiembre, ni verse citado por el señor fiscal para ante el señor juez de instruccion residente en su despacho del palacio de Justicia.

Pero si para poner en planta esas grandes y nebulosas teorías envidiase M. de Lamartine, como en efecto creo que los envidia, los altos puestos y mandos del poder ejecutivo, yo que le conozco aun mas de lo que se conoce él mismo, no le doy tres meses de embajada ó de ministerio sin que esperimente cansancio y hartura, y verdadera náusea, y disgusto sin fin, echando de menos su vagarosa y cara independencia. El hombre-poeta nació así!

Por su gloria, por su reposo, por su bien y por el de sus afectuosos amigos, debemos desear que M. de Lamartine no llegue á ser nunca ministro ni embajador. No conoce él bastante á los señores y lacayos, á los truanes grandes y pequeños, con los cuales tendria que confundirse y vivir; no sabe él hasta dónde puede llegar su jactancia, ni hasta dónde puede subir su terror, ni cuántas reputaciones puras é inocentes ha mancillado su contacto. No ha nacido él para verse burlado, y menos aun para ser burlador.

Pero ni las interesadas caricias del poder, ni los delirios de una imaginacion poética, ni las instigaciones de los partidos, ni esas confusiones de doctrina, ni esas aberraciones de lógica pervertirán el escelente corazon de Lamartine. Ese corazon es de suyo generoso, benéfico, amante del pueblo, sediento de teorías y de acciones filantrópicas, dispuesto á señalar y á emprender todas las cosas útiles, grandes y nacionales; independiente y animoso en sus opiniones, á veces casi radical, y mas radical que yo mismo; finalmente, no hay en sus labios hiel ninguna,

antes bien un candor de poeta y una rectitud de corazon en cierto modo virginales.

No, Lamartine; cualesquiera que hayan sido los errores de tu política, de tus votos y de tus discursos, tú no puedes odiar la libertad, porque tienes un alma bella! No, tú no eres bastante desgraciado para creer que los gobiernos pueden ser impunemente injustos, violentos y corrompidos; que la necesidad introduzca con razon su cuña de hierro en las cosas humanas para descoyuntarlas y dividirlas ciegamente; que la sancion de un principio solo reside en su triunfo, y que las revoluciones compradas con la sangre de los ciudadanos no deben producir mas enseñanza ni mas resultado que la brutal opresion del pueblo.

Baldon eterno para semejantes doctrinas! Yo no puedo menos de creer, oh Lamartine, y de creerlo en lo íntimo del corazon, que tú no participas de ellas, que las aborreces, que las abominas, y que estás dispuesto á vituperarlas conmigo; sí, conmigo, que, como has visto, jamás he pasado de un campo al otro con los caprichos de la victoria. Mi bandera permanece clavada en el suelo de la patria; quiero la libertad, no en las frases, sino en las cosas, no en las mentiras de una carta, sino en la realidad de la vida política; no en los privilegios de unos pocos, sino en la igualdad de todos. No creo yo que la verdad esté encadenada á transigir con el error, que las eternas leyes de la moral y de la justicia cesen de gobernar al mundo, que los principios tengan que implorar merced de la necesidad, que la insolencia del hecho deba supeditar al derecho, y que la soberanía del pueblo pueda dejar de existir.

M. THIERS.

No fué ninguna duquesa la que meció á M. Thiers al venir al mundo.

Como nació pobre tuvo que perseguir á la fortuna; como nació en ignorada cuna tuvo necesidad de adquirirse un nombre; como abogado sin pleitos se metió á literato y se entregó en cuerpo y alma al partido liberal, mas por necesidad que por inclinacion. Entonces empezó á admirar á Danton y á los hombres de la Montaña, y llevó hasta la exaltacion el fanatismo calculado de sus hipérboles. Devorado por las necesidades como todos los que tienen la imaginacion viva, debió sus primeras comodidades á M. Laffitte, y su reputacion á su propio talento. Sin embargo, sin la revolucion de 1830 quizás no seria hoy M. Thiers ni elector ni elegible, ni diputado, ni ministro, ni siquiera académico; hubiera encanecido en el aprecio de alguna pandilla literaria.

De entonces acá ha cambiado de papel; se ha hecho autor, fautor y





De entonces aca ha cambiado de papel ; se ha hecho autor, fautor y



THIERS.

panegirista de dinastías, sostenedor de privilegios, órgano y ejecutor de inexorables mandatos; ha ligado irreparablemente su nombre con el estado de sitio de París, con las descargas de metralla de Lyon, con las magníficas hazañas de la calle de Transnonain [1], con las deportaciones al monte Saint-Michel, con las fortificaciones, con las leyes contra las asociaciones, los vendedores públicos, los tribunales criminales y los periódicos; con todo lo que ha servido para encadenar la libertad; con todo lo que ha sido instrumento de depresion y vituperio para la prensa; con todo lo que ha contribuido á falsear la institucion del jurado, á diezmar á los patriotas, á disolver las milicias nacionales, á desmoralizar á la nacion, á arrastrar por el lodo la generosa y pura revolucion de Julio.

Ha abandonado á sus amigos Dupont de l'Eure, Carrel y Laffitte; ha renegado de sus doctrinas liberales; ha sido para la dinastía un instrumento apto para todo, dispuesto á todo; uno de esos instrumentos que se pliegan y no se rompen jamás, que se enarcan hasta tocar un estremo con otro, y que son tan flexibles que vuelven á enderezarse como una flecha!

Los ministros aristócratas tienen sin duda algun mas halago en la palabra, pero carecen de esa elasticidad de carácter; tienen mas habilidad para doblar con gracia la cabeza y el espinazo; saben encorvarse hasta el suelo para recojer el sombrero de su amo, pero vuelven á levantarse con la frente erguida; saben tratar con los reyes como de caballero á caballero, y se tienen en mas que cualquier cartera; asi que, sea ó nó por instinto de dominacion, los reyes eligen mas á menudo sus ministros entre los pecheros que entre los nobles. Saben que estos solo les servirán como vasallos, al paso que aquellos lo harán como criados.

Asi pues si en una monarquía un hombre nacido en humilde cuna, pero de talento, recibe una educacion mas literaria que moral, y llega en brazos de la fortuna á la cumbre del poder, su elevacion le hará forzosamente marearse. Como se encuentra aislado en las alturas á que ha ascendido, y no sabe donde apoyarse, careciendo de consideracion propia y de gente que le rodee, no siendo ya pueblo ni queriendo serlo, y no pudiendo ser por mas que quiera y que haga noble y gran señor, se consagrará á besarle y lamerle á su rey los calcañares, y no creerá haber hecho nunca bastantes contorsiones de humillacion, ni bastantes caricias deprecativas, ni bastantes ficciones de adhesion y celo, ni bastan-

1 En esta calle y en sus adyacentes, siendo ministro M. Thiers, durante las famosas jornadas de junio de 1832, fueron pasados á cuchillo por la tropa en sus mismas habitaciones muchos ancianos, niños y mujeres, á pesar de sus súplicas y ruegos.—*Nota comunicada por el autor.*

tes genuflexiones y besamanos y besapies, para probarle su humildad y lo rastrero de su adoracion. Los personages de esta especie son como los predestinados de la Gehenna que han hecho pacto con el diablo; llevan las señales de sus uñas, y si alguna vez intentan volver la cabeza, romper un eslavon de su cadena y dar un paso, el amo infernal á quien entregaron su cuerpo y vendieron su alma les grita: Eres mio!

Corre libremente pincel mio, que no necesitas ahora ni compás ni tela preparada y tirante; corre á tu capricho! Quiero pintar á Thiers al modo que él habla, aunque no tan bien como habla; quiero presentarle ante el público lo mismo que le estoy yo viendo, empezar por la parte inferior de su fisonomía, acabar por los ojos, y para que salga mas parecido pasar de un lado al otro, ir, volver, cruzar, perderme y volverme á encontrar, y volverme á perder, y hacerle por fin á su imágen y semejanza.

M. Thiers, analizado detalladamente, tiene una frente espaciosa y bien organizada, ojos vivos, sonrisa de sagacidad y agudeza; pero en su conjunto aparece rechoncho, descuidado y vulgar. Hay en su cháchara un no sé qué de comadre, y en su porte un no sé qué de pillo de la calle; su voz nasal desgarra el oido; el mármol de la tribuna le cubre hasta el hombro y casi le oculta á su auditorio. Resta añadir una cosa; nadie cree en él, ni él siquiera; asi pues, defectos físicos, desconfianza de amigos y de enemigos, todo lo tiene en contra suya, y sin embargo cuando ese hombrecillo se apodera de la tribuna, se instala en ella tan á sus anchas, descubre tanto talento, tanta agudeza, tanta chispa, que se tiene uno que abandonar, por mas que quiera resistirlo, al placer de escucharle. Tiene por costumbre inclinar la cabeza sobre el pecho cuando se dirige hácia el estrado de la tribuna, pero asi que ha trepado arriba y una vez lanzado á hablar despues de un breve momento de silencio, alza tan bien la cabeza, se pone tan erguido y tan alto en las puntas de sus pies que domina toda la Asamblea.

Aunque acostumbra tambien á empezar todos los párrafos de sus discursos con la fórmula: *Permítanme VV. señores, ó VV. perdonarán si,* etc. sabe muy bien decir las cosas sin permiso, y se cree muy superior al permiso de cualquiera; pero hay tanta vanidad en una Cámara francesa! hay que humillarse tanto con ella! Mediante esa pequeña precaucion, puede uno atreverse á todo, y decirlo todo; es como el pasaporte de muchas impertinencias.

No puede decirse que M. Thiers procede en su elocucion por salidas de puntas agudas como Dupin, ni que tenga la gravedad de Odilon-Barrot, ni el sarcasmo burlon de Mauguin, ni la ondulosa elocuencia de Sauzet, ni la razon elevada de Guizot; es una especie de talento á parte que no se parece de cerca ni de lejos al de ninguno.

Su razonamiento si se quiere no es una verdadera oracion; es en cierto modo una plática, una pura conversacion, pero una conversacion brillante, ligera, voluble, animada, entremezclada de rasgos históricos, de anécdotas y de reflexiones agudas, y todo ello dicho, cortado, roto, enlazado, desleido y recosido con una destreza de lenguaje verdaderamente incomparable. Nace el pensamiento con tanta facilidad en esa cabeza que casi diria uno que sale á luz antes de ser concebido. Los anchos pulmones de un gigante serian insuficientes á la espectoracion de palabras de ese ingenioso enano; no parece sino que la naturaleza, siempre mirada y compasiva en sus compensaciones, ha querido reconcentrar en él toda la potencia de la virilidad en los débiles órganos de su laringe.

Vuelan sus frases como el ala del pájaro mosca, y hieren con tal rapidez que se siente uno herido antes de saber de donde viene la flecha.

En sus discursos podrian censurarse miles de contradicciones; pero no deja él tiempo ni ocasion para hacerlo.

Le envuelve á uno en el laberinto de sus argumentaciones, donde se cruzan y confunden mil caminos diversos, y cuyo hilo solo él posee.

Cuando una cuestion parece ya agotada la vuelve él á presentar por un lado enteramente nuevo, y la restablece con razones tan ingeniosas!...

No es posible encontrarle descubierto en nada; tan fecundo, tan ligero se muestra en la defensa como en el ataque, en la réplica como en la esposicion. No sé yo si sus respuestas son siempre sólidas, pero si sé que son siempre las mas especiosas.

A veces se detiene de repente para contestar á los interruptores, y les lanza sus dardos con tanta oportunidad que los deja aturdidos y alelados.

Si una teoría presenta varias faces, unas falsas, otras ciertas, las agrupa, las entremezcla, las hace jugar y vislumbrar á los ojos de los espectadores con tal celeridad y destreza de manos que no tiene uno tiempo para cojer al paso el sofisma. No sé si el mismo desórden de sus improvisaciones, si esa misma incoherencia y agrupamiento de tantas proposiciones contradictorias, si esa misma mezcla estraña de todas esas ideas y de todos esos tonos es un efecto de su arte; pero entre todos los oradores él es sin disputa el mas fácil de refutar en los escritos y el de mas difícil refutacion en los discursos. Es el truhan mas divertido de todos nuestros truhanes políticos, el mas agudo de nuestros sofistas, el mas sutil y fascinador de nuestros prestidigitadores; es el Bosco [1] de la tribuna.

Ruega y suplica incesantemente que se le deje decir la verdad; pero vamos, señor mio, no repita V. tanto que vá á decirla, y dígala de una vez.

1 El primer jugador de manos de la época.—*N. del T.*

Es temerario y acaba siendo tímido; quiere obrar, corre, vá á precipitarse, y en seguida se esconde, y se guarece, segun dice él en su propia fortaleza. Advierte todos los puntos de la dificultad, y no resuelve ninguno; coje el globo terrestre como pudiera cojer la urna de las votaciones y le espeta á uno un curso de geografía; toma la esfera armilar y vá sacando uno por uno sus círculos, sus globos, el ecuador, los solsticios, y en fin todas las piezas: señala las costas de la tierra, sondea los golfos, indica los promontorios, los escollos, los puertos, las ciudades, las montañas y los desagües de los rios. Dá la vuelta al mundo y se restituye á su hogar pacífico despues de haber visto mucho, y hablado mucho, y viajado mucho y andado poco, enseñado mucho y aprendido maldita la cosa.

Si se le llegára á proponer el mando de un ejército tal vez no lo rehusaria, y á fé de Timon ignoro si perderia ó nó la batalla. Puedo asegurar á VV. que he oido por mis propios oidos á muchos generales infatuados con él decir que servirian gustosos á sus órdenes [1].

VV. se rien, pues á pesar de eso hablo muy seriamente, y digo que si Thiers hubiera tenido unas cuantas pulgadas mas de talla, y hubiera aprendido la carga á once voces, les pareceria á VV. un pequeño caporal córtado á lo Napoleon.

Por Dios no le saquen VV. de sus ilusiones mientras trabaja, maniobra y forma en la tribuna en sus combinaciones estratégicas, porque entonces se cree de buena fé general, y no como quiera de un mero cuerpo de ejército, sino generalísimo, y en caso necesario almirante, á tal punto que para pasar de Grecia á Égipto hará que la escuadra toque en Tolon [2] para tenerla mas cerca de su anteojo á lo Bonaparte. En otra ocasion, veránle VV. dirigirse inmpertérrito á M. Soult y decirle que no salió de Génova con su ejército por la puerta de Francia sino por la puerta de Italia, y si Soult fué herido en la batalla de Salamanca él será capaz de sostener, al compás de los aplausos de la Cámara, que recibió la herida en la pierna izquierda, y no en la derecha como ha creido siempre el mismo Soult, y se lo probará de tal modo que para salir de duda meterá involuntariamente el viejo guerrero su dedo en la cicatriz de su herida [3].

1 El general Hache lo decia asi; verdad es que cuando lo decia era M. Thiers ministro! El célebre Ch. Nodier, hombre sumamente *entusiasmable*, llegó á infatuarse de tal manera con el talento militar de Thiers que sostuvo en varias ocasiones que era este un escelente general.—*Nota comunicada por el autor.*

2 Alusion satírica al regreso á Tolon, cobardemente dispuesto por M. Thiers, de la escuadra de Egipto mandada por el valiente almirante Lalande.—*Id.*

3 Este hecho es histórico; y es de advertir que Thiers no habia nacido aun en la época áque se refería.—*Id.*

A veces se lamenta de su suerte, y nadie sabe entonces representar mejor que él el papel de víctima; otras toma el acento de Caton el misántropo y exhala de su pecho hondos gemidos sobre las perversidades de la opinion. Sabe tambien hacerse el melífluo, y cuando uno cree que vá á acariciarle le araña el traidorcillo!

Mucho le agrada la posesion del poder, no por lo que el poder vale en sí, sino por el bienestar que proporciona. Entre él y M. Guizot se reparten todo su jugo; Guizot saca de él el orgullo, y Thiers el sensualismo; y esto proviene de que se ha visto dos terceras partes de su vida privado de los goces de la fortuna. Pero ahora se está hartando con toda el ansia y egoismo de un hambriento.

M. Thiers por su talento parece que tiene el diablo en el cuerpo; por todas partes le asoma, por los ojos, por los lábios y hasta por las uñas. En su organizacion tiene bastante semejanza con Voltaire por lo delicado, lo canijo y lo instable.

Reune todos los caprichos é impertinencias de un niño con grandes pretensiones de gravedad de filósofo.

Es mas literato que estadista, y mas artista que literato; se entusiasmará ante un vaso etrusco, y la libertad le hallará indiferente.

Como hombre de gobierno es capaz de concebir grandes designios; y tiene al mismo tiempo como una mujer la osadía de las cosas pequeñas.

Su valor es como el de todo ser débil y enfermizo, esa especie de valor febril y sujeto á repentes que concluye con ataques de nervios y congojas. Semejantes debilidades solo se permiten en un canapé; en política no es lícito desmayarse.

Grande orador y ministro indeciso, siempre que se trata de obrar su irresolucion glacial le tiene clavado á su poltrona; la palabra por el contrario le enardece y le saca de sus casillas.

Su antiguo entusiasmo hácia nuestros famosos revolucionarios era un mero entusiasmo de mancebo y de estudiante, al que iba mezclado sin saberlo él el despecho de no tocar en aquella época pito ninguno con cierta esperanza vaga de llegar á ser un personage. Pero el abuso de los goces ministeriales enervó muy pronto su temperamento *convencional*, y ha bajado de cuatro en cuatro la escalera que conduce de la guardilla al gran salon, instalándose en aquellos soberbios sofás de brocado de oro como si jamás se hubiera sentado sobre paja [1]; Thiers es gran señor por instinto [2], á la manera que otros lo son por costumbre.

1 Alusion al comienzo trabajoso y apurado de su carrera.—*N. del T.*

2 Thiers es hombre que fleta buques, y viaja por tierra con dos coches, el uno que lleva sus manuscritos, y ocupado el otro con su diminuta persona.—*Nota comunicada por el autor.*

Sea ó no ministro, en Francia ó fuera de Francia sus maneras nunca varian. Podria quizá sin embargo no prodigar su nombre por todo el universo en diarios y carteles cuando como un simple particular viaja para solaz suyo y nuestro. Y me parece en verdad de mejor gusto dejar esa especie de anuncios para los charlatanes que doman fieras, las actrices y las princesas.

Antiguamente los alcaldes y los regidores presentaban á los duques de Montbazon y de Montmorency las llaves de su gobierno en bandejas de oro; hoy se fletan buques, se hacen salvas y se pone en movimiento el telégrafo por los Montbazones del escritorio y los Montmorency de la curia y de la trapisonda: no les falta mas que hacerse acompañar por escuderos con alcones sobre el puño, por gentiles-hombres y pagecitos.

M. Thiers es escéptico por índole en moral, en religion, en política y en literatura, y no hay verdad que le haga mella, ni amor sincero y radical á la causa del pueblo que no escite su sonrisa; es una especie de estofa arrasada que refleja y despide al sol toda clase de colores sin tener uno que le sea propio, y cuyo tejido ralo dá paso á la luz como una gasa.

No hay que pedirle convicciones puesto que duda, ni pruebas de virilidad pues no se lo permite su temperamento. No quieren VV. que se burle cuando todo le parece digno de burla? y no se ha de burlar de VV. cuando se burla de sí mismo?

Confíesele en buen hora la administracion de la marina, de la guerra, del interior y de la justicia ó la diplomacia; pero no se pongan á su disposicion ni millones, ni menos aun cientos de millones, porque se le escaparán por entre los dedos como el agua por una criba. A su facilidad para gastar dinero, reune él cierta manera de dar las cuentas muy poco parecida á la manera comun, y suele llamarla muy ingeniosamente arte de agrupar guarismos [1].

No es muy fácil medir con exactitud toda la capacidad de su apetito político; lo único que puede asegurarse es que ha sido, y que seria mil veces mas aun si se presentára el caso, un inmenso consumidor de hombres, de caballos, de buques, de pertrechos y de escudos. Nadie al verle tan pequeñuelo diria que tiene un estómago tan vasto; á la manera de Gargantua es capaz de tragarse de un bocado el mas considerable presupuesto.

Ministro flexible y tenaz á un mismo tiempo, indiferente y decidido, solo cede para volver á la carga, solo concede para quitar de nuevo, solo permite escojer entre lo que es imposible evitar; y á la vuelta de todas sus concesiones siempre viene á decirnos: hagan VV. lo uno ó lo otro,

1 Histórico. Espresion de Thiers en la tribuna francesa.—*N. del T.*

con tal que hagan lo otro: dénme VV. esto ó aquello con tal que me den lo que yo pido.

Mucho me agrada, no lo puedo negar, su modo de discurrir natural, animado y suelto. En vez de declamar me parece que está conversando conmigo; no se parece á los hermanos predicadores de la doctrina [1] que están siempre barbotando sus salmos en el mismo tono; pero tambien su cháchara acaba por romperme la cabeza, aunque por lo general la oigo como una especie de pio y de gorgeo que me distrae de la monotonía oratoria, esa eterna pesadilla, la mas insufrible de todas para un mártir parlamentario condenado á ella desde medio dia hasta las seis de la tarde.

M. Thiers no solo conmueve y convence sino que interesa y divierte al pueblo mas aficionado entre todos los pueblos á que le distraigan, y le distraigan sin cesar, aun en medio de los negocios mas graves.

A cada paso vá encontrando M. Thiers por su camino flores, rubíes, perlas y diamantes; con solo bajarse y recojerlos y reunirlos toman entre sus manos, como por encanto, la forma de una guirnalda, de un broche, de una sortija, de un cinturon ó de una diadema; tal es la riqueza de su ingenio, tal su fecundidad y brillo!

Medita sin esfuerzo y produce sin estenuarse; camina sin fatiga, y no he conocido viajero de ideas mas veloz; pasan los tiempos por su memoria, en su órden y con su verdadera forma, y la naturaleza que los demas solicitan se ofrece á él sin que la llame con todas las pompas de su majestad y todas las gracias de su sonrisa. Habeis reparado alguna vez en los barcos de vapor que surcan nuestros rios aquel espejo suspendido donde se vá mirando la ribera? Mientras el barco navega vá él reflejando y viendo huir rápidamente las alegres aldeas, las iglesias con sus agujas sutiles, las praderas cubiertas de esmeralda, las despeluznadas montañas, las tremantes lonas de los buques, las blondas espigas de las inmóbiles campiñas, los rebaños del valle, las nubes del cielo, los animales y los hombres. Pues lo mismo es M. Thiers: es una especie de espejo parlamentario que vá reflejando las pasiones de los demas sin tener él pasiones, que llora sin tener lágrimas en los ojos; que se hiere con un puñal sin que le saque una sola gota de sangre. Todo en él es pura comedia, pero qué comedia y qué comediante, vive Dios! Qué naturalidad, qué flexibilidad, qué espontaneidad de imitacion! qué inflexiones de tono tan inesperadas! qué trasparencia! qué luz en aquel estilo! qué gracia sencillísima en aquella elocucion! Comediante, V. me engaña! y quiere engañarme. Admirablemente representa V. su papel, pero eso no es mas que un papel de comedia; lo sé, y sin embargo me dejo cautivar por esa seduccion;

1 Alusion á M. Guizot y demas doctrinarios de Francia.—*N. del T.*

cedo, y mientras V. habla, me hallo como hechizado, y casi prefiero oir el error en sus labios de V. á oir la verdad en los labios de otro.

¡Cuán magnífico estuvo en su papel de las Bastillas [1]! Cierto que he asistido á lo mejor que se ha representado en punto á dramas, grandes óperas, óperas cómicas [2], *vaudevilles* y piezas de circunstancias, en el teatro del Palacio Borbon; pero debo confesar que las fortificaciones de París son la mas asombrosa de las burlas y otras peripecias que he visto en mi vida. Jamás mejor actor representó mas gracioso entremés: se dió tal pergeño, se manejó en aquel con tanto arte, con tan ingeniosos arranques, animó de tal suerte la escena, causó una ilusion tal de mano y de óptica á todos los espectadores que no pudieron menos, ni aun los que habian acudido para silbarle, de esclamar: Bravo! perfectamente representado! perfectamente representado! y al fin tan hábil anduvo que metió á la Cámara debajo de su cubilete, y luego cuando le levantó ya no habia Cámara, y se acabó la funcion!

M. Thiers me ha inspirado muchas veces la idea de una mujer sin barbas, de una mujer instruida y de talento, no de pié sino sentada en la tribuna que estuviese bordando una conversacion sobre mil asuntos, revoloteando de uno á otro con leve donaire sin que apareciese el trabajo de su inteligencia en sus lábios siempre en movimiento.

Es mas flexible que un recorte del mas fino cuero: se tiende, se encoje, se inclina ó se eleva con su argumento; se retuerce en espiral al rededor de cada cuestion, desde el tronco hasta la cúspide; sube, baja, vuelve á subir, se cuelga de las ramas, se agazapa en lo mas espeso de la enramada, aparece, desaparece y hace mil pases y repases con la donosa agilidad de una ardilla.

Al primer rayo solar que se desliza por las pintadas vidrieras de la cúpula, hace rielar su prisma de facetas á los ojos de las alondras parlamentarias que revolotean en rededor y van á caer en sus redes.

Estraeria plata de un peñasco. Donde los otros no hacen mas que espigar, él siega.

Bate las alas, se despliega, se matiza sucesivamente de púrpura, de oro y de azul. No habla, arrulla; no arrulla, silba; no silba, canta, y deslumbra tanto con su color y su melodia, que no sabe uno qué es lo que admira mas, si su voz ó su plumaje.

M. Thiers es hombre para estar discurriendo tres horas seguidas sobre la arquitectura, la poesía, el derecho, la marina, la estrategia, aunque no es ni poeta, ni arquitecto, ni jurisconsulto, ni marino, ni militar, con tal que le den una tarde para prepararse. Precisamente debió asom-

1 Con este nombre de una antigua prision de Estado moteja la Oposicion á las actuales fortificaciones de París, que principió M. Thiers.—*N. del T.*

2 Especies de zarzuelas.—*Id.*

brar á sus mas antiguos jefes de division cuando disertaba sobre administracion con ellos. Quien le oiga hablar de curbas, de sillares, de mermas, de argamasa-hidráulica, le creerá albañil, cuando no arquitecto. Disputaría sobre química con Gay-Lucssac, y enseñaria á Arago á asestar un telescopio sobre Venus ó sobre Júpiter.

Su discurso sobre la situacion de la Bélgica es un dechado de espresion histórica. En el asunto de Ancona, esplicó posiciones estratégicas, baluartes, polígonos, frentes de ataque, revueltas, con estupefacion de los oficiales de ingenieros. Cualquiera le hubiera tomado por un hombre del oficio, por un sábio.

Bellas artes, canales, caminos, hacienda, comercio, historia, imprenta, política trascendental, negocios de las calles, teatros, guerra, literatura, religion, ayuntamientos, moralidad, placeres, cosas grandes, cosas medianas, cosas pequeñas ¿qué le importa? En todo está; para todo está pronto, porque para nada lo está. No habla como los otros oradores, porque habla como todo el mundo; los otros oradores se preparan mas ó menos, pero él improvisa; los otros oradores peroran, pero él habla, y ¿cómo se precave uno de un hombre que habla como V. y yo, mejor que V., mejor que yo, mejor que nadie? Los otros oradores dejan pasar por entre bastidores alguna porcioncita de coturno, y por el reflejo del espejo se ven agitarse las plumas de su cimera: están acicalados, vestidos y con el pié adelantado. Solo aguardan á que se levante el telon para efectuar su entrada. Por el contrario, coje V. á M. Thiers al quitarse las botas [1] y le dice V.: Ea, despachemos, la sala se llena y el público se impacienta y aguarda á V.; póngase V. la careta y represente el personaje que quiera, un ministro, un general de ejército, un artista, un puritano, pero represente V.! M. Thiers no se tomará tiempo ni aun para enjugarse la frente y beber un vaso de agua con azúcar; ni siquiera se vuelve á vestir, sino que entra en escena, saluda, se coloca en postura teatral, acciona delante de los espectadores, improvisa los caracteres, devana el diálogo, desata los embrollos y aprende su papel representándole; á veces representa dos papeles, vuelve los talones, tira la careta, coje otra y, siempre el mismo, es siempre diverso, siempre está en situacion, siempre es cómico consumado.

Tengo sin embargo que reconvenirle porque se rie algunas veces cuando está demasiado lanzado, al bajar de la tribuna; siendo asi que un buen cómico que quiere hacer ilusion al público en punto á la verdad de su papel, nunca debe reirse de la farsa que acaba de representar. Bajo este concepto, lo reconozco, M. Thiers tiene aun que adelantar.

1 Alusion á la costumbre de los tiempos de Luis XIV y de Luis XV de dejar los cortesanos sus botas en la antesala antes de presentarse en el estrado.—*N. del T.*

Si M. Thiers hablase menos aprisa, seria menos escuchado; pero precipita su frase con tanta volubilidad, que la inteligencia de la Cámara no puede precederle ni aun seguirle: bajo este punto de vista, su defecto es una gala, y es mas artista de lo que quiere. A veces acaba, es verdad, por ahogarse en los detalles, y se estravia á derecha é izquierda, tan lejos al fin, que le acontece no sacar conclusion alguna. ¿No será esto tambien, en algunos casos, una habilidad mas bien que un defecto de su arte?

Una vez lanzado, galoparia sin parar desde maitines hasta vísperas.

Si el Todopoderoso hubiera podido prever que algun dia iba á crear á Thiers, sin duda hubiera alargado el círculo de los dias y las noches á fin de dejarle mas tiempo para hablar; hubiera hecho á la tierra girar al rededor del sol en cuarenta y ocho horas en vez de veinticuatro.

Es raro que estos grandes habladores sean grandes políticos. Muchas veces les acontece decir lo que no convendria decir, y no decir lo que convendria decir. Son, por lo general, vanos, aturdidos, decisivos, presuntuosos: instándolos á discurrir, cosa que nunca rehusan, se los hace caer en las redes de la indiscreccion. Mas mesura se necesita para los negocios de Estado.

Casi estaria tentado de creer que M. Thiers tiene demasiado talento para ser ministro. Desconfiemos, para gobernar, de los hombres que hablan demasiado, y sobre todo de los que hablan demasiado bien!

Cada gobierno tiene sus defectos. En los gobiernos representativos, los oradores solos conducen las mayorías, y las mayorías solas hacen los ministros. Todo ministro influyente debe ser orador, pero todo ministro orador puede no ser hombre de Estado. Colbert y Sully no eran oradores: en nuestros tiempos no hubieran podido ser ministros. J. J. Rousseau no podia enjaretar dos frases en público. Talleyrand se hubiera quedado atascado al cabo de una conversacion parlamentaria de un cuarto de hora. Chateaubriand habla mascullando, y verosimilmente Montesquieu no hubiera podido sostener una lucha de palabras con el último pasante del último procurador de Brives-la-Gaillarde.

Ciertamente M. Dupin preside, diserta y acusa á las mil maravillas, y sin embargo, al rededor del tapiz verde de los ministros, no tendria dos ideas á la cola una de otra y mudaria cuarenta y cinco veces de opinion en cuarenta y cinco minutos. M. Thiers tiene mejor porte, es menos desigual, menos cáustico, menos versátil: no pondrá sus máximas en epígramas: no matará á sus cólegas con un chiste; pero ¿tiene el espíritu de lógica, de direccion, de perseverancia, de cordura, necesario para los grandes negocios? ¿no cede demasiado facilmente al imperio de un sistema, al capricho de una idéa? ¿no es unas veces demasiado irresoluto, demasiado flotante, y otras demasiado brusco, demasiado decidido? ¿no tiene mas fuego que juicio? su imaginacion de artista no le arras-

tra á divagar un poco? ¿no se deja deslumbrar y decidir mas bien por la grandeza de las cosas que por su utilidad, por lo aventurado mas bien que por lo posible? No cree en los sacrificios de la virtud ni en los milagros del honor; no cree firmemente mas que en el poder del oro, y ese oro le prodigaria á toneladas para construir un arco triunfal ó para cualquiera otra insensata conquista. No sabe que el dinero del tesoro es el quilo y la sangre del pueblo; que esa sangre es preciosa y que es preciso economizarla: que la economía es la primera de las virtudes públicas, y que, todo bien considerado, el mejor de los gobiernos es el que menos cuesta. M. Guizot y su escuela han desecado nuestras almas: M. Thiers y su escuela vaciaron nuestros bolsillos. El uno nos costaria lo poco que nos queda de virtud, y el otro lo poco que nos queda de dinero. Tan perfectamente se han compuesto uno y otro, gracias á Dios y á la camarilla, que ya no hay entre nosotros mas probidad política que creencias de ninguna especie, en nada ni sobre nada, y no creo calumniar á mi pais diciendo que, merced á esos señores, el pueblo oficial [1] de Francia es hoy el mas blando, el mas rastrero, el mas servil y el mas corrompido de Europa.

¿Han visto VV. por casualidad á M. Thiers en las comisiones de la Cámara? Han admirado VV. los recursos de aquel ingenio brillante y sutil? ¿Le han visto VV. luchando contra M. de Salvandy sobre la cuestion española? Aquello era el combate del torero, vivo, ágil, lleno de osadía, con un buey colosal y pesado. M. de Salvandy, todo enjaezado, sudaba y resoplaba en su argumentacion. M. Thiers montanteaba en torno de su cabeza y de sus lomos, y le derribó en la arena, entre las carcajadas de los espectadores.

Los *clowns* que montan los caballos de Franconi hacen ilusion á la multitud cuando agitan en sus manos muchas banderitas multicolores: lo que los *clowns* hacen, cabalgando en el circo, lo hace M. Thiers hablando en la tribuna.

Cuando echa de ver que su conversacion languidece y que el auditorio empieza á bostezar, se vuelve de pronto á la derecha, que no se espera ni aun remotamente aquella salida, y le lanza á quema-ropa algunas frases de refresco que tiene en reserva sobre la victoria de Jemmapes y la bandera tricolor. Esta relacion cuasi revolucionaria produce siempre su efecto, y los arrastra-sables [2] recojen del suelo al orador derribado que inmediatamente vuelve á montar á caballo.

Otra vez se tratará de saber si M. Thiers ha podido crear regimien-

1 Espresion de Armando Carrel.—*N. del T.*

2 *Traineurs de sabre*, apodo con que designan los radicales á los ayudantes del rey, y en general á los palaciegos.—*Id.*

tos con un simple decreto, sin Cámaras y sin ley: esta será toda la cuestion. Pues bien! M. Thiers esquivará esta cuestion constitucional, y disparará una digresion escéntrica sobre el heroismo de los oficiales del ejército, para hacerse aplaudir por sus compañeros de la Cámara [1]. Esta ocurrencia hará reir. Ríanse VV., señores, ríanse cuanto quieran, pero ríanse sobre todo de sí mismos y á sus espensas, porque él ha ganado su causa, que no es la de VV.!

Hubo un tiempo en que su voz de falsete desfallecia, se enternecia y se empapaba en lágrimas cuando llegaba á hablar de su rey, de las virtudes de su rey: de sus dignos ministros, de su noble y paternal administracion. ¿Qué me dicen VV. de paso, de esa noble y paternal administracion que ha ahogado la libertad de discusion, y que nos ha impuesto las amables leyes de setiembre? Mucho debe reirse M. Thiers por las noches, en su palquito de la ópera, y qué bonachones debemos parecerle [2]!

Tiene tanto talento ministerial con tanta inconsistencia, y tantos recursos oratorios con tanto aturdimiento, que no es posible ni servirse ni prescindir de él. M. Thiers es un auxilio que será siempre embarazoso.

Hoy de cuartel, mañana en actividad de servicio, podrá, de cuando en cuando, mandar el ejército parlamentario, pero nunca tendrá soldados suyos, como Guizot, Berryer y Odilon-Barrot; porque no se le puede reconocer ni por la forma de su tienda de campaña, que ora planta en un terreno, ora en otro, ni por el color de su bandera, que tiene un poco de colorado, un poco de azul y un poco de blanco, pero que no es ni colorada, ni azul ni blanca.

Los hombres sin moralidad política son maravillosamente aptos para gobernar Asambleas sin principios: ademas, en Francia se les permite todo á los hombres de talento, hasta el que cambien de principios: solo á los necios les está vedado ser inconstantes.

Me engañé, y cualquiera se hubiera engañado conmigo cuando dije que á pesar de su talento M. Thiers no llegaria al primer puesto del Estado, porque le faltaba la consideracion. La consideracion viene de una alta probidad, como la de M. Dupont de l'Eure; la consideracion viene de un carácter político que nunca se ha desmentido, como el del general Lafayette; la consideracion viene de un inmenso caudal adquirido con largos trabajos, como la de Casimiro Périer; la consideracion

1 Histórico.

2 Alusion histórica. M. Thiers delante de la duquesa de Berry hablaba mal, para adularla, de la familia de Orleans; y díjole en cierta ocasion aquella dama: «no, no, nada de eso, los de Orleans son de suyo bonachones. —*Nota comunicada por el autor.*

viene de un antiguo patronazgo y de una generosidad régia, como la de M. Laffitte; la consideracion viene de una alta dignidad y tambien, fuerza es decirlo, en la preocupacion de nuestras costumbres insanas, de un alto nacimiento, como el del Duque de Broglie; la consideracion viene de la subordinacion militar, del brillo de las victorias y de los servicios prestados por una gloriosa espada, como la del mariscal Gérard; la consideracion viene de la ilustracion de los antepasados ó de la gravedad personal, como la de M. Molé; la consideracion viene de una vida digna y modesta, como la de M. Royer-Collard; la consideracion en fin viene á veces de la gracia de los modales y de la cortés afabilidad de lenguaje, como la de M. de Talleyrand, y esta no es de desdeñar en un pais donde el *pensamiento inmutable* [1] despacha sus órdenes al gabinete, y donde los ministros no son mas que unos factores ó dependientes. Ahora bien, ¿á cuál de todas estas especies de consideraciones aspira M. Thiers? Difícil nos seria decirlo, y á él tambien.

Y sin embargo M. Thiers ha sido dos veces primer ministro, aunque falto de consideracion, y ¡cosa mas estraordinaria! ha caido en desgracia y no ha sido enviado para diversion de las sultanas de embajador cerca del Gran Turco.

Asi fué que los doctrinarios, que, desde los primeros tiempos de la Restauracion, le tomaron á soldada, no le estimaron nunca; al paso que le pasaban la mano por el lomo para halagarle, temian sus brincos y sus zarpazos, no le hacian sentarse con ellos en su canapé, le tenian á cierta distancia; le consideraban como un hombre sin consistencia ni principios, relacionado con ellos por la participacion de los mismos pecados, pero que no estaba á la altura de sus axiomas, y cuyo frac, por bien acepillado que estuviese, dejaba siempre ver en la solapa ó bocamanga mas de una mancha de fango revolucionario.

M. Thiers, á su vez, llevaba con impaciencia aquel soberbio yugo; se encorvaba, se torcia y se agachaba delante de ellos, pero era para embestirlos por debajo. Escondido en su gazapera, labraba su ruina: con los pies y las manos trabajaba, socavaba el edificio de sus grandezas, era el topo del ministerio.

M. Thiers habia hecho por entonces muy notables adelantos en religion: no se hablaba en la corte y en la tribuna mas que de Dios y de sus ángeles, de la gloria, de la Santísima vírgen, de la Santa Iglesia, de las santas bendiciones del cielo, de los santos misterios, de los santos milagros y de la Providencia aplicada á lo política, todo lo cual era, en los singulares individuos que pronunciaban estas palabras, un nuevo género

1 *La pensée inmuable*, es decir, el Rey.—*N. del T.*

de blasfemias. Los filósofos de la calle de Grenelle [1] se arrodillaban humildemente sobre brocados de oro y de púrpura, y el ateismo se habia hecho devoto. ¿Cómo quieren VV. que con esto no se salvase á la dinastía?

Por lo demas, M. Thiers, sin ser enteramente un santo varon, no es hombre malo; no tiene fuerza ni para amar ni para aborrecer. Se le puede arrastrar á cometer escesos, pero no los cometerá *motu proprio.* Si es liviano de carácter, si es cínico en sus espresiones, debe estos defectos á su mala educacion: ¿dónde ha podido recibirla buena? pero no hará él mal por inclinacion al mal.

Tampoco le creo hombre de dinero, ni capaz de tomarle para sí, y en mi el decir esto es una prueba de buena fé, casi de valor. Por mucho tiempo he creido lo contrario.

Debo decir tambien que M. Thiers dejó su cartera por motivos honrosos y aun lógicos considerados bajo el punto de vista en que se habia colocado; que se comportó no sin dignidad ni desinterés, y que ni él ni M. Guizot, al salir del ministerio, han imitado á esos indecentes personages á quienes hemos visto llevarse hasta las servilletas del refectorio [2].

En fin, yo tengo á M. Thiers, lo repito, por un hombre de rarísimo talento, talento dotado de una fecundidad de arbitrios, de una flexibilidad de forma, de una lucidez, de un tino, de una penetracion y, al mismo tiempo, de una naturalidad que agrada tanto mas cuanto mas contrasta con las ambiciosas magnificencias de la tribuna.

Pero tambien ¡qué afectacion de hablar siempre de su probidad! qué cruel y detestable ironía de encarecer su fidelidad á la revolucion de Julio, él que tanto la ha vendido, el admirador de la Convencion, que se pegó á la cola de una mayoría casi legitimista! él, hijo del pueblo que ha abogado porque fuese hereditaria la pairia! él, el panegirista del republicano Danton, que se incaba de rodillas para jugar con las hebillas de los zapatos de su rey, y que se hacia el confidente íntimo de los secretos del guarda-ropa! él, que mas que otro alguno hubiera debido perseverar en ser hombre de tribuna, y que se complacia y se encerraba en la sospechosa conservacion de los fondos secretos y de los telégrafos!

M. Thiers ha creido que un cortesano intruso, seta que brotó de los fangos revolucionarios, llegaría á la altura de una encina y protegería eternamente con su sombra á las Tullerías; pero cuando pasa la tempestad, las setas se meten en la tierra. Los reyes no se sirven de nosotros, hombres de poco mas ó menos, sino cuando nos necesitan ó nos tienen

1 Calle donde está el ministerio de Estado.—*N. del T.*

2 Alusion á varios ministros que dejaron sus destinos llevándose pingües despojos, y señaladamente á dos de ellos, los señores B... y P....—*Nota comunicada por el autor.*

mucho miedo: las monarquías no se asimilan bien mas que con las aristocrácias. Estas son las ramas y las hojas del mismo árbol, que componen entre unas y otras la misma vida y sacan del mismo estiércol su igual y comun sustento. Esto es lo que M. Thiers no ha visto, cosa que hace poco honor á su juicio.

Despues de su última dimision, remó entre Caribdis y Scila con una increible agilidad de remos, evitando la izquierda sin tocar en la derecha, y bien se veia que acababa de pasar por el ministerio de Negocios Extranjeros. Sus discursos de entonces, aprendidos con anticipacion y sumamente trabajados, son acabados modelos al uso de las ambiciones ministeriales: en ellos hace notar á la oposicion dinástica, con cariñosa benevolencia, el valor de su reciente amistad; asegura de paso á M. Molé que puede contar á medias con su desdeñosa proteccion, y abruma á M. Guizot bajo la befa de su derrota, pero todo esto á paso de lobo, con palabras rebozadas. Para los buenos entendedores, esto significaba que cualquiera de los dos partidos tendria á mucha dicha el volver á él; pero aliado demasiado incierto del uno, aliado demasiado reciente del otro, M. Thiers no era bastante liberal para la oposicion, ni bastante realista para los doctrinarios.

Contra mi costumbre, voy alargando demasiado este retrato; pero, lector, fuerza es que asi sea, pues escribo del mas hablador de nuestros habladores, y he prometido dártele parecido: si esto no obstante empezase á fastidiarte, no tendrias que hacer mas que decírmelo y dejaria la pluma; pero no creo que el pintor, ó mas bien su modelo, te canse todavía, y voy á aprovechar el interregno ministerial á que he llegado, para resumir á mi personage.

Pronto á todo, á trabajar, á sentarse á la mesa para comer, á charlar, á pasar el tiempo, á despertarse, á dormir; apto para todo, para los cálculos, para las cuestiones de hacienda, para la historia y la geografía, para la estrategia, las letras, las bellas artes, las ciencias de aplicacion, la economía social, los trabajos públicos, las especulaciones de la política; sin dudar de nada, como no sea alguna vez de sí mismo; sin poder prescindir de los demas, que no pueden prescindir de él; ni demasiado constitucional para amedrantar á la corte, ni demasiado monárquico para desagradar á los constitucionales; hombre de circunstancia en un pais de circunstancia; hombre del momento en nuestros gobiernos del momento; sin creer en nada en una sociedad en que no se cree en nada y perfectamente hecho á su imágen; el mas hábil de los escritores y de los hombres de Estado que montaron jamás sobre sus cureñas volantes la artillería de los periódicos; parlador prestigioso, universal y sin fin; artista en negocios, artista sobre todo; desdeñoso de las constituciones y de las leyes por haberlas violado impunemente; desde-

ñoso de los hombres por haberlos,—*corrompido* iba á decir,—pero mas cortés será decir *seducido*; birando la barca de su fortuna al viento de todos los sistemas, y desplegando todas sus velas á la vez, aunque vaya un momento despues á estrellarse en mil escollos; presuntuoso y hastiado, osado y temblon; tomando carrera para devorar el espacio, y parándose delante de un chinarro; vagamundo de ideas, hacedor de planes, rebuscador de arbitrios, enganchador de aventuras; bastardo de principios como los que sirve; tan embrollado, tan mezclado á todas las pandillas, á todos los secretos de Estado, á todas las idas, á todas las vueltas, á todas las flaquezas, á todos los miedos, á todas las pequeñeces, á todas las domesticidades, á todos los guarda-ropas de este régimen, y tan adherente, tan pegado á sus costados y sus huesos, como la túnica de Neso, que no podria el régimen desasirle, sin arrancarse pedazos de carne y sin desgarrarse á sí mismo sus propias entrañas; en fin, verdadero francés, francés de nuestro siglo, tal cual dicen que los necesitamos y que acaso seria imposible que no fuesen, M. Thiers, ya sea ministro, diputado ó ciudadano, será siempre, bajo la especie de monarquía en que vivimos, uno de los hombres mas considerables, el mas considerable de todos; al fin lo dije, y lo sostengo.

Yo hubiera deseado, por mi parte, que M. Thiers no hubiese hecho tantos pases ni repases por enmedio de todo su embolismo de primeras presidencias del consejo, en que ya casi me pierdo; y discurran VV. lo que seria si fuésemos á meternos en clasificar, comparar, enumerar, definir, admirar las posiciones y los méritos de sus colegas. Verdaderamente seria cosa de perderse en este laberinto, y para aumentar la confusion, cuando la compañía de M. Thiers hace quiebra, los balances y cuentas de administracion atestan inmediatamente la mesa de la Cámara. Ministros, directores, jefes, comisionados y hasta los mozos de caja, todos se dan prisa á hacerse apostillar y examinar en la tribuna, en los periódicos y en el tesoro. M. Thiers, el liquidador en jefe, pide la palabra veinticinco veces seguidas, arguye como un procurador sobre cada artículo, se dice mas limpio que Bareme, disfraza un gasto, esquiva un cero, disputa un céntimo, y luego, acalorándose poco á poco, crispa sus bracitos y amenaza con la cólera de los dioses y con el desprecio del linage humano á todo el que halle algo que vituperar en tanto genio y tantos escelentes ahorros.

A ejemplo suyo, cada uno de los coasociados, que se llaman responsables, á este fulminante Agamenon, charla y pelea por su pedacito de ministerio, imaginándose que la Francia tiene los ojos fijos en él, y que sus actos ponen en cuidado á la posteridad. Volveos á vuestras tiendas, mercaderes de palabras, volveos! el toque de oraciones parlamentario acaba de dar, y cada cual puede irse á la cama! Buenas noches.

¿Y qué le han de importar á la posteridad esas miserables disputas de cartera entre el *aunque* y el *porque* [1], entre Pedro y Pablo, entre Juan y Diego? Para señalar estos grandes ministerios á la admiracion de nuestros nietos, para levantarles faros en las márgenes del tiempo, hemos agotado todos los dias del calendario gregoriano; el 2 *de noviembre*, el 13 de *marzo*, el 11 de *octubre*, el 22 de *febrero*, el 6 de *setiembre*, el 15 de *abril*, el 12 de *mayo*, el 1.º de *marzo*, el 29 de *octubre*.... el qué sé yo cuantos de cualquier otro mes, de todos los meses que haga Dios. Afortunadamente no les ha dado la ventolera á todos esos señores de llamarse el ministerio de san Policarpo, de san Turiaf, de san Nicolás, de san Pacomio, de san Buenaventura, pues de otro modo, al paso que llevan, hubieran acabado con todos los santos del cielo.

Por lo demas, los nombres, las fechas, los principios, los sistemas y las personas se le importan muy poco á M. Thiers, y no es esto de lo que él se ocupa. Dimisionario ó despedido, siempre está en acecho del ministerio, aun cuando parece que no aspira á nada, y no se aparta de los linderos de la Cámara, pronto á precipitarse sobre su presa. Asi fué como, por la segunda vez, y yo tuve parte en ello, se ingirió en el poder entre dos escrutinios [2].

Pero sus inexorables antecedentes le aherrojaron en su cadena, y fué débil porque ya habia sido débil, inconsecuente porque ya habia sido inconsecuente, pasando, en lo esterior, de la Inglaterra á la Rusia y de la Rusia á la Inglaterra, y, en lo interior, del pueblo á la corte y de la corte al pueblo, sin poder nunca elegir ni decidirse.

Culpa es tambien hasta cierto punto del Parlamento. ¿Quién se formará una idea del imperio de la fraseologia sobre las Cámaras francesas? se las engaña, se las pone en movimiento, y olvidan todas las faltas, todos los hechos anteriores, y hasta todos los crímenes: resistirán á los ejemplos, á los guarismos, á la esperiencia, á la lógica; no resistirán, porque les es imposible, á los trabajados artificios de los habladores y de los sofistas. El gobierno representativo tiene el favoritismo de la palabra. Se hace un diplomático de un hombre de cuarenta años, porque tiene la campanilla de la lengua bien prendida al paladar, y puede enjaretar millares de frases, pero qué diplomáticos!

Ministro de Negocios Estranjeros, M. Thiers se ha equivocado como un niño y casi en todo. No ha comprendido que no podia haber entre los gobiernos despóticos y los gobiernos constitucionales mas que paces prendidas con alfileres y alianzas mentirosas: no ha comprendido

1 Ya en otra ocasion hemos esplicado la alusion que encierran estas palabras.
N. del T.

2 Ley sobre la dotacion del duque de Nemours.

que si los regimientos de Europa se estaban con las armas al hombro, es porque un volcan de libertad muje y brama debajo de los tronos de los reyes absolutos. Entre estos reyes hay seguridad mútua; el temor es en ellos mas fuerte que la ambicion; sin duda prefieren la usurpacion á la anarquía, pero mas les gusta la legitimidad que la usurpacion.

Los principios solos hacen las revoluciones y los revolucionarios: los principios solos hacen las monarquías, las aristocracias, las repúblicas, las Cámaras; los principios solos hacen la moral y la religion, la paz y la guerra. Los principios dirigen el mundo.

Verdad es que M. Thiers asegura que no hay principios, es decir, que él, M. Thiers, no los tiene; esto es todo.

Ya en 1837 se engañó acerca de la España, que no podia, decia él, defenderse sola contra los carlistas, y se engañó de nuevo en 1840 acerca de la Siria, que, decia él, debia defenderse sola contra los ingleses.

Se hallaba en verano, y queria hacer la guerra á la primavera inmediata, sin considerar que para el otoño ya hubiera estado conquistado el Egipto, degollado Mehemet, bloqueado Argel é invadida la Francia. El último mequetrefe del ministerio hubiera previsto todo esto, pero M. Thiers no.

Ademas hubiera sido preciso oponer las ideas á los cañones, y M. Thiers no tenia ni ideas ni cañones: al fin, creyendo poner á raya á Luis Felipe y meter miedo á la Europa, ha ocultado el gobierno parlamentario detras del gobierno personal, y la Francia detras de un pedrusco. ¡Oh soberbia política!

M. Thiers nos ha dicho, y lo creo, que su responsabilidad le impedia dormir. Tanto peor, señor mio, y ahi está el mal. Un ministro, pasadas las doce, debe siempre dormir: preciso fué despertar de su profundo sueño á Alejandro, á Condé y á Napoleon en la mañana de las jornadas de Arbella, de Rocroy y de Austerlitz; verdad es tambien que M. Thiers, que yo sepa á lo menos, no ha ganado todavía ninguna de esas batallas.

Un ministro debe considerar todos los peligros del Estado sin turbarse y con miras fijas y elevadas; solo para eso es ministro. No se nos diga que M. Thiers estaba dominado por la Córte: mala disculpa! solo dos partidos podia tomar, ó vencer el poder oculto que le rechazaba, ó dar su dimision. Desgraciadamente siempre sucede que hasta despues del suceso no sabe M. Thiers que hubiera debido hacer lo que no hizo, ó que no debia hacer lo que hizo. Siempre parte demasiado pronto para llegar demasiado tarde.

En suma, durante su último ministerio, mas ha contemporizado con sus adversarios que servido á sus amigos: se ha contentado con una mayoría de mueblage y de inventario, en vez de una mayoría de simpatias

y de principios: no ha sabido, ni evitar las redes de sus subordinados, ni huir de las caricias de su amo, ni disolver la Cámara, ni convocarla; ni entrar en la alianza, ni salir de ella; ni hacer avanzar á tiempo la escuadra, ni retirarla; ni emplear aquellas palabras templadas y suaves que apaciguan; ni hacer aquellos actos bruscos y decisivos que intimidan; ni negociar, ni vencer, ni gobernar.

El, que debia romper la cuádruple alianza, abrir á lanzadas las barreras del Rin, arrasar al nivel de un ponton las naves de la escuadra inglesa, enarbolar la bandera tricolor sobre las fortalezas de Alejandría, pasearse en triunfo por el lago francés del Mediterráneo, y de su cuerno ministerial derramar torrentes de riquezas y de prosperidades sobre su pais, se nos viene dejándonos por todo legado los miserables desdenes y la befa de los cosacos, de los panduros, de los lacayos y de los *boxeadores* de Lóndres, la resureccion del gobierno personal, la recrudescencia de las leyes de setiembre, quinientos millones de deudas, las ruinosas y devorantes cobardías de la paz armada, y el *embastillamiento* de París, de París, bastante estúpido para consentirlo, mas estúpido aun para celebrarlo!

Cuando M. Thiers vuelve á subir, á impulsos de la palanca, al carro ministerial, cuidado con sus carreras de Faetonte, y confieso que, por mi parte, no las tengo todas conmigo, y estoy siempre pronto á gritar: hacendados, encerrad vuestras cosechas, el impuesto se va á doblar! Padres de familia, abrazad á vuestros hijos acaso por última vez, pues van á partir. Rentistas, vended vuestras inscripciones, los fondos bajan. Soldados, desenvainad vuestras espadas, va á correr la sangre. Contratistas, el agua se revuelve, preparad vuestras nasas. Rey, ¿qué dado de fortuna hay en el fondo de vuestro cubilete? Y tú, libertad, armas al hombro, y atencion!

Puesto que el hombre de mas talento entre todos los talentos nos ha traido á este punto, todas las noches ruego á Dios que nos dé para gobernarnos un verdadero tonto. Si asi no estamos menos mal, estaremos á lo menos de otro modo.

Y sin embargo, no solo tiene M. Thiers toda la capacidad que es posible tener, sino que es tan francés cuanto puede serlo cualquier ciudadano de este pais: tiene un sentimiento de la nacionalidad tan profundo, tan generoso, tan verdadero, que siento, á pesar mio, espirar en mi boca la acusacion de sus faltas; pero la Francia, tan indignamente engañada, la Francia, que esperaba de sus incomparables dotes el triunfo esterior de sus armas y la restauracion parlamentaria de su libertad, la Francia, mas severa que yo, se levanta para acusarle, y la oigo que le dice lo mismo que á sus semejantes:

«Hombres de Julio, vosotros, á quienes he sacado de vuestra os-

»curidad, á quienes he cogido por la mano, y he llevado de escalon »en escalon hasta la cumbre del poder, ¿qué habeis hecho de mi »honor? ¿Porqué he llegado á ser el escarnio de la Europa? ¿Porqué, »cuando las naciones indignadas miran de hito en hito á sus opresores, »no estoy yo ya presente en sus esperanzas ni aun en su memoria? ¿Por»qué no suena ya mi nombre en sus labios cuando murmuran las san»tas palabras de la libertad? ¿Por ventura no he derramado lo mas puro »de mi sangre mas que para espiar el triunfo de mi principio con la »amarga irrision de sus consecuencias? Independencia, libertad, patria, »honor, virtud, todo lo habeis medido á peso de oro; habeis inspirado »vuestros cobardes terrores á esas asambleas que en otro tiempo lanzaron »catorce ejércitos sobre el enemigo; á esos ciudadanos, de donde salie»ron los héroes de nuestras grandes guerras; á esos industriales alucina»dos, que no aprenderán á conoceros bien hasta despues que los hayais »arruinado y perdido. Habeis llegado hasta el punto de suplicar en el »confin de Europa á un régulo que tenga la suma bondad de aceptar el »dinero de nuestros artesanos y de nuestros labradores, y se os ha visto »pasar los mares con el tributo en la mano, para mendigar de rodillas »de la burlona América el pendon del general Jakson y el olvido de »nuestras victorias! Continuad degradando vuestro establecimiento; ata»viadle con los magníficos oropeles de la policía y del agio; haced los »lacayos de guarda-ropa con vuestros principillos; haced los marqueses »de su antecámara de Versalles, con zapatos rusos y juramentos de ta»berna; haced los valerosos y los vencedores con los morabitos del pro»feta y con los soldados del papa, mientras que la lanza de un panduro »austriaco os hiela de miedo; tened donde quiera, sobre todo, miedo »de todo; arrojad al limbo del porvenir la reforma del parlamento, la »igualdad de los votos, el alivio de las contribuciones y la organizacion »de la industria; regimentad vuestras teorías bajo la guarda de vuestros »sargentos; suspended sobre nuestras cabezas el terror sombrío y latente »de vuestras confiscaciones y de vuestros destierros de ultramar; violad »la santidad y el pudor de nuestros hogares domésticos; calculad en su »coste, sobre la pluma de vuestros sofás, lo que puede valer la concien»cia de un fabricante de Constituciones ó de un asalariado; pero compa»sion para la virtud del pueblo! compasion! no ostenteis ante sus ojos el »espectáculo de vuestras apostasías y la corrupcion de vuestros ejemplos!

»Ah! el amor de la libertad, que bajo vuestro impuro aliento se »marchita y se estingue en su alma, sabrá muy bien reanimarse cuando »sea tiempo para ello, y cualquier cosa que hagais por embrutecer á ese »noble pueblo, siempre le quedará bastante inteligencia para compren»der todo el daño que le habeis hecho, y bastante justicia para casti»garos!»

No, Francia, no digas que los castigarás, porque bastante castigados están ya! Esa lógica que han violado cae sobre ellos como el peso de una montaña; ese banco ministerial en que se han sentado no ha sido para ellos mas que un banco de espinas y de dolores; esos festines oficiales del poder los han hartado muy pronto; esas copas de la embriaguez política, que apuraban de un solo trago, no han dejado en el borde de sus lábios mas que una hez de amargura; aquellos nefastos dias alrededor del tapete verde de los consejos no han tenido para ellos mas que desengaños, rivalidades y emboscadas; aquellas noches de pesadilla, pasadas bajo los dorados artesones de sus palacios, no valian lo que las noches del pobre en su cabaña; aquellas mayorías escurridizas se deslizaban entre sus manos; aquellos falsos amigos los han vendido; ese príncipe, cuyas pisadas adoraban, se ha retirado de ellos; ese pueblo que han oprimido reniega de ellos; esa imprenta que han hollado bajo sus pies se ha vuelto contra ellos, como el dardo del escorpion.

No, Francia, no digas que no están bastante castigados! Es estarlo bastante verte tan pequeña y tan humilde, tú algun dia tan grande y tan gloriosa! tan coja ahora y tan rezagada, tú, que marchabas como una reina á la vanguardia de las naciones! tan medrosa, tan agazapada, tan metida en tu nido de cárceles (*bastillas*), tú, que llevabas á tanta altura en tus garras de águila el rayo europeo de las batallas!

No, sin duda no han conocido tus caminos! No, sin duda no se han inspirado con tu altivo y varonil génio! Pero tampoco, tampoco han desesperado nunca de tu fortuna en sus estravíos; pero sus almas están llenas, como las nuestras, del sentimiento de tu independencia y tu grandeza. Antigua Francia, cuna de nuestros mayores, suelo de libertad, patria, patria! eterno sueño de nuestros corazones, ellos te aman, yo lo fio, como te amamos nosotros, como se te debe amar, como amamos á nuestros hijos, como amamos á nuestras madres, como al digno, como al santo objeto de nuestra pura, de nuestra inmortal ternura! Ellos darian sus haciendas y sus vidas, como las daríamos nosotros, por servirte y salvarte! ¡Ah! mucho debes perdonar á los que mucho te han querido! Déjanos, pues, ofrecerte, en espiacion de sus pasados errores, nuestro dolor y sus sacrificios, nuestras esperanzas y sus remordimientos! Estréchalos, yo te lo ruego, estréchalos á tu seno materno; vuelven á tí, te aman, son tus hijos, no los maldigas!

M. GUIZOT.

M. Guizot es de estatura pequeña y mezquina, pero su fisonomía es espresiva, sus ojos son hermosos, y tiene un fuego singular en sus miradas. Su voz es llena, sonora, afirmativa, no se presta á las flexibles emociones del alma, pero rara vez es velada y sorda. Sabe revestir un esterior austero, y todo en él hasta la sonrisa es grave. Su severidad de costumbres, de continente, de máximas y de lenguaje, agrada, y sobre todo á los estranjeros, quizá por el contraste que forma con la ligereza del genio francés.

Es un pedagogo instalado en su cátedra, que asôma siempre por debajo del manteo las puntas de las disciplinas; es un calvinista que enseña desde su púlpito mas bien el temor que el amor de Dios.

M. Guizot es un buen literato, un historiador distinguido, y ocupa el lugar mas preferente entre los publicistas de la escuela inglesa; es sumamente versado en el estudio de las lenguas antiguas y modernas. No tiene el método grandioso de Royer-Collard; pero sí mas abundancia de



el lugar mas preferente entre los publicistas de la escuela inglesa; es sumamente versado en el estudio de las lenguas antiguas y modernas. No tiene el método grandioso de Royer-Collard; pero sí mas abundancia de



GUIZOT

ideas, y es mas estenso, mas aplicable y mas positivo. Se reconoce en él al hombre que ha manejado los negocios.

Procede siempre de un modo dogmático, como todos los predicadores de la escuela ginebrina, tan severa y desabrida. Descuida las flores del lenguaje, carece de variedad, de imaginacion y de inspiracion, pero no de energía. Su pasion se pinta en el brillo de sus ojos, y se traspora por la palidez de su semblante, enardeciéndole súbitamente; pero la sabe refrenar al punto, y es mas reconcentrada que esterior. Mira á la Oposicion de hito en hito y con la frente erguida; la designa con gestos altaneros, y lanza contra ella sarcasmos colectivos que dejan clavado en la llaga su dardo ponzoñoso.

M. Guizot toma las cuestiones políticas desde un punto de vista siempre elevado; tal era el sistema de su maestro Royer-Collard. Elije una idea, la formula en un axioma, y alrededor de este axioma vá levantando la armazon de su razonamiento; vuelve á ella sin cesar, la presenta aislada á los ojos del espectador, y hace que este se fije en ella y la contemple. Sus oraciones no son mas que la esplanacion de un tema. Si la idea es verdadera todo su discurso es verdadero; si la idea es falsa todo su discurso es falso. Pero como los diputados de la mayoría ya predispuesta, á la cual se dirige, no conceden jamás que el tema sea falso, M. Guizot logra con ellos todas las ventajas de su método.

Este método conviene mucho en las asambleas deliberantes, porque en efecto no es la gran cantidad de ideas la que arrastra á un auditorio mas ó menos distraido, sino una sola idea elegida con habilidad y tino, trabajada, dogmatizada y reproducida bajo toda especie de formas. Este es el método ordinario de los profesores, y es preciso no olvidar que Guizot y Royer-Collard no fueron otra cosa en su principio. Un profesor que no se repitiese, apenas seria comprendido; tampoco lo seria mas si formulase á la vez un gran número de axiomas, porque dividirá la atencion de su auditorio. Por necesidad, pues, siguen todos los profesores dicho método, y asi por instinto como por costumbre pasan con él de la cátedra á la tribuna. M. Guizot en su carrera oratoria siempre ha ido caminando á tientas, y su elocuencia antes de brillar ha atravesado las mas espesas nubes. Al principio hablaba largamente como los profesores; argüia escolásticamente como los teólogos: era monótono como los primeros, y desabrido como los segundos. Gustaba de sutilizar con las abstracciones, y empleaba con frecuencia fórmulas equívocas como las de *clases medias*, *cuasi-legitimidad* y *pais legal*; y asi que daba con una de ellas, íbase en pos dejando el hecho, perdiendo de vista la tierra y remontándose á generalidades donde le sucedia muy á menudo disolverse y perderse en vapor.

Hubiera hecho muy bien el papel de gran sacerdote de los Druidas en

los bosques sagrados de nuestros abuelos. Sus respetuosos levitas no osaban penetrar en el tabernáculo de su genio; hacia que se le prosternasen á cierta distancia, y que le adorasen desde lejos.

M. Guizot aunque ha declinado mucho hácia lo positivo de entonces acá, es todavia aficionado á las elevadas síntesis de la política y de la filosofía; pero carece de fé, de fé viva, de esa fé que ilumina los recónditos pliegues de la conciencia y de la duda con la antorcha que la vá precediendo.

El Eclectismo le tiene sitiado, le inunda en todos sentidos y le sacude con sus mudables ondas; tiende su vela á los cuatro vientos, y deben levantarse en su espíritu las mas terribles tempestades. En política no cree ni en la legitimidad del derecho divino, ni en la soberanía del pueblo; en religion no es ni judío, ni mahometano, ni protestante, ni católico, ni ateo; en filosofía no está ni por Descartes, ni por Aristóteles, ni por Kant, ni por Voltaire. Sin embargo, ¿no es religioso? Sí, pero cuál es su dogma? cuáles sus prácticas? Es deista? qué les diré yo á VV.? No lo sé, quizá tampoco él lo sabe! Es filósofo? Sí, pero de qué filosofía? Es liberal? Sí, pero de que liberalismo? No obstante, procurará él y sabrá con sus sutilezas amalgamar en todo los principios mas contradictorios; asi por ejemplo, mezclará la pureza de los principios democráticos con las corrupciones de su monarquía; querrá que dos religiones enemigas no solo se toleren su mútua coexistencia, sino que ademas se muestren hermanadas en sus misterios, y celebren juntas la pascua sobre un mismo altar.

Sus admiradores, en medio de las tinieblas con que M. Guizot los envuelve, solo estrechan el vacío, solo abrazan vagas fantasmas sin carne ni hueso, y esclaman sin embargo: Nuestras son! Qué es lo vuestro? Las verdades! Yo os desafío á que las hagais salir de vuestras nubes, y las produzcais á la luz.

¡Ah! desde hace veinte años vuestra malhadada, vuestra fatal escuela del Eclectismo está dirijiendo á la juventud, abusando de sus generosos instintos, y ofuscando su viva y pura inteligencia. Mirad á vuestro alrededor, esa escuela solo ha enjendrado talentos mentidos, corazones sin fé, sin fuego y sin amor á la patria, corazones que los grandes sentimientos no dilataron jamás, corazones que consume la sed de placeres egoistas y brutales, que mata la misantropía de la duda, finalmente corazones estenuados y moribundos.

Y aun perdono á semejantes hombres sus errores políticos. Bien saben ellos, esos conservadores revolucionarios, que en tres dias solamente se puede derribar un gobierno, una dinastía y una Carta; en menos tiempo todavía pueden repararse trece años de estravios y de ignominia.

Pero, ¿quién curará la ponzoña moral y sistemática de la razon,

quién la perversidad de las generaciones semi-ilustradas, quién esa lepra asquerosa, esa gangrena intelectual, ese mal que jamás conocieron nuestros padres, y que por fin pondrá la impotencia enfermiza y vergonzosa de nuestros hijos bajo el sable del primer déspota que se levante? Le curareis vosotros? le curarán vuestros discípulos, y podrán ellos trabajados como lo están por una consuncion precoz y lenta empeñarse en los varoniles combates de la libertad? O serán esas inteligencias petrificadas por vuestras doctrinas las que marchen denodadamente por las vias progresivas de la mente humana? Serán esos brazos enervados, esos ánimos desalentados y decaidos los que hayan de servir de baluartes á nuestra independencia, y aun de instrumentos para un despotismo glorioso? de qué os maravillais, pues, si el clero os disputa la posesion de esas almas que no habeis sabido regenerar con vuestro desabrido pasto!

Sí, los padres de la escuela moderna con sus importaciones nebulosas de Ginebra, de Berlin y de Escocia, han herido de muerte á la filosofía, á la juventud y á la misma lengua. Por si llega nuestra hermosa lengua francesa á ser algun dia lengua muerta, advertimos desde ahora á la posteridad que todos esos caudillos de la Universidad Ecléctica, que todos esos profesores de metafísica *quintesencial* serán para ella autores intraducibles, puesto que nosotros mismos, sus contemporáneos, no los entendemos.

En efecto, los Sres. Cousin y Jouffroy para espresar ideas que no son ideas, se han construido una lengua que no es lengua; una lengua hinchada de proposiciones falsas, erizada de términos estériles que á nada conducen, una lengua huera y hueca sin ser profunda, que afirma sin certidumbre, que razona sin lógica, que dogmatiza sin conclusion y sin pruebas, lenta en su movimiento, de saliva espesa y que apenas moja los labios áridos y desecados de los que la usan.

Pero, cosa estraña, no bien deja su cátedra M. Guizot y sube á la tribuna, su pensamiento se desembaraza y se ilumina sin perder nada de su amplitud y gravedad; se colora sin recargarse con ornamentos; se nutre de hechos y de ejemplos; se acomoda en su paso á la marcha general de todos, y se desarrolla y procede con órden á un mismo tiempo natural y profundo.

¿Cómo esplicar semejante contraste y tan singular transformacion del pensamiento? Será quizás que el profesor en su cátedra conserva toda su individualidad, y por decirlo asi se pertenece á sí propio, al paso que un auditorio con sus pasiones, sus ideas y su lenguaje mismo, entra siempre mas ó menos, y se ingiere á pesar del orador en su discurso?

Lo cierto es que asi que M. Guizot abandona sus teorías nebulosas y entra en lo positivo de los negocios, brilla en él una lucidez de ideas y de espresiones superior á todo elogio. Vá derecho á su objeto, dice

solo lo preciso y lo dice bien. Como comisionado del gobierno ha sido él el mas notable entre todos los comisionados que de veinte años acá hemos oido; como ministro ha defendido su presupuesto de instruccion pública y de negocios estranjeros con mas precision, ciencia y habilidad que ningun otro ministro.

Su elocucion sin ser animada ni pintoresca, es pura y castiza. Es quizá el único entre nuestros improvisadores cuyos discursos sean soportables reproducidos por la taquigrafía, lo cual consiste en que es el mas gramático y entendido en letras de todos ellos.

M. Guizot no se entrega al calor de la batalla; se presenta en ella bien cubierto, y no hay en su armadura flacos ni junturas por donde pueda introducirse y herirle el puñal de la objeccion; pero tampoco tiene esos movimientos felices, esas inspiraciones del corazon, esos rasgos de imaginacion, esos pensamientos que hacen mella, y esos giros deslumbrantes que se advierten en los verdaderos y grandes oradores, que se apoderan de ellos mal de su grado, que los transportan con su propia emocion, y que la comunican á nuestras almas y hacen estremecer nuestras entrañas. M. Guizot no es lo que suele llamarse elocuente por lo que hace á los movimientos, á la pasion y á la vehemencia oratoria.

Lo fué sin embargo en cierta ocasion cuando entusiasmado con los constitucionales de 1789 esclamaba: «No dudo yo que esas nobles almas »que tanto bien han deseado á la humanidad, esperimenten en el lugar »ignorado donde moran un gozo profundo al vernos hoy evitar los es»collos contra los cuales se desvanecieron tantas de sus mas bellas es»peranzas.»

No fué menos elocuente M. Guizot cuando en la coalicion luchó con impetuosa energía contra los murmullos, la agitacion y las vociferaciones de los centros. Mientras bramaba la tormenta se asía él al mármol de la tribuna como el náufrago á una roca, palidecia por momentos de ira y de cólera; sus miradas lanzaban rayos y centellas; y rodeado de enemigos les daba picotazos de águila arrancándoles los ojos y tajadas de carne.

Por último, no ha mucho que en la cuestion de negocios estranjeros sostuvo con elocuencia magestuosa en aquel mar de borrasca el choque de las olas furiosas y amontonadas de la oposicion. Jamás vimos en él diccion mas sonora, actitud mas enérgica, continente mas noble y lenguaje mas decisivo.

M. Guizot pasa por cruel entre la oposicion, sus ojos llameantes, su semblante lívido, sus labios encogidos le dan el aspecto de un inquisidor. A él se atribuye el famoso dicho *sed desapiadados*; dicho terrible si hubiera llegado á pronunciarse, pero afortunadamente no se pronunció.

A mí M. Guizot me hace el efecto de un sectario mas bien que de un

terrorista, y veo en él mas audácia de seso que resolucion de ánimo y de brazo.

La estimacion profunda, el contentamiento inalterable, la alta admiracion que tiene de sí mismo, hinchen demasiado toda su alma para dejar en ella lugar á otros sentimientos. Aunque cayera de cabeza en el Océano habia de sostener que no podia ahogarse; tan violenta y desesperada es la fé con que cree en su propia infalibilidad.

Es parecido á aquellos ángeles soberbios que desafiaban la cólera de Dios vivo, y que con las alas rotas cayeron precipitados al profundo abismo.

Pero yo que soy tan sincero ¿podré callar que M. Guizot en su vida privada es hombre de costumbres rígidas y puras, y digno de la estimacion de toda persona honrada por la estricta moralidad de su vida y de sus sentimientos? Yo mismo he sido testigo de su dolor paternal, y he admirado la serenidad de su estoicismo; grande es por cierto la energía de esa alma.

Bien se deja ver que no escribo estos renglones como hombre de partido para halagar las pasiones de mis amigos, sino como hombre verídico y concienzudo que desea ilustrar el juicio de la posteridad. Metan su mano en el pecho los contemporáneos de M. Guizot que quieren condenarle en lo pasado y enterrarle bajo la losa del absolutismo, y díganos cuáles eran sus ideas de gobierno hace veinte y seis años! Qué curiosa seria una confesion sincera de esa especie! Radicales y republicanos de hoy habiamos de ver bogando á placer por la corriente del despotismo cuando M. Guizot meditaba, practicaba y profesaba la libertad. Todos entonces hubiéramos podido aprender de él que sabia mucho mas que nosotros.

Por otra parte no deja M. Guizot de tributar un sincero homenage á la buena fé de sus adversarios; pero nutrido con las rancias doctrinas de la oligarquía inglesa, se imagina que esta forma de gobierno es el bello ideal de los estados, y se cree mucho mas progresista que los demócratas mas avanzados. Y apelo á sus principios.

El verdadero gobierno para él es la aristocrácia, la aristocrácia de los grandes señores que preferiria, si hubiera nacido noble, á la aristocrácia de los pecheros, que es la que desea porque ha nacido pechero.

Tiene M. Guizot una especie de rigidez de dictador que impone á su propio partido y á sus adversarios. Las asambleas legislativas, y especialmente las mayorías que gobiernan y que necesitan que se les suministre una voluntad cuando carecen de ella, gustan mucho de los hombres resueltos; quieren que se las conduzca, y con esto se sienten aliviadas del trabajo de conducirse por sí mismas. M. Guizot corta por el medio con un ceño que desagrada á la mayoría de la Cámara, pero que

no impide que esta le crea necesario; plantea la cuestion en los momentos decisivos, y provoca á sus adversarios con desenfado. Esta táctica que pone á la oposicion en la defensiva, que es la mas falsa de todas las situaciones, le sale siempre bien siendo ministro, y es preciso confesar que ha tenido la fortuna de no dar ni en la oposicion ni en el tercer partido mas que con hombres que si bien no carecen de mérito, se muestran flojos é irresolutos, y eluden las cuestiones del sí y del nó dejándole casi toda la ventaja de la ofensiva.

No se crea que M. Guizot carece de destreza, pues su natural rígido y severo se pliega y se hace flexible cuando llega la ocasion. Se ha mantenido á la cabeza de su partido menos por la elevacion de sus máximas que por su habilidad en lisonjear dos defectos mezquinos y ruines, el miedo y el orgullo. Cuando veia que no hacian mella las sutilezas filosóficas alarmaba á los centros con los peligros que corrian las personas y las haciendas, á lo cual no son por cierto insensibles, y despues que advertia que el miedo habia ido subiendo por grados hasta causarles estremecimientos y escalofrios, les decia muy campechano que habian salvado á la nacion hollando bajo sus pies el mónstruo espantable de la anarquía, que se habian granjeado la estimacion de todas las almas bien nacidas, de todos los hombres de bien y de la Europa entera, y que muy poco faltaba, casi tan poco como nada, para que fuesen todos ellos verdaderos héroes, lo cual hace siempre cosquillas al oido. Han pretendido algunos que M. Guizot tiene cierto valor personal, no lo dudo; pero en cuanto al valor político no puedo afirmar otro tanto, porque nunca le he visto á prueba ni en la tribuna ni en la prensa.

Y no porque M. Guizot no se jacte en nuestras Cámaras pacíficas de triunfador de sediciones en compañía de sus celosos partidarios; pero no ignora que en las victoriosas jornadas á que alude nunca fueron menos de ciento contra uno, y que por otra parte ni él ni ninguno de sus granaderos parlamentarios quemaron jamás un solo cebo; sin duda confia en que no se acordarán de aquello sus compañeros de victoria! Sabe muy bien con qué clase de gente habla.

No quisiera yo sin embargo que se jactára tanto tambien ante la mayoría de los peligros que ha corrido en su persona, y de las violencias que por causa de ella ha sufrido. ¿Quieren VV. saber cuáles son las horribles violencias que está sufriendo M. Guizot hace once años, y los peligros mortales que ha corrido? pues hélos aquí: convertir en feudo su colegio electoral, cien mil francos de sueldo, sin contar el alumbrado, la leña y la habitacion, la gran cruz de la legion de honor, tres poltronas en el Instituto, los ministerios de lo interior y de los negocios estranjeros, la direccion en gefe de la Universidad y la embajada de Lóndres; y sobre esto ni el mas pequeño rasguño!

Pero qué inesplicable es el hombre! Unanme VV. todo esto con mucho desinterés privado y toda la indolencia de los hombres de letras!

Grave en su vida pública, terco en su objeto mas que en sus máximas, ambicioso por sistema y temperamento, laborioso y temerario, reune M. Guizot todas las cualidades y defectos que constituyen á un gefe doctrinario.

Cuando vencedor y ministro, no se afemina M. Guizot entre las delicias de Capua; persigue sin tregua al enemigo en su huida hasta ponerle el pie encima y arrancarle el aliento. Cuando vencido y de la oposicion, sabe suplir el número por medio de la táctica; recuenta sus soldados en los dias de batalla, vela sobre sus tropas y las reprende con el ademan y con la voz, dá la señal y se coloca en persona en el límite del campo, para impedir las deserciones y reunir á los dispersos é indecisos. Su tropa marcha en perfecta union con un gefe tan diestro y determinado; no es numerosa pero se compone mas bien de oficiales que de soldados; tropa lozana, aguerrida, independiente, presuntuosa, colérica en ciertas ocasiones, ágil en sus evoluciones, que trabaja oculta y zapa la mina noche y dia cuando no le parece llegada la ocasion de mostrar las escalas y subir al asalto. M. Guizot quiere que todos sus guerreros tengan siempre la mochila á la espalda y la mecha junto á la batería, prontos á disparar, mientras él apostado en la montaña, y asestando su anteojo á modo de Emperador, indica las posiciones que es menester tomar y asaltar, aquella á la bayoneta, esta con descargas nutridas de pelotones, volando la una y penetrando en la otra furtivamente por la contraescarpa. No permite que se haga un movimiento falso, ni que se muevan antes de dar la voz, ni que se desperdicie un solo cartucho.

Pero por ventura es esto otra cosa que hacer la guerra? Asi es que puede en rigor decirse que en los once años que lleva M. Guizot en el manejo de los negocios, en vez de gobernar no ha hecho mas que batirse. Ha hecho que el poder se acampára en una fortaleza guarnecida de bastiones, almenas, troneras, y buenos gendarmas que vigilan en sus murallas, y buenos cañones que hacen fuego sin cesar sobre todo el que se presenta.

Ha desperdiciado una razon poderosa, las mas nobles facultades, una esperiencia consumada y un corazon enérgico sirviendo á un principio tan falso, que M. Guizot me permitirá tal vez calificarlo así, mas no me consentirá nunca que le pruebe dicha calificacion. La abyeccion contínua de la Francia, los sustos y las bajezas de la diplomácia, la muerte de la prensa, la violencia de las sediciones, la sangre de los cadalsos, la anarquía de las opiniones, el gravámen de los ejércitos, los escesos de las contribuciones, el desórden de la hacienda y la hostilidad de los partidos no nacen de M. Guizot, pero sí de su principio. Si hubiera sido

este verdadero hubiera podido llevar la Francia al pilon con una seda; siendo falso se vé precisado á tenerla postrada y sujeta con cien cables de hierro, que al cabo ella romperá.

Por lo demas, teniendo todas las dotes necesarias para el gobierno de los Estados, ha carecido M. Guizot de blandura y de génio, y se ha mostrado mas á propósito para regir el senado de una república protestante que para dirigir el gran reino de Francia.

No sé en verdad si para cualquier gabinete reinante valdrá mejor tener á M. Guizot por amigo que por enemigo, porque sus alianzas salen mas á la cara que rus iras. Si se digna llevar en pos de su carro á un ministro desalentado y próximo á desmayarse, tendrá este que dejarse sujetar las manos con esposas y seguirle con el corazon henchido de vergüenza y de suspiros, á la manera de los reyes vencidos por los romanos. Le llevará arrastrando por su toga desgarrada, y despues de haberle cubierto de befa y de vituperio, tendrá á bien quizás dejarle la corona y la vida; pero qué vida y qué corona!

M. Guizot, sino hubiera establecido sus baterías en el centro del parlamento, seria á lo sumo el apóstol de unos cuantos sectarios; pero ha sabido erigir por defuera ciudadelas y fortines, desde cuya altura lanza rayos contra sus adversarios desparramados y desunidos.

Ha comprendido muy bien que con una forma de gobierno donde reinan las ideas era preciso antes que todo hacerse amigos entre los que benefician la fábrica de las ideas. Los diarios ministeriales, aun cuando él no sea ministro, están llenos de hechuras de M. Guizot, que todas las mañanas entonan sus alabanzas y trabajan en provecho suyo. Ha sabido ocupar tan perfectamente los caminos que conducen á las academias, que ya no es posible entrar en ellas sin su permiso. Las tres cuartas partes de los prefectos, sub-prefectos y fiscales, son doctrinarios á quienes él imbuye sus lecciones, haciéndoselas repetir dócilmente. Todos los pedantes en *us* y en *i* de la Europa alemana y escita se extasian ante la profundidad incomprensible de su genio, y los embajadores de la Santa Alianza, á quienes sabe hacer el caldo gordo, le recomiendan con eficacia en todas sus notas secretas. Entre él y su sistema han vuelto á llenar el Consejo de Estado, la Cámara de Pares y hasta las garitas de los centinelas del guarda-ropa, las antesalas, y aun quizá tambien las cocinas de palacio, de doctrinarios de todo sexo y toda laya, ya gasten calzon corto, ya gorro de lana ó ya charreteras.

Sea ó no ministro M. Guizot, lo mismo reina en los gabinetes de palacio que en el canapé de la doctrina. Toda la Corte es doctrinaria, doctrinaria con muy limitado entendimiento, no lo ignoro, con una prolijidad de lenguaje muelle é intemperante, y con cierta pobreza, no de doblones ciertamente, sino de ideas.

Muy lejos estoy por lo tanto de decir que M. Guizot no sea superior á la Corte con mucho, asi en el talento como en el carácter y en la palabra; pero porque el padre Lachaise supiese mas que Luis XIV, no por eso era Luis XIV menos jesuita; y porque la Corte no pueda compararse en talento con M. Guizot, no por eso deja de ser la Corte una declarada doctrinaria que se jacta de serlo, y que ha querido y sostenido, como M. Guizot, el monopolio electoral, la pairia hereditaria, las intimidaciones de setiembre, la ley de disyuncion, los presupuestos desmedidos, los infantazgos, las dotaciones, las fortificaciones, la paz armada, y otras invenciones y hallazgos legislativos y gubernamentales de igual especie y alcance. De suerte que puede decirse que entre la Corte y M. Guizot, y entre M. Guizot y la Corte se llevan la Francia de calle, y ya van trece años que anda la pobre tan asendereada y perdida. Casimiro Perier, Mortier, Broglie, Molé, Soult y Thiers fueron los primeros ministros del sistema, pero no eran ellos el mismo sistema. Ya pueden los legitimistas, los del tercer partido, los dinásticos y los antidinásticos, y todos los que andan en esa Cámara agitarse y remover cuanto quieran; yo predigo que los doctrinarios prevalecerán siempre con cartera ó sin ella, á menos que cambie la Corte ó que cambie el mismo M. Guizot.

No me atañe hablar de la Corte; pero en cuanto á M. Guizot ¿cómo ha podido resolverse á someter su privilegiado entendimiento al servicio de los camarilleros y de los agiotistas? ¿cómo él, que es honrado, no se siente violento hace ya tres años en medio de esa turba tan servil y depravada? ¿cómo él, que ha visto tan de cerca el interior de tantos corazones falsos, de tantas conciencias corrompidas, de tan venal é hinchada prostitucion, no se sonroja hasta los párpados por el empleo vil que está desempeñando? ¿cómo él, calvinista, él, perseguido en sus antecesores por la libertad de la discusion religiosa, él, nacido y criado para la libertad de la discusion política, ha podido secuestrar á tantos manipuladores de cartas, de juramentos y de reyes, la facultad del libre exámen? ¿Cómo él, que pidió la abolicion de la pena de muerte, pudo proponer que se condenase á los escritores al suplicio mil veces mas cruel de la deportacion en los desiertos inhabitables de una isla lejana bajo un cielo de fuego? ¿Cómo él, que es un hombre dedicado al pensamiento y al arte, ha podido anteponer los intereses materiales tan brutales y groseros á los intereses morales, como el amor sagrado de la patria y de la libertad, como todas las nobles inclinaciones que constituyen la vida, la delicia y la grandeza de los pueblos civilizados? Pero ha permitido Dios tan grave daño solo para castigarnos por su orgullo.

De tal manera ha imbuido M. Guizot en los ricos pecheros sus máximas egoistas; tanto les ha repetido que eran los reyes de la ciencia, de

la palabra y del pensamiento, que eran los dueños absolutos del suelo y de la industria, que todo les pertenecia por derecho de supremacía social, y que el resto de la nacion no era mas que un hato de bárbaros y de ilotas, que hemos visto á esos ricos pecheros conducirse y obrar como si semejante patraña fuese un evangelio; por eso los hemos visto engolfarse, arrellanarse y hartarse con las carnales delicias del materialismo, repartirse todos los empleos de los consejos de departamento, de la magistratura, del ejército, de la Guardia nacional, de los cuerpos legislativos y de todas las administraciones; acoger con aplausos y palmoteos todas las leyes de monopolio sobre las elecciones, el jurado, la conscripcion, los cereales y las aduanas, las listas civiles mas monstruosas, los infantazgos, las dotaciones, los abusos de príncipes y duques, y todas las dilapidaciones de villa y corte; y por fin amarrar á la nacion viva, y obligarla á una especie de servidumbre electoral y fiscal, mas insoportable quizá que el terrazgo del feudalismo.

M. Guizot, en vez de seguir al siglo en sus ondulaciones, en sus transformaciones sucesivas y en las vias de su progreso, ha querido construir una sociedad ficticia medio inglesa y medio doctrinaria, que se moviese toda entera de un solo golpe, y que de un solo golpe desaparecerá tambien por ser una obra contraria á la naturaleza cuando llegue el dia en que la nacion, esta nacion de 34 millones de hombres libres, pregunte qué quiere decir todo eso, y se vean obligados á darla cuenta sus mayordomos atolondrados y disipadores. Entonces habrá espantosos rechinamientos en este edificio fundado sobre arena y sacudido por la tempestad por sus cuatro ángulos, y entonces les faltará á todos tiempo para huir del terremoto universal, llevando á cuestas su hacienda; y quizás M. Guizot, ese supuesto conservador, será el primero en lanzar el grito de *sálvese el que pueda*!

Quedaria retratado á medias M. Guizot si no se le comparase con M. Thiers, por lo cual voy á acabar haciendo entre los dos un paralelo.

Guizot y Thiers son los dos hombres mas eminentes que de la oscuridad salieron á relucir con la espuma del hervimiento de Julio.

Nacidos ambos de la prensa, estrangularon á su madre al salir de la cuna, despues de haber chupado su leche hasta sacarla sangre.

Los dos, como los inquisidores, prendieron fuego á la hoguera de setiembre en que pusieron á los pensadores libres, diciéndoles: Creed ó abrasaos! Los dos representan en el gobierno, el uno á los pecheros constitucionales de la legitimidad, el otro á los pecheros dinásticos de la revolucion actual.

No son ni el uno ni el otro adictos á la persona del príncipe, y realistas *á todo trance*, tanto se les dá de la rama primogénita como de otra rama cualquiera; solo les mueve la ambicion de fortuna ó la terquedad de

sistema, y no duden VV. que si llegara el caso darian muy de grado de Luis Felipe la misma cuenta que dieron de Cárlos X.

Desgraciadamente hace diez años que no hacen mas que girar con su barquichuelo como timoneros inhábiles y meticulosos en su reducido archipiélago, siempre alrededor de los mismos escollos; sin atreverse á entrar en alta mar, andan siempre guareciéndose en las ensenadas.

La Francia, á pesar de las trabas del monopolio y de los impuestos, marcha por sí misma en la carrera floreciente de la agricultura y de la industria, y Thiers y Guizot creen que son ellos los que la dan el impulso; la Francia pesa en la balanza de la Europa con mil millones de francos de renta y 34 millones de hombres, y Thiers y Guizot se hacen la ilusion de que para inclinar el platillo en su favor no tienen mas que tocarle con la punta de su dedo meñique.

Hay un gobierno parlamentario bastardo y otro gobierno parlamentario legítimo. El bastardo nació de la cópula del monopolio con la corrupcion, el legítimo del enlace de la nacionalidad con el derecho ¿Tendrian los señores Thiers y Guizot la bondad de decirnos si son ellos bastardos ó legítimos, hablando por supuesto de su filiacion política?

Por lo demas, existe entre ambos un antagonismo en todas las cosas, en el carácter, en la opinion y en el talento; el uno es maleable, familiar, decidor, maligno, mondrego: el otro imperioso, austero, y estirado. Al uno le arrastran hácia el declive de la izquierda los recuerdos de su juventud; al otro le llevan hácia la derecha las sorpresas del cuasi-legitimismo.

M. Guizot puede á fuerza de ciencia y de gravedad pasar por aristócrata entre los grandes señores de la diplomacia; M. Thiers, á pesar de su petulancia y del maravilloso brillo de su ingenio, nunca será á los ojos de aquellos mas que un hombre salido de la nada.

Los embajadores de la Santa alianza creerán ver una especie de legitimista en el Guizot conservador; en Thiers nunca verán mas que un revolucionario por mas que dulcifique su voz, temple el tono y retire las uñas: esto consiste en que las aristocrácias son hermanas como las democrácias. No harán por cierto á M. Thiers las confianzas que harán á M. Molé ó á M. Broglie. Nada importaria si nuestro gobierno fuera verdaderamente nacional y sacara su fuerza de los principios y no de los hombres; pero no deja de importar bajo un gobierno de escepcion cuya fuerza no proviene ni del pueblo ni de sí mismo. M. Guizot es circunspecto en la accion, M. Thiers es atrevido en la palabra.

M. Guizot y M. Thiers hacen á las potencias de la Europa el uno guiños y el otro el coco; y las potencias se burlan del uno y del otro.

M. Guizot tiene á la Francia postrada en el lecho, descansando por

miedo de que muera de aneurisma; M. Thiers por su gusto la haria correr cruzando el espacio como un cometa desgreñado.

Asi que M. Guizot vuelve á aparecer en el poder ya puede uno decir con seguridad que la prensa de toda especie vá á ser perseguida y cercada en todos sus jarales como una fiera; asi que M. Thiers vuelve al poder, ya puede uno asegurar que se oirán por todas partes clamores de guerra. Asi son ambos en el interior y en el esterior nuestros dos ángeles buenos, los dos ángeles custodios de la paz y de la libertad!

M. Thiers dominaria á la prensa mas bien por la seduccion, y M. Guizot por el terror. Pero ¿qué es la libertad de la prensa tal como Thiers y Guizot nos la han parado? Una libertad á quien no le es lícito sondear los principios de gobierno; una libertad que parece inventada para escitar la risa! ¿Qué es un alfarero que no puede tocar siquiera con el dedo el cántaro que acaba de fabricar? ¿y qué cántaro es ese que no se deja tocar por el que le hizo?

No condenarán al fuego eterno Guizot el ecléctico ni Thiers el fatalista, al que quiera poner en duda la existencia de Dios, pero condenarán impávidos á los suplicios de Salazia al que intente poner en duda la legitimidad de un rey: porque Dios, ese Dios grande del cielo y de la tierra no existe para ellos, pero existe para ellos el rey. Para salir de la duda lo que hacen esos señores es meter la mano en su cartera de tafilete rojo, y entonces esclaman: ¡El rey existe!

M. Guizot emplea la corrupcion como sistema, y M. Thiers como arbitrio; el uno á la manera inglesa, el otro á la manera del Directorio.

M. Guizot procede en sus doctrinas por máximas, y M. Thier por salidas.

M. Guizot encuentra entre las lobregueces de las abstracciones filosóficas algunos vívidos rayos de luz; M. Thiers prefiere no remontarse hasta las nubes á perderse en ellas. El uno tiene alas, y el otro tiene pies como los demas humanos.

M. Guizot no saca á la arena parlamentaria muchas proposiones á la vez, M. Thiers por el contrario vacia en ella su bolsa, juega á la ventura y lo arriesga todo.

M. Thiers reconoceria quizá gustoso la soberanía del pueblo, y M. Guizot la soberanía parlamentaria.

El uno toma por punto de partida la revolucion de 1688, y el otro la revolucion de 1793.

El uno amaria en cierto modo al género humano entero, el otro dejaria al género humano por su patria.

M. Guizot tiene puesta su fé en las ideas, M. Thiers tiene mas fé en el sable; M. Guizot cree en la inercia y resistencia del interés pechero, M. Thiers en la accion sediciosa de las masas.

M. Guizot la echa de caudillo de los conservadores, aunque no se sabe qué es lo que conserva; M. Thiers la echa de caudillo de los progresistas, palabra nueva en su boca que en verdad no valia la pena.

M. Guizot halaga siempre á la mayoría, la acobija con sus miradas perspicaces por miedo de que se disperse, y encarece á cada instante la inalterable constancia, la estrecha union, y el heróico valor de dicha mayoría, aunque sepa perfectamente en el fondo tambien como VV. y como yo como comprende ella esas tres virtudes. M. Thiers, á quien la mayoría impacienta y molesta muchas veces, preferiria conducirla á latigazos, y como estima en mas la calidad que la cantidad, dirije de tiempo en tiempo miradas cariñosas hácia las estremidades de la Cámara.

Guizot y Thiers no tratan á su mayoría de la misma manera ni la hablan en el mismo tono. El uno es mas insolente con ella, el otro mas impertinente.

Thiers y Guizot usan ademas con su mayoría otros dos medios que merecen ser sabidos. El uno echa á vuelo las campanas, agita los palillos y toca generala; el otro pellizca la fibra sensible del interes personal; M. Guizot echa mano del pico de sus funcionarios diputados para llegar al número de la mitad mas uno, y aunque se resienta su orgullo filosófico es preciso reconozca que el mas poderoso de sus argumentos con semejante mayoría será siempre la puchera.

M. Guizot es demasiado presuntuoso para no despreciar las injurias, y M. Thiers demasiado indolente para acordarse de ellas.

Fuera de los negocios M. Guizot se vale del poder parlamentarió para cohartar el poder personal; en los negocios se vale del poder personal para dar jaque y rendir al poder parlamentario.

Fuera de los negocios y como miembro de la oposicion, M. Thiers dirijió sus baterías contra el ministerio sobre el terreno de los abusos interiores, y para entorpecer su marcha le hace una verdadera guerra de zancadillas; en los negocios y como ministro, traslada el debate al terreno de las relaciones esteriores, porque es dueño de obrar en él con amplitud y casi sin intervencion, diciendo solo lo que quiere.

M. Guizot vence las objeciones con su tenacidad; M. Thiers las elude con su destreza: se resbala por entre los dedos como una anguila viscosa; para sujetarle es preciso cojerle por los dientes.

M. Guizot afirma ó niega; M. Thiers nunca dice ni sí ni nó.

M. Guiot cuando le aprietan, y le interpretan y acorralan se hace fuerte en el desden de una denegacion desabrida y colérica, y en la soberbia de su silencio; M. Thiers defiende con interminable prolijidad á manera de abogado los mas pequeños pormenores de sus antiguos ministerios, y como otros oradores quieren imitarle, sin tener su talento, los debates legislativos degeneran en cháchara de comadres.

El uno como mas espiritualista entra mas en el derecho; el otro como mas materialista se aplica mas á los hechos. El uno tiene cierta creencia vaga en la moral; el otro no cree en maldita la cosa de importancia. M. Guizot se muestra inflexible con las personas, y su valor entonces es el mismo orgullo; pero cuando solo se trata de negocios su orgullo de nada le sirve. Esto esplica porqué tiene tanta resolucion en la tribuna contra las minorías parlamentarias, y tan poca en su gabinete contra las insolencias de las naciones extrañas.

M. Thiers tiene razon en querer un grande ejército y un gran presupuesto, porque se ha hecho un hombre de monopolio, y porque un gobierno de monopolio no puede prescindir de esos arbitrios. Si hubiera querido ser un hombre nacional, hubiera podido no tener mas que un semi-ejército y un semi-presupuesto; nosotros estaríamos mejor y él tambien. Esto decimos nosotros, y no lo duden VV., esto es lo que él piensa.

M. Guizot, ministro ó nó, no vive únicamente mas que de la política: tiene la fuerza, la resolucion, la obstinacion, la esperiencia de un hombre que no piensa, á cada instante del dia, mas que en la misma cosa. Para él, el poder es un negocio de temperamento casi tanto como de ambicion.

M. Thiers no lo refiere todo al gobierno y á la política; cuando no es ministro, vive como artista, calienta el vapor, viaja á Nápoles, descose mómias y escribe historias.

M. Guizot tiene mas generosidad en el espíritu, M. Thiers mas estension y movimiento.

M. Thiers, como un fósforo, brilla y se apaga. M. Guizot como una lámpara sepulcral, no esparce mas que una luz sombría, pero arde siempre.

M. Guizot toma á veces las tinieblas por la profundidad y las grandes palabras por las grandes cosas. M. Thiers, á veces tambien, toma el relumbron por el brillo y el ruido por la gloria.

Siempre hay mas del filósofo en M. Guizot, siempre hay mas del artista en M. Thiers. El uno se imagina siempre que está profesando en una cátedra, el otro que está conversando en un salon.

Ambos son tal vez los primeros periodistas de su época, pero M. Guizot cultiva mas bien el dogmatismo de la prensa, y M. Thiers principalmente el de la polémica corriente. El uno se recrea en escuchar el sonido de sus teorías; el otro agrupa las ocurrencias y los hechos de cada dia al rededor de su sistema; se escurre y se introduce por no se qué agujeros en los reductos de la Oposicion, y cuando esta dormita pega fuego á sus cañones.

Como escritor político, M. Guizot gusta mas entre los estranjeros que entre nosotros que preferimos las galas de la forma á la solidez del fon-

do, y para quienes el estilo es todo el hombre. No hablo del historiador, que tiene páginas admirables, sino de ciertas tésis y definiciones oscuras del metafísico y del publicista. Y sin embargo el genio es la luz: y lo que no es claro no es francés.

M. Thiers, y esto no le enfadará, es, en sus historias, mas bien hombre de Estado que escritor. No descuella ni por el plan ni por el órden, ni por el colorido, ni por la profundidad, ni por la concision, pero es singularmente notable por la alta inteligencia de los sucesos, la habilidad de la narracion y la perfecta lucidez de su estilo. Escribe en cierto modo como habla, con una abundancia y un encanto pintoresco.

Ningun escritor francés le ha igualado en la pintura de las batallas, ni en la esposicion de las crísis económicas. Ha referido, en la historia mas popular y leida de nuestros dias, las grandes guerras de la Revolucion, sus asambleas, sus constituciones, sus negociaciones y sus leyes.

Por lo demas, M. Thiers pertenece á la escuela fatalista, á esa árida escuela que cubre los errores y hasta los crímenes de los gobiernos con la escusa de la necesidad; que no reconoce derecho, ni en la nacion, ni entre las naciones, que ahoga el libre albedrío y sumerje á la virtud en la desesperacion. ¿Qué nos importa la historia de los hechos pasados, sin la moralidad de esos hechos para la instruccion del tiempo presente y del porvenir?

M. Guizot tiene mas método, hilacion, y vigor en sus improvisaciones y en sus discursos; M. Thiers mas franqueza y naturalidad.

M. Guizot es elocuente en la cólera; M. Thiers en el entusiasmo.

Nada mas grave que la diccion de M. Guizot; nada mas seductor que la ingeniosa llaneza de M. Thiers.

Al cabo de un cuarto de hora de oracion, M. Guizot me cansa. Al cabo de dos horas, M. Thiers me recrea.

M. Guizot no inspira cuidado, porque se sabe que tiene su tema hecho y que no se apartará de él: tampoco pone en cuidado M. Thiers, porque se sabe que siempre saldrá avante de las escursiones mas lejanas y embarazosas.

Si el peligro de la situacion urge, M. Guizot hará palpitar las fibras interesadas del diputado pacífico. En tal caso, M. Thiers tocará su marcha guerrera, y se le verá aparecer en los confines del desfiladero, con una bandera tricolor en la mano, como Bonaparte en el puente de Arcola.

Reasumiendo; ambos habrán sido inferiores á su cometido porque habrán sido inferiores hasta á sus principios, que no son principios.

Ambos, bajo los bordados oficiales de la casaca de corte, han perdido con harta frecuencia hasta el sentimiento de su propia dignidad.

Ambos, ¡miserable espectáculo! se disputan con encarnizamiento los

huesos del poder, sobre el tafilete de una cartera colorada, y luego, despues de este lucido combate, el vencedor se vá humildemente á lamer los pies de su señor.

Hombres de mezquina guerra y de mezquina paz, no han sabido hacer estar á la Francia delante de los estranjeros, el uno mas que sobre la rodilla derecha, el otro mas que sobre la rodilla izquierda.

¿Dirán acaso, ellos que debian, intrépidos coligados, acorralar en las cocinas de palacio el gobierno personal, dirán acaso como el gran Chatam: «He sido llamado al ministerio por el voto del pueblo, y solo al pueblo debo cuenta de mis acciones?»

¿Dirán acaso, ellos, ministros responsables, que habian jurado llevar tan altamente el cetro del 7 de agosto, dirán, como Napoleon despues de la batalla de Austerlitz: «Franceses, cuando ceñísteis á mis sienes la co»rona imperial, hice juramento de mantenerla siempre en aquel alto es»plendor de gloria, único que podia darle valor á mis ojos?»

Ah! la Francia, esta noble Francia, asombrada hoy de su soledad, se mira á sí misma, se busca, se consulta, y no acierta ya á comprenderse ni á encontrarse!

No pudiendo hacer de ella una reina, la han convertido en una traficante, y al fin de la jornada, retraida en el fondo de su tienda, ella que manejaba sables y espadas, está ahora contando y apilando cuartos roñosos!



DANIEL O'CONNELL



O'CONNELL.

Apenas Mirabeau, súbitamente velado por fúnebres vapores, se apagaba en el resplandor de su mediodia, cuando se alzaba un astro nuevo en el horizonte de Irlanda.

Mirabeau, O'Connell, faros inmensos, alzados en los dos confines del cielo revolucionario de 1789 á 1844 como para abrirle y cerrarle!

Si no quisiese considerar á O'Connell mas que como un orador parlamentario, podria comparar á la nacion británica con la nuestra; y á nuestra tribuna con la suya; podria decir que hay entre ellos mas hidalguillos llenos de preocupaciones excéntricas é inveteradas, y entre nosotros mas procuradores y jueces; que el diputado inglés lo refiere todo á su partido, y el diputado francés todo á sí; que el uno es aristócrata, aun en su clase media, y el otro de la clase media aun en su aristocracia; que el uno es mas orgulloso de las grandes cosas, y el

otro mas fanfarron de las pequeñas; que el uno hace siempre una oposicion sistemática, y el otro casi siempre una oposicion individual; que el uno es mas sensible al interés, á los cálculos, al decoro, á la razon, y el otro á las imágenes y á los movimientos, á los golpes de Estado y á las aventuras; que el uno es mas sarcástico y amargo en sus invectivas; y el otro mas propenso á la personalidad delicada y burlona; que el uno es mas grave y mas religioso, y el otro mas jovial y mas incrédulo; que el uno cita superabundantemente en sus arengas á Virgilio, á Homero, la Biblia, á Shakspeare, á Milton, y que el otro no podria recordar los nombres y los rasgos de su propia historia nacional, sin hacer bostezar ó reir á los espectadores del parlamento; que el uno no influye sino con esfuerzo, con lentitud sobre cabezas sólidas, pero macizas, al paso que al otro le adivina la inteligencia viva y penetrante de su auditorio, antes de que haya concluido su frase; que el uno empina y construye á su sabor largos periodos de argumentaciones indefinidas, atestadas de sabiduría, de derecho y de literatura, al paso que el otro chocaria con el gusto sencillo y delicado de nuestra nacion hacinando metáforas, aunque fuesen de las mas bellas, y cansaria nuestra atencion con la contestura demasiado sustanciosa y lógica de sus raciocinios.

Podria añadir que en la nacion inglesa hay mas fuerza, y en la nacion francesa mas gracia: allí mas genio, aqui mas talento; allí mas carácter, aqui mas imaginacion; allí mas política, aqui mas generosidad; allí mas prevision, aqui mas actualidad; allí mas profundidad en las especulaciones filosóficas y mas respeto á la dignidad de la especie humana, aqui mas inclinacion á mirarse con coqueteria á sí propio, en el espejo de su palabra, sin tomar en cuenta los méritos y las perfecciones de los demas. La una, en fin, de estas naciones, mas prendada de la libertad, la otra de la igualdad; la una mas orgullosa, la otra mas vana; la una mogigata á macha martillo, la otra escéptica en casi todas las cosas; la una hábil en preparar y esperar el triunfo de su causa, la otra atropellando la ocasion, é impaciente de vencer, no importa bajo qué jefes; la una retirándose á su rincon para hacerse allí la agraviada, la otra yendo á brincos y al primer toque del violin á mezclarse á todas las contradanzas; el inglés calculando qué suma de territorios y de influencia debe redituarle su sangre, qué suma de interés su dinero; el francés derramando la una sin saber dónde, y el otro sin saber cómo.

Y diria para concluir, que ambos, á pesar de sus vicios y de sus defectos, son la espresion de un gran pueblo, y que, mientras tanto que se eleve la tribuna inglesa del seno de los mares en su isla radiante y soberbia, y mientras que la tribuna francesa persevere alzada enmedio de los escombros de la aristocracia y del despotismo, la libertad del mundo no pecerá!

Pero á quien quiero pintar aqui no es al orador parlamentario; no es al Demóstenes defendiendo su propia causa en el foro oligárquico de Atenas; no es al Mirabeau ostentando las magnificencias de su elocucion en la sala de Versalles, delante de los tres órdenes del clero, de la nobleza y del tercer estado; no es á Burke, á Pitt, á Fox, á Brougham, á Canning, estremeciendo las vidrieras de Vhitehall con los rayos de su elocuencia universitaria; lo que quiero pintar es otro género de elocuencia, una elocuencia sin nombre, prodigiosa, arrebatadora, espontánea, y tal cual no la oyeron jamás los antiguos ni los modernos; á quien quiero pintar es á O'Connell, al grande O'Connell en pié sobre el suelo de su patria, con los cielos por dosel, la inmensa llanura por tribuna, un pueblo inmenso por auditorio, y por súbdito á ese pueblo, siempre á ese pueblo, y por eco las aclamaciones universales de la muchedumbre, semejantes á los rujidos de la tempestad y al estruendo de las olas en las arenas y en las playas del Océano!

Jamás, en ningun siglo ni en ningun pais, hombre alguno adquirió sobre su nacion un dominio tan soberano, tan absoluto, tan completo. La Irlanda se personifica en O'Connell: este hombre es en cierto modo, él solo, su ejército, su parlamento, su embajador, su príncipe, su libertador, su apóstol, su Dios.

Sus antepasados, descendientes de los reyes de Irlanda, llevaban á la cintura el acero de las batallas: él, tribuno del pueblo, se ciñe tambien el acero en los combates de la palabra, el acero de la elocuencia, mas temible que la espada.

Ved á O'Connell con su pueblo, porque verdaderamente es su pueblo: vive de su vida, se regocija con sus alegrías, chorrea sangre de sus llagas, grita con sus dolores: le arrastra del temor á la esperanza, de la servidumbre á la libertad, del hecho al derecho, del derecho al deber, de la súplica á la invectiva, y de la cólera á la misericordia y á la compasion. Manda á todo ese pueblo que se arrodille sobre la tierra y ore, y todo el pueblo se arrodilla y ora; que levante su frente hácia el cielo y la levanta; que maldiga á sus tiranos y los maldice; que cante himnos á la libertad y los canta; que se descubra y preste juramento, levantada la mano, la cabeza descubierta, delante de los Santos Evangelios, y se descubren, y levantan la mano y juran; que firme peticiones por la reforma de los abusos, que una sus fuerzas, que olvide sus disensiones, que abrace á sus hermanos, que perdone á sus enemigos, y firman, y se unen, y olvidan, y se abrazan y perdonan!

Nuestro Berryer no habita mas que las alturas de la política; no respira mas que la flor de la aristocracia; pero su nombre no ha bajado al taller ni á la cabaña. No ha bebido en la copa de la igualdad; nunca ha tocado las groseras herramientas de los artesanos; nunca ha hablado con

ellos; nunca ha puesto su mano en la callosa mano del jornalero ni del labrador; nunca ha acercado su corazon al corazon de ellos ni sentido sus palpitaciones. Pero O'Connell ¡cuán popular! cuán irlandés! ¡Qué estatura la suya! ¡qué formas tan atléticas! ¡qué vigor de pulmones! ¡qué espansion en aquella tez animada y florida! ¡qué dulzura en aquellos grandes ojos azules! qué jovialidad! ¡qué facundia! qué salidas! Cuán bien prendida lleva la cabeza sobre su muscoloso cuello, esa cabeza echada hácia atrás y en la que se pinta su altiva independencia!

Lo que le hace incomparable con los oradores de su pais lo mismo que con los nuestros, es que, sin ninguna premeditacion, y por el solo entusiasmo, por la sola fuerza de su pujante y victoriosa naturaleza, entra todo entero en su argumento y parece todavía mas poseido de él de lo que él se posee. Su corazon rebosa, va á botes, á arranques; hasta el punto de poderse contar todas sus pulsaciones.

Como un corcel de raza que se para de repente sobre sus nervudos y trémulos jarretes, asi O'Connell puede pararse en la desenfrenada carrera de su elocuencia, girar en un punto y continuarla. Tanta presencia, tanto resorte y vigor tiene su genio.

Parece á primera vista que titubea y vá á sucumbir bajo el peso del Dios interior que le agita: luego, se levanta, la aureola en la frente y los ojos llenos de llamas, y su voz, que nada tiene de mortal, empieza á resonar en los aires y á llenar todo el espacio.

¿Cómo esplicar, cómo definir ese genio escepcional que no reposa en un cuerpo siempre en movimiento y que basta al despacho de las causas civiles y criminales, al laborioso estudio de las leyes, á la correspondencia inmensa de los agentes de la asociacion, y á la agitacion nocturna y diurna de siete millones de hombres; aquella alma de fuego que abrasa á O'Connell sin consumirle; aquella inteligencia de una mobilidad tan increible que roza cada asunto sin ajarle, que se engrandece con todo el espacio que ha recorrido, que se multiplica esparciéndose, que renace, que se fortifica á efecto de su mismo rendimiento, que se consume sin repararse, que se entrega y se abandona sin cesar de pertenecerse; ese fenómeno de una ancianidad tan verde y tan vigorosa, esa vida poderosa que encierra en sí otras muchas vidas, esa inagotable efusion de una naturaleza estraordinaria, sin rival y sin precedentes?

Si O'Connell hubiera marchado, con su *claymore* (sable) en la mano, al abordaje del despotismo, hubiera sucumbido bajo los rayos de la aristocracia británica; pero se ha encerrado y tapiado en la legalidad como en una fortaleza inexpugnable. Es atrevido, pero es acaso todavía mas diestro que atrevido: avanza, pero se retira, irá hasta los últimos límites de su derecho, pero no irá mas allá: se cubre con el tropel de los curiales y pelea en este terreno, pie á pie, á fuerza de interpretacio-

nes capciosas y de sutilezas con que envuelve á sus adversarios que no aciertan á desasirse de sus redes. Escolástico, puntilloso, redomado, matrero, procurador ladino, arrebata con la astucia lo que no puede arrancar con la fuerza. Donde otros se perderian, él se salva; su saber le defiende de su ardor.

Sin embargo la especialidad de su objeto no le aparta de los intereses generales de la humanidad. Quiere economía en los gastos, porque este es el deber de todo gobierno; quiere el sufragio de todos, porque este es el derecho de todos; quiere la libertad de los cultos, porque esta es la voluntad de la conciencia humana; quiere el triunfo de las ideas, porque este es el único que no hace correr la sangre, el único que estriba sobre la opinion y la justicia, y que dura.

Es poeta hasta el lirismo ó familiar hasta la plática: atrae á sí á su auditorio y le transporta á las tablas del teatro, ó bien baja de él y se mezcla entre los espectadores. No deja un solo momento la escena sin accion ó sin palabra; distribuye á cada cual su papel; se constituye á sí propio en juez; examina y condena: el pueblo ratifica, levanta las manos y cree asistir á un juicio.

A veces, O'Connell acomoda el drama interior de la familia al drama esterior de los negocios públicos. Hace aparecer en sus discursos á su anciano padre, á sus antecesores y á los antecesores del pueblo. Impone sus voluntades; manda al auditorio que se siente, que se esté en pie ó que se prosterne. Toma la direccion de los debates y la policia de la audiencia; preside, lee, redacta, hace proposiciones, peticiones, requiere, concluye: arregla, improvisa narraciones, monólogos, diálogos, prosopopeyas, intermedios, peripecias: sabe que el irlandés es juntamente risueño y melancólico, que le gustan las figuras, el colorido y el sarcasmo todo á la vez, y corta la risa con las lágrimas, lo grandioso con lo grotesco. Ataca en masa á los lores del Parlamento y, lanzándolos de sus madrigueras aristocráticas, los acosa uno á uno como á alimañas: los escarnece sin piedad, los denuesta, los disfraza, y los entrega, ataviados con cuernos y jorobas ridículas, á las rechiflas y á los silbidos de la plebe. Si vé á alguno en la refriega amigo, ó enemigo, le llama por su nombre: si le interpelan, se para, se agarra á brazo partido con su interruptor, le tumba y vuelve bruscamente á su arenga. De esta suerte con maravillosa agilidad sigue las ondulaciones de ese mar popular, ora insensato y estrepitoso bajo los golpes de su tridente, ora rizado por el soplo de un viento ligero, ora sereno, puro y dorado por los fuegos del sol, como un baño de muelles sirenas.

O'Connell no es ni *whig*, ni *tory*, ni radical al modo de los ingleses: por eso los *whigs*, los *torys* y los radicales le profesan aquel inveterado ódio y aquel soberbio desprecio de un pueblo conquistador al vasallo

de un pueblo conquistado, de un inglés á un irlandés, de un protestante á un católico; pero este ódio, este desprecio, estas insolencias no pueden abatirle. A diferencia de nuestros oradores tan melancólicos y hastiados porque no tienen conviccion, ni entrañas, ni fé; O'Connell no duda del triunfo de su causa, y aun en la Cámara de los comunes, mirando atrevidamente á sus adversarios de hito en hito, esclama:

«Jamás cometeré el crímen de desesperar de mi pais; y hoy, al cabo »de doscientos años de dolores, vedme aqui en pie en este recinto, re»pitiéndoos las mismas quejas, pidiéndoos la misma justicia que recla»maban nuestros padres, pero no con la voz humilde y suplicante, sino »con el sentimiento de mi fuerza y con la conviccion de que la Irlanda »de hoy mas sabrá hacer sin vosotros lo que vosotros habreis rehusado »hacer por ella! Ningun compromiso tomo con vosotros; quiero los mis»mos derechos para nosotros que para vosotros, el mismo sistema mu»nicipal para Irlanda que para Inglaterra y Escocia; de otra suerte, ¿qué »es una union con vosotros? una union escrita en pergaminos? Pues bien! »rasgaremos esos pergaminos, y el Imperio quedará dividido!»

Soberbio lenguaje! es preciso sentirse casi rey para esplicarse asi!

No se le hable á ese hombre de otro asunto; su alma patriótica, aunque tan grande, no puede contener otro. En Lóndres mismo y en el Parlamento de los tres reinos, no es individuo del Parlamento; no es mas que irlandés. No tiene mas que á la Irlanda, á toda la Irlanda en su corazon, en su pensamiento, en sus recuerdos, en sus palabras, en su oido.

«Todos los dias, dice, todos los dias oigo la voz lastimera de la Irlan»da que me grita: ¿Debo siempre esperar y sufrir?... No, conciudadanos »mios, no sufrireis; no en vano habreis pedido justicia á un pueblo de »hermanos. La Inglaterra no es ya aquel pais de preocupaciones en que »la sola palabra de papismo sublevaba todos los corazones y los impul»saba á injustas crueldades. Los representantes de la Irlanda han em»pleado su tiempo en hacer aprobar el *reform-bill* que ha abierto anchas »esclusas al pueblo inglés; serán escuchados cuando pidan á sus colegas »que haga justicia á la Irlanda; y si por casualidad, el Parlamento fue»ra sordo ó nuestras súplicas, entonces apelaríamos á la nacion inglesa, »y si esta tambien se dejase llevar de ciegas prevenciones, nos encerra»ríamos en nuestras montañas y no tomaríamos consejo mas que de nues»tra energía, de nuestro valor y de nuestra desesperacion.»

Es posible invocar en términos mas enérgicos y patéticos la razon, la conciencia y la gratitud del pueblo inglés, y mezclar con mas arte el ruego á la amenaza que en este bellísimo trozo.

Pero se conoce que este gigantesco orador no está á sus anchas, que se ahoga bajo la cúpula del Parlamento inglés, como un gran vegetal bajo una campana de vidrio. Para que sus pulmones se inflen, para que

crezca en estatura y truene su voz, necesita el aire, el sol y la tierra de Irlanda; solo tocando aquella tierra sagrada, aquel suelo de la patria respira y se dilata: solo allí, en presencia de su pueblo, su elocuencia revolucionaria, su altiva elocuencia se lanza, se despliega, y centellea como los inmensos raudales de cohetes de un fuego artificial. —Solo allí desahoga, derrama á borbotones los torrentes de esa prodigiosa ironía que venga á los esclavos y hiere á los tiranos!

No es esto decir que su ironía sea sutil; no es de las que traspasan como con una aguja. Semejante al sacrificador antiguo, levanta su maza, hiere á su víctima entre los dos cuernos, en medio de la frente; la víctima lanza un largo gemido y cae.

Es curioso verle recojer su indignacion y sus fuerzas, cuando cuenta la larga historia de las desgracias de su patria, de su opresion, de sus miserias; cuando evoca del fondo de sus tumbas á aquellos generosos héroes, á aquellos rígidos ciudadanos que enrojecieron con su sangre los patíbulos de la Irlanda, sus lagos y sus llanuras; cuando presenta á los ojos de sus valientes amigos el lamentable espectáculo de la libertad desgarrada por el acero de los ingleses; el suelo de sus padres en manos de estos tiranos; el gobierno instituido por ellos y para ellos, para ellos solos; los tribunales atestados de sus hechuras; los jurados corrompidos; los parlamentos vendidos; las leyes tintas de sangre; los soldados convertidos en verdugos; las cárceles llenas; los labradores abrumados de contribuciones, embrutecidos por la ignorancia, estenuados de enfermedades y de hambre, descarnados, escuálidos, desencajados, encorvados, tendidos sobre la fétida paja; las covachas junto á los palacios; la insolencia de la aristocracia; la ociosidad sin cargas y sin piedad; el trabajo sin retribucion y sin tregua; la ley marcial restaurada; la libertad de la prensa suspendida; la administracion invadida por los estranjeros; la nacionalidad absorbida; los religionarios [1] incapaces de ser ni jueces, ni jurados, ni testigos, ni rentistas, ni instructores, ni *constables* [2], so pena de nulidad radical y hasta del último suplicio; las iglesias católicas vacias, desnudas, sin ornatos; sus sacerdotes mendigando, sedientos, perseguidos; la Iglesia anglicana, con la alegría en la frente y en el corazon, y la mano en los talegos y en los cofres llenos de oro. Entonces, las lágrimas se deslizan de los ojos en medio de un tétrico y horrible silencio, y todo aquel pueblo opreso, quebrantado por los sollozos, revuelve la venganza en su corazon.

En tanto la Inglaterra, desde lo alto de sus palacios y de su lecho de púrpura y seda, presta temblando el oido al rumor de ese Encela-

1 Los católicos.—*N. del T.*

2 Especie de comisarios de cuartel.—*Id.*

do que ruje bajo el monte donde le tiene aherrojado. Recorre este sus sombrios subterráneos; se empina, levanta con su espalda las abrasadas hornazas de la democracia, y en la espectativa de una próxima erupcion la Inglaterra se espanta, y ya le queman los pies y se retira de miedo de que estalle el volcan y la haga volar por los aires.

¿Qué le importan á ese turbulento orador, á ese agreste hijo de las montañas, Aristóteles y la retórica, y la cortesía de los salones, y el decoro de la gramática y la urbanidad del lenguaje? El es pueblo y habla como el pueblo; tiene las mismas preocupaciones, la misma religion, las mismas pasiones, el mismo pensamiento, el mismo corazon, un corazon que palpita con todas sus fuerzas por la Irlanda, que aborrece con todas sus fuerzas á la tiránica Albion. ¿No le veis como penetra, cómo se introduce, cómo se hunde en las entrañas de sus amados irlandeses para sentir y palpitar lo mismo que ellos sienten y palpitan? Cómo se pone, cómo se aferra en la cadena de su servidumbre para rujir mejor con ellos y romperla mejor! Cómo se doblega, cómo se contornea, cómo se baja, cómo se levanta, cómo hunde sus miradas en la gloria de sus tiempos pasados; cómo los retrae actualmente sobre sus llagas vivas, sobre su soledad, sobre su ilotismo político; sobre su miseria social, sobre su desnudez, sobre su degradacion! ¡Cómo los reanima, cómo los refresca con el religioso soplo de las esperanzas! ¡cómo los restaura á los altivos acentos de la libertad, y como los cubre tambien con su voz, sus gritos, sus venganzas, su alma, sus brazos y su cuerpo, que al fin de su discurso, todo ese orador y todo ese pueblo de cincuenta mil hombres no tienen mas que el mismo cuerpo, la misma alma, el mismo grito: viva la Irlanda!

Si, la Irlanda, su querida Irlanda es el ser que ha colocado, como sobre un altar, en el centro de todos sus pensamientos y de todos sus afectos: no vé mas que á ella, no oye mas que á ella, en el Parlamento, en la iglesia, en el foro, en el hogar doméstico, en los *clubs*, en los banquetes, en sus ovaciones triunfales, ausente, presente, á todas horas, en todos los sitios; en donde quiera! Siempre vuelve á lo mismo por mil cruzados caminos, caminos rodeados de abismos y de precipicios, de altas montañas, de grandes lagos, de fértiles tierras y de ondulosas praderas. ¡Tú eres, verde Erin, esmeralda de los mares, tú eres aquella cuya cintura desata en los arenales de la playa! Tú la que le apareces sentada en la airosa cima de los templos del catolicismo, tú la que oye en los murmullos del huracan, tú la que respira en las perfumadas brisas de la campiña! Tú la que se imagina ver, tú la que vé desenvainando contra los ingleses tu formidable *claymore*, al fragor del rayo de las batallas! Tú la que prefiere, pobre mendiga, con tus harapos, tus pechos desecados y tus chozas de paja, á los florecientes palacios de la aris-

tocracia, á la insolente Albion, á la reina del Océano! Tú, aquella cuyas lánguidas gracias, cuyas mejillas huecas y ajadas contempla lleno de una respetuosa compasion, oh verde Erin, esmeralda de los mares, porque eres la sepultura de sus padres, la cuna de sus hijos, la gloria de su vida, la inmortalidad de su nombre, la palma en flor de su elocuencia, porque amas á tus hijos, porque le amas á él, porque sufres por ellos, por él, porque eres la Irlanda, porque eres la patria!

Nuestros discursistas parlamentarios no se llevan ni un solo diputado á remolque de sus oraciones: han visto tantas revoluciones, servido á tantos gobiernos, derribado tantos ministerios, que ya no creen ni en el poder ni en la libertad; no son ni sansimonianos ni cristianos, ni turcos, ni anabaptistas, ni valdenses, ni albigenses, y no creen en ninguna religion absolutamente; pero O'Connell cree en los maravillosos prestigios de su arte; cree firmemente en la futura emancipacion de Irlanda. Cree en el Dios de los cristianos, y porque cree, porque espera, es por lo que sostiene esa águila su sublime vuelo en las altas regiones de la elocuencia, á pesar de que ya están heladas sus alas por el soplo de tantos inviernos. No separa el triunfo de la religion del triunfo de la libertad; se estremece de júbilo, se glorifica, se exalta en sus magníficas visiones del porvenir, y su palabra inspirada tiene algo de la grandeza del inmenso cielo que le sirve de pabellon, del aire y del espacio que le rodean, y de las muchedumbres del pueblo que se agolpan en pos de él, cuando esclama despues de su eleccion de Clare:

«En presencia de mi Dios y con el mas profundo sentimiento de »la responsabilidad que acarrean los solemnes y formidables deberes que »dos veces me habeis impuesto, oh Irlandeses, los acepto! y recibo la »seguridad de cumplirlos, no de mi fuerza sino de la vuestra. Los hom»bres de Clare saben que la única base de la libertad es la religion; »han triunfado porque la voz que se levanta por la patria habia antes »exhalado su oracion al Señor. Ahora, cantos de libertad resuenan en »nuestras verdes campiñas; estos sonidos recorren las colinas, han lle»nado los valles, murmuran en las ondas de nuestros rios, y nuestros »torrentes, con su voz de trueno, gritan á los ecos de nuestras monta»ñas: La Irlanda es libre!»

No, desgraciadamente, la Irlanda no es libre todavía. ¿Cuál será su suerte? cuál la de su agitador [1]? ¿Le herirá el rayo en medio de la tempestad? La Inglaterra y la Irlanda, conmovidas hasta sus cimientos, van á precipitarse una sobre otra? ¿Van á correr torrentes de sangre? ¡Aparte Dios tales presagios!

Suceda lo que suceda, O'Connell es y será, con Mirabeau y Napo-

1 Glorioso dictado que dan á O'Connell amigos y enemigos.—*N. del T.*

leon, la tercera de las tres mas grandes figuras del siglo. ¿A qué hombre, no portador de espada ni de corona, ha sido dado tanto poder en la tierra? ¿Dónde se ha visto, dónde se verá jamás nada de semejante? Asi que ¿á quién sorprenderá oir á O'Connell decir: «Me glorío de mi destino?» Si, te glorías de él, Daniel O'Connell; si, puedes esclamar en tu poderoso y legítimo orgullo: «La Irlanda soy yo!»

Y ¿qué importa ya que la Irlanda, Daniel, salga de tus manos toda cirdundada de gloria, toda palpitante de nacionalidad, ó que sucumbas ante la brutalidad de las bayonetas? Ah! con harta frecuencia el triunfo ha constituido hasta aquí el derecho y la legitimidad de los tiranos. El mundo les está entregado, y sin duda quiere Dios que reinen en él; sin duda que todas las naciones deben nacer, vivir y morir en una larga noche de tempestad, que interrumpen á raros intérvalos algunos vislumbres de sol; sin duda que su opresion es uno de los secretos de esa Providencia que se burla de la justicia humana, y que no prueba aquí en la tierra la paciencia y la virtud de los oprimidos mas que para reservarles las eternas recompensas de la herencia celestial. No te lisonjees pues demasiado, Daniel O'Connell, con la esperanza de verte exento de la ley comun, y no sé al fin y al cabo, si para coronar tu hermosa vida, no valdria mas para tí perecer que triunfar! Podrán, sí, podrán esos sajones [1] sepultarte en los calabozos, llevarte al suplicio, y quitarte de sobre esa tierra de Irlanda que no veria ya á su O'Connell, que no oiria ya los estampidos y los truenos de su voz; pero no impedirán que los labios de los irlandeses murmuren las sagradas palabras de justicia, libertad y patria, que tengan un eco en todos los corazones, y resuenen con el nombre de O'Connell desde la cumbre de tus montañas hasta las playas de la mar. No impedirán, no; no impedirán, oh generosos hijos de la verde Erin, que se cumpla vuestra emancipacion religiosa y política, ni que las generaciones futuras se arrodillen, con plegarias y cánticos de gloria, sobre la tumba donde descansen los huesos de vuestro libertador!

1 Dictado de escarnio que dan á los ingleses sus enemigos, en memoria de la antigua y fácil conquista de los sajones.—*N. del T.*

FIN.

TABLA DE MATERIAS.

PAGINAS.

PROLOGO. 5
DIVISION DE LA MATERIA. 11

PARTE PRIMERA.

PRECEPTOS.

LIBRO PRIMERO.—DE LA ELOCUENCIA DE LA TRIBUNA.

Cap. I. —De las causas que en cada pais constituyen un género particular de elocuencia parlamentaria. 15
Cap. II. —Hay muchos modos de discurrir. 20
Cap. III. —Del poder de la improvisacion. 23
Cap. IV. —De las profesiones que predisponen á la elocuencia parlamentaria. 25
Cap. V. —De la clasificacion de los oradores por sus dotes y carácter. 28
Cap. VI. —Del taquígrafo. 35
Cap. VII. —Del artículo de la sesion. 39
Cap. VIII. —De la táctica general de la oposicion, de la mayoría y del ministerio. 49

PAGINAS.

Cap. IX. —De la táctica particular de los ministros de cada ramo. . 55
Cap. X. —De la locucion y el continente. 61
Cap. XI. —Aforismos de elocuencia parlamentaria. 63

LIBRO SEGUNDO.—DE LOS OTROS GENEROS DE ELOCUENCIA.

Cap. I. —De la elocuencia de la prensa. 69
Cap. II. —Continuacion del mismo asunto. —Bosquejo de algunos folletistas.—*Sieyès.—B. Constant.—P. L. Courier.—Armand Carrel.— Chateaubriand. — Cobbett. — Enrique Fonfrède.— Lamennais.* 75
Cap. III. —Teoría del folleto. 94
Cap. IV. —De la elocuencia del púlpito. 104
Cap. V. —De la elocuencia del foro. 112
Cap. VI. —De la elocuencia deliberativa. 131
Cap. VII. —De cuatro géneros de elocuencia comparados.—De la elocuencia académica.—De la elocuencia parlamentaria. —De la elocuencia de los clubs.—De la elocuencia al raso. 148
Cap. VIII. —De la elocuencia oficial. 153
Cap. IX. —De la elocuencia militar. 173

PARTE SEGUNDA.

RETRATOS.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.—Mirabeau. 183
CONVENCION.—Danton. 214
IMPERIO.—Napoleon Bonaparte. 243
RESTAURACION. 265
Manuel. 270
De Serre. 278
De Villéle. 287
El general Foy. 293
De Martignac. 304
B. Constant. 307
Boyer-Collard. 318

TABLA DE MATERIAS.

PÁGINAS

REVOLUCION DE 1830. 332
Garnier Pagés. 336
Casimiro Perier. 347
El Duque de Fitz-James. 353
Sauzet. 359
El general Lafayette. 370
Mauguin. 377
Laffitte. 389
Odilon-Barrot. 392
Arago. 408
Jaubert. 413
Dupin. 417
Berryer. 431
[illegible]martin[illegible] . . . . 44[illegible]
Thiers. . . . . 45[illegible]
Guizot. 480
[illegible]Conne[illegible] . . . . [illegible]

El asistente [illegible] cortie-

[illegible] [illegible] larga [illegible] [illegible] [illegible]

[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

APÉNDICE

DE

M. DE CORMENIN,

ESPRESAMENTE ESCRITO PARA NUESTRA EDICION ESPAÑOLA.

LAS ORILLAS DEL MANZANARES.

No es por cierto el Manzanares parecido al Misisipí; pero tan solo le falta el agua para ser un hermoso rio donde se pueda navegar.

Mas ni el recurso me deja de echar en él mi anzuelo, á mí, manso ribereño del Sena, porque solo arenas y peladillas pudiera sacar de su corriente.

Fatalidad! Ese Guadalquivir, que tanto envanece á la Andalucía, solo vuelca cenagosas ondas; el Ebro no presta á sus náyades mas cristal que una amarillenta lama; y ese Tajo tan encomiado por los poetas, ese padre Tajo venerando y sagrado, bien pudiera en vez de oro manar agua límpida y cristalina como la que de sus trasparentes urnas dejan correr nuestras hermosas ninfas del Ródano y del Sena [1].

[1] Fatalidad! Ese mismo Timon, que tan imparcial y concienzudo se muestra en sus observaciones de viajero, que con tanta profundidad ha sabido estudiar las cosas ocultas de nuestro pais en el corto tiempo que ha residido entre nosotros, no acierta á ver con claridad los objetos ostensibles, y cree de buena fé que la corriente del Ródano y del Sena (¡la del Sena sobretodo!) es mas clara y cristalina que la del Guadalquivir, Tajo y Manzanares! Oh fatalidad, qué no puedan menos de ser *franceses* hasta los mas privilegiados talentos de la Francia!

Nota comunicada por el traductor á Timon.

No importa! Oh Manzanares, yo hallo deleite en tus riberas! ¿Dónde encontraré yo ese sol que se espeja centelleando en tus olas? Dónde mas veré esas montañas del Guadarrama, que pudiendo casi tocarlas con mi mano ocultan sus frentes en la nieve, al paso que á su falda respiro bajo la sombra el aura tibia de la primavera, y me entrego dulcemente á las inspiradas fantasías que egendran la soledad y el silencio?

Oh Manzanares, desde tus agrestes orillas contemplo yo ese palacio donde tantas zozobras amargas turban el reposo y las delicias de los Reyes, mientras que al pie de sus magestuosas barbacanas duerme el indolente pordiosero envuelto en su manta agujereada sobre la rodillas de su mujer.

Desde tus orillas oigo yo propagarse por el contorno los ecos de las bandas militares; ¿á qué todo ese ruido de clarines, y ese ostentoso tráfago de guerra? Solo el canto de las trinadoras aves debiera resonar en el oido de las tiernas Princesas.

Tambien desde tus orillas veo ese prosáico palacio de las Córtes. ¡Cuán afortunado soy en no entender la lengua que en él se habla para sustraerme á la fastidiosa tarea de la política!

Pero, ¿cómo es que yo que con tanto arrojo he sondeado las profundidades del gobierno representativo, desde sus tempestuosas alturas hasta sus negros abismos, solo me he consagrado en España á los pobres, á los dolientes y á los niños menesterosos?

Porque la felicidad del pueblo es la única mira del publicista, asi como debiera serlo de los gobiernos! Porque á veces consolar á un solo pobre, educar á un solo niño, vale mas que hacer triunfar en el campo de las ideas abstractas la mas luminosa teoría!

Las generaciones del pueblo pasan olvidadas entre el cieno del rio, mientras que las tempestades de las revoluciones agitan su superficie donde bullen los gobernantes y los poderosos de la tierra.

Dios, ese Dios grande, bueno y eterno, en quien creo con todo el poder de mi alma, mas aun que con el de mi mente, no nos dió á nosotros los privilegiados las riquezas, la inteligencia y la soberanía, sino para que nos consagrásemos á hacer el bien de ese pueblo que padece necesidades y que sufre con el corazon, con el pensamiento y con las entrañas. He buscado toda mi vida, lo confieso, busco todavía, y y aun no he podido hallar mas solucion que esta del inesplicab'e misterio del hombre.

¿Será posible que Dios en sus justos designios haya querido que solo algunos de sus hijos sean felices en la tierra, y que la mayor parte de ellos, casi todos, no lo sean? Ah! estas cuestiones son al parecer de poca monta! No merecen que se curen de ellas los sublimes oradores de nuestros parlamentos de Francia, España é Inglaterra! Qué se les

importa á la generalidad de los gobernantes de la mísera condicion del pueblo, con tal que haya animales dóciles que los conduzcan blandamente sobre los elásticos muelles de sus carruages, y gocen en el verano la frescura de la sombra de la verde alameda de plátanos en sus casas de campo, y renueven para ellos en el invierno las *primas-donnas* de la Opera los regalados gorgeos del ruiseñor y de la alondra? Qué para esto haya hecho Dios el mundo y criado al hombre! aunque cien veces me lo repitan, y cien veces me lo prueben, mi corazon y mi razon se negarán á creerlo, y siempre diré que semejante cosa no es posible, porque no soy capaz de blasfemar contra Dios hasta ese punto.

Pero ya empieza á penetrarme la neblina de Manzanares disipando mis vagorosos pensamientos: tiende la noche sus sombras, los mil ecos de la ciudad zumban á mi alrededor, y me encuentro en el umbral de mi morada, rodeado de amigos y de hombres estudiosos, que por la décima vez vienen á rogarme que les diga y les escriba en lenguage familiar, elevado ó sencillo, segun mi estilo particular, de la manera que se siente y que se habla, lo que he visto, leido ó pensado, de ellos y de su nacion, acerca de ciertas cosas, no de todas, esto es, acerca de lo que yo quiera.—Bien sabemos, me dicen, que V. solo ha venido á España á estudiar las escuelas, los hospitales, y el rodage de nuestra administracion: para traernos sus ideas y llevarse las nuestras; pero V. es Timon, V. es pintor, V. debe ser un observador imparcial y escrupuloso, V. no acostumbra á mirar los objetos solamente por una de sus faces; díganos V., pues, como de pasada, y á modo de viagero concienzudo y despojado de preocupaciones, qué piensa de nuestra política, de nuestro clero, de nuestras iglesias, de nuestro ejército, de nuestra hacienda, de nuestra juventud, de nuestra prensa, de nuestras corridas de toros, de nuestro gobierno, de nuestra lengua.—

Ya que VV. se empeñan absolutamente, yo lo haré, pero no tengo la pretension de retratarles en unas cuantas pinceladas exactamente como son; solo puedo retratarles á VV. tales como los he visto, y muy de pasada, y con pinceladas francas. Por lo tanto, si acaso me equivoco ¿y cómo no he de equivocarme? suplico á VV. me corrijan con amistosa indulgencia.

No empiecen VV. preguntándome qué pienso de su Constitucion, ó mas bien de todas sus Constituciones, porque les responderé que un pueblo no puede llamarse libre; no basta para que lo sea que se le ocurra á uno tomar la primera Constitucion que le venga á la mano y taparle la boca con ella, ni que haya escrito una Carta cualquiera en un

pedazo de papel plegado en dos ó cuatro dobleces; no puede llamare libre, no es libre el que no se constituye por sí mismo, ¿y dónde está en Europa el pueblo constituido por su propia voluntad? Yo no sé que exista; de donde deduzco que no hay en Europa ningun pueblo libre, ó poco menos.

Cuando los progresistas subieron al poder, maldito el cuidado que se dieron por saber de quién le recibian; no le recibian del pueblo ciertamente, porque éste jamás se mezcló en los amotinamientos militares, ni en los absurdos pronunciamientos de las ciudades, ni en las reformas de Constitucion pálidas y remendadas con que se emplastan las esquinas.

Lo gracioso es que esos mismos progresistas que usurparon la soberanía del pueblo han declamado contra la usurpacion de los conservadores. Estos por lo menos niegan el principio de la soberanía popular, y aunque negar un principio no sea probar que no existe, es preciso confesar que no han faltado á la lógica sino á medias, mientras que los progresistas han procedido de todo punto sin ella. Parécense en esto, y no poco, á nuestros liberales de Francia, que han pisoteado el principio de la soberanía del pueblo, y que viendo que el poder se les iba de las manos han empezado á clamar, diciendo que se les rehusan las consecuencias del principio que ellos mismos han violado con muy regular descaro. ¿Y querrán VV. que el pueblo se arrastre dócil en pos de tales inconsecuencias? Yo les prometo que no lo hará.

Puedo asegurar á VV. que solo cediendo á sus instancias me he determinado á descubrirles todo mi modo de pensar sobre su política. Bien saben VV. que no he querido entrometerme en ella, porque siempre me ha parecido, aquí como en todas partes, de muy mal tono el querer dar lecciones á uno en su casa, y sobre todo despues de haber merecido de los alcaldes, gefes políticos, funcionarios, profesores, y aun ministros, un recibimiento de que ciertamente no me conceptúo digno. ¿Qué importa, por otra parte, que haya en España liberales, y carlistas, y esparteristas, y afrancesados, y progresistas, y conservadores? No son todos ellos igualmente ilógicos unos que otros? hay uno solo por ventura entre tantos hombres sistemáticos, que en sus preocupaciones personales haya pensado alguna vez en el pueblo? hay uno solo que se haya propuesto jamás otra cosa que llevar baston de general, ó llenar su bolsillo? ¡y se habla de principios! Estudiantes tenemos de solo tercer año, artesanos, y repartidores de periódicos que saben mas de política, que ciertos oradores de las Córtes. Los gobiernos entran y salen como si fueran de una sola pieza: cuando sale un gobierno se muda el ministro, se muda el gefe de seccion, se muda el oficial y se muda el escribiente; y sino se muda tambien el portero es porque se necesita que quede alguno para abrir la puerta al nuevo gobierno que

entra; de modo que tienen VV. ministros de relevo, ejércitos de relevo, y empleados de relevo que se aborrecen entre sí mortalmente, se persiguen odiosamente, se destierran respectivamente, y aun se darian de puñaladas irremisiblemente si los españoles sin corona, sin carteras, sin destinos, sin ambicion y sin dinero, pero no sin escelente seso, no interviniesen con su *¡hola!* cuando los partidos vencedores y vencidos se dan de puñadas y se arrancan los pelos. Lo mas singular es que siempre el último que desaloja clama con toda la fuerza de sus pulmones contra la usurpacion del que le obliga á mudarse. Pero ¿qué usurpacion es esa? Si es usurpacion de funciones, sea en buen hora, pero si se trata de usurpacion de principios ¿dónde está, pregunto yo, el afrancesado, el carlista, el progresista y el moderado, que no sea un usurpador de la soberanía del pueblo? Tiene acaso derecho para llamar á otro ladron el que empieza por tomar lo que no es suyo, y se lo deja quitar despues? qué derecho tiene al poder un imbécil cualquiera salido de una camarilla? qué significan esas constituciones forjadas por legisladores sin poderes, que el pueblo no ha reconocido? qué valen esos artículos escritos entre el humo del cigarro en la punta de una mesa de café? Y pretenderán VV. que el pueblo se apasione por una obra en que no ha tenido arte ni parte? Todos sois ó déspotas, ó usurpadores; escoja entre estos dos dictados el que guste cualquiera que haya gobernado la España, sea ministro, sea diputado; que si llevó todavía mas lejos la injusticia, si despues de haber violado el derecho derramó la sangre del pueblo, ocupe el puesto que quiera y sea cual fuere el partido á que pertenezca, yo le condeno, yo le aborrezco con toda la energía de un corazon que solo abriga compasion para las víctimas y ódio á sus verdugos.

Existe sin embargo un fenómeno admirable en que nadie ha reparado todavía; es tal la corriente de las ideas que la misma Reforma usurpadora de una Constitucion usurpada se inclina espontáneamente y se prosterna ante la soberanía del pueblo. Sirva de ejemplo la Reina de las Españas y de las Indias, la Reina que por tradicion se anuncia, *Yo la Reina*, haciendo la Reforma que someta á la voluntad de las Cortes la modificacion de la ley fundamental. Ved, les dice, representantes verdaderos ó falsos de la nacion, pero por fin representantes aparentes y reputados como tales, ved, examinad, añadid, quitad, aprobad, desaprobad; yo haré lo que vosotros hagais, mi ley será la que vosotros determineis. Y vosotros progresistas, liberales, ayacuchos, ¿no veis que esa es una concesion inmesa, prodigiosa, inaudita, que hubiera escedido á todas las esperanzas de los Manuales de los Casimir Perier, de los Lafayette, de los B. Constant y de la Restauracion, si Luis XVIII ó Cárlos X hubieran hecho lo que acaba de hacer la Reina Isabel, y

que hubiera llenado de admiracion y de alborozo á nuestros imperiosos tribunos? ¿Cómo esplicar todas esas revoluciones que con su sangriento azote destrozan y dilaceran el seno de la desgraciada España? causa real y positiva, sólida y convincente para el hombre pensador, seguramente no existe; ¿será que el español se goce en la confusion y que sea su estado natural la anarquía? Ignoro por mi parte si tiene tan caprichoso gusto, pero sé que tal es su temperamento actual, y que no hay pais en el dia que sea tanto como la España el pais de los contrastes.

En efecto, ¿hay cosa mas democrática que una nacion donde el mas pobre labrador, donde un niño cualquiera puede acercarse á la Reina con paso seguro, y alzar la voz y clavar en ella la mirada? y por otra parte, ¿hay cosa mas despótica que una nacion donde cualquier contrabandista se planta la faja de general, y mantiene asesinos, é impone contribuciones, y fusila al que se niega á seguirle, y derriba de un voleo la Constitucion de cada dia y la hace pedazos? ¿Hay cosa mas democrática que una nacion donde cada cual se cree tan noble como el primero, y donde todos, con título ó sin él, son grandes en su casa? y por otra parte, ¿hay cosa mas despótica que un pais donde los que hacen y deshacen la Constitucion no se han curado jamás de consultar al pueblo, el cual, por otra parte, no necesita que se le den lecciones ni de igualdad, puesto que la practica, ni de libertad, puesto que la comprende, y mejor cuanto mas la infringen sus profesores legislativos y ejecutivos?

¿Dónde hay tambien mas riqueza y mas miseria, mas ardor y mas indolencia, mas luces y mas ignorancia, mas cultura y mas barbarie, mas orgullo y mas igualdad, mas iglesias y mas irreligion, mas bellezas lozanas y mas bellezas ajadas, mas abyeccion y mas vestigios de una antigua grandeza? Cuántas veces sentado, ya en las arenas de la mar que mojaba mis pies con sus olas, ya en las ruinas de vuestras torres, de vuestros claustros y de vuestras tumbas, traia yo á la memoria los hombres y las cosas que ya no son, y me decia:

¿Qué se hizo la vasta monarquía de aquel Cárlos V, en cuyos estados nunca se ponia el sol, y que queria en su ambicion hacer uno solo de los dos mundos nuevo y antiguo? Qué se hicieron aquellos galeones cargados de barras de Méjico y del Perú que entraban, oh Cádiz, á toda vela en tu puerto hoy desamparado! Dónde están, oh campos áridos cubiertos de intratables espinos, dónde están aquellas mieses de la Mauritania, cuyas nubes de espigas se tostaban al fuego del sol! Dónde aquellos canales de riego, aquellas redes de acequias que los sarracenos abrian por entre los bosques de plátanos y sicomoros, que fertilizaban los arrozales y las tierras de maiz! Dónde aquellas corrientes de agua viva que la yedra y las arenas partian en ramales en su na-

cimiento, y que tantos acueductos sólidos y elegantes conducian al sediento recinto de las ciudades!

¿Qué fué de aquellas fábricas de fino y pulido acero, de aquellos soberbios telares, de aquellos grandes talleres de estucos y barnices, de aquellas dehesas de veloces corceles, de aquellos jardines pensiles tan deliciosos, de aquellos espaldares de naranjos, limoneros, boj, granados y jazmines, de aquellos pabellones moriscos que se estendian por toda la longitud del Ebro, del Tajo y del Guadalquivir? Qué fué de aquellas razas de hombres vigorosos y arrojados, que bajo las enseñas de los Pizarros, Colones y Hernan Corteses, llevaron á los confines del mundo la gloria del nombre español? Qué de aquellas funciones espléndidas de vuestras catedrales convertidas entonces en incendiado bosque, hoy lóbregas é iluminadas apenas por alguna que otra lámpara que espira entre las sombras de sus silenciosas bóvedas? Qué se hizo aquel gentío prosternado en su pavimento, que formaba grandes marejadas bajo sus pórticos en los dias de festividad? Porqué en la casa de Dios todo es ahora silencio y tristeza? Porqué sus ministros escasean tanto, y andan abatidos y despojados? Porqué el curioso estrangero atraviesa hoy con ligera planta su nave, donde aun vibra la armonía de los órganos, sin fijar sus ojos mas que en las magnificencias del tiempo pasado? Porqué la santa palabra que se pronuncia en el púlpito cae hoy sobre el desnudo pavimento sin que haya quien la recoja? Porqué carece ahora ese culto de pompa, de emocion y de fieles, y aparece tan escaso como el aceite de esas lámparas que ya no alimenta la piedad de los vivientes? Dó están esas universidades de Salamanca y de Toledo, que tanto brillo difundieron en la edad media, de donde salieron tantos hombres famosos, y que hoy ni compararse pueden con los simples colegios de humanidades griegas y latinas de otras naciones? Dónde están los Quevedos, los Calderones, los Lopez de Vega, los Cervantes, esos pintores tan originales é ingeniosos de las humanas flaquezas? ¡Ah! las letras y los poetas del dia carecen de virilidad productiva, y no pueden hacer mas que imitar; se contentan con recoger al pie del Helicon algunos cuantos laureles ajados para tejerse una corona, en vez de ir acompañados de las Musas á buscar las hermosas mañanas de primavera rosas nuevas á los frescos valles del Hemus. ¡Cierto que para llegar á semejante estado de consuncion intelectual, religiosa y política, valia la pena de afanarse en no tener ni gobierno en el estado, ni religion en la iglesia, ni cultivo en los campos, ni progresos en las artes, ni originalidad en la literatura, ni union en las familias, ni órden en la hacienda, ni arreglo en la administracion, ni espedicion en la justicia, ni dinero en las arcas públicas, ni crédito, ni comercio, ni poder por de fuera! Y tambien valia la pena de irse despojando de to-

das estas cosas para poder con mas desahogo enzarzarse, y asesinarse, y ahorcarse, y quemarse, y desollarse, y violarse, y saquearse mútuamente, y no volver nunca al hogar sino con las manos abominablemente teñidas en la sangre de los conciudadanos!

¡Válgame Dios, y quién creyera que la causa de todo esto ha sido una cuestion de personas y de principios que nadie todavía ha dilucidado! Yo por mi parte, lo confieso, no entiendo ni una jota (verdad es que tampoco he tratado de entenderlo) de esa sublime contienda de legitimidad entre la Reina Isabel y Don Cárlos, de lo cual nada me pesa; pero lo duro es que haya habido una infinidad de hombres de bien que se dejasen matar por semejante cuestion sin entenderla mejor que yo, y mas duro es todavía que haya aun otros que esten dispuestos á hacer lo mismo sin estar mas adelantados. ¡A tanto llega la necedad de los hombres!

Cansados por fin de guerra, llegó el dia en que se preguntaron todos unos á otros: pero ¿porqué nos hemos batido? porqué nos hemos estado degollando? qué es lo que queremos? qué pedimos? Y todos los españoles unánimemente prorumpieron en este solo grito: Queremos órden en la hacienda, justicia en los fallos, progreso en la enseñanza, probidad y entereza en la administracion!

¿Y qué es de la libertad? qué es de la teoría? La libertad! Mucho la amo yo, y bien sabido es para que se me dispense de afirmarlo; pero la libertad que yo anhelo es la del órden, y no la del desórden. La teoría! tambien aprecio yo mucho la teoría, pero con la condicion de que positivamente exista; y sobre si hay teorías en España no las tengo todas conmigo. Francia las tiene, y yo tambien las tengo, y no poco avanzadas por cierto; pero esto no basta para que se las impongamos á pueblos que no las quieren en manera alguna.

Despues de haber dicho á VV. la idea que tengo de sus Constituciones y de su política, no me atrevo en verdad á decirles lo que pienso de sus Córtes; mas ya que quieren saberlo les diré, y quede entre nosotros, que una sola vez he asistido á sus sesiones, y que no he tenido gana de volver. En un salon de baile ví muchos individuos sentados en círculo, graves como otros tantos Catones, luciendo sus robustos pulmones y sus frases interminables, de fisonomía regular, cabello negro y guante amarillo; representaban una especie de comedia parlamentaria compuesta de soliloquios, puesto que faltaba la oposicion que sostuviese el diálogo con la réplica; hacíame aquello el efecto de un concierto de doscientos músicos tocando todos el clarinete, que sin duda alguna es un bello instrumento, pero que no puede servir aislado ni de violin, ni de oboe, ni de flauta, ni de contrabajo; ó bien el efecto de un baile donde no hubiera mas que damas.

Tal vez dentro de seis meses en vez de ser moderados, todos los que componen esas Córtes serán progresistas, y diré de ellos lo que de estos digo.

Despues de las Córtes preciso es decir algo del ejército. Si me preguntan VV. qué me parecen sus tropas les responderé que son sufridas, sóbrias, infatigables, valientes, fuertes y disciplinadas; pero si se me pregunta para qué sirven, eso ya es otra cosa, y no podré menos de decir que creo que no sirven de nada absolutamente. Y en efecto, ¿cuándo se ha visto una nacion que tenga menos necesidad de ser militar que la España? Si la naturaleza no la ha formado para la ofensiva, puesto que no hay para ella punto de ataque designado; si la naturaleza la ha hecho para la defensiva, y por eso se tomó el cuidado ella misma de ceñirla por todas partes con una valla casi impenetrable de mares y de montañas; si nadie ha de volver á intentar el descabellado proyecto de Napoleon de apoderarse de la Península, y si esta á su vez tiene tanto que hacer en su propia casa que no hay miedo se le ocurra la idea de invadir la agena ¿de qué sirve un ejército que no tiene ni conquistas que emprender, ni invasiones que resistir? Un mero cuerpo de guarda-costas, otro de ingenieros, y una poca artillería, no de campaña ni de ejército, sino para las fortalezas y para las aduanas, para impedir el contrabando; un buen cuerpo de gendarmas de á pie y de á caballo, bien equipados, bien montados, y bien pagados, bajo las órdenes inmediatas de la policía civil, he aquí en suma toda la fuerza armada que necesita la España. Pero una cosa se me olvidaba; tambien se necesita un cuerpo pulido y luciente de robustos aragoneses, y un regimiento ligero montado en arrogantes caballos andaluces, para ir caracoleando en torno de las princesas, que como todas las mujeres, y como es muy natural, gustan de las paradas, que son una especie de tocador militar. Esto es lo único que racionalmente deberia conservarse, suprimiendo todo lo demas; y si yo me hallára en lugar del gobierno, lo haria hoy mismo para no esperar á mañana, reservándome toda la gloria, y ademas (permítaseme la añadidura) todo el provecho. ¿Quién habia de quejarse? no ciertamente la jóven Reina, porque para su recreo militar le quedaban sus aragoneses y sus caballos andaluces, y ademas las acciones de gracias, los suspiros de amor y las bendiciones del pueblo. Tampoco los soldados, los cuales no se harian ciertamente rogar para volver á sus hogares á abrazar á sus ancianos padres, y á comer sus garbanzos con aceite rancio. Tampoco los generales retirados que no reciben paga, y que entonces la recibirian, ni los generales en servicio activo, que saben bien que jamás se las habrán con otros enemigos que con sus propios conciudadanos. Tampoco sufririan el menor daño la agricultura, el comercio y la industria, antes bien sal-

drian de su abatimiento ostentando con profusion capitales, trabajo, instrumentos, máquinas, vapores, y motores de todo género. Tampoco se quejaria el ministro de hacienda que anda de contínuo esquivando los lapos reiterados de la deuda, que huye, y se esconde, y se escapa por los mil ardides de la bolsa, y que por el contrario con los millones disponibles de un ejército suprimido marcharia derecho á atacar la deuda flotante, la reduciria á cero, y ofreceria en breve á los ojos de la Europa admirada el espectáculo nuevo y singular de un presupuesto en que las entradas superasen á los gastos. Tampoco les pesaria á los acreedores ingleses, cuyos títulos podrian centuplicarse; ni á la moralidad pública, que se sonroja por esos empleados cuya corrupcion mantiene la bancarrota anual de sus sueldos; ni los jueces á quienes no se paga; ni los curas á quienes tampoco se paga; ni los profesores, que no reciben un cuarto; ni los gefes políticos que tampoco reciben un cuarto; ni finalmente la Francia, que deponiendo todo temor por lo que hace á los Pirineos, retiraria las tropas que tiene hácia aquella parte para dirigirlas sobre el Rhin, ó que mas bien las suprimiria imitando el sábio ejemplo de la España. He aquí lo que haria yo, ademas de otras muchas cosas, si fuera su gobierno de VV.

Bien sé que por el pronto sentirian VV. como ajado su amor propio, y que creerian ver alzarse ante sus ojos irritados las sombras heróicas del Cid, de Hernan-Cortés, de Pizarro y de Gonzalo de Córdoba; yo tambien admiro á esos vencedores de los moros, á esos conquistadores del Perú, de la Italia y de Mégico; admiro á esos grandes aterradores de gigantes, á esos valientes paladines forrados de hierro y con la lanza en ristre, que VV. cuelgan de las bóvedas de sus museos, y que celebran sus romances; no trato de averiguar si el pueblo era en efecto en aquellos tiempos pobre é ignorante, y si estaba embrutecido y devorado por la miseria, la lepra y las supersticiones, hollado por el feudalismo, y entregado á las hogueras de la inquisicion; ya he dicho á VV. que no suprimiria yo ni los pompones, ni los plumeros, ni los timbales, ni los serpentones, ni las paradas, ni la música; tambien á mí me gusta ver ondular los plumeros, y relucir al sol las espadas desnudas, oir los clarines, mirar las cabriolas de los caballos andaluces, y á los niños contemplándolos llorar de miedo y estremecerse de alegría; pero trasportaria toda esa ceremonia al teatro de la ópera, donde nuestros nietos pudiesen ver algun dia qué venia á ser el ejército en el año de gracia de la caballería andante, y en el año de gracia del gobierno representativo mamando; y si algun valiente paladin del siglo echase aun de menos el tiempo viejo, le consolaria enviándole á leer las maravillosas proezas del Sr. D. Quijote de la Mancha.

Pero apropósito de ejércitos y de tropas me veo por una transicion

natural comprometido en cierto modo á hablar á VV. de la intervencion de nuestras tropas y de nuestro ejército en los asuntos de España. Voy á esplicarme en esta materia con toda sinceridad.

Nuestra intervencion ha sido siempre fatal á los españoles, y mas aun á nosotros mismos; el astro del imperio y de la restauracion ha palidecido con ella, en términos que mas que un astro puede decirse que fué sangriento meteoro. Zaragoza nos ha enseñado cómo se defiende un pueblo libre; el Trocadero, para quien como yo ha visto á la inexpugnable Cádiz, no fué sino una comedia lastimosa; pero no nos corregiremos por eso.

Es cosa proverbial, y mil veces repetida entre nosotros los franceses, cosa que creen á pie juntillas los mismos que niegan á Jesucristo, que la Francia es el pais llamado á la iniciativa de todas las cosas grandes; y como nosotros constituimos un pueblo belicoso, harto belicoso, los que lisonjean en los franceses esta manía pendenciera, pretenden que la guerra especialmente es la que abre con su espada las vias de la *iniciacion;* lo cual, en otros términos, y en lenguage mas corriente, quiere decir que es preciso matar á la gente para civilizarla mejor. En vano se nos prueba con los hechos en la mano que nuestra teoría de iniciacion belicosa carece de sentido comun; no hay un solo francés que quiera renunciar á ese supuesto llamamiento. Desearia yo saber, sin embargo, si fué por la libertad por lo que Napoleon plantó á su hermano José en el trono de España y de las Indias; y si fué tambien por la libertad por lo que el Duque de Angulema fué allá á derribar la Constitucion y las Córtes. He visto pueblos enteros devastados por nuestras tropas que aun continúan arruinados; he visto iglesias cuyos tesoros han sido saqueados por nuestros soldados; he visto bóvedas y artesones donde se ha rascado el oro hasta con cuchillos, destruyendo sus estucos y tallados. Mucho me alegraria de saber qué otra huella de su paso por España dejó nuestro ejército las dos veces que la ha invadido, qué pensamiento de libertad y de civilizacion, aunque sea único, ha sembrado allí nuestra decantada iniciativa política; que si al menos Napoleon y Luis Antonio hubieran fundado una sola escuela de aldea, lo único que podria yo decir entonces es que me parecia bastante cara una escuela comprada con 400.000,000 y 400,000 hombres; pero ni siquiera de eso pueden vanagloriarse: ni el uno ni el otro hicieron á los españoles absolutamente otra cosa mas que daño.

Asi es que si por tercera vez se nos ocurriera á nosotros los grandes iniciadores el capricho de intervenir en España, en nombre de la república ó del realismo, ó de la monarquía ó del socialismo, sin saber precisamente cuándo ni por qué causa; desde ahora digo que haré con todo mi corazon los votos mas sinceros para que seamos vencidos y

archivencidos, como lo mereceríamos, y para que cada aldea de España sea para nosotros una tumba como Zaragoza. Al mismo tiempo advertiria tambien á los españoles, que si tratáran de traspasar los Pirineos con sus oficialitos de 15 años y sus negruzcos soldados, no les habiamos de dar el trabajo de volver á trepar por donde bajasen.

Ahora bien, ya que á VV. les parece eso justo, y que decididamente no habrá mas intervencion francesa en España, podemos proseguir como buenos amigos el curso de nuestras pacíficas esploraciones: y voy á decir á VV. la impresion viva y rápida que á primera vista me han dejado su cielo, de un azul tan puro como sus dos mares, sus rios y sus montañas, sus llanuras, sus catedrales, su clero, sus mujeres, sus costumbres, sus usos, sus fiestas, su lengua. Tal vez iremos tropezando, desde luego se lo advierto á VV., quizás daré muchos pasos en falso, puesto que voy á bosquejar todos esos objetos de pasada; pero cuento con su indulgencia y con que me tenderán la mano amistosamente, sin reprender con aspereza á este pintor de bosquejos á la ligera.

Y hé aquí que mi grande apuro es ahora el no saber á cuál dar la preferencia entre tantas bellezas naturales, y tantas maravillas del arte como se aglomeran en mi memoria. ¿Cómo alcanzar á objetos tan grandes? cómo describir lo que no puede reproducir el pincel?

¿Serás tú, cielo de Andalucía, cielo hermoso, que cada noche te adornas la frente con mil penachos de estrellas, y que cada dia viertes de tus diáfanas ánforas de fuego sobre los campos, los mares y las ciudades, los abrasadores torrentes de tu luz incomparable?

¿Sereis vosotros, montes de los Pirineos, que os coronais de verdes pinos y de nieves eternas, mientras que el sol desliza sus rayos por las profundas quiebras de vuestro granito, y devora la yerba de los valles?

¿Sereis vosotras, fuentes límpidas del Guadarrama, que en mi sed yo ansío, y que nos traeis vuestros murmullos sobre las frescas alas de la noche?

¿Serás tú, Guadalquivir, que envuelves á Sevilla en el largo pliegue de tus aguas, y que despues de haberte dejado libar mil veces en tus amorosos caprichos, vuelves otra vez á ella como si te doliera dejarla?

¿Sereis vosotras, cascadas de Aranjuez, tan brillantes cuando precipitais vuestra plateada espuma bajo los altos plátanos del bosque, y que despues de saludar al paso el alcázar de los reyes, os abrís tortuosos caminos y cauces misteriosos por entre los cañaverales y los floridos tomillos?

¿Serás tú, Meditarráneo, azulada cintura de la España, lago de mil naves, igualmente formado para la paz que para la guerra? Tan pronto

te estremeces y hierves bajo los truenos de las escuadras que se chocan y se hunden en tu seno, como descansas inmóvil á la manera del alcion bajo tus blancas velas, como te meces cual otra madre entre las dos hijas de la Europa y del Africa, sin que sepas á cual de las dos dirigir con preferencia las caricias de tus ondas.

¿Serás tú, Barcelona, con tus iglesias reverberantes de luz y de oro, tus naves de mástiles gigantescos, tus fábricas donde fermenta el vapor, tu pabellon de estrelladas esferas que domina sobre las sombras de la noche, y tus brisas tibias y embalsamadas que vienen desde el Africa encomendadas á la onda marina?

¿Serás tú, Valencia, cuyo puerto borrascoso se desencadena, exalta y se rompe bajo el azote de la tempestad, mientras que tú duermes muellemente tendida al borde de las olas sobre un lecho de rosas?

¿Serás tú, Cartagena, que no consientes que el mas débil céfiro arrugue la superficie de tu azulado golfo?

¿Serás tú, Cádiz, noble engendro de las bodas de la España con las Indias, Cádiz, orgullo del viejo Océano, doncella compuesta, fresca y liviana, que enamoras á los pasageros, que gustas de que te miren con tu blanca falda, tu manto verde, tus cabellos trenzados en la frente, y con la sonrisa en los labios? Nadie mejor que tú merece ser lisonjeada y cortejada, porque verdaderamente eres hermosa.

¿Serás tú, alcázar de Sevilla, donde los indolentes nietos de Abdelramen, tendidos á la sombra de los sicomoros, respiraban el aura de los manantiales saltadores, y donde á la tibia claridad del dia se teñian de púrpura las flores y se doraban los sazonados frutos del jardin de las Hespérides?

¿Serás tú, oh Córdoba, la de las mil columnas y de las mezquitas aéreas, que bañas en el Guadalquivir tus puentes y tus jardines; Córdoba, tan envanecida por tus corceles andaluces, cuando entregan al viento sus flotantes crines, y hienden sus cascos la tierra, y hierven en su túmida nariz los resuellos del amor y de la guerra?

¿Será Toledo, donde mis pasos y mi imaginacion vagan con deleite desde la risueña orilla del Tajo hasta las torres de los Sarracenos, donde se sueña con la edad media, sus batallas y sus fiestas, y donde se encuentran bajo las ruinas y la yedra de las mezquitas y de las sinagogas la delicadeza y maravillas de una civilizacion desvanecida?

Hay mas relacion de la que se cree entre las maravillas de la naturaleza y las del arte.

Las catedrales españolas con sus altos campanarios y sus cúpulas inmensas, dominan sobre los huracanes de las revoluciones que braman á sus pies, y sólidamente asentadas sobre sus basas de granito parecen dormir al sol en su inmobilidad oriental.

No bastan algunas horas, seria preciso pasar dias enteros en esos templos magníficos, sentado, de pie, acrupido, con los ojos fijos en sus vasos de mármol y de pórfido, sus santos de plata, sus vírgenes cubiertas de pedrerías, sus lámparas, sus candelabros, sus viriles de rubíes y de esmeraldas, las espirales esbeltas, los artesones de oro, las vidrieras de color, que parecen inflamarse con los rayos del sol africano, las capillas caladas, caireladas, festoneadas, sus mil ingeniosas y estrañas figurillas, sus caprichosos arabescos, sus frutos embutidos, sus flores imaginarias, que corren, serpentean, trepan, circulan, bajan y se suspenden en las ojivas, en las verjas de los altares, en los bajo-relieves de las tumbas, vuelven á encaramarse por las columnas, y se pierden en las aristas de la cúpula y en el fronton sublime de los pórticos. En las iglesias de España no le penetra á uno el frio, el vacío y la desnudez, como en las nuestras de Francia; allí la oracion no se evapora, antes por el contrario se condensa y se repliega; respírase allí la magestad de Dios vivo, se siente uno como levantado de la tierra, como envuelto y absorbido en las medias tintas de luz y de sombra, que no causan en el alma ni los horrores de la noche ni las distracciones del dia; las bóvedas descansan sobre bóvedas, las cúpulas se lanzan, suben y se pierden sin que pueda seguirlas la vista, y la meditacion sube con ellas hácia la eternidad; y despues de haber dominado aquellas inmensas alturas, demasiado débil para sostenerse mas tiempo en sus alas cansadas, vuelve á bajar, y de cúpula en cúpula, de nave en nave, de calvario en calvario, se hunde en la nada para volver á subir despues hasta Dios, sumergirse, arrobarse en éxtasis, precipitarse nuevamente desde lo mas alto del cielo, y posar aterrada y temblando sobre el frio mármol de los sepulcros.

Desgraciadamente solo falta una cosa en esas gigantescas masas de piedra, que es la vida. En esos templos religiosos, solo una cosa falta, la religion. Si el clero secular vive á duras penas, el clero regular no vive ya. No he visto en España mas que claustros abandonados, donde silba el cierzo por entre las quiebras de las paredes, donde la lluvia enmohece y desgasta las tumbas, y donde crece la yerba enmedio de las ruinas.

Los regulares fueron horriblemente degollados; aun dura la sangre en las manos de sus asesinos, á quienes la justicia de Dios castigará si no se arrepienten, á falta de la justicia de los hombres. No he visto yo ni carmelitas, ni benedictinos, ni cartujos, ni jesuitas; el clero secular anda súcio, raido, mal calzado† cubierto con sombreros incómodos y ridículos; ignora el griego, ignora el latin, ignora la literatura, ignora la política, lo ignora casi todo; le han despojado de sus bienes sin mas derecho que el de la fuerza, y le niegan sus pensiones porque no

† algunos es cierto; la mayoría falso. — Mentira.

se paga á nadie. Sus individuos viven de misas, de limosnas, de no sé qué; viven solo porque son españoles, porque un español vive con nada; se desquitan poniendo hocico á la sociedad, y haciendo la mortecina se paran cuando el siglo marcha, se meten en su rincon, se deslizan á lo largo de las tapias de las catedrales, entonan sus *oremus*, despachan de prisa y corriendo los oficios y entierran bajo las catacumbas del tiempo pasado una religion siempre viva. No se les vé prestarse á ninguna obra, ni dirigir ninguna asociacion filantrópica, ni alimentar con la caridad la lámpara del cristianismo; por lo demas son hombres de bien, afables con los extrangeros, bastante liberales en sus opiniones sufridos en su miseria, honrados, alegres, francos, tolerantes: no le costaria al Gobierno dos maravedises hacérselos amigos.

La religion de las damas de la sociedad suele limitarse á santiguarse muy á menudo, sentarse en las losas de las capillas y abanicarse mucho; pocas son las que comprenden que vale mucho mas ir en persona, en persona, lo repito, á llevar el pan y el consuelo al tugurio del necesitado, que reclinarse en un sofá, y con los ojos medio cerrados por el sueño ó el placer dejar caer descuidadamente su bolsillo en manos de un cuestor: se me figura (mucho deseo engañarme) que las mujeres españolas están por lo general muy mal educadas en punto á religion.

Los hombres maduros no la conocen, los jóvenes tampoco la conocen; no se ven arrodillados junto á la balaustrada del santuario mas que ancianos de cabello gris ó blanco: y si he de creer á los mismos españoles, en ningun pais hay mas indiferentes ni mas ateos.

El clero español, fuerza es decirlo, muere hoy por el esceso de su desarrollo y de su grandeza; todo poder que no reconoce límites, crece, se eleva, se dilata, y por fin se hunde por su propio peso: el despotismo, la inquisicion, los bienes desmedidos, las torpezas de la concupiscencia monástica han sido los enemigos del catolicismo. Para volverle á levantar sobre sus escombros y restituirle su fervor y su brillo, creo yo que se necesitarian estas tres cosas: pobreza en la iglesia, caridad en las obras, y quizás libertad en el culto. La condicion de la religion de Cristo hasta la consumacion de los siglos, su vida, su gloria, su triunfo, están en el combate. Cuando yo entro en una iglesia española, no es el viento del norte, sino el soplo de las contiendas religiosas lo que quisiera que hiciese retemblar sus vidrieras.

De la observancia de la religion á la observancia de las costumbres no hay mas que un paso: cuando el clero, cuando las damas no se consagran á la caridad como es debido, dificil es que los hombres entiendan la sociabilidad como debe entenderse.

No tacharé al español porque no sea impertinente, ligero, distraido, petulante, adulador y charlatan, como nos pintan á nosotros las

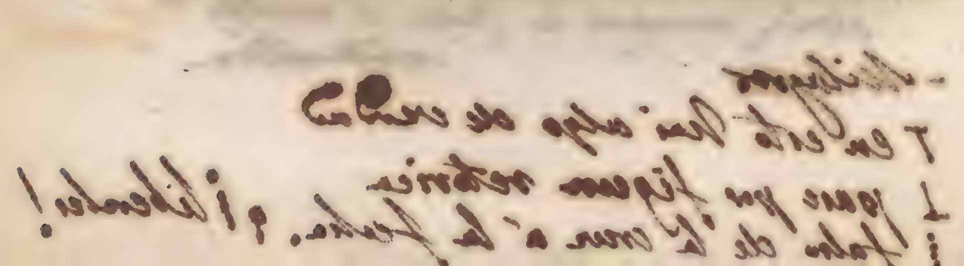
¿ mucho ha hecho y nada ha conseguido.

¡ Bien regenerando ya para el [illegible] con los [illegible] de [illegible]!

— Milagros
Y en esto hay algo de verdad
¿ pase por figura retorica
¡ fabor de la cruz á la fecha. ? ¡ liberales!

malas lenguas, pero sí quisiera que fuese menos áspero, menos indolente, menos desconfiado y menos sombrío, mas social y mas hospitalario. Los grandes de España, los nobles, los comerciantes, los banqueros, no convidan nunca á almorzar, ni á comer, ni á jugar, ni á bailar, ni á tocar, ni á hablar de negocios, ni á hablar de noticias; pudiera decirse que, mundanamente hablando, no hay en el calendario de España ni fiestas, ni domingos, tan amantes son de los placeres solitarios del egoismo, es decir, del placer de estar entre un numeroso gentío rodeados por todas partes de otros individuos, sin hablarse, sin verse, sin reconocerse, y casi sin saludarse; de ese placer individual incomunicativo, grosero, de todo para sí, y solo para sí, que es el que se saca del circo, del paseo, de los cafés y de los teatros. Cuando acaba uno de ver nuestras pequeñas aldeas, tan festivas, tan animadas, tan alegres, donde parece que toda la poblacion canta, bebe, rie y baila, y donde diria uno que todos los cantantes, y danzantes, y bebedores, solo tienen un alma y un cuerpo, no puede uno menos de decirse á sí mismo al ver la España; ¿dónde están los palacios? no los hay. ¿Dónde las casas de campo? no las hay. ¿Y los bailes de las ciudades? tampoco los hay. ¿Y bailes de aldea? tampoco. ¿Y conciertos? tampoco. ¿Y sociedades? tampoco. ¿Y salones donde la aristocracia reciba á los artistas, á los sábios, á los hombres de talento? tampoco. ¿Y almuerzos entre amigos? no se dan. ¿Y comidas donde se convide á los padres, á los conocidos, á los extrangeros? no se convida. El español toma cuanto le dan para sí, bebe para sí, come para sí, y vive para sí, únicamente para sí.

Muchas veces he intentado averiguar en qué puede emplear su dinero un español rico, que no tiene ni confesor en su oratorio, ni querida en su gabinete, ni caballos en su cuadra, ni perros de caza, ni vinos en su bodega, ni convidados á su mesa, ni chimeneas en sus cuartos, ni espejos en sus chimeneas, ni canapés, ni sillones, ni butacas de seda y terciopelo en sus salones, ni almohadones de pluma, ni pieles en sus camas, ni lana superfina en sus colchones, ni colgaduras de Lyon en sus balcones, ni carruages de lujo en sus cocheras, ni reloges, ni candelabros, ni porcelanas de Sèvres, de Sajonia ó de China en sus consolas, ni estatuitas, ni vasos de bronce y cristal tallado en sus rinconeras, ni grabados costosos en sus gabinetes, ni libros de canto dorado y lujosamente encuadernados en sus estanterías, ni tapices de Aubusson bajo sus pies, ni repostero francés, ni pinche en su cocina, ni estrado para recibir, ni porteros, ni palacios, ni casas de campo, ni suntuosas reuniones campestres, ni elegantes saraos, ni literatos, ni sábios ni artistas en sus reuniones. Por consiguiente, lo que hace es amontonar pesetas sobre pesetas, y duros sobre duros, y onzas sobre



onzas, y pone al lado de estos montones de pesetas, de duros y de onzas, otros iguales y de las mismas especies, hasta que la mesa se raja con el peso; despues pone los montones en sacos, y amontona los sacos de montones en toneles, y llena de toneles su guardilla y su cueva. No creo que exista en todo el mundo un pais donde los particulares tengan mas dinero contante, y donde menos tenga el público. Si el crédito se restablece en España, como creo firmemente que sucederá, hemos de sorprendernos de ver inundar los montones de oro los mercados, los bancos, la bolsa; despertarse el espíritu industrial, fundarse manufacturas, construir caminos, abrirse canales, limpiarse las madres de los rios de arenas, légamo y cieno; formarse nuevos puertos en la mar; cubrirse los arsenales de flotas; cruzarse los caminos de hierro; estenderse, dilatarse hasta unir el Mediterráneo con el Océano; sustituir las posadas y los hostales á los figones; poblarse los campos desiertos de caseríos, de granjas, de pabellones, de alamedas, de prados artificiales y de toda clase de cultivos; roturarse los terrenos vírgenes; abrirse las montañas, desmontarse, allanarse; multiplicarse los cambios de unos productos con otros, del maiz, del trigo, del aceite, de las lanas, de los vinos, de las frutas;—todo será progreso, vida, juventud, trabajo, produccion, riqueza, maravilla: los españoles, si quieren, si escuchan la voz de sus amigos, y yo soy uno de ellos, si llegan á comprendernos y á comprender sus propios intereses, están llamados á ser un dia uno de los primeros pueblos del mundo; pero para eso es preciso no dormir dia y noche.

Los mercaderes españoles están muy lejos de tener la afable y cortés amabilidad de los nuestros; no le encajan á uno asi que se presenta el tratamiento de marqués ó de vizconde; son mas bien un tanto desabridos y ásperos al tacto, como todo buen español; secos y cazurros en el cuchitril de su trastienda, ni atraen á los compradores, ni venden al fiado, ni envian á las casas lo comprado;—hay en ellos gran fondo de probidad, que es la cualidad mas preciosa en el comercio; palabra dada, palabra cumplida. Los criados y la clase de medio pelo es por lo comun gente arreglada, formal, y fiel á toda prueba: hay miserables criadas de Asturias ó de la Mancha á quienes fiaria yo sin recibo y sin el menor recelo la mitad de mi hacienda: digo esto en honor de las costumbres rancias del pueblo; y lo digo con tanto mas calor y desinterés por cuanto elogio á esos infelices sin que me lo agradezcan, puesto que no serán ellos quienes me lean. ¡Qué ideas tan estrañas nos formamos en Francia sobre la España y los españoles! solemos atravesar los Pirineos en las alas de la imaginacion, y la dejamos correr á placer en pos de las guitarras y de las aventuras.

Sin embargo, y perdónenme los escribidores de novelas y de histo-

rietas, lo cierto es que no hay pueblo en la tierra mas taciturno, mas pasivo, menos entusiasta y menos romancesco que el español: el Mediodia de Europa, vivaz, ligero, petulante, alegre, ingenioso, agudo, inquieto, chancero, hablador, cantarin, cuentero, atolondrado y brillante, inventor, impetuoso, rebelde, acaba por el Mediterráneo en Marsella, y por el Pirineo en Burdeos: los españoles no son, en rigor, hombres del Mediodia, son mas bien del Africa que empieza que de la Europa que acaba; la mitad de su sangre es africana, el sol de España es sol africano, los españoles tienen la indolencia de los orientales, su misma indiferencia hácia el porvenir, su carácter grave, su aspecto taciturno, sus costumbres reservadas y solitarias, sus pasiones sordas, violentas, sin olvido y sin perdon. Si la religion de Cristo, á la que tanto deben, á la que lo deben todo, no hubiera acudido á ellos para suavizarlos y civilizarlos, toda la zona del Mediodia ibero creería aun, como creyó por espacio de mucho tiempo, en la religion de Mahoma.

Jamás he oido en España hablar de raptos, ni de desafíos por causa de dos bellos ojos: la sensibilidad ilícita de las doncellas suele acabar en un casamiento forzado ó en un convento: en las conquistas de amor hacen allí mas ruido las plumas de los escribanos y las citaciones jurídicas que los pistoletazos; ni hay allí mas serenatas que las que al vecindario entero dan los serenos gritando con su penetrante falsete: ¡las once y media, y nublado! las doce, y sereno!

¿Es esto decir que las españolas no sean tan coquetas como las francesas? Guárdeme Dios de hacerles tal injuria.

¿Será decir que no posean tantos encantos? Válgame el cielo: llenas están de gracias de pies á cabeza.

Las hermosas que florecen en Andalucía, limitándome solo á estas, son de pequeña estatura y de elegante encaje de cuello; tienen los brazos torneados, los dedos delicados y finos, los pies pequeños, y el cabello ¡qué cabello! y la sonrisa ¡qué graciosa y amable sonrisa! Su dentadura mas blanca que el marfil; sus ojos como de fuego y rodeados de largas pestañas tienen una dulzura penetrante; los muelles movimientos de su talle imprimen ondulosos pliegues á sus mantillas; el sonido de su voz va derecho al alma, é imita entre el murmurio de la noche la cadencia y los suspiros de los pájaros: vosotros, jóvenes viajeros, que bogais en las aguas del Mediterráneo, y que subís el Guadalquivir, no os dejeis encantar por esas sirenas.

Esas sirenas de tez morena, esas encantadoras doncellas aman á Dios casi como á su imágen el hombre: al rezar hacen ruido con el movimiento del abanico y de los lábios; creen mas con los ojos que con el espíritu; adoran las imágenes de Dios, de la Vírgen y de los Santos, mas que á los mismos Santos, á la misma Vírgen y al mismo Dios.

Las andaluzas no sueñan con el amor, sino que lo practican: para ellas no hay ya ni rejas de hierro, ni dueñas con manojos de llaves, ni maridos celosos. Vánse solas por lo largo de las tapias blancas de la ciudad á espaciar al sol su frente dorada; vánse solas, sin mas galanes que sus amigas, al caer el dia á pasearse bajo las acacias y los sicomoros de Córdoba, Cádiz, Sevilla y Valencia. Jamás sus pálidas megillas se tiñen de ese carmin que suele hacer traicion al corazon; solo sus ojos brillan de noche con elocuente lenguage en medio del silencio. Los moros al dejar la hermosa Granada, y Sevilla con su alcázar tapizado de olorosos jazmines, y Córdoba con sus horizontes de verdes montañas, dejaron en las venas de aquellas mujeres restos de sangre africana, con no sé qué tiernos deseos, con no sé qué estremecimientos de voluptuosidad; para ellas el suspiro es la plegaria; para ellas la religion es el amor; finalmente, el amor para ellas es la vida, el único objeto de la vida!

¿Son las españolas felices en la vida conyugal? Hé aquí una pregunta que nunca les he dirigido, porque ¿qué me habian de responder? Nada por lo tanto sé sobre esta materia; pero me inclino á creer que los españoles, tan respetuosos con las damas, tan galantes en sus salutaciones, tan urbanos como corteses al aire libre, no dejan de ser bastante déspotas en su casa; por lo demas sean jueces de esto las mismas damas.

No tengo yo por cierto la pretension de acertar; dije al principio, y lo repito ahora, que puedo muy bien no haber visto y no haber observado con todo el acierto deseable, porque ¿quién es capaz de penetrar las costumbres y el carácter de un pueblo que se visita de pasada, y sobre todo las costumbres y el carácter de sus mujeres? Para esto se hubieran requerido tres condiciones: habitar mucho tiempo el pais, estudiar muchos matrimonios y muchas mujeres, y vivir en su trato íntimo. Supongamos, por ejemplo, que un español sea admitido en París en cualquier casa ó familia; verá desde luego que la señora de la casa es severa en su discurso, en su conducta y en su propio esterior, que lo tiene todo en órden, que frecuenta las iglesias, que vigila sobre la educacion de sus hijos, que rodea á su marido de tiernos cuidados y de esmerada solicitud; ¿podrá deducir de esto el español que todas las mujeres parisienses de la misma clase son devotas, modestas y reservadas? Si por el contrario es introducido en casa de cualquiera otra señora vaporosa, que descuida á su marido y á sus hijos, y padece crispaciones de nervios, que se tiende en los sofás, que vive entre gasas, diamantes y flores, y lee novelas, y hace versos, y juega á ser artista, ¿podrá deducir que todas nuestras mujeres son coquetas y ligeras? Otro tanto digo de las españolas; creo que son afectuosas, sensibles, madres tiernas, es-

posas leales, demasiado indolentes sin duda alguna, pero su mirada está llena de caricias como el sonido de su voz está lleno de melodía, y la sagacidad de su sonrisa es un indicio seguro de su talento.

No he quedado tan satisfecho de los jóvenes como de las mujeres; son estos en general de un moreno subido, de ojos comunes y uniformes, de barba espesa y ríspida; son aficionados á llenarse el pecho y las manos de cadenas y sortijas de oro falso; su andar es pesado, aunque sus formas revelan agilidad y vigor. Los jóvenes españoles no debieran mirarse sino á caballo, haciendo encabritarse al noble corcel andaluz, clavados en sus arzones, apretados de cintura, sus ojos destellando fuego, derribado el sombrero sobre la oreja, y con el puro en la boca.

¿Y qué diré de esa lengua española, tan magestuosa, grave, sonora, musical y enfática, que con tanta perfeccion habla todo ese pueblo de hombres y de mujeres? Es imposible acentuar y articular mejor cada frase, cada sílaba, cada palabra que lo hace cualquier abogado ibero en el tribunal, cualquier predicador en su púlpito, cualquier actor en el teatro, cualquier orador parlamentario en las Córtes, y cualquier pedagogo en su escuela. La lengua española pliega con pompa su mantilla, y muestra en sus orejas deslumbradores pendientes de rubíes y de diamantes; se mece en sus periodos retumbantes y candenciosos, se columpia con magestad, se mueve con andar de reina; pero cuando se vé precisada á espresar nuestros giros familiares y nuestras locuciones naturales, tan espresivas y pintorescas, que sin ser demasiado elegantes, ni demasiado correctas, y sin pertenecer ni á la nueva conversacion, ni al discurso sério, todo el mundo lee y comprende, ya de nada le sirve su riqueza; solo tiene para nosotros equivalentes y poco mas ó menos, y ó nos deja desnudos, ó nos pone de tiesos y emperegilados que no hay quien nos conozca. La magnificencia de la lengua española se refleja en sus cumplimientos, títulos y apelativos de todo género; no sé si el defecto está en la lengua ó en la costumbre, pero lo cierto es que los epitetos y las hipérboles se prodigan con una facilidad asombrosa.

No es estraño que haya allí marqueses de la Fidelidad que hayan vendido á no sé cuantos gobiernos, príncipes de la Paz que hayan envuelto á su pais en los horrores de la guerra civil, y duques de la Victoria que tomen las de Villadiego; vizcondes de la Docilidad habrá que nieguen la obediencia al gobierno, y condes del Camino de hierro que rompan la crisma á los viajeros.

Cuando los alcaldes publican algun bando para que no se juegue á la pelota en alguna tapia, ó no se viertan aguas inmundas en algun rincon, no se contentan con decir, Nos el acalde de la ciudad de tal...... sino que han de añadir, de la *invicta* ciudad de tal......

Y adviértase que yo, que no soy militar, ni menos artillero, me

comprometeria á echar abajo, con solo tres descargas de cañon de á 24, la muralla de semejante ciudad *invicta*, y entrar en ella vencedor.

¿Pues qué, quién entró en Viena, en Roma, en Berlin, en Moscow, en Madrid, en Lisboa y en París, no podrá echar abajo una bicoca flanqueada de torres desmoronadas, aunque sean góticas ó moriscas? Creo que convendria mucho advertir á todos esos municipios *invencibles*, que con su donquijotismo alcaldesco hacen un papel soberanamente ridículo. ¡Válgame Dios! cuando uno es grande es preciso que sea modesto.

En cambio de este defecto que hace aparecer á los españoles como emparentados con los chinos, tenemos nosotros una especie de fatuidad todavía mas insoportable: no podemos imaginarnos que fuera de nosotros tenga nadie ingenio y gusto; ¿quién creerá que á mi vuelta de España se me preguntaba si en su pais de VV. se comia con tenedor, y si las señoras se visten para ir á sociedad? Todos creian que me burlaba de ellos al decirles que en España no se come con los dedos, y que las señoras gastan trajes elegantes y lujosos aderezos, y me lo hacian repetir mil veces, como si fuera un cuento.

Prefiero con mucho las *excelencias* y las *ilustrísimas* á esta clase de impertinencias, que sériamente he oido en boca de mis caros compatriotas.

¿Qué resta que añadir ahora?

En España el carácter general de las gentes es áspero y zahareño; el vino es turbio y espeso y de mal gusto; la carne de las reses es dura: puede decirse que todo allí es uraño, hombres, animales y frutos: es una nacion que necesita mucho ingerto.

¿Qué mas diré? La España es como una hermosa vasija de oro al salir de las manos del platero, con toda la riqueza de la materia y la elegancia de la forma, pero sin el bruñido, que solo se adquiere á fuerza de pulimento.

Esto en cuanto á las ciudades. Por lo tocante á los lugares y aldeas es una nacion vigorosa que tiene mas necesidad de peines que de pan, y de agua caliente que de vino, y de cepillos que de cigarros, y de lienzo blanco que de Constitucion, y de educacion que de libertad; métanmela VV. por Dios en las piscinas en la mayor fuerza de la corriente, aféitenmela VV., esquílenmela VV. hasta que se la vea el casco, blanquéenme VV. sus paredes con cal, purifíquenme sus gergones con azufre, y sus camas llenas de chinches con trementina; oblíguenla VV. á que se peine, y se lave, y se vista dia y noche, despues de hacer su oracion; pónganla VV. una camisa, aunque no sea mas que los domingos, y yo les respondo de que en breve parecerá enteramente otra, y que no reconocerán VV. á ese pueblo. Las naciones en este

mundo solo son grandes en razon de la opinion que se tiene de su limpieza.

Dejando ahora á un lado el capítulo de costumbres, vamos á hablar un poco de las fiestas y regocijos. No describiré los disfraces del carnaval, ni las danzas de tamboril, ni las pirámides humanas de Tarragona, ni las miserables bufonadas de los estudiantes cazcarrientos que llevan en pos de sí al populacho, ni el voluptuoso contoneo de la cachucha. Lo que hay mas original en España, lo que es verdaderamente nacional y digno de un pueblo grande, son las corridas de toros; asi lo dicen VV. por lo menos, que por mi parte, como no soy español, solo he visto una corrida, y me ha sobrado mas de la mitad.

¡Qué movimiento, qué espectáculo! un circo enorme en el centro de un anfiteatro con graderías, donde 10,000 hombres con niños y mujeres están apiñados formando marejadas! Cae el sol á plomo sobre aquella multitud tempestuosa; abrasa la atmósfera y parece exhalar un olor de sangre y de carnicería; allí los españoles, de semblante grave y sério, se animan y se encienden tiñéndose sus facciones de rojo sombrío; los mas taciturnos prorumpen en esclamaciones; los mas flemáticos saltan y se agitan, todos vociferan y hacen estremecer sus bancos de madera: es un pueblo entero que goza á un tiempo y que delira.

Abrese de repente la barrera, sale el toro á la arena, y corre saltando mas ligero que el corcel que entrega sus crines al viento en las doradas arenas de la Andalucía. ¿Qué vá á hacer ahora ese rey de las praderas? Primero está como atalondrado, luego se irrita y escarba con su pezuña la arena; inclina la cerviz amenazante dando resoplidos en la tierra, brillan sus ojos, y arranca de repente contra sus enemigos, que al huir y evitar su furor le siguen hostigando; pero no huye él, no retrocede ese noble animal, para el cual no hay esperanza, y cuya muerte está cercana. Un par de donquijotes encaramados en sus rocinantes con los ojos tapados, se le ponen delante á darle pinchazos en el cuello con sus picas; y cuando el toro se digna arrojarse sobre ellos, hace rodar en el polvo ginetes y monturas, que se levantan mal parados, y despues de limpiarse vuelven aquellos á tomar su gloriosa posicion. Los banderilleros y capeadores, cubiertos de cintajos, de lentejuelas y de caireles, con el cabello recogido en una redecilla á lo Fígaro, bien apretados de cintura y de pantorrilla, arrastran culebreando delante del toro sus capas de holandilla encarnada, amarilla y verde; cuando se ven apurados se refugian en la barrera salvándola de un salto, mientras otros, despues de haber ofuscado al toro y tomado sus precauciones, le clavan dardos agudos que le desgarran la piel y los tegumentos, tiñéndose de negra sangre; el animal bufa, levanta al cielo su hocico humeante, sus pechos se estremecen y procura en vano

sacudirse las agudas puntas que lleva clavadas; óyese luego un toque de clarin, y sale un espada con su muletilla de púrpura, el cual, despues de saludar con su montera á la autoridad que preside y dirige la funcion, y de anunciar un brindis chavacano á su salud con la sangre que vá á derramar, se pone delante del toro y le hunde en la cerviz el acero, mientras el animal engañado se abalanza al paño rojo. Sus movimientos se entorpecen, agótanse sus fuerzas, apáganse sus ojos y quedan sus astas inmóbiles de entumecimiento y de dolor; revuélvese trabajosamente, intenta envano saltar la barrera, y vuelve á caer moribundo; lanza entonces al viento espantosos bramidos, y al morir le responden diez mil voces con ahullidos aun mas espantosos; llega el cachetero y le dá el último golpe; suenan al instante los timbales y los clarines, vuelven á abrirse las barreras, y tres mulas vigorosas, enganchadas á sus astas, sacan á galope de la arena el cadáver del vencido.

¿Es posible que un pueblo religioso se complazca en semejantes actos de barbarie? Las corridas de toros son el baldon del clero español; golpear á los animales, y matarlos para alimentarse con ellos, ley es de la misma naturaleza; pero golpearlos, azuzarlos, martirizarlos y matarlos para hacerlos sufrir, es violar la ley de Dios, que no ha dado la sensibilidad, el aliento y la vida, á seres inofensivos para que se los arranquen, solo por el placer de arrancárselos.

¿Dónde hay cosa mas innoble y baja que reunirse tantos para atacar, casi sin peligro, á un pobre animal aturdido, ciego y sordo de ira y de terror? ¿dónde hay mayor crueldad que cortarle los nervios, atravesarle el corazon, hendirle el testuz y martirizar con el hierro sus carnes desnudas y palpitantes? He visto toreros derribados en la arena, y no he tenido la menor compasion de ellos, ni me he acordado, lo confieso, de que hubiese un alma humana dentro del cuerpo de aquellos bárbaros ginetes, capeadores y banderilleros; he visto á duquesas que palidecerian y se desmayarian solo con que uno pisase la cola de su gato de Angora, encenderse de furor bovino, mezclando con el mugido del toro moribundo el de su voluptuosa ánsia; yo las he visto dejar sus palcos con tristeza y gesto de fastidio cuando se agrupaba el pueblo en torno de las astas inofensivas de un novillo, como si para aquellas grandes damas no pudiera haber placer no habiendo sangre derramada.

¡Oh duquesas, oh marquesas españolas! muy lejos estais de nuestras damas en cuanto á caridad; os lo digo porque os conozco; pero aun mas lejos estais de ellas por lo que hace á la bondad natural de la mujer. Ninguna de nuestras señoras parisienses, tan nobles en sus ideas como tiernas y compasivas en sus afectos, seria capaz de prostituirse y degradarse en la torpe contemplacion de vuestros infames mataderos.

Que vengan á ensayarse entre nosotros esas salvajadas de la raza africana; yo les aseguro á VV. que para demoler nuestros anfiteatros, para dispersar á los espectadores, no necesitaremos ni albañiles ni prefectos de policía; nos bastarán nuestras plumas.

No se diga que tambien los romanos tenian sus circos; pretendíase con ellos acostumbrar á la sangre y á los ejercicios corporales á los dominadores del mundo.

¿Pero son VV. acaso los españoles los dueños del orbe? ¿son sus toreros de VV. gladiatores ó esclavos? ¿por qué no construyen VV. un circo, y eso seria mucho mas útil, en la plaza de Algeciras, mirando á Gibraltar, para que despues de haber muerto al toro de una estocada, hagan VV. bajar á la arena al leopardo británico para acabar la funcion? ¡Ah! temen los vencedores de novillos espantarse de sus rugidos, y los que tan valientes son con la moña y la muletilla, y tan rápidos en torno de la barrera, no querrán dar la vuelta á la roca de Gibraltar!

Pero todavía no les parece á VV. bastante haberles hablado de sus rios y mares, de su ejército y de su diplomacia, de sus catedrales y de sus clérigos, de sus mujeres y de sus toros; no me soltarán VV. hasta que les diga tambien algo de su hacienda, de su administracion de justicia, de su descentralizacion, de su prensa, y finalmente de mis proposiciones de utilidad pública. Seguiremos pues este mismo órden.

En cuanto á la Hacienda se me ha asegurado que se halla en el mas espantoso desórden, á tal punto, que parece envuelta en aquel mismo caos primitivo que existia antes de haber formado el Señor la luz. Pretendese que el pueblo paga religiosamente, pero que los recaudadores, preceptores, intendentes, y no sé cuantos mas empleados en la Hacienda, se pagan á sí propios mejor, y tan bien, y tanto, y tan á menudo, que de todo aquel dinero solo llegan al Tesoro las arrebañaduras. Si esto es cierto, vienen á ser las rentas españolas como un rio que naciendo caudaloso fuese disminuyendo siempre de velocidad y volúmen, para acabar perdiéndose entre las arenas de su desembocadero. No hay español que no prodigue contra los inspectores de aduanas, intendentes y ministros, los vergonzosos epitetos de dilapidadores y malversadores; pero yo que á fuer de estrangero puedo ser imparcial, diré francamente que, á escepcion de un cortísimo número de ministros que en los quince años últimos han manejado los negocios y han dejado sus poltronas llevándose muy buenos capitales, todos por lo general se han retirado pobres; el español no es naturalmente propenso al robo, ¿porqué calumniarse entre compatriotas? Déjense nuestros caminos de Francia sin policía, y pronto se verá si se infestan de bandoleros mas ó menos que en España: déjese sin pagar á nuestros empleados, recaudadores, y munipulantes de contribuciones, y se verá si queda ó nó toda la plata pegada á las fa-

langes de sus dedos al pasar por ellos. La gendarmería española limpiará en breve los caminos de malhechores, y el pago exacto de los empleados volverá, cuando se verifique, á poner boyante el tesoro. Y pues llega el caso de hablar de desinterés y abnegacion, no callaré aquí que yo mismo he presenciado en España en muchos funcionarios públicos, grandes y pequeños, clérigos y seglares, algunos actos verdaderamente heróicos, debidos á ese sentimiento generoso, que recuerdo ahora con verdadero placer de mi alma. Redúcense sus sueldos, no se les paga, acumúlanse los atrasos, y ellos sin pesar por lo pasado y sin esperanza en el porvenir, sufren, se empeñan, redoblan su celo y sus tareas, y aun llegan á veces á hacer adelantos, todo sin énfasis y sin la menor queja. Si esto no es virtud, sino es este el mas puro y acrisolado patriotismo, no sé que nombre dar á la conducta de esos hombres admirables. He visto á un pobre maestro de escuela á quien no se pagaba, sacar dinero de su bolsillo para componer los bancos de la clase, reponer los vidrios rotos y comprar un catecismo á los niños; esto lo he visto repetido mas de veinte veces, y siempre me conmovía hasta hacerme saltar las lágrimas. ¿Seríamos nosotros capaces de otro tanto? Digo, y repito, que en el pueblo español hay grandes virtudes.

En cuanto á la administracion de justicia y á los procedimientos civiles, diré á VV. que he huido de su intrincado laberinto lo mismo que del de la Hacienda. Todos los códigos en España estan por hacer: tienen que reconstituirse todas las jurisdicciones y simplificarse todas las formas. El resultado de todos los pleitos, cuando se consigue, suele ser siempre la ruina de uno de los litigantes, y á veces la de ambos; allí se nada en cieno puro, y todo cliente se ahoga bajo la proteccion de su abogado.

Peor es todavía el ramo criminal: en otras partes los testigos del delito se apoderan del culpable y le denuncian; en España, en oyendo gritar «¡ladrones, asesinos!» todo el mundo apaga su luz, echa su cerrojo, atranca su puerta, y el asesinado queda tendido en medio del arroyo entregado á la merced de Dios, porque si alguno acudiera á socorrerle tendria que declarar como testigo, y antes que probára que no habia sido mas que un mero testigo del hecho se le metería en la cárcel, y Dios sabe el tiempo que estaria detenido si no era mas que un pobre pelon. En ese pais pobreza y justicia criminal son dos cosas que están reñidas. El que es pobre pretende ser juzgado! tanto vale que pretenda que se le ahorque. Por el contrario, es uno rico, y cansado de perseguir al ladron quiere abandonar su querella. ¿Cuánto está dispuesto á dar al juez? responde que nada; pues en ese caso no tiene mas remedio que seguir pagando al procurador, al escribano, al promotor fiscal y al juez mismo, y resignarse á continuar los procedimientos hasta el fin:

de modo, que si persigue tiene que pagar, si no persigue tambien, y despues de haber entregado el último maravedí de su bolsillo, le cuesta un triunfo arrancar su denuncia y sus autos de manos del escribano actuario, despues de quedar arruinado por haber sido primero víctima de un ladron.

Esto no es mas que repetir lo que me han dicho veinte, treinta, y aun cien personas. ¿Es verdad, ó es mentira? ¿Es exagerado ó es pálido el relato? Sobre este punto VV. juzgarán libremente á los jueces y á los que los juzgan, con tal de que no se tomen la molestia de juzgarme á mí [1].

[1] Con el peregrino informe que dá V. aquí, querido y respetado Timon, de nuestra administracion de justicia en lo criminal, me pone V. en el duro trance de tener que dejarle abandonado á sus erradas opiniones sobre la materia, protestando desde luego que no tengo la menor parte en tan infeliz creencia, para que no se diga que he sido yo uno de los que tan mal le han informado.—V. ya sabe que hay en todos los paises del mundo, y por consiguiente en España, hombres que á sus cortos alcances juntan la oficiosidad mas obsequiosa, y estos suelen ser los que intentando proporcionar á los viageros de paises estraños noticias sobre todas las cosas de su propio pais, forjan patrañas y mentiras para salir del paso, siempre que las preguntas de sus agasajados huéspedes son algo peliagudas y superiores á sus conocimientos.—Figúraseme estarle á V. viendo, mi venerado Timon, convertido en víctima de uno de esos necios, oyendo con credulidad sus disparates, tomando notas de ellos, y maravillándose de que pueda subsistir esta sociedad con un desórden como el nuestro en la administracion de justicia.—Seguro estoy de que esto es lo que á V. le ha pasado; desde luego le supongo á V. penetrado de la idea de que en España está todo por hacer, y en esta conformidad ya tiene V. predispuestas las tragaderas á todo lo que vaya inventando su informante.—V. es incapaz de engañar á nadie, y juzga á los demas por sí mismo; su informante de V. por el contrario no está acostumbrado á esos escrúpulos, y para salir del paso, por no confesar que ignora, miente que se las pela.—V. con toda formalidad le pregunta:—Y qué tal la administracion de justicia en España?—*Informante* (con semblante siempre risueño, y con la afectada facilidad del hombre estúpido que quiere aparentar que lo sabe todo al dedillo). Buena está la administracion de justicia! alguaciles, escribanos, abogados y jueces, todos son unos. —*Timon.* Bien, pero en España como en todas partes hay leyes...—*Infor.* Buenas leyes! aquí todo es confusion: el que tiene la desgracia de pleitear ¡ya está fresco!—*Timon.* Si, pero si gana el pleito...—*Infor.* Hágase cuenta que lo ha perdido, porque le suben las costas á mas de lo que importa lo que pleitea: si pierde se arruina, y si gana tambien.—*Timon.* Es posible! y la justicia criminal? —*Infor.* Esa si que es barahunda! No hay justicia criminal en España.—*Timon.* Pues qué no hay leyes para la debida instruccion de las causas y para su sustanciacion?—*Infor.* Como si no las hubiera, porque como todas estan en desuso, unas por anticuadas, y otras porque en este pais, desengáñese V., á nadie se obedece, de donde resulta que los jueces hacen siempre lo que les dá la gana.—*Timon.* No hay aquí lo que llamamos en Francia jueces de instruccion?—*Infor.* Vea V., no los hay; y nos hacen tanta, tanta falta!!—*Timon.* Y quién persigue los delitos? y quién forma el sumario?—*Infor.* Cá! aquí no se hace nada de eso: le esplicaré á V. en dos palabras lo que sucede en toda causa cri-

Pero al mismo tiempo que se procede con tanta lentitud contra los que hurtan pañuelos y los que andan á navajadas en las calles, contra los acusados de crímenes políticos se procede con una espedicion asombrosa.

Apenas es aprehendido el faccioso, no bien consta la identidad de su persona, sin la menor sombra de juicio, se le mete en capilla, se le confiesa, se le absuelve y se le fusila:—y luego á otro [1]. No tienen mas habilidad los salvajes para cazar enemigos, y solo falta que siguiendo su ejemplo se beba la sangre del ahorcado en su propio cráneo: la civilizacion mediante, algun dia lo veremos.

Con semejantes formas de justicia, y con tal delicadeza de procedimientos, lo mejor que puede hacer cualquier personage político que esté en desgracia, sea coronel, general, gefe político, intendente, diputado, senador, ministro, regente ó regenta, es tomar las de Villadiego. Si cree que no está tan comprometido, si se jacta de su inocencia, si contra él no resultan ni cargos, ni pruebas, ni aun indicios, y si persiste en quererse quedar en su pais, en su casa, retirado con su mu-

minal.—Supóngase V. que le acomete en la calle un ladron, y si no le deja tendido en el arroyo de una navajada le limpia á V. el bolsillo; V. se queja á la justicia, y suponiendo que se haya logrado aprehender al autor del delito, le dicen á V. si quiere mostrarse parte en la causa. Si V. dice que sí, todos los gastos del proceso son de su cuenta; si dice V. que nó porque es pobre, ó porque no quiere gastarse su dinero, renuncie V. á que se le haga justicia.—Pero lo mas gracioso es, que una vez que se ha mostrado V. parte, ya no puede desistir de su querella.—*Timon.* Es posible! qué absurdo!—*Infor.* No hay mas: tiene V. que seguir aflojando la bolsa hasta el fin, á menos que se resuelva V. á arrancar los autos de manos del escribano actuario presentándose en su escribanía con una pistola en cada mano.—*Timon.* Qué desórden! qué leyes! qué caos!

Esto es lo que á V. le han contado; ahora, amado Timon, añadiré yo que todo eso es falso, que para la administracion de justicia, civil y criminal, tenemos en España un reglamento que, con las aclaraciones posteriores que de él se han hecho, es digno de cualquiera nacion civilizada; que dicho reglamento previene terminantemente en la materia criminal el modo de instruir los sumarios mas espedito y completo, de manera que ni se mortifique inutilmente á los testigos del delito, ni se prolonguen indebidamente los encarcelamientos preventivos, ni se agrave con vanos requisitos la condicion de la parte querellante cuando no se sigue la causa de oficio; y por último, que todo agraviado puede desistir de su querella cuando lo tenga por conveniente, abandonando la persecucion del delito al ministerio fiscal si el hecho es de aquellos que interesan á la vindicta pública.—La mayor parte de las causas criminales se siguen en España de oficio, y la sustanciacion de ellas no suele costar un maravedí á la parte agraviada.—*Nota comunicada por el Traductor á Timon.*

1 Tambien esta, amigo Timon, es noticia del susodicho informante. Para fusilar á un faccioso sin mas requisito que la identidad de su persona, se necesita una real órden expresa, que raras veces se expide.—*Id.*

jer y sus hijos, irán á buscarle donde esté, y le dirán: paréceme, señor mio, que tiene V. la tez amarillenta, que está V. desganado, y que no haria mal por su salud y la nuestra en irse á tomar aires al otro lado del Pirineo; y como somos naturalmente buenos y serviciales, hemos querido ahorrarle á V. el trabajo de ir á pedirnos su pasaporte, y se lo traemos aquí; tiene V. cuatro horas de tiempo para abrazar á su mujer y á sus hijos, para arreglar sus asuntos y hacer su lio.

Si yo fuera ministro de la justicia no entregaria los hombres á la paz y caridad despues de ahorcados, sino que los haria juzgar antes de ahorcarlos, aunque no fuera mas que para descubrir si son ó no culpados.

Haria de modo que los testigos no fueran encarcelados antes que los mismos asesinos, y que no saliera mas caro ser robado que ser el ladron.

No absolvería misericordiosamente á los ricos, solo por ser ricos, para condenar irremisiblemente á los pobres, solo por ser pobres.

Suprimiría definitivamente los fusilamientos sobre la identidad de la persona, las conducciones de justicia en justicia, las ejecuciones por la espalda y demas métodos espeditivos á la turca; recordaria que soy cristiano, que Dios me observa, y que nadie se vanagloriará de parecer un dia ante el Supremo juez con las manos teñidas de sangre inocente; pero como tambien querria desempeñar mi cargo con rectitud, lo primero que me proporcionaria serian buenas leyes, buenos jueces, y buenos gendarmas.

Si fuera yo ministro de negocios estrangeros, quisiera que los señores ingleses y los señores franceses se ocuparan algo mas en sus asuntos, que no siempre van á las mil maravillas, en vez de ocuparse en los nuestros, que irian algo mejor si tuvieran ellos la bondad de no mezclarse en nuestras cosas.

Si fuera ministro de Hacienda llamaria á todos los capitalistas y á todos los que amontonan doblones, onzas y pesetas, y les diria: tráiganme VV. todo su oro y toda su plata, y pónganlo sobre esa mesa: mi estimacion hácia VV. es cosa que raya en ternura, y quiero por lo tanto que VV. y yo hagamos un escelente negocio: la renta está á 39; pues bien, yo se la pongo á VV. al 100; llévenme VV. el papel y déjenme su dinero.

Entonces con aquellas sumas pagaria yo á todos los que sufren atrasos, y en breve, teniendo dinero, querrian todos hacerse con títulos de la renta que escederian en poco tiempo del 100 por 100.

Pero antes de empezar esta operacion me seria indispensable tener una entrevista de dos minutos con el ministro de la guerra, el cual haria lo que voy á tener el honor de decir á VV. si fuera yo ministro de dicho ramo. Empezaria yo pues, si fuera ministro de la guerra, por licenciar al ejército, y despues para no continuar con mi beneficio simple, me licenciaria á mí mismo, y me retiraria á buen vivir.

Y he aquí como sin necesidad de que yo os lo esplique llegaría la renta al par.

Si fuera ministro de lo interior, haria lo que mas adelante verán VV. que propongo, y lo haria lo mas pronto posible, porque no son los beneficios los que conviene demorar, sino los daños.

Por último, si fuera yo ministro de cualquier ramo, y ademas ministro jóven, no exigiria de las damas españolas que tuviesen una cabellera mas larga y mejor peinada, una voz mas dulce, una dentadura mas blanca, y ojos mas espresivos, sino que las recomendaria que tomasen de París sombreros mas elegantes, y que estudiasen el arte encantador de llevar una nada con gracia, y de hacerse adorar á fuerza de imperfecciones, que entre todas las mortales solo pertenece á nuestras mujeres.

Les recomendaria que cultivasen con la lectura su entendimiento por naturaleza despejado: que no pasasen en el tocador 48 horas de las 24 que tiene el dia; que aprendiesen á practicar la caridad que consiste mas en saber dár y en visitar á los pobres, y en cicatrizar las llagas del alma, juntamente con las del cuerpo, que en dar mucho y desordenadamente. Tambien las amonestaria á no ponerse acrupidas, como Magdalenas que no son, en las losas húmedas del templo, á leer en su devocionario mas bien que á cuchichear con sus amigas, y á estár atentas á la misa, en vez de mirar por las varillas del abanico á los jóvenes que pasan al lado.

Finalmente, si fuera yo el ministerio, el gabinete entero en cuerpo y alma, procuraria conseguir por el órden de gerarquías la centralizacion de todos los poderes.

¿Pero cómo quiere V. que la España se centralice? he oido yo decir cien veces en las sociedades de París; ¿cómo se ha de centralizar una nacion tan distante de lo que es Madrid por sus instituciones provinciales y municipales, sus rios, sus montañas, sus climas, sus costumbres y sus diversos dialectos? Pues qué, he contestado yo siempre á mi vez, ¿acáso no tiene tambien la Francia rios y montañas, y climas, é instituciones municipales, y distancias, y costumbres y dialectos diversos? Por ventura el habitante de Tarragona se diferencia mas del madrileño, que el de Ruan del Marsellés, ó el de Strasburgo del Breton? ¿acaso Barcelona está tan distante de Madrid como París de Perpiñan? No parece sino que las instituciones municipales en España oponen al gobierno una invencible resistencia. ¿Es otra cosa su derecho municipal que nuestra ley literalmente copiada palabra por palabra? ¿y qué significa el clima? Si hace calor en Cádiz, tambien lo hace en Tolon, y si en Burgos hace frio, tambien hace frio en Dunquerque. Si en otro tiempo hubo un reino en Valencia, y otro reino en Leon, y otro en Córdoba, y otro en Castilla, tambien en Francia ha habido un reino en Ruan, y otro en Dijon, y otro en Orleans, y otro en París. ¿Habrá

acaso quien pretenda así en España como en Francia restaurar esos oropeles carcomidos de las monarquías feudales? Las pretendidas franquicias de los vascongados no son quizá mas respetables que lo eran los fueros de la Guiena, Aquitania, Delfinado, Franco-Condado y Bretaña. Pasó sobre ellos el tempestuoso aliento de la revolucion, y desaparecieron como sombras, porque no eran en realidad otra cosa; por otra parte, examinadas á fondo todas esas franquicias, se reducen á si los vascongados, que son ni mas ni menos que los otros hijos de al patria comun, y hermanos de sus hermanos, han de pagar ó nó al tesoro menos contribucion que los nacidos en Barcelona, ó en Córdoba, ó en Valladolid, ó en Madrid ó en Sevilla. Cuestion es esta que basta plantearla para resolverla, y de hecho los vascongados, que son justos y amigos de la razon, pagan el impuesto del mismo modo que todas las demas provincias: y hacen bien. El español es mas dócil de lo que se cree, y menos disputador que nosotros: debe pagar y paga, debe obedecer y obedece, y para esto no necesita consultar á los publicistas y oradores de allende el Pirineo, porque sabe que su prosperidad y su grandeza dependen de su estrecha union con el gobierno central. ¿Qué importa que este gobierno tenga su asiento en Madrid ó en otra parte? por fuerza ha de estár en algun punto. ¿No está Madrid situado en el centro del reino? Dirán que es pequeño; ¿pero cuál es la ventaja de que sea moustruoso como Lóndres y París, y devore toda la España? Yo por mi parte no titubeo en declarar que son malos españoles todos los que se oponen á la centralizacion política y administrativa de las diversas provincias de España. Esas son perniciosas inspiraciones de los estraños que atraviesan los mares y los Pirineos, é infunden en los peninsulares la detestable manía de las guerras civiles y de las revoluciones. No hablo de la diferencia de costumbres, porque la centralizacion no tiene en manera alguna la pretension ridícula de uniformar las costumbres de un pueblo; tampoco hablo de la diferencia de dialectos, porque tambien nosotros tenemos en la Francia de los Bossuet y de los Racine un terco patué que en nada cede en cuanto á dureza al patué catalan y asturiano. ¡Buena razon es por cierto la de degollar la lengua patria para eximirse del pago de contribuciones!

Pero en suma, la centralizacion que está ya mas cimentada en España de lo que muchos creen y de lo que otros desean, llegará por fin á establecerse del todo, y sin grandes esfuerzos, si el gobierno se empeña firmemente en conseguirlo.

Desde luego, la centralizacion política existe ya de hecho y de derecho, puesto que hay un solo rey, un solo ministerio, una sola constitucion y un solo parlamento.

La centralizacion administrativa se propagará mas y mas por medio

de los telégrafos, de la constitucion definitiva y homogénea de las municipalidades, de la creacion de los consejos provinciales y de las suprefecturas, de la reorganizacion del Consejo de Estado y de las reglas obligatorias de una jurisprudencia uniforme.

La centralizacion religiosa resulta de un culto único y dominante.

La centralizacion literaria, que por cierto no deséo gran cosa, existe en Madrid donde mas que en otra parte alguna, y casi esclusivamente, se cultivan con éxito las letras, las ciencias y las artes.

La centralizacion de la prensa, que tampoco deseo, se ha instaurado en Madrid bajo la forma de los mas grandes diarios, de las traducciones, de las revistas, y de casi todos los trabajos de la inteligencia.

La centralizacion militar progresa ya tanto, que casi raya en despotismo.

La centralizacion de la policía política es quizá ya exagerada, y la centralizacion de la policía administrativa se regulariza, se completa y se estiende, hoy á las ciudades, mañana á las aldeas, en beneficio de la seguridad de los habitantes y viajeros.

La centralizacion de la Hacienda, que existe ya en el buen deseo del contribuyente y en la exactitud de los pagos, no tiene mas entorpecimiento que la anarquía de las juntas locales en lo tocante á las rentas de las ciudades y provincias, y el desórden de la contabilidad y la infidelidad de las recaudaciones por lo que hace á las rentas generales del Estado; pero llegará á fundarse de una manera sólida cuando se crée un tribunal de cuentas, de rectificaciones de arcas, de consolidaciones de la deuda con pago, de pensiones de retiro civil y militar con pago, etc.

No se diga pues que no puede haber centralizacion en España puesto que tan adelantada está yá, y que lejos de haber buenas razones que alegar en su contra, las hay escelentes en su favor.

Pero es preciso que el gobierno dedique constantemente sus esfuerzos á conseguirlo; desgraciadamente la España es el pais de las dilaciones, el español padece en su moral la peor de las enfermedades que pueden aquejar al hombre, y la mas dificil de curar entre todas, que es la de los tumores frios. Allí el lugareño, cuando tirita arrecido por estár al norte, en vez de trabajar y moverse para entrar en calor, se recuesta contra una tapia mirando á mediodia, y se esponja y se dilata al sol, sin ver casi y sin respirar, con toda la inmobilidad de la planta. El hombre de estado, cuando se le dispierta tirándole de la oreja, se revuelve, bosteza, y se duerme otra vez sobre la otra oreja; se detiene asombrado ante un grano de arena que se le figura una montaña, asi como á D. Quijote se le figuraban gigantes las aspas de los molinos de viento; declara imposibles las cosas mas sencillas, y lo que mas trabajo le cuesta no es tanto comprender como decidirse, asi como lo mas

árduo y peliagudo para él no es tanto la organizacion como la realizacion. Los estadistas españoles conciben fácilmente cuándo el gérmen es bueno, pero su voluntad suele siempre desfallecer al llegar á la ejecucion. Es fama tambien que el orgullo castellano no les permite admitir una proposicion, por útil que sea, siempre que proceda de un estraño; cuando esto sucede no hay idea que no se les haya ocurrido primero á ellos: nada de nuevo se les enseña, y si antes no lo pusieron en planta fué por ser impracticable! Ademas no valia la pena de que se les interrumpiera en su siesta, que es el negocio mas importante de su vida! —Si esto fuera cierto, y yo creo que lo es en parte, ¿dónde hay orgullo mas intempestivo? Los griegos, la nacion mas inteligente y despejada de la tierra, tomaron muchas cosas de los Egipcios: los romanos, ese pueblo de reyes, tomaban todo lo que podian, todo lo bueno que encontraban á su alcance, las instituciones, las armas, las religiones y los mismos dioses, de los griegos, de los galos, de los germanos, de los partos, de los latinos y de los iberos; de sus vecinos, de sus amigos, de sus enemigos, de todos. ¿Y no tomamos tambien nosotros nuestra literatura y nuestro teatro de la antigüedad, nuestras leyes de Italia, nuestros azúcares, nuestros cafés, nuestros añiles, nuestras sederías y nuestros algodones del Asia, del Africa y de las Indias; y nuestras constituciones, y nuestra prensa, y nuestra tribuna, y nuestro rey impecable, y nuestros ministros responsables, y nuestro jurado, y nuestra vacuna, y nuestras cajas de ahorros, y nuestras salas de asilo, y nuestros vapores de mar y tierra, de la Gran Bretaña?

La Europa no es mas que una familia, y cualquiera que sea nuestra lengua y nuestro pais, todos somos hermanos; en virtud de ese título sagrado, el fuerte debe sostener al débil, los mas ilustrados deben instruir á los mas ignorantes, los mas ricos deben socorrer á los mas pobres, y los primogénitos deben servir á los menores. No obstante yo me esplico y disculpo en cierto modo la repugnancia y las prevenciones de los españoles contra los estraños y contra nosotros mismos: hasta ahora solo hemos penetrado en su pais para esclavizarlos ó asesinarlos, y despues de haberles hecho la guerra, hemos querido obligarlos á pacificarse no por ellos sino por nosotros. Impidamos que la Inglaterra, tal ha sido nuestro lenguaje, beneficie la España, para que sea sola la Francia la que la esplote. No, no debe esplotarse la España ni comercial, ni política, ni militarmente; debe pertenecerse á sí misma, y tratar bajo un pie de igualdad estricta con todas las demas naciones. He oido á diputados á cortes decirme: Yo soy francés, y me he ruborizado por ellos: ¿Cómo es eso? V. es francés! no señor, V. no debe ser francés, sino español, y únicamente español! Y nosotros ¿qué política debemos observar con la España? Solo una: salirle al encuentro en su progreso con las

manos llenas de civilizacion, de ideas y de beneficios, para esparcirlos sobre ella como el rocío de la mañana que humedece y fertiliza una tierra sedienta.

Hasta ahora, en dos invasiones aun mas estúpidas que bárbaras é injustas, no hemos llevado á España mas que nuestros cañones, nuestra metralla, nuestros saqueos y nuestra servidumbre; tiempo es de que la enseñemos que los pueblos se enriquecen con la industria y con la agricultura, se rigen con un buen órden en la administracion y en la Hacienda, se ilustran con la educacion, y brillan con las artes hijas de la libertad: es preciso hacer que la España se aficione á nosotros persuadiéndose de que nuestra estimacion hácia ella no es egoismo; yo por mi parte, estranjero desconocido, particular oscuro, mero individuo de la familia francesa, solo he viajado por ese pais sin autoridad y sin mision, solo he trabajado en él dia y noche para hacerle y dejarle el bien que todo hombre debe procurar á una tierra amiga que le da hospitalidad en su paso.

¿Pero qué puedo yo hacer, qué puede hacer nadie sin la prensa; la prensa, ese labrador infatigable del género humano que una vez trazado el surco por el arado va delante de él sembrando en su campo de papel el buen grano del progreso y de la civilizacion? Desgraciadamente la prensa no ha esparcido aun en España mucho de ese grano. Gran cabeza es por cierto la prensa! enorme es su cabeza en Madrid, pero mezquinos y enjutos sus brazos y sus piernas en las provincias. Hay ciudades de 20,000 almas que no tienen periódicos; las hay de 30, de 40, de 50, de 80,000 en que solo se publican diarios de anuncios con retazos de noticias y de debates políticos. ¿Es eso lo que se llama publicidad? La prensa española tiene que hacer descubrimientos mas importantes que el del nuevo mundo, tiene que recorrer horizontes mas bellos que los horizontes de Granada, tiene que roturar tierras mas fértiles que los campos de Burgos, tiene que emprender conquistas mas preciosas que las de las perlas que duermen en sus conchas de nácar en el fondo del mar Caspio, y de las diademas de rubí que brillaban en la frente imperial de Motezuma.

No he solicitado de los periódicos, grandes ó pequeños, mas que su cooperacion, prescindiendo de todo color político; me la han prometido, y cuento con ella. ¿Qué necesita la España? Orden; ¿y despues? órden tambien. ¿Qué mas necesita la España? administracion; y despues? administracion tambien. ¿Qué mas necesita la España? educacion; y despues? educacion tambien. He aquí las tres cosas que he propuesto: orden, administracion y educacion. La prensa española puede mucho si comprende su grande apostolado; la prensa lo puede todo: el Gobierno hace un esfuerzo y cae abrumado cual otro Sisifo bajo el peñasco de su indolencia; pero la prensa de Madrid y la de las provincias vela sin cesar noche y dia,

y no duerme porque la condicion de su existencia es no dormir. A ella dejo yo el cuidado de que no sean ni infructuosas mis proposiciones, á ella confio el poco grano bueno que he sembrado en la tierra de España, y que solo entre sus manos puede germinar y fructificar. Si no hubiera yo contado con el auxilio de los periódicos, no hubiera pasado los dias visitando hospicios y escuelas, y las noches escribiendo las impresiones que me dejaban las escuelas y los hospicios; sino que con las manos metidas en los bolsillos, y el lente colgado del ojo, me hubiera echado á pasear como los demas viajeros viendo correr el agua del Tajo, cocear las mulas, las gitanas arroparse en sus mantas, y las catedrales proyectar sus sombras grandiosas sobre el polvo de los claustros devastados. Pero de hacerlo asi, ¿qué beneficio ó qué utilidad hubiera yo prestado en mi breve tránsito y en mi limitada esfera á la civilizacion, al bien estar intelectual y moral, al progreso y al porvenir de España?

Volviendo, pues, á mis proyectos advertiré á VV., y no sin cierta complacencia de autor, de viajero ó de publicista, que nada he propuesto que pueda llamarse utopia, sino que por el contrario todo es de realizacion fácil é inmediata, como van VV. á juzgar por sí mismos.

Y cuenta, para concluir mi exordio, que las materias que he tratado en España, y que á ella misma le he propuesto, son todas de la mayor importancia; caminos, escuelas primarias, salas de asilo, obradores, calentadores, academias populares de canto, estadística local, bibliotecas rurales, ornamentaciones de personajes célebres, mejoras materiales en los hospicios y hospitales, instruccion secundaria, creacion de un instituto, organizacion de un Consejo de Estado, etc.

Todas estas proposiciones, con las observaciones teóricas y prácticas que las acompañan, y con las cuales, aunque en compendio, he hartado á los alcaldes y gefes políticos pasando por sus ciudades, quedan espuestas, deducidas y minuciosamente dilucidadas en las cinco memorias que he comunicado al gobierno español con sus documentos y piezas justificativas correspondientes. Procuraré resumirlas aquí ligeramente para los lectores mas aficionados á las obras sérias.

Empazaré reasumiendo:—no calculo yo en menos de 30.000,000 de reales la economía pecuniaria que he propuesto sobre el trazo de los caminos: en efecto, apenas hay otros caminos que los que partiendo de Bayona atraviesan á Madrid para concluir en Sevilla, y los que conducen á la capital de Barcelona por Valencia y Zaragoza. ¿Qué caminos son el de Badajoz á Madrid, y los de Madrid á Salamanca, á Segovia y á Toledo? Unas veces estrechos, otras anchos, llenos de fango en invierno, llenos de polvo y de tropiezos en verano, sin límites, sin fosos y sin arboledas. Puede en rigor decirse que en España no hay sistema de caminos reales sino á medias, ni caminos provinciales, ni caminos vecina-



les. Pues bien, yo he propuesto y propongo arreglar el plan general de caminos, asi reales como provinciales; sus puntos de partida, de paso y de conclusion, y determinar la direccion y latitud de cada camino segun su clasificacion, y comprendidas las zanjas. Este plan se someteria á las Córtes, y en su aprobacion legislativa iria implícita la expropiacion por causa de utilidad pública de los terrenos designados para la apertura de los caminos. Adviértase que la mayor parte de estos terrenos no tienen hoy dia valor, ó lo tienen muy pequeño, y que por lo tanto la inmensa economia que yo propongo, y cuyo total no ascendería á menos de 30.000,000 de reales, consiste en la diferencia comparativa de su valor de tasacion actual con el valor que tendrían una vez establecida por completo la red de caminos y rutas.

Por otra parte el Estado y la Hacienda deberían desde luego trazar la línea de las zanjas, aun cuando no fueran mas que de tres pies de anchura y de 18 pulgadas de profundidad, y plantar en toda su longitud, segun los climas y la naturaleza del terreno, árboles de diversas especies que proporcionasen mas adelante sombra á los viajeros y dinero al Tesoro. Para hacer estas tres cosas bastan unos cuantos ingenieros comunes de puentes y calzadas, y algunos peones; estoy muy distante de ser inteligente en la materia, y sin embargo, déseme un año de tiempo, pónganse á mi disposicion los ingenieros y los trabajadores necesarios, aunque sean presidarios, y yo me comprometo á hacer todo eso.

Paso ahora á las escuelas primarias; he visitado las de niños y las de niñas, y puedo decir en verdad, cosa que no se creerá ni en Francia ni en otra parte alguna, que están tan bien organizadas como en cualquier otro país; pero su número es escaso. Las escuelas normales de provincia apenas existen mas que en proyecto: los maestros están mal pagados: en ninguna parte escepto en Madrid hay salas de asilo: en ninguna parte hay obradores, ni calentadores: en ninguna parte hay bibliotecas comunales, ni estadísticas rurales, ni termómetros, ni bastidores, ni mecanismos de ventilacion; en ninguna parte hay academias populares de canto; he examinado los lugares; he oido á los institutores; he analizado los estados de las escuelas; he indicado los medios de mejora.

Sin duda alguna hay ya mucho hecho, y aun tanto que debe admirar si se piensa en las preocupaciones, en las apatías, en las antipatías, en la ignorancia, en las guerras civiles, en los trastornos y retrasos que hasta ahora han llenado de tropiezos la via del progreso; pero aun queda mas por hacer.

Para continuar marchando por esta via progresiva, ya trazada por el ilustrado celo de los institutores, gefes políticos, alcaldes y juntas, he propuesto:

Establecer lo mas pronto posible escuelas normales completas en las

provincias donde no las hay, y reconstituir las que ya existen de una manera muy imperfecta.

Hacer el curso de dos años obligatorio para los alumnos maestros con dos grados de salida, el uno ordinario y el otro superior, prefiriendo este último para las ciudades.

Establecer cursos de gimnasia tanto para las escuelas como para los asilos: establecer mas adelante bien sean conferencias periódicas entre los maestros, ó bien conferencias de repaso en la escuela normal; y por último, nombrar tres inspectores generales para todas las provincias del reino.

Hacer inspectores provinciales, con un tanto para gastos de viaje, solamente á los inspectores de las escuelas normales de las capitalidades.

Fundar una escuela primaria gratuita para niños, y otra para niñas en las capitales de provincia, tomando por asiento los barrios mas poblados y mas pobres, y como base una escuela por cada 10,000 almas.

Fundar escuelas primarias de niños en los concejos rurales de mas de 600 almas que carecen de ellas.

Reducir cuanto sea posible por los medios regulares, ó legislativos ó administrativos, las escuelas particulares de educacion pimaria de niños y niñas, que eluden, por mas que se haga, la vigilancia de la autoridad, y que por lo general no ofrecen garantías satisfactorias para las buenas costumbres, la disciplina de las clases, la higiene y la ventilacion de las salas, la capacidad de los maestros y maestras, la eleccion de los libros, la perfeccion de los métodos, etc.

Establecer salas de asilo para los niños de ambos sexos, desde la edad de dos años hasta seis, bajo la vigilancia del gefe político, del alcalde, y de una sociedad de señoras en las ciudades siguientes: Figueras, Gerona, Barcelona, Tarragona, Reus, Tortosa, Salset, Mataró, Zaragoza, Valencia, Cartagena, Alicante, Málaga, Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla, Granada, Córdoba, Toledo, Salamanca, Burgos, Valladolid y Vitoria; asilos que solo en las ciudades y provincias que acabo de enumerar podrian subir á mas de cincuenta, y que bajo el aspecto disciplinal, religioso y moral, son en mi concepto de una utilidad mas incontestable que las mismas escuelas primarias.

Abrir para los ancianos pobres de ambos sexos, en los dias frios y húmedos del invierno, calentadores comunes y económicos, segun el plan y procedimiento que he indicado en Madrid, Vitoria, Valladolid, Burgos y otros puntos.

Ensayar en las provincias, donde se crea que se prestarán con mejor voluntad á hacerlo, asi las autoridades locales y gefes políticos como el vecindario mismo, el establecimiento de cien obradores de campo.

Colocar termómetros, bastidores y aparatos ventiladores en todas las escuelas primarias, salas de asilo y obradores numerosos.

Fundar en Gerona, Barcelona, Valencia, Reus, Málaga, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Granada, Madrid, Toledo, Zaragoza, Valladolid, Burgos y Vitoria, una escuela de canto, popular y gratuita, por el estilo de las que hay en París para los obreros, segun el método de Wilhem.

Hacer la ornamentacion y las biografías de los hombres célebres de cada provincia.

Prescribir, con arreglo á un cuestionario metódico y detallado, la estadística completa de cierto número de concejos rurales del reino, de modo que pueda servir de modelo normal y comparativo.

Establecer, aunque esto mas tarde, puesto que es indispensable que todo español empiece por saber leer, bibliotecas rurales en los distritos por un sistema de rotacion ingenioso y económico, segun se practica en Francia.

Llegamos al segundo proyecto relativo á la instruccion secundaria. Suprimiré los pormenores técnicos que he desarrollado en mi memoria, y me limitaré á señalar sus conclusiones, que son:

Crear un ministerio de instruccion pública, del cual podria depender todo lo relativo al culto: nombrar cinco inspectores generales de las facultades y estudios correspondientes á las cinco facultades: agregar por consiguiente á las facultades de teología, medicina y derecho, una facultad de ciencias y otra de letras: conservar las universidades, reduciéndolas á un número razonable, y proporcionado á la importancia de las ciudades y poblaciones, y al número conjetural de los alumnos: no confiar mas que á uno solo, que seria el rector nombrado por el gobierno y encargado de comunicarse con él, la gestion y manejo de las propiedades y rentas de cada universidad, el cargo de la contabilidad, las propuestas y ascensos, y la colocacion de los profesores; en una palabra, toda la administracion, toda la accion de vigilancia y superioridad del gobierno sobre la universidad que debe pasar por sus manos, asi como la subordinacion de los profesores, inspectores, directores de escuela normal, institutores primarios, salas de asilo, y la ejecucion de los programas, las oposiciones, las distribuciones de premios, etc. Agregar á cada universidad ademas de los estudios de las facultades especiales de derecho, medicina, teología, ciencias y letras, un instituto real, y solo de esternos, donde los discípulos, ya procedan de sus casas, ya de los colegios, sigan los cursos de humanidades hasta la filosofía inclusive.

Hacer redactar por el ministerio para todas las universidades, facultades é institutos, el programa obligatorio y uniforme de la duracion

de los estudios y de las obras de testo, en una palabra, del modo y materias de enseñanza.

Añadir á dichas materias la enseñanza de la lengua francesa, y á la facultad de derecho la enseñanza del derecho administrativo, de la economía política y de los elementos de hacienda; crear en las ciudades de mas de 10,000 almas que no sean capitales, institutos reales, institutos concejales, y escuelas primarias superiores sin admision de internos, y cuyo programa fuese igualmente redactado por el ministerio con calidad de obligatorio; introducir en la enseñanza secundaria un sistema de publicidad discreto y suficiente; exigir que los maestros de colegio, en las ciudades donde haya institutos reales, sean bachilleres en ciencias y en letras, y que en las ciudades donde solo haya institutos concejales sean bachilleres en letras, ademas de presentar un certificado de moralidad dado por el alcalde para que se les autorice á abrir su colegio; obligar á los directores y maestros de colegio, asi como á los seminarios, si desean salir de la enseñanza teológica y admitir alumnos seglares, á enviar sus discípulos á los estudios de los institutos reales y concejales y someterlos al reconocimiento, vigilancia, é inspeccion de los agentes del ministerio de instruccion pública, y ademas á la vigilancia de los Obispos en lo concerniente á la instruccion religiosa; no admitir para ciertos empleos públicos á otros jóvenes que á los que presenten título de bachiller en letras, ó bien el de bachiller en letras y ciencias, despues de un exámen ante los profesores de las facultades; fundar como en Francia una escuela normal para formar los profesores de los institutos reales y concejales, exigiendo grados mas ó menos adelantados, segun la clase de estos institutos y las materias de enseñanza.

Estoy persuadido de que la adopcion de este plan resolveria las graves cuestiones que están en la actualidad conmoviendo sordamente á la sociedad francesa, y cuya agitacion crece todos los dias en vez de apaciguarse. Yo suplico encarecidamente al gobierno español que fije su atencion en mi memoria, y particularmente en la distincion capital y decisiva que establezco entre la educacion y la enseñanza.

Para que sirva en cierto modo de capitel al proyectado edificio, he propuesto en una tercera memoria la creacion de un *instituto nacional* sobre bases nuevas y sencillas. Las academias de Madrid apenas dan señales de vida; mi plan es reconstituirlas todas en un solo cuerpo á la manera del instituto de Francia, pero en proporciones mas modestas y económicas; la realizacion de este proyecto, segun lo he concebido y esplanado, es facilísima.

Mi cuarta memoria concierne á los hospitales, hospicios y casas de beneficencia; las observaciones y proposiciones que hago en ella giran sobre la concentracion de los hospicios, sobre el servicio y los enfer-

mos, sobre su administracion y contabilidad, sobre sus dotaciones fijas y eventuales, sobre la creacion de asilos internos, las imprentas de mujeres, el establecimiento de amas, los niños espósitos, los ciegos, la lactancia, los dementes y los incurables; sobre las condiciones de admision; sobre la necesidad de confiar el cuidado de los enfermos á las hermanas de la caridad; sobre los legados y donaciones hechos á los hospitales y hospicios; sobre la construccion de hornos económicos, aparatos de ventilacion, etc.

Finalmente, en una quinta memoria he propuesto organizar un Consejo de Estado que satisfaga á las nuevas necesidades del gobierno español, con la centralizacion administrativa, poderosa, activa y templada, sin la cual no hay salvacion ni porvenir para la España, y con las circunscripciones de su territorio, y las formas de gestion, correspondencia y consejo, que se introducen imitando nuestras instituciones. Seria harto prolijo desarrollar aquí los fundamentos del plan que he trazado despues de largos estudios y meditaciones: me limitaré solamente á las conclusiones:

He propuesto, pues, en resúmen: — Reconocer y establecer dos grandes y naturales divisiones del Consejo de Estado, la division administrativa y la division contenciosa: distinguir por lo que hace á la division administrativa la composicion del personal, que es lo que se llama organizacion, de lo que atañe solamente á las atribuciones; declarar por consiguiente que todo lo relativo á la formacion, sueldos, dignidades y número de individuos del Consejo de Estado, y á sus relaciones con el gobierno, á sus divisiones en secciones, á su presidencia, clase, traje, retribucion, etc., pertenece esclusivamente al reglamento; declarar en segundo lugar que todo lo relativo á las atribuciones del Consejo en materias puramente administrativas, como los reglamentos de administracion pública, los proyectos de ley, las minas, las presas, las fábricas, las compañías de seguros, las presas marítimas, las reclamaciones sobre abusos, los conflictos negativos y positivos, etc., debe quedar determinado por la ley; llevar á cabo la instruccion de los negocios, su vista y fallo ante la seccion de lo contencioso, sin perjuicio de la firma real y de la refrendata ministerial; revestir la institucion de la jurisdiccion administrativa con las siguientes principales garantías: para las partes, la cuasi inamovilidad de los Consejeros de Estado, la incompatibilidad de este cargo con las demas funciones asi judiciales y administrativas como políticas, la defensa oral, la publicidad de las vistas, la instruccion por escrito y con los necesarios informes, y aun con el permiso de imprimir, el recurso de revista por via estraordinaria en caso de falsificacion ú ocultacion de documentos y los recursos de nulidad, sobresecimiento, próroga, etc., la declaracion de la sentencia en público.

Dar igualmente al Estado las siguientes garantías: una fiscalía completa en todo lo relativo á los intereses del Estado; una informacion cumplida por medio de uno de los Consejeros; la deliberacion prévia despues de la lectura y exámen de los documentos; la consulta con los ministros de los relatos, demandas y contestaciones; el cambio de los miembros de la seccion de lo contencioso en caso de empresa sistemática contra el interés del tesoro, en materia de deuda pública, suministros, etc.

Finalmente, crear un cuerpo numeroso de auditores jóvenes, elegidos en todas las clases, sin acepcion de partidos, los cuales despues de adquirir el conocimiento y la práctica de los negocios en las oficinas ministeriales y en las asambleas generales del Consejo de Estado, despues de ejercitarse en el estudio y discusion de las teorías mas sanas de la economía política y de la ciencia de Gobierno, llevarian á las provincias donde fueran á ejercer el cargo de suprefectos, gefes políticos, intendentes, inspectores, etc., todos los adelantos de la ciencia de la administracion y de los negocios, con todo el celo debido por el bien de su pais, la obediencia á las leyes y la fidelidad á sus deberes. Esta sola institucion del cuerpo de auditores, tan vasta y tan sencilla, promete todo un horizonte de luces, de progreso y de grandeza.

Suplico á los Españoles juiciosos y desinteresados que paren la consideracion en el conjunto é importancia de mis tareas, en la íntima relacion que entre ellas existe, á tal punto que no pueden separarse unas de otras; y por último en su ejecucion, que es tan fácil y hacedera que en menos de un año, y casi sin dispendios, me comprometeria yo gustoso á realizarlas. No es mi ánimo, ni debo, hablar aquí de los demas estrangeros que viajan por España; pero sí me cumple decir algo sobre mis paisanos y sobre mi propio. Me atrevo á asegurar que ningun francés ha hecho jamás á España hasta el presente servicios iguales á los que me he propuesto hacerle yo. Quizás en mi vivo deseo de proporcionarle algun bien real y positivo, preocupada la imaginacion por la facilidad de realizarlo, no me habré hecho cargo suficientemente de la diversidad de caracteres, costumbres é instituciones; pero confio demasiado en la verdad eterna de los principios que me han guiado para dudar que los obstáculos que se le puedan oponer sean mas aparentes que invencibles. Soy apasionado de la España, creo á esta nacion llamada, por su hermoso cielo y por su suelo privilegiado, por su aptitud para todo, á ser un dia una de las primeras del mundo; solo de ella depende el moderar nuestra veleidad con su madurez y seso, nuestra irreligiosidad con su fé, nuestra corrupcion con su probidad, nuestras profusiones y prodigalidades con el ejemplo de su sobriedad y órden, de su espíritu económico y de sus ahorros; y despues de haber aprendido de nosotros servirnos de maestros.

Pero al escribir estas últimas líneas vuelve á zumbar en mis oidos la eterna contienda entre Lutecia y Albion: otra vez resuena á mi alrededor el clamoreo de la fastidiosa diplomacía; ¿quién me libertará de Marruecos, de Pritchard y de Taïti? Oh tú, imaginacion! único consuelo del publicista fatigado, ven, llévame en tus rápidas alas, traspórtame á las altas cumbres del Guadarrama, y dame volver á la Puerta del Sol; no tendré necesidad de preguntar á las gitanas para volver á encontrar el frecuentado camino del Manzanares.... Aun me parece estar viendo sus orillas y hallarme allí paseando!

¡Cuántas veces, absorto en mis ideas y como envuelto en ellas, sin pensar en otra cosa mas que en la felicidad del pueblo español, pasaba yo por delante del palacio de las córtes sin verle, sin detenerme, sin dignarme oir á los que perdian dentro de él el tiempo haciendo alarde de una elocuencia ampulosa y vacía! Para mí, el pintor de los oradores, que tantas frases de tribuna he oido pronunciar en mi vida ¿qué interes podia tener semejante espectáculo?

¡Ah rectóricos! Cuándo acabaremos, VV. de hablar y yo de escucharles!.... Pasaba yo de largo, é íbame á meditar á mis predilectas alamedas de plátanos y olmos. ¡Soledad, cara soledad mia! en vez de gozar tus encantos, ya no podré mas que pensar en tí! Ya no volveré á ver aquellos inocentes niños á quienes amaba tanto escarbar tu alfombra de hojas muertas! Ya no oiré mas la armónica guitarra que me cantaba las tradiciones del morisco!

Oh! cuánto hubiera dado, Manzanares, por ver en la primavera correr tus olas entre los zarzales y las nieves del Guadarrama derretirse al soplo de las tibias auras de abril! ¿No hay entonces en tus orillas, encantador arroyo, pintadas aves que gorgean y estremecen las copas de los sáuces? y árboles frondosos que hacen grata sombra á las tiernas doncellas y á los poetas, que discurren en pensativas parejas mezclando dulcemente versos y suspiros? tú tambien tendrás, como los arroyos de mi patria, tu estacion de lilas, de alondras, de rosas y de amores!

FIN.

LISTA

DE LOS SEÑORES QUE SE HAN SUSCRITO A ESTA OBRA.

EN MADRID.

La Academia de Nobles Artes.
D. Antonio Salas.
D. Antonio María Castellanos.
D. Antonio Alvarez.
D. Antonio Herrero.
D. Antonio Villarragut.
D. Antonio Hernandez.
D. Antonio Rascon.
D. Andres Oliza.
D. Angel Benalla.
D. Alfonso Rossalt, por 3 ejemplares.
D. Baltasar Llopis.
D. Benito Pujol.
D. Cayetano Muñiz.
Doña Cármen Moreno.
Mr. Cormenin (Timon).
D. Cárlos Florez.
D. Domingo Solano.
D. Eusebio Tapia.
D. Eusebio Escobedo.
D. Emilio Santillan.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Eugenio Santin.
D. Enrique Benagalechea.
Exmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Federico Sevila.
D. Faustino Armijo.
D. Fausto Sanchez.
D. Felix Casamayor.
D. Fernando Velasco.
D. Fernando Gonzalez del Castillo.
D. Francisco Serrano.
D. Francisco Salmeron.
D. Francisco de Paula Wais.
D. Francisco Andrés Cardenal.
D. Francisco Lorenzo Cobos.
D. Francisco Burgos.
D. Francisco Cutanda y Salazar.
D. Francisco Alguez.
D. Francisco de las Bárcenas.
D. Francisco Perpiñá.
D. Francisco Rodriguez de la Vega.
D. Francisco Castillo.
D. Gregorio Urbano Dargallo.
D. Gregorio Vazquez.
D. Gabriel Sanchez Alarcon.
D. Gabriel Ferrez.
D. Genaro Perez de Villaamil.
D. Hilario del Rey.
D. Ildefonso Lopez Alcaráz.
D. Ignacio Boix, por 13 ejemplares.

D. Ignacio Castilla.
D. Juan Madrigal.
D. Juan Guitian y Prado, por 2 ejemplares.
D. Juan Ruiz del Arbol.
D. Juan Serrano.
D. Juan José Tejada.
D. Juan Bernaldez.
D. Juan N. Lobo.
D. Joaquin Macmaol.
D. Joaquin Elola.
D. Joaquin María Coronado.
D. José María Goñi.
D. Juan Bravo Murillo.
D. José Botello.
Excmo. Sr. D. José Muñoz Maldonado.
D. José Casse.
D. José Antonio Masatori.
D. José Galo Amor.
D. José Fernandez de Quesada.
D. José Elduayen.
D. José María Carbonell.
D. José Perez Tejada.
D. José Fernandez de la Puente.
D. José Prada.
D. José Perez Valdés.
D. José Lafuente.
D. José Diaz y Larraza.
D. José Otero.
D. José Garcia.
D. José Hinojosa de la Rua.
D. José Alejo Blazquez.
D. José Olcina.
D. José Keiser.
D. José Irabien.
D. José Gonzalez Serrano.
D. José Rodenas.
D. José María Azua.
D. José Canga Argüelles.
Doña Josefa Montenegro.
D. Jorge Martinez.
D. Luis Antonio Padella.
D. Luis Piernas.
D. Luis María Guerrero.
D. Miguel Medina.
D. Miguel Gomez.
Sr. Marqués de Donadío.
D. Matias Nieto Serrano.
D. Mariano Martinez Moscoso.
D. Miguel de Burgos.
D. Mariano Sanchez.
D. Mariano Marcoartú.
D. Mariano de la Paz Garcia.
Illmo. Sr. D. Marcial Antonio Lopez.
D. Manuel Hernandez.
Ilmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Zúñiga.
D. Manuel Fernandez del Castillo.
D. Manuel Carranza.
Ilmo. Sr. D. Manuel Perez Hernandez.
D. Manuel Luceño.
D. Manuel Rodrigo.
D. Manuel Santana.
D. Manuel Gil y Gil.
D. Manuel Garcia.
Sr. Marqués de la Vega Armijo.
Ilmo. Sr. D. Mateo Seoane.
Excmo. Sr. D. Miguel de Zumalacárregui.
D. Pascual Murillo, por 2 ejemplares.
D. Pablo Cifuentes.
D. Pedro Irazoqui.
D. Pedro Vega.
D. Pedro Julian Aupetit.
D. Pedro Gutierrez Salazar.
D. Pedro Lopez Claros.
Exmo. Sr. D. Pedro José Pidal.
Ilmo. Sr. D. Ramon Macia Lleopart.
D. Rafael Gimenez.
D. Rafael Ariza.
D. Rafael Mateo y Alfaro.
D. Ramon Sanchez.
D. Ramon Navarrete.
D. Ramon Krok.
Exmo. Sr. D. Ramon María Narvaez.
D. Salvador Lopez.
D. Sebastian Garcia Cuebas.
D. Santos Lopez Pelegrin.
D. Tomás Raya.
D. Vicente Peleguer.
D. Vicente Valor.
D. Vicente Beltran de Lis.
Sra. Viuda de Razola.

EN PROVINCIAS.

Alicante.

D. Lorenzo Novella.

Algeciras.

D. Cayetano Herrera.
D. Andres Morales Rey.
D. Juan Blanco.
D. Manuel Guibert y Pastor.

Avila.

D. Fausto Aguado, por 3 ejemplares.

Almería.

D. Manuel Santa María, por 4 ejemplares.

Alcoy.

D. Tomas Ayuso.
D. Francisco Pellicer.
D. Francisco Paya y Botella.

Burgos.

D. Valentin Valpuesta Lerma.
D. Felipe Corral.
La Audiencia Territorial.
La Sociedad Artística Literaria.
D. José María Villalar.

Badajoz.

D. Rafael Cabezas.
D. Remijio Garcia Villar.

Barbastro.

D. Gregorio Carrasco.
D. Pedro Escudero, juez de primera Instancia.

Barcelona.

D. Lorenzo Ribera.
D. Lorenzo Bou.
D. Juan Thompson, abogado de Reus.
D. Ramon Valls, abogado de Bich.

Baeza.

D. Manuel Alambra y Jareño.

Cáceres.

D. Antonio Comcha y compañía, por 2 ejemplares.

Cádiz.

D. Alejando Llorente.
D. Manuel Rodriguez Jarillo.
D. Evaristo Piélago.
D. Manuel José de Porto.
D. Antonio Villaescusa.

Cañete (Cuenca).

Juez de primera Intancia.
Promotor Fiscal.

Coruña.

D. Vicente Saenz de Llera.
D. Victoriano Braña.

Ferrol.

D. Eugenio de Avila.
D. Nicasio Tajonera.

Gerona.

D. Isaias Llopis, Secretario de la Comision de estudios.
D. Miguel Ametller, médico.
D. Nicolás Muñoz, abogado.
D. José Truchet, del comercio.
D. José Llach y Soliba, farmacéutico.

Granada.

D. Ambrosio Campos y Molina, abogado.
D. Rafael de Bustos y Castilla.
D. Manuel Sanz, por 2 ejemplares.

Huelva.

D. Miguel Tenorio.
D. Vicente María Llera.

Huesca.

D. Romualdo Nabarro.

Logroño.

D. Tomás Delgado, licenciado.
D. Antonio Ruiz de Carabantes.
D. José Benito Cid, escribano.
D. Bernabé España, licenciado.
D. Pedro Mendibi y Lopez, licenciado.

Lugo.

D. Antonio María Miranda, propietario.
D. José Auz y Saco, propietario.
D. Domingo Fernandez, abogado.
D. José Agustin Vidal, abogado.
D. José Casal, abogado.
D. Domingo Poci, abogado.

Leon.

D. Fernando de Castro.
D. Juan Lopez Bustamante.
D. Cayo Balbuena.
D. Sotero Rico.
D. Julian Garcia Ribas.

Las Palmas.

D. Francisco Alfonso.

Palma.

D. Pedro Gomila.
Exmo. Sr. D. Pedro María Pastors.
D. Damian Vidal.
D. Joaquin Scheicnagel, intendente de provincia.
D. Juan Suredas.
D. José María O-Peyan.
D. José Sampol.
Sres. Rullan y Hermanos, 2 ejemplares.
D. Francisco Puysemer.
D. Nicolas Brondo.
D. Juan Ingacio Mardi.
D. Casimiro Urredi.

Montilla.

D. Juan Falces, juez de primera instancia, por 2 ejemplares.

Málaga.

Sres. Cabrera y Lafore, por 7 ejemplares.

Marbella.

D. Francisco Acosta.
D. Manuel Escudero.
D. Antonio Rodriguez Abilio.
D. Francisco Asiego.

D. Francisco Dumont.
D. Manuel Hormigo.

Murcia.

D. Ramon María Alfocea.
D. Manuel Arosa.
D. Felipe Gonzalez del Campo.
D. Fernando Salbán.
D. Juan Martinez Serrano, de Cartagena.
D. Manuel Marin Blazquez, Cieza.
D. José Asensio, Beniajan.

Noya.

D. José Sedano, abogado.
D. José Suarez García.

Osuna.

D. Domingo de Silos Estrada.
D. Manuel de la Barrera.
D. Juan María Barona.
D. Pascual José Cozar.
D. Miguel Morillo.
D. Gonzalo Ariza.
D. Juan Benito Bazquez.
D. Manuel Cepeda y Alcalde.

Palencia.

D. Ignacio Mendez Vigo.
D. Inocencio Dominguez.
D. Ramon Moreno.
D. Manuel Garcia.
D. Santos María Calvo.
D. Facundo Santos Cid.
D. Bernardo Rodriguez.
D. José Calonge.

Pamplona.

Sres. Longás y Ripa, por 3 ejemplares.

Priego.

D. Juan Bautista Madrid.

Ribadeo.

D. Laureano Rodriguez Malvarez.
D. Bernabé Rodriguez Trelles.
D. Nicolás Perez Villaamil.

Salamanca.

D. Pedro Gonzalez Ponce.
D. Vicente Hernandez.
D. Santiago de Mota, juez de primera instancia de Sequeros.
D. Ramon Perez Calama, fiscal de Sequeros.
D. José Reguidor.
D. Vicente Morales.
D. Rafael Piñuela.
D. Lázaro Ralero.
D. Tomás Rodriguez Pinilla, de Ledesma.
D. Florencio Sagasela.
D. Ventura Garay.
D. Pedro Vellaron.
D. Juan Bermudez, licenciado.
D. Eduardo Lopez Moral.
D. Tadeo Corcho, doctor.
D. Antonio Arleaga.

Sevilla.

D. Francisco Jibaja.
D. Manuel del Barrio.
D. José Arenas.
D. Alfonso Carrero.
D. Nicolas María Sancho.
D. Pablo Olare.
D. Vicente Vidal.
D. José María Adalid.
D. José Wulnes de la Solera.
D. Manuel Labat.
D. Juan María Rodriguez.
D. Joaquin Elvizga.
D. Juan Alvarez Osorio.
D. Liberto L. Solanas.
D. Felipe Moriano.
D. Manuel Mariño.

D. Luis Hindobro.
D. Juan Redondo.
D. Antonio Manrique.
D. Faustino Sanz.
D. Francisco de Paula Arboleya.
Sres. Calbo Rubio, por 25 ejemplares.
D. Juan de Dios Gobantes.
D. José María Rodriguez.
D. Baltasar Ridíe.
D. Diego Hidalgo.
D. Juan Cananos.
D. Eduardo Lamadrid.

Santiago.

D. Francisco Rey Romero, por 6 ejemplares.

Santander.

D. Manuel Rodil.

Valladolid.

D. Julian Tejada.
D. José Francés de Alaeza.
D. Pelayo Cabeza de Vaca.
D. Casiano Ordoñez.
D. Rafael Gonzalo Muñoz.
D. Felipe Cabrejas.
D. Higinio Arriaga.

Vitoria.

D. Antonio Geraldo.
D. Juan Lopez Ochoa, gefe político de Guipúzcua.

Valencia.

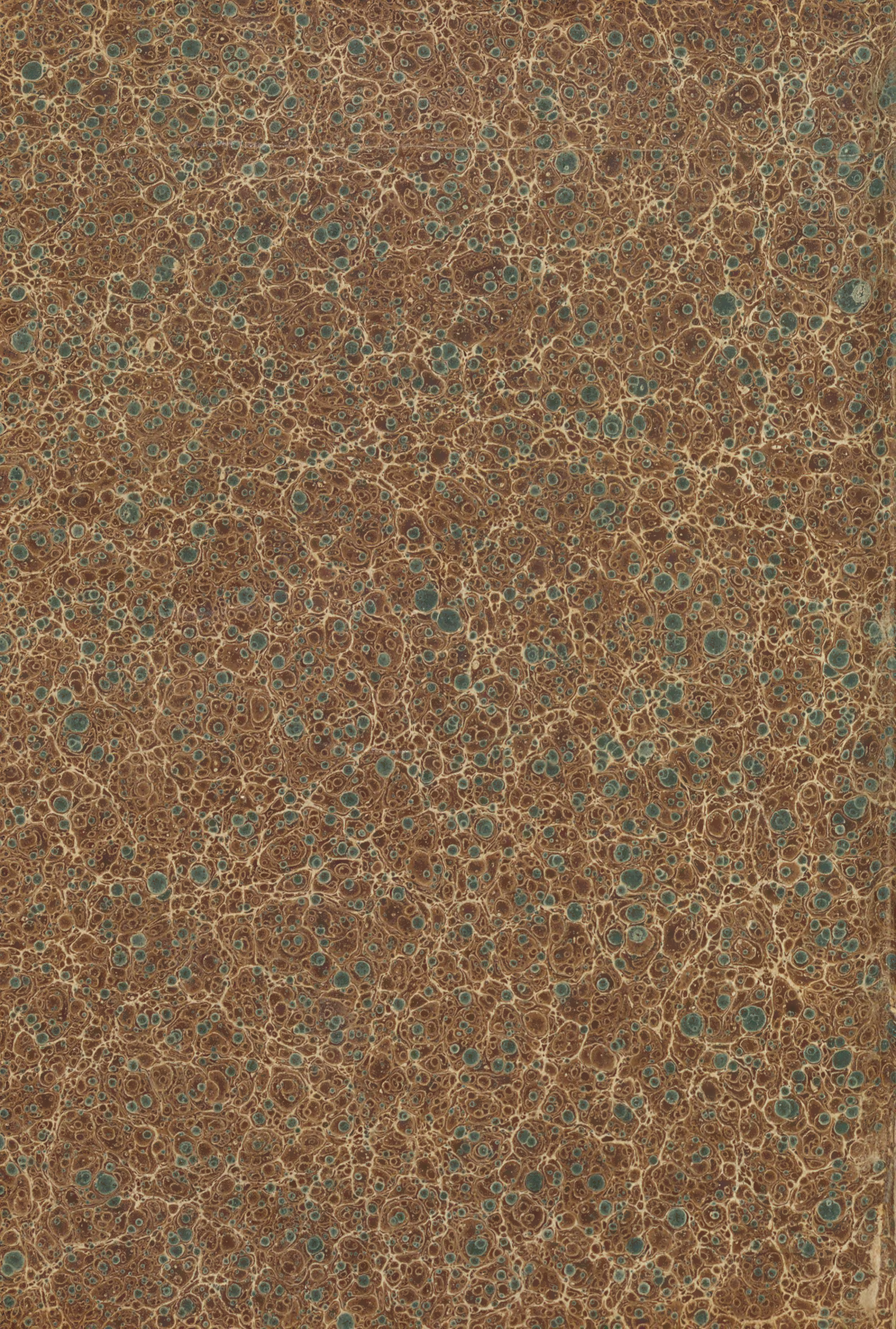
D. Pablo Gimenez de Palacio.
D. Gonzalo Meneses y Santiago.
D. Vicente Miragall.
D. Juan Bautista Jimeno.

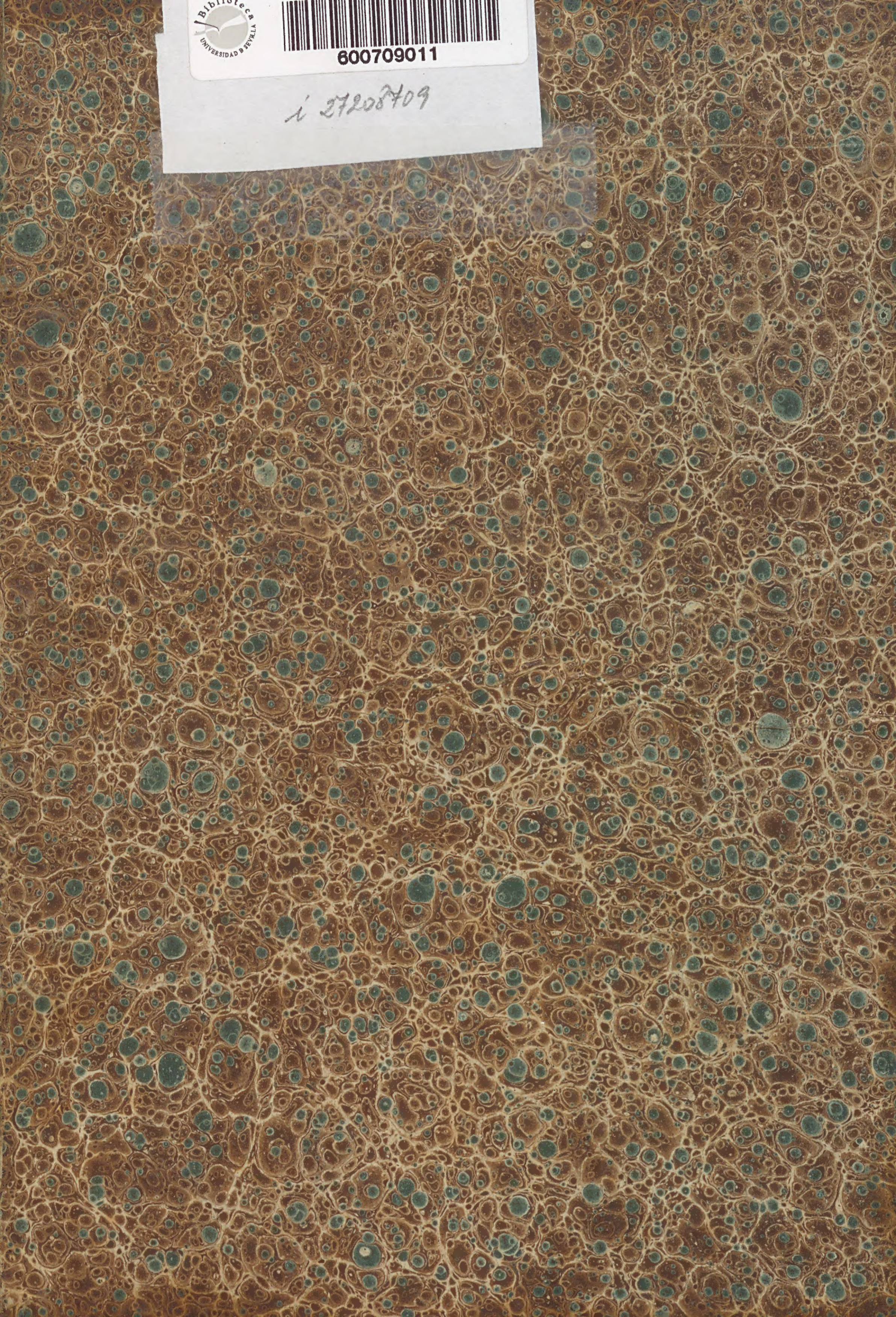
Velez Málaga.

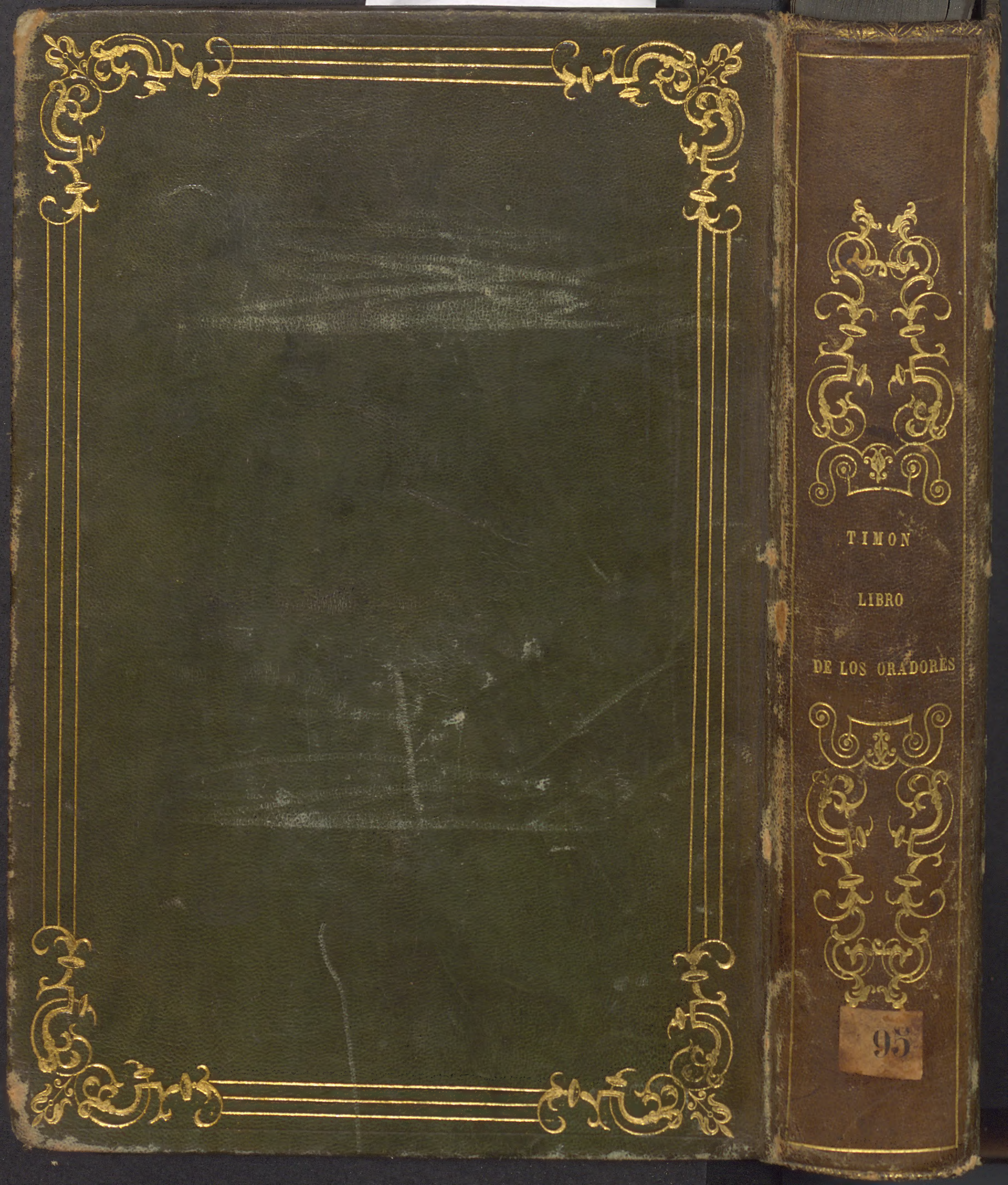
D. José Lopez de Prado.
D. Miguel Espinosa y Añez.

Zaragoza.

D. Joaquin Larrainza.
D. Francisco de Paula Larra.
D. Enrique Morales.
D. Pantaleon Barnal.
D. Pedro Conde.
Sra. Viuda de Heredia.
D. Ramon Morlans.




Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600709011
i 27208709


TIMON
LIBRO
DE LOS ORADORES
95